LA VIDA OCULTA DE LA VIRGEN MARÍA

La vida de la Santísima Virgen María según las visiones de la estigmatizada de Dülmen, transcritas por Clemente Brentano

Traducción íntegra de la edición alemana, introducción y glosas de José María Sánchez de Toca

BEATA ANA CATALINA EMMERICK

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Esta *Vida de María* cuenta una parte esencial del plan divino para rescatar a la especie humana del desastre desencadenado por el pecado original y el esfuerzo milenario de las mejores estirpes humanas para llegar a engendrar una niña sin la tara hereditaria contraída por los primeros padres. Al final, tras siglos de esfuerzos, renuncias y mortificaciones, el matrimonio hebreo formado por Ana y Joaquín engendró con la ayuda del Cielo la niña sin tara, el vaso santo y virginal donde podía encarnarse el Hijo de Dios. La *Vida de María* presenta con todo detalle este proceso crucial, así como diversos momentos de la vida, el entorno y el tránsito de esta niña.

Al igual que todas las obras de Ana Catalina Emmerick, la *Vida de María (Marienleben*) es la selección ordenada de las notas que sobre este asunto copió el escritor Clemente Brentano al pie de su lecho de inválida. Durante cinco años, Brentano anotó en su *Diario* las comunicaciones (*Mitteilungen*) que acerca de sus «contemplaciones» (*Betrachtungen*) narraba aquella monja agustina, inválida y estigmatizada. Ana Catalina se había refugiado en una casa del pueblo de Dülmen cuando la administración napoleónica disolvió el convento y exclaustró a las monjas. Fuera de la clausura protectora, sus llagas dejaron de ser un secreto y Ana Catalina sufrió dos investigaciones rudas y despiadadas, una eclesiástica y otra de las autoridades napoleónicas. Más adelante, otra investigación aún más severa de la administración prusiana confirmó que Ana Catalina no tomaba más alimento que la comunión. Desde muy pequeña, Ana Catalina tenía una capacidad insólita para reconocer reliquias y remedios naturales, pero sobre todo despierta o dormida, arrobada en éxtasis o en estado de vigilia, presenciaba casi continuamente visiones de carácter simbólico o histórico. Ana Catalina asistía involuntariamente a lo que ella llamaba *Bilder* (cuadros) que hoy hubiera llamado secuencias cinematográficas, en los que a veces participaba y cuyo significado con frecuencia se le explicaba interiormente.

Ana Catalina era un testigo fiable, muy fáctico. Prácticamente todas sus frases comienzan con las palabras «vi que», «como si», «apareció» o «me pareció». Rara vez dice haber visto algo, sino que «vio la aparición de algo», y siempre precisa la forma en que veía, oía o sabía las cosas. Conviene tenerlo presente, aunque esta traducción española haya aligerado mucho estas reiteraciones. De este modo Ana Catalina vio, oyó y entendió en sus contemplaciones las vidas de Jesús, de María y de los santos, así como el pasado, presente y futuro de la Iglesia y de la Humanidad en visiones que al principio recogió su médico de cabecera, Wessener, pero que más tarde y durante un lustro (1819-1824) fueron la misión que se asignó a sí mismo el escritor Clemente Brentano.

Clemente Brentano (1778-1842) era, junto a Goethe y Heine, un filólogo y poeta del círculo de Heidelberg que había trabajado con los hermanos Grimm en la recogida de leyendas alemanas y en la compilación del diccionario alemán. Participaba ardientemente en el movimiento intelectual que reaccionaba contra el acartonamiento dieciochesco y que después llamaron *romántico*, que buscaba la realidad en las tradiciones y el alma del pueblo. Brentano supo de Ana Catalina, la visitó y quedó tan impresionado que permaneció con ella hasta la muerte de la estigmatizada.

Ana Catalina sabía que no cumpliría su destino hasta que «el Peregrino» (así llamaba ella a Brentano antes de conocerlo) pusiera por escrito sus visiones. Durante un lustro Brentano vivió para recoger el asombroso tesoro de información espiritual, histórica,

incluso arqueológica, que brotaba de labios de aquella inválida de pueblo que había dejado la escuela a los cinco años. A la muerte de Ana Catalina en 1824, Brentano, que seguramente era el más apto para valorar y publicar estas visiones, acometió la ordenación de las notas y fichas que había copiado cotidianamente en sus *Diarios (Tagebücher*), 40 grandes infolios de 400 páginas cada uno. En 1826 preparó el índice de los 16.000 folios y a continuación la selección de textos para *La amarga Pasión (Das bittere Leiden*), que publicó en 1833. Después preparó la *Vida de María (Marienleben*), que no llegó a terminar. La muerte le sorprendió sin acabar la tarea, y fue la esposa de su hermano Christian quien completó los trabajos en 1852. Muy pocos años después, el sacerdote redentorista Schmöger publicó en tres tomos entre 1858 y 1860 una gran recopilación de visiones sobre Jesús y María que incluía la vida de María, la predicación de Jesús y la Pasión (*Das arme Leben und bittere Leiden*).

La *Marienleben* incluía las narraciones de Ana Catalina sobre los antepasados de la Virgen, su Inmaculada Concepción, su nacimiento y sus primeros años, el ingreso y la estancia en el Templo, la boda con San José, la visitación a su prima Isabel, el nacimiento de San Juan Bautista, las visiones de Adviento, el nacimiento de Jesús, la caravana de los Reyes Magos y su adoración al Niño, la vuelta a Nazaret, la huida a Egipto, la matanza de los Inocentes, la estancia de la Sagrada Familia en Egipto y el regreso a Nazaret. Aquí la narración se interrumpe y la *Vida* salta a la estancia de la Santísima Virgen en Éfeso con San Juan y el final de su vida terrena. Al hilo de esta narración centrada en la Virgen y la Sagrada Familia, se enhebran multitud de noticias históricas y geográficas sobre esenios, hicsos, caldeos y servidores de las estrellas; Roma y el antiguo Egipto; Job, Abraham, Moisés, Elías y Tobías; el Arca de la Alianza y Lo Santo, el misterioso objeto sacramental contenido en ella, Germen de la Bendición para una descendencia santa. Faltaba por tanto desde la vuelta de Egipto hasta los últimos años de la Santísima Virgen y por tanto no puede considerarse una biografía de la Virgen María. En la recopilación de Schmöger, que está en general más condensada que la *Marienleben*, aparecen detalles y aspectos (la casita de Nazaret o la muerte de San José) que me ha parecido conveniente incluir también en esta traducción.

La *Marienleben* es, por así decir, un texto más primitivo que el de *La amarga Pasión*; tal vez porque probablemente Brentano no se sintiera ya con ánimos para completar la tarea imposible de separar las vidas de María y de Jesús. Desaparecida Ana Catalina, tampoco podía confrontar y corregir sus dudas acerca de sus notas tomadas apresuradamente a vuelapluma entre 1819 y 1821, (algunas en 1822) cuando quizá aún no tenía la inmensa pericia que llegó a tener como copista de Ana Catalina. A veces la *Marienleben* está subdividida en prolijos epígrafes, (seguramente tomados del Índice de los *Diarios*) y acompañada de copiosas notas, cada una de las cuales es una investigación erudita, pero otras veces el cuidado decae y, sobre todo al final, es posible que esté desordenada o falten tramos esenciales. Falta casi todo sobre las estancias de María en Jerusalén y en Betania, y es legítimo sospechar que entre los 16.000 folios de los *Diarios* de Brentano permanezcan sepultadas noticias sobre los últimos años y el tránsito de la Santísima Virgen.

Por otra parte, Brentano era concienzudo y le gustaba confirmar en lo posible las sorprendentes revelaciones de Ana Catalina. Buscó la ayuda de especialistas y rabinos, especialmente del orientalista profesor Haneberg, y Adam Möhler, historiador de la Iglesia, con las que introdujo las eruditas y a veces prolijas notas que acompañan a esta obra.

Pero el escollo principal de esta *Vida de María* es que pone en Éfeso la Dormición

de la Virgen, que una antigua y venerable tradición pone en Getsemaní. Como dice Ana Catalina, quizá el Señor no quiere que se sepa dónde ocurrió el tránsito de la Virgen. Pero esta divergencia, en lugar de restar valor a la *Marienleben*, nos ayuda a ponerla en su justa perspectiva, y es un saludable recordatorio de que las visiones de Ana Catalina no son el Evangelio ni dogmas de fe, pueden creerse o no. Como siempre, hay que leerlo todo y quedarse con lo bueno. Dicho esto, tampoco estará de más recordar que en el siglo XIX se buscó la casita de la Virgen de Éfeso con la *Marienleben* en la mano, y gracias a ella se encontró y hoy puede visitarse.

Esta edición española es una nueva traducción íntegra y completa que confía no haber omitido nada del sentido del original alemán. En general, todo lo que no dijo Ana Catalina va entre corchetes ([ ]). Los párrafos añadidos de la edición de Schmöger están delimitados con llaves ({ }). La división en 19 capítulos es del traductor; los epígrafes en versalitas son de Brentano, excepto si están precedidos por una raya (—), en cuyo caso son también del traductor. Los términos actualmente desconocidos en alemán o en español, que por su dificultad hubieran requerido una nota, se recogen a continuación en el glosario. Los gráficos, como siempre, se deben al generoso esfuerzo de Rafael Renedo. Fernando Pérez de Lema ha aportado sus valiosos consejos a las dificultades de traducción pese a lo cual, el traductor pide paciencia con los errores que sin duda ha deslizado y que esta *Vida de María* no se merece. Esta obra trata de satisfacer un poco el ansia de saber sobre la Santísima Virgen: para eso tuvo Ana Catalina estas visiones, para eso las copió Brentano, y para eso las he puesto en español.

Laus Deo. Madrid, Fiesta de la Inmaculada Concepción, a 8 de diciembre del año 2011 de la Encarnación del Señor.

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE TOCA CATALÁ

GLOSAS Y NOTAS A DIVERSOS TÉRMINOS EMPLEADOS EN ESTA TRADUCCIÓN

Agar: La señal que hizo a Ismael se describe en la *Marienleben* como una cruz de Malta, con las puntas de los triángulos hacia adentro, pero Schmöger dice que era «parecida a una de Malta que llevara en el centro un círculo del que partían cuatro triángulos que formaban la cruz».

alfombra: *Teppich*, también tapiz. Aunque las alfombras orientales no son tan gruesas como las nuestras, en esta narración se menciona su uso para revestir suelos o paredes, cortinas y tapetes, y especialmente para lechos, que se recogían arrollados durante el día, apoyados a la pared y ocultos tras un biombo.

alzacuello: *Kragen*, es el cuello cilíndrico y sin solapas de los uniformes de gala.

Ana Catalina: Para simplificar, casi siempre se cita con este doble nombre aunque Brentano utiliza fórmulas muy diversas: Sor, Hermana, Bienaventurada, Señorita Emmerick, y otras.

Ana y Hanna: Ana Catalina dice claramente que ambas formas son el mismo nombre, pero el texto aplica sistemáticamente la primera forma a la madre de la Santísima Virgen (casi siempre remachando «madre Santa Ana») y el segundo a Hanna, la profetisa del Templo.

Anteinfierno: *Vorhölle*, es la traducción literal de la expresiva palabra alemana para el limbo.

bendecida: *gesegnete*. El texto utiliza el participio pasado del verbo «bendecir» para decir que una mujer estaba embarazada (mujer embarazada = mujer bendita), y al menos en una ocasión usa el verbo bendecir (*segnen*) en activo para decir que una mujer ha concebido.

braseros: *Feuerkorben*, literalmente «cestas de fuego». El texto de las visiones de Ana Catalina, mezcla de dialecto bajoalemán y alemán erudito de principios del siglo XIX, a veces describe cosas que ya no se usan o que nunca se han usado en nuestro país, para las que falta traducción española exacta. La palabra brasero (que ahora evoca un recipiente con brasas para calentar la casa) designaba también una especie de cesta formada con flejes de hierro, que en la Antigüedad y la Edad Media se utilizó para iluminar (una calle, una puerta, o un cuerpo de guardia, por ejemplo) y para tomar fuego. El brasero estaba colgado de una pared o descansaba en un trípode.

cabañuelas: *Laubhütten* (chozas de enramadas) es el nombre sefardí de la fiesta judía que eruditamente se llama «de los Tabernáculos».

Caftán: *Leibrock*, es un vestido, masculino o femenino, sin cuello, abierto por delante y que llega hasta media pierna; podría traducirse por «casaca» (aunque es más largo que ésta) pero no por levita, que se cruza por delante.

caída en el pecado: *Sündenfall*, es el pecado original. En algunos casos se ha preferido mantener la traducción literal porque enriquecía el significado.

camello: *Kamel*. Al hablar de la caravana de los Reyes Magos, Ana Catalina (o Brentano) empieza llamando camellos a los animales de una sola joroba y dromedarios a los de dos, justo al contrario del uso actual, tanto en español como en alemán, donde dromedario es el camélido de una joroba y camello el de dos. Más adelante, a lo largo del texto, ya habla de dromedarios, *Dromedaren*, como camélidos de una joroba. En general,

cuando Ana Catalina veía algo que desconocía y para lo que carecía de palabra, lo describía minuciosamente y más adelante lo llamaba por su nombre si llegaba a saberlo.

camino hondo: *Hohlweg*, lo he visto traducido por «callejuela» o «desfiladero», pero no conozco palabra española que designe exactamente los caminos que están más hundidos que el nivel de los campos; mientras que sí existe (arrecife) para los caminos elevados sobre lo que atraviesan.

camino militar: *Heerestrasse*, era el nombre alemán de una buena carretera, como entre nosotros «camino real».

casa de Ana cerca de Nazaret: La narración dice al principio que estaba aproximadamente a hora y media o una hora de Nazaret, pero más adelante lo deja en media hora.

castaño: *braun*, pardo, marrón, es el color de las castañas. Ana Catalina distingue entre *braun*, pardo o castaño, y un color algo más claro, *bräunliches*. Ambos adjetivos los aplica tanto a la ropa de lana como a la tez de los egipcios.

cintas, corchetes y botones: da la impresión que las prendas se cerraban con cintas o con un lazo o una correa ranurada y un «botón» constituido por un «moño» o bola de cordón, tal vez un palito, como las trencas.

cobertizo: en el original *Schoppen* y actualmente *Schuppen*, designa una construcción muy sencilla, formada por una cubierta de ramas (o tal vez de paja, cañas o juncos) sostenida por postes. A veces el texto lo adjetiva de «abierto», que es de suponer signifique «sin paredes», ya que otras veces precisa que el cobertizo estaba «cerrado con zarzos». *Schoppen* con «o» es actualmente jarra de cerveza o biberón.

colcha: *Decke*, cubierta, es una palabra bastante imprecisa que lo mismo se refiere a mantas y cobertores que a tapetes. En el texto a veces la extienden por el suelo, con lo que se confunde también con alfombra o tapiz (*Teppich*). La *Decke* que prepararon para el parto en casa de Ana (y de Isabel, y en general, de las embarazadas) parece que era una manta que tenía cosido en su centro un saco de dormir abierto que podía cerrarse con cordones.

color de cara: *Gesichtsfarbe*. Ana Catalina siempre habla de color de cara, no de color de piel, porque, salvo en Egipto, los personajes de los que habla solo llevaban descubierta la cara, y si eran mujeres, a veces ni eso. Ana Catalina distingue tres tipos de color de cara: blanco amarillenta, marronceja (*bräunliches*) y marrón *(braun*), y solamente en alguna ocasión menciona un color de piel «negro brillante».

cuadro: Ana Catalina veía sus visiones en *Bilder*, plural que significa también «imágenes» y muchas cosas más. Parece que los veía enmarcados y formando escenas, que hoy hubiera dicho secuencias cinematográficas o videos. A veces entraba y salía en ellos. Otras veces se superponían, y le mostraban uno mientras seguía viendo el anterior en el trasfondo. Además de ver el cuadro podía oír lo que pasaba y compartir o intuir los sentimientos de las personas del cuadro. En ocasiones la explicaban o entendía el contenido. Ana Catalina era consciente de que lo que veía eran representaciones y no realidades y siempre especificaba de qué modo se enteraba (vi, sentí, entendí, supe interiormente) y el grado de realidad de la visión («como», «igual que», «parecido a», «figura de»), y así dice con frecuencia «la aparición» donde uno hubiera dicho: «la Santísima Virgen» o «Jesús».

dátiles: La primera vez que los menciona los llama frutos de palmera. Más adelante (es de suponer que después que Brentano la dijo cómo se llamaban) los llama dátiles. Tengo la impresión de que pasa lo mismo con la higuera y sus frutos y con el maíz, al que no llega a dar nombre.

doncella: virgen, se dice *Jungfrau*, que literal y semánticamente es «joven señora». Actualmente esta palabra solo se emplea para la Virgen, pero en el texto se aplica también a las jóvenes y por eso se ha traducido «doncella» o «virgen» de acuerdo con el contexto.

Emerencia: tía abuela de Santa Ana, aparece una vez como E**reme**ncia.

enramadas. La palabra *Laube*, que significa enramada, se utiliza sistemáticamente en este texto para pérgola o emparrado. En el texto aparece con frecuencia tanto al hablar de las cabañuelas como de los cobertizos y albergues en ruta. Actualmente el *(Garten) Laube* de un jardín es un porche o cubierta vegetal.

enseres: *Geräte*, que suele utilizarse para aparatos, herramientas o utensilios, en este texto designa los «enseres domésticos».

escalera de la Puerta Dorada: 15 escalones según la *Marienleben*; 50 según Fuchs.

escapulario: *Skapulär*, es una faja de tejido ancha que se metía por la cabeza y colgaba por delante y por detrás, tal como la describe Brentano en una nota.

Escritor: *der Schreiber*, es como Brentano hablaba de sí mismo en tercera persona. Peregrino, *der Wanderer*, era el nombre que le daba Ana Catalina en sus visiones antes de conocerle personalmente.

esenios, región habitada por los: La *Marienleben* dice que vivieron al principio en una extensión de 48x38 leguas (más de 100.000 km^2) mientras que Schmöger habla de 48x36 [sic] millas (menos de 4.000 km^2) que sigue siendo grande, pero más razonable.

fresas o madroños: *Erdbeeren* lo mismo significa una cosa que otra. De hecho se da la paradoja de que el árbol del madroño se llame *Erdbeerenbaum*, cuando *Erdbeere* por definición es algo que nace a ras de suelo.

globo imperial: *Reichsapfel* es una de las insignias imperiales, una bola metálica surmontada de una cruz. No tiene nombre específico en español, pero el *Diccionario heráldico* de Vicente de Cadenas lo llama «mundo».

gloria: *Glorie* y a veces resplandor, *Glanz*, representa en estos textos un ámbito luminoso cerrado que generalmente contiene algo en su interior.

hora: *Stunde*. Medida de distancia en estas visiones. *Stunde* sirve tanto para leguas como para horas, y es la distancia aproximada que un hombre camina en una hora. Las leguas eran muy imprecisas. En teoría cada país tenía establecida la suya: legua germánica «de quince al grado» (otros dicen 14,5); legua gala «de diecisiete y media al grado», legua hispana de «veinte al grado» (es decir, respectivamente 7,4 km, 6,34 km o 5,55 km). En la práctica, y sobre todo en terreno quebrado, no podían medirse con exactitud y se hablaba de «leguas cortas» y «leguas largas». Aquí se han traducido siempre por «horas», sobreentendiéndose que es la distancia recorrida en esas horas de marcha a pie.

Isabel: En el penúltimo capítulo, al hablar de las mujeres que acompañaban a la Santísima Virgen, se habla de una Isabel, sobrina de Ana, y poco después de una Isabel, hija de una tía carnal de Ana y madre del Bautista. Son dos personajes distintos.

Joaquín y Helí: son el mismo nombre, como explica Ana Catalina en el texto. Jesús era «hijo de Helí» según la carne, por ser hijo de María, hija de Joaquín.

lagartos voladores: *fliegende Eidechesen;* animales negros con morros de fuego, *schwarze Tiere mit feurigen Mäulern*. Con toda probabilidad, alguna especie terminal de dragones, hoy desaparecidos del mundo físico, pero que persisten en la memoria colectiva.

lomos: *Lenden*, región lumbar, parte inferior de la espalda, suele servir de eufemismo para «nalgas» o «glúteos». Véase por ejemplo la descripción de la primera imagen, cubierta con alas de plumas en su mitad inferior, que hicieron los egipcios sobre la Inmaculada Concepción.

M: la señal que traía en su cuerpo Santa Ana al nacer, estaba en el estómago, según la *Marienleben*, y en el bajo vientre según Schmöger.

Mar de Galilea: o de Tiberíades, lago de Genesaret o de Cafarnaúm, todo es lo mismo. Por eso cuando Elías estaba en la cueva del Carmelo y su criado que estaba fuera miraba «al mar», el texto habla después de la nube que sube del fondo «del lago»: es lo mismo, el criado siempre había estado mirando a Levante, a Galilea.

meses judíos: *Marienleben* dice que «dos veces al año tenían meses de 21 y 22 días» y Schmöger, que «tenían meses de veinte días dos veces al año y uno de veintidós días». Lamento no saber a quién dar la razón.

moisés: *Wiegenschiffchen*, literalmente «barquilla cuna», es una cestilla ligera y con asas que sirve de cuna para un bebé, cerrada por arriba dejando una abertura; es de suponer que tome este nombre de la cesta donde flotaba Moisés en el Nilo.

Montaña de los Profetas: *Prophetenberg*: así llamaba Ana Catalina un paraje feraz situado «en la alta Asia Central», por encima de las montañas más altas de la Tierra, donde se conservan los tesoros espirituales de la Humanidad. Bajo ella nacen grandes ríos, y en concreto, el Ganges. Sobre la Tierra hay cuatro lugares como éste. Al describirlo más extensamente en otro lugar, habla de un estado especial del agua muy notable.

muñeca de trapo: *Wickelpuppe, eine lange Puppe*. Las muñecas de trapo (hoy desaparecidas) eran juguetes caseros que imitaban toscamente a los niños más pequeños, y por tanto, fajados. No tenían forma, sino que eran solamente un envoltorio de trapos con carita y bracitos rudimentarios. Ana Catalina comparaba las imágenes que veía en las cortinillas de los oratorios de la época de María, que representaban probablemente al niño Moisés, con muñecos de trapo o niños fajados.

niño fajado, niño en pañales: *Wickelkind*. En otros tiempos, y aún ahora en determinados lugares fuera de España, los niños recién nacidos o de meses no podían mover las piernas porque estaban fajados como una momia. El niño no solo estaba «envuelto» sino «fajado». El concepto no es fácil de entender ni traducir en pocas palabras porque es algo que no hemos visto, pero antes los niños de pecho estaban liados además de envueltos.

oratorio: *Betwinkel*, literalmente «rincón de orar».

ortografía de los nombres propios: El sonido de los nombres propios en labios de Ana Catalina debió ser muchas veces distinto del habitual en español. En esta traducción se utiliza en general la versión española común, a conciencia de que a veces no es castiza ni la mejor posible. Sin embargo, los nombres cuya versión española no existe o es poco conocida se han transcrito tal como debieron sonar en labios de Ana Catalina. Ello tampoco es fácil de averiguar, no solo por las razones que aduce Brentano en el texto, sino también porque su ortografía es vacilante y utilizó «**ch**» tanto para nuestra jota como para *k* (por ejemplo escribe «Emmerich», o «Flamsche» que allí suenan *émerik* o *flámske*). Por otra parte, Brentano probablemente transcribió con «**th**» el sonido que nosotros escribimos con ce o zeta. En español, por un proceso fácil de imaginar, las antiguas «th» como la de Matheo, o Mathías han terminado por escribirse solo con «t» y las pronunciamos «te» y no «zeta»: decimos Belén (y no Bezlehem), Nazaret (y no Nazarez), Betsaida (y no Bezsaida), y Judit (y no Yudiz). Como norma general, esta traducción respeta la grafía española tradicional de los nombres más conocidos, pero los desconocidos van con zeta, que probablemente representa con mayor fidelidad el sonido que oyó Brentano a Ana Catalina: Así, por ejemplo: Bezorón (que Brentano escribió Bethoron), Matzat (que Brentano escribió Matthat), y Zaanaz (que Brentano escribió Thaanath). Lo mismo pasa con la **g**, que

en alemán tiene el sonido suave de **gu**, y así Guesur y no Gesur, Guimim y no Gimim. En cuanto a los **acentos**, no hay forma de saber dónde ponía Ana Catalina el acento de los nombres propios porque en alemán no existe acento ortográfico. En general, se ha aplicado el acento grave, más común en hebreo.

país de Oriente: *Morgenland*, es literalmente, «País de la Mañana» y también «Oriente» en cuanto lugar y no solo como punto cardinal. Así llama Ana Catalina al país de origen los Reyes Magos, del que dice que estaba a Oriente (*gegen Morgen des Kaspischen Meeres*) del Mar Caspio, lo que es imposible compaginar con el Cáucaso que está justo a Occidente del Mar Caspio. Tampoco está claro qué quiere decir con «se ve como dentro de un agujero» *man sieht hinein wie in ein schwarzes Loch*; frase que está clara pero no se entiende. Quizá se refiera a una especie de *zoom* en su meditación. Es una referencia difícil de entender cuya finalidad última podría ser identificar inequívocamente el lugar.

par: Mientras que el sustantivo alemán *Paar* solo significa «pareja», el adverbio *paar* es menos preciso que en español, y lo mismo puede significar «dos» que «unos» o «unos pocos».

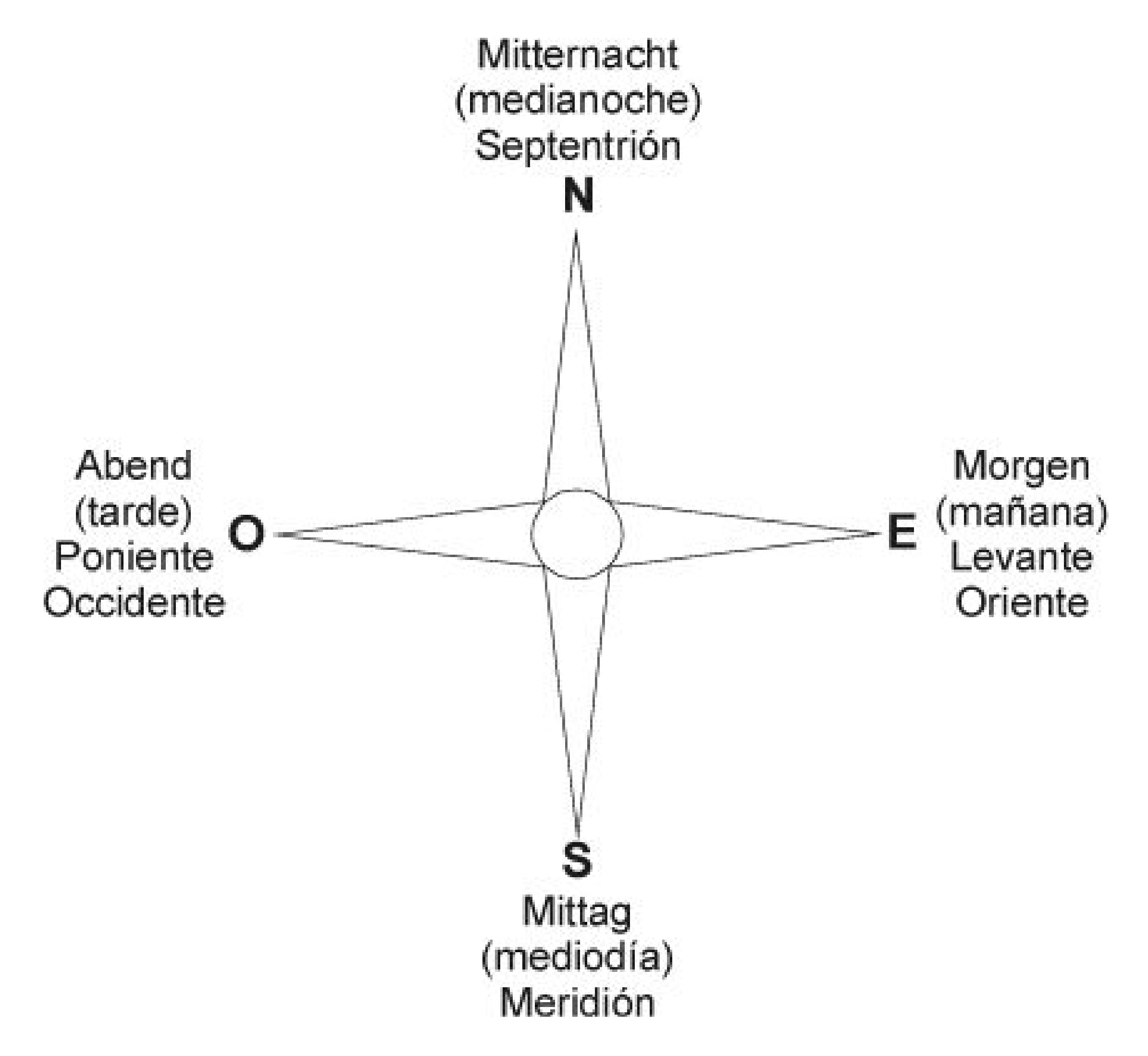
patricio romano: *römischer Ratsherr*, literalmente: consejero, concejal, regidor romano.

pizarra: *Tafel*, también «tabla», «panel». Cuando Zacarías se quedó mudo anotó en una *Tafel*, probablemente un trozo plano de mineral de pizarra sobre el que se escribía bien y claramente con una barrita de pizarra afilada (pizarrín), y que se utilizó hasta mediados del siglo XX por los escolares y para hacer anotaciones sobre la marcha.

pozo y fuente: Cuando Ana Catalina cuenta el hallazgo de una fuente en la vivienda de la Sagrada Familia en Egipto, no queda claro si es un pozo o una fuente; parece más bien una mezcla de ambas cosas. En el resto del texto habla en una ocasión de «fuente manantial», es decir, que brota a chorro; y en la casa paterna de José, de «fuente de pozo», sacando el agua probablemente con una bomba, que parece haber sido un instrumento más corriente de lo imaginable.

prefiguración: *Vorbild*, hoy se usa solo como «ejemplo», pero aquí su versión exacta sería «tipo». Pero como en el uso ordinario la palabra «tipo» ha perdido su sentido original de «modelo primitivo» ha sido necesario sustituirlo por «prefiguración».

puntos cardinales: Ana Catalina no mencionaba los puntos cardinales tal como los usamos hoy (Norte, *Nord*; Sur, *Süd*; Este, *Ost*; y Oeste, *West*), sino «medianoche» (*Mitternacht*, Norte, septentrión); «mediodía» (*Mittag*, Sur, meridión); «mañana» (*Morgen*, Este, Levante, Oriente); y «tarde» (*Abend*, Oeste, Poniente, Occidente).



Nombres de los puntos cardinales en este texto (Esquema de Rafael Renedo).

remangados para viaje: *reisemäsig geschürzt*. Los viajeros con túnicas o trajes largos (que estorbaban para andar) se los remangaban sujetándolos al ceñidor. Recuérdese la expresión española «haldas en cinta», cuyo sentido es «Si tenemos que andar, subamos a la cintura las faldas del hábito».

Reyes Magos: Ana Catalina los llama casi siempre *drei heiligen Könige*, «los tres Santos Reyes», o *drei Könige*, los tres reyes, que la mayoría de las veces he optado traducir por la expresión tradicional española «Reyes Magos». La ortografía tradicional alemana es Kaspar, Melchior, Balthasar, que suenan Káspar, Mélkior, Balzásar; Ana Catalina los oyó llamar Zeokeno, Mensor y Sair, con unas edades y colores de piel ligeramente distintos a los que los asigna nuestro saber popular.

sabbat: es el sábado judío, que empieza al anochecer del viernes y termina al anochecer del sábado, pues los días judíos empiezan y terminan en el crepúsculo vespertino.

Santísima Virgen: El original alemán suele decir *heilige Jungfrau*, santa Virgen, que se ha traducido por Santísima Virgen, más usual en España.

Santísimo: *das Heiligsten*, en latín *Sanctasantorum*, era el recinto donde estaba el Arca de la Alianza.

El **Santo** (*das Heiligen*): era un recinto interior y reservado del Templo, próximo al Santísimo, y por tanto al Arca de la Alianza.

Lo **Santo** (*das Heiligtum*): Ana Catalina llama así al misterioso objeto sacramental que contenía la Bendición divina que permitiría a los humanos lograr una concepción inmaculada, tal como estuvo prevista en el plan inicial para la especie humana. Lo Santo era un objeto físico resplandeciente y misterioso, parecido a una judía, que estuvo en el cuerpo de los patriarcas y finalmente en el Arca de la Alianza. El propio Brentano tuvo dudas y dificultades sobre qué palabra emplear en cada caso, y lo llamó también Bendición y Germen de Bendición. No debe confundirse con El Santo, que era un lugar reservado del Templo.

Seir: Según *Marienleben*, él y los suyos llevaban «boinas con un pequeño pompón blanco y gorras redondas con bordados de colores y monedas de otro color»; según Schmöger: «bonetes con cofias redondas bordadas en diversos colores y pequeño rodete blanco».

Tierra Prometida: *das gelobte Land*, era la forma en que normalmente la llamaba Ana Catalina, que solo una vez emplea «Tierra Santa» y muy rara vez Palestina o Canaán.

todo tipo de, toda clase de: *allerlei*. Exageración muy frecuente en este texto, que casi nunca se puede tomar en sentido literal y que seguramente quiere decir: «de muchas clases» y en ocasiones, «de varias clases».

trajes: El lector se explicará mejor las minuciosas descripciones que hace Ana Catalina de los trajes de sacerdotes y de la Santísima Virgen si recuerda que antes de ser monja, fue aprendiza, oficiala y finalmente maestra costurera.

Tránsito de la Virgen, Dormición: El último capítulo de la *Marienleben* se ocupa de la «muerte» (*Tod*) de la Santísima Virgen, palabra chocante, aunque luego lo que describe no sea el proceso «normal» de los mortales al acabar su existencia terrena. Entre nosotros la tradición ha acuñado dos términos de asombrosa delicadeza, «Dormición» y «Tránsito», más idóneos para describir la separación, reunificación y asunción al Cielo del cuerpo y alma de la Santísima Virgen.

Ur: la ciudad de Abram que menciona Ana Catalina, estaba mucho más alta y más al Norte que la que las excavaciones arqueológicas sitúan al Sur de Mesopotamia. Téngase en cuenta que, de acuerdo con los conocimientos actuales, hubo más de una veintena de ciudades mesopotámicas cuyo nombre empieza con la sílaba Ur. La cosa se complica más porque en un momento dado Ana Catalina dice «dejan Ur a la derecha» en un contexto imposible de encajar sin más datos.

zarzo: Esta palabra en desuso en español designa el tejido de varas, cañas, mimbres, o juncos para formar una superficie relativamente plana: *Flechtwerk*, entrecruzado, aparece muchas veces en el texto para hablar de biombos, *Schirmwände aus Flechtwerk;* cestas, *breit Bast geflochten Korbe*; mamparos o tabiques, *Flechtwand;* tabiques móviles o de cañizo, *bewegliche Wände von Flechtwerk*; tabiques de zarzo, *geflochtene Wände;* techos de cañizo: *Binsendächern;* puertas ligeras de zarzo, *Türe von leichten Flechtwerk;* trenzado de varillas, *geflochtenen Stabwerk*; paredes de cortezas, *Splintwänden* o *Splintwänden von Flechtwerk. Flechten* era entrecruzar varillas, ramas, cortezas, mimbres, juncos o cañas; un trabajo que se consideraba rudo y barato y que parece haber sido la ocupación principal de San José cuando no había otro que exigiera mayor habilidad. Según el texto, lo normal es que en las casas el espacio se distribuyera con estos mamparos móviles que podían moverse

y retirarse a voluntad, y no con tabiques de obra.

1
LA ESTIRPE DE MARÍA

GENERALIDADES SOBRE LOS ANTEPASADOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

[Comunicado en la mañana del 27 de junio de 1819:]

La noche pasada aparecieron ante mi alma una serie de cuadros de los antepasados de la Virgen María que he visto de niña muchas veces y siempre de la misma manera. Si pudiera contarlo todo tal como lo se y como lo tengo ante mis ojos, el Peregrino se alegraría mucho. Al contemplarlos, yo misma me he sentido profundamente reconfortada en mis calamidades[1].

Cuando era pequeña estaba tan segura de estas cosas que, si me las contaban de otra manera, replicaba rotundamente:

—No, que va, eso es así y asá.

Me hubiera dejado matar a gusto por decir que era así y no de otra manera, pero más tarde el mundo me volvió insegura y me callé, aunque siempre me ha quedado esta certeza interior, y esta noche he vuelto a verlo todo hasta en sus más nimios detalles.

Cuando era pequeña, mis pensamientos siempre estaban ocupados con el belén, el Niño Jesús y la Madre de Dios, y muchas veces me extrañaba que no me contasen nada de la familia de la Madre de Dios y no podía comprender por qué se había escrito tan poco de sus antepasados y parientes.

Estaba yo con este anhelo de saber cuando tuve un montón de visiones de los antepasados de la Santísima Virgen; los vi hasta la cuarta o la quinta generación, y siempre como gente maravillosamente piadosa y sencilla en quienes moraba el anhelo hondo y secreto de que llegara el Mesías prometido.

Vi que esta buena gente convivía siempre entre otras personas que en comparación me parecían tan brutos como los bárbaros; pero a ellos los veía tan suaves, silenciosos y humildes, que muchas veces me decía en pensamientos, toda preocupada:

—Ay, ¿dónde estará esta buena gente? ¿Cómo se salvarán de esos brutos malvados? ¡Quiero buscarlos, quiero servirles, quiero huir con ellos a un bosque donde puedan esconderse! ¡Ay, seguro que todavía los encuentro!

Los veía y creía en ellos con tanta seguridad que siempre andaba temerosa y preocupada por ellos.

Siempre he visto que esta gente vivía con muchas renuncias; muchas veces los casados se comprometían temporalmente entre sí a la mutua continencia, lo que me alegraba mucho sin que pudiera decir exactamente por qué. Las más de las veces observaban esta continencia cuando los varones se preparaban para cualquier tipo de servicio religioso con incienso y oraciones, por lo que caí en la cuenta que entre ellos había sacerdotes. Vi que muchas veces se mudaban de un lugar a otro abandonando grandes fincas y retirándose a otras más pequeñas a fin de que los malos no se entrometieran en sus vidas.

Eran tan fervorosos y estaban tan llenos de ansias de Dios que muchas veces los he visto correr solos por el campo, día y noche, implorando y clamando a Dios con tan vehementes deseos que desgarraban sus ropas sobre el pecho con el ansia que tenían de que

Dios encendiera sus corazones con los ardientes rayos del sol, o de que saciara con la luz de la luna y el titilar de las estrellas su sed de que se consumara la promesa.

Estas contemplaciones las tuve de pequeña o de jovencita, cuando rogaba a Dios de rodillas, sola en los pastos con el ganado o por la noche en los campos más altos de los aldeanos, o también cuando a medianoche, en Adviento, andaba tres cuartos de hora por la nieve desde nuestra choza de Flamske para ir los oficios de Rorate en la iglesia de Santiago de Coesfeld.

Por las tardes y también por las noches, antes rezaba con mucha devoción por las pobres ánimas benditas que estaban sufriendo ansias de salvación porque en su vida no habían despertado lo suficiente ese anhelo, se habían dado a la codicia por criaturas y bienes del mundo, o habían caído en faltas de todo tipo. Ofrecía por ellas mi anhelo al Dios mi Salvador como si quisiera pagar sus deudas, pero también sacaba algo de provecho porque sabía que ellas, por gratitud y por su constante deseo de ayuda en oraciones, me despertarían a tiempo para que no me quedase dormida. Se acercaban flotando a mi cama como tenues y silenciosas lucecillas y me despertaban en el minuto justo para que pudiera ofrecer por ellas mi oración matinal. Luego me rociaba yo y las rociaba a ellas con agua bendita, me vestía, me ponía en camino y veía que las pobres lucecillas me acompañaban tan ordenadas como una procesión. Entonces me ponía a cantar de todo corazón por el camino:

—¡Cielos, dejad caer el rocío sobre los justos; nubes, lloverle encima!

y a ratos veía a los antepasados de la Santísima Virgen correr llenos de gran ansia y clamar por el Mesías en el desierto y en los campos. Hacía como ellos y siempre llegaba a tiempo a misa de Rorate en Coesfeld, aunque mis ánimas queridas a veces me hicieran dar grandes rodeos para llevarme por todas las estaciones del vía crucis.

Cuando veía que todos los antepasados de la Santísima Virgen rezaban con tanta hambre de Dios, me parecían muy extraños en su traje y forma de ser, pero los veía tan claros y cercanos que todavía ahora los tengo ante mis ojos y conozco todas sus figuras y facciones. Siempre pensaba para mí:

—¿Qué clase de gente será esta? ¡Nada es como ahora y sin embargo esta gente está aquí y todo esto ha ocurrido!

Y así esperaba y sigo esperando irme con ellos.

Esta buena gente era muy precisa y exacta en obras, palabras y en su servicio divino, y no se quejaba jamás, salvo por las penas del prójimo.

LOS ANTEPASADOS DE SANTA ANA

[Comunicado en julio y agosto de 1821:]

Tuve una minuciosa visión de los antepasados de Santa Ana, madre de la Santísima Virgen; vivían en Mara, en la comarca del Monte Horeb, y mantenían relación espiritual con una clase de israelitas muy piadosos, de los que he visto muchas cosas y de los que quisiera contar lo que todavía se. Ayer estuve casi todo el día con ellos y si no me hubieran apremiado tanto con visitas, no se me habría olvidado la mayor parte.

Estos piadosos israelitas que tenían relación con los antepasados de Santa Ana se llamaban esenios o eseos, pero habían tenido tres nombres distintos: primero se llamaron escarenos, luego jasideos y finalmente esenios o eseos. Su primer nombre escarenos venía de la palabra *escara* o *ascara* que designa la parte del sacrificio consagrada a Dios y el fragante incienso de la ofrenda de flor de harina[2].

El segundo nombre, casideos o jasideos, quiere decir «los compasivos», pero ya no sé de dónde les vino. Esta clase de gente piadosa venía de los tiempos de Moisés y Aarón y más precisamente de los sacerdotes que portaban el Arca de la Alianza, pero solo recibieron una regla de vida concreta en la época entre Isaías y Jeremías. Al principio no eran demasiados, pero después vivían en Tierra Prometida en un espacio de 48 horas de largo y 36 de ancho. Solo más tarde llegaron a la región del Jordán. Vivían sobre todo en los montes Horeb y Carmelo, donde había estado Elías.

En tiempos de los abuelos de Santa Ana, los esenios tenían su superior espiritual en el Monte Horeb, un anciano profeta que se llamaba Arcos o Arcas. Su regla tenía mucho en común con la de una orden religiosa y los aspirantes tenían que sufrir pruebas durante un año y después se les aceptaba por un tiempo más o menos largo según inspiraciones proféticas de lo alto.

Los miembros de la orden propiamente dichos vivían en comunidad y no se casaban sino que permanecían vírgenes. Pero había gente que se había salido de la orden o que simpatizaba con ella, que se casaba y mantenía con sus hijos y con quienes vivían en su casa un trato similar al de los esenios propiamente dichos. Entre unos y otros había una relación similar a la que existe hoy día entre los laicos de la tercera orden, los llamados terciarios, y el clero de su orden, pues estos esenios casados buscaban la enseñanza y el consejo del superior de los esenios, el profeta del Monte Horeb, en todas las ocasiones y asuntos importantes, y especialmente en los matrimonios de sus allegados. Los abuelos de Santa Ana pertenecían a esta rama de esenios casados.

Más adelante hubo también una tercera rama de esenios que todo lo exageraron y llegaron a grandes errores, pero vi que los demás no los aceptaron consigo.

Los esenios propiamente dichos se ocupaban principalmente de asuntos proféticos, y su superior del Monte Horeb tuvo muy a menudo en la Cueva de Elías revelaciones divinas referentes al Mesías. Sabía de qué familia saldría la madre del Mesías y, al profetizar sobre asuntos de matrimonio de los antepasados de Santa Ana, vio cómo se iba acercando la hora del Señor, pero como no sabía cuanto tiempo aún obstaculizaría o retrasaría el pecado el nacimiento de la madre del Salvador, exhortaba a la penitencia, la mortificación, la oración y el sacrificio interno, ejercicio grato a Dios en el que los esenios siempre dieron ejemplo, y siempre con idéntico propósito.

—LA VIDA DE LOS ESENIOS

Antes de que Isaías los reuniera y les diera una regla fija, los esenios vivían dispersos como israelitas piadosos entregados a la mortificación. Llevaban siempre la misma ropa y no se la remendaban hasta que se les caía del cuerpo. Combatían sobre todo la inmoralidad y a menudo vivían de mutuo acuerdo largas temporadas de castidad en cabañas muy separadas de sus esposas; pero si vivían conyugalmente lo hacían únicamente con el propósito de conseguir una santa descendencia útil para el advenimiento de la Salvación. Los he visto comer separados de sus mujeres; cuando el hombre abandonaba la mesa, venía la mujer para tomar su comida. En aquellos tiempos ya había entre los esenios casados antepasados de Santa Ana y de otros santos.

Jeremías también tuvo relación con ellos; y de ellos eran los que se llamaron «Hijos de los Profetas» que frecuentemente vivían en el desierto en torno a los montes Horeb y Carmelo. Más tarde también vi muchos en Egipto; y también he visto que a causa de una guerra los expulsaron una temporada del monte Horeb hasta que un nuevo jefe volvió a

reunirlos. Los Macabeos también eran de ellos.

Veneraban mucho a Moisés y tenían uno de sus trajes sagrados, que les había llegado a través de Aarón, a quien se lo había dado Moisés. Era su mayor reliquia y en una visión que tuve vi que quince de ellos murieron en su defensa. Sus superiores proféticos tenían conocimiento de los sagrados misterios del Arca de la Alianza.

Los verdaderos esenios con voto de virginidad eran de una pureza y una piedad indescriptibles. {Llevaban largas vestiduras blancas que conservaban perfectamente limpias.} Adoptaban niños y los educaban en la mayor santidad. Para llegar a convertirse en miembro de esta severa orden había que ser mayor de catorce años. La gente ya probada solo tenía que sufrir un año de probación, y los demás, dos años. No realizaban ninguna clase de comercio y solo trocaban sus productos agrícolas por lo que necesitaban.

Tan pronto alguno pecaba gravemente, se le expulsaba con el anatema que su superior pronunciaba contra él; este anatema tenía fuerza semejante al de Pedro contra Ananías, que le acarreó la muerte. El superior sabía por don profético quién había pecado. También vi esenios sometidos a penitencias; así por ejemplo, tenían que ponerse un traje rígido cuyas mangas, rígidas y extendidas, por dentro estaban llenas de púas.

El Monte Horeb estaba lleno de cuevecitas que eran las celdas donde habitaban. En una cueva más grande habían hecho con zarzos ligeros una sala de reunión donde se reunían a comer a las once de la mañana. Cada uno tenía ante sí un panecillo y una jarra. El superior iba de un puesto a otro bendiciendo el pan de cada uno. Después de comer, cada uno volvía a su celda individual. En esta sala de reunión había un altar con panecillos benditos que estaban tapados, eran una especie de reliquia que se repartía a los pobres.

Los esenios tenían muchas palomas domésticas que comían en sus manos. Aunque se las comían, también las usaban para usos religiosos; decían algo sobre ellas y las echaban a volar. También vi que echaban a correr al desierto corderos después de haber pronunciado unas palabras sobre ellos, como si los corderos llevaran sobre sí sus pecados.

Vi que iban tres veces al año al Templo de Jerusalén. Tenían entre ellos sacerdotes que se ocupaban especialmente de cuidar las vestiduras sagradas; las limpiaban, costeaban su hechura y preparaban otras nuevas.

Los vi practicar la agricultura, la ganadería y especialmente la horticultura; entre sus cabañas, el Monte Horeb estaba lleno de huertas y frutales. A muchos de ellos los vi tejer y trenzar así como bordar vestidos sacerdotales. No vi que trabajaran la seda por sí mismos, sino que la llevaban a vender en fardos que trocaban por otros productos.

En Jerusalén tenían su barrio aparte, y en el Templo también ocupaban un lugar separado; los otros judíos tenían cierta animadversión contra ellos por la rigidez de sus costumbres. Los vi enviar regalos al Templo, por ejemplo, enormes racimos de uvas que llevaban entre dos colgando de un palo. También enviaban corderos, pero no para sacrificarlos, sino que me parece que los dejaban solo para corretear por el jardín. En los últimos tiempos no he visto que los verdaderos esenios ofrecieran sacrificios sangrientos en el Templo.

Antes de viajar al Templo siempre se preparaban muy estrictamente con oración, ayunos, penitencias e incluso azotes; si alguno iba al Santísimo del Templo cargado de pecados y sin haberlos expiado con penitencias, solía morirse de repente. Si a lo largo del viaje, o en Jerusalén, encontraban por el camino algún enfermo o desvalido, no iban al Templo hasta prestarle toda la ayuda posible.

En general se ocupaban mucho de curar; recogían plantas y preparaban pociones. Ahora he visto que también eran esenios la gente santa que en otros tiempos vi que

acostaban a los enfermos en yacijas de plantas medicinales[3].

Los esenios curaban a los enfermos imponiéndoles las manos o poniéndose encima de ellos con los brazos extendidos. Los vi asimismo curar a distancia de una forma maravillosa: los enfermos que no podían acudir por sí mismos enviaban un representante al que los esenios hacían todo lo que habrían hecho al enfermo; se anotaba la hora, y el lejano enfermo se curaba a esa misma hora.

En el Monte Horeb los esenios tenían en las paredes de sus cuevas unas hornacinas con reja donde guardaban viejos huesos sagrados muy bellamente envueltos en seda y algodones. Eran huesos de los profetas que habían vivido aquí, y también de los hijos de Israel muertos en los alrededores; les ponían al lado tiestos pequeños con plantas verdes y lámparas delante, y rezaban ante ellos.

—EL SUPERIOR DE LOS ESENIOS

Todos los esenios célibes que vivían en el Monte Horeb y en monasterios de otros lugares eran muy pulcros. Llevaban largas vestiduras blancas. En las ceremonias solemnes de oración, el superior de los esenios del Horeb llevaba maravillosas vestiduras sacerdotales del estilo de las del Sumo Sacerdote de Jerusalén, aunque más cortas y no tan suntuosas. Cuando oraba y profetizaba en la Cueva de Elías en lo alto del Horeb, llevaba siempre estas vestiduras sagradas, que consistían en ocho piezas. Había entre ellas una gran reliquia: una especie de sobreveste o escapulario para pecho y espalda que Moisés había llevado sobre su cuerpo desnudo y que de él pasó a Aarón y después a los esenios[4].

El profeta Arcos, superior del Horeb, llevaba este manto sobre su cuerpo desnudo siempre que se revestía con todos los ornamentos para rezar pidiendo iluminación profética. Se ponía una faja en el vientre, y en el pecho y la espalda este sagrado manto, que me propongo describir lo mejor que recuerde. Quedará más claro si recorto en papel una especie de patrón. [Recortó someramente la forma en un papel doblado y dijo:]

Extendido, este sagrado escapulario tenía poco más o menos esta forma. La tela era tiesa como un tejido de crin. En el centro de sus partes delantera y trasera había un trozo triangular doble y como pespunteado. No puedo decir con seguridad que es lo que tenía dentro.

El cuello del escapulario tenía por delante un corte en triángulo y la separación se ataba por arriba con una cinta o correíta. El triángulo colgaba de la tela por su punta inferior y podía ponerse encima de otra abertura que había en el pecho, tapándola completamente.

El sitio doble que cité antes estaba como surcado de pespuntes y tenía letras sujetas con púas pequeñas que por el otro lado sobresalían como ganchitos puntiagudos que pinchaban el pecho. En el triángulo que tenía cortado arriba, en la abertura del cuello, que también era doble, había algo parecido a letras; ya no sé qué es lo que contenían los triángulos. Cuando el superior de los esenios se ponía esta vestidura sagrada, el triángulo superior tapaba exactamente al inferior. En el centro de la espalda también había un sitio así, doble, cosido con letras y púas. {Era igual de largo por delante que por la espalda.}

El superior de los esenios llevaba encima del escapulario una camisa de lana gris y sobre ella una amplia alba de seda torzal blanca, ceñida en el medio por un ancho cinturón marcado con letras. Al cuello llevaba una especie de estola que se cruzaba en el pecho y que, recogida en el cinturón, colgaba hasta las pantorrillas. La estola estaba unida con tres correas de cuero por encima y debajo de donde se cruzaba.

Encima de todo ello se ponía una vestimenta que tenía cierto parecido con una

casulla, y que también estaba hecha con seda torzal blanca. [Ana Catalina recortó la forma de esta vestidura extendida:]

La espalda de la casulla era estrecha y larga hasta el suelo, y tenía en el borde inferior dos campanillas que sonaban al andar el sacerdote para llamar al servicio divino. El delantero era más corto y ancho y estaba abierto desde el cuello hasta abajo. Esta parte delantera tenía grandes aberturas discontinuas sobre el pecho y el cuerpo, recogidas con tiras decoradas con letras y piedras preciosas, por las que podían verse la estola y la ropa de debajo. El delantero y la espalda de este traje se unían debajo de los brazos mediante paños transversales. [No los indicó al recortar el patrón.] La abertura del cuello llevaba un alzacuello rígido que se abrochaba por delante. La barba del sacerdote, partida desde la barbilla, caía por encima de este cuello.

Finalmente, encima de todo esto se ponía una toquilla de torzal blanco brillante y resplandeciente, que se cerraba por delante con tres cierres decorados con gemas y que tenían algo grabado dentro. De cada hombrera de la toquilla colgaban flecos, borlas y frutos. En uno de los brazos llevaba, además, un manípulo corto.

Me parece que el cubrecabezas era también de seda blanca enrollada y abultada como un turbante, aunque se parecía más al bonete de nuestros sacerdotes porque tenía salientes por arriba y un penacho de seda. En la frente llevaba sujeta una placa dorada con piedras preciosas.

Los esenios llevaban una vida muy severa y ordenada; la mayoría de las veces solo comían las frutas que solían cultivar en sus huertos. A Arcos le vi comer las más de las veces unas amargas frutas amarillas.

Unos cien años antes del nacimiento de Cristo vi cerca de Jericó un esenio piadoso que se llamaba Chariot o Jariot.

—LA ABUELA DE SANTA ANA

La abuela de Santa Ana consultó su matrimonio con Arcos o Arcas, el viejo profeta del Horeb que gobernó a los esenios durante 90 años. Parece muy notable que estos profetas predijeran siempre descendencia femenina, y que los antepasados de Ana y la misma Ana tuvieran hijas la mayor parte de las veces. Era como si el objetivo de todas sus oraciones y de toda su vida de piedad fuera implorar de Dios la bendición de madres piadosas, de cuya descendencia brotara la Santísima Virgen, Madre del Salvador, y las familias de sus predecesores, sirvientes y seguidores.

El lugar donde el superior oraba y profetizaba era la misma cueva del Monte Horeb donde había vivido Elías. Se subía el monte hasta ella por muchos escalones y para entrar a la cueva había que bajar después otros dos escalones en una entrada pequeña e incómoda. El profeta Arcos entraba solo. Para los esenios era como cuando el Sumo Sacerdote del Templo entraba en el Santísimo, pues aquí estaba su Santísimo, unas reliquias misteriosas y difícilmente expresables. Contaré lo que pueda de todo lo que vi cuando la abuela de Ana fue a pedir consejo al profeta Arcos.

La abuela de Santa Ana era de Mara en el desierto, donde tenía fincas su familia, que era de los esenios casados. Su nombre sonaba parecido a Moruni o Emorún y se me dijo que quería decir «Buena madre» o «Madre excelsa»[5].

Al llegar la época en que debía casarse, Emorún tenía varios pretendientes, y vi que fue al Monte Horeb en busca del profeta Arcos para que decidiese su elección. Se presentó en un apartado de gran sala de reuniones y habló con Arcos, que estaba en la sala, a través

de una reja como si se confesase; las mujeres solo se acercaban allí de esta manera.

A continuación vi que Arcos se vistió de gran ceremonia y subió los numerosos escalones hasta la cumbre del Horeb; bajó los escalones de la angosta entrada y penetró en la cueva de Elías. Cerró a sus espaldas la puertecita de la cueva y abrió un agujero en la bóveda por donde entró luz. La cueva, limpiamente trabajada, estaba en penumbra. Vi un altarcito tallado en la roca de la pared y encima de él, aunque no muy claramente, distinguí varios objetos sagrados. Sobre el altar había tiestos con plantas crecederas pero bajas, de esas que llegan a la altura a la que queda del suelo el borde de la túnica de Jesús[6].

Conozco esa hierba, que también se da aquí entre nosotros aunque más débil. Según se mustiara o reverdeciera le indicaba a Arcos cierto conocimiento profético. Entre las matas vi algo parecido a un arbolito, un poco más alto, cuyas hojas me parecieron amarillentas y retorcidas como caracolillos. En el arbolito vi aparecer como figuritas que no sabría decir con seguridad si era un arbolito vivo o una cosa artificial como una raíz de Jesé. {Había también en el altar otros arbustos pequeños en tiestos, que si reverdecían o se agostaban tenían un significado.}[7]

[Al día siguiente dijo:]

En este arbolito de hojas retorcidas podía verse como en un árbol genealógico o raíz de Jesé lo que había progresado el advenimiento de la Santísima Virgen. Me parecía que el arbolito estaba vivo y que era a la vez también una vaina, pues creo que vi en él una rama florida que encerraba el bastón de Aarón que antes estuvo en el Arca de la Alianza.

Cada vez que Arcos rezaba en la Cueva de Elías pidiendo una revelación sobre un matrimonio de antepasados de la Santísima Virgen, tomaba en su mano el bastón de Aarón. Si el matrimonio contribuiría al linaje de la Santísima Virgen, el bastón de Aarón echaba un brote del que a su vez brotaban una o más flores, algunas señaladas con el signo de la elección. Algunos brotes concretos significaban ya ciertos antepasados de Ana; y cuando éstos llegaban a casarse, Arcos observaba los brotes correspondientes y predecía su ulterior desarrollo.

En la Cueva de Elías los esenios tenían además otro objeto sagrado que era precisamente parte del propio Misterio Santísimo del Arca de la Alianza que había llegado a su poder una vez que el Arca cayó en manos enemigas.

[Ana Catalina habló aquí vagamente de una riña o división de los levitas.]

Esta reliquia, que en el Arca de la Alianza estaba cubierta por el Terror de Dios, solamente la conocían algunos profetas y los más santos de los sumos sacerdotes. Sin embargo me parece que supe que algo de esto se menciona en esos libros secretos y poco conocidos que meditan los viejos judíos[8].

Este Misterio no era obra de manos humanas: era el Misterio Santísimo de la Divina Bendición para que llegara la Virgen Santísima llena de gracia, que al cubrirla con su sombra el Espíritu Santo, el Verbo tomaría carne y Dios se haría hombre. En la nueva Arca de la Alianza del Templo construido por Herodes, el Misterio ya no estaba completo, pues los esenios conservaban aquí parte de este objeto sagrado, que antes del cautiverio de Babilonia había estado entero en el Arca de la Alianza, en un cáliz marrón brillante que parecía hecho de piedra preciosa; profetizaban por él y a veces parecía que le brotaban florecillas.

Cuando Arcos entró en la Cueva de Elías, cerró la puerta, se arrodilló y rezó. Miró arriba a la lumbrera del techo, se postró con el rostro en el suelo y vi que tuvo un conocimiento profético; como si debajo del corazón de Emorún (la joven que le había preguntado) creciera un rosal de tres ramas con una rosa en cada una. La rosa de la segunda

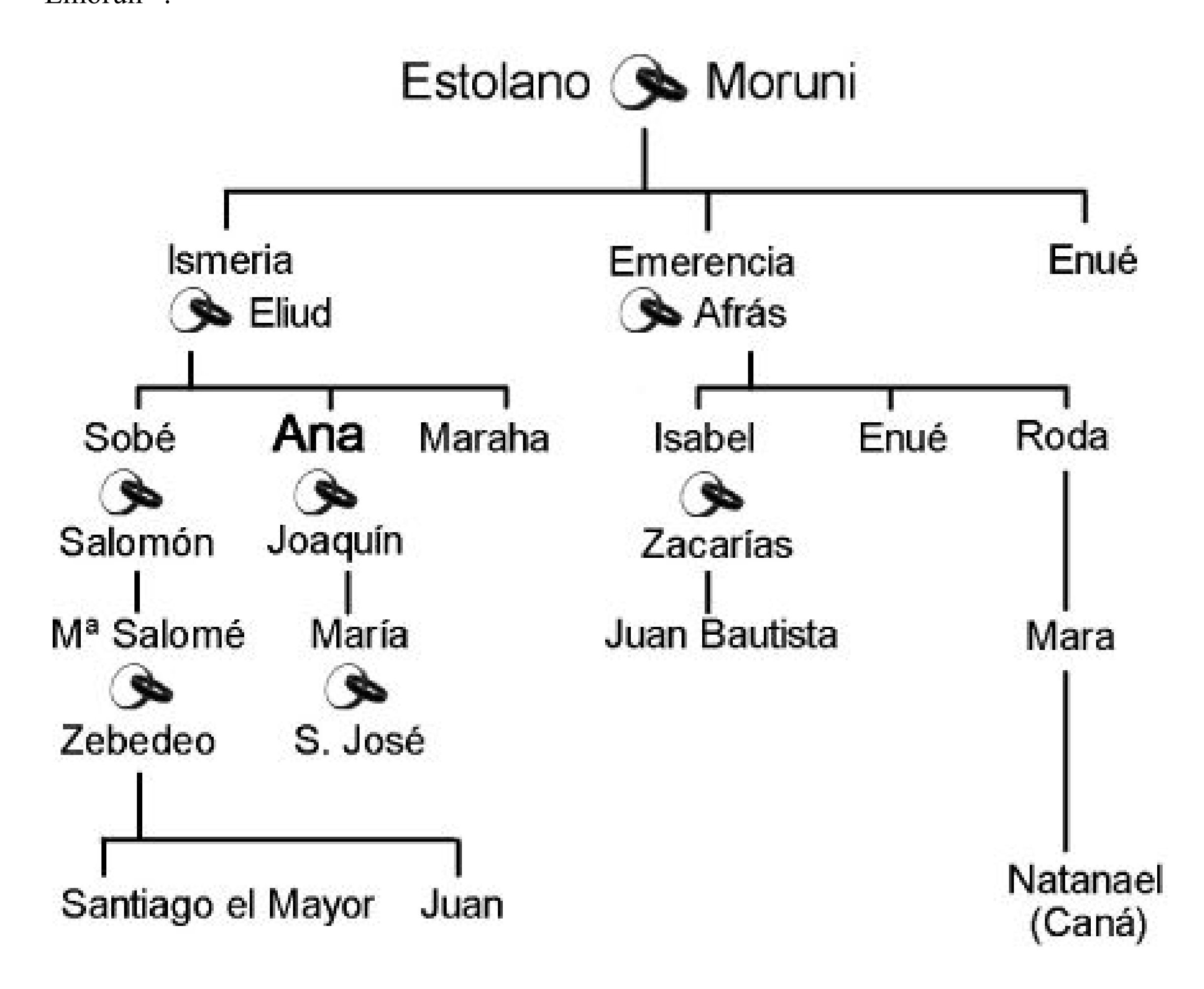
rama estaba marcada con una letra, creo que una M[9].

Arcos vio todavía más: un ángel escribió letras en la pared y vi que Arcos se levantó como si se despertara y las leyó; he olvidado los detalles. Entonces bajó de la cueva y anunció a la joven que le consultaba que se casara y que lo hiciera precisamente con el sexto pretendiente; daría a luz una criatura elegida y marcada con una señal, que sería vaso de la salvación que se acercaba.

—LOS ABUELOS DE SANTA ANA

Tras ello, Emorún se casó con su sexto pretendiente, un esenio llamado Estolano. No era de la región de Mara, y a causa de su matrimonio y de las fincas de su mujer, recibió un nuevo nombre que no puedo reproducir con seguridad y que pronunciaban de distintas formas y sonaba algo así como Garesha, Sartsirius o algo parecido[10].

Estolano y Emorún tuvieron tres hijas de las que recuerdo sus nombres: Ismeria, Emerencia y la última me parece que se llamaba Enué. No siguieron en Mara mucho más tiempo, sino que se fueron a vivir a Efrón. Ismeria y Emerencia también se casaron según las predicciones del profeta del Horeb. No logro entender por qué he oído tantas veces que la madre de Santa Ana había sido Emerencia, pues siempre he visto que fue Ismeria; en el nombre de Dios contaré lo que todavía tengo presente de estas hijas de Estolano y Emorún[11].



El linaje de la Santísima Virgen según la beata Ana Catalina. (El árbol está deliberadamente incompleto). (Rafael Renedo).

Emerencia se casó con Afrás u Ofrás, levita, y de este matrimonio procede Isabel, la madre de Juan el Bautista. Otra de sus hijas, que se llamaba Enué como la hermana de su madre, acababa de enviudar cuando nació María; su tercera hija era Roda, una de cuyas hijas fue aquella Mara que vi en el tránsito de la Santísima Virgen.

Ismeria se casó con Eliud, y vivieron en la comarca de Nazaret a la manera de los esenios casados; de sus padres le venía la continencia y el noble comportamiento matrimonial, y de esta pareja nació Ana, entre otras. Enue, la tercera hija de Estolano, estaba casada y vivía entre Belén y Jericó; uno de sus descendientes estuvo con Jesús.

2
SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

—LOS PADRES DE SANTA ANA

La hija primogénita de Ismeria y Eliud se llamaba Sobé, y como no tenía la señal de la Promesa, sus padres se atribularon mucho y volvieron al Horeb a buscar el consejo del profeta. Arcos les exhortó a que rezasen y les prometió consuelo. Ismeria permaneció estéril dieciocho años y cuando Dios volvió a bendecirla vi que tuvo una revelación nocturna: vio que un ángel escribía una letra en la pared junto a su lecho; pienso que era otra vez aquella M. Ismeria se lo dijo a su marido, pero éste también la había visto y entonces los dos esposos, completamente despiertos, vieron la señal en la pared. A los tres meses nació Santa Ana, que al nacer trajo al mundo aquella señal en el estómago.

A Ana la llevaron a la escuela del Templo cuando tenía cinco años, lo mismo que hicieron más tarde con María; allí vivió doce años hasta que a los diecisiete la devolvieron a casa, donde encontró dos niños nuevos: una hermanita que había nacido poco después que ella, que se llamaba Maraha, y un hijito de su hermana mayor Sobé, que también se llamaba Eliud.

Un año después Ismeria enfermó mortalmente y en su lecho de muerte aleccionó a todos los suyos presentándoles a Ana como la futura ama de casa. Luego, antes de morir, habló con ella a solas y la dijo que era un vaso de elección de la gracia de Dios, que tendría que casarse y que fuera a buscar el consejo del profeta del Horeb.

Sobé, la hermana mayor de Ana, estaba casada con un tal Salomó y además de su hijo Eliud tenía una hija, María Salomé, que fue la que más adelante tuvo de Zebedeo a los apóstoles Santiago el Mayor y Juan. Sobé tuvo además una segunda hija que fue madre de tres discípulos y tía del novio de Caná. Eliud, el hijo de Sobé y Salomó, fue el segundo marido de Maroni, la viuda de Naim, y padre del niño que resucitó Jesús.

Maraha, la hermana menor de Ana, recibió la finca de Séforis cuando su padre Eliud se trasladó al valle de Zabulón; se casó y tuvo una hija y dos hijos, Arastaria y Cojaria, que fueron discípulos.

Ana tuvo todavía una tercera hermana, que era muy pobre y fue mujer de un pastor de los pastizales de Ana; estaba mucho en casa de Ana.

El bisabuelo de Ana era profeta; Eliud, padre de Ana, era de la tribu de Leví, y su madre Ismeria de la de Benjamín. Ana nació en Belén, pero más adelante sus padres se mudaron a Séforis, a cuatro leguas de Nazaret, donde tenían casa en una finca. También tenían fincas en el hermoso Valle de Zabulón, a legua y media de Séforis y tres de Nazaret. En el buen tiempo, el padre de Ana iba mucho con su familia al Valle de Zabulón, y después de la muerte de su esposa se mudó allí definitivamente, y de esta forma nacieron sus contactos con los padres de San Joaquín, el que se casó con Ana. El padre de Joaquín se llamaba Matzat (Matthat) y era el segundo hermano de Jacobo, padre de San José; el primer hermano se llamaba Josés. Matzat se afincó en el Valle de Zabulón.

Los antepasados de Ana eran muy piadosos y devotos; eran de los que habían llevado el Arca de la Alianza y desde el Santísimo recibieron rayos que transmitieron a su descendencia, a Ana y a la Santísima Virgen.

Los padres de Ana eran ricos, cosa que supe por su gran hacienda, pues tenían muchos bueyes, pero no lo guardaban para sí, sino que todo se lo daban a los pobres.

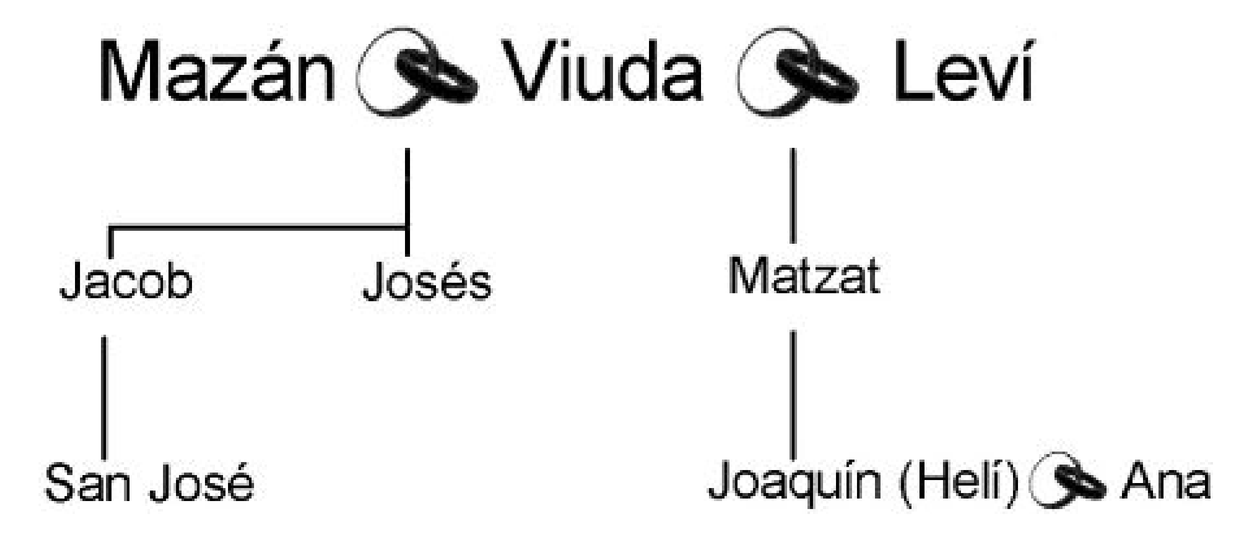
He visto a Ana de pequeña. No era especialmente bonita, pero sí más que otras; no era ni de lejos tan bonita como María, pero era extraordinariamente sencilla y de una piedad infantil, y así la he visto en todas las edades, de doncellita, madre y viejecita; y por eso siempre que he visto una vieja aldeana de aspecto infantil se me ocurría: «Esta es como Ana».

Ana tenía otros hermanos y hermanas que se casaron todos. Sus padres la tenían un cariño especial y ella no quería casarse; tuvo al menos media docena de pretendientes y los rechazó a todos. Cuando Ana fue a los esenios en busca de consejo como sus antepasadas, recibió la indicación de que se casara con Joaquín, al que entonces todavía no conocía pero que la pretendía desde que Eliud, el padre de Ana, se mudó al Valle de Zabulón donde vivía Matzat, el padre de Joaquín. {Ana hubiera debido casarse con un levita de la tribu de Aarón como las demás de su tribu, pero se casó con Joaquín de la tribu de David, pues María debía ser de la tribu de David.}

—SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA, PADRES DE LA VIRGEN

Joaquín no era nada guapo. San José, incluso cuando ya no era joven, era en comparación un hombre muy guapo. Joaquín era de figura menuda, ancho y sin embargo delgado, y cada vez que pienso en él me veo obligada a reírme, pero era un hombre maravilloso, santo y piadoso además de pobre[1].

Joaquín estaba emparentado con San José de la siguiente manera: el abuelo de José que venía de David a través de Salomón, se llamaba Mazán y tuvo un hijo llamado Jacobo y otro Josés; Jacobo fue el padre de José. Al morir Mazán, su viuda se casó con un segundo marido, Leví, que también procedía de David, pero por Nathan, y con este Leví tuvo a Matzat, padre de Helí, que así se llamaba también Joaquín.



El parentesco entre San José y San Joaquín. La viuda de Mazán, abuelo de San José, casó en segundas nupcias con Leví, abuelo de San Joaquín. (El árbol está deliberadamente incompleto). (Rafael Renedo).

Los noviazgos eran entonces muy sencillos. Los novios estaban muy cohibidos y tímidos; hablaban juntos pero sin pensar gran cosa en casarse, como hubieran debido hacer. Si la novia decía que sí, los padres estaban conformes; y si decía que no y tenía sus razones, también estaban de acuerdo. Formalizada la cosa con los padres, el compromiso se realizaba en la sinagoga del lugar. El sacerdote rezaba en el sagrario donde se encontraban los rollos de la Ley, y los padres en el lugar habitual mientras los novios iban juntos a un sitio donde discutían sobre su contrato y sus intenciones. Si se ponían de acuerdo, se lo decían a sus padres y éstos al sacerdote, quien entonces se acercaba y aceptaba la declaración de los novios. Al día siguiente se casaban con toda clase de ceremonias al aire libre.

Joaquín y Ana se casaron en un pueblecito donde únicamente había una modesta escuela y solo estuvo presente un sacerdote. Ana tenía entonces unos 19 años. La pareja se fue a vivir con Eliud, el padre de Ana; la casa pertenecía a la ciudad de Séforis pero estaba a cierta distancia, en medio de un grupo de construcciones de las que era la mayor. Allí vivieron varios años.

Ambos tenían una forma de ser poco común; eran ciertamente muy judíos, pero tenían una gravedad extraordinaria que ni ellos mismos sabían. Rara vez los he visto reírse, aunque al principio de su matrimonio no eran realmente tristes. Tenían un carácter tranquilo y equilibrado y desde sus años jóvenes, algo de personas mayores y circunspectas. En mi juventud he visto a veces jóvenes parejas de éstas, muy sensatas, y ya entonces pensaba siempre: «Igualitos que Joaquín y Ana».

Los padres eran pudientes, tenían muchos rebaños, bonitas alfombras, vajillas y muchos criados y criadas; no los he visto cultivar los campos, pero sí llevar el ganado a pastar. Eran sumamente piadosos, fervorosos, bondadosos, sencillos y rectos. Muchas veces repartían sus rebaños y todo lo suyo en tres partes, y daban al Templo un tercio del ganado, que ellos mismos llevaban allí, donde lo recogían los servidores del Templo. El segundo tercio lo daban a los pobres o a parientes necesitados, de los cuales la mayoría de las veces algunos estaban allí y se lo llevaban. El último tercio y habitualmente el más pequeño lo guardaban para sí.

Vivían muy frugalmente y se volcaban con quien los necesitara. Ya de niña pensaba yo muchas veces que «basta con dar, porque quien da vuelve a recibir por partida doble» al ver que su tercio siempre volvía a aumentar y que pronto estaban otra vez tan boyantes que podían volver a hacer las tres partes.

Tenían muchos parientes que en las fiestas se reunían en su casa, pero nunca vi grandes comilonas. De hecho los he visto dar de comer a un pobre de vez en cuando en sus vidas, pero nunca vi verdaderos banquetes. Cuando estaban juntos, habitualmente los veía tumbados en corro en el suelo, hablando de Dios muy esperanzados. Muchas veces vi entre sus parientes algunos malvados que contemplaban con amargura y mal humor que miraran al Cielo tan llenos de anhelo en sus conversaciones.

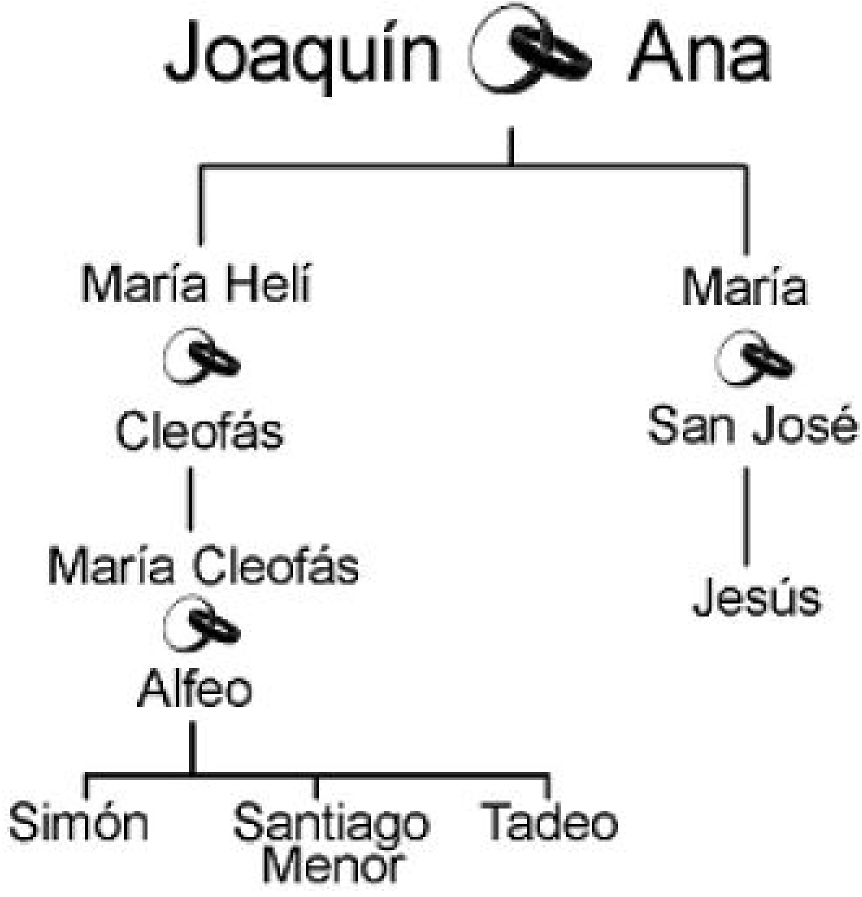
Pero ellos querían bien a estos malintencionados, no perdían la oportunidad de invitarlos y les daban doble de todo. Muchas veces vi que éstos pedían con malos modos y exigencias lo que la pareja ofrecía con amor. En la familia había pobres a los que muchas veces daban un cordero y a veces más.

—MARÍA DE HELÍ

La primera criatura que Ana alumbró en casa de sus padres fue una hija, pero no era

la hija de la Promesa porque al nacer no tuvo las señales profetizadas y su alumbramiento se produjo en tristes circunstancias: Ana, que estaba esperando, tuvo problemas con la servidumbre porque un pariente de Joaquín había seducido a una de sus criadas. Ana, muy compungida de ver vulnerada así la severa disciplina de la casa, reprendió su falta a la criada con cierta dureza, y ésta se tomó su desgracia tan a pecho que malparió antes de tiempo un niño muerto. Ana estaba inconsolable; temía haber tenido la culpa y en consecuencia también dio a luz prematuramente, y aunque su hija vivió, como no tenía las señales de la Promesa y había nacido antes de tiempo, Ana lo tuvo por castigo de Dios y estaba muy afligida pues creía haber pecado.

No obstante se alegraron de corazón con su hijita recién nacida y la llamaron también María. Era una niñita cariñosa, piadosa y dulce que siempre vi crecer gordita y fuerte. Sus padres la tenían mucho cariño pero les quedaba cierta intranquilidad y tristeza porque sabían que no era el fruto santo que esperaban de su unión.



Santa Ana, que se casó tres veces, tuvo de su primer matrimonio con San Joaquín dos hijas. Su nieta María Cleofás también se casó tres veces, primero con Alfeo, de quien tuvo tres niños de la edad de Jesús a quienes llamaron «hermanos del Señor». Al enviudar María Cleofás se casó con Sabas, de quien tuvo a José Barsabas, y al volver a enviudar, se casó por tercera vez y fue madre de Simeón de Jerusalén. (El árbol está deliberadamente incompleto). (Rafael Renedo).

Desde entonces hicieron penitencia mucho tiempo y vivieron en mutua continencia.

Ana se quedó estéril, lo que siempre consideraron consecuencia de sus pecados y por tanto redoblaron sus buenas obras. Frecuentemente se retiraban a orar fervorosamente, separados largas temporadas uno de otro; daban limosnas y enviaban ofrendas al Templo.

—LA MUDANZA

Llevaban viviendo de este modo con su padre Eliud unos siete años, como pude ver por la edad de su primera hija, cuando decidieron separarse de sus padres y trasladarse a vivir a la casa de una finca que los padres de Joaquín les habían dado cerca de Nazaret con el propósito de empezar allí de nuevo su vida matrimonial en la soledad y de conseguir la bendición divina para su unión con un comportamiento más grato a Dios.

Vi que tomaron esta decisión en familia y que los padres de Ana prepararon el ajuar de sus hijos. Repartieron sus rebaños y apartaron para el nuevo hogar bueyes, asnos y corderos que eran mucho mas grandes que los que hay por aquí entre nosotros. Cargaron toda clase de enseres, cacharros, recipientes y ropa en asnos y bueyes delante de la puerta; aquella buena gente era tan hábil en cargarlo como los animales en recibirlo y transportarlo; nosotros apenas podemos colocar nuestras cosas en un carro tan hábilmente como lo hacía aquella gente en sus animales.

Tenían una vajilla muy bonita; todos los cacharros eran más lindos que ahora; era como si el maestro alfarero hubiese hecho cada uno con distinto sentimiento y amor. Llenaban y envolvían con musgo unas jarras frágiles decoradas artísticamente con toda clase de imágenes, y las colgaban del lomo de las bestias sujetas al los extremos de una correa. En el lomo de los animales pusieron también toda clase de fardos de mantas multicolores y ropa, y colchas preciosas bordadas en oro. Los que partían recibieron de sus padres una bolsa con un bultito pesado, que podría ser un trozo de metal precioso.

Cuando todo estuvo listo, se incorporaron a la comitiva criados y criadas que arrearon el ganado y las acémilas hasta el nuevo domicilio, que estaba a cinco o seis leguas de allí; creo que venían de parte de los padres de Joaquín. Ana y Joaquín se despidieron con gratitud de sus amigos y sirvientes, y después abandonaron emocionados y llenos de buenos propósitos el que hasta entonces había sido su hogar.

La madre de Ana ya no vivía, pero vi que los padres de ambos esposos los acompañaron a su nuevo domicilio; tal vez Eliud hubiera vuelto a casarse o tal vez hubiera entre ellos familia de los padres de Joaquín. María Helí, la primera hijita de Ana, que tendría seis o siete años, iba también en la comitiva.

—LA CASA DE NAZARET

La nueva vivienda estaba en un sitio muy agradable, una comarca ondulada rodeada de prados y árboles a hora y media o una hora larga a Poniente de Nazaret, en un altozano entre el valle de Nazaret y el de Zabulón. Desde la casa llevaba a Nazaret una cañada orlada con una arboleda de terebintos.

Delante de la casa había un patio cerrado, cuyo suelo me parecía roca desnuda, rodeado por una valla baja de piedras o rocas que tenía encima o detrás de ella un seto vivo de plantas trepadoras. A un lado del patio se encontraban pequeñas edificaciones ligeras para la servidumbre y para guardar todas clase de aperos, así como un cobertizo abierto para albergar el ganado y las bestias.

Alrededor de la casa había varios huertos, y en uno de ellos, cercano a la casa, había un árbol muy singular cuyas ramas se hundían en tierra, arraigaban y brotaban nuevos

árboles que hacían lo mismo, formando un círculo de pérgolas.

La casa era bastante grande. En medio estaba la puerta, que giraba sobre sus goznes; el interior de la casa tendría la superficie de una iglesia de pueblo medianamente grande y estaba dividida en las distintas habitaciones con tabiques de zarzo, más menos móviles, que no llegaban al techo. La puerta principal daba a la primera parte de la casa, un gran zaguán que ocupaba toda la anchura, que se usaba para los banquetes, y cuando había muchos huéspedes para distribuirlos por medio de paneles según las necesidades en muchos dormitorios pequeños.

Enfrente de la puerta principal, una puerta ligera en el centro de la pared trasera del vestíbulo daba entrada a la parte central de la casa, es decir a un pasillo que llevaba a los cuatro dormitorios de la derecha y los cuatro de la izquierda de esta parte de la casa. Estos dormitorios también estaban formados con tabiques ligeros poco más altos que un hombre, que por su parte superior terminaban en enrejados abiertos.

Desde aquí, el pasillo llevaba a la tercera parte o parte de atrás de la casa, que no era rectangular, sino que, al igual que el contorno de la casa, terminaba en pico o semicircular como el coro de la iglesia.

En medio de esta parte trasera, frente a la entrada, se alzaba el muro del hogar hasta el tubo de chimenea que había en el techo de la casa; al pie de este muro se hallaba el fogón donde se cocinaba. Delante de él colgaba del techo una lámpara de cinco brazos.

El espacio que estaba detrás y a ambos lados del hogar estaba dividido con mamparos en varios cuartos más grandes. Detrás del hogar, diversos tapices formaban las paredes de los dormitorios, el oratorio, el comedor y el cuarto de trabajo de la familia. Detrás del hermoso huerto de frutales de la casa había campos, más allá un bosque y detrás de él una montaña.

Los viajeros llegaron juntos a la casa y encontraron todo en su sitio, pues los mayores habían mandado gente por delante para colocarlo todo. Los criados y criadas habían descargado y puesto todo en su sitio tan bien y con tanto orden como cuando lo cargaron, pues eran tan serviciales y trabajaban con tanto sentido y tan silenciosamente que no hacía falta mandarles los detalles como ocurre hoy día. Así que enseguida quedó todo tranquilo y sus padres, después que les hicieron entrega de su nueva casa, se despidieron de Ana con bendiciones y abrazos y emprendieron el camino de vuelta con la hijita de Ana, que se volvía con los abuelos.

En tales visitas y parecidas ocasiones nunca vi que esta gente celebrara banquetes, sino que muchas veces se tumbaban en círculo en una alfombra poniendo ante sí unos platillos y jarritas y casi todo el tiempo hablaban de asuntos de Dios y santas esperanzas.

—LA VIDA NUEVA DE JOAQUÍN Y ANA

Aquí vi que esta santa pareja empezó una nueva vida; querían sacrificar a Dios todo el pasado y pensar que estaban juntos por primera vez para esforzarse en impetrar con una vida más grata a Dios, aquella bendición que era lo único que deseaban fervorosamente para sí. Los vi andar a los dos entre sus rebaños y dividirlos en tercios para distribuirlos entre el Templo, los pobres y ellos mismos, como anteriormente dije de sus padres. Hacían llevar al Templo la parte mejor y más selecta; los pobres recibían un buen tercio y la peor parte se la reservaban para sí; así hacían con todo lo suyo.

Su casa era bastante amplia y vivían en cuartitos separados donde muchas veces los vi rezar con gran fervor cada uno por su lado. Así vivieron mucho tiempo; daban grandes

limosnas y por más veces que los vi repartir sus rebaños y pertenencias, todo volvía a aumentar rápidamente. Vivían muy austeramente, en castidad y continencia. Durante su oración les veía ponerse cilicios, y muchas veces vi a Joaquín implorar a Dios en los lejanos pastizales de sus rebaños. Los diecinueve años siguientes al nacimiento de su primera hija vivieron con esta severa conducta en la presencia de Dios anhelando constantemente la bendición de la fertilidad mientras su aflicción iba en aumento. La mala gente de la comarca se acercaban a ellos para insultarlos:

—Tienen que ser mala gente puesto que no tienen hijos; la hijita que está con los padres de Ana no debe ser suya; Ana es estéril; la niña aquella es adoptiva, pues si no, la tendrían con ellos, etc.

Estas habladurías todavía deprimían más a aquella buena gente.

Ana tenía fe firme y la persuasión íntima de que el advenimiento del Mesías estaba próximo, y de que ella misma sería una de sus parientes carnales. Imploraba y clamaba que se consumara la promesa y se esforzaba junto con Joaquín en conseguir continuamente mayor pureza. La entristecía profundamente la afrenta de su esterilidad; y apenas podían dejarse ver en la sinagoga sin que la ofendieran.

Joaquín, aunque flaco y bajito, era robusto y a menudo lo vi llevar ofrendas de ganado a Jerusalén. Ana tampoco era alta y su figura era muy delicada; adelgazó tanto con sus preocupaciones que las mejillas se le hundieron completamente, aunque conservaba cierto rubor. Siguieron con la costumbre de repartir de vez en cuando sus rebaños con el Templo y los pobres, y cada hacían más pequeña la parte que se reservaban para sí.

JOAQUÍN, RECHAZADO EN EL TEMPLO, SE VA CON SUS REBAÑOS

Después de haber implorado sin éxito tantos años la bendición de Dios para su matrimonio, vi que Joaquín quiso llevar una vez más su ofrenda al Templo. Los dos se separaron para hacer penitencia y una noche los vi ceñidos de cilicios rezando tumbados en el duro suelo. Luego, al romper el alba, Joaquín salió campo a través a los pastizales de su ganado. Ana volvió a quedarse sola y poco después envió unos criados en pos de Joaquín con palomas y otras aves, y toda clase de objetos en jaulas y cestas que Joaquín quería ofrecer al Templo.

Joaquín tomó dos asnos de sus pastos y los cargó con éstas y otras cestas en las que creo que metió tres animalillos blancos y alegres de largos cuellos que ya no me acuerdo si eran corderos o cabritillos. Llevaba en un palo un farol que brillaba como una candela dentro de una calabaza, y así le vi llegar con sus criados y bestias de carga a un bonito campo verde que hay entre Betania y Jerusalén, en el que más adelante vi que Jesús descansó muchas veces.

Subieron hacia el Templo y dejaron los asnos en el mismo albergue del Templo cerca del Mercado de Ganado donde más adelante pararon cuando ofrendaron a María. Al igual que en aquella ocasión, subieron sus ofrendas por la escalera, atravesaron las viviendas de los servidores del Templo y entonces, después de entregarles las ofrendas a éstos, los criados de Joaquín se volvieron[2].

Joaquín fue entonces al patio donde estaba la alberca donde se lavaban todas las ofrendas, y luego siguió por un largo pasillo hasta una sala a la izquierda del lugar donde estaba el Altar de los Perfumes, la Mesa de los Panes de Proposición y el Candelabro de Siete Brazos. Allí estaban congregados otros que habían traído ofrendas. A Joaquín le examinaron exhaustivamente, y Rubén, un sacerdote, rechazó sus ofrendas y en vez de

colocarlas bien visibles con las demás, detrás de la reja en el lado derecho de la sala, las echó a un lado. Después, delante de todos los presentes, abochornó en voz alta al pobre Joaquín a causa de su esterilidad, no le permitió acercarse y le mandó a un rincón vergonzoso y entre rejas.

Joaquín abandonó el Templo con la mayor tribulación y, pasando por Betania, fue en busca de consuelo y consejo a casa de una congregación de esenios de la región de Maqueronte. En esta casa, y antes en aquella otra que está cerca de Belén, había vivido el profeta Manajem, quien predijo a Herodes en su juventud que reinaría y cometería grandes crímenes. De allí Joaquín fue al Monte Hermón donde estaban sus rebaños más alejados. Su camino le llevó a través del desierto de Gaddí al otro lado del Jordán. El Hermón es un monte largo y estrecho, que tiene la solana cubierta de verdor y llena de espléndidos frutales, mientras que el lado opuesto está cubierto de nieve.

ANA RECIBE PROMESA DE FECUNDIDAD Y VIAJA AL TEMPLO

Joaquín estaba tan triste y avergonzado por el desprecio recibido en el Templo que ni siquiera mandó decir a Ana donde estaría, pero ella supo por otras personas que habían estado presentes la humillación que había sufrido Joaquín, y su aflicción fue indescriptible. La vi llorar muchas veces con el rostro en tierra porque no sabía dónde estaba su Joaquín, que llevaba más de cinco meses escondido en el Hermón con sus rebaños.

Hacia el final de esta época, Ana tuvo aún que sufrir más por la descortesía de una criada que le echaba continuamente en cara su desdicha. Pero un día, al principio de la Fiesta de las Cabañuelas, cuando esta criada pretendió pasar la fiesta fuera de casa, Ana, prevenida como estaba por la seducción de la anterior, se lo prohibió como madre prudente que era. Entonces la criada la echó en cara su infecundidad y que Joaquín la hubiera abandonado, diciéndola que eran castigos de Dios por su dureza, de un modo tan violento que Ana no quiso aguantarla más tiempo en casa y la envió con regalos a casa de sus padres acompañada por dos criados con la explicación de que aceptaran de nuevo a su hija en el mismo estado en que la había recibido, pero que no se sentía capaz de tenerla más tiempo a su custodia.

En cuanto despidió a la criada, Ana se fue a su cuarto a rezar tristemente. Al anochecer se echó un mantón por la cabeza, se envolvió completamente en él y salió con un farol al árbol grande del patio que dije antes, el que formaba una especie de pérgola. Encendió una lámpara que colgaba del árbol en una especie de caja y se puso a rezar leyendo en un rollo de pergamino.

El árbol era muy grande y tenía dentro asientos y pérgolas. Hundía sus ramas por encima del muro hasta el suelo, donde volvían a arraigar y a rebrotar ramas que de nuevo volvían a colgar y a arraigar y rebrotar y así sucesivamente hasta formar toda una serie de pérgolas.

Este árbol es de la misma especie que el árbol de la fruta prohibida del Paraíso. Sus frutos cuelgan de cinco en cinco de las puntas de las ramas; tienen forma de peras, por dentro son carnosos con venas de color sangre y tienen en el medio un hueco a cuyo alrededor están las pipas dentro de la carne. Las hojas son muy grandes y me parece que fueron las que usaron Adán y Eva para cubrirse en el Paraíso. Los judíos las usaban sobre todo para adornar las paredes en la Fiesta de las Cabañuelas porque, poniéndolas como escamas, se ensamblan muy cómodamente por los bordes.

Ana estuvo mucho tiempo clamando a Dios debajo del árbol que aunque le hubiese

cerrado el vientre, no mantuviese lejos a su piadoso compañero Joaquín.

Y ¡mira! he aquí que entonces se le apareció un ángel del Señor que bajó de lo alto del árbol, se le puso delante y la dijo que tranquilizara su corazón, que el Señor había escuchado su oración. Que fuera al Templo a la mañana siguiente con dos criadas y que llevara palomas para la ofrenda. La oración de Joaquín también había sido escuchada y ya iba con su ofrenda de camino al Templo; ella lo encontraría debajo de la Puerta Dorada. La ofrenda de Joaquín sería aceptada y ambos serían bendecidos; pronto sabría el nombre de la criatura. El ángel la dijo también que había llevado la misma embajada a su marido y dicho esto desapareció.

Llena de alegría, Ana dio gracias a Dios misericordioso. Volvió a entrar en casa y preparó con las criadas lo necesario para viajar al Templo la mañana siguiente. Vi que a continuación rezó y se acostó para dormir. Su lecho consistía en una manta estrecha y un cojín redondo para debajo de la cabeza; por las mañanas enrollaba la manta.

Ana se quitó el vestido exterior, se envolvió de pies a cabeza en una tela ancha y se tendió toda estirada sobre el costado derecho, de cara a la pared de su cuartito a lo largo de la cual estaba su lecho.

Cuando llevaba dormida un ratito vi descender sobre ella desde arriba un resplandor de luz que se concentró junto a su lecho en forma de joven resplandeciente. Era el ángel del Señor que la dijo que concebiría una criatura santa. Luego, extendiendo su mano por encima de ella, escribió en la pared grandes letras luminosas: era el nombre de María.

{He conocido el contenido de la frase, palabra por palabra. En resumen, expresaba que ella debía concebir, que su fruto sería único y que la fuente de esa concepción era la bendición que recibió Abraham. La he visto indecisa pensando en cómo se lo comunicaría a Joaquín; pero se consoló cuando el ángel la reveló la visión de Joaquín. Tuve entonces la explicación de la Concepción Inmaculada de María y supe que en el Arca de la Alianza había estado oculto el sacramento de la Encarnación, la Inmaculada Concepción, el misterio de la Redención de la Humanidad caída.}

El ángel volvió a desaparecer mientras se disolvía en luz. Ana, que mientras tanto había tenido en el sueño un movimiento de íntima alegría, se incorporó en el lecho semidespierta, rezó fervorosamente y sin darse cuenta bien volvió a dormirse.

Pero después de medianoche se despertó contenta como por una intuición interior, y vio espantada y contenta lo que estaba escrito en la pared. Eran como grandes letras relucientes rojas y doradas, aunque no muchas; las miró compungida y con alegría indescriptible hasta que se apagaron al amanecer. Lo vio todo tan claro y su alegría creció de tal manera, que cuando se levantó parecía completamente rejuvenecida.

En el instante en que la luz del ángel llevó la gracia a Ana, vi un resplandor bajo su corazón y reconocí en ella a la madre elegida, al vaso glorioso de la gracia venidera. Solo puedo expresar lo que distinguí en ella diciendo que supe que era una madre bendita a la que le adornaban una cuna, le vestían una camita o le abrían un tabernáculo para que recibiera y conservara dignamente la santidad. Vi que Ana quedó abierta a la bendición por gracia de Dios. Es indecible la forma maravillosa en que lo supe, pues reconocí en Ana la cuna de toda la salvación humana, y al mismo tiempo un vaso sagrado de la Iglesia, del cual se había retirado el cenotafio; y esto también lo supe de forma natural, y todo este conocimiento era una sola cosa al mismo tiempo natural y sagrada. Me parece que Ana tenía entonces cuarenta y tres años.

Entonces Ana se levantó, encendió su lámpara, rezó y emprendió viaje a Jerusalén con sus ofrendas. Aunque la aparición del ángel solo la sabía ella, esa mañana todos los de

la casa exultaban con maravillosa alegría.

JOAQUÍN, CONSOLADO POR EL ÁNGEL, VUELVE AL TEMPLO A OFRENDAR

A esa misma hora vi a Joaquín con sus rebaños en el Monte Hermón, más allá del Jordán. Imploraba a Dios con continuas oraciones que le escuchara. Cuando veía brincar los corderitos que balaban tan contentos alrededor de sus madres, se afligía mucho por no tener niños, pero no dijo a sus pastores la causa de su tristeza. Era la época de la Fiesta de las Cabañuelas, y él y sus pastores ya estaban construyendo las chozas de ramas.

Joaquín estaba rezando, perdida la esperanza de ir como de costumbre a la fiesta en Jerusalén a presentar sus ofrendas porque pensaba en la humillación que había sufrido allí, cuando se le apareció el ángel que le ordenó que viajara consolado al Templo, ya que su ofrenda sería aceptada, su oración escuchada, y encontraría a su esposa debajo de la Puerta Dorada.

{Joaquín se sentía temeroso de ir, pero el ángel le dijo que los sacerdotes ya tenían aviso de su visita.}

Entonces vi que Joaquín repartió alegremente una vez más su ganado en tres partes. ¡Cuánto ganado tenía y qué bonito era! Guardó la parte más pequeña para sí, otra mejor la envió a los esenios, y la más hermosa de todas la llevó al Templo con sus criados. Llegó a Jerusalén al cuarto día de la fiesta y entró en el Templo como hacía antes.

Ana también llegó a Jerusalén el cuarto día de la fiesta, y se alojó con los parientes de Zacarías junto al Mercado del Pescado; solo se encontró con Joaquín al final de la fiesta.

Vi que, aunque la vez anterior la ofrenda de Joaquín había sido rechazada por indicación de Lo Alto, a aquel sacerdote que en vez de consolarle le increpó con tanta dureza, le había caído no sé qué castigo divino por ello.

Sin embargo esta vez los sacerdotes tenían advertencias de Lo Alto de que aceptaran su ofrenda y vi que, cuando Joaquín anunció que llegaba con su ofrenda de animales, algunos de ellos salieron a su encuentro a recibir sus dones delante del Templo. El ganado que traía de regalo al Templo no era propiamente ofrenda; su ofrenda para el sacrificio consistía en dos corderitos y tres animalitos alegres, creo que cabritillos. Vi también que muchos hombres que le conocían le felicitaban porque su ofrenda fuera aceptada.

En el Templo todo estaba abierto y adornado con guirnaldas de hojas y frutas, y habían puesto una enramada en un sitio donde había ocho columnas exentas. Joaquín hizo el mismo recorrido que la vez anterior; su ofrenda fue sacrificada y quemada en el sitio de costumbre, pero parte de ella se quemó, sin embargo, en otro lugar; me parece que a la derecha del atrio donde estaba la gran cátedra[3].

Los sacerdotes celebraron una ofrenda de perfumes en El Santo, encendieron lámparas, y también algunas luces del candelabro de los siete brazos, aunque no las siete a la vez. A menudo he visto que encendían distintos brazos del candelabro según las ocasiones.

JOAQUÍN EN EL ALTAR DE LOS PERFUMES

Cuando se alzó el humo del incienso vi caer un rayo de luz sobre el sacerdote que estaba sacrificando en El Santo, a la vez que sobre Joaquín, que estaba afuera en la sala. Se hizo una pausa en la celebración como causada por el estupor y el conocimiento sobrenatural. Dos sacerdotes salieron como por mandato divino a buscar a Joaquín a la sala y le llevaron por el camino de las cámaras laterales hasta el Dorado Altar de los Perfumes

de El Santo. El sacerdote entonces puso algo en el Altar de los Perfumes; no me parecieron granos sueltos de incienso, sino más bien una masa compacta que ya no recuerdo en qué consistía[4].

Esta masa se consumía con mucho humo y fragancia encima del Dorado Altar de los Perfumes y delante del velo del Santísimo. El sacerdote abandonó El Santo, y Joaquín se quedó solo. Mientras se consumía la ofrenda de incienso, le vi arrobado de rodillas con los brazos en cruz. {Permaneció encerrado en el Templo toda la noche, rezando con gran devoción.} Entonces se le acercó un ángel, una forma luminosa como la que más tarde se apareció a Zacarías con ocasión de la promesa del Bautista; el ángel habló a Joaquín y le dio una hoja en la que reconocí, escritos con letras luminosas, los tres nombres de Helia, Hanna, Miryam[5].

En este último nombre vi la imagen de un Arca de la Alianza pequeña o un sagrarito. Joaquín se puso la hoja sobre el pecho, bajo la túnica. El ángel le dijo que su esterilidad ya no sería para él vergüenza sino gloria, pues por su medio, su esposa concebiría la cumbre de la bendición de Abraham, el fruto inmaculado de la bendición de Dios.

—EL PLAN DE LA SALVACIÓN EN LA BOLA DE LUZ

Como Joaquín no llegaba a comprenderlo, el ángel le llevó detrás de la cortina, lo bastante separada de la reja del Santísimo como para poder estar de pie, y se acercó al Arca de la Alianza, de la que me parece que sacó algo. Puso delante de Joaquín una bola reluciente o un disco luminoso y le ordenó que echara allí encima su aliento y que mirara[6].

Con el aliento de Joaquín, en el círculo de luz se formaron toda clase de imágenes, y él las veía. Su aliento no había empañado el círculo, y el ángel le dijo que Ana concebiría su criatura tan limpia como su aliento había dejado a la bola.

Después vi que el ángel levantó la bola de luz, que era ahora como una circunferencia en el aire, y vi en ella como a través de un agujero una sucesión de cuadros sucesivos desde la caída en el pecado hasta la salvación de la Humanidad. Todo un mundo creció y se fue separando de la bola; lo supe y lo entendí todo pero ya no puedo repetirlo en detalle.

Arriba, en la cumbre más alta, vi a la Santísima Trinidad, y por debajo de ella y a un lado, el Paraíso, Adán y Eva, el pecado original, la Promesa de la Salvación con todas sus prefiguraciones, Noé, el Diluvio, el Arca, la Bendición recibida por Abraham, el traspaso de la Bendición de Abraham a su primogénito Isaac, y de Isaac a Jacob, y luego cómo el ángel se la quitó a Jacob cuando forcejearon y después cómo llegó la Bendición a José en Egipto, y cómo la Bendición se hizo de un grado superior en José y su mujer y luego cómo Moisés sustrajo de Egipto Lo Santo de la Bendición junto con las reliquias de José y de su mujer Asenet, y como el Santísimo del Arca de la Alianza se convirtió en la sede de Dios vivo en medio de su pueblo.

Luego vi el servicio a Lo Santo y la conducta del pueblo de Dios con él; las instrucciones y enlaces para desarrollar la estirpe santa, el linaje de la Santísima Virgen y todas las prefiguraciones y símbolos de la Virgen y del Salvador en la historia y en los profetas.

Todo aquello lo vi en símbolos que estaban alrededor así como arriba, abajo y dentro del círculo de luz. Vi grandes ciudades, torres, palacios, tronos, puertas, jardines, flores, y todo ello maravillosamente unido entre sí como con puentes de luz, y combatido y

asaltado por bestias feroces y otras apariciones violentas. Todos estos cuadros presentaban cómo el linaje de la Santísima Virgen, en la que Dios quiso encarnarse y humanarse, fue conducido por la gracia de Dios a través de muchas tentaciones y combates, lo mismo que todos los santos.

También me acuerdo de haber visto en cierto punto de esta serie de cuadros un jardín rodeado por todas partes por un espeso seto de zarzas que en vano intentaban atravesar multitud de serpientes y bichos repulsivos. Vi también una torre firme asaltada por todas partes por guerreros, que se despeñaban desde ella al intentarlo. Vi muchos cuadros de este tipo que se referían a la historia de la Santísima Virgen y de sus antepasados. Los pasos y puentes que lo unían todo significaban la victoria sobre los obstáculos, estorbos e interrupciones de la salvación.

Era como si la misericordia de Dios hubiera introducido carne limpia y sangre purísima en la Humanidad como en un turbio torrente y que sus elementos dispersos tuvieran que reencontrarse con grandes trabajos y fatigas mientras la corriente entera trataba de incorporárselos y empañarlos. Finalmente, tras mucho enturbiar y purificar, y merced a las incontables gracias de Dios y a las fieles colaboraciones humanas, continuamente vertidas en nuevos torrentes, aquellos elementos dispersos se habían reunido y ahora surgía del torrente como la Virgen Santa en la que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Entre las imágenes que vi en la bola de luz había muchas que se nombran en la Letanía Lauretana de la Santísima Virgen, imágenes que siempre veo, entiendo y adoro con profunda devoción cada vez que rezo la letanía.

Y las imágenes de la bola siguieron desarrollándose hasta la plenitud de la misericordia de Dios con esta Humanidad sumida en infinita división y dispersión. Y las imágenes de la bola de luz se juntaron con la Jerusalén celestial al otro lado a los pies del Trono de Dios, enfrente del Paraíso[7].

Cuando terminé de ver todos estos cuadros, desapareció la bola de luz, que en realidad no era más que una serie de imágenes dentro de un disco de luz, que salían de un punto y volvían a perderse en él.

Pienso que todo ello fue el conocimiento que el ángel le reveló a Joaquín en una visión que yo también vi. Siempre que veo una comunicación así, se aparece en un círculo de luz como una bola.

JOAQUÍN RECIBE LA BENDICIÓN DEL ARCA DE LA ALIANZA

{Sin abrir la puerta del Arca, el ángel sacó algo de dentro: era el Misterio del Arca de la Alianza, el Sacramento de la Encarnación, de la Inmaculada Concepción, el cumplimiento y la culminación de la Bendición de Abraham.}

Entonces le vi ungir o signar la frente de Joaquín con las puntas de los dedos índice y pulgar, y que le daba a comer un bocado resplandeciente y a beber el líquido luminoso de un vasito resplandeciente que tomó con dos dedos, que era de la forma del Cáliz de la Cena pero sin pie. Me pareció también que con estos alimentos les daba en la boca una espiguita luminosa de trigo y una uvita de luz, y entendí que en lo sucesivo desaparecieron de Joaquín las ganas de pecar y toda impureza.

Vi a continuación que el ángel le había hecho partícipe a Joaquín de la más alta cumbre y la flor suprema de aquella Bendición que Dios dio a Abraham y que finalmente pasó de José a Lo Santo del Arca de la Alianza, sede de Dios entre su pueblo. El ángel dio

esta Bendición a Joaquín de la misma forma que en otra ocasión me mostraron que Abraham la recibió del ángel, con la única diferencia que para bendecir a Abraham, el ángel sacó la Bendición de sí mismo, como de su pecho, mientras que la de Joaquín pareció que la sacaba del Santísimo[8].

Al bendecir a Abraham, fue como si Dios instituyese la gracia de esa Bendición y bendijera con ella al padre de su futuro pueblo para que de él salieran las piedras para construir su Templo. Pero cuando Joaquín recibió la Bendición fue como si el ángel retirase Lo Santo del Tabernáculo del Templo y se lo pasase a un sacerdote para que formara con ella el vaso sagrado donde habría de encarnarse el Verbo. Esto es inexpresable, porque es el Santísimo invulnerable herido en los seres humanos por el pecado original.

Desde mi más temprana juventud, al contemplar el Antiguo Testamento he visto muchas veces el interior del Arca de la Alianza y siempre he sentido que todo aquello era como el interior de una iglesia perfecta, solo que más seria y temible. No solamente he visto dentro de ella las Tablas de la Ley como Palabra de Dios escrita, sino también la presencia sacramental de Dios vivo, que era al mismo tiempo como la raíz del vino y el trigo, de la carne y la sangre de la futura ofrenda de salvación.

Era una Bendición por cuya gracia, con la temerosa cooperación según la Ley de los que procederían de aquel tronco, finalmente brotó aquella pura flor donde el Verbo se hizo carne y en la que Dios se hizo hombre para ser carne y sangre para nosotros. En la Nueva Alianza, Dios se ha instituido a sí mismo con su humanidad y su divinidad en un sacramento que si no lo gustamos no tendremos vida eterna[9].

Nunca eché en falta la presencia sacramental de Dios en el Arca de la Alianza, salvo cuando caía en manos enemigas, porque entonces Lo Santo se refugiaba en el Sumo Sacerdote o en algún profeta. {Solo más tarde echaron en falta Misterio del Arca los sacerdotes del Templo. Desde entonces se extraviaron del todo y se volvieron farisaicos.} Más adelante, el Arca de la Alianza, sin Lo Santo y solo con las Tablas de la Ley, se me asemejaba al templo de los samaritanos en el Garizim, o a una iglesia actual en la que no esté el Santísimo Sacramento, y en vez de Tablas de la Ley escritas por mano de Dios solo haya Sagradas Escrituras entendidas por seres humanos.

En el Arca de la Alianza de Moisés que estuvo en el Tabernáculo en el desierto y en el Templo de Salomón, veía el Santísimo de la Vieja Alianza en forma de dos pequeñas figuras de luz que se interpenetraban en el interior de una circunferencia luminosa. Pero ahora que el ángel hizo partícipe a Joaquín de esta Bendición, fue como si el ángel pusiera dentro de la túnica de Joaquín abierta sobre su pecho algo luminoso igual que un resplandeciente pimpollo en forma de refulgente alubia.

Al entregarle la Bendición a Abraham también le pasaron esta gracia, que residió en él con la eficacia fijada por Dios hasta que la transmitió a su primogénito Isaac, de quien pasó a Jacob y de éste a José, por medio del ángel, y de José y su mujer llegó, aún con mayor significado, al Arca de la Alianza.

Entendí que el ángel mandó a Joaquín conservar el secreto y por eso supe por qué más adelante Zacarías, padre del Bautista, se quedó mudo después que el ángel Gabriel le dio junto al altar de los perfumes la bendición y el anuncio de la fertilidad de Isabel (*Lc* 1, 9-22).

Se me reveló que con esta Bendición, Joaquín recibió el fruto supremo y el cumplimiento propiamente dicho de la Bendición de Abraham, la Bendición para la concepción inmaculada de la Virgen Santísima que aplastó la cabeza de la serpiente.

Acto seguido el ángel volvió a sacar a Joaquín al Santo y se desvaneció. Joaquín

cayó al suelo en éxtasis, completamente rígido, y cuando volvieron a entrar los sacerdotes le encontraron allí con la cara resplandeciente de alegría. Lo levantaron reverentemente y lo llevaron afuera a una silla en la que normalmente solo se sentaban sacerdotes. Allí le lavaron la cara, le pusieron bajo la nariz una cosa de olor reconfortante, le dieron de beber y le hicieron todo lo que suele hacerse con los desmayados. Cuando Joaquín se recuperó, parecía resplandeciente, lozano y como rejuvenecido.

3
LA INMACULADA CONCEPCIÓN

EL ENCUENTRO DE JOAQUÍN Y ANA BAJO LA PUERTA DORADA

A Joaquín le habían llevado al Santo por indicación divina. Ahora, por una inspiración parecida le llevaron al pasadizo sagrado que discurre por debajo del suelo del Templo y de la Puerta Dorada. He tenido comunicaciones sobre el significado y formación de este pasadizo durante la construcción del Templo así como de su destino, pero ya no soy capaz de repetirlas detalladamente. Creo que había un rito de reconciliación, y de bendición para los estériles, relacionado con el uso de este pasadizo, que también se usaba en determinadas circunstancias para purificar, reconciliar, absolver y cosas parecidas.

Los sacerdotes llevaron a Joaquín a este pasadizo por una puertecita de la zona del Patio de los Sacrificios y allí se volvieron, mientras Joaquín seguía por ese camino que iba bajando.

Ana había llegado al Templo con la criada que le llevaba las jaulas con las palomas para la ofrenda; entregó su ofrenda y reveló a un sacerdote que un ángel la había ordenado encontrarse con su marido bajo la Puerta Dorada. Entonces vi que, guiada por sacerdotes y acompañada de mujeres venerables entre las que me parece que estaba la profetisa Hanna, entró por el acceso situado al otro extremo del pasadizo sagrado, tras lo cual sus acompañantes la dejaron sola.

La disposición de este pasadizo me pareció maravillosa: Joaquín pasó la puertecita y luego el camino bajó mucho; al principio era angosto pero luego se ensanchaba. Sus paredes refulgían doradas y verdes, y arriba lucía una luz rojiza. Vi hermosas columnas retorcidas como árboles y vides.

Cuando Joaquín hubo recorrido más o menos un tercio del pasadizo, llegó a un lugar en cuyo centro había una columna en forma de palmera con hojas y frutos colgantes, y Ana vino a su encuentro resplandeciendo de alegría. Se abrazaron con santa alegría y compartieron su dicha; estaban arrobados y rodeados de una nube de luz que salía de una muchedumbre de ángeles que bajaban cerniéndose sobre ellos y que traían la aparición de una alta torre luminosa. La torre era como las que veo formarse en los cuadros de la Letanía Lauretana: torre de David, torre de marfil y otras. Vi como si la torre desapareciera entre Ana y Joaquín, y que a éstos los rodeó una gloria de luz.

Supe después que a consecuencia de las gracias que recibieron aquí, la concepción de María había sido tan pura como todas lo hubieran sido sin el pecado original. Al mismo tiempo tuve una indecible visión: se abrió el cielo sobre ellos y vi la alegría de la Santísima Trinidad y de los ángeles, y su participación en la misteriosa bendición impartida aquí a los padres de María.

Después, Ana y Joaquín caminaron bajo la Puerta Dorada alabando a Dios hasta la salida. Hacia el final, el camino volvía a subir. Salieron debajo de una arcada alta y hermosa a una especie de capilla en la que ardían muchas luces; los sacerdotes los recibieron aquí y los acompañaron a la salida.

La parte del Templo donde estaba la Sala del Sanedrín quedaba más bien sobre la mitad del pasadizo subterráneo; aquí al final se encontraban, según creo, las viviendas de

los sacerdotes que se ocupaban de las vestiduras.

Joaquín y Ana llegaron entonces a una especie de entrante del borde de la montaña del Templo que da al Valle de Josafat. Desde aquí ya no se podía seguir de frente pues el camino torcía a derecha o a izquierda.

Después, Ana y Joaquín aún fueron de visita a una vivienda sacerdotal y luego emprendieron su viaje de vuelta a casa con sus criados. Llegados a Nazaret, Joaquín dio un alegre banquete, dio de comer a muchos pobres y repartió grandes limosnas. Vi la alegría, la ternura y la cálida gratitud a Dios de ambos esposos al meditar su misericordia con ellos; muchas veces los vi rezar con lágrimas.

En esta ocasión recibí además la explicación de que la Santísima Virgen fue concebida por sus padres por santa obediencia y con perfecta pureza, y que después vivieron en constante continencia, suma devoción y temor de Dios. Al mismo tiempo se me enseñó claramente que la pureza, castidad y continencia de los padres y su lucha contra la impureza tiene inmensa influencia en la santidad de los niños que tengan, y que después de la concepción la continencia total aparta del fruto mucho germen de pecado.

Por lo demás, siempre he reconocido que la raíz de toda deformidad y pecado está en la incontinencia y en el exceso.

ANEXOS A LAS COMUNICACIONES SOBRE LA CONCEPCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA[1]

La restauración de la Humanidad mostrada a los ángeles

[Gravemente enferma en las noches del 2 y 3 de septiembre de 1821, Ana Catalina tuvo en general visiones muy amplias de la fiesta de los Ángeles de la Guarda y de los coros angélicos. Pero como ningún sacerdote se lo exigía, y además la estorbaban numerosos padecimientos, molestias y trabajos, solo consiguió comunicar parcialmente algo tras varias repeticiones, que dieron por resultado lo que sigue:]

Vi un cuadro maravilloso de cómo Dios mostró a los ángeles cómo quería restaurar el género humano después de la caída. El cuadro no lo entendí al primer vistazo, pero enseguida se me hizo completamente inteligible.

Vi el Trono de Dios, la Santísima Trinidad y al mismo tiempo un movimiento en el Trinidad. Vi los nueve coros de ángeles y que Dios les anunció que quería restaurar al género humano caído. Y ello causó a los ángeles indecible júbilo.

Entonces me mostraron toda clase de símbolos del desarrollo del designio salvador de Dios para los hombres. Entre los nueve coros de ángeles vi aparecer unos cuadros que seguían uno tras otro una especie de Historia; los ángeles colaboraban a estos cuadros, los protegían y los defendían. Ya no consigo acordarme con seguridad de la ilación del conjunto, así que tengo que decir en nombre de Dios lo que todavía sé.

Vi aparecer ante el Trono de Dios una montaña de gemas que crecía y se ensanchaba. Estaba escalonada; era como un trono, y entonces salió la figura de una torre que abrazó como tal todos los tesoros espirituales y todos los dones de la gracia. Los nueve coros de ángeles la rodearon. A un lado de la torre vi aparecer, como sobre un halo de nubecillas, espigas de trigo y racimos de uvas entrelazados como los dedos de unas manos unidas. Ya no sé exactamente en qué momento del cuadro en su conjunto, vi esto.

Apareció en el cielo una figura humana como de doncella, que pasó a la torre como si se fundiera con ella. La torre era muy ancha y plana por arriba, y me pareció abierta por

la parte de atrás por donde entró la doncella. Esta no era la Santísima Virgen María en el tiempo, sino en la Eternidad, en Dios[2].

Vi formarse su aparición delante de la Santísima Trinidad del mismo modo que el aliento forma una nubecilla delante de la boca[3].

De la Santísima Trinidad salió una aparición a la torre y entonces, en este momento del cuadro vi que entre los ángeles se constituía un vaso para el Santísimo. Los ángeles colaboraban en esta custodia que tenía la forma de una torre rodeada de todo género de imágenes significativas. De pie a sus lados estaban dos figuras que se daban las manos tras ella. Este vaso espiritual, concebido en perpetuo crecimiento, se hacía cada vez más exquisito y más rico.

Entonces vi algo que salía de Dios y atravesaba los nueve coros de ángeles, que me pareció una refulgente nubecilla sagrada que se iba distinguiendo mejor a medida que estaba más cerca de la custodia de Lo Santo, donde finalmente entró.

Pero para que yo comprendiese que era una Bendición sustancial de Dios que significaba la gracia de una propagación pura y sin pecado, es decir, la obtención de retoños puros, vi que al final esta Bendición entró en la custodia de Lo Santo en forma de una alubia refulgente. A su vez, la custodia misma pasó a la torre[4].

En algunas de estas apariciones vi colaborar activamente a los ángeles. De lo más hondo se alzaron una serie de cuadros que eran en cierto modo falsos espejismos y vi que los ángeles lucharon contra ellos y los echaron afuera. He visto muchísimas cosas parecidas pero las he vuelto a olvidar. Lo que todavía recuerdo de estas visiones engañosas es lo que sigue:

Vi surgir desde abajo una iglesia, casi de la forma en que se me aparece siempre la Iglesia Universal cuando no la veo como edificio concreto de un lugar, sino como la Santa Iglesia Católica en general, solo que ésta tiene la torre encima de la entrada, cosa que la iglesia que subía de abajo no tenía. Esta iglesia que venía de lo profundo era muy grande, pero falsa. Los ángeles la empujaron a un lado y se quedó torcida. Vi aparecer una gran concha que tenía una boquilla en un costado y quería entrar en la falsa iglesia, pero también la empujaron a un lado.

Acto seguido vi que los ángeles prepararon un cáliz que tenía la forma del cáliz de la Última Cena y que entró en la torre donde había entrado la doncella.

Entonces vi aparecer una torre o construcción chata con muchos portales, y vi entrar por ellos muchas huestes entre las cuales reconocí figuras como Abraham y los hijos de Israel. Pienso que significaba la esclavitud en Egipto.

Vi alzarse una torre redonda y escalonada que también estaba relacionada con Egipto, y que los ángeles también la empujaron y se quedó torcida. Vi levantarse un templo egipcio que se parecía a aquel en cuyo tejado vi que los sacerdotes idólatras egipcios sujetaron la imagen de una doncella alada cuando el mensajero de Elías les anunció la prefiguración de la Santísima Virgen que este profeta había visto en el Carmelo, de la cual hablaré más tarde. Este templo fue empujado y se quedó inclinado.

Entre los coros de ángeles, vi brotar a la derecha de la torre santa una rama que se convirtió en todo un árbol genealógico de figuritas masculinas y femeninas que se daban la mano. El árbol genealógico terminaba con la aparición de un pesebrito con un niño acostado, de la forma en que he visto representar el pesebre en casa de los Reyes Magos. A continuación vi aparecer una iglesia grande y magnífica[5].

La concatenación y transición de todos estos cuadros era maravillosa, y en conjunto, la visión era indescriptiblemente rica y significativa. Incluso las apariciones adversas, falsas

y malignas de torres, cálices e iglesias que los ángeles echaron fuera, tenían que servir a la Salvación.

[Mientras contaba estos fragmentos, Ana Catalina volvía siempre a la inefable alegría de los ángeles. En conjunto, estos retazos no tenían un auténtico final, sino que parecían una serie de símbolos de la Historia de la Salvación. Sobre esto dijo Ana Catalina:]

Primero he visto la obra de la Salvación prefigurada entre los coros de los ángeles, y luego en una serie de escenas desde Adán hasta la cautividad de Babilonia.

Vi en Egipto, en épocas muy tempranas, un acontecimiento referido a una prefiguración de la Santísima Virgen; tiene que haber sido mucho antes de Elías, en cuya época ya he visto allí algo que contaré después.

En Egipto, mucho más lejos de la Tierra Prometida que On o Heliópolis, vi un lugar en el que había un ídolo en una isla. La cabeza de este ídolo no era enteramente humana ni de buey y tenía tres cuernos, uno de ellos en medio de la frente. La imagen estaba hueca y tenía agujeros en el cuerpo donde se quemaban las víctimas como en un horno. Sus pies eran como garras. Tenía en la mano una flor que sale del agua como un lirio y que se abre y cierra según el sol. En la otra mano, el ídolo llevaba también una planta con espigas de granos muy gruesos, que creo que crecían también en el agua aunque ya no lo se seguro. Habían construido el templo a este ídolo después de una gran victoria, querían consagrarlo y todo estaba preparado para el sacrificio. Pero cuando se acercaron al ídolo por encima del agua, vi un acontecimiento maravilloso.

Vi en el ídolo una aparición gris y oscura, sobre la que bajó del cielo un ángel grande como el que se apareció en el Apocalipsis al evangelista San Juan. El ángel pinchó con su vara en la espalda a la figura oscura, el demonio se retorció y se vio obligado a hablar a través del ídolo para decir que no consagraran el templo en su honor, sino en el de una doncella que aparecería sobre la Tierra y a la que debían agradecer esta victoria. Ya no sé exactamente los detalles.

Vi que esta gente erigió en el nuevo templo una imagen de una doncella volando, y la llevaron junto a la pared. La doncella se inclinaba volando sobre una barquilla donde estaba acostado un niño fajado en pañales, y la barquilla estaba encima de una columnita rizada por arriba como un árbol. La doncella tenía extendidas las dos manos y de una de ellas colgaba una balanza. A su lado, en la pared, dos figuras ponían algo en los platillos de la balanza. La barquilla donde estaba acostado el niño era igual que aquella donde dejaron a Moisés en la corriente del Nilo, solo que abierta por arriba, mientras que la de Moisés estaba tapada por arriba, salvo una pequeña abertura.

Elías ve una prefiguración de la Santísima Virgen

Vi toda la Tierra Prometida marchita, seca y sin agua, y a Elías que subía al Carmelo con dos servidores a implorar la lluvia a Dios. Subieron primero a una alta loma, luego unas ásperas escaleras de piedra hasta una terraza y luego otra vez muchos escalones de roca hasta llegar a una gran superficie en la que había una colina rocosa donde se encontraba una cueva. Elías subió los escalones hasta la cueva de la colina rocosa, dejó los criados al borde de la gran superficie y les ordenó que miraran al Mar de Galilea, que parecía grisáceo y estaba casi completamente seco, lleno de agujeros y cuevas, pantanos y animales en descomposición.

Elías se sentó acurrucado en el suelo, hundió la cabeza entre las rodillas, se cubrió,

rezó vehementemente a Dios y gritó siete veces a los criados si veían levantarse una nube en el lago. Al séptimo grito vi levantarse la nube; los criados lo anunciaron a Elías, y éste los envió enseguida al rey Ajab.

Vi formarse un pequeño torbellino blanco en el centro del lago, del que se levantó una nubecita negra como un puño que se abrió y ensanchó. Justo al principio, vi en esta nubecilla una figurita reluciente como una doncella; y también Elías la divisó en la nube que se ensanchaba. La cabeza de la doncella estaba rodeada de rayos, abría sus brazos como en cruz y de una de sus manos colgaba una guirnalda de victoria. Su largo traje estaba como recogido bajo sus pies. Dentro de la nube que se ensanchaba, la doncella parecía extenderse sobre todo el país.

Vi como si esta nube se repartiera y dejara caer blancos remolinos sobre comarcas concretas, santas o santificadas donde vivía gente piadosa y que imploraba la Salvación. Los remolinos tenían los bordes irisados y en su centro se reunía la bendición como una perla en su madreperla. Se me aclaró que esto era una prefiguración, y que en estos lugares bendecidos donde la nube había dejado caer remolinos blancos, realmente salieron colaboraciones para que apareciera la Santísima Virgen[6].

En sueño profético vi que mientras subía la nube Elías supo cuatro misterios relacionados con la Santísima Virgen, pero en mi penoso estado desgraciadamente he olvidado los detalles, como tantísimas cosas. Entre otras cosas, Elías supo que María nacería en la séptima edad del mundo, y por eso tuvo que llamar siete veces a su criado.

Elías vio también de qué linaje procedería; vio a un lado del país un árbol genealógico bajo pero muy ancho, y en el lado opuesto divisó árbol genealógico muy alto, ancho en las raíces, que adelgazaba en la copa y la hundía dentro del primer árbol.

Elías lo entendió todo y de ese modo entendió cuatro misterios de la futura Madre del Salvador.

A continuación contemplé que Elías ensanchó la cueva sobre la cual había estado rezando. Puso más orden entre los Hijos de los Profetas, de los cuales siempre hubo algunos en esa cueva implorando la llegada de la Santísima Virgen y venerando su futuro ya antes de que naciera.

Esta devoción a la Santísima Virgen prosiguió aquí ininterrumpidamente; todavía la tenían los esenios cuando María ya andaba por la Tierra y más tarde la han mantenido hasta nuestros días los ermitaños de los que finalmente salieron los monjes carmelitas.

Explicación de la precedente visión de Elías

[Más adelante, cuando Ana Catalina comunicó sus visiones de la época de Juan el Bautista, vio este mismo cuadro de Elías en relación con el estado en que entonces estaban el país y los seres humanos. Lo que sigue aclarará lo anterior:]

Vi mucho alboroto en el Templo de Jerusalén, mucho deliberar, escribir con plumas de caña y enviar mensajeros por el país. Rezaban y clamaban a Dios pidiéndole lluvia, y mandaron buscar a Elías por todas partes.

He visto también a Elías en el desierto: un ángel lo alimentaba y le daba de beber; el ángel tenía un recipiente como un tonelito brillante, atravesado por rayas blancas y rojas. Vi todos sus tratos con Ajab, la ofrenda del Carmelo, la matanza de sacerdotes idólatras, su oración por la lluvia y formarse las nubes.

Pero más allá de la sequedad de la tierra, vi que había también una gran sequía e infertilidad de gérmenes nobles entre los seres humanos. Vi que Elías, con su oración,

clamaba por la bendición de la que salió la nube, y que si él no hubiera dirigido y distribuido las precipitaciones de las nubes según sus visiones interiores, quizás se hubieran convertido en una destructiva inundación.

Elías preguntó por la nube siete veces a su criado; significaban siete edades o generaciones hasta que arraigara firmemente en Israel la Bendición propiamente dicha, de la que la nube de bendición era solamente una prefiguración. Elías mismo vio alzarse en la nube la imagen de la Santísima Virgen y reconoció varios misterios relativos a su procedencia y llegada[7].

Vi que por la oración de Elías, la Bendición fue llamada a bajar primero como rocío. Las nubes se depositaban en superficies blancas, formaban remolinos, tenían bordes irisados y finalmente se deshacían cayendo en forma de gotas.

En ello reconocí también su relación con el maná del desierto, que por las mañanas era algo así como un pellejo espeso y compacto que podía arrollarse. Vi que el remolino de rocío fue a lo largo del Jordán pero no se dejó caer en todas partes, sino solo en lugares importantes aquí y allá. Vi claramente que estos resplandecientes remolinos de rocío se depositaron especialmente en Ainón, frente a Salem, y en lo que más adelante fueron lugares de bautismo.

Pregunté también qué significaban los bordes de colores de los remolinos de rocío, y se me explicó con el ejemplo de una ostra en el mar, que también tiene estos brillantes bordes de colores y que, expuesta al sol, aspira la luz y la limpia de colores hasta que en su centro se forma la perla puramente blanca.

Pero se me enseñó que el rocío y la lluvia subsiguiente eran más que lo que suele entenderse como refrescar la tierra. Tuve la comprensión nítida de que sin este rocío la llegada de la Santísima Virgen se hubiera retrasado cien años, mientras que al bendecirse y dulcificarse la Tierra también se alimentaron y refrescaron las estirpes que vivían de sus frutos, y al recibir bendición, también se ennobleció su carne.

En relación con la aproximación del Mesías, vi los rayos de este rocío fecundador llegar de generación en generación hasta la sustancia de la Santísima Virgen. No lo puedo describir. A veces veía formarse uno de estos bordes irisados o también varias perlas, y aparecer en ellos una figura humana que exhalaba como un espíritu que germinaba de nuevo junto con otros tales. La imagen de la madreperla se refería a María y Jesús.

Vi también que lo mismo que entonces la Tierra y la carne estaban sedientas y suspiraban por la lluvia, así suspiraban después el Espíritu y los humanos por el bautismo de Juan. Todo el cuadro era un presagio de la llegada de la Santísima Virgen y un símbolo del estado del pueblo en la época del Bautista: en aquel entonces sus miedos, su languidez, su búsqueda de la lluvia y de Elías y, sin embargo, la persecución de éste; y más tarde, parecida languidez del pueblo para el bautismo y la penitencia, y de nuevo la incomprensión de la sinagoga y el mandar a buscar a Juan.

Prefiguración de la Santísima Virgen en Egipto

En Egipto vi anunciada esta embajada de la Salvación de la manera siguiente: por orden de Dios, Elías debía convocar a tres buenas familias dispersas en distintas comarcas de Oriente, Norte, y Sur, y para hacerlo eligió tres alumnos de profeta, que solo envió después que supo que eran los adecuados pidiendo una señal a Dios, pues era una misión lejana y peligrosa, para la que tenía que elegir mensajeros prudentes para que no los asesinaran. Uno fue hacia el Norte, otro a Oriente y el tercero a mediodía; éste tuvo que

hacer un importante trecho de camino por Egipto, donde a los israelitas les amenazaba especialmente el peligro de ser asesinados.

El mensajero siguió el camino que tomó la Sagrada Familia en la huida a Egipto. Lo vi llegar a un templo idólatra en una gran llanura, rodeado de prados y edificios de todas clases, en el que adoraban un toro vivo. Tenían en su templo una imagen de toro y varios ídolos más, y hacían un cruel sacrificio en que asesinaban niños deformes.

Apresaron al alumno de profeta al pasar por allí y lo llevaron ante los sacerdotes, que por suerte eran sumamente curiosos, pues de lo contrario lo hubieran asesinado enseguida. Entonces le preguntaron de dónde era y qué le traía por aquí, y él les dijo todo a bocajarro: que nacería una virgen por la cual vendría la salvación al mundo; y que entonces se romperían todos sus ídolos[8].

Los sacerdotes se asombraron al oír este anuncio; parecía que los había turbado mucho y lo soltaron sin daños. A continuación los vi deliberar y mandaron hacer la imagen de una doncella que sujetaron en el centro del techo del templo como cerniéndose extendida sobre él. La figura tenía ese tocado de las estatuas de ídolos medio mujer medio leona, de las que hay allí tantísimas tumbadas en fila. En la mitad de la cabeza llevaba como un frutero pequeño y hondo; los brazos estaban pegados al cuerpo hasta el codo y los antebrazos, extendidos en actitud de rechazar y defender, tenían espigas en las manos.

Tenía tres pechos, uno mayor en el centro y dos más pequeños a los lados, debajo del grande. La parte inferior del cuerpo estaba vestida de largo, los pies eran puntiagudos y en proporción, muy pequeños, y de ellos colgaban como borlas. En los brazos tenía una especie de alas como finas plumas en forma de rayos, y otro tanto en los antebrazos; estas alas eran como dos peinetas de plumas que se agarranban mutuamente. También tenía plumas cruzadas a lo largo de los lomos y por encima de la cintura hasta abajo. La falda no tenía pliegues.

A esta imagen la veneraban y la hacían sacrificios para rogarla que por favor no destruyera a su dios Apis ni a los demás ídolos. Por lo demás, persistieron como hasta entonces en toda la crudeza de su culto idolátrico, solo que a partir de entonces siempre invocaban primero a la imagen de la doncella, imagen que, según creo, habían compuesto con todo detalle según la narración que les hizo el profeta de la figura que había visto Elías.

María anunciada a los paganos piadosos

Vi que por la gran misericordia de Dios, en aquellos tiempos también se les anunció a los paganos piadosos que el Mesías nacería en Judea de una virgen. Los antepasados de los Reyes Magos, caldeos servidores de las estrellas, recibieron este conocimiento por la aparición de una imagen en una constelación o en el cielo, y predijeron sobre ella. Las huellas de esta prefiguración de la Santísima Virgen las he visto en su templo y ya las he narrado cuando conté el viaje de Jesús para ver a los Reyes después de la resurrección de Lázaro, el último trimestre de su tercer año de predicación.

Prefiguración de la llegada de la Salvación y también de Joaquín y de Ana

[En la fiesta del arcángel San Miguel en septiembre de 1821, Ana Catalina contó, entre otras cosas de una contemplación sobre los santos ángeles, el siguiente fragmento de la historia de Tobías, al que vio guiado por el arcángel San Gabriel:]

He visto muchas cosas de la historia de Tobías, que es una prefiguración de la historia de la llegada de la Salvación a Israel; no como si esta historia fuera una

prefiguración poética sino una prefiguración ocurrida y vivida.

En Sara, la mujer del joven Tobías, se me mostró una prefiguración de Ana. Contaré lo que todavía recuerde de lo mucho que he visto, solo que no podré hacerlo en el orden debido: en el viejo Tobías estaba prefigurada la estirpe piadosa de judíos que esperaba al Mesías. La golondrina, mensajera de la primavera, significaba la proximidad de la Salvación. La ceguera del viejo Tobías significaba que ya no engendraría más hijos y que se entregaba exclusivamente a orar y contemplar; significaba el oscuro y fiel anhelo e impaciente espera de la luz de la Salvación y la ignorancia de donde vendría.

La pendenciera mujer de Tobías representaba las vejaciones, las fórmulas vacías y la manipulación de la Ley que hacían los fariseos.

Como Tobías ya había advertido antes a su mujer, el cabritillo que ella había traído a casa en vez de jornal, era en realidad robado y aquella gente se lo había vendido por bueno y barato. Tobías los conocía y lo sabía, pero su mujer le insultó, lo cual significaba el desprecio que por los esenios y judíos piadosos sentían los fariseos y los judíos de fórmulas vacías, así como la relación de la mujer con éstos, cuyo significado ya no puedo aclarar.

El ángel [sic] Rafael no faltó a la verdad con las palabras «Soy Azarías, hijo de Ananías» pues estas palabras significan aproximadamente «Ayuda del Señor de la nube del Señor»[9].

Este ángel que guiaba al joven Tobías representaba la conducción de las generaciones y la custodia y gobierno de la Bendición hasta que fuera concebida la Santísima Virgen.

En la oración del viejo Tobías y en la de Sara, hija de Ragüel, que los ángeles llevaron simultáneamente al Trono de Dios, donde fue escuchada, reconocí las súplicas del Israel piadoso y de las hijas de Sión por la llegada de la Salvación, así como la oración de Joaquín y Ana por la criatura prometida, simultánea aunque en lugares separados.

La ceguera del viejo Tobías y los insultos de su mujer contra él significaban también la infertilidad de Joaquín y cómo fue desechada su ofrenda en el Templo.

Los siete maridos de Sara, hija de Ragüel, asesinados por el demonio, fueron muertos por sensualidad, pues Sara había hecho voto de ser solo de un hombre casto y piadoso. Estos siete muertos representaban aquellos cuya entrada en la estirpe de Jesús según la carne hubiera retrasado la aparición de la Santísima Virgen y la llegada de la Salvación, y significaba también ciertas épocas carentes de bendición en la historia de la Salvación, así como a los pretendientes que Ana tuvo que rechazar para casarse con Joaquín, padre de María.

Los insultos de la criada contra Sara (*Tob* 3, 7) significaban los insultos de paganos y judíos impíos y ateos contra la esperanza del Mesías, que empujaron tanto Sara como a los judíos piadosos a rezar más fervientemente. También prefiguraba los insultos de la criada contra la madre Santa Ana, a consecuencia de los cuales rezó con tanto fervor que fue escuchada.

El pez que quería tragar al joven Tobías significaba la oposición del inframundo, de los paganos y de los pecados a la llegada de la Salvación, y con ello también la infertilidad de Ana.

La muerte del pez, quitarle el corazón, el hígado y la hiel, y el hecho de que el joven Tobías y Sara los quemaran y los redujeran a humo significaba su victoria sobre el demonio de la carnalidad que había estrangulado a sus anteriores maridos, así como las buenas obras y la continencia de Joaquín y de Ana con las que consiguieron la bendición de una santa fecundidad. Vi también en ello una profunda relación con el Santísimo Sacramento, que ya

no sé explicar.

La hiel del pez con la que el viejo Tobías volvió a ver significa la amargura del dolor con que los judíos elegidos llegaban a conocer y participar en la Salvación; y significa la entrada de la luz en las tinieblas por la amarga Pasión que Jesús sufrió desde su nacimiento.

He tenido muchas explicaciones de esta clase y he visto muchos detalles de la historia de Tobías. Creo que los descendientes del joven Tobías contribuyeron al linaje de Joaquín y de Ana. El viejo Tobías aún tuvo más hijos, pero no fueron buenos. Sara dio a luz tres hijas y cuatro hijos. Primero nació una niña. El viejo Tobías llegó a conocer a sus nietos.

El árbol genealógico del Mesías

Vi que la estirpe del Mesías salía de David y se dividía en dos corrientes. A la derecha corría el linaje por Salomón y terminaba en Jacob, padre de San José; sobre las ramas de este tronco derecho del árbol genealógico de David por Salomón vi las figuras de todos los antepasados de San José que citan los Evangelios.

Este linaje de la derecha tiene una significación superior que vi salir de la boca de algunas figuras en torrentes de luz blanca totalmente incolora. Las figuras eran más altas y espirituales que las del linaje de la izquierda. Cada una tenía en la mano un tallo florido tan largo como el brazo, con hojas palmeadas que colgaban hacia abajo, y al final del tallo florecía una gran campanilla parecida a un lirio, con cinco estambres amarillos por arriba que dispersaban fino polen. Las flores eran de distinto tamaño, fuerza y belleza; la flor que llevaba José, el padre nutricio de Jesús era la más hermosa de todas, pura y llena de hojas frescas.

Hacia la mitad de esta rama del árbol había tres miembros ennegrecidos y secos a los habían echado. En esta línea de Salomón había varios huecos en que los frutos estaban ampliamente separados unos de otros.

Pocos miembros antes de su fin, los linajes izquierdo y derecho se tocaban y se entrecruzaban mutuamente varias veces. Tuve una comunicación acerca de que el linaje de Salomón tenía mayor importancia: era más del espíritu y menos de la carne, y tenía algo de la importancia de Salomón que no puedo expresar.

El linaje de la izquierda iba de David por Nathán hasta Helí, que es el nombre correcto de Joaquín, padre de María, pues el nombre de Joaquín lo recibió más tarde, lo mismo que Abram pasó a llamarse Abraham. He olvidado las causas, pero quizá vuelva a recibirlas. En mis contemplaciones muchas veces oigo que llaman a Jesús «hijo de Helí» según la carne[10].

Todo este linaje de la izquierda de David por Nathán lo vi discurrir más pequeño. La mayor parte de las veces salía del ombligo de las distintas figuras; lo vi de colores, rojo, amarillo y blanco, pero nunca azul. Aquí y allá tenía manchas que después volvían a blanquearse. Las figuras de éste eran más pequeñas que las del linaje por Salomón. Sus ramos eran más pequeños y tenían hojas dentadas verdeamarillentas que colgaban a un lado, y arriba un botón rojizo del color del escaramujo, que no era un capullo de flor, sino una frutita siempre cerrada. Junto a los ramos, una doble fila de ramitas se dejaba caer hacia donde colgaban las hojas dentadas. Tres o cuatro miembros antes de Helí o Joaquín, ambas líneas se entrecruzaban y terminaban arriba en la Santísima Virgen. Me parece que en este entrecruzamiento ya empecé a ver refulgir rayos de la sangre de la Santísima Virgen[11].

La madre Santa Ana procedía por línea paterna de Leví y por línea materna de Benjamín. Vi en una contemplación que sus antepasados llevaron el Arca de la Alianza con mucha piedad y devoción y recibieron rayos de Bendición del Arca que transmitieron a su descendencia, a Ana y a María. En la casa paterna de Ana, así como en la de Joaquín, siempre he visto muchos sacerdotes, lo que también se debía a su parentesco con Zacarías e Isabel.

APARICIÓN DE LA MADRE SANTA ANA

[El 26 de julio de 1819, Ana Catalina contó muchísimas cosas de la vida de Santa Ana. El Escritor no sabía la causa, pues ese día el calendario de la diócesis de Münster trae la fiesta de San Humberto, pero descubrió más tarde que el calendario romano celebra este día la fiesta de Santa Ana, que había provocado estas visiones. Todos los años, el 16 de agosto, fiesta de Santa Ana según el calendario de Münster, Ana Catalina contaba las cosas de la madre de la Santísima Virgen que se han resumido más arriba. Lo que sigue es del 26 de julio de 1819; después de contar por la tarde muchas cosas de la madre Santa Ana, rezó y se adormiló pero al cabo de un rato estornudó tres veces y dijo medio dormida con cierta impaciencia:]

—¡Eh! ¿Por qué debo despertarme? —pero enseguida se despertó completamente y dijo sonriendo—: Estaba en un sitio mucho mejor donde me iba mucho mejor que aquí. Estaba muy consolada cuando de repente me ha despertado un estornudo y alguien me ha dicho: «¡Debes despertarte!», pero yo no quería porque ¡me gustaba tanto estar allí! Me impacientó mucho tener que irme, y entonces tuve que estornudar y me desperté.

[Al día siguiente contó:]

Ayer por la noche, apenas me había dormido después de rezar cuando entró una persona en mi cama y reconocí una doncella a la que ya he visto muchas veces antes, que me habló muy poquito:

—Hoy has hablado mucho de mí y ahora tienes que verlo para que no te equivoques al hablar de mí —y yo le pregunté:

—¿Hoy también he hablado demasiado?—y ella replicó brevemente:

—No—y desapareció.

Era todavía virgen, delgada y animosa; tenía la cabeza cubierta con una toca blanco que recogía sus cabellos y le colgaba por la nuca, recogida en punta. Su vestido largo la tapaba todo y era de lana blanca; tenía mangas pegadas que solo parecían algo hinchadas y arrugadas a la altura del codo. Llevaba sobre el vestido un manto blanco de lana parduzca, como de pelo de camello.

Apenas me había alegrado y enternecido con esta aparición cuando de repente se puso delante de mi cama una mujer mayor con vestimenta parecida, la cabeza algo inclinada y las mejillas muy hundidas; era una judía hermosa y delgada de unos cincuenta años. Yo pensé:

—¡Huy! ¿Qué querrá de mí esta vieja judía?—Entonces ella me habló:

—No tienes que espantarte de mí; solo quiero enseñarte cómo era cuando di a luz a la madre del Señor, para que no te equivoques—y yo le pregunté enseguida:

—¡Eh! ¿Dónde está la niñita María?—y ella me replicó:

—Ahora no la tengo conmigo.—Entonces le volví a preguntar:

—¿Cuantos años tiene ahora?—y me contestó:

—Cuatro años—y volví a preguntarle:

—Entonces, ¿también he hablado bien?—y respondió brevemente:

—Sí—pero yo le rogué:

—¡Oh! Haz que no diga demasiado.

No me contestó y desapareció. Entonces me desperté y pensé sobre todo lo que había visto de la madre Ana y de la niñez de la Santísima Virgen y todo se me aclaró y me sentí completamente dichosa. Por la mañana, otra vez despierta, todavía vi un cuadro nuevo, muy bonito, que lo resumía todo. Creía que no se me podría olvidar, pero al día siguiente cayeron sobre mí tantas molestias y dolores que ya no recuerdo nada de todo aquello.

FIESTA ECLESIÁSTICA DE LA CONCEPCIÓN DE MARÍA

[Narrado el 8 de diciembre de 1819]

Pasé toda la noche hasta la mañana en un cuadro terrible de la abominación de los pecados del mundo entero, y después me dormí de nuevo y fui arrobada a Jerusalén, al lugar donde estuvo el Templo, y luego más lejos, a la comarca de Nazaret donde estuvo antiguamente la casa de Joaquín y Ana. Todavía reconocí los alrededores y vi allí que brotaba y se alzaba de la Tierra una fina columna de luz como el tallo de una flor, que sostenía la aparición de una refulgente iglesia octogonal como el cáliz de una flor o la cápsula de las semillas de la amapola en su peciolo[12].

Dentro de la iglesia, en su centro, la columna soporte salía como un arbolito que tenía en sus ramas, regularmente distribuidas, figuras de la familia de la Santísima Virgen que eran objeto de veneración en el cuadro de esta fiesta. Las figuras estaban de pie como estambres de una flor. La madre Santa Ana estaba entre San Joaquín y otro hombre, quizás su padre, y debajo del pecho de Santa Ana vi un resplandor, más o menos de la forma de un cáliz, donde se desarrollaba y crecía la refulgente figura de una criatura. Tenía las manitas cruzadas sobre el pecho y de ella partían infinidad de rayos hacia una parte del mundo; me sorprendió que no fueran igual en todas direcciones.

En las otras ramas que la rodeaban, estaban sentadas diversas figuras que miraban respetuosamente al centro, y dentro de la iglesia, innumerables coros y formaciones de santos todo alrededor que se dirigían rezando a esta santa madre. La dulce intimidad y unidad de este servicio divino solo la puedo comparar con un campo de flores muy distintas que, movidas por una brisa suave, se mueven y ofrecen aromas y colores a los rayos del sol, del que todas han recibido estos dones e incluso la vida.

Sobre este símbolo de la Fiesta de la Inmaculada Concepción el arbolito de luz sacó un nuevo brote en su copa, y en esta segunda corona de ramas vi celebrar un momento posterior de la fiesta. Allí se arrodillaban María y José, y algo más abajo y delante de ellos, la madre Santa Ana. Rezaban al Niño Jesús que estaba sentado en la copa encima de ellos rodeado de gloria infinita con la manzana imperial o la bola del mundo en la mano. En torno a esta presentación, en su entorno inmediato se inclinaron adorando los coros de los Reyes Magos, los pastores, los apóstoles y los discípulos y, más alejados, los coros de otros santos. Lejos, más arriba, en la luz superior, vi formas indistintas de poderes y dignidades, y aún más arriba como si medio sol radiante se introdujera en la cúpula de la iglesia. Este segundo cuadro parecía significar que después de la Inmaculada Concepción se acercaban las Navidades.

En la primera aparición vi el cuadro como si yo estuviera fuera de la iglesia, en torno al pie de la columna, pero después lo vi dentro de la misma iglesia como la he

descrito.

Vi crecer también a la niñita María en el ámbito de luz bajo el corazón de la madre Santa Ana, y al mismo tiempo recibí el convencimiento inefable de lo que era la concepción sin el pecado hereditario, y lo entendí tan claramente como si leyera un libro.

También se me dijo que aquí hubo una vez una iglesia en honor de esta gracia de Dios pero quedó abandonada y en ruinas con ocasión de muchas discusiones inconvenientes sobre este santísimo misterio. {Entendí también estas palabras: «En cada visión permanece el misterio hasta que se haya realizado».}

Sin embargo, la Iglesia Triunfante siempre festeja la fiesta aquí en este lugar.

LA SANTÍSIMA VIRGEN HABLA DEL MISTERIO DE SU VIDA

[El 16 de diciembre de 1822 Ana Catalina contó lo siguiente de su contemplación de la predicación itinerante de Jesús:]

Oigo muchas veces que la Santísima Virgen cuenta a sus íntimas, por ejemplo, a Juana Cusa y Susana de Jerusalén, toda clase de misterios suyos y de Nuestro Señor que ella sabe, unos por conocimiento interior, y otros porque se los ha contado su madre Santa Ana, y así hoy también la he escuchado contar a Susana y a Marta que mientras llevó a Nuestro Señor bajo su corazón no tuvo la más mínima molestia sino infinita dicha y alegría interior.

También las contó que Joaquín y Ana se habían encontrado en una hora dorada en la sala que está por debajo de la Puerta Dorada, adonde les llegó la plenitud de la gracia divina a consecuencia de la cual recibió el ser bajo el corazón de su madre sin impureza alguna de sus padres y solo por santa obediencia y puro amor de Dios.

María también las hizo saber que, sin el pecado original, la concepción de todo ser humano hubiera sido así de pura. Habló también de su querida hermana mayor, María Helí, y de que sus padres se dieron cuenta que no era el fruto de la Promesa y después se habían contenido mucho tiempo y habían anhelado mucho la niña de la Promesa. Me alegró escuchar aquí y ahora a la Santísima Virgen lo que siempre he visto de su hermana mayor.

Entonces volví a ver todo el proceso de la gracia recibida por los padres de María, desde las apariciones del ángel a Ana y Joaquín hasta su encuentro bajo la Puerta Dorada, tal como siempre lo cuento. Bajo la Puerta Dorada, es decir, en la santa sala subterránea que hay debajo de la Puerta Dorada, vi a Joaquín y Ana rodeados de una multitud de ángeles con luces celestiales, y que ellos mismos relucían y estaban tan puros como espíritus en un estado sobrenatural como nunca había estado antes una pareja humana.

Creo que en la Puerta Dorada se celebraban las pruebas y ceremonias de absolución de las mujeres acusadas de adulterio y otras reconciliaciones[13].

Debajo del Templo había cinco pasadizos parecidos y otro más bajo el lugar donde vivían las doncellas, en los que se realizaban determinadas expiaciones[14].

Ahora ya no sé si este recorrido lo pisó alguna vez alguien distinto de Joaquín y Ana, pero creo que sería un caso rarísimo; y ahora tampoco recuerdo si era de uso general para las ofrendas que traían los estériles. Los sacerdotes lo ordenaron así.

CELEBRACIÓN DE LA CONCEPCIÓN DE MARÍA EN DISTINTOS LUGARES

[Introducción. Personal. La Fiesta de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de diciembre de 1820, el alma de la narradora se movió sobre gran parte de la Tierra, en oración activa en contemplación. De los fragmentos que comunicó de este viaje en visión,

que están recogidos íntegramente en los lugares idóneos, se trae aquí el siguiente extracto que da idea de tales migraciones del alma:

Llegó a Roma, estuvo con el Santo Padre, visitó en Cerdeña a una piadosa monja de clausura, tocó Palermo, llegó a Palestina y a continuación a la India y de allí a lo que Ana Catalina llamaba «la Montaña de los Profetas»[15].

Allí vio conservados en una tienda de campaña los libros proféticos de todas las épocas y todos los pueblos, examinados y administrados por un personaje que Ana Catalina tomaba unas veces por Juan Evangelista y otras por Elías, y que la recordaba especialmente a éste último porque comprobó que allí arriba, cerca de la tienda, completamente cubierto de verdes plantas vivas, estaba el vehículo con que este profeta fue arrebatado de la Tierra. Este personaje la dijo que cotejaba con el libro grande que tenía delante todos los libros de conocimientos proféticos: los que nunca se habían dado a la Humanidad, los que estaban contaminados de alguna manera, o los que aún tenían que dársele. Tachaba mucho o los echaba a un fuego que ardía a su lado. Los seres humanos aún no estaban en condiciones de recibir estos dones, pues antes tenía que llegar alguien.

Todo esto lo vio en una isla verde rodeada de un lago claro en el que había varias torres de formas distintas y rodeadas de jardines. Ana Catalina tuvo la percepción de que estas torres eran cámaras del tesoro o fuentes de la sabiduría de los distintos pueblos y que debajo de la isla, que estaba regada por varias fuentes, estaba el origen de varios ríos que se tenían por sagrados, y entre ellos el Ganges, que sale a la luz al pie de la Montaña.

La dirección del camino por donde la llevaron a esta Montaña de los Profetas desde el punto de partida de su viaje fue siempre en dirección a la alta Asia Central. Mencionó situaciones, y la Naturaleza, seres humanos, animales, y flora de las regiones por las que pasaba; y luego fue elevada a través de un espacio solitario y vacío, como a través de nubes, hasta el lugar mencionado. Una localización más precisa se dará en el lugar idóneo, junto con la totalidad de este viaje en visión y todo lo que experimentó allí Ana Catalina.

Para el regreso volvieron a bajar a través de la región de las nubes y luego cruzaron otra vez comarcas con magnífica vegetación, animales y pájaros, hasta llegar al Ganges y contemplar los usos religiosos indios en este río. (Veinte años después de transcritas estas comunicaciones, la situación geográfica de este sitio y la mención de que allí arriba casi todo estaba cubierto de vivo verdor, recordó a un lector que en las creencias religiosas de varios pueblos asiáticos existen tradiciones acerca de un sitio parecido y, en parte, con parecidos habitantes. Entre los musulmanes, al profeta Elías se le conoce con el nombre de «El Jiser», esto es, «El Verde», un profeta maravilloso de naturaleza semiangélica que vive al Norte, en la Montaña Kaf celebrada en muchísimos escritos religiosos y poéticos, y que allí vigila los misterios de la Fuente de la Vida.

Los indios llevan su monte santo al Monte Meru y los chinos al Kuenlún, y ambos los presentan paradisíacos y en la alta Asia Central donde Ana Catalina halló la Montaña de los Profetas.

También los antiguos persas creían en un lugar así, al que veneran con el nombre de Alborch o El-Bors. Los babilonios parecen haber tenido la misma creencia (según *Is* 14, 13). El hecho de que los babilonios pongan la montaña en el Norte al igual que persas y musulmanes se explica por su situación relativa respecto a la alta Asia Central.)

Ana Catalina todavía fue después a una ciudad judía maravillosa situada en una alta montaña de roca en Abisinia, y visitó a su presidenta Judit, con la que habló del Mesías, de la fiesta de la Concepción de su Madre, que era ese día, y del santo tiempo de Adviento y de la fiesta del Navidad, que ya se acercaban[16].

En todo este viaje, Ana Catalina hizo lo que, según su misión y las oportunidades que se le ofrecerían, hubiera hecho en parecido viaje un misionero concienzudo: rezó, ayudó, consoló y enseñó. Pero para hacer comprensible al lector con palabras de Ana Catalina lo que oyó durante su viaje con referencia a la Fiesta de Concepción de María, se ruega la lectura de la nota que resume la parte de la predicación itinerante de Jesús a la que ella se refiere aquí:]

Anoche, cuando llegué en mi viaje en sueños a la Tierra Prometida, vi todo lo que ya he contado de la Concepción de la Santísima Virgen, y a continuación entré en la contemplación cotidiana de la predicación de Nuestro Señor que hoy correspondía al 8 de diciembre del tercer año. No encontré a Jesús en la Tierra Prometida, sino que mi guía me llevó a Oriente más allá del Jordán, hacia Arabia, donde el Señor acompañado de tres jóvenes se encontraba hoy en la ciudad de tiendas donde se asentaron los Reyes Magos a su regreso de Belén.

LOS REYES MAGOS CELEBRAN LA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Vi que los dos de los tres Reyes Magos que aún vivían celebraban con sus tribus una fiesta de tres días a partir de hoy, 8 de diciembre. Quince años antes del nacimiento de Cristo, una noche como ésta habían visto alzarse por primera vez la estrella prometida por Balaam (*Nm* 24, 17) que ellos y sus antepasados habían aguardado mucho tiempo ansiosamente observando fielmente el cielo. En la estrella distinguieron una doncella que llevaba en la mano un cetro y en la otra una balanza con sus platillos equilibrados, en uno una hermosa espiga y un racimo en el otro. Por eso desde el regreso de Belén, con tal motivo celebraban anualmente una fiesta de tres días a partir de esta fecha.

ABOLICIÓN DE UN SACRIFICIO HUMANO DE LOS SERVIDORES DE LAS ESTRELLAS

A consecuencia del conocimiento recibido el día de la Concepción de María quince años antes del nacimiento de Cristo, los servidores de las estrellas derogaron un espantoso rito que llevaban mucho tiempo practicando a causa de unas revelaciones mal entendidas y corrompidas por influencias malignas. Se trataba en concreto del sacrificio de un niño pues en distintas épocas y de distintas maneras practicaron sacrificios humanos y también sacrificios de niños.

Vi que en la época de la Concepción de María tenían la siguiente costumbre: tomaban un niño de la madre más pura y más piadosa de su religión, que se consideraba feliz de que sacrificaran así a su hijo. Desollaban al bebé y lo rebozaban en harina para recoger la sangre, y se comían la harina empapada de sangre como alimento sagrado. Volvían a espolvorearlo con harina, y a comerla hasta que el niño quedaba completamente desangrado. Finalmente cortaban la carne del niño en trocitos que se repartían y se los comían[17].

Vi realizar esta horrible acción con la mayor sencillez y devoción, y se me dijo que habían llegado a esta costumbre horrible por mala comprensión y deformación de indicaciones proféticas y prefiguraciones de la Última Cena.

Vi este espantoso sacrificio en Caldea, en el país de Mensor, uno de los tres Reyes Magos que el día de la Concepción de María recibió en visión una iluminación divina por la cual abolieron esta crueldad. Lo vi en lo alto de una alta construcción piramidal de madera, absorto en la observación de las estrellas, como venía haciendo esta gente durante siglos según antiguas tradiciones. El rey Mensor, que estaba contemplando las estrellas, yacía

rígido y arrobado; estaba enajenado. Sus compañeros vinieron a él y lo volvieron en sí, pero al principio parecía no conocerlos. Había visto la constelación con la doncella, la balanza, la espiga y el racimo, y había recibido la orden de abolir aquel rito cruel.

CUADRO PARALELO AL DEL SACRIFICIO DE NIÑOS

Cuando vi en sueños por la noche a mi derecha la terrible imagen del niño asesinado, me di la vuelta horrorizada en la cama, pero entonces vi lo mismo a mi izquierda. Imploré a Dios de todo corazón que me librara de estas espantosas visiones y entonces me desperté, oí las campanadas del reloj y mi esposo celestial me dijo señalando en torno a mí:

—Mira aquí, todavía peor, lo que diariamente me ocurre por todo el mundo por culpa de muchos.

Y entonces llevó mi mirada muy lejos alrededor y ante mi alma se presentó algo todavía mucho más cruel que aquel sacrificio de niños, al ver a Jesús mismo cruelmente sacrificado de muchas maneras sobre el altar cuando el santo misterio se realiza indigna y pecaminosamente. Vi que la Sagrada Hostia yacía en el altar como un niño Jesús vivo y que sacerdotes indignos y degenerados lo atormentaban y lo troceaban con la patena. Aunque realizaban válidamente el misterio, su misa parecía un feroz asesinato[18].

Todo esto lo vi en muchas visiones mientras llevaban a mi alma por muchos países de toda la Tierra. Finalmente volví a la visión de la Fiesta de la Concepción de María:

DE LA HISTORIA DE LA FIESTA DE LA CONCEPCIÓN DE MARÍA

No soy capaz de decir de ninguna manera la forma maravillosa en que he estado viajando en sueños esta noche. Estuve en las más variadas regiones del Mundo y en distintas épocas, y he visto muchas veces celebrar la Fiesta de la Concepción de María en los lugares más dispares del mundo. También la vi celebrar en Éfeso, dentro de la casa de la Madre de Dios que todavía era allí una iglesia. Tiene que haber sido en tiempos muy antiguos, pues todavía vi en perfecto estado el vía crucis que erigió María misma; el segundo vía crucis está en Jerusalén y el tercero en Roma.

Los griegos celebraban esta fiesta mucho tiempo antes de separarse de la Iglesia; todavía me acuerdo de algo pero no estoy segura de las causas. En concreto vi que un santo, creo que Sabas, tuvo una aparición que se refería a la Inmaculada Concepción; vio un cuadro de la Santísima Virgen sobre la bola del mundo, aplastando la cabeza de la serpiente y se dio cuenta que la Santísima Virgen era la única que había sido concebida sin herida ni mancha de la serpiente[19].

También vi que una iglesia de los griegos o un obispo griego no quisieron aceptar esta fiesta y entonces les llegó este cuadro por encima del mar. La aparición se acercó flotando a su iglesia y se puso encima del altar. Enseguida empezaron a celebrar la fiesta. En esa iglesia tenían un cuadro de la Santísima Virgen pintada por San Lucas a tamaño natural, que parecía viva, en traje blanco y con velo. Tengo la impresión de que la habían recibido de Roma, donde solo tienen un cuadro del busto. Pusieron este cuadro encima del altar en el sitio donde se había aparecido aquella imagen de la Inmaculada Concepción. Pienso que o todavía está en Constantinopla o la he visto venerar allí en tiempos antiguos.

También he estado en Inglaterra donde he visto introducir y celebrar esta fiesta; en relación con ello, antes de ayer, fiesta de San Nicolás, he visto el siguiente milagro: Vi a un abad de Inglaterra en gran peligro en un barco en medio de la tormenta. Imploraron

apremiantemente la protección de la Madre de Dios y entonces vi que venía flotando sobre el mar hacia el barco la aparición del santo obispo Nicolás de Mira, quien dijo al abad que la Santísima Virgen le enviaba para anunciarle que mandara celebrar en Inglaterra la Fiesta de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre y entonces el barco arribaría. A la pregunta del abad de con qué oraciones debían celebrarla, San Nicolás le contestó que con las mismas que el nacimiento de María. Al introducir esta fiesta salió el nombre de Anselmo, pero ya he olvidado los detalles[20].

También vi introducir de esta fiesta en Francia, y que San Bernardo escribía contra ella porque no venía de Roma[21].

ÉPOCA DEL AÑO DE LA FIESTA DE LA CONCEPCIÓN DE MARÍA

[Todo lo copiado hasta ahora en relación con la Bendición de Joaquín y Ana está recogido de las visiones y recuerdos que Ana Catalina tenía el día 8 de diciembre de cada año, Fiesta de la Inmaculada Concepción de María; pero ese día del año 1821 aclaró que el encuentro de Joaquín y Ana bajo la Puerta Dorada no había caído en diciembre, sino en otoño, al final de la Fiesta de las Cabañuelas que dura del 15 al 23 del mes de Tisri, es decir, entre septiembre y octubre.

Por eso había visto que Joaquín, antes de ir al Templo, hizo chozas de ramas con sus pastores y que Ana recibió la promesa de la fecundidad cuando rezaba bajo un árbol que formaba una enramada.

Pero, como Ana Catalina ya había mencionado el año anterior [1820], ella recordaba que Joaquín había salido con sus ofrendas para Jerusalén a en contrarse con Ana en el Templo con motivo de una Fiesta de Consagración del Templo. No puede entenderse que fuera la acostumbrada Fiesta de Consagración del Templo de invierno el 25 de Casleu, sino el memorial de la consagración del Templo de Salomón. Según sus comunicaciones diarias de los tres años de predicación itinerante de Jesús, el segundo año de predicación el Señor asistió a la clausura de la Fiesta de las Cabañuelas en Aruma, a unas horas de Salem, donde predicó sobre la futura destrucción del Templo. Aunque nuestras obras más leídas callen sobre la antigüedad de esta fiesta hebrea, y aún sin tener en cuenta las aclaraciones de Ana Catalina, no puede dudarse de su existencia si se tiene en cuenta que Salomón celebró la consagración del Templo construido por él, en relación con la Fiesta de las Cabañuelas (*3 Re* 8, 2.66 y *2 Cr* 7, 10) y que la Masora indica que los días segundo y octavo de la Fiesta de las Cabañuelas se lea el relato de la consagración del Templo de Salomón.

Aunque Ana Catalina había visto el encuentro de Joaquín y Ana en el Templo en la clausura de la Fiesta de las Cabañuelas, y por consiguiente dos meses antes de la fiesta litúrgica de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre, se sentía obligada a comunicar la Concepción de Santísima Virgen en la fiesta de María en Diciembre. También contó que cuando Cristo visitó a los Reyes Magos en Arabia después de la resurrección de Lázaro, celebraban la memoria de este acontecimiento lleno de gracia este día y no en la Fiesta de las Cabañuelas de otoño.

En consecuencia, el encuentro bajo la Puerta Dorada, y la sobreirradiación de luz y bendición desde arriba puede aparecernos como una especie de inmediata y sustancial renovación, santificación, consagración, fortalecimiento y purificación de este matrimonio, bendito para el cometido que le fijó el designio divino. Solo con la entrega de la Bendición esencial a Joaquín y de la gracia a Santa Ana llegaron ambos al momento de madurez para el santo objetivo de su matrimonio. Como esta madurez se la dio entonces la acción de Dios

que les trajo fuerza y gracia inmediata y sustancial, parece adecuado que, así equipados por el Cielo, también los uniera el Cielo con una acción parecida.

Hasta aquí los apéndices de Ana Catalina a su relato de la Concepción de María. De aquí en adelante se reanuda la santa historia de su vida.]

4
LA NATIVIDAD DE MARÍA

EL NACIMIENTO DE MARÍA

Contemplé la creación del alma santísima de María y su reunión con su purísimo cuerpo. En mis contemplaciones habitualmente me presentan la Santísima Trinidad en un cuadro de luz, y vi que en él se movía como una gran montaña refulgente que tenía también figura humana. Del centro de esta figura humana subía hacia su boca una gloria que salía por ella.

Entonces vi esta gloria delante y separada de la faz de Dios, y vi que giraba y tomaba forma, o más bien la recibía, y mientras tomaba figura humana vi que por voluntad de Dios se formaba indeciblemente bella. Dios mostró la belleza de esta alma a los ángeles, que se alegraron indeciblemente con su belleza; no soy capaz de describir con palabras todo lo que veía y entendía[1].

Cuando habían transcurrido 17 semanas y dos días de la concepción de la Santísima Virgen, y por consiguiente cinco días antes de la mitad del embarazo de Ana, vi a ésta durmiendo tranquilamente por la noche en su lecho de su casa cerca de Nazaret[2].

Sobre Ana vino una luz, y de esa luz bajó un rayo al centro de su costado, y entró en Ana una gloria en forma de reluciente figurita humana. En ese mismo instante vi que la madre Santa Ana se incorporó en su lecho rodeada de resplandores. Estaba como arrobada y vi como si su interior se abriera como un tabernáculo en el que divisé una virgencita refulgente de la que saldría toda la salvación de la Humanidad.

Ese fue el momento en que la Niña María se movió por primera vez bajo su corazón. Ana se levantó de la cama, se vistió, anunció su alegría a San Joaquín y ambos dieron gracias a Dios. Los vi rezar bajo el árbol del huerto donde el ángel había consolado a la madre Ana.

Se me ha instruido que la Santísima Virgen se unió a su alma cinco días antes que los demás niños, y que nació doce días antes.

EL NACIMIENTO DE MARÍA

Hace ya varios días que Ana le había dicho a Joaquín que se acercaba el momento de dar a luz y envió mensajeros a su hermana pequeña Maraha en Séforis; a la viuda Enué, hermana de Isabel, en el Valle de Zabulón; y a su sobrina María Salomé en Betsaida, para informarlas y que vinieran.

Luego las vi de viaje. Enué, la viuda, venía acompañada por un criado y las otras dos por sus maridos, pero todos ellos se volvieron cerca de Nazaret.

El día que Ana iba a dar a luz, Joaquín mandó a sus numerosos criados con los rebaños, y de las criadas nuevas de Ana solo dejó en casa las imprescindibles. Después él mismo se fue también al campo de pastores más cercano.

María Helí, primogénita de Ana, se ocupaba de la casa. Tenía por entonces 19 años y estaba casada con Cleofás, un mayoral de Joaquín, de quien tenía a María Cleofás, una niña que ahora tenía cuatro años.

Joaquín rezó y buscó sus terneras, corderos y cabritillos más bonitos, y los envió

con pastores al Templo en ofrenda de acción de gracias y solo volvió a casa por la noche.

Las tres parientes de Ana llegaron a casa al anochecer; entraron a su cuarto detrás de la lumbre y la abrazaron. Después, Ana las indicó la proximidad de su parto, y entonó de pie con ellas el salmo: «Alabad al Señor Dios que se ha apiadado de su pueblo, ha salvado a Israel y ha cumplido la promesa que hizo a Adán en el Paraíso cuando le dijo que la semilla de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente». Ya no puedo decirlo todo por su orden.

Ana estaba en oración, como arrobada, y expresó todas las prefiguraciones de María del salmo. Dijo: «El germen que Dios dio a Abraham ha madurado en mí». Recordó la promesa de Isaac a Sara y dijo: «La flor de la vara de Aarón se ha cumplido en mí». Entonces la vi transida de luz; vi el cuarto lleno de luz y sobre él apareció la escala de Jacob. Las mujeres estaban todas como arrobadas de jubiloso asombro y creo que también vieron la aparición.

Solo después de esta oración de bienvenida las dieron un pequeño tentempié de panes, frutas y agua con bálsamo; comieron y bebieron de pie y luego se acostaron hasta medianoche para descansar del viaje. Ana siguió rezando levantada y a medianoche las despertó para rezar con ellas. Ellas la siguieron detrás de una cortina adonde estaba su oratorio.

Ana abrió las puertas de un armarito de pared que contenía una reliquia en una cajita; había luces a ambos lados (que no estoy segura si eran lámparas) que se sacaban de un receptáculo en la parte superior poniéndolas unas cuñitas para que no se cayeran, y las encendieron. A los pies de esta especie de altarcito había una banqueta acolchada.

El relicario tenía cabellos de Sara que Ana veneraba mucho; huesos de José que Moisés había traído de Egipto; algo de Tobías, creo que reliquia de un traje; y una copa en forma de pera, pequeña, blanca y brillante, donde Abraham bebió la bendición que le dio el ángel, y que Joaquín recibió junto con la Bendición del Arca de la Alianza. Ahora sé que la Bendición constaba de pan y vino, alimento y fortaleza de carácter sacramental.

Ana se arrodilló delante del armarito con una mujer a cada lado y otra detrás; y dijo otro salmo, que creo que mencionaba la zarza ardiente de Moisés.

Entonces vi que una luz sobrenatural llenó el cuarto y se adensó tejiéndose en torno a Ana. Las mujeres se prosternaron sobre sus rostros, como aturdidas. La luz tomó en torno a Ana toda la forma de aquella figura que tuvo en el Horeb la zarza ardiente de Moisés, así que ya no pude ver nada más de Ana. La llamas irradiaba completamente hacia adentro, y entonces de repente vi que Ana recibió en sus manos la refulgente Niña María, la envolvió en su manto, la apretó contra su corazón y luego la puso desnuda en la banqueta delante del relicario y siguió rezando.

Entonces oí llorar a la niña y vi que Ana sacó los pañales que guardaba debajo de su gran velo y la envolvió. Fajó a la niña en colores gris y rojo hasta debajo de los brazos, y dejó desnudos el pecho, los brazos y la cabeza. Entonces desapareció de su alrededor la aparición de la zarza ardiente.

Las mujeres se incorporaron y, para su gran asombro, recibieron en brazos a la niña. Lloraban de tanta alegría. Todas volvieron a entonar un cántico de alabanza, y Ana elevó a su niña como ofreciéndola a lo Alto. Con esto volví a ver su cuarto lleno de resplandor y distinguí a varios ángeles cantando Gloria y Aleluya. Oí todas sus palabras y los ángeles anunciaron que a los veinte días debían ponerla el nombre de María.

Ana fue entonces a su dormitorio y se tumbó en su lecho. Las mujeres desfajaron a la niña, la bañaron y volvieron a fajarla, tras lo cual se la llevaron a su madre. Junto al lecho de Ana, delante, a sus pies, o contra la pared, podía sujetarse una cestita de rejilla trenzada.

Así podía ponerse a la niña donde se quisiera, pero siempre cerca y a la vez separada de su madre.

Entonces las mujeres llamaron al padre Joaquín. Llegó al lecho de Ana, se puso de rodillas y lloró a lágrima viva sobre la niña; luego alzó los brazos y pronunció un cántico de alabanza, lo mismo que Zacarías en el nacimiento de Juan. En su salmo mencionó el germen santo que Dios había puesto a Abraham y que se propagó en el pueblo de Dios con la alianza sellada por la circuncisión, pero que ahora había alcanzado su más alta flor en esta criatura que la consumaba según la carne. En su cántico de alabanza también le oí decir que ahora se habían cumplido las palabras del profeta:

—Brotará un vástago de la raíz de Jesé.

También dijo con el mayor recogimiento y humildad que ahora moriría a gusto. Después de esto me di cuenta que María Helí, la hija mayor de Ana, solo llegó a ver a la recién nacida más adelante. Aunque ya era desde hace años madre de María Cleofás, no estuvo presente en el nacimiento de María, quizá porque según las leyes judías no era conveniente que estuviera la hija en el parto de la madre.

Por la mañana vi que se habían congregado alrededor de la casa los criados y criadas y mucha gente de la comarca; los dejaron entrar en grupos y las mujeres mostraron la criatura. Muchos estaban muy conmovidos, y muchos mejoraron. En ese momento llegaron vecinos que por la noche habían visto un resplandor sobre la casa y que consideraban una gran gracia del Cielo el parto de Ana, tanto tiempo estéril.

ALEGRÍA EN EL CIELO POR EL NACIMIENTO DE MARÍA

En el mismo instante en que la Niña María recién nacida descansó en brazos de su madre, la vi también presentada en el Cielo ante la faz de la Santísima Trinidad, saludada por la indescriptible alegría de todos los ejércitos celestiales. Supe que a María le hicieron saber entonces, de forma sobrenatural, todos sus gozos, dolores y capacidades, y fue instruida en infinitos misterios aunque era y siguió siendo una criatura. No podemos entender este saber suyo, porque el nuestro ha crecido en el árbol del conocimiento y ella lo sabía todo lo mismo que un bebé conoce el pecho de su madre y sabe que debe mamar de él. Cuando desapareció la visión de la gracia instruyendo a María en el Cielo, fue cuando la oí llorar por primera vez.

A menudo veo cuadros de esa clase, pero como para mí son inexpresables y para la mayoría de la gente ininteligibles, no los comparto.

ANUNCIO DE MARÍA EN EL ANTEINFIERNO

El nacimiento de María se le anunció a los patriarcas en el Anteinfierno en el mismo instante en que se produjo, y vi a todos ellos y especialmente a Adán y Eva, transidos de inefable alegría de que se hubiera cumplido la promesa dada en el Paraíso. Supe también que los patriarcas progresaron en su estado de gracia, que su morada se iluminó y ensanchó, y que se les dio mayor influencia en la Tierra; era como si todos sus trabajos y penitencias y sus luchas, clamores y anhelos hubieran madurado en un fruto satisfactorio.

MOVIMIENTO EN LA NATURALEZA CUANDO NACIÓ MARÍA

Cuando María nació en el tiempo, vi un gran movimiento de júbilo en la Naturaleza, en todos los animales y en los corazones de todas las personas buenas y escuché dulces cantos, mientras que los pecadores tuvieron mucho miedo y compunción. En este momento,

muchos posesos rompieron a gritar con rabioso griterío, sobre todo en la comarca de Nazaret pero también en el resto de la tierra prometida. Los demonios arrojaban a los posesos de un lado a otro con un griterío rabioso y rugían a través de ellos:

—¡Tenemos que retirarnos, tenemos que salir de aquí!

UN VISTAZO A SIMEÓN Y HANNA

En Jerusalén vi que el viejo sacerdote Simeón, que vivía en el Templo, se despertó a causa del griterío rabioso que hacían los enajenados y posesos, muchos de los cuales estaban encerrados en un edificio de una de las calles junto a la montaña del Templo, del que Simeón, que vivía cerca, era inspector.

A eso de medianoche lo vi entrar en la plaza delante de la casa de los posesos, y preguntó a uno que vivía allí la causa del rabioso griterío con que estaba despertando del sueño a todos. El interpelado gritó aún más fuerte que tenía que salir y Simeón le abrió la puerta. El poseso se precipitó afuera y Satanás gritó desde él:

—¡Tengo que salir! ¡Tenemos que salir! ¡Ha nacido una virgen! ¡Ahora están en la Tierra muchos ángeles que nos atormentan! Los que ahora tenemos que salir ya nunca podremos poseer un ser humano.

Simeón rezó ardientemente; el pobre hombre fue arrojado de un lado a otro de la plaza de un modo terrible y vi que el demonio salió de él.

Me alegré mucho de ver al anciano Simeón. También se despertaron en el Templo la profetisa Hanna y Noemí, hermana de la madre de Lázaro, que fueron instruidas en visión del nacimiento de una criatura elegida. Ambas se reunieron y compartieron sus experiencias; pienso que conocían a la madre Santa Ana.

ANUNCIO DEL NACIMIENTO DE MARÍA A LOS CALDEOS

La noche que nació María vi que cinco sibilas o jóvenes profetisas tuvieron visiones en una ciudad de los caldeos, y que se apresuraron a contarlas a los sacerdotes. Luego éstos anunciaron en muchos lugares de alrededor que las sibilas habían visto que había nacido una doncella que muchos dioses habían bajado a saludarla a la Tierra, y que otros espíritus huían y se afligían delante de ella.

Vi también que los hombres que observaban los astros desde que María fue concebida vieron en una estrella la imagen de una doncella que llevaba trigo y uvas en una balanza equilibrada, pero a la hora del nacimiento de María dejaron de divisarla en la estrella; era como si hubiera salido de ella, en la estrella apareció un hueco, y fue como si la propia estrella descendiera hacia determinada comarca.

Entonces mandaron hacer y colocaron en el templo el ídolo grande que tenía relación con la Santísima Virgen y que vi allí en mis contemplaciones de la predicación itinerante de Jesús[3].

Más adelante también pusieron en el templo el Huerto Cerrado, otro símbolo de la Santísima Virgen. En este templo he visto cuidar o descansar animales vivos, no sé si perros, a los que daban otros animales para comer.

Hasta entonces, en este templo de los Reyes Magos siempre había visto por las noches una maravillosa iluminación; mirando a lo alto se veía un cielo estrellado con diversas constelaciones, y según las visiones que distinguían en ellas hacían cambios en el firmamento artificial del templo. Así pasó después del nacimiento de María. Por cierto que la iluminación que había hasta entonces pasó a ser de fuera hacia adentro.

ACONTECIMIENTOS EN EGIPTO CUANDO NACIÓ MARÍA

Cuando nació la Santísima Virgen se tiró al mar aquella imagen de mujer alada con una balanza en la mano que se inclinaba sobre un niño en una barquilla que descansaba en un arbolito. Estaba en un templo de una isla del río, donde la vi erigir mucho antes de Elías por lo que un ídolo se vio obligado a decir. El arbolito sobre el que descansaba el niño en la barquilla, siguió en pie. Más tarde se erigió allí una iglesia.

En el instante en que nació María también se cayó del techo del templo parte de aquella otra imagen de mujer con tres pechos que vi poner en Egipto en el techo de un templo cuando el mensajero de Elías anunció su profecía de que había que esperar una virgen. La cara, los tres pechos y todo el bajo vientre cayeron y se destrozaron, pero la corona de la cabeza en forma de artesa, los brazos con espigas de trigo, el tronco y las alas no se cayeron.

VISITAS A LA NIÑA MARÍA RECIÉN NACIDA

El 9 de septiembre, segundo día después del nacimiento de María, vi en la casa varios parientes de la comarca. Oí muchos nombres que he vuelto a olvidar. También vi llegar a varios criados de Joaquín que venían de pastizales alejados. A todos les mostraron la recién nacida y estaban muy contentos; hubo un alegre banquete en casa.

Los días 10 y 11 de septiembre, otra vez vino a ver mucha gente a la Niña María y entre otros, los parientes de Joaquín del Valle de Zabulón. En esta ocasión llevaron al bebé en su moisés a la parte delantera de la casa, donde quedó expuesta a las miradas de la gente en un caballete elevado que recordaba un aserradero. El bebé estaba vestido de rojo y encima blanco transparente, y con un velito transparente en torno al cuello. La cubierta del moisés era roja y blanca.

María Cleofás, la hijita de dos o tres años de Cleofás y de la primogénita de Ana, jugaba con la Niña María y la acariciaba; era una niña gordita y fuerte que llevaba un vestidito sin mangas, de cuyo borde rojo colgaban botones rojos como manzanitas. En sus bracitos desnudos llevaba guirnaldas blancas como de plumas, seda o lana.

LA CRIATURA RECIBE EL NOMBRE DE MARÍA

[22 y 23 de septiembre:]

Hoy hubo fiesta grande en casa de madre Santa Ana. Despejaron todo, lo pusieron a un lado, y en la parte delantera de la casa quitaron todos los dormitorios separados con zarzos para convertirla así en una gran sala. Todo alrededor de la sala había muy cerca del suelo una tabla larga y baja con todo lo necesario para una comida. Vi varias clases de utensilios para comer en los que nunca había reparado antes. Encima de la mesa había vasijas muy ligeras y caladas por arriba que quizá fueran para poner flores. Parecían cestas. En una mesa auxiliar vi muchos palillos que parecían de hueso, cucharas en forma de concha honda con asa terminada en un aro, y tubitos rizados que quizá fuesen para sorber algo ligero.

En el centro de la sala estaba instalada una especie de mesa de altar cubierta de rojo y blanco sobre la cual había una cestita en forma de artesa, trenzada en blanco y rojo y cubierta con un tapete azul celeste. Junto al altar había un atril revestido que tenía varios rollos de pergamino de oraciones.

Delante del altar estaban cinco sacerdotes de Nazaret, todos con vestiduras

litúrgicas; la de uno de ellos era extraordinaria. Joaquín estaba con ellos. En el espacio detrás del altar estaban varias mujeres y hombres de la parentela de Joaquín y Ana, todos vestidos de fiesta; recuerdo a Maraha de Séforis, hermana de Ana, y a la hija mayor de Ana. Por cierto, la madre Santa Ana había dejado el lecho pero permanecía en su cuartito de detrás del fogón y no compareció durante la ceremonia.

Enué, la hermana de Isabel, sacó a la Niña María fajada de rojo y blanco transparente hasta los brazos y la puso en los brazos de Joaquín. Los sacerdotes se acercaron al altar en torno a los rollos de oraciones y rezaron en voz alta; dos de ellos sostenían la cola al sacerdote principal. Acto seguido Joaquín le puso la niña en las manos, y el sacerdote principal la elevó en alto ofreciéndola y luego la puso en el moisés sobre el altar. A continuación tomó unas tijeras de pinza que tenían una cajita en el extremo como esas tijeras de despabilar las velas que empujan y meten en una cajita lo que cortan. Las tijeras no tenían eje como nuestras tijeras corrientes, sino solo un fleje como las tenazas de la lumbre o las tijeras de esquilar.

Con este instrumento le cortó tres rizos del pelo a cada lado y uno en el centro y los quemó en el brasero. Después tomó una cajita con óleo y ungió los cinco sentidos de la criatura: con el pulgar la hizo una raya de óleo en las orejas, ojos, nariz, boca y la boca del estómago. También escribió el nombre de María en un pergamino y se lo puso en el pecho. Luego devolvió el bebé a Joaquín, que se lo pasó a Enué quien se lo devolvió a Ana. Todavía cantaron algunos salmos más, tras lo cual comenzó el banquete, pero eso ya no lo vi.

ORIGEN DE LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

[Al anochecer del 7 de septiembre, dos días antes del anochecer de esta fiesta, Ana Catalina estaba inusualmente, o como ella decía, sobrenaturalmente contenta, cuando de repente se sintió enferma. Una aparición de la Santísima Virgen la había prometido que el día siguiente, 8 de septiembre, que era también el cumpleaños de Ana Catalina, recibiría la gracia de poderse incorporar en su lecho durante algunas semanas, salir de la cama y pasear alguna vez por el cuarto, cosa que llevaba sin hacer unos diez años. El cumplimiento de la promesa lo consiguió con todos los padecimientos corporales y espirituales que la habían anunciado y que se recogen en otro lugar. Estaba casi traviesa y con insólita cordialidad; habló de la extraordinaria alegría de toda la Naturaleza porque se acercaba el nacimiento de María, y que solo la preocupaba que la gran alegría que esperaba mañana fuera a convertirse en dolor, y contó que:]

¡Hay tanto júbilo en la Naturaleza! oigo cantar a los pájaros, veo saltar los corderos y cabritillos. Las palomas del paraje donde vive Ana revolotean en grandes bandadas como ebrias de alegría. De la casa y sus aledaños ya no queda nada, aquello está ahora salvaje. He visto peregrinos con largos bastones, remangados y con pañuelos atados en torno a la cabeza a modo de gorras, que pasaban por esta comarca hacia el Monte Carmelo. Aquí viven algunos ermitaños del Carmelo y los peregrinos les preguntan maravillados qué significa esta alegría que hay ahora aquí en la Naturaleza, y reciben la respuesta de que siempre es así el anochecer antes de la Natividad de María y que en este paraje estuvo probablemente la casa de Ana. Un peregrino que ya había pasado por aquí antes les contó que un hombre piadoso observó esto por primera vez hace mucho tiempo, y ése fue el origen de la celebración de esta fiesta.

Entonces vi el origen mismo de la fiesta: doscientos cincuenta años después del

tránsito de la Santísima Virgen vi que un hombre muy piadoso recorría Tierra Santa buscando y venerando las huellas de Jesús sobre la Tierra y todos los lugares relacionados con Él. Este santo gozaba de una guía superior, y a menudo permanecía varios días en oración y contemplación en un lugar concreto con gran dulzura interior y muchas revelaciones.

Sintió así varios años la gran alegría de la Naturaleza la noche del 7 al 8 de septiembre, y captó en los aires un tierno cántico. Finalmente, por su ferviente oración, un ángel le instruyó en sueños que ésta era la noche del nacimiento de la Santísima Virgen María.

Esta revelación la tuvo en su viaje al Monte Sinaí u Horeb y le hicieron saber al mismo tiempo que en ese monte había una cueva del profeta Elías en la que estaba tapiada una capilla en honor de la Madre del Mesías, y que él debía informar de ambas cosas a los ermitaños que vivían allí. A continuación lo vi llegar al Monte Sinaí; donde ahora está el monasterio ya vivían entonces algunos ermitaños dispersos. La ladera del valle era tan pendiente como ahora y a uno le subían con cabrias.

Entonces los ermitaños y él buscaron la cueva de Elías y la capilla en honor de la Santísima Virgen pero era difícil encontrarla entre tantas cuevas de esenios y de otros ermitaños. En los alrededores de las cuevas vi aquí y allá muchos huertos asilvestrados con frutales magníficos.

El hombre piadoso supo en oración que debían convencer a un judío para que entrara con ellos a buscar en las cuevas, y en la que el judío no lograra entrar sería la de Elías. Acto seguido vi que enviaron a un anciano judío a las cuevas y en una cueva de entrada angosta se sintió rechazado una y otra vez por más que intentaba forzar la entrada, por lo que la reconocieron como la cueva de Elías.

Dentro de esa cueva encontraron una segunda cueva tapiada, cuya entrada reabrieron, que era el lugar donde Elías rezaba en honor de la Madre del Salvador. Las piedras grandes, hermosas y jaspeadas con que había estado tapiada las utilizaron más adelante en la construcción de la iglesia. En la cueva encontraron también huesos de profetas y patriarcas, así como biombos de zarzos y enseres del antiguo culto divino, todo lo cual conserva ahora la Iglesia.

Con esta ocasión he visto todavía muchas cosas del Monte Horeb pero se me han vuelto a olvidar. Sin embargo, todavía recuerdo que el lugar donde Moisés vio la zarza ardiente, se llama, traducido de la lengua de allí, «La sombra de Dios» y solo se puede pisar descalzo. También vi allí un monte que era todo de arena roja que, sin embargo, daba frutas muy bonitas.

FORMA DE ORAR EN LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

Vi muchas cosas de Santa Brígida y me comunicaron muchos conocimientos que María le reveló a esta santa sobre su concepción y nacimiento. Todavía recuerdo que la Santísima Virgen dijo:

—Si las mujeres embarazadas, la víspera del anochecer de su Fiesta celebran con ayunos y nueve avemarías en honor de mis nueve meses de permanencia en el seno materno y renuevan frecuentemente esta devoción durante su embarazo, así como el anochecer víspera de su parto, y junto a ello reciben devotamente los santos sacramentos, llevaré su oración a Dios y suplicaré para ellas un feliz alumbramiento, incluso si viene en circunstancias difíciles.

A mí misma, una aparición de la Santísima Virgen se me acercó y me dijo hoy entre otras cosas:

—Hoy por la tarde, quien rece nueve avemarías con amor y devoción en honor de mis nueve meses de permanencia en el seno de su madre y de mi nacimiento, y prosiga esta devoción nueve días, dará diariamente a los ángeles nueve flores para un ramo que recibiré en el Cielo y que daré a la Santísima Trinidad para implorar con él una gracia para quien las rece.

Más tarde me sentí arrobada como a una altura entre Cielo y Tierra. La tierra estaba turbada y oscura, y vi en el Cielo que la Santísima Virgen con las devociones y oraciones de la Tierra construía delante del trono de Dios y entre los coros de los ángeles y las filas de los santos dos arcos de triunfo, dos tronos de honor que finalmente se hicieron palacios de la Iglesia y ciudades enteras.

Es maravilloso que yo viera componer estos edificios con hierbas, flores y guirnaldas, cuyas distintas clases expresaban la clase y valor de las oraciones de cada ser humano y de comunidades enteras. Los ángeles y los santos iban a buscarlas de manos de los rezadores y lo subían todo.

OFRENDA DE PURIFICACIÓN DE LA MADRE SANTA ANA

Unas semanas después del nacimiento de María vi que Joaquín y Ana viajaron con la criatura al Templo para ofrecerla. La presentaban en el Templo por devoción, pero también para dar gracias a Dios que les había quitado su larga infertilidad, lo mismo que más adelante la Santísima Virgen presentó en el Templo al Niño Jesús y lo rescató según la Ley[4].

Al día siguiente de llegar ofrecieron a María, y ya entonces prometieron consagrarla por completo al Templo unos años después. Luego regresaron a Nazaret con la niña.

5
LA NIÑA MARÍA

OFRENDA DE MARÍA. PREPARATIVOS EN CASA DE ANA

[La autoridad de la Iglesia confirma la ofrenda de María y su estancia en el Templo, pues tanto la misa como el breviario del 21 de noviembre celebran generalmente la memoria de la ofrenda de María. Ya desde tiempos apostólicos el obispo Evodio afirma esta tradición según la *Historia Ecclesiastica* de Nicéforo, Libro 3.°, capítulo 3. Asimismo Gregorio de Nisa, Epifanio, Jorge de Nicomedia, Gregorio de Tesalónica, Juan Damasceno y otros santos padres testimonian lo mismo. La iglesia griega celebra esta fiesta por lo menos desde hace once siglos. Incluso el Corán (sura «Imram», aleyas 31 y siguientes) describe expresamente la estancia de María en el Templo.]

[El 28 de octubre de 1821, Ana Catalina contó despierta, pero en estado de visión:]

Pronto llevarán a la Niña María al Templo de Jerusalén. Ya hace algunos días que vi una vez, en un cuarto de su casa cerca de Nazaret, que Ana tenía de pie ante sí a la Niña María que tenía tres años, y la preparaba instruyéndola en la oración, porque pronto llegarían los sacerdotes a examinarla para el ingreso en el Templo.

{María tenía tres años y tres meses de edad cuando hizo voto de estar presente en el Templo entre las vírgenes que allí moraban.}

Hoy es la fiesta de los preparativos en casa de Ana. Hay huéspedes, parientes, hombres, mujeres y también niños. También están los sacerdotes, uno de Séforis, hijo de un hermano del padre de Ana; otro de Nazaret, y el tercero de un sitio que está en un monte a unas cuatro horas de Nazaret y cuyo nombre empieza con la sílaba Ma.

Estos sacerdotes han venido en parte a examinar si la Niña María es capaz de prometerse al Templo, pero también en parte a indicar los detalles de sus vestidos, que tenían que ser conforme a cierto corte eclesiástico; eran tres trajes de colores distintos, consistentes cada uno en caftán, pechera y capa. Además había también dos coronas abiertas de seda y lana, y una corona cerrada por arriba con arcos. Uno de los sacerdotes cortó por sí mismo algunas partes de estos trajes y lo dejó presentado todo como debería quedar.

[Unos días después, el 2 de noviembre, la narradora continuó:]

Hoy he visto fiesta grande en casa de los padres de María. Sin embargo no estoy segura si ha ocurrido hoy o si es que me han repetido el cuadro, pues los tres últimos días he visto lo mismo pero se me vuelve a olvidar con tantos dolores y molestias.

De momento estaban presentes tres sacerdotes, así como varios parientes con sus hijitas: por ejemplo María Helí y su hijita de siete años María Cleofás, que era mucho más vigorosa y robusta que la Niña María. María es muy tierna y tiene el pelo rubio rojizo, liso pero con bucles en las puntas. Ya sabe leer y asombra a todos por la sabiduría de sus respuestas. También está Maraha, la hermana de Ana de Séforis, con su hijita, así como otros parientes con niñas pequeñas. Las mujeres cosieron las piezas que los sacerdotes habían cortado para los vestidos de María y durante la fiesta la fueron poniendo los trajes en distintos momentos mientras los sacerdotes la dirigían toda clase de preguntas.

Toda la ceremonia fue solemne y grave, y aunque los ancianos sacerdotes la

realizaban con una cándida sonrisa, tenían que interrumpirla muchas veces maravillados por las sabias respuestas de María y las lágrimas de dicha de sus padres.

La ceremonia tuvo lugar en una habitación rectangular junto al comedor; la luz entraba por un agujero del techo que estaba cubierto con una gasa. En el suelo estaba extendido un cobertor rojo, sobre el que estaba una mesa de altar cubierta de rojo y blanco, en la que un cuadro, bordado o cosido, escondía como una cortina una especie de armarito donde estaban los rollos de escrituras y de oraciones. El cuadro representaba a un hombre, creo que era la imagen de Moisés con una capa amplia como la que llevaba cuando subía al monte a pedirle algo a Dios.

—MOISÉS

En el cuadro, Moisés no tenía las tablas de la Ley en la mano sino que le colgaban a un costado o del brazo. Moisés era pelirrojo, muy alto y ancho de hombros. Su cabeza era muy alta y en punta como un pilón de azúcar y tenía la nariz grande y curvada. En la parte superior de su amplia frente tenía dos prominencias como cuernos, que estaban vueltas una hacia otra; no eran rígidas como los cuernos de los animales, sino de piel blanda y como rayada o estriada. Solo sobresalían un poco, como dos colinas parduzcas y arrugadas en la parte superior de la frente. De pequeño ya las tenía en forma de verruguitas. Estas protuberancias le daban un aspecto prodigioso, y nunca las pude sufrir porque me recordaban involuntariamente imágenes del demonio. He visto varias veces protuberancias de éstas en la frente de ancianos profetas y ermitaños; algunos solo tenía una en medio de la frente.

[En el cuadro de la huida a Egipto, Ana Catalina mencionó también una cortina con una imagen parecida, que pensaba que representaba a Melquisedec.]

En este altar, además de los tres trajes de fiesta había otras telas que los parientes habían ofrecido para el ajuar de la niña. Delante del altar estaba una especie de trono pequeño sobre unos escalones; allí estaban congregados Joaquín, Ana y los demás parientes; las mujeres estaban detrás y las niñas pequeñas, al lado de María.

Los sacerdotes entraron y se acercaron descalzos; eran cinco pero solo oficiaban la ceremonia los tres revestidos con trajes litúrgicos. Uno de los sacerdotes retiró del altar las piezas del traje, explicó su significado y se las entregó a la hermana de Ana que vivía en Séforis, que fue vistiendo a la niña con ellas.

—EL PRIMER TRAJE

Primero la puso un trajecito amarillento bordado y luego sobre él un escapulario de colores, cuya pechera estaba adornada con cordones. Se lo pusieron por el cuello y lo ciñeron al cuerpo. La pusieron encima una capa parduzca con sisas para los brazos, que quedaban cubiertas por franjas que colgaban desde arriba. La capa estaba abierta por arriba, y desde debajo del pecho hasta abajo, estaba cerrada.

María llevaba sandalias de color marrón con gruesas suelas verdes. Sus cabellos rubio rojizos, rizados en las puntas, estaban peinados lisos. Llevaba puesta una corona de lana o seda entreverada con rayas de un dedo de ancho de plumas vueltas hacia adentro. Estas plumas son de un pájaro de aquel país; yo lo conozco.

Luego pusieron a la niña un pañolón rectangular color gris ceniza que colgaba de la cabeza como una envoltura y que podía recogerse bajo los brazos de modo que éstos pudieran descansar como en dos lazos. Parecía un mantón de viaje, oración o penitencia.

Cuando María estuvo así vestida, los sacerdotes la hicieron toda clase de preguntas sobre el modo de vida de las chicas en el templo. Entre otras cosas la dijeron:

—Cuando tus padres te han prometido al Templo, han hecho voto de que no tomarías vino, vinagre, uvas ni higos. ¿Quieres añadir algo tú misma a este voto? Puedes pensarlo durante la comida.

(A los judíos, y especialmente a las niñas judías, les gusta el vinagre; y a María también le gustaba mucho.)[1]

—EL SEGUNDO TRAJE

Después de varias preguntas parecidas le quitaron a María el primer traje y la pusieron el segundo. Primero un caftán azul celeste, luego una pechera muy rica, una capa azul y blanca y un velo brillante como la seda con pliegues en la nuca como el de las monjas, sujeto a la cabeza con una corona de colores con capullos de flor y hojitas verdes de seda. A continuación los sacerdotes la pusieron un velo blanco delante de la cara, recogido por arriba como un tocado. Tres pasadores {a distinta distancia} recogían el velo encima de la cabeza, de modo que podía ocultar a la vista toda la cara, la mitad o la tercera parte.

Los sacerdotes la instruyeron en el uso del velo, cómo debía levantarlo ligeramente para comer y dejarlo caer si la preguntaban y contestaba. Durante la comida, para la cual todos los reunidos pasaron a la pieza contigua, la instruyeron también sobre toda clase de leyes y costumbres. María estaba entre dos sacerdotes y tenía otro sentado enfrente. Las mujeres y niñas estaban en un extremo de la mesa y separadas de los hombres. Durante la comida, varias veces siguieron examinando a la niña con preguntas y respuestas sobre el uso del velo.

La dijeron: «Ahora todavía puedes tomar de todas las comidas» y le ofrecieron varias cosas para tentarla, pero María solo tomó un poco de unos pocos manjares y los asombró con la inocente sabiduría de sus respuestas. Durante la comida y todo el examen vi a su lado ángeles que la apoyaban y dirigían en todo.

—EL TERCER TRAJE

Después de la comida pasaron todos otra vez a la estancia del altar, donde volvieron a desvestir a la niña e inmediatamente la pusieron el traje de ceremonia. {La hermana de Santa Ana y un sacerdote la revistieron de los nuevos vestidos. El sacerdote explicaba el significado de cada pieza, relacionándola con cosas espirituales.}

Era un caftán color añil con flores amarillas, recogido y abullonado por un bolero o corpiño bordado en colores que terminaba en pico. La pechera y la espalda del corpiño estaban atados en ambos costados.

Encima la pusieron una capa añil, más amplia y solemne que los anteriores, que por detrás terminaba en redondo y tenía algo de cola. Tenía por delante a cada lado tres franjas bordadas en plata de arriba abajo y entre ellas se veían esparcidos capullos de rosa de oro. La capa se cerraba sobre el pecho con una tira horizontal, que a su vez estaba sujeta al corpiño con un botón para que no se abriera.

La capa estaba abierta hasta por debajo del corpiño y formaba a los lados dos espacios para descansar los brazos. Más abajo, la capa estaba cerrada con botones o ganchos y entre sus bordes dejaba ver de allí hasta abajo cinco franjas de bordados. La orla también estaba bordada. La espalda de la capa caía en amplios pliegues que se veían por

ambos lados junto a los brazos.

Después la pusieron un velo grande tornasolado que era por un lado blanco y por el otro añil, y que le caía hasta los ojos. Esta vez la pusieron la corona, que consistía en un aro delgado y ancho, cuyo borde superior era más amplio que el inferior y que estaba festoneado y con botones. La corona estaba cerrada por arriba con cinco arcos que se reunían en un botón. Los arcos estaban forrados de seda, pero el aro de la corona, que por dentro brillaba dorado, estaba adornado con rositas de seda y cinco perlas o piedras preciosas.

Con este traje solemne, cuya significación también la explicó minuciosamente el sacerdote, llevaron a María al estrado escalonado que estaba delante del altar. Las niñas estaban a sus lados.

María declaró entonces a lo que se obligaba a renunciar en el Templo: No quería comer carne ni pescado, ni beber leche sino agua con zumo de caña que es lo que beben los pobres en la Tierra Prometida, algo así como el agua de cebada o de arroz que beben los nuestros. De vez en cuando tomaría también un poco de zumo de terebinto en el agua, que es como un aceite blanco que se estira mucho y es muy reconfortante, pero no tan fino como el bálsamo.

Renunció a todas las especias y no quería tomar más fruta que una especie de bayas amarillas que crecen en racimitos; las conozco bien, allí las toman los niños y la gente modesta. Quería dormir en el suelo desnudo y levantarse a rezar tres veces por la noche; las otras chicas solo se levantaban una.

Con estas palabras, los padres de María se conmovieron profundamente y Joaquín la abrazó llorando y la dijo:

—¡Hija mía querida; eso es demasiado duro! ¡Si quieres vivir tan austeramente, tu viejo padre no llegará a verte más!

Era muy conmovedor escuchar todo esto; pero los sacerdotes la dijeron que se levantara por la noche solamente una vez como las demás chicas, y además suavizaron las demás condiciones: por ejemplo, los días festivos, María debería comer pescado.

En Jerusalén había un gran mercado de pescado situado en uno de los parajes más bajos de la ciudad, que recibía también el agua del estanque de Betesda. Como una vez se secó, Herodes quiso construir un acueducto y pagar los costos vendiendo las vestiduras sagradas y los vasos del Templo, con lo que casi organizó un levantamiento. Los esenios de todas partes vinieron a Jerusalén a oponerse, pues ahora me acuerdo de repente que ellos tienen la inspección de las vestiduras sacerdotales.

Los sacerdotes aún la dijeron más:

—Muchas de las otras doncellas que han sido aceptadas en el Templo sin ajuar ni manutención se han comprometido con permiso de sus padres, tan pronto lo permiten sus fuerzas, a lavar las vestiduras sacerdotales salpicadas de sangre y otros paños de lana gruesa. Es un trabajo pesado que a menudo cuesta ensangrentarse las manos; tú no tienes necesidad porque tus padres van a mantenerte.

Inmediatamente María expuso sin titubeos que también emprendería a gusto este trabajo si la consideraban digna de ello, y con tales preguntas y respuestas se completó la fiesta de investidura.

Durante estas ceremonias sagradas vi a María tan alta que sobresalía por encima de los sacerdotes, con lo que se me daba imagen de su gracia y su sabiduría. Los sacerdotes estaban embargados de jubiloso asombro.

—LA BENDICIÓN DE MARÍA

Como conclusión de los actos, vi que el sacerdote principal bendijo a María. La niña estaba de pie en el tronito elevado entre dos sacerdotes. El que la bendijo, estaba frente a ella, y los otros dos a sus lados. Los sacerdotes rezaron oraciones de los rollos, contestándose alternativamente. El sacerdote principal la bendijo extendiendo sus manos sobre ella.

Con esta ocasión se me ofreció una maravillosa mirada al interior de la Niña María. Con la bendición del sacerdote la vi completamente transida de luz. En una gloria inexpresable bajo su corazón tuve la misma visión que al contemplar el Santísimo del Arca de la Alianza: en un círculo luminoso de la forma del cáliz de Melquisedec vi las indescriptibles figuras luminosas de la Bendición que eran como trigo y vino, carne y sangre que se esforzaran en reunirse.

Al mismo tiempo vi encima de esta aparición como si el corazón de María se abriera como la puerta de un templo, y que el Misterio, en torno al cual se había formado una especie de trono celestial con gemas llenas de significado, entraba en su corazón abierto. Fue como ver entrar el Arca de la Alianza en el Santísimo del Templo.

Cuando esto pasó, su corazón cobijó el sumo bien que había entonces en la Tierra. Ya no lo vi más y solo vi a la santa niña traspasada por la gloria de su ardiente intimidad; levitaba sobre el suelo como transfigurada. Durante esta aparición supe también que uno de los sacerdotes [que, cuando lo narró en 1820, Ana Catalina creía que era Zacarías] tuvo por aviso divino la convicción interior de que María era el vaso elegido del Misterio de la Salvación, pues le vi recibir un rayo de la Bendición que yo había visto simbólicamente entrar en ella.

Los sacerdotes llevaron entonces a la niña, bendecida y con sus máximas galas, a sus conmovidos padres. Ana levantó la niña hasta su pecho y la besó con solemne recogimiento. Muy conmovido, Joaquín la tendió la mano con seriedad y respeto. La hermana mayor de María abrazó a la niña bendita y engalanada con mucha más viveza que Ana, que era reflexiva y templada en todos sus actos. María Cleofás, sobrina de la santa niña hizo como todos los niños y la echó alegremente los brazos al cuello. Cuando todos los presentes acabaron de saludar a la niña, la quitaron el traje de fiesta y apareció de nuevo con sus ropas habituales.

Hacia el anochecer, varios de los presentes y entre ellos los sacerdotes, regresaron a sus casas. Vi que tomaron un bocado de pie, pues en una mesa baja había panecillos y frutas en fuentes y platitos. Todos bebían de la misma jarra. Las mujeres comían aparte.

LA NIÑA MARÍA SALE DE VIAJE PARA EL TEMPLO

Entré por la noche en casa de los padres de María. Algunos de los parientes que habían asistido a la ceremonia todavía estaban durmiendo, pero la familia propiamente dicha se afanaba con los preparativos del viaje. Delante del fogón estaba encendida la lámpara colgante de varios brazos. Progresivamente se pusieron en movimiento todos los habitantes de la casa.

Ayer por la mañana Joaquín ya había enviado por delante con unos criados los animales para la ofrenda en el Templo; eran los cinco más hermosos que tenía de cada especie, un rebaño muy lucido. Ahora le vi ocupado en empacar y cargar los enseres de viaje sobre la bestia de carga que estaba delante de la casa. Sujetaron bien en el animal los trajes de María, que iban en paquetes separados y bien ordenados, así como los regalos para

los sacerdotes; pusieron al animal una carga respetable. El centro del lomo estaba cubierto con un ancho fardo y formaba un cómodo asiento. Ana y las demás mujeres lo tenían todo ordenado en bultos fáciles de llevar. De los costados del burro colgaban cestas de varias clases. En una de estas cestas, que tenía forma de sopera panzuda de gente rica, y una tapa redonda partida en medio para poderla abrir, había pájaros [sic] del tamaño de las perdices. Otras cestas, que eran como los cuévanos donde se llevan las uvas, contenían frutas de todas clases. Cuando el burro estuvo completamente cargado, lo cubrieron todo por encima con una colcha grande de la que colgaban gruesas borlas.

Dentro de la casa todo estaba en movimiento como para salir de viaje. Vi una joven, la hermana mayor de María, que iba y venía con una lámpara, muy afanosa; la mayor parte del tiempo llevaba a su hija María Cleofás en la cadera. Aún reparé en otra mujer más, que me pareció una criada.

Todavía estaban dos de los sacerdotes; uno era un anciano que llevaba una gorra terminada en punta encima de la frente, de la que colgaban franjas por encima de las orejas. El traje que llevaba encima era más corto que el interior y le colgaban correas hasta abajo como una estola; era el mismo que ayer se ocupó principalmente de examinar a María, y el que la bendijo. Todavía ahora dio varias instrucciones a María.

María, que tenía un poco más de tres años, fina y tierna, estaba entonces tan crecida como nuestros niños de cinco años. Tenía el cabello rubio rojizo, liso pero rizado en las puntas, y más largo que María Cleofás, niña de siete años, cuyo rubio cabello era corto y rizado. La mayoría de los niños, igual que los adultos, llevaban trajes largos de lana parda sin teñir.

—LOS CHICOS PROFETAS

Entre todos los presentes me llamaron mucho la atención dos chicos que no parecían ser de la familia ni tenían trato con nadie; era como si nadie los viera, pero eran cariñosos y muy graciosos con sus cabellos rubios y rizados y conmigo sí que hablaron.

Ya tenían libros, creo que para estudiar. La Niña María, aunque ya sabía leer, no tenía ningún libro. Estos libros no eran como los nuestros, sino tiras largas como de medio codo de ancho, enrolladas en una vara de la que sobresalían botones a ambos lados.

El mayor de los dos niños, que ya había abierto su libro, se me acercó, leyó una cosa del rollo y me la explicó. Eran letras extrañas, sueltas, doradas y escritas al revés, y cada letra parecía significar una palabra entera. La lengua me sonaba totalmente extraña, pero la entendía. Desgraciadamente ya he olvidado lo que me explicó, era algo de Moisés que quizás vuelva a recordar.

El más pequeño llevaba su rollo en las manos como un juguete, brincaba puerilmente, iba y venía y hacía ondear su rollo jugando al aire libre. No puedo expresar de ningún modo lo que yo quería a estos niños ¡eran distintos a todos los presentes! Pero éstos parecían no reparar en ellos en absoluto.

[Ana Catalina siguió hablando mucho rato de estos niños con infantil predilección, sin poder determinar exactamente quiénes eran realmente. Pero en la sobremesa, después que durmió unos minutos, dijo reflexivamente:]

Yo vi en estos chicos un significado espiritual, pues naturalmente entonces no estaban allí presentes; solo eran símbolos de profetas. El mayor llevaba un rollo con toda seriedad. Me mostró el capítulo 3 del segundo libro de Moisés, cuando vio al Señor en la zarza ardiente y se le dijo que se quitara el calzado. Me explicó que así como la zarza ardía

sin quemarse, así también ardía ahora el fuego del Espíritu Santo en la Niña María, y que ella llevaba en sí esta llama sagrada de modo totalmente infantil y sin darse cuenta. Esto también significaba que se acercaba el momento en que se reunirían la divinidad y la humanidad.

El fuego significaba a Dios, la zarza a los seres humanos. El chico también me explicó lo de quitarse el calzado, pero ya no me acuerdo exactamente de su explicación; creo que significaba que ahora se quitaría la cáscara y saldría la sustancia del cumplimiento de la Ley; y que aquí habría más que Moisés y los profetas.

El otro chico llevaba su rollo en un palo fino como una banderola y jugaba con el viento; ello significaba que María empezaba ahora alegremente su camino, su peregrinación, su carrera para ser madre del Salvador.

Este chico era muy infantil y jugaba con su rollo, y esto significaba la infantil inocencia de María en quien descansaba tan gran promesa y que sin embargo jugaba en su santa vocación como una niña. Los chicos me explicaron siete pasajes de los rollos pero con las molestias que vivo se me ha olvidado todo menos lo que ya he dicho.

—¡Oh, Dios mío! [exclamó la narradora] ¡Lo veo todo tan profundo y hermoso, tan sencillo y claro, y que no pueda contarlo ordenadamente y tenga que olvidar tantísimo por las cosas miserables y horribles de esta pobre vida!

[Es espantosa la fuerza del pecado original en el ser humano, si se considera todo lo que olvidaba esta alma agraciada que no amaba lo terrenal. Todos los años por esta época veía a María salir de viaje para el Templo, y en los actos siempre se entrelazaba de algún modo la aparición de los dos profetas en forma de chicos. Pero a ella se le aparecían como chicos y no con su edad real porque no estaban realmente presentes, sino que para ella solo eran unos significados. Si consideramos que los pintores también introducen tales personas en sus cuadros históricos, solo para que sirvan para iluminar una verdad, no con su figura real, sino que suelen representarla con niños, genios, o ángeles, vemos que esta forma de representar no es un hallazgo poético sino que subyace en la naturaleza de todas las apariciones, pues estas apariciones no las ha inventado la narradora, sino que se las han mostrado. Un año antes, a mediados del 20 de noviembre de 1820, al contar sus contemplaciones de la ofrenda de María, la narradora mencionó también la aparición de estos chicos profetas en los siguientes términos: El 16 de noviembre al anochecer, le acercaron a Ana Catalina, que estaba durmiendo, el cilicio de una persona deseosa de mortificarse pero totalmente carente de dirección espiritual, que se había fabricado para su uso con una pesada correa de cuero atiborrada de clavos, tan exagerada que apenas había conseguido llevarlo una hora.

Ya a una distancia de dos pies, Ana Catalina retiró sus manos de este cinturón con las siguientes palabras:]

—Esto es incomprensible, imposible. Otros también he llevado yo misma un cilicio de éstos por una indicación interior para mortificarme y dominarme, pero era de puntas muy juntas y muy cortas de alambre de latón. Este cinturón de aquí es casi mortal, esa persona se lo ha hecho con gran esfuerzo, pero solo podía llevarlo unos minutos. Sin el permiso de un director espiritual experto nunca debe hacer algo así; por supuesto que él no lo sabía, ya que en su situación no tiene director espiritual, pero tales excesos son más dañinos que útiles.

[La mañana siguiente, cuando contó lo que había contemplado por la noche en forma de viaje en sueños, y se acercaba al cuadro del viaje de María al Templo, Ana Catalina dijo después de otras cosas:]

Después fui a Jerusalén, ya no estoy segura en qué época, pero era un cuadro de los antiguos reyes judíos que se me ha olvidado. Después tuve que ir andando hacia Nazaret a casa de la madre Santa Ana y en las afueras de Jerusalén se vinieron conmigo dos chicos que llevaban el mismo camino; uno llevaba muy serio en la mano un rollo de Escrituras, pero el pequeño llevaba su rollo atado a un bastoncito y jugaba alegremente con él como con un gallardete al viento.

Me dijeron alegremente que se estaba cumpliendo el tiempo de sus profecías, pues estos chicos eran figuras de profetas. Yo tenía conmigo el cilicio desmesurado de aquella persona que me habían traído ayer. Lo enseñé, no sé por qué, a uno de estos chicos profetas, que era Elías, y me dijo:

—Esto es una banda de martirio que no está permitido llevar. En el Monte Carmelo yo también he preparado y llevado un cinturón, y se lo he dejado a todos los hijos de mi orden, los carmelitas. Ése es el que debe llevar esa persona, y le resultará mucho más útil.

Acto seguido me mostró un cinturón tan ancho como la mano donde estaban pintados toda clase de letras y líneas que significaban distintas luchas y vencimientos y señaló distintos puntos con las palabras:

—Esto lo puede llevar esa persona ocho días; y esto, uno.

¡Ay!, ¡quisiera que esa buena persona supiera esto!

Cuando nos acercamos a casa de la madre Ana y quise entrar, no lo conseguí, y mi guía, el ángel de mi guarda, me dijo:

—¡Antes tienes que dejar mucho, solo tienes que tener nueve años!

No sabía como hacerlo, pero él me ayudó ya no sé cómo; tenía que soltar tres años de mi vida, los tres años que estaba tan orgullosa de mis vestidos y siempre quería ser una tía muy fina [Brentano dulcifica la expresión pero añade entre paréntesis la expresión de Ana Catalina, *eine so zierliche Dirne*, que es más vigorosa.]

En consecuencia, de repente tuve nueve años y entonces pude entrar en la casa con los chicos profetas. La Niña María salió a mi encuentro, tenía tres años y se comparó conmigo; era tan alta como yo si se ponía encima de mis pies. ¡Era tan amistosa, tan cariñosa y sin embargo, tan seria!

Inmediatamente después de esto estuve con los chicos profetas en la casa. Nadie parecía reparar en nosotros y nosotros no molestábamos a nadie. Ellos, que ya hace muchos siglos eran ancianos, no se maravillaban nada de estar allí presentes como chicos jóvenes, y yo, que ya era una monja de cuarenta y tantos años, tampoco me maravillé de ser ahora una pobre aldeanita de nueve años. Cuando se está con gente santa, una solo se maravilla de la ceguera y el pecado de los hombres.

[A continuación, como todos los años por esta época, contó la preparación del viaje de María al Templo. Que tuviera que entrar en el cuadro con la sensación de ser una niña de nueve años pudo deberse a que ni ella ni los profetas estuvieron realmente presentes allí y por eso los cambiaron a la edad infantil; los chicos representaban el cumplimiento de las profecías, y Ana Catalina la contemplación de ese cumplimiento. Ella sintió sobre todo que tenía que perder los tres años en que fue algo vanidosa con su ropa. Esto parece deberse a que María estuvo vestida en esta ceremonia con varios trajes de fiesta, y Ana Catalina debía contemplarlo con parecida humildad y únicamente según su significado espiritual. Que la Niña María se comparase con ella pudo significar: «Solo puedes contemplar esta sagrada ceremonia con sencillez y dignidad en esta edad de inocencia infantil», o también: «Tengo tres años y tu nueve y sin embargo soy tan alta como tú, pues en mi interior estoy muy por encima de mis años».]

COMIENZO DEL VIAJE DE MARÍA AL TEMPLO

Al romper el día emprendieron viaje a Jerusalén; la niña María estaba tan deseosa de ir al Templo que se precipitó a salir de la casa para ir al burro. Los chicos profetas y yo estábamos en la puerta y la vimos; los chicos me mostraron más pasajes de sus rollos; uno decía que el Templo era magnífico pero aún más magnífico lo que encerraba.

En la comitiva había dos animales de carga. Un criado que precedía siempre a la comitiva llevaba del ronzal a uno los burros, que estaba muy cargado. El otro burro, que también estaba cargado, estaba delante de la casa y tenía preparado el asiento donde sentaron a María. Iba vestida con el primer trajecito amarillento y envuelta en un gran mantilla o pañolón ceñido al cuerpo de modo que pudiera descansar los brazos dentro. Joaquín guiaba al burro y llevaba un bastón largo como un báculo de peregrino que terminaba en un gran pomo redondo. Ana iba un poco por delante con la pequeña María Cleofás. Una criada las acompañó todo el viaje. Además, algunas mujeres y niños los acompañaron un trecho del camino.

Llevaban consigo un farol, pero su luz desapareció completamente para mí ante la luz que siempre veo en los cuadros de viaje que acompaña a la Sagrada Familia y a otros santos para iluminarles el camino, pero no sé si ellos también la veían. Al principio, para mí era como si yo caminara con los chicos profetas detrás de la Niña María. Luego, cuando María fue a pie, yo fui a su lado.

A los chicos los oí cantar varias veces el salmo 44: «*Eructavit cor meum verbum»* y el 49: *«Deus, deorum dominus, locutus est*», y me enteré por ellos que los dos coros cantarían para recibir a la niña en el Templo; los oiré cuando lleguen.

El camino empezaba bajando un cerro y luego volvía a subir. Cuando ya era de mañana y el día estuvo claro, la comitiva descansó en una fuente en la que nacía un arroyo y había un prado. Los viajeros descansaron junto a un seto de balsameros. Debajo de estos setos siempre había cuencos de piedra para recoger las gotas de bálsamo con que los viajeros se refrescaban y llenaban sus jarritas. En los setos había allí también otras bayas que los viajeros recogieron y comieron; también comieron panecillos. Aquí desaparecieron ya los chicos profetas. Uno de ellos era Elías, el otro a mí me parecía Moisés.

La Niña María los veía bien, pero no decía nada; los veía en la forma que de niña una ve aparecer junto a sí niños santos, o ya de mayor, jóvenes o vírgenes santas, y no se lo dice a los demás porque en tal estado una está muy tranquila y recogida.

Más tarde los vi entrar en una casa solitaria donde los acogieron bien y comieron. Me dio la impresión que aquí vivían parientes. Desde aquí enviaron a casa a la pequeña María Cleofás. A lo largo del día todavía di algunos vistazos al viaje, que era bastante pesado; tenían que pasar valles y montañas. En los valles con frecuencia había niebla fría y rocío, pero también vi sitios soleados que ahora estaban en floración.

Antes de llegar a su alojamiento nocturno atravesaron un riachuelo. La noche la pasaron en un albergue al pie de un monte sobre el que hay una ciudad; desgraciadamente ya no estoy segura del nombre, pero esta ciudad la veo muchas veces en relación con otros viajes de la Sagrada Familia y por eso me puedo equivocar fácilmente de nombre[2].

Yo solo puedo decir, pero no completamente segura, que viajaron en la dirección del camino que Jesús recorrió en septiembre de su trigésimo año de Nazaret a Betania para ir al bautismo de Juan y el mismo camino que siguió la Sagrada Familia en su huida de Nazaret a Egipto. En la huida, el primer albergue estuvo en Nazara, una aldea que está entre

la ciudad situada en lo alto y Masaloz, y ciertamente cercana a ambos. Veo constantemente tantos lugares a mi alrededor y oigo tantos nombres, que muy fácilmente los trastrocó.

Mientras se sube al monte hay varios barrios que pertenecen todos ellos a la ciudad de arriba. En la ciudad están escasos de agua y tienen que subirla con cuerdas. Por allí hay viejas torres en ruinas. En la cumbre del monte hay una torre como de vigía, con un armazón de vigas y cuerdas que sirve para subir cosas de la parte baja de la ciudad, con tantas cuerdas que casi parece la arboladura de un barco.

Desde el pie del monte hasta arriba hay más de una hora; la comitiva se metió en el albergue que está debajo. Desde este monte se puede ver hasta muy lejos. En una parte de la ciudad vivían paganos que los judíos tenían esclavizados y que estaban obligados a todo género de prestaciones como, por ejemplo, trabajar en el Templo y en otras construcciones.

[El 4 de noviembre de 1821 dijo:]

Al anochecer de hoy he visto que Joaquín y Ana, la Niña María, una criada y el criado que muchas veces va delante con el burro más cargado, llegaron a un albergue que está a doce horas de Jerusalén. Aquí encontraron a los rebaños que habían enviado por delante, los cuales reanudaron inmediatamente su marcha. A Joaquín lo tienen que conocer bien por aquí, pues estaba como en su casa. Sus ofrendas de ganado siempre las mete aquí. También estuvo aquí cuando volvió a Nazaret después de llevar vida escondida con sus pastores. La Niña María durmió aquí con su madre. Estos días he tenido tanto quehacer con las pobres ánimas que me parece que he olvidado algo del viaje al Templo.

ENTRADA EN BEZORÓN

[El 5 de noviembre de 1821, contó Ana Catalina:]

Hoy al anochecer vi que la Niña María y sus padres llegaron a una ciudad que está apenas a seis horas al noroeste de Jerusalén; se llama Bezorón y está al pie de un monte. Para llegar aquí han tenido que pasar un riachuelo que desemboca a poniente, en el mar, en la comarca de Jope donde Pedro enseñó después de recibir el Espíritu Santo.

Cerca de Bezorón se han librado grandes batallas; las he visto pero que se me han olvidado. (*Jos* 10, 11.1; *Mac* 7, 39-49). Desde aquí aún tenían dos horas hasta un lugar de la carretera desde donde ya puede verse Jerusalén. Oí también el nombre de esa carretera o ese lugar pero ya no puedo recordarlo con precisión[3].

Bezorón es un pueblo grande, una ciudad levítica. Crecen por allí hermosas y grandes viñas y muchas otras frutas. La Sagrada Familia entró en una casa bien arreglada que era de unos amigos. El marido era maestro de una escuela levítica y todavía había varios niños en la casa. Lo que más me maravilló fue ver aquí también algunas parientes de Ana con sus niñas, que yo creía que habían vuelto a casa [desde Nazaret], pero que nos han precedido por un atajo más corto, probablemente para anunciar que llegaba la Sagrada Familia. Estaban aquí con sus niñas las parientes de los alrededores y las de Nazaret, Séforis, Zabulón, que algunas estuvieron también en Nazaret en el examen; por ejemplo, estaba la hermana mayor de María con su hijita María Cleofás, y la hermana de Ana que vivía en Séforis con sus hijas.

FIESTA EN BEZORÓN. CARAVANA A JERUSALÉN

Aquí han tenido una verdadera fiesta; llevaron a la Niña María a un salón en compañía de las demás niñas, y la sentaron en un asiento elevado y revestido, preparado como si fuera un tronito. Entonces el profesor de la escuela y los demás presentes volvieron

a hacerla toda clase de preguntas y la pusieron su corona.

Todos se asombraron de la sabiduría de sus respuestas. También oí hablar de la sabiduría de otra doncella que poco tiempo antes había pasado por aquí en su viaje de vuelta a casa desde la escuela del Templo. Se llamaba Susana y más tarde siguió a Jesús con las santas mujeres[4].

María iba a ocupar el puesto de Susana, pues el número de niñas del Templo era fijo. Susana tenía 15 años cuando salió del Templo y era por consiguiente once años mayor que María. Ana, la madre de María, también se había educado en el Templo, pero solo desde los cinco años de edad.

La dulce Niña María estaba muy contenta por estar tan cerca del Templo y vi que Joaquín la apretaba contra su corazón entre lágrimas y decía:

—Mi niña. ¡Quizá no te vuelva a ver!

La comida estaba preparada y, mientras todos se tendían a la mesa, María iba alrededor de ellos dulce y alegremente, y a veces se apretaba junto a su madre o se ponía por detrás y la abrazaba el cuello con sus bracitos.

[El 6 de noviembre:]

La comitiva salió hoy muy temprano de Bezorón para Jerusalén; la acompañaban todos los presentes: parientes y niñas y la gente del albergue, con regalos de frutas y ropa para la niña; me pareció que en Jerusalén iban a tener una fiesta. Supe con seguridad que María tenía tres años y tres meses, pero ya estaba como aquí las niñas de cinco a seis años. La comitiva no pasó por Gofna ni por Ussen Sheera, donde los conocían bien, sino por sus comarcas. {Vi que el maestro de los levitas y su familia los acompañaron a Jerusalén. Cuanto más se acercaban a la ciudad tanto más se mostraba María contenta y ansiosa. Solía correr delante de sus padres.}

LLEGADA A JERUSALÉN. LA CIUDAD. EL TEMPLO

[Al anochecer del 6 de noviembre de 1821, Ana Catalina dijo:]

Hoy a mediodía he visto llegar a Jerusalén a la Niña María y su comitiva de acompañantes. Jerusalén es una ciudad extraña; no hay que imaginársela en absoluto con tanta gente por la calle como por ejemplo en París. Dentro de Jerusalén hay muchos barrancos muy pendientes que discurren por detrás de las murallas de la ciudad, y a los que no dan puertas ni ventanas. Las casas que están arriba, al otro lado de los barrancos, miran al lado opuesto, pero al construir nuevos barrios, siempre en lo alto de lomas, han ido quedando en medio las murallas de la ciudad. Muchas veces estos barrancos están atravesados por arriba por puentes de piedra altos y sólidos.

En la mayoría de las casas, la parte habitada mira al interior en torno a un patio; a la calle solamente dan los portales o acaso una terraza encima del muro. Fuera de esto, las casas están muy cerradas y los habitantes, cuando no tienen qué hacer en el mercado o no van al Templo, pasan la mayor parte del tiempo en el interior del patio y de la casa.

En conjunto, las calles de Jerusalén son bastante tranquilas, excepto en la zona de mercados y palacios por donde van y vienen soldados y viajeros y donde también hay más vida y más trasiego entre las viviendas y la calle. Roma misma es mucho más agradable, no es tan estrecha ni tan empinada y en las calles hay mucha más vida.

En las épocas en que todos se reúnen en el Templo, muchas partes de la ciudad están prácticamente muertas. Jesús y sus discípulos pudieron deambular tantas veces por la ciudad sin que los molestaran gracias a que los habitantes estaban recogidos en sus casas y

a tantos barrancos solitarios.

En la ciudad no sobra el agua. Muchas veces se ven construcciones de arcos para llevarla y torres para subirla o bombearla. En el Templo, donde usan mucha agua para lavar y purificar los vasos, son muy ahorrativos con ella. Suben el agua a lo alto con grandes instalaciones de bombeo.

En la ciudad hay muchos mercaderes que en su mayoría tienen los puestos reunidos en mercados rodeados de porches o en tenderetes ligeros en las plazas públicas. Así por ejemplo, no lejos de la Puerta del Cordero hay mucha gente que comercia con todo género de joyería, oro y piedras centelleantes. Tienen tiendas redondas y ligeras que son totalmente marrones como si estuvieran pintadas con pez o resina, ligeras pero totalmente sólidas. Dentro hacen sus negocios y tienden entre las tiendas unas lonas y debajo exponen sus mercancías.

El monte donde está el Templo por el lado donde la pendiente es más suave está rodeado por varias calles de viviendas que están detrás de gruesos muros y en terrazas unas encima de otras; en unas viven sacerdotes y en otras, los modestos servidores del Templo que hacen los servicios más bajos, como por ejemplo, limpiar las zanjas por las que salen todos los desechos del ganado sacrificado en el Templo. Esta zanja está muy negra por el lado donde el monte del Templo baja con mucha pendiente [Ana Catalina señaló al Norte].

Arriba, hay en torno al Templo una franja verde donde los sacerdotes tienen huertos y jardines de toda clase. En tiempos de Jesús, algunas partes del Templo todavía seguían en obras; no terminaban nunca. El monte del Templo contiene mucho mineral que sacaron durante la construcción para emplearlo arriba; debajo del Templo había muchas fundiciones y bóvedas.

En el Templo nunca encontré para mí un sitio adecuado para rezar. ¡Es todo tan extraordinariamente grueso, sólido y alto! Hay muchos patios, pero son estrechos y oscuros y están obstruidos por muchos andamios y bancadas. Cuando hay mucha gente dentro, con aquellos gruesos muros y columnas, el Templo se hace terrible e incluso angosto.

Aunque todo lo hacen con indecible orden y limpieza, esa continua matanza [de reses] y toda esa sangre me resultan opresivas. Creo que hace mucho tiempo que no veía tan claramente como hoy todos los edificios, caminos y atajos, pero son tantas cosas que no podré contarlo bien.

—LA CASA PATERNA DE ZACARÍAS DE HEBRÓN

Los viajeros y la niña se habían acercado a la ciudad por la parte Norte pero no entraron por allí sino por donde ya empiezan los jardines y palacios de la ciudad. Torcieron a Oriente y contornearon la ciudad siguiendo parte del Valle de Josafat dejando a su izquierda el Monte de los Olivos y el camino de Betania. Entraron en la ciudad por la Puerta del Cordero que lleva al Mercado de Ganado; junto a esta puerta hay un estanque donde se lavan por primera vez y le quitan lo más gordo a los ganados destinados al sacrificio. Sin embargo, éste no es el estanque de Betesda.

Después de un rato dentro de la ciudad, la comitiva volvió a torcer a la derecha y atravesó una muralla como para entrar en otro barrio. Iban por un barranco largo dentro de la ciudad, en uno de cuyos lados se alzaban los altos muros de un barrio más alto. Dentro de la ciudad siguieron más a Poniente, a la zona del Mercado de Pescado donde se encontraba la casa paterna de Zacarías de Hebrón. Zacarías siempre se alojaba en ella cuando tenía servicio en el Templo y ahora también estaba en la ciudad, pues justo acababa de terminar

su servicio y se había quedado unos días en Jerusalén solo para asistir a la entrada de María en el Templo, pero ahora no estaba allí cuando entró la comitiva. Aquí en la casa estaban otros parientes de las comarcas de Belén y Hebrón con sus niñas; por ejemplo, dos hijas de una hermana de Isabel que no estaba allí.

Todas estas parientes, con muchas niñas pequeñas que llevaban coronas y ramitas, salieron casi hasta un cuarto de hora de distancia al encuentro de la comitiva que venía por el barranco. La recibieron con jubilosa alegría y los llevaron a la casa familiar de Zacarías, donde hubo una auténtica fiesta. Les dieron un tentempié y luego prepararon todo para guiarlos a un albergue de fiestas que hay cerca del Templo. Ya antes habían trasladado la ofrenda de ganado de Joaquín desde la zona del Mercado de Ganado a las cercanías del albergue de fiestas. Zacarías vino también de su casa paterna a buscar allí a la comitiva.

Pusieron a la Niña María el segundo traje de gala y la capita azul celeste, y todos se pusieron en procesión. Zacarías iba delante con Joaquín y Ana, luego seguía María rodeada de cuatro niñas vestidas de blanco, y cerraban la comitiva los demás parientes y las niñas. Pasaron por varias calles junto al palacio de Herodes y la casa donde más tarde vivió Pilatos. Fueron hacia la esquina nororiental del Monte del Templo, y dejaron a su espalda la fortaleza Antonia, un edificio alto y grande situado junto al lado noroccidental del Templo. Tuvieron que subir muchas escaleras a una alta muralla; la Niña María subió sola con jubilosa agilidad; la querían llevar, pero ella no lo consintió, lo que asombró mucho a todos.

La casa a la que iban era un albergue para fiestas no lejos del Mercado de Ganado. En los alrededores del Templo había cuatro de estos albergues y Zacarías había alquilado éste para ellos. Era un gran edificio con cuatro corredores alrededor de un gran patio, y en los corredores había lugares para dormir así como mesitas bajas y largas. También había una sala espaciosa con un fogón para cocinar. Muy cerca estaba el patio donde estaba el rebaño que traía Joaquín para la ofrenda. A ambos lados de este edificio vivían servidores del Templo, y empleados del sacrificio de ganados.

Cuando entraron en el albergue les lavaron los pies en su calidad de recién llegados; hombres a los hombres y mujeres a las mujeres. Luego los llevaron a una sala en cuyo centro colgaba del techo una lámpara de varios brazos encima de un gran caldero de bronce con asas lleno de agua y se lavaron en él cara y manos. Descargaron la acémila que traía Joaquín, y un criado se la llevó al establo. Joaquín, que ya se había apuntado para la ofrenda, siguió a los servidores del Templo al patio contiguo, donde éstos examinaron su ofrenda de ganado.

Luego, Joaquín y Ana fueron con la Niña María a la vivienda de un sacerdote que estaba más arriba. También aquí echó a correr la niña como empujada por un espíritu, subiendo los escalones con maravillosa energía. Los dos sacerdotes que vivían en la casa, uno muy anciano y otro joven, les dieron una amistosa bienvenida; ambos habían asistido en Nazaret al examen y los estaban esperando. Tras conversar sobre el viaje y la inminente ofrenda, los sacerdotes mandaron llamar a una de las mujeres del Templo, una viuda de edad avanzada que se ocuparía de tutelar a la niña.

Esta viuda vivía cerca del templo con otras mujeres parecidas que hacían toda clase de labores femeninas y educaban a las niñas. Su vivienda estaba un poco más lejos del Templo que las edificaciones inmediatamente pegadas a él, donde estaban las celdas de oración de las mujeres y de las niñas consagradas al Templo, desde las cuales se podía mirar al Santo sin dejarse ver.

La matrona que llegó estaba tan completamente envuelta en su ropa que solo se la veía un poquito la cara. Los sacerdotes y los padres la presentaron su futura pupila, la Niña

María; la matrona estuvo solemne pero amistosa, y la niña, seria, humilde y respetuosa. Padres y sacerdotes instruyeron a la matrona sobre el carácter de la niña y hablaron varias cosas referentes a la entrega solemne. La matrona los acompañó de vuelta al albergue de fiestas, donde recibió un fardo con los enseres pertenecientes al ajuar de la niña, y se fue con ellos a prepararlo todo en la habitación de la niña. La gente que había acompañado a la comitiva desde casa de la familia de Zacarías, se volvió a ella y en el albergue que había alquilado Zacarías solo quedaron los parientes que habían venido con la Sagrada Familia. Entonces, las mujeres se arreglaron y luego lo prepararon todo para la comida de fiesta del día siguiente.

[Ana Catalina contó el 7 de noviembre:]

Me he pasado el día contemplando los preparativos de la ofrenda de Joaquín y del ingreso de María en el Templo.

Desde muy temprano, Joaquín y algunos hombres más llevaron el ganado hacia el Templo pero antes de llegar, algunos sacerdotes volvieron a examinarlo y rechazaron algunos animales, que inmediatamente llevaron al Mercado de Ganado de la ciudad.

El ganado que fue aceptado lo llevaron al Patio de los Sacrificios, donde ocurrieron muchas cosas que ya no sé repetir como es debido. Recuerdo que, antes que lo sacrificaran, Joaquín ponía la mano en la cabeza a cada animal ofrecido. Tenía que recoger la sangre y algunas partes de los animales en unos recipientes. Allí había mesas, columnas y cacharros donde todo lo troceaban, distribuían y ordenaban. Tiraban la espuma de la sangre, y también apartaban la grasa, el hígado y el bazo. También lo salaban todo. Los intestinos de los corderos los limpiaban, los rellenaban con algo y los volvían a poner en el cordero, que así parecía que estaba entero.

A los animales les ataban todas las patas en cruz. Mucha de la carne la llevaron a otro patio, a las doncellas del Templo, que algo hacían con ella; quizá tuvieran que preparar la comida para los sacerdotes o para sí mismas. Todo esto se hacía con un orden inconcebible; los sacerdotes y levitas iban y venían siempre de dos en dos y aunque el trabajo era abundante y muy difícil, todo iba como la seda. Las piezas saladas y preparadas para la ofrenda se dejaban hasta el día siguiente que es cuando realmente se ofrendarían.

Hoy hubo fiesta y comida en el albergue; contando los niños, había allí casi cien personas. Estaban presentes 24 niñas de distintas edades y entre ellas Serafia, a la que llamaron Verónica después de la muerte de Jesús, que era una niña ya bastante crecida y como de diez o doce años.

Las niñas preparaban guirnaldas y coronas para María y las que la acompañaban, y también adornaron siete cirios o antorchas parecidos a candelabros, pero sin pie y en forma de cetro, en los que arriba ardía una llama que ya no sé si era de aceite o de cera.

Durante la fiesta, varios sacerdotes y levitas entraron y salieron del albergue y también participaron en la comida; y como se asombraron de la cuantía de la ofrenda de Joaquín, éste les dijo que quería mostrarse agradecido ahora en la medida de sus fuerzas, en consideración a la vergüenza que había sufrido en el Templo cuando no aceptaron su ofrenda, y de la misericordia de Dios que había escuchado su súplica.

Hoy vi a la Niña María pasear por el paraje donde estaba la casa. He olvidado muchas otras cosas.

6
LA PRESENTACIÓN DE MARÍA EN EL TEMPLO

[El 8 de noviembre contó:]

Hoy Joaquín y los demás hombres han ido muy temprano al Templo. Después, su madre Santa Ana llevó también allí a la Niña María en festiva comitiva. Iban delante Ana, su hija mayor María Helí y la hijita de ésta, María Cleofás; las seguía la Niña María con traje y velo azul celestes, adornada con ajorcas de flores en los brazos y collares de flores en el cuello; llevaba en la mano un cirio o antorcha envuelto en flores. A cada lado iban tres niñas llevando antorchas adornadas de modo parecido, con vestidos blancos bordados en oro. También llevaban mantilla azul claro y estaban completamente envueltas en guirnaldas de flores, que también llevaban en el cuello y en los brazos. Luego seguían las demás doncellas y niñas, con vestidos distintos pero todas de fiesta y con mantilla. Cerraban la comitiva las demás mujeres.

Desde el albergue de fiestas no se podía ir derecho al Templo sino que tenían que dar un rodeo por varias calles; todo el mundo se alegraba de la hermosa comitiva y en varias casas la hicieron los honores. La Niña María tenía en su apariencia algo indeciblemente santo y conmovedor.

Al llegar la comitiva vi muchos servidores del Templo afanados en abrir con grandes esfuerzos una puerta monstruosamente grande, pesada y brillante como el oro, en la que estaban representados toda clase de cabezas, racimos y haces de espigas: Era la Puerta Dorada. Se subía a ella por quince escalones que ya no me acuerdo si tenían rellanos. Quisieron llevarla de la mano, pero María no aceptó y se apresuró a subir la escalera con alegre entusiasmo y sin dar traspiés, con lo que todos se emocionaron.

Zacarías, Joaquín y algunos sacerdotes la recibieron bajo el portón, que era un arco alargado [una bóveda], donde la llevaron a la derecha, a una sala alta o vestíbulo donde estaba preparada una comida. Aquí la comitiva se separó: algunas mujeres y niñas fueron al oratorio de las mujeres dentro del Templo, y Joaquín y Zacarías fueron a la ofrenda.

En este vestíbulo, los sacerdotes volvieron a hacer preguntas de examen a la Niña María. Cuando se despidieron impresionados por la sabiduría de la criatura, Ana la puso el tercer traje de fiesta color añil, el más solemne, así como la capa, el velo y la coronita que ya he descrito en la ceremonia en casa de Ana[1].

—EL ALTAR DE LAS OFRENDAS

Mientras tanto, Joaquín ya se había ido con los sacerdotes a la ofrenda. En determinado lugar le dieron fuego, y luego estuvo de pie entre dos sacerdotes cerca del altar. Ahora estoy demasiado enferma y molesta para contar ordenadamente todo el desarrollo de la ofrenda, pero lo que todavía recuerdo es lo siguiente:

Al altar solo podían acercarse por tres lados, y las piezas preparadas para el sacrificio no se ponían juntas todas juntas, sino en distintos sitios todo alrededor. Por los tres lados del altar se podían sacar planchas donde ponían las ofrendas y las empujaban hasta el centro, pues el altar era demasiado ancho para poder llegar con los brazos.

En las cuatro esquinas del altar había unas columnitas metálicas huecas sobre las que descansaban unas como campanas para humos, embudos anchos de cobre delgado que

terminaban por arriba en forma de cuernos retorcidos hacia afuera, de modo que el humo pasaba por ellos y desde allí se expandía por encima de las cabezas de los sacerdotes que hacían la ofrenda.

Cuando la ofrenda de Joaquín ya estaba ardiendo, Ana, la Niña María engalanada y las niñas que la acompañaban fueron al Patio de las Mujeres, que es el Sitio de la Mujer en el Templo. Este lugar está separado del patio del Altar de Ofrendas por un muro que terminaba por arriba en una reja; sin embargo, en medio de esta pared hay una puerta.

El suelo del Sitio de la Mujer en el Templo está inclinado y se va elevando bastante a medida que se aleja de la pared de separación, de modo que, si no todas, por lo menos las que están atrás de pie pueden ver algo del Altar de las Ofrendas. Cuando la puerta del muro de separación estaba abierta, algunas de las mujeres podían ver el altar a través de ella. María y las otras niñas estaban delante de Ana, y las demás mujeres no lejos de esta puerta. En un sitio aparte, una formación de niños del Templo vestidos de blanco tocaban flautas y arpas.

—LA DEDICACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Después de la ofrenda, en la puerta que permitía mirar desde el Patio de las Mujeres al Patio de las Ofrendas instalaron un altar portátil, una mesa de ofrendas revestida, así como algunos escalones para subir a él[2].

Del Patio de Ofrendas vinieron Zacarías y Joaquín con un sacerdote a este altar, delante del cual estaban otro sacerdote y dos levitas con rollos y recado de escribir. Ana les llevó la Niña María. Algo más atrás estaban las niñas que habían acompañado a María. María se arrodilló en los escalones y Joaquín y Ana la pusieron las manos sobre la cabeza.

El sacerdote la cortó unos cabellos y los quemó en el fuego. Los padres dijeron también unas palabras para ofrecer a su hija y ambos levitas las copiaron. Mientras tanto, las niñas cantaban el salmo 44: « *Eructavit cor meum verbum bonum»* y el 49: *«Deus, deorum Dominus, locutus est»*, que los chicos acompañaban con su música.

Entonces vi que dos sacerdotes llevaron a María de la mano a un lugar elevado en la pared de separación que separaba el Atrio del Santo de los demás espacios. Pusieron a la niña en una especie de nicho en mitad de la pared de modo que pudiera mirar hacia abajo dentro del Templo, donde estaban muchos hombres de pie en formación, que también me parecieron prometidos al Templo.

Dos sacerdotes estaban de pie a ambos lados de María, y más abajo, en los escalones, otros que rezaban en voz alta y leían de los rollos.

El lado de allá de la pared de separación estaba tan alto, que solo se podía ver a medias un sacerdote anciano junto al Altar de los Perfumes. Vi que llevaron una ofrenda de incienso y que la nube de humo se extendió en torno a la Niña María.

Mientras hacían todo esto, apareció una imagen simbólica de la Santísima Virgen que terminó por llenar y oscurecer el Templo:

Debajo del corazón de María vi una gloria que supe que abarcaba la Promesa y la Bendición altísima de Dios. A esta gloria la vi como rodeada del arca de Noé, y que sobresalía de ella la cabeza de la Santísima Virgen. A continuación vi que, dentro de la gloria, la figura pasó del arca de Noé al Arca de la Alianza, y que enseguida rodeó a ésta la aparición del Templo.

Entonces vi desaparecer de aquella gloria todas estas formas, y que de ésta salió a ponerse ante el pecho de María como el cáliz de la Última Cena, sobre el que apareció

delante de su boca un pan marcado con una cruz. A ambos lados salían numerosos rayos en cuyo extremo aparecían imágenes de muchos misterios y símbolos de la Santísima Virgen, como por ejemplo, todas las invocaciones de la Letanía Lauretana. Dos ramas distintas se apoyaban en sus hombros derecho e izquierdo y se cruzaban; eran ramas de olivo y ciprés (o de cedro y ciprés) sobre una palmera fina a la que justo detrás le salía un pequeño arbusto con hojas.

En los intervalos entre estas ramas vi toda la Pasión de Jesús. Sobre esta escena flotaba el Espíritu Santo en figura alada, más como ser humano que como paloma, y sobre él el cielo abierto. El centro de la ciudad de Dios, la Jerusalén Celestial, se cernía sobre ella con todos los palacios y jardines y espacios de los santos futuros, todo lleno de ángeles, lo mismo toda aquella gloria que ahora rodeaba a la Santísima Virgen estaba llena de caras de ángeles[3].

¿Quién podría expresarlo? Todo era inmensamente multiforme y las cosas crecían y se transformaban unas en otras, así que se me ha olvidado muchísimo. Allí estaba expresada toda la significación e importancia de la Santísima Virgen en la Vieja y la Nueva Alianza y hasta toda la Eternidad. Solo puedo comparar esta aparición con una que tuve hace poco a escala reducida sobre la magnificencia del Santo Rosario, del que mucha gente que parece inteligente habla mucho, pero lo entiende menos que la gente pobre y modesta que lo reza con sencillez y lo adorna con su devoción humilde y con el esplendor de la obediencia con que confía en la Iglesia que lo recomienda.

Cuando veía en este cuadro, detrás de la Santísima Virgen, turbia y ennegrecida toda la pompa y ornamentación del Templo y sus paredes hermosamente adornadas; el Templo mismo parecía no estar allí y María y su gloria lo llenaban todo.

Mientras estas apariciones desarrollaban ante mis ojos todo el significado de la Santísima Virgen, ya no la vi como Niña María, sino como la Santísima Virgen, grande y flotante. Sin embargo a través del cuadro veía los sacerdotes, la ofrenda de perfumes y todo lo que pasaba, y era como si el sacerdote que estaba tras ella profetizara y anunciara al pueblo que debía rezar y dar gracias a Dios, y que esta niña se convertiría en algo grande. Aunque todos los que estaban presentes en el Templo no veían el cuadro que yo vi, estaban solemne y silenciosamente conmovidos.

Poco a poco desapareció el cuadro de la misma manera que lo había visto surgir y al final solamente veía la gloria bajo el corazón de María donde relucía la Bendición de la Promesa, cuando de repente desapareció también esta aparición, y yo volví a ver a la santa niña engalanada y ofrecida, sola en el Templo entre los sacerdotes.

Los sacerdotes le quitaron a María el cirio de la mano y las guirnaldas de los brazos, y se las dieron a sus acompañantes, quienes entonces la pusieron una toca color marrón en la cabeza y la guiaron por unos escalones a una puerta que daba a otra sala donde estaban seis chicas del Templo, ya mayores, que salieron a su encuentro esparciendo flores. Detrás de ellas estaban sus profesoras Noemí, hermana de la madre de Lázaro; la profetisa Hanna y una tercera mujer. Los sacerdotes las hicieron entrega de la Niña María y se volvieron.

Sus padres y los parientes próximos fueron también hacia allí. Los cánticos habían terminado, y María se despidió de los suyos. Joaquín sobre todo, que estaba hondamente conmovido, levantó a María, la apretó contra su corazón y la dijo entre lágrimas:

—¡Delante de Dios, piensa en mi alma!

Tras esto, María, sus profesoras y algunas de las niñas fueron al alojamiento de las mujeres en el lado septentrional del Templo propiamente dicho. Tenían sus moradas en cuartos practicados en el interior de los gruesos muros del Templo, y podían subir por

pasadizos y escaleras de caracol a los pequeños oratorios situados junto al Santo y el Santísimo.

Los padres y parientes de María volvieron otra vez a la sala de la Puerta Dorada donde habían aguardado al principio y donde ahora comieron con los sacerdotes. Las mujeres comieron en una sala aparte.

He olvidado muchísimo de todo lo que he visto y oído y, entre otras cosas, la causa próxima de por qué la fiesta había sido tan rica y solemne, que no sé si fue a consecuencia de una revelación de la voluntad de Dios. Los padres de María eran realmente pudientes, y solo vivían pobremente para hacer limosnas y para mortificarse. No sé cuánto tiempo estuvo Ana tomando solo comidas frías. Pero a sus criados los mantenían bien y los dotaban ricamente.

He visto todavía mucha gente rezando en el Templo; muchos habían seguido la comitiva hasta el portal del Templo. Algunos tuvieron que tener algún presentimiento del destino de la Santísima Virgen pues me acuerdo de algunas cosas que Ana dijo a algunas mujeres con alegre entusiasmo, y que aproximadamente venían a decir:

—Ahora entra en el Templo el Arca de la Alianza, el Vaso de la Promesa.

Los padres y los demás parientes de María se volvieron hoy a Bezorón.

Entonces vi la fiesta de las jóvenes del Templo. María tenía que preguntar una tras otra a las niñas y las profesoras si la soportarían entre ellas, pues ésta era la costumbre. Luego tuvieron una comida y después bailaron entre sí; se ponían frente a frente por parejas y bailaban entrecruzándose y haciendo toda clase de figuras. No brincaban, era como un minué. De vez en cuando hacían con el cuerpo un movimiento ondulante y balanceante, del tipo de los movimientos de los judíos en oración. Algunas de las niñas además hacían música con flautas, triángulos y campanillas.

Había un instrumento que sonaba especialmente agradable y extraño: era un cajoncito inclinado por ambos costados en los que había cuerdas tensas donde se rasgueaba y en el medio del cajoncito había unos fuelles que, al apretarlos arriba y abajo, hacían sonar unos silbatos rectos o rizados entre los sones del arpa. Las que tocaban este instrumento lo tenían en las rodillas.

Por la tarde, la profesora Noemí llevó a la Santísima Virgen a su celda, desde la que podía ver el Templo. No era completamente rectangular, y las paredes estaban adornadas con figuras triangulares de distintos colores. En el cuarto había una mesita y un taburete, y en las esquinas, estantes con departamentos para poner cosas encima. Delante de este camarín había un lecho y un armario ropero, así como la alcoba de Noemí. María habló con ésta de levantarse más veces por la noche, pero Noemí no se lo permitió por ahora.

Las mujeres del Templo llevaban trajes largos, amplios y blancos con cinturón y mangas muy amplias que se recogían para trabajar. Iban veladas.

No recuerdo haber visto nunca que Herodes reconstruyera completamente el Templo; durante su gobierno solo vi cambios de toda clase. Ahora, cuando llegó María al Templo, once años antes del nacimiento de Cristo, ya no se construía nada en el Templo propiamente dicho, pero sí, como siempre, en el entorno exterior; no terminaban nunca.

[El 21 de noviembre, Ana Catalina dijo:]

Hoy he echado un vistazo a la habitación de María en el Templo. En el lado Norte del muro del Templo, hacia donde está El Santo, se encuentran arriba varias camaretas que dependen de las habitaciones de las mujeres; la habitación de María era una de las más cercanas al Santísimo. Levantando una cortina se pasaba del pasillo a una especie de antesala separada del cuarto propiamente dicho por un tabique semicircular o en ángulo. En

los rincones a derecha e izquierda había estantes para guardar los trajes y enseres.

Frente a la puerta del tabique, unos escalones subían a una abertura desde la que se veía el Templo allí abajo; la puerta estaba cubierta con gasa y un tapiz. A la izquierda, apoyada en la pared de la cámara, estaba arrollada una alfombra que cuando se extendía formaba el lecho donde descansaba María para dormir.

En un nicho de la pared estaba puesta una lámpara de brazos. Hoy he visto a la niña de pie en un taburete junto a la lámpara y rezando oraciones de un rollo de pergamino con los pomos rojos. Verla era muy conmovedor. La niña llevaba un vestidito a rayas blancas y azules bordado con flores amarillas. En el cuarto había una mesita baja y redonda. Hanna entró y puso en la mesa una bandeja con frutas del tamaño de alubias y una jarrita. María era muy aplicada para su edad y enseguida la vi trabajar en pañitos blancos para el servicio del Templo.

[Estas contemplaciones Ana Catalina las comunicaba habitualmente en la Fiesta de la Presentación de María, pero otras veces contó además lo siguiente de los once años que estuvo María en el Templo:]

ACERCA DE LA VIDA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN EL TEMPLO

La Santísima Virgen crecía en el Templo en doctrina, oración y trabajos; unas veces la veía con las demás niñas en el alojamiento de las mujeres y otras sola en su cuartito. {Las paredes de su celda estaban revestidas de piedrecitas triangulares de colores. Muchas veces oía yo que la niña decía a Hanna:

—¡Ah! Pronto nacerá el Niño de la Promesa, ¡Si yo pudiera ver al Niño Redentor! —y Hanna la respondía:

—Yo ya soy anciana y he tenido que esperar mucho a ese niño, pero tú en cambio ¡eres tan pequeña!

María lloraba a menudo por ansias de ver al Niño Redentor.}

En el servicio del Templo tejía, cosía y bordaba estrechas tiras de tela en varas largas y también lavaba paños y limpiaba los cacharros. Muchas veces la vi rezar y meditar. Nunca vi que se mortificara o castigara corporalmente, pues no lo necesitaba. Como todos los seres humanos más santos, solo comía para vivir, y solo de los alimentos a los que se había comprometido.

Además de las oraciones prescritas en el Templo, la devoción de María era un anhelo incesante, una oración interior constante de que llegara la Salvación. Todo lo hacía silenciosa y discretamente y cuando todos dormían, se levantaba del lecho a implorar a Dios.

A menudo la vi deshecha en lágrimas y rodeada de resplandor durante su oración. Cuando fue algo mayor, su traje era de color azulado brillante. Se bajaba el velo para rezar, y también se lo bajaba si hablaba con sacerdotes o para bajar a un cuarto del Templo a que la dieran trabajo o a llevarlo hecho. En el Templo había tres espacios para ello que a mí siempre me parecían sacristías, en los que se guardaban los utensilios de toda clase que las servidoras del Templo tenían que aumentar, fabricar y mantener.

La Santísima Virgen vivía en el Templo continuamente arrobada en oración. Me parecía que su alma no estaba en la Tierra y que muchas veces era partícipe de consuelos celestiales. Tenía un ansia infinita de que se cumpliera la Promesa y, en su humildad, apenas osaba desear ser la más pequeña de las sirvientas de la Madre del Salvador.

La tutora y profesora de María en el Templo se llamaba Noemí, hermana de la

madre de Lázaro. Tenía cincuenta años y al igual que las demás servidoras del Templo pertenecía a los esenios. María aprendió con ella a hacer punto y la echaba una mano cuando fregaba los cacharros y los vasos de los sacrificios sangrientos, o cuando preparaba y distribuía determinadas partes de la carne de las ofrendas para la comida de los sacerdotes y de las servidoras del Templo, que en parte se nutrían con ella. Más adelante, María tomó parte más activa en estas ocupaciones. Cuando Zacarías tenía servicio en el Templo la iba a visitar. María también conocía a Simeón.

La importancia de María no puede haber pasado inadvertida a los sacerdotes del Templo, pues desde que estuvo de niña en el Templo, todo su carácter, su gracia y su sabiduría eran tan maravillosos que ni su gran humildad pudo ocultarlo.

{Se puede ver cuán ciegos y duros de corazón fueron los fariseos y los sacerdotes del Templo en el poco interés que manifestaron con aquellas personas santas que trataban y a las que desconocieron. Primero desecharon el sacrificio de Joaquín y solo después de unos meses lo aceptaron por orden de Dios. Joaquín llega a las cercanías de El Santo conducido por el pasadizo debajo del Templo por los mismos sacerdotes. Ambos esposos se encuentran, María es concebida y oros sacerdotes los esperan a la salida; todo ello por orden e inspiración de Dios. María llega al Templo con algo menos de cuatro años; en toda su presentación hubo signos insólitos y extraordinarios. La hermana de la madre de Lázaro viene a ser la maestra de María, que apareció en el Templo con tales señales […] Más tarde suceden otros prodigios como el florecimiento de la vara en el casamiento de José; luego la extraña historia de los pastores por el anuncio de los ángeles y de la venida de los Reyes Magos. Después, la presentación de Jesús en el Templo, el testimonio de Simeón y de Hanna y el hecho admirable de Jesús entre los doctores del Templo a los doce años. Los fariseos las despreciaron y desatendieron todo este conjunto de cosas extraordinarias; tenían la cabeza llena de otras ideas y de asuntos profanos y de gobierno. La Sagrada Familia fue relegada al olvido porque vivía en pobreza voluntaria como el común del pueblo. Los pocos que tuvieron luz como Simeón, Hanna y otros, tuvieron que callar y ser reservados delante de ellos.}

Ancianos sacerdotes santos escribieron grandes rollos en relación con ella, y se me ha mostrado que estos escritos están todavía entre otros escritos antiguos, ya no sé de qué época. {Cuando voy por las calles de la actual Jerusalén para hacer el vía crucis, muchas veces veo debajo de un edificio en ruinas una gran arcada que en parte está derruida y en parte llena de agua que ha entrado allí. El agua llega actualmente al tablero de la mesa, en cuyo centro se levanta una columna en torno a la cual cuelgan cajas llenas de rollos escritos. Debajo de la mesa también hay en el agua más rollos escritos. Estos subterráneos deben ser sepulcros; se extienden hasta el Monte Calvario. Creo que esta es la casa que habitó Pilatos. A su tiempo se descubrirá este tesoro de manuscritos.}

7
SAN JOSÉ

DE LA JUVENTUD DE SAN JOSÉ[1]

[Comunicado los días 18 de marzo de 1820 y 1821:]

De lo mucho que he visto sobre la juventud de San José, me acuerdo todavía de lo siguiente:

José, cuyo padre se llamaba Jacob, era el tercero de seis hermanos. Sus padres vivían en un gran edificio a las afueras de Belén, la antigua casa solariega de David, a cuyo padre Isaí o Jesé perteneció. Sin embargo en tiempos de José ya no quedaba mucho del viejo edificio, excepto los muros principales. Estaba en un sitio aireado y con mucha agua. Lo conozco casi con más detalle que nuestra aldeílla de Flamske.

Delante de la casa había, como en las casas de la antigua Roma, un patio delantero rodeado de columnatas como una especie de emparrado; en estas columnatas vi figuras como cabezas de ancianos. A un lado de este patio, una construcción de piedra daba cubierta a una fuente alimentada por un pozo; el agua salía por cabezas de animales.

En la planta baja de la casa propiamente dicha no he visto ventanas, sino aberturas redondas que estaban muy altas. En la casa vi una puerta. Por arriba, todo alrededor de la casa corría una galería ancha que tenía en sus cuatro esquinas unas torrecillas parecidas a columnas gruesas y cortas, terminadas en grandes bolas o cúpulas, en las que estaban puestas banderolas. Desde las aberturas de estas cúpulas, a las que se subía por unas escaleras a través de las torrecillas, se podían observar sin ser visto todo el contorno hasta muy lejos. En el palacio de David en Jerusalén había torrecillas de éstas, y desde la cúpula de una de ellas estuvo David mirando el baño de Betsabé.

La galería de encima de la casa corría alrededor de un piso poco elevado sobre cuya azotea todavía había un anejo con una torrecilla de éstas; aquí arriba vivían José y sus hermanos, y en el anejo más alto su profesor, que era un anciano judío. Dormían todos en torno a la misma pieza en el centro del piso en torno al cual corría la galería. Durante el día sus lechos, que consistían en alfombras, estaban apoyados en la pared; los dormitorios estaban separados por esteras que también se podían quitar. Los he visto jugar allí arriba; tenían juguetes con forma de animal, como perros chatos[2].

El profesor les daba extrañas lecciones que yo no entendía bien. Ponía en el suelo diversas figuras con varillas, y hacía que los niños se metieran dentro; luego los niños entraban en otras, separaban las varillas, ponían más y las repartían, con lo que tenían que hacer diversas medidas. También vi a los padres, que no se preocupaban mucho de los niños y tenían poco contacto con ellos. No me parecieron ni buenos ni malos.

José, al que en estas contemplaciones vi con ocho años, era de carácter muy distinto a sus hermanos. Tenía mucho talento y aprendía muy bien, pero era sencillo, tranquilo, piadoso y sin ambiciones. Sus hermanos le jugaban toda clase de trastadas y le empujaban de un lado para otro. Los chicos tenían huertecillos separados que, a la entrada, tenían postes con unas figuras algo tapadas [¿quizás en nichos?] que se parecían a los muñecos fajados que he visto muchas veces en la cortina que indicaba el oratorio de la Santísima Virgen y el de su madre Ana, solo que en casa de María la figura tenía en brazos algo que

recordaba un cáliz del que salía algo serpenteante. Las figuras de la casa de aquí eran como muñecos de trapo fajados con caras redondas y radiantes. He notado que en Jerusalén había muchas figuras de éstas, sobre todo en épocas aún más antiguas, y que también las había en la decoración del Templo.

También las he visto en Egipto, pero allí tenían gorritos en la cabeza. Entre las figuras que Raquel sustrajo a su padre Labán también había algunas, aunque más pequeñas, y otras de otra forma. En las casas judías también he visto figuras de éstas acostadas en cajones o cestas. Pienso que tal vez significaran el niño Moisés flotando en el Nilo, y la envoltura, la firme atadura de la Ley. A veces pienso que tendrían estas figuritas como nosotros al Niño Jesús del belén.

En los huertos de los chicos vi hierbas, arbustos y arbolitos. Los hermanos entraban muchas veces a hurtadillas en el huertecillo de José y le arrancaban y pisoteaban las cosas; le daban muchos disgustos. Muchas veces estaba José rezando de rodillas con los brazos en cruz, vuelto hacia la pared en la columnata del patio delantero, y sus hermanos se acercaban sin hacer ruido y le empujaban por la espalda.

Una vez que estaba rezando así, uno de ellos le dio una patada en la espalda y como José casi pareció no darse cuenta, repitió el maltrato con tanta violencia que el pobre José cayó de bruces contra el duro suelo de piedra; por eso me di cuenta que no estaba en estado de vigilia, sino arrobado en oración. Cuando volvió en sí no se enfadó ni se vengó, sino que buscó un rincón escondido para seguir rezando.

Vi unas moradas pequeñas adosadas por fuera a los muros de la casa, en las que vivían unas mujeres de edad mediana que iban completamente veladas, tal como suelo ver en aquel país a las mujeres que viven junto a una escuela. Parecían de la servidumbre de la casa, pues las veía entrar y salir en toda clase de faenas. Traían agua, lavaban y barrían, cerraban las aberturas de las ventanas con las rejas idóneas, arrollaban y reunían los lechos junto a la pared y los tapaban por delante con biombos de zarzo.

Los hermanos de José a veces hablaban con las criadas o las ayudaban en sus labores, pero también bromeaban con ellas; José no, pues se mantenía serio y solitario. Me pareció que también había hijas en la casa. Las habitaciones de la planta baja estaban dispuestas a grandes rasgos como en la casa de Ana, aunque todo era más espacioso.

José no tenía muy contentos a sus padres, que querían que consiguiese con su talento algún empleo mundano, a lo que José no tenía inclinación alguna. Para sus padres, José era demasiado simple y sencillo ya que sus únicos afanes eran rezar y hacer tranquilamente trabajos manuales.

Muchas veces vi que cuando José tenía unos doce años, se sustraía a las bromas pesadas de sus hermanos yéndose a la otra parte de Belén, no lejos de la que después fue Cueva del Pesebre. Allí vivían mujeres piadosas de una comunidad de esenias en una serie de celdas rocosas en un cortado del cerro sobre el que está Belén, donde cultivaban huertecillos y educaban los niños de otros esenios.

Muchas veces vi que cuando las esenias estaban en sus celdas rezando de un rollo junto a la lámpara, llegaba el pequeño José huyendo de las travesuras de sus hermanos y rezaba con ellas.

También le vi en la cueva donde más adelante nació Jesús, donde rezaba completamente solo o hacía trabajitos de madera de toda clase, pues un viejo carpintero tenía su taller cerca de las esenias y José pasaba mucho tiempo con él, le echaba una mano en sus trabajos e iba aprendiendo poco a poco el oficio, para lo que le aprovechó mucho lo que había aprendido en casa con su profesor.

Al final, la hostilidad de sus hermanos le hizo completamente imposible vivir en la casa paterna. Un amigo suyo de Belén, cuya casa estaba separada de la del padre de José por un arroyuelo, le dio vestidos y José se disfrazó y una noche se fue de su casa a ganarse la vida en otra parte con su oficio de carpintero. Tendría entonces 18 ó 20 años, y el primer sitio donde lo vi trabajar de carpintero fue en Libonah, donde de verdad aprendió su oficio por primera vez[3].

Su maestro vivía en una vieja muralla que iba a lo largo de una loma estrecha como si fuera un camino de la ciudad a un castillo en ruinas. En esta muralla vivía gente pobre y en ella vi a José entre altos muros con aberturas arriba, que hacía con varas largas bastidores para tejer zarzos. Su maestro era pobre y hacía sobre todo rudos tabiques de zarzos y parecidos trabajos sencillos.

José era muy piadoso, bueno y sencillo y todos le querían. Le vi hacer con toda humildad toda clase de servicios a su maestro: recogía virutas, iba por madera y se la traía a la espalda. Andando el tiempo, una vez que José pasó de viaje por aquí con la Santísima Virgen me parece que la llevó a visitar su antiguo lugar de trabajo.

Al principio sus padres creían que lo habían secuestrado unos ladrones, pero después sus hermanos lo encontraron aquí y le hicieron muchos reproches, pues se avergonzaban de su modo de vida tan modesto. Pero en su humildad, José no lo dejó por eso, y se limitó a marcharse de aquel lugar para ir a trabajar a Thaanath [Thaanach] cerca de Megido, junto a un río [el Kisón] que desemboca en el mar. El lugar no está lejos de Afeké, la ciudad natal del apóstol Tomás. José vivió aquí con un maestro bien situado; carpinteaban y hacían mejores trabajos[4].

Más tarde le vi trabajar para un maestro de Tiberíades. José vivía solo en una casa junto al mar [de Galilea] y ya tendría por entonces unos 33 años. Sus padres habían muerto en Belén mucho tiempo antes; dos hermanos suyos vivían en Belén; el resto se había desperdigado. Su casa paterna estaba en otras manos y toda la familia había venido muy deprisa a menos.

José era muy piadoso y rezaba fervorosamente por la llegada del Mesías. Justo estaba ocupado en instalar en su casa un cuarto para rezar aún más aislado, cuando se le apareció un ángel que le dijo que no lo hiciera, pues lo mismo que por voluntad de Dios el patriarca José se había convertido en su época en el administrador del trigo de Egipto, ahora también se le confiaría a él, José, el granero de la Salvación.

Pero en su humildad José no lo entendió y se dedicó a rezar sin descanso hasta que recibió aviso de ir al Templo de Jerusalén, donde por decisión divina se convirtió en esposo de la Santísima Virgen.

Antes nunca lo he visto casado; era muy retraído y evitaba al sexo femenino.

DE UN HERMANO MAYOR DE JOSÉ

[Más adelante encontraremos en las contemplaciones de Ana Catalina numerosas noticias acerca de la historia de la familia de José, y en concreto, algunas relativas a sus hermanos, pero como están demasiado diseminadas y entretejidas en este gran acervo de comunicaciones, el Escritor no puede recogerlas todas aquí con precisión sin dificultad. Pero como la oportunidad se ha presentado inopinadamente, se menciona aquí a uno de los hermanos mayores de José, que vivía en Galilea.

El Escritor rebuscaba en sus *Diarios* el ya mencionado parentesco de Joaquín y José y recogido el 24 de agosto de 1821, mientras Ana Catalina contaba con todo detalle una

contemplación que acababa de tener sobre la vida de este apóstol, estimulada en muy alto grado por una reliquia de este santo. En esta contemplación se le dijo que el padre de Bartolomé de Guesur había usado durante mucho tiempo los baños de Betulia, y que después se afincó enteramente en la región, sobre todo por su amistad con un hermano mayor de San José.]

[Ana Catalina contó:]

El piadoso padre de Bartolomé se mudó a las cercanías de Dabesez, en el valle donde vivía Sadoc, un piadoso hermano mayor de José al que había tomado mucho afecto durante su estancia en los baños. Sadoc tenía dos hijos y dos hijas que tenían trato con la Sagrada Familia. Cuando Jesús se quedó en el Templo a los doce años y sus padres le creían perdido, lo buscaron también en esta familia. En la juventud de Jesús vi hijos de esta familia entre sus compañeros.

JUAN, PROMETIDO A ZACARÍAS

Zacarías dijo a Isabel que estaba muy apesadumbrado porque se acercaba la época en que tenía servicio en el Templo de Jerusalén, adonde siempre iba atribulado porque le miraban con desprecio a causa de su infecundidad.

Zacarías estaba de servicio en el Templo dos veces al año. No vivían en Hebrón mismo, sino en Juta, como a una hora de allí. Entre Juta y Hebrón hay varias murallas, tal vez como si en otro tiempo hubieran estado unidos ambos lugares. En otras partes de Hebrón también había grupos de casas y edificios diseminados también en ruinas, restos de la gran extensión que tuvo Hebrón, que en otros tiempos fue tan grande como Jerusalén.

En Hebrón vivían sacerdotes modestos y en Juta, los principales, de los que Zacarías era como el presidente. Isabel y él eran muy respetados a causa de sus virtudes y su limpia estirpe de Aarón.

A continuación, vi a Zacarías con varios sacerdotes de la comarca en una finquita que tenía cerca de Juta; era un jardín con toda clase de pérgolas y una casilla.

Zacarías rezaba con los allí reunidos y los enseñaba, era una especie de preparación para el inminente servicio en el Templo. También le oí hablar de su pesadumbre y que presentía que algo le iba a pasar.

Luego vi que fue con toda esta gente a Jerusalén, donde tuvieron que esperar cuatro días hasta su turno de ofrendas; hasta ese momento solo rezaba en la parte delantera del Templo.

Cuando le llegó el turno de encender el incienso le vi entrar en El Santo donde estaba el Dorado Altar de los Perfumes delante de la entrada del Santísimo. El techo estaba abierto encima del altar y se veía el cielo al aire libre. Desde fuera no se veía oficiar al sacerdote pero se podía ver subir el humo. Cuando entró Zacarías, el otro sacerdote habló un poco con él y luego se marchó[5].

Cuando Zacarías se quedó solo, le vi ir detrás de una cortina a un lugar oscuro donde buscó algo que llevó al altar, lo encendió y salió humo. Entonces vi que sobre él bajaba una gloria a la derecha del altar y una figura luminosa dentro de ella que se le acercó. Zacarías se asustó e inmediatamente cayó de rodillas rígido y arrobado, vuelto hacia el lado derecho del altar. El ángel lo puso otra vez de pie y le habló mucho rato. Zacarías también le contestó.

Encima de Zacarías vi el cielo abierto y dos ángeles que subían y bajaban de él como por una escalera. A Zacarías se le había soltado el ceñidor y tenía abierto el traje:

Uno de los ángeles le quitó algo y el otro le metió un cuerpecito luminoso en el costado; fue como cuando Joaquín recibió del ángel la Bendición para la Concepción de la Santísima Virgen.

Una vez encendido el incienso, los sacerdotes solían salir enseguida del Santo, pero como Zacarías tardaba tanto tiempo en volver, el pueblo que estaba rezando fuera se inquietó mucho. Zacarías se había quedado mudo y antes de salir le vi escribir en una pizarrita. Al salir del Templo no podía hablar e hizo señas con la mano, señalando su boca y la pizarrita, e inmediatamente se la envió a Isabel en Juta, para informarla de su mudez y de la misericordiosa promesa de Dios, hasta que él mismo viajara allí en breve plazo, pero Isabel también había tenido una revelación que se me ha olvidado.

[Aquí se ha recogido solamente lo que Ana Catalina contó por encima durante su enfermedad, pero para que el lector tenga presente la conversación del ángel con Zacarías y las palabras de Isabel, se incluye aquí este misterio con palabras del Evangelio (*Lc* 1, 5-25):

En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote de nombre Zacarías, de la clase sacerdotal de Abías. Su mujer era una de las hijas de Aarón y se llamaba Isabel. Ambos eran justos ante Dios y andaban sin falta en todos los mandamientos y leyes del Señor. No tenían hijos, pues Isabel era estéril y ambos ya estaban entrados en años. Pero sucedió que cuando ejercía su sacerdocio delante de Dios según el turno de su clase sacerdotal, le tocó en suerte ofrecer el incienso según la costumbre sacerdotal y entró en el Templo del Señor. Toda la multitud estaba afuera rezando en el momento del incienso.

Entonces se le apareció un ángel del Señor que estaba a la derecha del altar y Zacarías se asustó al verlo y le entró miedo. Pero el ángel le dijo:

—¡No temas, Zacarías! pues tu oración ha sido escuchada. Tu mujer Isabel te parirá un hijo al que debes llamar Juan. Tendrás alegría y gozo y muchos se alegrarán de su nacimiento pues será grande ante el Señor. No beberá vino ni bebidas fuertes y el Espíritu Santo lo llenará cuando aún esté dentro de su madre. Convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios y marchará delante de Él con el espíritu y la fuerza de Elías para llevar a los hijos las creencias de los padres, y la sabiduría de los justos a los incrédulos. Y he aquí que estarás mudo y no podrás hablar hasta el día que esto ocurra, porque no has creído mis palabras, que en su momento se cumplirán.

El pueblo esperaba a Zacarías y se asombraba de que permaneciera tanto tiempo en el Templo. Al salir no podía hablar y se dieron cuenta que había tenido una visión en el Templo. Él les hizo señas pero seguía mudo. Cuando cumplió los días de su servicio en el Templo, se fue a su casa. Días después concibió su mujer Isabel, que se escondió cinco meses diciendo:

—Esto me ha hecho el Señor, que se ha fijado en mí para quitar mi vergüenza delante de la gente.]

{Zacarías era hombre de estatura elevada, grande y de aspecto majestuoso.}

LOS ESPONSALES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN CON JOSÉ

La Santísima Virgen vivía en el Templo con otras doncellas bajo la inspección de piadosas matronas. Las doncellas se ocupaban en hacer bordados y ornamentos de toda clase en las vestiduras sacerdotales, y en limpiarlas así como los enseres del Templo. Tenían celdas pequeñas donde rezaban y meditaban y desde las cuales podían mirar al interior del Templo. Cuando ya estaban crecidas, las desposaban. Sus padres las habían ofrecido completamente a Dios al entregarlas al Templo, y desde hacía mucho tiempo

reinaba entre los israelitas piadosos y devotos el silencioso presentimiento de que alguno de estos matrimonios colaboraría alguna vez a la llegada del Mesías prometido[6].

Cuando la Santísima Virgen llegó a los 14 años, debía dejar el Templo para casarse, junto con otras siete doncellas, y vi que su madre Ana fue allí a visitarla. Joaquín ya no vivía y Ana se había casado con otro hombre por orden de Dios.

Pero cuando ahora anunciaron a la Virgen que debía abandonar el Templo para casarse, vi que la Santísima Virgen, con el corazón muy agitado, explicó al sacerdote que ella pretendía no abandonar jamás el Templo, pues se había prometido solamente a Dios y pretendía que no la casaran. Sin embargo, le dijeron que tendría que casarse[7].

Acto seguido vi que la Santísima Virgen imploró fervientemente a Dios en su oratorio, y también recuerdo haber visto que María, muerta de sed de tanto rezar, bajó con su jarrita a llenarla de agua en un pozo o pilón, y allí oyó una voz sin aparición visible que le hizo una revelación que la dio consuelo y fuerzas para consentir en casarse.

Este no fue el anuncio de lo que después vi pasar en Nazaret. Pero yo misma he debido creer alguna vez que también había visto la aparición de un ángel, pues en mi juventud trastocaba a veces este cuadro con el de la Anunciación, que creía que había ocurrido en el Templo[8].

—LA SELECCIÓN DEL ESPOSO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Vi que unos sacerdotes llevaron ante el Santísimo en una silla a sacerdote muy anciano que ya no podía andar, seguramente el Sumo Sacerdote, y mientras ellos encendían el incienso, él rezó algo leyendo de un rollo que tenía ante sí en un atril. Arrobado en espíritu, tuvo una aparición que le puso el índice en el rollo sobre el pasaje de Isaías que dice: «Brotará una rama de la raíz de Jesé y una flor se alzará de su raíz» (*Is* 11, 1). Cuando el viejo sacerdote volvió en sí, leyó este pasaje y por él llegó a entender algo.

Acto seguido enviaron mensajeros a todas partes del país a convocar a todos los solteros de la estirpe de David, y cuando estuvieron reunidos en el Templo muchos de estos solteros en traje de fiesta, les fue presentada la Santísima Virgen. Vi entre ellos a un joven muy piadoso de la comarca de Belén que también había rezado siempre con gran fervor por el cumplimiento de la Promesa, y distinguí en su corazón el cálido deseo de convertirse en el esposo de María. Por su parte María volvió a su celda, derramó santas lágrimas y procuró ni pensar en que dejaría de ser virgen.

Entonces vi que el Sumo Sacerdote recibió una inspiración interior y entregó una rama a cada uno de los hombres presentes, les ordenó que la marcaran con su nombre y que la tuvieran en la mano durante la oración y la ofrenda. Cuando ya estuvo hecho todo reunieron las ramas y las pusieron en un altar delante del Santísimo. Se les anunció que aquel cuya rama hubiese florecido sería el designado por el Señor para desposarse con la Virgen María de Nazaret.

La oración y la ofrenda prosiguieron mientras ponían las ramas en el altar, y vi que aquel joven cuyo nombre ya me vendrá a la memoria, clamaba fervientemente mientras tanto con los brazos en cruz en una sala del Templo. Al expirar el plazo fijado, se deshizo en lágrimas cuando les devolvieron sus ramas a todos y les anunciaron que ninguna de ellas había florecido y que por consiguiente ninguno de ellos estaba destinado por Dios para esposo de esta virgen[9].

Entonces los despidieron para que volvieran a sus casas, pero aquel joven se fue al Monte Carmelo, donde los Hijos de los Profetas vivían como ermitaños desde los tiempos

de Elías, y donde vivió rezando constantemente desde entonces por el cumplimiento de la Promesa[10].

Vi que a continuación los sacerdotes rebuscaron de nuevo los registros genealógicos por si quedara algún descendiente de David que se les hubiera pasado, y entonces encontraron el registro de seis hermanos de Belén, de los cuales uno era desconocido y no se sabía dónde estaba. Al investigar dónde vivía José, lo descubrieron no lejos de Samaria, en un lugar que está junto a un riachuelo pequeño, donde vivía solitario junto al agua y trabajaba para otro maestro carpintero.

Por orden del Sumo Sacerdote, José vino al Templo de Jerusalén con sus mejores galas. Tuvo que tener también una rama en la mano durante la oración y la ofrenda, y cuando quiso retirarla del altar delante del Santísimo, a la rama le brotó arriba una flor blanca como un lirio, mientras una aparición luminosa como el Espíritu Santo venía sobre José.

Entonces los sacerdotes reconocieron en José el esposo que Dios destinaba a la Santísima Virgen, y se lo presentaron a María en presencia de su madre. Resignada a la voluntad de Dios, María lo aceptó humildemente por esposo, pues sabía que para Dios, que había aceptado su voto de pertenecerle en cuerpo y alma solamente a Él, todo era posible.

8
LA BODA Y LA ANUNCIACIÓN

LA BODA Y LOS TRAJES DE NOVIOS DE MARÍA Y JOSÉ

[Introducción: En sus visiones consecutivas de la predicación cotidiana de Nuestro Señor, el lunes 24 de septiembre de 1821 Ana Catalina lo vio predicar cuatro días antes de su bautismo en la sinagoga de Gofna, donde se hospedó con la familia del presidente de la sinagoga, que estaba emparentado con Joaquín. En esta ocasión oyó a dos viudas, hijas de este hombre, recordarse mutuamente la boda de los padres de Jesús, a la que habían asistido en su juventud en compañía de otros parientes; y de ello contó lo siguiente:]

EL TRAJE DE BODA DE MARÍA

Mientras las dos viudas rememoraban en su conversación los esponsales de María y José, tuve un cuadro de esta boda y en particular del precioso traje de novia de la Santísima Virgen, del que aquellas buenas mujeres contaban y no paraban. Voy a contar lo que todavía recuerdo:

Las bodas de María y José duraron siete u ocho días y se celebraron en Jerusalén, en una casa del Monte Sión que se alquilaba con frecuencia para festejos de este tipo. Estaban, además de las maestras de María y de las condiscípulas de la escuela del Templo, muchos parientes de Ana y de Joaquín, y entre ellos una familia de Gofna con dos hijas.

La boda fue muy rica y solemne. Se sacrificaron y ofrendaron muchos corderos, pero por encima de todo, el traje de boda de la Santísima Virgen fue tan extraordinariamente bello y solemne que las mujeres que estuvieron en la boda, todavía disfrutaban en su vejez hablando de él. Contemplé una de estas charlas y escuché lo que sigue:

Vi con toda claridad a María en traje de boda. Llevaba ropa interior sin mangas, una túnica color lana, y los brazos envueltos con las vendas de la camisa blanca de lana, ya que las camisas de entonces tenían esas vendas en lugar de mangas cerradas.

Luego llevaba hasta encima del pecho un cuello bordado con joyas blancas, perlas y así, de la misma forma del cuello interior que hace poco conté que llevaba el esenio Argos.

Encima llevaba un caftán muy amplio y de anchas mangas, abierto por delante, que se iba ensanchando de arriba abajo como un manto. El fondo del traje era azul y estaba bordado o pespunteado con grandes rosas blancas, rojas y amarillas y hojas verdes entre ellas, como las casullas ricas de otros tiempos. El borde inferior terminaba en borlas y flecos y su borde superior se juntaba con el cuello blanco.

La hicieron unos pliegues verticales y la pusieron encima del traje blanco [sic] una especie de escapulario como el que llevan algunas órdenes como por ejemplo los carmelitas. Era una pieza de seda blanca con flores de oro, que tenía a la altura del pecho un adorno de perlas y piedras brillantes como de medio codo de ancho, y colgaba como una franja continua hasta el borde inferior del traje para cubrir su abertura delantera. Por debajo, el traje terminaba en flecos y botones.

Por la espalda le colgaba una pieza parecida, y por los hombros y brazos, otras más cortas y estrechas; extendidas las cuatro tiras formaban una cruz en torno a la abertura del

cuello. A ambos costados del tronco el escapulario estaba recogido bajo los brazos con unas cadenitas o cordones de oro que unían las piezas delantera y trasera. Con ello, la parte superior del caftán quedaba recogida y la pechera se ceñía al busto de modo que la tela floreada del traje se ahuecaba un poco a ambos lados, entre los cordones.



El equivalente de los ojales era una lazada de cordón o una correa ranurada, y el equivalente a los botones una bola o moño hecha con el mismo cordón, o un trocito de palo o hueso como en las trencas. (Rafael Renedo).

Cubiertas por las hombreras del escapulario, sus amplias mangas estaban ligeramente recogidas con abrazaderas a la mitad de los brazos y de los antebrazos. Estas ajorcas, de unos dos dedos de ancho, estaban decoradas con letras, tenían los bordes vueltos y recogían las anchas mangas abullonándolas alrededor de los hombros, codos y manos, donde las mangas terminaban en puños blancos rizados, creo que de seda o de lana.

Encima de todo esto llevaba un gran manto azul celeste como un pañolón. Además de esto, las judías solían llevar en determinadas ocasiones familiares o religiosas una especie de manto de luto, con mangas cosidas en la forma habitual. El velo o manto de María se cerraba al pecho bajo el cuello con un broche, por encima del cual rodeaba su garganta una gorguera rizada como de plumas o capullos de seda. Por detrás el manto caía por encima de los hombros, volvía por los lados adelante y luego volvía a caer por detrás la cola terminada en punta; tenía una orla de flores bordadas en oro.

Sus cabellos estaban adornados de un modo indescriptiblemente artístico, partidos con raya en medio y tejidos en un sinfín de rayitas sin trenzar que, entrecruzadas con seda blanca y perlas, formaban una gran red que caía sobre los hombros y cubría la espalda por debajo de la mitad del manto, con un tejido terminado en punta. Las puntas del pelo estaban vueltas hacia dentro, y todo el borde de esta red de cabellos estaba adornada con flecos y perlas que, al tirar hacia abajo con su peso, lo mantenía en orden.

En la cabeza llevaba directamente encima del pelo una guirnalda de lana o seda cruda que se cerraba por arriba con tres cintas de lo mismo que se reunían en un lazo sobre la que descansaba una corona tan ancha como la mano, guarnecida de joyas. Sobre ella con tres abrazaderas que se unían arriba en un botón. La corona estaba adornada delante de la frente con tres perlas una encima de la otra, y otra perla más a cada lado.

En la mano izquierda llevaba una guirnaldita de rosas blancas y rojas de seda, y en la derecha sostenía, como si fuera un cetro, una bonita lámpara sobredorada, sin pie, cuyo tronco se ensanchaba en el medio y tenía por encima y por debajo de la mano como unos botones. El cetro terminaba por arriba en un platillo en el que ardía una llama blanca.

La suela de los zapatos tenía unos dos dedos de gruesa, y estaban realzados con un suplemento delante y detrás. Las suelas eran de tela verde, como si el pie estuviera en el

césped, y dos correas blancas y doradas las sujetaban al empeine del pie desnudo, cuyos dedos, como los de todas las mujeres bien vestidas, estaban cubiertos por una lengüeta de cuero unida a la suela.

Las vírgenes del Templo tejieron el artístico peinado de María; he visto que varias se ocuparon de ello y que iban más deprisa de lo que pudiera pensarse.

Ana había traído aquellos hermosos vestidos, pero María era tan humilde que no tenía muchas ganas de ponérselos. Después de la boda la deshicieron el trenzado de la cabeza, la quitaron la corona y la pusieron un velo largo y blanco como la leche que caía hasta medio brazo, y volvieron a ponerla la corona encima del velo.

—DESCRIPCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

La Santísima Virgen tenía el cabello rojizo y muy abundante y las cejas negras, altas y finas; la frente muy alta; grandes ojos entornados con grandes pestañas negras; nariz recta, larga y fina; una boca muy noble y amable; la barbilla puntiaguda; estatura mediana, y sus andares con sus ricos atavíos eran suaves, graves y castos.

Después, durante la boda, se puso otro vestido a rayas, menos suntuoso, del que tengo un pedacito entre mis reliquias; este mismo traje a rayas es el que llevó en Caná y también en otras santas ocasiones. El traje de boda todavía lo llevó en el Templo alguna vez más; la gente muy rica solía cambiar de traje tres o cuatro veces durante la boda. Con estos magníficos trajes, María tenía un aspecto parecido al de mujeres de tiempos muy posteriores, como por ejemplo, la emperatriz Elena o incluso Cunegunda, aunque la forma habitual de vestir de las judías, tan cerrada, era muy distinta y se parecía más al de las romanas.

En el Monte Sión, por la parte del Cenáculo, vivían muchos tejedores que fabricaban toda clase de hermosas telas, como observé con ocasión de ver estos trajes.

—EL TRAJE DE JOSÉ

José llevaba un traje largo y amplio de color azul claro, cerrado desde arriba hasta el borde inferior con cintas y corchetes o botones. Sus amplias mangas también estaban sujetas con cintas a los lados y estaban vueltas para dentro para servir de bolsillos. En torno a la garganta llevaba un cuello marrón o más bien, una estola ancha, y sobre el pecho le colgaban dos tiras blancas como la estola que llevan nuestros sacerdotes al cuello, solo que mucho más larga.

He visto toda la boda de José y María, el banquete y toda la ceremonia, pero eran tantas cosas al mismo tiempo, y estoy tan enferma y tan molesta por tantas cosas, que no me atrevo a contar más por miedo a embarullar el relato.

EL ANILLO DE BODA DE MARÍA

[El 29 de julio de 1821, Ana Catalina contempló algunos lienzos sepulcrales de Nuestro Señor Jesucristo y las imágenes del Señor milagrosamente impresas en ellos. En ese momento, su contemplación la llevó a diversos lugares donde se guardan estas reliquias, unas solemnemente conservadas y otras olvidadas de los hombres y solamente veneradas por los ángeles y algunas almas piadosas. En uno de estos lugares creyó ver que se conserva el anillo de casada de la Santísima Virgen, del que dijo lo siguiente:]

Vi el anillo de boda de la Santísima Virgen, que no es de oro, plata ni de ningún otro metal; es de color oscuro e irisado. No es un aro delgado y estrecho, sino bastante

grueso y tiene como un dedo de ancho. Lo vi liso, pero marcado como por un embaldosado de triangulitos regulares que dentro tenían letras. La superficie está lisa por el lado que queda por el lado interno de la mano. El anillo está marcado con algo. Vi que lo guardaban con muchos candados en una hermosa iglesia. La gente piadosa que quiere casarse hace que toquen con él sus alianzas.

[El 3 de agosto de 1821, Ana Catalina dijo:]

Estos últimos días he visto muchas cosas de la historia del anillo de boda de María, pero con tantos sufrimientos y molestias no soy capaz de contarlas de forma coherente. Hoy he visto fiesta en la iglesia de Italia donde se encuentra este anillo de boda. Me pareció que estaba colgado en una custodia encima del Tabernáculo. Había allí un altar soberbiamente adornado en el que, a través de mucha plata, se podía mirar profundamente por los intersticios. Vi que tocaban la custodia con muchos anillos.

Durante esta fiesta vi que María y a José se aparecieron con sus trajes de boda a ambos lados del anillo. Fue como si José pusiera el anillo en el dedo a la Santísima Virgen y entonces vi como si el anillo se moviese y resplandeciera[1].

ANTES DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

A derecha e izquierda de este altar vi otros dos altares, que probablemente no estaban en la misma iglesia, sino solo se me mostraban juntos en mi contemplación. En el altar de la derecha había una imagen del *Ecce Homo* que un piadoso patricio romano, amigo de San Pedro, había obtenido milagrosamente, y en el de la izquierda uno de los lienzos del sepulcro de Nuestro Señor.

Una vez terminada la boda, Ana regresó a Nazaret con sus familiares, y María también fue para allá en compañía de algunas condiscípulas que habían salido del Templo al mismo tiempo que ella. Salieron de la ciudad en comitiva solemne; no sé hasta dónde las escoltaron las jovencitas. La primera noche volvieron a pasarla en la escuela de levitas de Bezorón. María hizo a pie el viaje de regreso [a Nazaret].

Después de la boda, José fue a Belén a arreglar allí algunos asuntos familiares, y solo después fue a Nazaret.

DEL REGRESO DE MARÍA HASTA LA ANUNCIACIÓN

[Aunque Ana Catalina siempre recibía estas visiones de la historia de la Sagrada Familia los días de sus fiestas litúrgicas, a veces veía las fechas reales de estos acontecimientos en días diferentes de su fiesta eclesiástica. Así por ejemplo, el día histórico del nacimiento de Cristo lo veía un mes entero antes, es decir el 25 de noviembre, que el año del nacimiento de Cristo coincidió, según contempló ella, con el 10 de Kislev; y por eso vio a San José celebrar quince días después la Fiesta de la Consagración del Templo o de las Candelas, que empezaba el 25 de Kislev, encendiendo luces durante varios días en la Cueva del Pesebre. De aquí se deduce también que vio la Fiesta de la Anunciación un mes antes, es decir, el 25 de febrero.

Ana Catalina contó esto por primera vez en 1821; en aquellos días estaba muy enferma, y por tanto al principio sus narraciones eran algo fragmentarias. Ella ya había contado antes que José no fue a Nazaret inmediatamente después de la boda, sino que primero fue a Belén a arreglar cosas de su familia. Ana y su segundo marido, María y algunas compañeras se volvieron a la finca de Ana en Galilea, que distaba de Nazaret poco más o menos una hora. Ana amuebló para la Sagrada Familia la casita de Nazaret, que

también era suya, pero la Santísima Virgen siguió viviendo con ella durante la ausencia de José.

Antes de que Ana Catalina contase cómo contempló la Anunciación, relató dos fragmentos de visiones anteriores cuyo significado únicamente cabe suponer. Todavía muy débil a consecuencia de una grave enfermedad, contó que algún tiempo después de los esponsales de la Santísima Virgen y San José:]

{—He visto una fiesta en casa de Ana.}

Di un vistazo a casa de Ana, donde vi media docena de invitados además de su segundo marido y los moradores habituales de la casa, con algunos niños y José y María, todos reunidos en torno a una mesa en la que había jarras.

La Santísima Virgen llevaba un manto de colores rojo, azul y blanco, salpicado de flores como las antiguas casullas. Llevaba un velo transparente y encima de él otro negro; esta fiesta parecía formar parte aún de los festejos de las bodas.

[De esto ya no contó nada más y solo podemos suponer que este banquete se celebró cuando la Santísima Virgen dejó a su madre al llegar José para ir a vivir con él a la casa de Nazaret. Al día siguiente contó:]

En mi contemplación de esta noche buscaba a la Santísima Virgen y mi guía me llevó a casa de Ana, que ya conozco en todos sus detalles. No encontré en ella a José ni a María y vi que Ana se preparaba para ir a Nazaret, que estaba cerca, donde la Sagrada Familia vivía ahora. Ana tenía un hatillo debajo del brazo para llevárselo a María. Para ir a Nazaret, que está en un cerro, primero atravesó un llano y luego una zona de monte bajo. Yo me fui allí también.

La casa de José no estaba lejos de la puerta de la ciudad y no era tan grande como la de Ana. Estaba cerca de un pozo cuadrado al que se bajaba por unos escalones; delante de la casa había un corralito cuadrado. Ana visitó a la Santísima Virgen y la entregó lo que la había traído. María lloró muchísimo cuando su madre se volvió a su casa, y la acompañó durante un trecho. A San José lo vi en una habitación separada en la parte delantera de la casa.

[Esta información fragmentaria podemos completarla suponiendo que Ana visitó por primera vez en Nazaret a la Santísima Virgen y la llevó un regalo. María, que ahora vivía sola y separada de su querida madre derramó lágrimas de emoción cuando Ana se fue y la acompañó. José todavía estaba allí.]

{—LA CASITA DE NAZARET

La casita de Nazaret que Ana había preparado para María y José pertenecía a Santa Ana, que podía llegar hasta ella desde su casa por caminos apartados sin ser observada, en media hora de camino. La casita estaba en una pequeña colina, ni edificada ni excavada, sino separada de la colina por la parte de atrás a la que llevaba un sendero angosto excavado en la misma roca. En su parte posterior, la casa tenía por arriba una abertura en forma de ventana que miraba a lo alto de la colina; detrás de la casa estaba bastante oscuro.

La parte posterior de la casita era triangular y más alta que la de delante. La parte baja estaba cavada en la piedra; la parte alta era de materiales ligeros. El dormitorio de María donde tuvo lugar la Anunciación del ángel estaba en la parte posterior. Esta pieza tenía forma semicircular debido a los tabiques de zarzos groseramente tejidos que cubrían las paredes posteriores en lugar de los biombos ligeros que solían usarse. Los tabiques que cubrían las paredes tenían dibujos de varias formas y colores; el lecho de María estaba en el

lado derecho, detrás de un tabique de zarzo. En la parte izquierda estaba el armario y la mesita con el escabel, y ése era el lugar donde rezaba María.

La parte posterior de la casa estaba separada del resto por la pared del hogar, en cuyo centro se levantaba la chimenea hasta el techo. La chimenea salía por una abertura del techo y terminaba con un tejadillo. Más tarde he visto dos campanillas colgadas al final de la chimenea. A derecha e izquierda del fogón había dos puertecitas con tres escalones que daban al cuarto de María. En las paredes del hogar había varios huecos abiertos con el menaje y otros enseres que aún veo en la casa de Loreto.

Detrás de la chimenea había una viga de cedro pegada a la pared de la chimenea. De este poste vertical salía otro atravesado hasta el centro de la pared trasera; en él se introducían postes por ambos lados; el color de estos maderos erra azulado con adornos amarillos. A través de ellos se veía el techo, que estaba revestido por dentro con hojas y esteras; en los ángulos estaba adornado con estrellas. La estrella del ángulo central era grande y parecía representar el lucero de la mañana. Más tarde he visto allí más estrellas. La lámpara colgaba de la viga horizontal que iba por una abertura exterior de la pared de la chimenea al centro de la pared trasera. Debajo de la chimenea se veía otro poste. Por fuera El techo no era en punta, sino llano y se podía caminar por él pues la azotea estaba resguardada con un parapeto.

Cuando la Santísima Virgen dejó la casita de Nazaret después de la muerte de San José y se fue a vivir a las cercanías de Cafarnaúm, se empezó a adornar la casa, conservada como un lugar sagrado de oración. María peregrinaba muchas veces de Cafarnaúm hasta allí para visitar el lugar de la Encarnación y entregarse a la oración.

Pedro y Juan, cuando iban a Palestina, solían visitar la casita para consagrar en ella, pues se había instalado un altar en el lugar donde había estado el hogar. El armarito que María había usado lo pusieron sobre la mesa del altar como a manera de tabernáculo.}

{—LA SANTA CASA EN LORETO

He visto muchas veces el traslado de la santa casa a Loreto. Yo no lo podía creer, a pesar de haberlo visto varias veces en visión. La he visto llevada por siete ángeles que se cernían sobre el mar con ella. No tenía piso, y en lugar de suelo tenía un fundamento de luz y claridad. Por ambos lados tenía como agarraderas; tres ángeles la sostenían por un lado y tres por el otro para llevarla por los aires. Uno de los ángeles volaba delante arrojando una gran estela de luz y resplandor. Recuerdo que llevaron a Europa la parte posterior de la casa con el hogar y la chimenea, el altar del apóstol y la pequeña ventana. Me parece, cuando pienso en ello, que las demás partes de la casa estaban pegadas a esta parte y se quedaron casi en estado de caerse por sí solas. Veo también en Loreto la cruz que María usaba en Éfeso; está hecha de varias clases de madera. Más tarde la poseyeron los apóstoles; por medio de esta cruz se obran muchos prodigios. Las paredes de la santa casa de Loreto son absolutamente las mismas de Nazaret. Las vigas que estaban debajo de la chimenea son las mismas. La imagen de milagrosa de María está ahora sobre el altar de los apóstoles.}

LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

[El 25 de marzo de 1821, dijo Ana Catalina:]

La noche pasada he visto la Anunciación en cuanto fiesta de la Iglesia, y recibí la aclaración precisa de que en esta época del año la Santísima Virgen ya estaba embarazada de cuatro semanas. Me lo dijeron expresamente porque yo había visto ya la Anunciación el

25 de febrero, pero se me olvidó y por eso no lo conté. Hoy he vuelto a ver de nuevo todas las circunstancias externas del acontecimiento.

Poco después de la boda vi a la Santísima Virgen en Nazaret en casa de José, adonde me llevó mi guía. José había salido de viaje por el país con dos burros, me parece que para recoger algo de su herencia o para traer sus herramientas de trabajo; creo que ya estaba en viaje de regreso. El segundo marido de Ana y otros hombres estuvieron en casa por la mañana pero se volvieron a marchar.

Además de la Santísima Virgen y de dos doncellitas de su edad, me parece que de las del Templo, vi en la casa a su madre Santa Ana y a aquella viuda pariente suya que la servía de criada y que más tarde fue con ella a Belén cuando el nacimiento de Cristo. La casa la había amueblado Ana y todo era nuevo.

Las cuatro mujeres entraban y salían ocupándose de la casa y luego pasearon juntas tan contentas por el patio. Al atardecer las vi recogerse en la casa, rezaron de pie en torno a una mesita redonda y luego comieron las verduras que estaban servidas, después de lo cual se separaron.

Ana todavía anduvo un rato de acá para allá como un ama de casa atareada, pero las dos doncellas se fueron a su sitio, que estaba aparte, y María también se fue a su dormitorio.

El cuarto de la Santísima Virgen estaba en la parte trasera de la casa, cerca del fogón, que en esta casa no estaba en medio como en la de Ana, sino más bien a un lado. La entrada estaba al lado de la cocina; había que subir tres escalones, más inclinados que verticales, pues el suelo de esta parte de la casa está sobre una roca que sobresale en esta parte.

Enfrente de la puerta el cuarto era curvo y en esa parte curva, y separada por un mamparo de zarzo más alto que un hombre, estaba enrollado el lecho de la Santísima Virgen. Todas las paredes del aposento estaban revestidas hasta cierta altura con mamparos de varillas entrecruzadas que eran algo más consistentes que los ligeros mamparos que hacían de tabiques móviles. El revestimiento mostraba pequeños motivos ajedrezados o en rombos hechos de maderas de distintos colores. El techo de la habitación estaba formado por vigas corridas, cuyos intervalos se cerraban con cañizos adornados con estrellas.

El refulgente joven que siempre me acompaña me llevó a este cuarto. Quisiera contar todo lo que vi lo mejor que pueda una pobre desgraciada como yo.

Al entrar en su cuarto, la Santísima Virgen se puso detrás del biombo del dormitorio un camisón largo de lana blanca con cinturón ancho, y un velo color hueso en la cabeza. Entretanto, la criada entró con una lamparilla, encendió la lámpara de brazos que colgaba del techo de la habitación y se volvió a marchar.

La Santísima Virgen apartó de la pared una mesita baja que estaba plegada y apoyada a ella y la puso en medio de la habitación. Mientras estaba apoyada en la pared, la mesita consistía solamente en una bandeja móvil que por delante colgaba verticalmente de dos patas, pero María levantó la bandeja a la horizontal, sacó la mitad de una de las patas que estaba plegada, e hizo descansar la mesita en tres patas. El tablero era redondo por la parte que apoyaba sobre la tercera pata.

La mesita estaba cubierta con un tapete azul y rojo con flecos que estaba recogido donde el tablero no era redondo. En el centro del tapete había una figura bordada o pespunteada que ya no sé si era una letra o un adorno, y en la parte curva estaba enrollado un tapete blanco. Sobre la mesita había un rollo de Escrituras.

La Santísima Virgen puso la mesita algo a la izquierda del centro de la habitación,

donde una alfombra cubría el suelo entre su dormitorio y la puerta, puso delante un almohadoncillo redondo para arrodillarse, y después se apoyó con ambas manos en la mesita y se arrodilló. Tenía delante y a su derecha la puerta del cuarto y a su espalda el dormitorio.

María dejó caer el velo sobre su rostro y cruzó las manos sobre el pecho, pero no los dedos y así la vi orar fervientemente largo rato con la cara alzada al Cielo. Rogaba por la Salvación, por el Rey Prometido, y pedía que su oración contribuyera un poco a que llegara. Estuvo arrodillada así mucho rato arrobada en oración, y luego hundió la cabeza en el pecho.

En ese momento se derramó a su derecha tal masa de luz que caía oblicuamente desde el techo de la habitación, que me sentí empujada contra la pared de la puerta. En esa luz vi un joven blanco y refulgente, de fluidos cabellos amarillos, que bajaba flotando a ponerse delante de ella; era el ángel Gabriel, que la habló moviendo suavemente los brazos a ambos lados del busto. Las palabras salían de su boca como letras relucientes que yo veía y oía.

María volvió un poco a su derecha su velada cabeza, pero por pudor no lo miró. Pero el ángel siguió hablando y María, como a su orden, volvió el rostro hacia él, levantó un poco el velo y le respondió. Tornó a hablar el ángel y María levantó su velo, miró al ángel y replicó las sagradas palabras:

—He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

La Santísima Virgen estaba profundamente arrobada. La luz llenaba el cuarto y yo no veía el brillo de la lámpara encendida ni el techo de la habitación. El cielo parecía abierto, y un rayo de luz me permitía mirar por encima del ángel: en el origen del torrente de luz vi la figura de la Santísima Trinidad como un fulgor triangular cuyos rayos se penetraban recíprocamente, en la que distinguí lo que solo puede ser adorado, pero no expresado: Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo y sin embargo un solo Dios Todopoderoso.

Entonces la Santísima Virgen dijo:

—Hágase en mí según tu palabra.

y vi la alada aparición del Espíritu Santo, aunque no exactamente en la forma de paloma en que se representa habitualmente: la cabeza era un rostro humano que expandía luz como alas a ambos costados de su figura, y de cuyo pecho y manos vi brotar torrencialmente tres chorros de luz al costado derecho de la Santísima Virgen, en cuyo centro se reunieron.

Cuando esta luz penetró en su costado derecho, la Santísima Virgen se volvió totalmente traslúcida y como transparente y fue como si ante esta luz, la opacidad se retirara como la noche. En ese momento María estaba tan traspasada de luz que nada de ella parecía oscuro o encubierto, toda su persona estaba resplandeciente y luminosa.

Después vi desaparecer al ángel y retirarse el haz de luz que salía de él. Fue como si desde el cielo hubieran reabsorbido aquel torrente de luz. Mientras la luz se retiraba, cayeron sobre la Santísima Virgen muchos capullos de rosas blancas, cada una con una hojita verde.

Mientras veía todo esto en la habitación de María, tuve una peculiar sensación personal, la angustia permanente de que me tendían un lazo, y entonces vi una asquerosa serpiente que subía arrastrándose por la casa y los escalones hasta la puerta donde yo estaba. Cuando la luz penetró en la Santísima Virgen, el monstruo ya había llegado al tercer escalón.

La serpiente tenía el tamaño aproximado de un chiquillo, la cabeza ancha y plana y a la altura del pecho dos patitas membranosas con garras, como alas de murciélago, con las que se desplazaba. Tenía toda clase de manchas de colores repugnantes y recordaba a la serpiente del Paraíso, pero más espantosa y deforme.

Cuando el ángel desapareció del aposento de la Santísima Virgen, pisó delante de la puerta la cabeza de este horror, que rugió tan espantosamente que me estremecí. Entonces vi aparecer tres espíritus que echaron al monstruo fuera de la puerta de la casa a golpes y patadas.

Después que aquel ángel desapareció, vi que la Santísima Virgen, completamente recogida y sumida en profundo éxtasis, reconocía y adoraba en su interior la encarnación del Salvador Prometido, en forma de una figurita humana de luz con todos sus miembros ya formados, incluso los deditos.

¡Ay! ¡Qué distinto es Nazaret de Jerusalén! Allí las mujeres tienen que quedarse en el atrio sin poder entrar en el Templo, y solo los sacerdotes pueden entrar en El Santo, pero aquí en Nazaret, en esta iglesia, el Templo mismo es una doncella, y el Sumo Sacerdote y el Santísimo están en ella, y con él solo está ella. ¡Qué amoroso y qué maravilloso es todo, y sin embargo, qué cosa más sencilla y natural! Se han cumplido la palabras de David en el salmo 45: «El Espíritu santificó el Tabernáculo; Dios está en medio de ellos y no serán quebrantados»[2].

Este misterio lo vi a medianoche. Al cabo de un rato, Ana y las demás mujeres entraron donde María; un maravilloso movimiento de la Naturaleza las había despertado del sueño; una nube de luz había aparecido sobre la casa. Cuando vieron que la Santísima Virgen se arrodillaba bajo la lámpara en éxtasis profundo, se volvieron a marchar reverentemente.

Al cabo de un rato de estar de rodillas, la Santísima Virgen se levantó, fue al altarcito del oratorio en la pared y dejó caer para que se desenrollara el cuadro colgado en la pared, en el que estaba la misma representación de una figura humana envuelta en velos que había visto en casa de Ana cuando preparaba su viaje al Templo. Encendió la lámpara sujeta a la pared y rezó de pie delante de ella; en un pupitre más alto tenía ante sí los rollos de las Escrituras. Luego la vi irse a la cama a eso del alba.

Entonces mi guía me sacó afuera, y cuando ya estaba en el pequeño patio delantero de la casa me asusté mucho pues allí acechaba escondida la asquerosa serpiente, que se me tiró y quería meterse en los pliegues de mi ropa. Yo tenía un miedo horrible, pero mi guía me sacó rápidamente de allí y de nuevo aparecieron los tres espíritus que volvieron a pegar al monstruo, cuyos horribles gritos todavía creo oír con escalofríos.

Esa noche, al contemplar el misterio de la Encarnación, todavía tuve algunas enseñanzas.

Ana tuvo la gracia de una iluminación interior y la Santísima Virgen supo que había concebido al Mesías, al Hijo del Altísimo; todo su interior estaba iluminado a los ojos de su alma. Pero a pesar de ello María aún no sabía que el trono de David su padre que daría el Señor a su hijo sería sobrenatural; y tampoco sabía entonces que la casa de Jacob sobre la que iba a reinar por toda la eternidad, según las palabras de Gabriel, sería la Iglesia en la que volvería a reunirse la Humanidad renacida. La Santísima Virgen creía que el Salvador sería un rey santo que purificaría a su pueblo y le daría la victoria sobre los infiernos. Tampoco sabía entonces que para salvar a los humanos, este rey tendría que morir de amarga muerte.

Se me enseñó por qué el Salvador quiso permanecer nueve meses en el seno de su

madre, por qué quiso nacer niño en vez de nacer perfecto y tan hermoso como el Adán recién creado, pero ya no soy capaz de contarlo con claridad.

Sin embargo todavía persiste en mí la certeza de que el Salvador quiso volver a santificar la concepción y el nacimiento humanos, tan envilecidos por el pecado original.

Y María había llegado a ser madre suya y él no había venido antes, porque solo ella, y ninguna otra criatura antes ni después de ella, era el vaso limpio para la gracia que Dios prometió a los hombres de humanarse y rescatarlos de sus culpas al satisfacer con su Pasión.

La Santísima Virgen era la única flor pura que brotó en el género humano, y floreció en la plenitud de los tiempos. Desde el principio habían contribuido a su llegada todos los seres humanos que fueron hijos de Dios y lucharon por la Salvación. María era el único oro puro de toda la Tierra. De toda la Humanidad, solo María era carne pura y sangre inmaculada, preparada, depurada, congregada y ungida por todas las generaciones de sus antepasados; dirigida, protegida y fortalecida por la Ley hasta que brotó como plenitud de la gracia. Estaba prevista desde toda la eternidad y pasó por el tiempo como madre del Eterno.

[En las fiestas de la Madre de Jesús, la Iglesia hace decir de sí misma a la Virgen en los Proverbios de Salomón por boca de la Sabiduría divina:]

El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos, antes que hiciera nada en el comienzo. Fui decretada eternamente y desde el principio, antes que fuera hecha la Tierra. Aún no existían los abismos y yo ya había sido concebida; aún no habían brotado las fuentes de las aguas, aún no habían sido asentados los montes con su pesada mole; yo fui engendrada antes que los collados.

»Aún no había hecho la Tierra ni los ríos ni los quicios del orbe de la Tierra. Cuando preparaba los cielos, allí estaba yo; cuando ceñía los abismos con valla y ley inmutable; cuando afirmaba los astros arriba y nivelaba las fuentes de las aguas; cuando ponía términos al mar y dictaba la ley a las aguas para que no pasaran de sus límites; cuando pesaba los fundamentos de la Tierra, con Él estaba yo, ordenándolo todo, y me deleitaba todos los días jugando delante de Él todo el tiempo; jugando con el orbe de las tierras; y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres.

»Ahora pues, hijos míos, oídme. Bienaventurados los que guardan mis caminos. Escuchad el consejo y sed sabios y no lo despreciéis. Bienaventurado el varón que me oye y que vela todos los días a mi puerta y que guarda los umbrales de mi puerta. El que me encontrare a mí, encontrará la vida y beberá a la salud del Señor.

La Santísima Virgen tenía unos catorce años en el momento de la encarnación de Cristo. Cristo llegó a los 33 años y tres veces seis semanas; y digo tres veces seis porque así me lo han mostrado en este momento, este número seis tres veces repetido.

9
LA VISITACIÓN

LA VISITACIÓN DE MARÍA

[La Iglesia habla de esta fiesta con palabras del Cantar de los Cantares:

Voz de mi amado: vedlo como viene, saltando montes y brincando el collado. Mi amado es como un corzo o cervatillo; ¡mira! está detrás de nuestra pared, mira por la ventana y por la reja. ¡Mira! me habla:

—¡Levántate, corre, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y ven! Pues ya ha pasado el invierno y ya ha pasado la lluvia, y ha cesado. Las flores aparecen en nuestros campos; el tiempo de la nieve ya se ha ido; la voz de la tórtola se ha oído en nuestros campos; la higuera hace brotar sus higos; las viñas florecidas dan su aroma. ¡Levántate, amiga mía, hermosa mía y ven! Paloma mía: en los agujeros de las peñas, en los agujeros de los muros, muéstrame tu rostro y haz sonar tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce y tu cara hermosa.]

MARÍA Y JOSÉ DE VIAJE A CASA DE ISABEL

Unos días después de la Anunciación del ángel a María, José volvió a Nazaret y estuvo arreglando todavía en su casa varias cosas de su oficio, pues antes nunca había vivido en Nazaret y apenas había pasado allí un par de días. José no sabía nada de la Encarnación de Dios en María, y ella, que era la Madre de Dios, pero también la esclava del Señor, guardaba humildemente su secreto.

Cuando la Santísima Virgen sintió que el Verbo se había encarnado en ella, tuvo grandes deseos de visitar enseguida a su prima Isabel en Juta, cerca de Hebrón, de quien el ángel la había dicho que estaba embarazada de seis meses.

Como se acercaba la época en que José quería ir a Jerusalén para la Pascua, María quería acompañarle para estar con Isabel en su embarazo, así que José emprendió viaje a Juta con la Santísima Virgen.

[Ana Catalina contó las siguientes escenas sueltas del viaje de María y de José a casa de Isabel, aunque hay que dar por supuestas muchas lagunas en su narración debidas a su enfermedad y a molestias de todo género. No contó la salida de Nazaret, pero en días sucesivos fue relatando los cuadros sueltos del viaje que se recogen aquí:]

Viajaban hacia el sur; María montaba de vez en cuando el burro cargado de bultos entre los que me parece que estaba el zurrón de José, de punto y a rayas, con un largo vestido marrón de María que tenía una especie de capucha. Este vestido se cerraba por delante con cintas y María se lo ponía para ir a la sinagoga o al Templo. Para el viaje, María vestía una túnica de lana parda y encima un vestido gris con faja, y un pañuelo color hueso en la cabeza.

Hicieron el largo camino bastante deprisa. Después que rebasaron por el Sur la llanura de Esdrelón, llegaron a casa de un amigo del padre de José situada en un altozano, en la ciudad de Dozán. Era un hombre pudiente originario de Belén; a su padre le llamaban hermano del padre de José sin que lo fuese, pero era también de la estirpe de David a través de uno que también fue rey, según creo, que se llamó Ela, Eldoa o Eldad, ya no sé

exactamente. Esta localidad tiene muchos comercios[1].

Una vez los vi pernoctar en un cobertizo; luego al anochecer los vi en un bosque a unas doce horas de distancia de donde vivía Zacarías; se recogieron en una choza que era para viajeros de ramas entrelazadas cubierta de verdor y con hermosas flores blancas. Aquí en este país, junto a los caminos, hay muchas de estas enramadas abiertas, y casas de obra donde los viajeros pueden pasar la noche, refrescarse y preparar la comida que lleven. Muchos de estos albergues los inspecciona alguna familia que vive cerca y que suministra lo necesario por una pequeña gratificación.

[Aquí parece haber una laguna en la narración. La Santísima Virgen probablemente estuvo con José en la Pascua de Jerusalén, y desde allí fue a casa de Isabel, pues se ha mencionado más arriba el viaje de José a la Pascua, mientras que más abajo se dice que Zacarías volvió a casa de la Pascua el día anterior a la Visitación de María.]

No fueron directamente de Jerusalén a Juta, sino que dieron un rodeo por Oriente para ir más solitarios. Rodearon un pueblecito que está a dos horas de Emaús y luego pasaron por algunos caminos que Jesús frecuentó en sus años de predicación.

Luego tuvieron que pasar dos montes. Una vez vi que se sentaron a descansar entre los montes para comer pan y mezclar en el agua de beber unas gotas de bálsamo que habían recogido durante el viaje. Todo esto de por aquí era muy montañoso; los viajeros pasaron junto a rocas que eran más anchas por arriba que por abajo, y también se veían por allí grandes simas y toda clase de piedras extrañas. En cambio los valles eran muy fértiles.

Su camino los llevó después por bosques, brezales, prados y campos. Hacia el final del camino reparé especialmente en una planta con finas hojitas verdes que tiene racimos de nueve campanillas o copitas cerradas de color rosa pálido; tienen algo y tuve que hacer algo con ellas, pero se me ha olvidado[2].

MARÍA Y JOSÉ LLEGAN A CASA DE ISABEL Y ZACARÍAS

[Observación previa: Ana Catalina contó algunas de las visiones que siguen en julio de 1820, con ocasión de la fiesta de la Visitación de María, pero otras se presentaron a su alma al contemplar la conversación de Jesús con Eliud, un anciano esenio de Nazaret, que le acompañó al bautismo de Juan en septiembre del primer año de predicación. Eliud, que había gozado de la confianza de la Sagrada Familia, contó a Jesús muchas cosas de su primera infancia y de la historia de José y María.]

La casa de Zacarías se hallaba en una colina aislada; por los alrededores había grupos de casas y no lejos de allí bajaba de la montaña un torrente bastante caudaloso.

Me parece que ésta era la época en que Zacarías volvía a casa de la Pascua en Jerusalén. Vi que Isabel, impulsada por un poderoso anhelo, salió de casa un buen trecho por el camino de Jerusalén, y que Zacarías, que venía de regreso, se asustó mucho de que en su estado se alejara tanto por el camino a su encuentro. Ella le dijo lo conmovido que tenía el corazón, y que no hacía más que pensar que venía a verla su prima María de Nazaret. Zacarías trató de quitarla la idea escribiendo en su pizarrita, y la dio a entender lo inverosímil que era que una recién casada emprendiera tan largo viaje; luego volvieron juntos a casa.

No obstante, Isabel se resistía a abandonar sus esperanzas, pues había sabido en sueños que una de su familia se había convertido en madre del Mesías prometido. Había pensado que se trataba de María, suspiraba por ella y en espíritu la había visto que venía de camino a lo lejos. Había preparado en su casa, a la derecha de la entrada, una salita con

asientos y allí estuvo sentada el día siguiente aguardando anhelante mucho tiempo y mirando a ver si llegaban; luego se levantó y salió un buen trecho a su encuentro.

Isabel era una mujer grandona, entrada en años, de carita fina, y que llevaba velada la cabeza; solo conocía a María de oídas.

Cuando María la vio de lejos la reconoció inmediatamente y se apresuró a ir a su encuentro adelantándose a San José, que se quedó rezagado. María estaba ya entre las casas vecinas, cuyos vecinos, conmovidos por su maravillosa belleza y sobrecogidos por la majestad sobrenatural de todo su ser, se retiraron tímidamente cuando la Virgen se encontró con Isabel.

Ambas se saludaron cariñosamente ofreciéndose las manos, y en ese momento vi resplandecer a la Santísima Virgen y como si un rayo de luz pasase de ella a Isabel, con lo que ésta se conmovió maravillosamente. Pero no se quedaron delante de la gente sino que, tomándose del brazo fueron a la casa a través del patio delantero. En la puerta de la casa Isabel volvió a dar a María la bienvenida y entraron.

José, que había entrado en el patio llevando al burro, se lo entregó a un criado y fue a ver a Zacarías a un pórtico abierto a un lado de la casa; saludó humildemente al viejo y venerable sacerdote, que le abrazó cordialmente y conversó con él escribiendo en la pizarrita, pues estaba mudo desde que se le apareció el ángel.

Isabel y María pasaron la puerta de la casa y entraron en una sala que me parece que era también la cocina. Allí se tomaron de los dos brazos; María saludó a Isabel con mucho cariño y se arrimaron sus mejillas.

Otra vez volví a ver que María irradiaba una luz a Isabel, con la que ésta se volvió totalmente traslúcida y su corazón se enterneció y conmovió de gozo santo y se llenó de fervor. Dio entonces un paso atrás con las manos en alto y llena de humildad, alegría y exaltación, exclamó:

—Bendita eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde me llega que venga a mí la madre de mi Señor? Mira, cuando tu saludo llegó a mis oídos, el niño saltó de alegría bajo mi corazón. ¡Oh, bienaventurada seas! Tú has creído y se cumplirá lo que se te ha dicho de corazón.

Con estas últimas palabras llevó a María al cuartito que había preparado para que se sentara y reposara del viaje; fueron solo unos pasos. Pero María soltó el brazo de Isabel, cruzó sus manos sobre el pecho y entonó su cántico de alabanza:

—Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su sierva; pues, ¡mira! de ahora en adelante me alabarán por bienaventurada todas las generaciones, porque ha obrado en mí el Grande, el Poderoso, cuyo nombre es Santo y cuya misericordia está de generación en generación con quienes le temen. Ha puesto poder en su brazo y dispersó a los soberbios en los pensamientos de sus corazones; derrocó de su sedes a los poderosos y ensalzó a los inferiores; a lo hambrientos los llenó de bienes y a los ricos los despidió vacíos. Ha aceptado a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia como había prometido a nuestros padres, a Abraham y su descendencia por toda la eternidad.

En la ocasión mencionada anteriormente en que el viejo esenio Eliud conversó con Jesús sobre este acontecimiento, le oí explicar maravillosamente todo el himno de alabanza de María, pero me siento incapaz de repetir aquella explicación.

Vi que Isabel rezó todo el Magníficat con ella y con la misma inspiración. Luego las dos se sentaron en unos asientos muy bajitos ante una mesita que tampoco era muy alta y que tenía un cuenco pequeño. ¡Yo era tan dichosa! ¡He rezado con ellas y me he sentado

también cerca de ellas! ¡Era tan dichosa!

[Esa mañana, Ana Catalina contó que todo esto había pasado el día anterior, y a primera hora de la tarde contó en sueños:]

Ahora también están juntos José y Zacarías, conversando sobre la proximidad del Mesías según el cumplimiento de las profecías. Zacarías es un anciano alto y guapo, vestido de sacerdote, que contesta siempre por señas o escribiendo en una pizarra. Están sentados en un porche abierto que da al jardín y está a un lado de la casa.

María e Isabel están sentadas en una alfombra en un espacio abierto bastante grande del jardín, tras el cual hay una fuente de la que brota agua cuando se quita el tapón. Todo alrededor veo hierba, flores y árboles con ciruelitas amarillas. Toman juntas panecillos y frutas pequeñas del zurrón de viaje de José. ¡Qué sencillez y qué frugalidad más conmovedora!

En la casa hay dos criadas y dos criados a los que veo ir y venir para preparar una mesa con comida bajo un árbol. Llegan José y Zacarías y comen algo. José quería volverse enseguida a Nazaret, pero seguramente se quedará ocho días. No sabe nada del estado de buena esperanza de la Santísima Virgen; Isabel y María se lo callan; ambas mantienen en su interior una mutua relación, honda y secreta. Varias veces al día, y sobre todo cuando estaban reunidos antes de comer, las santas mujeres recitaban una especie de letanía[3].

José la rezaba también con ellas y entonces yo veía que aparecía entre ellos una cruz; y es que entonces no solo había una cruz, sino que era como si se visitaran dos cruces[4].

[El 3 de julio contó:]

Ayer por la tarde cenaron todos juntos y estuvieron sentados casi hasta media noche junto al farol y bajo el árbol del jardín. Después vi a José y Zacarías solos en un oratorio, y a Isabel y a María en su cuartito: estaban de pie, se daban frente una a otra y rezaban juntas el Magníficat muy recogidas y como arrobadas.

Además de los vestidos ya descritos, la Santísima Virgen llevaba también un velo negro transparente y lo dejaba caer cuando hablaba con hombres.

Hoy Zacarías ha llevado a José a otro huerto que está más apartado de la casa; Zacarías es puntual y ordenado en todas sus cosas. El huerto está muy bien plantado y cuidado, tiene hermosos árboles y mucha clase de frutos, y en el medio, un umbrío emparrado.

Escondida en un extremo del huerto se encuentra una casita de recreo que tiene la puerta a un lado. En la parte alta de la casa hay huecos de ventanas pero están cerradas con cerrojos. Dentro hay una tumbona de mimbre acolchada con musgo o con otras hierbas finitas; allí vi también dos figuras blancas del tamaño de niños; no sé exactamente cómo habían llegado allí ni lo que significaban, pero me resultaron muy parecidas a Zacarías e Isabel, solo que mucho más jóvenes.

Hoy por la tarde vi a María e Isabel ocuparse juntas de la casa. La Santísima Virgen participaba en todas las tareas domésticas y preparaba toda clase de cosas para el niño que se esperaba. Las vi trabajar juntas en una colcha grande, un tapiz para dormir cuando Isabel estuviese recién dada a luz. Las judías, cuando daban a luz, se servían de estas colchas, en cuyo centro estaba bien sujeto un saco en el que la madre y el niño podían arroparse completamente; se metían dentro como en un gran zapato o en un barquito, y allí estaban tan envueltos como un bebé fajado en sus pañales.

Allí podían estar tumbadas o incorporadas apoyándose en cojines. La alfombra tenía bordados en el borde versículos y flores.

Isabel y María preparaban también toda clase de cosas para regalar a los pobres por el nacimiento del niño.

Durante la ausencia de la Sagrada Familia, la madre Ana enviaba a menudo a su criada a que mirase todo en la casa de Nazaret, y una vez también he visto que fue ella misma.

[El 4 de julio contó que:]

Zacarías ha salido a pasear por el campo con José. La casa está solitaria en lo alto de una colina; es la mejor casa de la comarca. Alrededor, hay otras casas diseminadas. María está algo cansada y está en casa sola con Isabel.

[El 5 de julio dijo:]

Zacarías y José pasaron la noche en el huerto alejado de la casa; a ratos dormían en la casita del huerto y a ratos rezaban en el huerto al aire libre. Al romper el día volvieron a casa. Isabel y la Santísima Virgen estaban en casa; todos los días rezaban juntas por la mañana y por la noche el Magníficat que María había recibido del Espíritu Santo cuando la saludó Isabel.

Con el saludo del ángel, la Santísima Virgen estaba consagrada como Iglesia. Con las palabras «Mira, soy la criada del Señor, que me ocurra según su palabra», el Verbo entró en ella, entró Dios y lo saludó su sierva la Iglesia. Ahora Dios estaba en su Templo; María era el Templo y el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento. El saludo de Isabel y el movimiento de Juan bajo el corazón de su madre, fueron el primer oficio divino de la comunidad ante este Sagrario.

Pero cuando la Virgen pronunció el Magníficat, la Iglesia celebró con un Tedeum de acción de gracias la Nueva Alianza, su Nuevo Matrimonio, una vez cumplida la promesa de la Vieja Alianza, el Viejo Matrimonio. ¡Ay, quien pudiera expresar qué conmovedor era contemplar esta devoción de la Iglesia a su Salvador ya antes de que naciera!

Esta noche, mientras veía rezar a la Santísima Virgen, tuve muchas visiones y explicaciones sobre el Magníficat, y cómo se acercaba ya el Santísimo Sacramento en el estado en que la Santísima Virgen se encontraba entonces. Pero ahora me encuentro tan mal y tan enferma, que eso tiene la culpa de que se me haya olvidado casi todo lo que vi.

Desde donde el Magníficat dice: «Tú has puesto fuerza en tu brazo» se me aparecieron toda clase de prefiguraciones que hubo en el Antiguo Testamento sobre el Santísimo Sacramento del altar. Entre ellas, una imagen de Abraham cuando ofreció a Isaac y otra de Isaías que anunció algo a un mal rey y éste le insultó. Se me ha olvidado. Entre Abraham e Isaías y entre éste y la Santísima Virgen vi muchas cosas, y en todo ello cómo el Santísimo Sacramento se iba acercando a la Iglesia de Jesucristo, el mismo Jesucristo que ahora reposaba bajo el corazón de su madre[5].

[Cuando acabó de decirlo, Ana Catalina rezó la letanía del Espíritu Santo y el *Veni Sancte Spiritus* y se durmió sonriendo. Al cabo de un rato dijo con muchísima ternura:]

Hoy ya no tengo nada más que hacer y nadie debe encargarme nada, pues tengo que volver a ver todo que se me ha olvidado. Cuando tenga un rato de tranquilidad debo aprender y contar todo lo relativo a Lo Santo del Arca de la Alianza, el Santísimo Sacramento de la Vieja Alianza. He visto aquellos tiempos de paz; eran buenos tiempos. He visto al Escritor junto a mí y tengo que enterarme de todo. Con estas palabras se iluminó su rostro, que en sueños parecía florecer como el de una niña. Sacó de debajo del cobertor sus manos marcadas con las llagas y dijo:]

Hace mucho calor aquí en la Tierra Prometida. Ahora salen todos al jardín de la casa, primero Zacarías y José y luego Isabel y María. Han tendido un cobertor bajo el árbol

como para hacer una tienda de campaña. Allí a un lado veo asientos muy bajitos con respaldo.

NOTAS PERSONALES DE LA NARRADORA

[A continuación prosiguió:]

Debo descansar y volver a ver todo lo que he olvidado; la dulce oración al Espíritu Santo me ha ayudado. ¡Es tan lindo y dulce!

[A las 5 de la tarde se quejó:]

Tengo orden de no dejar que nadie me mande ni me mangonee por complacencia. Un conocido ha estado mucho rato diciendo cosas horribles delante de mí, me he enfadado por eso y a continuación me he dormido. Dios ha mantenido su palabra mejor que yo y me ha vuelto a enseñar todo lo que había olvidado, pero en castigo se me ha olvidado otra vez la mayor parte.

[Después dijo lo que sigue, que aunque está repetido en parte, se transcribe porque nadie mejor que ella para aclarar lo que quiso decir. Ana Catalina dijo:]

Vi a las dos mujeres rezando el Magníficat como de costumbre, en pie una frente a otra, y en medio de su oración se me mostró cómo Abraham ofreció a Isaac, a lo que siguió una serie de prefiguraciones relativas al acercamiento del Santísimo Sacramento. Creo que nunca había reconocido con tanta claridad los santos misterios de la Vieja Alianza.

[Al día siguiente dijo:]

He vuelto a saber todo lo olvidado, tal como me lo habían prometido. Estaba muy contenta de poder contar tantas maravillas de los patriarcas y del Arca de la Alianza pero a mi alegría le tiene que haber faltado humildad, pues Dios ha dispuesto que no logre ordenar y contar claramente lo que he visto, pues mucho de ello es indescriptible.

[La causa del nuevo estorbo que se presentaba era un incidente peculiar, a consecuencia del cual se ponía siempre a compartir y acompañar la Pasión, con lo cual todavía se volvía aún más incapaz de contar algo ordenadamente. Por eso, desde que contemplaba repetidamente a las santas mujeres rezando el Magníficat, comunicó desordenada y fragmentariamente muchos datos de la misteriosa Bendición del Antiguo Testamento y del Arca de la Alianza. Estas manifestaciones se han procurado ordenar y reunir en la medida de lo posible, y para no interrumpir mucho la vida de María se guardarán para el momento oportuno o para incluirlas en un apéndice.]

[Jueves, 5 de julio; sabbat, 6 de julio:]

Ayer viernes antes de anochecer, víspera del 6 de julio, vi que Isabel y la Santísima Virgen fueron al huerto de Zacarías que estaba más alejado. Llevaban cestillos con panecillos y fruta pues querían pasar allí la noche. Cuando más tarde también llegaron allí José y Zacarías, vi que la Santísima Virgen salió a su encuentro. Zacarías llevaba consigo su pizarrita pero ya estaba demasiado oscuro para escribir y que María, movida interiormente por el Espíritu Santo, le dijo que esta noche hablaría, tiraría su pizarrita y podría rezar y hablar toda la noche con José.

Al verlo me asombré mucho, sacudí la cabeza y no quise admitirlo, así que mi ángel de la guarda, el guía espiritual que siempre está conmigo, me dijo mientras señalaba a otra parte:

—Tú no te lo crees. Pues mira allí lo que es esto.

Miré donde señalaba y vi un cuadro muy distinto de una época mucho más tardía.

—SAN GOAR

Vi al santo ermitaño Goar en una comarca donde estaban segando el grano. Estaban hablando con él los mensajeros de un obispo que le era hostil y que tampoco venían de buena fe. Cuando fue con ellos a ver al obispo, vi que miró en torno suyo buscando un gancho para colgar su capa, y como vio entrar un rayo de sol por un hueco de la pared, colgó su capa en el rayo con toda confianza y la capa se sostuvo en el aire. Me asombró este milagro de la fe sencilla y desde entonces, que Zacarías hablase no me maravilló más que el milagro ocurrido a la Santísima Virgen de que Dios mismo habitase en ella.

Mi guía me estuvo hablando sobre lo que se llama milagro, y todavía recuerdo esto claramente: «Una confianza viva e infantil en Dios con toda sencillez lo realiza todo y todo lo hace sustancia» [*Heb* 11, 1]. Estas dos afirmaciones me dieron mucha enseñanza interior sobre milagros, que, sin embargo, no soy capaz de repetir perfectamente[6].

Los cuatro santos pasaron la noche en el huerto: Se sentaban y comían, iban y venían por parejas conversando y orando, o descansaban por turnos en la casita. Me enteré que José volvería a Nazaret después del sabbat y que Zacarías le acompañaría parte del camino. La luna brillaba y el cielo estaba claro y estrellado. Con aquella santa gente estaba sosegada e indeciblemente bien.

Durante la oración de ambas santas mujeres vi otra vez parte del misterio del Magníficat. Del sábado al domingo, octava de la fiesta, todo se repetirá todo otra vez, así que entonces seguro que podré contar algo. Ahora lo único que se me ha concedido decir es que el Magníficat es el cántico de acción de gracias por el cumplimiento del Sacramento de Bendición de la Vieja Alianza.

Mientras María rezaba vi la serie ininterrumpida de todos sus antepasados. En el transcurso de los años hubo tres veces catorce matrimonios sucesivos, en los que el padre siempre era hijo del matrimonio precedente, y de cada uno de estos matrimonios salía un rayo de luz que venía a parar a María, que ahora estaba rezando.

Esta representación crecía ante mis ojos por momentos, como un árbol genealógico con ramas de luz que se ennoblecían cada vez más hasta que por fin, en un lugar muy preciso del árbol de luz, empezó a refulgir claramente la santa e inmaculada carne de María con la que Dios se haría humano, y la recé alegremente con anhelante esperanza, como un niño que viera crecer el árbol de Navidad delante de sí.

El conjunto era un cuadro de la aproximación según la carne de Jesucristo y su Santísimo Sacramento. ¡Ay!, era como si viera madurar el trigo del pan de vida del que estaba hambrienta.

Es inexpresable, no puedo encontrar palabras para decir cómo se hizo la carne donde se encarnó el Verbo. Cómo podría expresarlo un pobre ser humano, que él mismo es todavía carne, de la que el Hijo de Dios y María dijo que no vale nada, que solo el Espíritu vivifica; el mismo que ha dicho que solo los que gusten su carne y su sangre tendrán vida eterna y resucitarán el último día. Su carne y sangre son la única comida adecuada y solo los que gusten este manjar permanecen el Él, y Él en ellos.

Es inexpresable cómo vi acercarse desde el principio, de generación en generación, la Encarnación de Dios y con ella la aproximación del Santísimo Sacramento del altar. Vi una serie de patriarcas, representantes de Dios vivo entre los seres humanos, y luego al Dios y hombre, el nuevo Adán expiatorio que se entregó como ofrenda y comida al instituir el sacerdocio de apóstoles y que éstos, por la imposición de manos a sus inmediatos sucesores, han propagado ininterrumpidamente de generación en generación hasta su resurrección en el Último Día.

Con todo ello supe que cantar la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo ante el Santísimo Sacramento el día del Corpus encierra en sí un misterio grande y profundo. También he sabido que entre los antepasados de Jesús según la carne hubo varios que no fueron santos, sino pecadores, sin que por eso dejaran de ser peldaños de la escala de Jacob por la que Dios descendió a la Humanidad, igual que en los obispos indignos permanece la fuerza de consagrar el Santísimo Sacramento y de conferir el orden sacerdotal con todos los poderes que le acompañan.

Cuando una ve todo esto entiende por qué los viejos libros alemanes de espiritualidad llaman al Viejo Testamento, Vieja Alianza o Viejo Matrimonio, y al Nuevo Testamento, Nueva Alianza o Nuevo Matrimonio. La flor excelsa del Viejo Matrimonio fue la virgen de las vírgenes, la esposa del Espíritu Santo, la castísima madre del Salvador, el vaso venerable, espiritual y de insigne devoción en que el Verbo se hizo carne[7].

Pero para contar con la claridad de que sea capaz como me explicaron cómo se acercaba la Humanización de Dios y con ello el Santísimo Sacramento del altar, no puedo hacer otra cosa sino repetir una vez más la forma, extensa y en imágenes, en la que se representó ante mis ojos. En mi estado actual y con tantos estorbos exteriores, no puedo repetirlo en detalle ni en forma inteligible, y solo puedo decir a grandes rasgos que:

Primero vi la Bendición de la Promesa que Dios dio en el Paraíso a los primeros seres humanos y que de ésta salía un rayo hasta la Santísima Virgen, que ahora estaba rezando de pie el Magníficat frente a Isabel. Luego vi que Abraham recibió de Dios esta Bendición, y que de él salió un rayo a la Santísima Virgen; y luego, que de cada uno de los demás patriarcas poseedores y portadores de Lo Santo salió un rayo de luz hasta María; y enseguida, la entrega de la Bendición a Joaquín quien, favorecido en lo más recóndito del Templo con la altísima Bendición del Padre, se tornó capaz de convertirse en padre de la Santísima Virgen María, concebida sin pecado original.

Y en ella, concebido por el Espíritu Santo, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, encubierto nueve meses en ella, en la nueva Arca de la Alianza del Nuevo Testamento, hasta que en la plenitud de los tiempos hemos visto nacer de María la Virgen a Su Majestad, la Majestad del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

[El 7 de julio contó que:]

Esta noche he visto a la Santísima Virgen durmiendo en su camareta de casa de Isabel; yacía de costado y dormía tranquilamente con la cabeza sobre el brazo. Estaba envuelta de pies a cabeza en una banda de tela blanca. Bajo su corazón vi una gloria de luz en forma de pera que radiaba luz y estaba circundada de llamitas de una luz indeciblemente clara. Vi que de Isabel salía también el resplandor de una gloria menos clara, aunque brillaba en un ámbito mayor y más redondo; esta luz era menos clara.

[El sábado 8 de julio contó:]

Cuando ayer empezó el sabbat, al anochecer del viernes, vi que encendieron lámparas y que lo celebraban en un sitio de la casa de Zacarías que yo todavía no conocía. Zacarías, José, y media docena de hombres más que probablemente eran de la comarca, rezaban de pie debajo de la lámpara, alrededor de un cofre sobre el que yacían los rollos de las Escrituras. Llevaban pañuelos a la cabeza, y aunque a veces también agachaban la cabeza y alzaban los brazos al rezar, no hacían tantos movimientos ni contorsiones como los judíos actuales.

María, Isabel, y un par de mujeres más estaban separadas por un tabique de celosía, a través del cual miraban al oratorio; todas iban veladas con mantillas.

Tras la cena del sabbat vi que la Santísima Virgen rezó el Magníficat con Isabel en

su camareta; las manos cruzadas sobre el pecho y los negros velos caídos sobre los rostros. Rezaban junto a la pared como en el coro, una enfrente de otra. Recé con ellas el Magníficat, y durante la segunda parte, que trata de las promesas de Dios, tuve algunas visiones recientes y remotas de algunos antepasados sueltos de María, de quienes partían hilos de luz hasta ella que estaba rezando delante de mí.

Los rayos de luz de los antepasados masculinos los veía salir siempre de la boca, pero los femeninos los veía salir de debajo del corazón y que iban a parar a la gloria que estaba en María. Cuando la Bendición de Abraham tuvo efecto sobre la futura Virgen María, tenía que vivir cerca del sitio donde ahora ella estaba rezando el Magníficat, pues veía fluir el rayo de luz de Abraham muy cerca de la Santísima Virgen, mientras que los rayos de otros personajes que estaban mucho más cercanos en el tiempo, los veía fluir de mucho más lejos.

Cuando acabaron el Magníficat, que desde la Visitación todos los días las veía rezar mañana y tarde, Isabel se retiró y vi que la Virgen se entregó al reposo. Se quitó el ceñidor y el traje y solo se dejó puesta su larga túnica marrón. En la cabecera del lecho, que era bajo, estaba un rollo de tela que yo había tomado por almohada, pero que ahora vi que era una pieza enrollada de tela de lana de casi un codo de ancho. Sujetó firmemente uno de sus cabos bajo el brazo en el hueco de la axila y se la enrolló en torno a sí de cabeza a pies y luego de pies a cabeza envuelta tan completamente que solo podía dar pasitos. Los antebrazos estaban libres y la envoltura se abría entre el rostro y el pecho. Se envolvió junto al lecho, que tenía un pequeño realce en la cabecera, y se tendió de costado, recta y estirada con la mano bajo la mejilla. A los hombres no los he visto dormir tan envueltos.

[El domingo 9 de julio contó que:]

Ayer sábado, Zacarías llevó durante todo el sabbat el mismo traje que se había puesto cuando empezó el sabbat; una larga túnica blanca con mangas no demasiado amplias, ceñido con un cinturón ancho que le daba varias vueltas, que tenía escritas letras y del que colgaban correas. Este traje tenía sujeta detrás una capucha que colgaba en pliegues desde la cabeza a la espalda, como un velo plegado por detrás.

Cuando hacía algo o iba de día a alguna parte hasta el atardecer, se echaba el traje al hombro junto con el cinturón, y lo metía arrugado en el cinturón bajo el brazo del otro lado.

Entonces le quedaban las piernas muy separadas y envueltas como en una especie de pantalón, cuyas perneras ataba con las correas que sujetaban las sandalias a sus pies desnudos.

Hoy Zacarías le ha enseñado a José su manto sacerdotal que era muy bonito; un manto amplio, pesado y centelleante, blanco y púrpura, que se cerraba sobre el pecho con tres broches enjoyados. No tenía mangas.

No vi que volvieran a comer hasta la noche del sábado al domingo, cuando ya pasó el sabbat. Juntos bajo el árbol del jardín de la casa, comieron hojas verdes que mojaban en salsa, y chuparon buñuelos verdes empapados en ella. En la mesa había también platitos con frutas menudas y otros platos de los que comían algo con espátulas marrones transparentes, creo que sería miel, que comían con espátulas de cuerno. Vi que también les trajeron panecillos y se los comieron.

Tras esto, al claro de la luna José emprendió su viaje de vuelta acompañado de Zacarías. La noche estaba apacible y cuajada de estrellas. Antes de separarse rezaron juntos. José volvía a llevar su hatillo con bollos y un cantarillo, y su bastón curvado por arriba; Zacarías tenía un bastón largo con un pomo arriba y ambos se habían echado la capa de viaje por la cabeza. Antes de partir abrazaron alternativamente a María y a Isabel, y

aunque las apretaron contra su corazón, no vi que entonces las besaran. Se despidieron con toda pureza y sosiego, las dos mujeres los acompañaron un ratito, y luego volvieron paseando solas en la noche indescriptiblemente serena.

Isabel y María volvieron entonces a la casa y entraron en la camareta de esta última. En la pared del cuarto ardía una lámpara de un solo brazo como siempre que María rezaba o se iba a acostar. Ambas mujeres se pusieron de pie una frente a otra, dejaron caer el velo y rezaron el Magníficat.

En esta ocasión se me repitieron las visiones prometidas que hace poco había olvidado; pero esta noche pasada he visto tantas cosas que ahora solo podría decir poca cosa. Solo he visto la transmisión de la Bendición hasta José el egipcio[8].

[El martes 11 de julio dijo:]

Esta noche he tenido una visión de Isabel y María, de la que ahora solo recuerdo que estuvieron rezando toda la noche, no sé por qué causa. Por el día he estado viendo a María realizar toda clase de labores, como por ejemplo trenzar una colcha.

Vi que José y Zacarías, todavía de camino, se metieron en un cobertizo a pasar la noche; habían dado un gran rodeo, creo que para visitar a mucha gente; me parece que necesitaron tres días de viaje. Aparte de eso he olvidado la mayoría de las cosas.

[El jueves 13 de julio contó:]

Ayer, miércoles 12, vi a José de nuevo en su casa de Nazaret; no parecía haber ido a Jerusalén, sino derecho a su casa. La criada de Ana se ocupaba de todo e iba y venía de casa de Ana; por lo demás, José estaba solo.

También vi a Zacarías volver a su casa. Isabel y María rezaban el Magníficat de pie como siempre y hacían de todo. Por la tarde pasearon por el jardín donde estaba la fuente, cosa que allí no es frecuente, y por eso llevaban siempre un cantarillo con zumos. Las más de las veces paseaban por los alrededores al atardecer, cuando refrescaba, pues la casa de Zacarías estaba aislada y rodeada de campos. Habitualmente, a las nueve ya estaban en la cama, pero al alba ya estaban siempre levantadas.

[Esto es todo lo que contó Ana Catalina de sus contemplaciones sobre la visita de la Santísima Virgen a casa de Isabel. Hay que señalar que, aunque lo contó a primeros de julio, con ocasión de la Fiesta de la Visitación de María, la visita de María probablemente fue en marzo, porque ya el 25 de febrero se explayó sobre el mensaje de la Encarnación, y muy poco después la vio emprender viaje a casa de Isabel. Además, Ana Catalina vio que José fue a la Pascua, que se celebraba el 14 Nisán, mes que corresponde a nuestro marzo.]

{—FIESTA DE LA VISITACIÓN

He visto un cuadro indescriptible de la Iglesia. Se me apareció la Iglesia en forma de una fruta octogonal muy delicada nacida de un tallo cuyas raíces tocaban en una fuente que serpenteaba en la Tierra. El tallo no era más alto de lo necesario para poder ver entre la iglesia y la Tierra. Delante de la iglesia había una puerta que estaba sobre la fuente misma, que serpenteaba arrojando de sí a ambos lados algo blanco como arena, y en derredor todo reverdecía y fructificaba. En la parte delantera de la iglesia no se veía raíz alguna que bajara a la Tierra. Dentro de la iglesia y en medio de ella había, a semejanza de la cápsula de las semillas de la manzana, un recipiente formado por filamentos blancos muy tiernos por cuyos intersticios se veían como semillas de manzana. En el suelo de dentro de la iglesia había una abertura por la cual se podía mirar la fuente que ondulaba. Mientras lo miraba, vi que algunos granos resecos y marchitos caían en la fuente.

Aquella especie de flor se fue convirtiendo cada vez más en una iglesia y la cápsula del medio en un artístico armazón parecido a un bonito ramo, en el que la Santísima Virgen y a Santa Isabel parecían a su vez dos santuarios o *Sanctasantorum*. Vi que ambas se saludaban volviéndose una hacia la otra. En ese momento aparecieron en ellas dos rostros: Jesús y Juan. A Juan lo vi encorvado dentro del seno materno. A Jesús lo vi como suelo verlo en el Santísimo Sacramento, como un niñito luminoso que iba hacia donde estaba Juan. Estaba de pie, como flotando, y se acercó a quitarle la neblina a Juan. El pequeño Juan estaba ahora con el rostro en el suelo. La neblina cayó al pozo por la abertura antes mencionada, la fuente que estaba debajo la absorbió, y la neblina desapareció de allí. Después Jesús levantó al pequeño Juan en el aire y lo abrazó. Después los he visto a los dos volver al seno materno, mientras Isabel y María cantaban el Magníficat.

En este cántico he visto a ambos lados de la iglesia a Zacarías y José que se adelantaban, y detrás de ellos otros muchos hasta llenar la iglesia, lo que concluyó con una gran festividad que se celebró en su interior. Alrededor de la iglesia crecía una viña con tanta fuerza que fue necesario podarla por varias partes.

La iglesia se asentó finalmente en el suelo, apareció un altar en ella, y en la abertura que daba al pozo se formó un baptisterio. Mucha gente entraba a la iglesia por la puerta. Todas estas transformaciones se produjeron lentamente, como brotando y creciendo. Me resulta difícil explicarlo tal como lo he visto.

Más tarde, tuve otra visión en la fiesta de San Juan. La iglesia octogonal era ahora transparente como el cristal o mejor dicho como si fueran rayos de agua cristalina. En medio de ella, bajo una torrecita, había una fuente de agua en la que vi a Juan bautizando. De pronto el cuadro cambió y de la fuente del medio brotó un tallo como una flor. En derredor había ocho columnas con una corona piramidal sobre la cual estaban con María y José los antepasados de Ana, Isabel, y Joaquín, y los antepasados de Zacarías y de José, algo apartados de la rama principal. Juan estaba arriba, en una rama del centro. Pareció que salía una voz de él y entonces he visto muchos pueblos, reyes y príncipes entrar en la iglesia, y que un obispo distribuía el Santísimo Sacramento. Oí a Juan que hablaba de la gran dicha de la gente que había entrado en la iglesia.}

NACIMIENTO DE JUAN. MARÍA VUELVE A NAZARET. JOSÉ TRANQUILIZADO POR UN ÁNGEL

[El 9 de julio de 1821, Ana Catalina descubrió cerca de sí una reliquia de Pármenas, discípulo de Cristo, y contó diversas cosas de este santo y, entre otras, las siguientes visiones relativas a lo que aquí se trata.]

He visto que, tras regresar de Juta a Nazaret, la Santísima Virgen pasó unos días en casa de los padres de Pármenas, que más tarde fue uno de los discípulos pero que entonces aún no había nacido. Me parece que esto lo vi en la misma época del año en que ocurrió, según sentí mientras lo contemplaba.

[Por consiguiente, el nacimiento de Juan el Bautista debió ocurrir a fines de mayo o primeros de junio. María permaneció tres meses en casa de Isabel hasta que nació Juan, pero no estuvo allí cuando le circuncidaron. A causa de sus molestias, Ana Catalina ya no contó nada más del nacimiento ni de la circuncisión del Bautista, que puede leerse en el Evangelio de San Lucas, 1, 57-80:

«Cuando a Isabel le llegó el tiempo dio a luz un hijo. Se enteraron los vecinos y parientes que el Señor le había hecho una gran misericordia y se alegraron con ella. A los

ocho días vinieron a circuncidar al niño. Y querían llamarlo Zacarías como su padre. Pero la madre intervino diciendo:

—¡No, sino que debe llamarse Juan! —y le dijeron: —Ninguno de tus parientes se llama así.

Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y dijo: «Juan es su nombre». Habló y bendijo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos y todos estos hechos se comentaban por la montaña de Judea. Todos los que le escuchaban lo ponían en sus corazones y decían:

—¿Qué será este niño?— porque la mano del Señor estaba con él.

Entonces Zacarías, su padre se llenó de Espíritu Santo y profetizó diciendo:

—Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas, para salvarnos de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abraham para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia en su presencia todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la Salvación por el perdón de los pecados. Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz. Este niño crecerá en fortaleza y se quedará en el desierto hasta el día que se presente a Israel.]

La Santísima Virgen viajó de regreso a Nazaret después del nacimiento de Juan y antes de su circuncisión; José salió a su encuentro a mitad del camino.

[Ana Catalina estaba tan molesta y enferma que no dijo quién acompañó a María hasta allí, ni tampoco el sitio concreto donde se encontró con José. Tal vez fuese en Dozán, donde se habían hospedado durante su viaje a casa de Isabel en casa del amigo del padre de José. Probablemente la acompañaran hasta allí parientes de Zacarías o amigos de Nazaret que tuvieran precisión de hacer este viaje, suposición esta última que podría ser acertada según los siguientes detalles:]

Cuando José hizo con la Santísima Virgen la mitad del camino de regreso de Juta a Nazaret, se percató de su estado, que su cuerpo estaba bendecido, por lo que se debatía en dudas y preocupaciones, pues no conocía el anuncio del ángel a la Santísima Virgen. Inmediatamente después de su boda, José había ido a Belén a arreglar algunos asuntos de la herencia, mientras María había ido a Nazaret con sus padres y unas compañeras. El saludo angélico acaeció antes de que José regresara a Nazaret, pero María, en su pudorosa humildad, había guardado para sí aquel secreto de Dios.

José, desasosegado por la evidencia, no se explayó, sino que luchó en silencio con sus dudas. La Santísima Virgen, a quien esto ya le había preocupado de antemano, se puso seria y meditabunda, lo que todavía aumentó más la inquietud de José.

Cuando llegaron a Nazaret no vi que la Santísima Virgen fuera enseguida a la casa de José, sino que se quedó unos días con una familia pariente suya; eran los padres de Pármenas, un discípulo que nació después que Jesús y que llegó a ser uno de los siete diáconos de la primera comunidad cristiana de Jerusalén.

Esta gente estaba emparentada con la Santísima Virgen, pues la madre era hermana menor del tercer marido de María Cleofás, el padre de Simeón, obispo de Jerusalén. Tenían

casa y un huerto de especias en Nazaret y también estaban emparentados con la Sagrada Familia por parte de Isabel.

La Santísima Virgen, antes de volver a casa de José, se quedó unos días con esta familia. Entretanto, la inquietud de José había aumentado tanto que, cuando María quiso volver con él a casa, tomó la decisión de abandonarla y huir en secreto, y cuando estaba dándole vueltas a la idea, un ángel se le apareció en sueños y le consoló.

10
EL ADVIENTO

NACIMIENTO DE CRISTO EN NOVIEMBRE

[En octubre se anuncian el censo y el impuesto de César Augusto. Preparativos de la Santísima Virgen para el nacimiento de Cristo.]

La época real del nacimiento de Cristo, tal como siempre la he visto fue cuatro semanas antes de cuando la celebra la Iglesia; tiene que ser hacia la fiesta de Santa Catalina. La Anunciación siempre la he visto a fines de febrero. Ya a fines de octubre vi que se dio a conocer en la Tierra Prometida el censo y el tributo que había ordenado el César. A partir de este momento vi mucha gente viajando de acá para allá por todo el país.

CASA DE ANA EN NAZARET

[Preparativos del nacimiento de Cristo.]

[Domingo 11 de noviembre de 1821:]

Hace ya una serie de días que veo a la Santísima Virgen en la casa de Ana, su madre, que está en el Valle de Zabulón a cosa de una hora de Nazaret. Cuando María está con Ana, en la casa de Nazaret solamente se queda la criada que cuida de San José. Por lo demás, mientras Ana vivió, María y José no hacían compra aparte, sino que siempre la recibían de aquélla.

Hace ya un par de semanas que veo afanarse a la Santísima Virgen con los preparativos del nacimiento de Cristo; cose y borda alfombras, fajas y pañales; ha preparado de todo en abundancia.

Joaquín ya no vive, pero veo otro hombre en casa, y es que Ana se ha vuelto a casar. Su marido tiene un empleo en el Templo relacionado con las ofrendas de animales. La comida, panecillos y peces, Ana se la envía en un saco de cuero dividido en varios compartimentos adonde esté con los rebaños.

En la casa hay una chica bastante crecida, de unos siete años, que echa una mano a María y a la que ésta enseña; me parece que tal vez sea una hijita de María Cleofás; también se llama María. José no está en Nazaret pero tiene que venir pronto; está en el camino de regreso de Jerusalén adonde ha llevado una ofrenda de ganado.

Vi a la Santísima Virgen en casa; tenía ya el vientre alto y estaba sentada en una sala trabajando con otras mujeres; preparaban enseres y cobertores para cuando María de a luz.

Ana tenía una posición muy desahogada y era propietaria de rebaños y pastos. Equipó ricamente a la Santísima Virgen con todo lo de costumbre en su estado. Como creía que María daría a luz en su casa y que todos los parientes la visitarían allí, preparó todo de lo más caro para el nacimiento del Niño de la Promesa y especialmente hermosas mantas y bonitas alfombras.

Yo había visto ya una manta de éstas en casa de Isabel con ocasión del nacimiento de Juan; estaba pespunteada con símbolos y frases; he visto hilos de oro y plata entretejidos. En el centro tenía cosida una especie de envoltura donde la recién parida podía embutirse de manera que, cuando sujetaba las distintas piezas en torno a ella con lazos y

botones, quedaba acomodada como en un barquito, como un bebé en su saco. Cuando las amigas la visitaban podía incorporarse cómodamente entre cojines, mientras las amigas se sentaban en el borde de la alfombra.

Aquí en casa de Ana también preparaban colchas de éstas, además de muchos pañales y fajas para el niño. Incluso vi que aquí y allá habían cosido hilos de plata y de oro.

No todas las colchas y enseres eran para uso propio, sino que muchas eran para regalar a los pobres, en los que se pensaba siempre en estos alegres acontecimientos.

Vi a la Santísima Virgen y otras mujeres sentadas en el suelo en torno a un gran cofre. Con dos palillos que tenían arrollados hilos de colores, cosían o bordaban una gran manta de éstas que reposaba en el cofre en medio de ellas. La madre Ana estaba muy atareada; iba y venía con lana, la repartía y decía a las chicas lo que tenían que hacer.

AVISO A JOSÉ PARA QUE VAYA A BELÉN CON MARÍA

[Lunes, 12 de noviembre:]

José llegará hoy a Nazaret. Ha estado en Jerusalén, adonde ha llevado ganado para la ofrenda, y lo ha instalado en el pequeño albergue que está a un cuarto de hora de Jerusalén en dirección a Belén. Una pareja de ancianos sin hijos tiene allí una casa que sirve de albergue para gente tranquila y de confianza.

Desde allí José fue a Belén, pero no visitó a sus parientes; solamente quería informarse del censo y el tributo, pues cada uno tenía que ir a su lugar de nacimiento. Pero no se hizo inscribir todavía pues tenía el propósito de ir con María de Nazaret al Templo de Jerusalén cuando pasaran los días de su purificación, y luego a Belén para establecerse allí. Ahora no sé exactamente qué ventajas le veía a esto, pero José no estaba a gusto en Nazaret; por eso vio la oportunidad en Belén y anduvo informándose sobre piedra y madera de construcción, pues tenía idea de hacerse allí una casa.

En cuanto se informó, volvió al albergue de Jerusalén, llevó su ofrenda al Templo y se apresuró a volver a casa. Hoy, cuando iba por el campo de Kimki [Guinim], a unas seis horas de Nazaret, a eso de la medianoche, se le apareció un ángel que le avisó que fuera enseguida a Belén con María, pues el niño debía nacer allí. Le especificó todo lo que tenía que llevar consigo para el caso, le concretó que llevase pocas cosas y sencillas, y en particular, que no llevase ninguna manta bordada. Además del burro que montaría María debería llevar una burrita de un año que todavía no hubiese parido, y la debía dejar suelta, para seguir siempre el camino que tomara la burrita.

Hoy al anochecer, Ana y la Santísima Virgen fueron a Nazaret, pues sabían que llegaría José; sin embargo no parecían saber que María tuviera que viajar a Belén desde casa de Ana; creían que María traería al mundo a su niñito en su casa de Nazaret, pues vi que, empacadas en bolsas, las llevaron allí varios enseres que habían preparado. Entre otras cosas, vi varias envolturas de tela azul con capucha que creo eran para meter al bebé. José también llegó a Nazaret al anochecer.

NAZARET. JOSÉ ANUNCIA A MARÍA LA ORDEN DEL ÁNGEL

[Martes 13 de noviembre:]

Hoy vi a la Santísima Virgen con su madre Ana en la casa de Nazaret donde José las reveló lo que le habían anunciado la noche anterior. Ellas se volvieron enseguida a casa de Ana a equiparse para salir rápidamente de viaje. A Ana, este viaje la preocupaba.

La Santísima Virgen ya sabía que su niño tenía que nacer en Belén pero se había

callado por humildad; lo sabía por los escritos de los profetas sobre el nacimiento del Mesías que guardaba en su armarito de Nazaret. Los había recibido de sus maestras del Templo y aquellas santas mujeres la habían instruido en ellos, los leía a menudo y rogaba que se cumplieran. Su oración constante clamaba anhelante por el advenimiento del Mesías; siempre rogaba de antemano por la bienaventurada que daría a luz al niño santo, y en su humildad únicamente pretendía poderla servir como su criada más pobre y nunca pensó que pudiera ser ella misma.

Por eso ahora sabía por aquellas citas de los profetas, que el Salvador nacería en Belén. Aceptó de muy buena gana la voluntad de Dios y se puso de viaje, muy penoso para ella en aquella estación del año pues muchas veces ya se sentía frío en los valles de las montañas.

Hoy al anochecer vi que José y la Santísima Virgen, acompañados de Ana, María Cleofás y algunos criados, salieron de casa de Ana para emprender el viaje. María iba sentada en el asno a la amazona, en una cómoda silla, y José guiaba al burro, que también cargaba el equipaje. Llevaban también un segundo asno, que era en el que se volvería Ana. Cuando salieron de viaje, el marido de Ana estaba en el campo.

CAMPO DE GUINIM

[En los pastos de Ana dan una borriquilla a los viajeros. Ana y María Cleofás se vuelven. La Sagrada Familia para en una finca de Lázaro cerca de la ciudad de Guinim. El administrador intima con ellos.]

[Miércoles 14 de noviembre:]

Hoy por la mañana vi a los santos viajeros en una campiña, llamada de Guinim, a seis horas de Nazaret, donde antes de ayer se apareció el ángel a San José.

[Ana Catalina dijo:]

Este campo de Guinim, de varias horas de largo, tiene forma de pera. Hay otro campo llamado Guimmi más cerca de Nazaret, en una aldea de pastores que está muy alta, Guimmi o Guimchi, donde Jesús estuvo enseñando a los pastores del 7 al 9 de septiembre anteriores a su bautismo; los leprosos se habían escondido en sus casas. También curó allí a la posadera con hidropesía y los fariseos le insultaron.

Por el otro lado, al Suroeste de Nazaret y todavía más lejos, al lado de allá del arroyo Kisón, hay un poblado de leprosos, cabañas ruinosas en torno a un estanque que forma allí un afluente del Kisón. Jesús estuvo curando allí el 30 de septiembre anterior al bautismo.

El campo de Guinim por el que la Sagrada Familia ha viajado hoy está separado del otro campo de Guimmi por un arroyuelo o una rambla seca. Los nombres son tan parecidos que puedo haberlos trastocado fácilmente.

Ana tenía allí una dehesa adonde los criados fueron a buscar la borriquilla de un año que iba a llevar José. La burrita corría unas veces delante de la comitiva y otras detrás.

Allí, Ana y María Cleofás se despidieron conmovedoramente de los santos viajeros y se volvieron a casa con los criados.

La Sagrada Familia siguió su camino subiendo al Monte Guilboá. Seguían a la borriquilla, que siempre se colaba por atajos solitarios, y no atravesaron ningún pueblo. Los vi entrar en una finca de Lázaro que está puesta en una altura, no lejos de la ciudad de Guinim, hacia la parte de Samaria[1].

El encargado los acogió amistosamente pues los conocía de otro viaje; su familia era

íntima de Lázaro. Había allí avenidas y hermosos frutales; la casa estaba tan alta que desde la azotea se divisaba un panorama muy amplio. Lázaro la había heredado de su padre y Jesús se alojó allí muchas veces durante su predicación y estuvo enseñando en aquella comarca.

El encargado y su mujer charlaron amistosamente con la Santísima Virgen y se asombraron de que hubiera querido emprender un viaje tan largo en su estado cuando hubiera podido tenerlo todo tan a gusto en casa de Ana, su madre.

VIAJE NOCTURNO

[Descanso en el Terebinto de Abraham. María tiene frío. Vanas esperanzas de José. Como muestra el camino la borriquilla.]

[Noche del jueves 15 al viernes 16 de noviembre:]

Unas horas más allá del lugar anterior, la Sagrada Familia pasó de noche por un frío valle camino de una montaña. Era como si hubiera caído escarcha; se veía que la Santísima Virgen tenía frío y dijo a San José:

—Tenemos que descansar; no puedo seguir más.

Apenas dijo esto, la borriquilla que los acompañaba se paró debajo de un gran terebinto añoso que había por allí, cerca del cual había una fuente. Se detuvieron al pie del árbol; José extendió unas mantas para que se sentara la Santísima Virgen, la ayudó a bajar del asno y ella se sentó apoyada en el árbol, en cuyas ramas José colgó el farol que llevaba consigo, tal como he visto hacer muchas veces en este país a la gente que viaja de noche.

La Santísima Virgen rogó fervientemente a Dios que no la permitiese sufrir daño por el frío. Entonces de repente la traspasó un calor tan intenso que tendió sus manos a José para que calentase las suyas.

Aquí se repusieron un poco con panecillos y frutas que llevaban y bebieron agua de la fuente cercana, mezclada con bálsamo que José llevaba en una jarrita.

José estuvo dando mucho consuelo a la Santísima Virgen. ¡Es tan bueno! ¡Le duele tanto que el viaje sea tan penoso! Cuando María se quejó de frío, la habló del buen alojamiento que esperaba encontrar para ella en Belén; sabía de una casa de gente muy buena donde encontrarían un sitio cómodo por poco dinero; más valía pagar algo que no tener dónde alojarse. En general, alabó Belén y la consoló cuanto pudo.

A mí esto me inquietaba porque sabía lo distintas que serían las cosas. También fueron así para aquel santo las esperanzas humanas.

Hasta ese momento, en su viaje habían pasado dos riachuelos, uno de ellos por una pasarela que estaba alta; los dos burros los vadearon ambos. La borriquilla que corría suelta correteaba en torno a los viajeros de una forma extraña; por caminos cerrados o entre montañas, donde no podían equivocarse, corría unas veces delante y otras detrás, pero donde el camino se dividía, siempre reaparecía y tiraba por el camino justo, y donde tenían que descansar se quedaba quieta como aquí en el terebinto. Ya no sé si pasaron la noche bajo el árbol o si aún tuvieron que llegar a otro albergue.

Este terebinto era un árbol sagrado y muy viejo del bosque de Moreh cerca de Siquem. Cuando Abraham vino a la tierra de Canaán, tuvo aquí una aparición del Señor que le prometió esta tierra para sus descendientes, y Abraham erigió un altar debajo del terebinto. Antes de que Jacob fuera a Bethel a ofrendar al Señor, enterró al pie del terebinto los ídolos de Labán y las joyas que llevaba consigo su familia. Josué instaló bajo el terebinto el tabernáculo donde estuvo el Arca de la Alianza y mandó al pueblo reunido en

torno al árbol que renunciase a sus ídolos. También aquí los siquemitas saludaron por rey a Abimelec, hijo de Gedeón.

[Rechazados en un cortijo, se alojan en un cobertizo abierto dos horas al Sur del terebinto. La mujer del labrador les trae comida. Después de una hora monte arriba llegan a pasar el sabbat a un gran albergue. Se alojan en un cobertizo y José celebra el sabbat.]

[Viernes 16 de noviembre:]

Hoy vi que la Sagrada Familia llegó a una gran casa de labor, a unas dos horas al Sur del árbol. El ama estaba ausente y el hombre rechazó a San José diciéndole que siguiera más allá. Cuando siguieron otro trecho más, encontraron que la borriquilla corría a una cabaña de pastores vacía, a la que se dirigieron. Algunos pastores que estaban ocupados desbrozando estuvieron muy cordiales con ellos y les dieron paja y hatillos de juncos y leña menuda para encender la lumbre. Los pastores fueron también a la casa donde los habían rechazado y contaron a la señora de la casa, que ya había vuelto, lo bueno y cariñoso que era San José y lo bonita y maravillosamente santa que era su mujer; así que la mujer regañó al marido por haber rechazado a tan buena gente y se fue enseguida adonde había parado la Sagrada Familia, entró tímidamente y regresó enseguida a su casa a traerles algo de comer.

El sitio donde estaban ahora era la ladera septentrional de un monte que está poco más o menos entre Zebez y Samaria. Cerca de aquí, a Oriente y más allá del Jordán, está Succoz, y algo más al Sur y también del lado de allá está Ainón, y de este lado, Salim. Desde aquí puede haber a Nazaret sus buenas doce horas.

Al cabo de un rato llegó la mujer con dos niños y algunas provisiones adonde estaba la Sagrada Familia. Estaba conmovida y se disculpó amistosamente, y después que tomaron un bocado y descansaron, llegó también el marido a pedir perdón a José por haberle rechazado. También le aconsejó que siguieran una hora más monte arriba para llegar a un buen albergue antes que empezase el sabbat, y donde podrían pasarlo.

Entonces se pusieron en marcha y después que hicieron como una hora más de camino cuesta arriba, llegaron a un albergue con bastante buen aspecto consistente en varios edificios y un jardín de recreo rodeado de árboles, así como matas de bálsamo en espalderas. Este albergue todavía estaba en la ladera Norte.

La Virgen se apeó; José llevaba el burro. Se acercaron a la casa y cuando asomó el patrón, José le pidió posada, pero aquél se excusó porque tenía la casa llena de gente. También salió la posadera y cuando la Santísima Virgen se la acercó y la pidió alojamiento tan humilde y entrañablemente, la mujer quedó sobrecogida de emoción y el posadero tampoco pudo oponerse. Les hizo un sitio cómodo en una cabaña cercana e instaló al burro en un establo. La borriquilla no estaba aquí sino que corría libremente por aquellos parajes; siempre estaba ausente a menos que tuviera que señalar el camino.

José preparó allí su lámpara del sabbat y allí estuvieron rezando el sabbat la Santísima Virgen y él, devotos y conmovedores; comieron también unos bocados y luego descansaron sobre los colchones extendidos.

LA SANTÍSIMA VIRGEN ENSEÑA A LOS NIÑOS DEL POSADERO

[José va con él a pasear.]

[Sábado 17 de noviembre:]

La Sagrada Familia ha permanecido aquí todo el día de hoy rezando juntos. Vi que la señora de la casa y sus tres niños estaban con la Santísima Virgen, y que también vino a visitarla la mujer del posadero anterior con sus dos hijos. Se sentaron juntas con toda

confianza, muy impresionadas por el pudor y la sabiduría de María, a la que escuchaban con mucha emoción mientras charlaba con los niños y los enseñaba. Los niños tenían rollos de pergamino y María se los hacía leer; hablaba con ellos tan cariñosamente sobre lo que leían que los niños no podían apartar sus ojos de ella. Era muy dulce verlo, y más aún oírlo.

Después de mediodía, José y el posadero se dieron una vuelta por aquellos contornos, contemplaron los campos y los huertos y conversaban piadosamente, tal como siempre veo hacer en sabbat a la gente piadosa del país. La siguiente noche también se quedaron aquí.

PROSIGUEN VIAJE AL SURESTE

[Ojeada al templo de Garizim. Llegan al anochecer a una gran casa de pastores a una hora al Sureste de Siquem. Lo que Jesús hará aquí en el futuro.]

[Domingo, 18 de noviembre:]

Las buenas gentes de este albergue se habían encariñado extraordinariamente con la Santísima Virgen y sentían tierna compasión por su estado. La pidieron afectuosamente que se quedara a esperar aquí el alumbramiento; la enseñaron también la cómoda habitación donde querían instalarla. La señora de la casa la ofreció de corazón todo su cariño y sus cuidados.

Sin embargo, José y María reemprendieron temprano su viaje por la ladera suroriental del monte y penetraron en un valle de montaña. Cada vez se alejaban más de Samaria, adonde parecía llevarlos su camino anterior. A medida que se alejaban podían ver en la terraza del templo del Monte Garizim, que se ve desde muy lejos, muchas figuras de leones y de otros animales cuya blancura centelleaba al sol.

Luego los vi viajar unas seis horas más y a eso del anochecer, a cosa de una hora entre Mediodía y Poniente de Siquem, llegaron a una casa de campo de pastores donde los acogieron bien.

El hombre de la casa era guarda de los campos y huertos de frutales pertenecientes a una ciudad cercana. La casa estaba en la ladera y no en la llanura. Todo era aquí mejor y más fértil que en las comarcas por donde habían viajado hasta entonces, pues ésta era solana, lo que en la Tierra Prometida y en esta estación es una diferencia significativa. Desde aquí hasta Belén había muchas viviendas de pastores parecidas, dispersas por los valles.

Esta gente de aquí era de los pastores cuyas hijas se casaron con unos criados de los Reyes Magos que se quedaron en la Tierra Prometida. De uno de estos enlaces nació un chico al que Nuestro Señor curó a instancias de la Santísima Virgen el 31 de julio (día 7 de Ab) de su segundo año de predicación, después de hablar con la samaritana. En su viaje a Arabia tras la resurrección de Lázaro, Jesús lo tomó de compañero junto con otros dos jóvenes, y más adelante se convirtió en uno de los discípulos. Jesús se paró allí muchas veces a enseñar y aquí en la casa había niños que José bendijo antes de salir.

SOBRE LA FORMA DE VIAJAR

[Prosiguen viaje. Rechazados groseramente por un labrador seis horas más al sur, descansan en un cobertizo abierto. El camino hasta aquí.]

[Lunes 19 de noviembre:]

Hoy los vi más veces por camino llano. La Santísima Virgen a veces va andando y a menudo descansan en sitios cómodos y toman algo. Llevan panecillos y una bebida que

refresca y tonifica al mismo tiempo, que llevan en una jarrita muy adornada que tiene dos asas y que brilla como si fuera un mineral parduzco: es bálsamo que mezclan con el agua. Muchas veces recogen las bayas y frutos que todavía cuelgan de los árboles y arbustos en algunos sitios muy soleados.

La silla encima del burro donde va montada María tenía a derecha e izquierda soportes para descansar los pies, que María llevaba ocultos de modo que no iban colgando como entre nosotros, cuando se viaja por el campo. El movimiento es sumamente tranquilo y decoroso. La Santísima Virgen se sienta alternativamente a derecha o izquierda de la montura.

Lo primero que hacía José en cada parada y en cada alojamiento era prepararle un asiento cómodo y un sitio para que descansase; él se lavaba los pies a menudo, y María también; por lo demás, se lavaban con mucha frecuencia.

Ya estaba oscuro cuando llegaron a una casa aislada. José llamó a la puerta y pidió alojamiento, pero el hombre de la casa no le quiso abrir, y cuando José le hizo presente el estado de María, que no podía seguir más, y que él no pedía albergue gratis, aquel hombre duro replicó indignado que esto no era una posada, ni quería que le molestaran ni sufría que le aporreasen la puerta, y que siguiera su camino. Aquel hombre implacable ni siquiera abrió la puerta, sino que le gritó sus duras palabras a través de la puerta cerrada.

Así que María y José siguieron su camino un corto trecho y se recogieron en un cobertizo donde encontraron a la borriquilla. José encendió el farol y, con ayuda de la Santísima Virgen, la preparó un lecho. También metió dentro al borrico, para el que encontró pienso y paja. Rezaron, tomaron un bocado y durmieron unas horas.

Desde el último alojamiento hasta aquí debe haber seis horas de camino; estaban a 26 horas de Nazaret y a diez de Jerusalén.

Hasta el momento no habían viajado por ninguna gran carretera, pero habían atravesado varias de las rutas comerciales que van del Jordán a Samaria y que desembocan en los caminos militares de Siria a Egipto. Los caminos laterales por los que van son muy estrechos y, sobre todo en montaña son tan angostos que para ir por ellos sin tropiezo hay que ser muy experto, pero los burros van por ellos con gran seguridad. Aquí apenas hay albergues.

FRONTERA DE SAMARIA Y JUDEA

[La higuera sin fruto al Noreste de Betania. Albergue donde el posadero los increpa pero la mujer los admite. Se alojan con ricos labradores; acogida tibia. Jesús visitó estas casas después de su bautismo. Dirección del camino; por qué paran tantas veces.]

[Martes, 20 de noviembre:]

Dejaron el alojamiento antes de amanecer; ahora el camino volvía a subir un poco. Me parece que rozaron el camino que lleva de Gabara a Jerusalén, y que por allí estaba la frontera entre Samaria y Judea. Los volvieron a rechazar groseramente en otra casa.

En esto pasó que cuando estaban aún varias horas al Noreste de Betania, María imploró insistentemente parar a tomar algo, y entonces José se apartó una media hora del camino y la llevó donde sabía que había una hermosa higuera que siempre estaba llena de higos; el árbol estaba rodeado de bancos.

José lo conocía de un viaje anterior, pero cuando llegaron, el arbolito no tenía fruta, lo que les afligió mucho. Creo recordar confusamente que más tarde algo le pasó con Jesús a este árbol. Estaba verde pero no tenía fruta y me parece que el Señor la maldijo en un

viaje, huyendo de Jerusalén, y se secó[2].

En esto se acercaron a una casa donde el hombre al principio estuvo muy grosero con José, que humildemente le pedía alojamiento. Alumbró la cara a la Santísima Virgen e increpó a José: «Para dar tumbos con una mujer tan joven, muy celoso tenía que estar». Pero luego vino el ama de casa, se apiadó de la Santísima Virgen y les asignó con todo cariño un sitio en un edificio contiguo y también les llevó panecillos para que repusieran fuerzas. El marido también se arrepintió de su grosería y después estuvo muy cariñoso con los santos viajeros.

De allí fueron a una tercera casa habitada por gente joven, en la que vi a un anciano que vagabundeaba apoyado en un bastón. Allí los acogieron pasablemente pero no especialmente bien, ni se preocuparon mucho de ellos. Estos no eran simples pastores, sino labradores ricos de aquel país, liados con el mundo, el comercio y cosas parecidas.

Después de su bautismo el 1 de Tisri (20 de octubre), Jesús visitó una de estas casas y encontró adornado para oratorio el lugar donde habían reposado sus padres. No sé exactamente si era la casa donde al principio el marido increpó a San José. Recuerdo confusamente que esta gente lo arregló así justo después de los milagros que pasaron en el Nacimiento.

Hacia el final del camino, José hizo muchas paradas, pues el viaje se le hacía cada vez más penoso a la Santísima Virgen. Siguieron el camino por el que se metía la borriquilla, con lo que rodearon Jerusalén por Oriente; fue un rodeo de día y medio por lo menos.

El padre de José había tenido prados por aquí, y José conocía muy bien estos parajes. Si hubieran ido hacia el Sur cortando el desierto por detrás de Betania, seguro que hubieran llegado a Belén en seis horas, pero ese camino era montuoso y en ésta época del año muy incómodo, así que siguieron a la borriquilla por los valles, acercándose cada vez más al Jordán.

ALOJAMIENTO EN UNA GRAN CASA DE PASTORES ENTRE JERICÓ Y BELÉN

[El amo de la casa los recibe amistosamente, la dueña está trastornada y no se deja ver. Jesús la cura treinta años después.]

[Miércoles, 21 de noviembre:]

Hoy vi que los santos viajeros se alojaron a pleno día en una casa grande de pastores que debía estar a unas tres horas del sitio donde más adelante bautizó Juan en el Jordán, a unas siete horas de Belén.

Era la misma casa en la que treinta años después Jesús pernoctó el 11 de octubre, antes de su primera mañana tras el Bautismo de Juan. Al lado de la casa había un granero separado, donde guardaban los aperos de labranza y de los pastores. En el patio había una fuente rodeada de baños que recibían agua de los caños que venían de la fuente. El dueño de la casa debía tener muchos campos, porque había allí mucho ajetreo y muchos criados que iban, venían y comían aquí.

El hombre de la casa recibió a los viajeros muy amistosamente, pues era muy servicial. Los llevaron a un sitio cómodo y se ocuparon bien del asno, hizo que un criado lavara los pies a José junto a la fuente y que le pusiera otros vestidos hasta que le quitara el polvo y planchara los de José. Una criada prestó los mismos servicios a la Santísima Virgen. Allí comieron y durmieron.

El ama de casa estaba un poco trastornada; vivía apartada y se mantenía distante,

pero atisbaba a hurtadillas a los viajeros, y como era joven y vanidosa se enfadó a causa de la belleza de la Santísima Virgen, a lo que se añadía el temor de que la Santísima Virgen la hablara de quedarse a dar a luz aquí, así que displicentemente, no compareció.

Esta fue la misma mujer que Jesús encontró allí, ciega y encorvada, treinta años después, el 11 de octubre después de su bautismo, y a la que curó tras recordarle su falta de hospitalidad y su petulancia.

En la casa también había niños. La Sagrada Familia pasó la noche aquí.

ÚLTIMO ALOJAMIENTO ANTES DE BELÉN EN UN LUGAR DONDE JOSÉ TIENE PARIENTES

[En el albergue hay un funeral. Bien acogidos.]

[Jueves 22 de noviembre:]

Hoy a eso de mediodía vi que la Sagrada Familia ha reanudado su viaje desde el alojamiento de ayer, y que algunos moradores de la casa los han acompañado un trecho del camino.

Tras un corto viaje de unas dos horas hacia Poniente, llegaron a un lugar donde a ambos lados de una gran carretera había dos filas de casas no muy juntas, con jardines y patios delanteros. José tenía parientes que vivían aquí, hijos del segundo matrimonio de un padrastro o madrastra; la casa estaba bien y tenía muy buen aspecto.

Sin embargo ellos atravesaron todo el lugar y luego fueron media hora hacia la derecha en dirección a Jerusalén, a un gran albergue en cuyo patio había un surtidor con muchos caños. Se había congregado mucha gente porque se estaba celebrando un funeral.

El interior de la casa, en cuyo centro estaba el hogar con su campana de humos, lo habían convertido en gran salón al retirar los tabiques de madera bajos y móviles que normalmente separaban varios cuartos cerrados. Detrás del hogar colgaban colchas negras, y delante había una especie de envoltorio negro parecido a un féretro, en torno al cual rezaban congregados muchos hombres con largos trajes negros y otros blancos más cortos encima; algunos llevaban colgando del brazo manípulos [cintas anchas de carácter litúrgico] con flecos.

En otra sala, las mujeres, todas envueltas en velos hasta el suelo, estaban sentadas en cofres bajos, se condolían y plañían.

La gente del albergue, que estaba ocupada con el duelo, solo los recibieron de lejos, pero la servidumbre de la casa los recibió muy cariñosamente y les dispensó toda clase de atenciones. Prepararon para ellos un cuarto aparte dejando caer las esteras que estaban arrolladas arriba, para que se encontraran como en una tienda de campaña.

En esta casa estaban apoyados en la pared muchos lechos enrollados y podían formarse muchas celdas separándolas con esteras.

Más adelante vi que los del albergue visitaron a la Sagrada Familia y conversaron muy cordialmente con ellos; ya no llevaban los sobretodos blancos sobre los trajes negros. Después que José y María se refrescaron y tomaron un poco de comida, rezaron juntos y se entregaron al reposo.

ÚLTIMO TRAMO HASTA BELÉN

[Buena voluntad de la gente del albergue. Vanas esperanzas de José acerca de Belén.]

[Viernes, 23 de noviembre:]

José y María salieron de aquí para Belén hoy a eso de mediodía; todavía les

quedaban tres horas de camino. El ama de casa les rogó que se quedaran, pues el parto de María parecía cuestión de horas. Pero María, con el velo echado, respondió que todavía faltaban 36 horas; no estoy segura si dijo 38. La mujer los hubiera retenido con mucho gusto, pero no en su misma casa sino en otro edificio.

Al partir, José habló con el posadero de los burros de éste y los alabó mucho y dijo que él también llevaba consigo una borriquilla para empeñarla en caso de necesidad.

Como los del albergue insistían en la dificultad de encontrar alojamiento en Belén, José les dijo que allí tenía amigos que seguramente los acogerían bien. Me dolía que hablara con tanta seguridad de buena acogida; por el camino volvió a hablar de ello con María, y es que se ve que la gente muy santa también puede equivocarse.

BELÉN. LLEGADA DE LA SAGRADA FAMILIA

[El censo romano en la casa paterna de José. José censado. Sobre el tributo que se pagaba en tres plazos.]

[Viernes 23 de noviembre:]

El camino desde el último albergue a Belén debe llevar unas tres horas. Rodearon a Belén por el Norte y se acercaron a la ciudad desde Poniente. Hicieron alto debajo de un árbol a la vera del camino; María bajó del asno y se arregló la ropa.

Luego José fue con ella a un gran edificio rodeado de jardines y de otros edificios menores que estaba a unos minutos de Belén. Delante tenía árboles y alrededor acampaba mucha gente y había muchas tiendas. Era la vieja casa solariega de David y antigua casa del padre de José; todavía vivían en ella parientes o conocidos de José pero estuvieron muy distantes con él, como si no lo conocieran. Ahora está aquí la Casa de Recaudación del Tesoro Romano.

Llevando el asno del ronzal, José fue enseguida a la casa con la Santísima Virgen, pues todo recién llegado tenía que inscribirse en ella y recibir una cédula sin la cual no se le permitía estar en Belén.

[Después de varias pausas, la narradora, que estaba en contemplación, dijo lo siguiente:]

La borriquilla que andaba suelta no se fue con ellos, sino que correteaba al Sur de la ciudad, donde el valle está llano.

José ha entrado en la casa. María está en un casita junto al patio con unas mujeres muy acogedoras que la dan de comer… Son mujeres que cocinan para la tropa… Los soldados son romanos… tienen esas correas colgando alrededor de las caderas… Aquí hace un tiempo agradable, nada de frío… El sol brilla sobre los montes que hay entre Jerusalén y Betania, que desde aquí se ven muy bonitas…

José está en una sala grande que no está en la planta baja. Le preguntan quién es y lo buscan en un largo rollo de los muchos que cuelgan de las paredes. Lo desenrollan y leen en voz alta su estirpe, así como el linaje de María; José parecía no saber que María procediera en línea tan directa de David a través de Joaquín; pues José mismo procede de un vástago anterior de David… El hombre le pregunta:

—¿Dónde tienes a tu mujer?

A causa de muchos desórdenes de todo género, hace siete años que no censaban como es debido a la gente de este país. Veo los números V y II que hacen siete [Hizo estos números con los dedos]. El tributo ya está en curso desde hace un par de meses. En estos siete años algo se ha pagado aquí y allá, pero nada en serio. La gente todavía tendrá que

pagar dos veces más, y algunos se quedarán aquí tres meses.

José llegaba un poco retrasado al impuesto pero le trataron amistosamente. Hoy todavía no ha pagado, pero le preguntaron sus medios de fortuna y explicó que no tenía terrenos, y que vivía de su oficio y de la ayuda de su suegra.

En varias salas de la casa hay un montón de escribanos y funcionarios importantes. Arriba están los romanos y también muchos soldados. Hay fariseos y saduceos, sacerdotes, ancianos y toda clase de escribanos y funcionarios de ésos, tanto por parte romana como judía. En Jerusalén no hay una comisión de éstas, pero sí en muchos otros lugares del país, como Magdalum junto al Mar de Galilea, donde tiene que ir a pagar la gente de Galilea y también gente de Sidón, según creo, algunos a causa de sus negocios mercantiles. Únicamente tienen que ir a su lugar de nacimiento los que no están avecindados o no se pueden estimar sus bienes raíces.

El impuesto tiene que pagarse en tres partes de ahora en tres meses, y cada pago tiene distinto destino: del primer pago participan César Augusto, el rey Herodes y otro rey más que vive cerca de Egipto, que hizo algo en la guerra y tiene cierto derecho arriba, en una comarca del país, por cuya causa tienen que darle algo.

El segundo pago se destina a la construcción del Templo, algo así como si se estuviera pagando una deuda que tuviera contraída.

El tercer pago debería ser para los pobres y las viudas, que no han recibido nada desde hace mucho tiempo, pero les llega muy poco, igual que hoy día. Los motivos que se exponen son justos, pero el dinero se queda en las manos de los grandes. El griterío y los aspavientos eran horribles, talmente como si fuera …ico [Brentano no recoge la primera parte de esta palabra, tal vez: ¿diaból?…ico].

A José le despidieron arriba, y cuando bajó, en un pasillo llamaron también a la Santísima Virgen ante el escribano, pero no la leyeron nada en voz alta. También le dijeron a José que no hubiera sido necesario que trajera a su mujer consigo, y parecieron chancearse a causa de la juventud de María. José se avergonzó delante de María, pues temía que pensara que no le respetaban en su pueblo natal.

JOSÉ BUSCA ALOJAMIENTO EN BELÉN

[María se sienta y espera bajo un árbol. Van a la Cueva del Pesebre que está fuera de Belén.]

Entonces fueron a Belén, que está bastante desparramado, y adonde se entra pasando murallas derrumbadas por una puerta también derruida. María se quedó con el burro justo al principio de la calle y José fue a buscar alojamiento ya en las primeras casas pero sin éxito porque había muchos forasteros en Belén y todo era correr de aquí para allá. José regresó y le dijo a María que aquí no encontraba albergue; que si le parecía bien podrían entrar un poco más en la ciudad.

José iba delante con el burro del ronzal, y la Santísima Virgen le seguía junto a éste. Cuando llegaron a la entrada de otra calle, María volvió a quedarse con el animal mientras José buscaba una vez más alojamiento de casa en casa, pero fue en vano y otra vez volvió atribulado. Esto se repitió varias veces, y muchas veces la Santísima Virgen tuvo que esperar mucho tiempo. Belén estaba lleno de gente por todas partes y en todas partes rechazaban a José. Entonces dijo a María que irían a otra parte de Belén, donde seguro que encontrarían alojamiento.

Deshicieron un trecho del camino que habían traído y luego torcieron al Sur. Iban

con toda timidez por una calle que más parecía un camino rural, pues las casas estaban construidas en colinas un poco apartadas. También aquí la búsqueda fue en vano.

Al otro lado de Belén, donde las casas ya estaban dispersas, llegaron a una plaza despejada en una hondonada que era como un campo; estaba un poco solitaria. Había allí una especie de cobertizo, y no lejos de él un árbol grande y extenso que daba sombra igual que un gran tilo. Tenía el tronco liso y sus ramas se extendían alrededor como una techumbre.

José llevó a la Santísima Virgen a este árbol y la preparó debajo de él con los fardos de viaje un cómodo asiento junto al tronco para que pudiera descansar mientras él seguía buscando alojamiento por las casas del contorno. El burro estaba de pie con la cabeza vuelta al árbol.

Al principio María estaba de pie, apoyada en el árbol; su amplio vestido de lana blanca no tenía ceñidor y la colgaba suelto en amplios pliegues. Cubría su cabeza con un velo blanco. Mucha gente pasaba por delante, la miraba y no sabía que el Salvador estaba muy cerca.

La Santísima Virgen era muy paciente, muy humilde y estaba muy llena de esperanza pero ¡ay! tuvo que esperar mucho tiempo, y se sentó en la manta con las piernas cruzadas. Así sentada, tenía la cabeza gacha y las manos sobre el pecho.

José volvió afligido a su lado: no había encontrado alojamiento. Los amigos de los que había hablado a la Santísima Virgen, casi no querían ni reconocerle. José lloraba y María lo consoló. Volvió a buscar de casa en casa pero en todas partes aún lo rechazaban más cuando alegaba el próximo parto de su mujer como motivo principal de sus ruegos. El paraje era solitario pero al final se quedaron allí unos transeúntes que la miraban desde lejos con curiosidad, tal como suele hacerse cuando se ve a alguien parado mucho rato en la oscuridad. Me parece que algunos incluso les hablaron y les preguntaron quiénes eran.

Finalmente regresó José, tan afligido que venía temblando. Dijo que todo había sido en vano, pero que él sabía un sitio cerca de la ciudad donde podrían quedarse, que era de unos pastores que muchas veces solían instalarse allí cuando traían ganado a la ciudad; en cualquier caso allí encontrarían techo. Él lo conocía desde su juventud, pues cuando sus hermanos le atormentaban se retiraba a rezar allí a esconderse de ellos. Si acaso vinieran los pastores se arreglaría fácilmente con ellos, pero no iban mucho por allí en esta época del año. En cuanto la Santísima Virgen descansara, quería ir a dar un vistazo.

Entonces salieron de Belén por su parte oriental, por un sendero solitario que doblaba a la izquierda. El camino era como cuando se va a lo largo de las murallas en ruinas, tapias y fosos de una ciudad pequeña. Al principio el camino subía un poco; luego bajaron una colina y llegaron a una loma o muralla antigua a unos minutos a oriente de Belén. La loma tenía delante un sitio agradable con distintos árboles, coníferas, cedros o terebintos, y otros árboles no tenían hojas, como entre nosotros el boj. El paraje era de esos que hay al final de las murallas en ruinas de una pequeña ciudad.

[A fin de no estar interrumpiendo la narración más adelante, se describirán ahora en la medida de lo posible el entorno de esta colina y la disposición interior de la Cueva del Pesebre según los datos que Ana Catalina dio en varias ocasiones:]

DESCRIPCIÓN DE LA CUEVA DEL PESEBRE Y DE SU ENTORNO

El abrigo donde José buscó albergue a la Santísima Virgen se encontraba junto a otras simas y cuevas en el extremo meridional de aquella colina en torno a la cual tuerce el

camino del Valle de los Pastores.

Entrando desde el lado de Poniente, la puerta de la cueva llevaba por un estrecho pasadizo a un ensanchamiento medio redondo, medio triangular, que está a Oriente dentro de la colina. La cueva era de roca natural, y solo tiene un rústico muro que la completa un poco por su parte meridional, por donde pasa junto a ella el camino al Valle de los Pastores.

Por este lado de Mediodía había otra entrada a la cueva que normalmente estaba cerrada, pero que José volvió a poner en uso. Saliendo por esta puerta y volviéndose a la izquierda se encontraba la ancha entrada a una bóveda estrecha e incómoda que se internaba bajo la Cueva del Pesebre.

Desde la entrada normal de la cueva, que es la que mira a Poniente, solo podían verse algunos tejados y torres de Belén. Si uno tuerce a la derecha saliendo por esta puerta, se llega a la entrada de una cueva oscura que está más abajo, donde una vez estuvo escondida la Santísima Virgen.

Delante de la entrada oriental [sic; debe ser errata por «occidental»] había un porche ligero de cañizo sostenido por postes que se extendía junto a la parte meridional de la cueva y por encima de la entrada que hay allí, para poder estar a la sombra delante de la cueva. En su lado meridional, la cueva tiene tres lumbreras y respiraderos, revestidos de muro y enrejados, y en el techo de roca que, cubierto de césped, forma el final de la loma en la que está situada Belén, había otra abertura parecida.

Según las reiteradas descripciones de la narradora, el interior de la cueva tenía aproximadamente la siguiente disposición: Entrando por su parte occidental por una puerta ligera de zarzo, se llegaba a un pasadizo de regular anchura que terminaba en una bóveda irregular medio redonda, medio esquinada, que se ensanchaba especialmente por su parte Sur, de modo que el plano de conjunto de la cueva podía compararse a una cabeza que descansara sobre su cuello.

Si se entraba por el cuello de la cueva, que no era tan alto, la gruta era más alta y estaba abovedada en forma de caverna por la Naturaleza y se podía estar de pie; el suelo iba bajando gradualmente en escalones. Todo alrededor de las paredes, el suelo estaba más alto y circundado por un banco bajo de piedra de anchura variable.

Allí donde las paredes de la cueva eran naturales, eran agradables y limpias aunque no fueran lisas y para mí tenían algo acogedor que me gustaba más que los rústicos y bastos añadidos de mampostería, como por ejemplo la parte superior de la pared meridional de la entrada, donde habían hecho tres respiraderos o lumbreras y, si mal no recuerdo, donde también he visto tres agujeros inclinados a media altura de la bóveda que venían desde el costado meridional al oriental.

En el lado norte del pasadizo se abría la entrada a una cuevecita lateral y pasando junto a ella estaba el sitio donde José encendió la lumbre. Luego esta pared torcía al noreste en la cueva más alta y ancha, y aquí estaba el sitio donde después estuvo la acémila de José, encima de la parte más ancha del banco de piedra que rodeaba por dentro a la cueva.

Detrás de esto, entrando en la roca hacia el norte, todavía había una cueva en un rincón, poco más o menos lo bastante grande para que cupiese el burro, en la que había pienso. Luego la pared de la gruta torcía al sureste y contorneaba el interior ensanchándola hacia el Sur para volver finalmente al norte en la entrada de la cueva.

La Santísima Virgen se encontraba en el extremo oriental de la cueva, justo enfrente de la entrada, cuando la luz del mundo salió de ella.

En el costado occidental del ensanchamiento meridional de la gruta estaba el pesebre donde fue adorado el Niño Jesús; consistía en un abrevadero en el suelo, que era

una piedra ahuecada en forma de artesa que servía para abrevar a los animales, y sobre ella un receptáculo cuadrangular y alargado, hecho de palos entrelazados y más ancho por arriba que por abajo, levantado sobre cuatro patas lo bastante altas para que el ganado pudiera comer cómodamente la hierba o heno que hubiese en él o, agachando la cabeza, beber el agua que hubiera en el abrevadero de debajo.

Cuando los Reyes Magos ofrecieron sus dones, la Santísima Virgen se sentó con el Niño Jesús frente al pesebre en el lado oriental de esta parte de la gruta.

Si uno dobla a Poniente desde el sitio del pesebre hacia lo que he llamado cuello de la cueva, primero se pasa junto a la puerta que ya dije antes que José volvió a abrir, y luego se entra en la cámara de San José, que él separó más adelante con algunos mamparos en el lado meridional de este pasadizo. En este lado había un entrante en la pared donde apartó todos los trastos.

El camino al Valle de los Pastores discurría junto al costado meridional de la Cueva del Pesebre. Por allí están diseminadas algunas casitas en las colinas y por los campos también hay cobertizos rodeados con paredes de zarzo y cubierta de cañizo apoyada en cuatro, seis u ocho postes.

A Oriente de la cueva, la colina se hunde en un valle que está cerrado por el norte y que tenía un cuarto de hora de ancho. Aquí en la ladera había árboles, arbustos y huertos, y si uno se internaba por la alta y abundante hierba del prado donde manaba una fuente, atravesaba los árboles plantados en hileras y se alejaba hacia la altura oriental de este valle, se llegaba por este agradabilísimo camino al sureste de la Cueva del Pesebre, a un espolón de la loma, donde estaba la Cueva de Maraha, la nodriza de Abraham, también llamada Cueva de la Leche o de los Lactantes, en la que la Santísima Virgen a veces estuvo con el Niño.

Encima de esta cueva había un árbol grande que tenía asientos adosados, desde el que se podía contemplar Belén mejor que desde la Cueva del Pesebre.

Varias veces he oído los presagios ocurridos en el Viejo Testamento en la Cueva del Pesebre, de los que todavía recuerdo que fue allí donde al cabo de siete años de penitencia Eva engendró y dio a luz a Set, el hijo de la Promesa.

Aquí la dijo un ángel que Dios la había dado esta semilla a cambio de Abel. Aquí, y en la cueva sepulcral de Maraha, estuvo escondido y fue amamantado Set, a quien perseguían sus hermanos como a José los hijos de Jacob.

En las cuevas en que vivían los hombres en los primeros tiempo, muchas veces he visto que hacían hoyos en las rocas para descansar cómodamente ellos y sus hijos encima de hierbas o pieles de animales; así que quizá el hoyo que hay en el banco de piedra que está debajo del pesebre pudo haber sido el lecho de Set o de un habitante posterior, pero en este momento ya no estoy segura.

De mis contemplaciones de los años de enseñanza de Jesús, recuerdo también que el 6 de octubre después de su bautismo, el Señor pasó el sabbat aquí en la Cueva del Pesebre que los pastores ya habían convertido en oratorio, y en aquella ocasión dijo a los pastores que cuando María fue concebida, su Padre Celestial ya había predestinado este lugar.

LA TUMBA DE MARAHA

Abraham tuvo una nodriza, llamada Maraha, a la que apreciaba mucho. La nodriza llegó a edad avanzada, y Abraham siempre la llevaba a camello en sus caravanas. En Succoz vivió mucho tiempo con él y después, en sus últimos días vivió aquí en el Valle de

los Pastores, donde Abraham puso sus tiendas en la zona de esta cueva. Cuando Maraha ya era más que centenaria y se acercaba su muerte, rogó a Abraham que la enterrara en esta cueva, de la que habló proféticamente y a la que dio el nombre de Cueva de la Leche o de los Lactantes[3].

Aquí ocurrió algo milagroso y brotó una fuente, pero lo he olvidado. La cueva era entonces un pasadizo alto y estrecho abierto en una masa de piedra blanca que no era dura. A un costado, un filón de esta masa se estrechaba sin llegar al techo y si uno se subía en él, alcanzaba la entrada de otra caverna que estaba más alta. Por debajo de la cueva hay también varios túneles que se introducen profundamente en la loma.

Más tarde, Abraham ensanchó la cueva al labrar la tumba de Maraha en la masa que estaba al costado. Tenía por debajo un grueso bloque de piedra en el que descansaba una especie de abrevadero macizo sobre patas cortas y gruesas que terminaban por arriba como con almenas. Se podía mirar entre este cajón de arriba y el bloque de piedra de debajo, y ahora me sorprende que en tiempo de Jesús no se ve nada allí dentro.

La Cueva de la Tumba de la Nodriza tenía algo de premonición con la persecución de la madre que amamantaba al Salvador, pues en la historia juvenil de Abraham hubo también una persecución que era una prefiguración, y su aya le había salvado la vida en esta cueva. Lo que todavía recuerdo de ello a grandes rasgos es como sigue:

El rey de la patria de Abraham soñó, o le profetizaron, que nacería un niño que sería peligroso para él, y el rey tomó medidas contra él. La madre de Abraham mantuvo escondido su embarazo, lo alumbró en una cueva y su aya Maraha lo amamantó en secreto.

Maraha vivía como pobre esclava trabajando en un terreno salvaje junto a la cueva donde había amamantado al niño Abraham. Después se lo llevaron sus padres, y gracias a su tamaño descomunal lograron hacerle pasar por un niño nacido antes de la profecía. Poco después, cuando ya era un chiquillo, volvió a estar en peligro otra vez a causa de algunas manifestaciones milagrosas y el aya huyó con él a un escondite; vi que se lo llevaba en secreto atado a su cuerpo bajo su ancho manto. En aquella ocasión asesinaron a muchos niños de su tamaño.

Esta cueva ha sido lugar de oración desde los tiempos de Abraham, especialmente para madres con niños de pecho, y esto era profético, pues en el aya de Abraham se veneraba prefiguradamente también a la Santísima Virgen tal como Elías la vio en la nube que traía lluvia y la erigió un oratorio en el Carmelo. Al amamantar al patriarca del linaje de la Santísima Virgen, Maraha contribuyó con su leche a la llegada del Mesías.

Mira, no lo puedo expresar exactamente, pero era como un pozo profundo hasta la fuente de la vida, del que siempre sacaron agua hasta que brotaron las claras aguas de María.

[En su sueño extático la narradora se expresó así sobre ello:]

El árbol que estaba encima de la cueva era un gran árbol de sombra igual que un tilo grande: ancho por abajo y puntiagudo por arriba; era un terebinto con grandes semillas oleaginosas que son comestibles. Abraham y Melquisedec una vez estuvieron reunidos debajo del árbol, ya no sé en qué ocasión. José ensanchó aun más la cueva y tapó sus profundas prolongaciones.

El árbol está en lo alto de esta loma, y debajo de ella hay una puerta inclinada que lleva por un pasillo o una especie de vestíbulo, a una puerta bien vertical que lleva a la tumba misma, cuyo espacio interior era entonces más bien redondo que cuadrado. Los pastores se instalaban a menudo en la parte delantera.

Este árbol es grande y añoso y daba mucha sombra; era sagrado para los pastores y

la gente del contorno así como para los peregrinos que solían descansar y orar allí. Ahora ya no sé la historia del árbol, pero tiene relación con Abraham y quizá lo plantó él. Tenía a su lado un fogón para hacer lumbre que podía taparse; delante del árbol había también una fuente cuya agua venían a buscar los pastores en determinadas épocas, convencidos de que era especialmente curativa. A ambos lados del árbol había unas chozas abiertas para dormir en ellas. Todo ello estaba cercado con un seto[4].

LA SAGRADA FAMILIA VA A LA CUEVA DEL PESEBRE

[José limpia, enciende la lámpara, se ocupa del agua y de la lumbre y hace la comida. Prepara un lecho para María y una celda para sí. Va a la ciudad y vuelve tarde.]

[Viernes, 23 de noviembre:]

El sol ya estaba muy bajo cuando llegaron a la entrada de la cueva. La borriquilla que había venido con ellos y que cuando estuvieron en la casa de José se marchó a corretear por los alrededores de la ciudad, vino con ellos justo en el momento de llegar a la cueva y saltaba y jugaba alegremente a su alrededor; por eso la Santísima Virgen dijo a San José:

—Mira, seguro que es voluntad de Dios que nos alojemos aquí.

Pero José estaba muy atribulado y silenciosamente avergonzado por haber hablado tanto de la buena acogida que tendrían en Belén. Instaló al borrico bajo el porche de delante de la cueva y allí mismo preparó un asiento para la Santísima Virgen, en el que ella se dejó caer mientras José hacía luz, abría la ligera puerta de cañizo y entraba en la cueva.

La entrada de la cueva era estrecha pues estaban apoyados en la pared muchos hatos de paja, como cañizos, sobre los que colgaban esteras pardas, y detrás, en la bóveda de la cueva propiamente dicha, había también muchos objetos que estorbaban. José despejó y sacó afuera lo necesario para preparar a la Santísima Virgen un sitio cómodo para reposar en el lado oriental de la cueva. Luego sujetó una lámpara encendida en la pared de la oscura caverna e introdujo a la Santísima Virgen, que se instaló encima del lecho preparado por José con las mantas y fardos. José se disculpó muy humildemente por el mal alojamiento, pero María estaba alegre y contenta, con mucho recogimiento.

Cuando la Santísima Virgen ya estaba descansando, José se apresuró a ir con el odre de cuero que llevaba a un arroyuelo muy estrecho que corría por el prado del valle de detrás de la loma, sujetó el odre con dos estacas en la fuente para que se llenase de agua y lo llevó a la cueva. A continuación fue al pueblo por unos platitos, algo de fruta y unos hatillos de leña.

Se acercaba el sabbat y en las esquinas de las calles de la ciudad había puestos preparados con los víveres más indispensables para tantos forasteros que los necesitaban. Las cosas tenían el precio al lado. Me parece que los que estaban en los puestos eran criados o no eran judíos, ya no lo sé con certeza.

José volvió y trajo carbones encendidos en una especie de brasero enrejado que tenía un mango abajo, y los vertió junto a la pared septentrional de la entrada de la cueva para hacer una pequeña lumbre. Para el viaje, José había traído este brasero así como otros enseres pequeños. Los hatillos de leña consistían en palitos delgados que estaban muy bien atados con juncos gruesos.

Luego José preparó algo de comer, que consistió en gachas de granos amarillos y una fruta grande asada que al comerla tenía dentro muchas pipas por todas partes. Además tenían panecillos planos. Después de comer rezaron algo más y José le hizo la cama a la Santísima Virgen.

Encima de un lecho de juncos extendió una manta de esas que describí antes de las que preparaban en casa de Ana, y puso de almohada una manta arrollada.

Después metió al burro dentro y lo ató donde no estorbara, tapó las aberturas de la cueva para que no hubiera corrientes y luego se preparó su propia yacija a la entrada de la cueva.

Como entonces empezaba el sabbat, la Santísima Virgen y él se pusieron de pie bajo la lámpara, rezaron la oraciones del sabbat y a continuación tomaron su austera comida edificantemente.

Acto seguido, José salió de la cueva y fue a la ciudad; pero María se arropó para entregarse al reposo.

Mientras José estuvo ausente, vi rezar de rodillas por primera vez a la Santísima Virgen. Se arrodilló en su lecho y luego se tumbó en su manta de costado, vuelta hacia el rincón; su cabeza descansaba en su brazo que apoyaba en la manta enrollada. José tardó en volver; estaba afligido, creo que lloraba. Rezó algo más y se tendió humildemente en su lecho a la entrada de la cueva.

MARÍA CONCLUYE EL SABBAT EN LA TUMBA DE MARAHA

[José compra enseres en Belén después del sabbat. Vuelve a llevar a María a la Cueva del Pesebre, toma algunas disposiciones y, como Jesús se acerca, se prosterna en su celda a rezar.]

[Hoy la narradora estaba muy enferma y solo pudo contar lo poco que sigue:]

La Santísima Virgen pasó el sabbat en la Cueva del Pesebre orando y contemplando fervorosamente. José salió varias veces, probablemente a la sinagoga de Belén. Comieron juntos la comida preparada el día anterior y también rezaron juntos.

La tarde del sabbat, que los judíos suelen dedicar a solazarse paseando, José llevó a la Santísima Virgen a la cueva sepulcral de Maraha por el valle que va detrás de la loma de la Cueva del Pesebre. Parte de esta tarde la pasaron orando y contemplando en esta cueva, que es más espaciosa que la del Pesebre, y en la que José la preparó un asiento. Otro rato lo pasaron orando y contemplando bajo el árbol sagrado que hay allí, hasta que José volvió a llevarla a la Cueva del Pesebre algún tiempo después del cierre del sabbat, cuando José volvió a buscarla.

María le había dicho a San José que a eso de medianoche llegaría la hora del nacimiento de su hijo, pues entonces se cumplirían los nueve meses desde que la saludó el ángel de Dios, y le pidió que pusiera de su parte todo lo posible para honrar tan bien como fueran capaces la entrada al mundo del niño prometido por Dios, sobrenaturalmente concebido, y que uniera a las suyas sus oraciones por aquellos corazones empedernidos que no habían querido darles alojamiento.

José la propuso llamar para el parto a un par de piadosas mujeres que conocía en Belén, pero ella declinó y dijo que no necesitaba asistencia humana.

Antes de la clausura del sabbat, José fue a Belén y tan pronto como se puso el sol compró rápidamente algunas cosas necesarias: un taburete, una mesita baja, unos platitos, frutos secos y pasas, y se apresuró a traerlo todo a la Cueva del Pesebre. Hecho esto, corrió a la tumba de Maraha y volvió a traer a la Santísima Virgen a la Cueva del Pesebre, donde la instaló en su colcha de dormir en el rincón oriental.

Luego preparó más comida y comieron y rezaron juntos. A continuación aisló completamente del espacio restante un dormitorio para él; lo rodeó de varas y colgó en ellas

las esteras que había encontrado en la cueva. Echó más pienso al burro, que estaba junto a la pared izquierda de la entrada; luego llenó el receptáculo enrejado del pesebre con juncos, hierbas finas o musgo, y encima extendió una colcha que colgaba por los lados.

Entonces la Santísima Virgen le dijo que se acercaba la hora y que hiciera el favor de retirarse a orar a su camareta. José colgó en la cueva más lámparas encendidas y salió afuera al oir ruido delante de la cueva: era la borriquilla que hasta entonces había estado correteando suelta por el valle y que ahora saltaba y correteaba contentísima de un lado a otro. La ató bajo el porche delantero y la esparció pienso.

Luego, cuando José volvió a la cueva y miró a la Santísima Virgen desde la entrada de su dormitorio, la vio rezar de rodillas en su lecho con el rostro vuelto a oriente; María le daba la espalda; estaba como rodeada de llamas y toda la cueva estaba como llena de una luz sobrenatural. José la miró como Moisés a la zarza ardiente y luego, con santo temor, entró en su celda y se postró en el suelo a rezar sobre su rostro.

11
EL NACIMIENTO DE CRISTO

El resplandor en torno a la Santísima Virgen se hacía cada vez mayor y ya no se veía la luz de la lámpara que había encendido José. La Santísima Virgen estaba vuelta a Oriente y arrodillada sobre su colcha de dormir, con su amplio vestido suelto y extendido en torno a ella.

A las doce de la noche se quedó arrobada en oración; la vi elevarse sobre la Tierra de modo que podía verse el suelo debajo. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y en torno a ella seguía aumentando el resplandor. Todo estaba entrañable y jubilosamente agitado, incluso las cosas inanimadas, la roca del techo, las paredes, el techo y el suelo de la gruta estaba como viva dentro de aquella luz. Entonces ya no vi más el techo de la gruta, y una vía de luz se abrió entre María y lo más alto del Cielo con un resplandor cada vez más alto.

En esta vía de luz apareció un maravilloso movimiento de glorias que se interpenetraban y se acercaban perceptiblemente en forma de coros de espíritus celestiales.

Pero la Santísima Virgen, que levitaba en éxtasis, rezaba ahora mirando hacia abajo, al suelo, a su Dios en cuya madre se había convertido, que yacía ante ella en el suelo como un recién nacido desvalido.

Vi a Nuestro Salvador como un niño muy pequeño y refulgente cuya luz sobrepasaba la del esplendor circundante, acostado en la manta delante de las rodillas de la Santísima Virgen. Para mí era como si fuera muy pequeñito y se fuera haciendo más grande ante mis ojos. Pero todo esto solo era un movimiento del otro resplandor tan grande, que no puedo decir con seguridad cómo lo he visto.

La Santísima Virgen estuvo así arrobada todavía un rato y vi que le puso al niño un paño, pero no lo tomó en brazos ni lo levantó. Al cabo de un largo rato vi que el niño rebullía y lo oí llorar, y entonces fue como si María volviera en sí: levantó al niñito de la alfombra y lo envolvió en el pañal que le había puesto encima y lo sostuvo en brazos junto a su pecho. Luego se sentó y envolvió completamente al niño en su velo: creo que María daba de mamar al Salvador. Entonces vi en torno a ella ángeles de figura totalmente humana adorando con el rostro en el suelo.

Ya habría pasado más de una hora desde el nacimiento cuando María llamó a José, que todavía estaba en oración. Cuando se acercó, se postró sobre su rostro con fervor, alegría y humildad, y solo se levantó cuando María le pidió varias veces que lo apretara contra su corazón y diera gracias alegremente por el sagrado regalo del Altísimo. Entonces José se incorporó, recibió en sus brazos al niño Jesús y alabó a Dios con lágrimas de gozo.

Entonces la Santísima Virgen envolvió al niño en pañales. En este momento no recuerdo la forma de envolverlo en pañales, solo sé que uno era rojo, y sobre él una envoltura blanca hasta debajo de los bracitos y otro pañalito más por arriba hasta la cabecita. María solamente tenía cuatro pañales.

Luego vi a María y José sentados en el suelo desnudo con las piernas cruzadas uno junto a otro. No hablaban y parecían sumidos en contemplación. Sobre la alfombra delante de María yacía envuelto como un bebé, Jesús recién nacido, hermoso y radiante como un relámpago.

¡Ay!, pensé, este lugar contiene la salvación del mundo entero y nadie tiene ni la

menor idea.



El pesebre descrito por Ana Catalina pudo ser parecido. Las patas pudieron ser paralelas en vez de cruzadas, pero hubieran sido menos firmes. Aquí se ha representado el abrevadero separado de la pared pero puede que estuviera unido al banquillo que corría a lo largo de toda la pared. (Fotografía de Rafael Renedo).

A continuación pusieron al niño en el pesebre, que estaba lleno de juncos y hierbas finas y revestido con un cobertor que colgaba por los costados. El pesebre estaba encima del abrevadero de piedra que había a la derecha de la entrada de la cueva, donde ésta se ensanchaba hacia mediodía.

Esta parte de la cueva estaba más honda que donde nació Jesús, y el suelo estaba desgastado escalonadamente.

Cuando pusieron el niño en el pesebre, los dos se quedaron de pie a su lado cantando himnos entre lágrimas de alegría.

José puso entonces el lecho y el asiento de la Santísima Virgen al lado del pesebre. Antes y después de nacer Jesús, siempre vi a la Santísima Virgen velada y completamente vestida de blanco. Durante los primeros días la he visto allí, sentada, de rodillas, de pie e incluso adormilada, envuelta y tendida de costado, pero de ningún modo enferma o agotada. Cuando venía gente a verla, se sentaba muy envuelta y derecha sobre la manta donde nació el niño.

GLORIA IN EXCELSIS

[Alegría en la Naturaleza. Brotan fuentes. La colina. La Torre de los Pastores. Viviendas de pastores de los alrededores. El ángel se aparece y anuncia a los pastores en varios lugares el nacimiento de Cristo.]

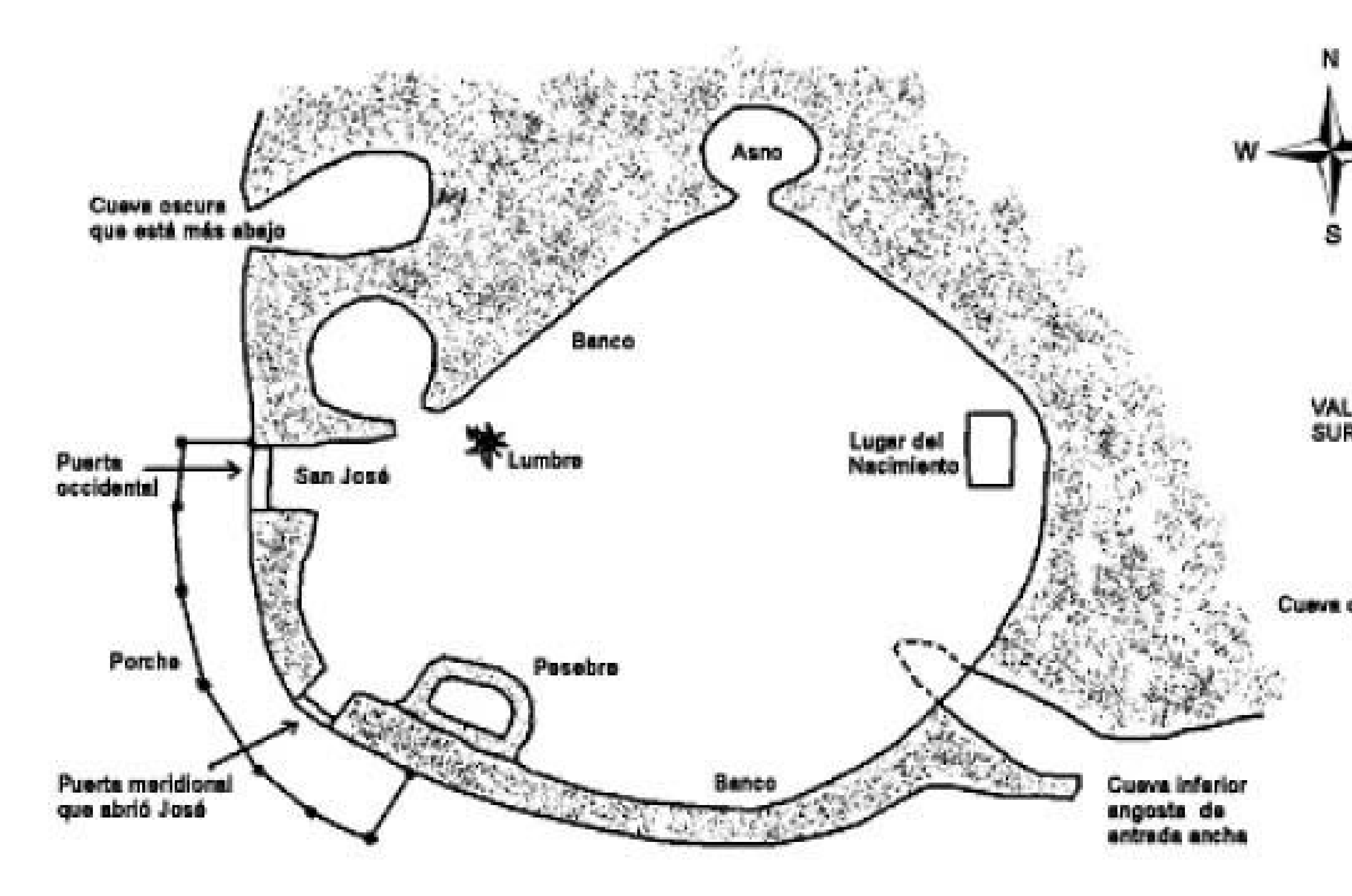
Cuando veo las imágenes del nacimiento de Cristo como acontecimiento histórico y no como fiesta de la Iglesia, ciertamente no veo esa alegría deslumbrante y esa dicha embriagadora de la Naturaleza que veo en Navidades, donde la aparición pone de manifiesto el íntimo significado de la fiesta. Sin embargo, hoy a medianoche he visto también un júbilo insólito y agitación extraordinaria en muchos lugares, hasta en los parajes más apartados del mundo.

Vi que los corazones de muchas buenas gentes se llenaron de jubiloso anhelo, y los corazones de los malos de gran temor. Muchos animales se movían alegremente, y en mucho lugares vi que las flores se enderezaban y que las hierbas, árboles y arbustos expandían aromas y destilaban bálsamos. Muchas fuentes se hinchieron y brotaron, y en la cueva de la loma al sur de la Cueva del Pesebre brotó una caudalosa fuente a la hora que nació Jesús, que a la mañana siguiente San José enmarcó y la preparó un cauce.

Encima de Belén estaba cubierto y el cielo tenía un triste brillo rojizo, pero una refulgente nube de rocío se tendía sobre la cueva, el valle contiguo a la Tumba de Maraha, la nodriza de Abraham, y el Valle de los Pastores.

En el Valle de los Pastores, aproximadamente a hora y media de la Cueva del Pesebre, había una loma que empezaba donde las viñas y se extendía hasta Gaza, en la que tenían sus chozas los mayorales, los tres pastores más prominentes de las familias de pastores que vivían en el contorno, a los que presidían, igual que los Reyes Magos a los miembros de sus clanes.

Aproximadamente otro tanto más allá de la Cueva del Pesebre estaba la llamada Torre de los Pastores, que consistía en un armazón piramidal de vigas de madera, muy alto, construido sobre un basamento de grandes peñascos y situado entre árboles verdes en un cerro en medio del campo. Estaba rodeada de escaleras y galerías, y tenía de vez en cuando unos pequeños apostaderos cubiertos como si fueran garitas; toda ella estaba recubierta de esteras. Tenía cierta semejanza con las torres de armazón desde las miran las estrellas por la noche en el país de los Reyes Magos, y desde lejos daba la impresión de un buque de gran arboladura con las velas desplegadas.



Posible planta de la Cueva del Pesebre según la describió Ana Catalina. El Valle al Sureste, donde acamparon los Reyes Magos, la fuente y el arroyo, la Cueva de la Tumba de Maraha y la loma del Terebinto estarían al sureste (a la derecha y abajo), al otro lado del valle ameno y arbolado que describe Ana Catalina. (Croquis de Rafael Renedo).

Desde esta torre se podía contemplar hasta muy lejos toda la comarca; se veía Jerusalén y el Monte de las Tentaciones en el desierto de Jericó. Los pastores ponían centinelas allá arriba para vigilar la marcha de sus rebaños y para alertar con toques de cuerno del peligro de ladrones o incursiones de pueblos guerreros, que desde allí arriba se podían ver de lejos.

Las distintas familias de pastores vivían en cortijos aislados con huertas y campos en un radio de unas cinco horas alrededor de la torre. La torre era su lugar de reunión general, donde los pastores se congregaban, guardaban sus aperos y recibían sus comidas. A lo largo de la loma habían construido cabañas y, separado de ellas, un gran cobertizo muy distribuido donde vivían y preparaban sus comidas las mujeres de los que guardaban el ganado.

Esta noche vi que parte de los rebaños estaban todavía al aire libre aquí junto a la torre, pero en la colina de los mayorales, los rebaños estaban en cobertizos.

Cuando nació Jesús vi a los tres mayorales juntos, de pie delante de sus cabañas,

conmovidos por la maravillosa noche. Miraban a su alrededor y se asombraron del resplandor milagroso encima del paraje de la Cueva del Pesebre. Lejos de allí vi también muy agitados a los pastores de la torre, a la que algunos subieron para mirar las extrañas luminarias que había encima de la Cueva del Pesebre.

Cuando los mayorales alzaron su mirada al cielo, una nube de luz descendió sobre ellos y mientras se acercaba, distinguí en ella movimiento, transformación y tránsito de formas y figuras, y escuché un dulce canto que iba en aumento, suave y sin embargo maravillosamente claro. Al principio los pastores se asustaron, pero de repente se puso un ángel de pie frente a ellos que les dijo:

—No temáis, pues ved que os anuncio una gran alegría que ha ocurrido para todo el pueblo, pues hoy os ha nacido el Salvador en la ciudad de David, que es Cristo el Señor. Sea señal para reconocerlo que lo encontrareis como un niño envuelto en pañales y tendido en un pesebre.

Mientras el ángel anunciaba esto, aumentó el brillo a su alrededor y entonces vi cinco o siete grandes y espléndidas figuras angélicas de pie ante los pastores, que tenían en sus manos una tira larga como un rótulo, en la que algo estaba escrito en letras del tamaño de la mano. Los escuché cantar alabando a Dios diciendo:

—Honra a Dios en las alturas, y paz en la Tierra a los hombres que son de buena voluntad[1].

Los pastores de la torre tuvieron esta misma aparición, solo que un poco más tarde. Asimismo, los ángeles también se aparecieron a un tercer grupo de pastores que estaban junto a una fuente a Oriente de la Torre de los Pastores, a unas tres horas de Belén.

No vi que los pastores se precipitaran enseguida a ir a la Cueva del Pesebre, de la que los mayorales estaban a hora y media de camino, y otro tanto más los de la torre. Pero vi que enseguida deliberaron entre ellos los regalos que llevarían al recién nacido, y se fueron a buscarlos lo más rápidamente posible.

Llegaron al pesebre por la mañana temprano.

ANUNCIOS DEL NACIMIENTO DE CRISTO EN DIVERSOS LUGARES

A la hora que nació el niño Jesús, mi alma hizo incontables caminos en todas direcciones del mundo para mirar las milagrosas señales del nacimiento de nuestra Salvación. Como estaba muy enferma y fatigada, muchas veces me parecía que eran las imágenes las que venían a mí. He visto innumerables acontecimientos, pero he olvidado la mayoría por culpa de mis muchos sufrimientos y molestias. Lo que todavía recuerdo fragmentariamente es lo siguiente:

Señales del nacimiento de Cristo entre parientes y amigos de la Santísima Virgen

Esta noche he visto que la profetisa Hanna, el anciano Simeón y Noemí, la maestra de la Santísima Virgen, tuvieron visiones y revelaciones en el Templo acerca del nacimiento del Salvador, así como también las tuvieron Ana en Nazaret e Isabel en Juta.

Vi que Juan, el niño de Isabel se movía maravillosamente contento. En estas visiones todos veían y reconocían a María, pero no sabían dónde había ocurrido el milagro, ni siquiera Isabel; solo Ana sabía que el lugar de la Salvación era Belén.

Señales del nacimiento de Cristo en Jerusalén

Hoy por la noche vi un suceso portentoso en el Templo. Varias veces todos los

rollos de los saduceos resbalaron de sus recipientes y se esparcieron. Se armó un gran alboroto sobre ello, los saduceos lo achacaron a brujerías y pagaron mucho dinero para que se silenciara el asunto.

[Aquí Ana Catalina me contó confusamente algo más sobre dos hijos de Herodes que eran saduceos y a los que su padre había colocado en el Templo; Herodes tenía disputas constantes con una fracción de los fariseos y procuraba conseguir cada vez mayores prerrogativas en el Templo.]

Señales en Roma del nacimiento de Cristo

Esta noche han pasado muchas cosas en Roma y otras muchas se me han olvidado. Es fácil que de vez en cuando trastoque algo, así que lo cuento tal como lo recuerdo ahora:

Vi que cuando nació Jesús, en un paraje de Roma en el que viven muchos judíos [aquí describió con cierta vaguedad un sitio como una colina rodeada de agua que formaba una especie de península] brotó encima del río como una fuente de aceite y vi que todos se maravillaron mucho por eso.

También se ha hecho pedazos un precioso ídolo de Júpiter en un templo cuyo techo se ha derrumbado completamente. Como se asustaron mucho, sacrificaron y preguntaron a otro ídolo, me parece que a Venus, qué significaba esto y el demonio tuvo que responder desde esta imagen:

—Esto ocurre porque una doncella ha concebido sin hombre un hijo que acaba de nacer.

La imagen habló también de la fuente de aceite que había brotado. En el sitio donde manó hay ahora una iglesia dedicada a la Madre de Dios.

Los consternados sacerdotes paganos consultaron libros y vieron que setenta años antes, cuando adornaron mucho aquel ídolo con oro y piedras preciosas y le hicieron solemnes sacrificios, vivía por entonces en Roma una mujer muy buena y piadosa que ya no estoy segura si era o no judía, cuyo nombre sonaba como Sirena o Cyrena. Vivía de sus bienes pero tenía visiones y se veía obligada a profetizar; a veces le decía a la gente las causas de su esterilidad; de ella lo he olvidado casi todo.

Esta mujer se había permitido correr la voz públicamente de que no le rindieran honores tan costosos a ese ídolo, porque llegaría la hora en que se rajaría por la mitad.

Como estas expresiones corrían de boca en boca, los sacerdotes la emplazaron para que dijera cuándo ocurriría eso, y como no fue capaz de decirlo enseguida, la encerraron y la torturaron mucho tiempo hasta que ella imploró a Dios la respuesta, que fue que la estatua se derrumbaría cuando una virgen diese a luz un hijo. Se rieron de lo que decía y la soltaron por loca. Pero ahora, como al hundirse el templo destrozó realmente al ídolo, reconocieron que había dicho la verdad y solo estaban asombrados por la circunstancia concreta unida al momento del acontecimiento, porque no sabían que Cristo hubiera nacido de una virgen.

Vi también que los alcaldes de Roma, uno de los cuales se llamaba Léntulo y era antepasado del santo sacerdote Moisés y de aquel Léntulo con el que San Pedro tuvo amistad en Roma, vi, digo, que ambos alcaldes se hicieron informar del suceso y de la aparición de la fuente de aceite.

Vi también algo de César Augusto pero no lo recuerdo exactamente. Vi al César con otros hombres en una colina de Roma, en la ladera opuesta del templo derruido. Unas escaleras subían a la colina, que en lo más alto tenía una gran puerta dorada. Al bajar el

César vio a su derecha a media colina una aparición en el cielo: Era la aparición de una doncella sobre un arco iris, y un niño que salía flotando de ella[2].

Creo que solo la vio el César. Mandó preguntar el significado de esta aparición a un oráculo que se había quedado mudo, y éste respondió que había un recién nacido ante el cual todos deberían inclinarse. Augusto mandó erigir un altar en el lugar de la colina donde había visto la aparición y mandó consagrarlo con muchos sacrificios al Primogénito de Dios. He olvidado muchas cosas de todo esto.

Señales en Egipto

Vi también en Egipto un acontecimiento que anunciaba el nacimiento de Cristo. Muy lejos, más allá de Matarea, Heliópolis y Menfis, había un gran ídolo que hacía toda clase de oráculos y que de repente enmudeció. El rey mandó hacer grandes sacrificios en todo el país para que el ídolo dijera por qué se había callado. Pero el ídolo fue obligado por Dios a decir que se había callado y tenía que inclinarse porque había nacido el hijo de la doncella y que aquí se le erigiría un templo. Tal como dijo el oráculo, el rey del país quiso erigirle un templo junto al del ídolo.

No me acuerdo exactamente qué pasó, pero sé que tiró la imagen del ídolo y erigió allí un templo a la virgen con niño que el ídolo había anunciado, y enseguida los veneraron a la manera pagana.

Señales del nacimiento de Cristo donde los Reyes Magos

A la hora del nacimiento del Niño Jesús los Reyes Magos tuvieron una aparición maravillosa. Ellos eran servidores de las estrellas y tenían en lo alto de una montaña una torre piramidal chata, que en parte era de madera, donde siempre estaba uno de ellos con varios sacerdotes para observar las estrellas; escribían todo lo que ocurría y se lo comunicaban unos a otros.

Esta noche creo que he visto en esta torre a dos de los Reyes; el tercero, que vivía al oriente del Mar Caspio, no estaba con ellos. Lo que ellos observaban siempre era una constelación determinada en cuyo aspecto veían cambios y recibían visiones del cielo.

Hoy por la noche vi la imagen que ellos habían distinguido; estaba en diversos cambios. No la veían en una estrella sino en la figura formada por varias estrellas, que se movían.

Vieron un hermoso arco iris sobre la luna, que estaba en uno de sus cuartos. Encima del arco iris estaba sentada una doncella que tenía la pierna izquierda como si estuviera sentada encima de ella, mientras que la derecha le colgaba recta hacia abajo y apoyaba el pie en la luna. En el arco iris apareció a la izquierda de la doncella una vid y a su derecha un haz de espigas de trigo.

Delante de la doncella vi aparecer, o levantarse, o brillar con más fuerza, la figura de un cáliz como los que se usaron para instituir el Santísimo Sacramento. Surgiendo de este cáliz vi aparecer un niñito, y sobre él un disco claro como una custodia vacía de la que salían rayos como espigas. En este cuadro tuve el concepto del Santísimo Sacramento.

En la mano derecha del niñito que surgía del cáliz crecía una rama en la que floreció como una flor una iglesia octogonal con una gran puerta dorada y dos puertecitas laterales. La doncella movía con su mano derecha el cáliz, el niño y la Hostia y se inclinó adelante, hacia la iglesia en cuyo interior estaba yo mirando.

Al mirar la iglesia por dentro me pareció grandísima. Al fondo, pero dentro de la

iglesia, vi una aparición de la Santísima Trinidad y sobre ella se alzó la torre de la iglesia, que al final configuró una ciudad totalmente brillante, tal como suelo ver la Jerusalén celestial.

Mientras miraba dentro de la iglesia, vi salir muchas más cosas de este cuadro, pero ya no me acuerdo cómo iban seguidas, ni tampoco recuerdo ahora de qué forma se les mostró a los Reyes Magos que el niño había nacido en Judea. A esa misma hora, el tercer rey, que vivía más alejado, vio en su patria el mismo cuadro.

Los Reyes Magos al verlo se llevaron una alegría indecible; reunieron enseguida tesoros y regalos y formaron su caravana. Tardaron unos días en reunirse los tres. En los últimos días antes del nacimiento de Cristo yo venía observando gran actividad, y que veían todas clase de visiones en su torre estrellera.

—¡Qué misericordia la de Dios con estos paganos! ¿Sabes tú de dónde venía la profecía de los Reyes? Ahora te contaré cosas de aquella época, pero solo un ratito, porque en este momento ya no lo tengo todo presente.

—LOS ANTEPASADOS DE LOS REYES MAGOS

Quinientos años antes de Cristo ya vivían antepasados de los Reyes Magos, de los que éstos descienden de padre a hijo en pura línea ininterrumpida. [Elías vivió el año 800 antes de Cristo].

Los patriarcas de la estirpe eran más ricos y poderosos que ellos, pues todos sus bienes estaban reunidos y su patrimonio no se había repartido tanto. Por entonces vivían en ciudades que eran solo de tiendas, salvo el de oriente del Mar Caspio, cuya ciudad tiene fundamentos de piedra y los techos de lona están puestos encima, pues viven junto al mar, que se sale a menudo. Aquí en la montaña estoy tan alta que veo un mar a mi derecha y otro a la izquierda; se ve como en el interior de un agujero negro.

Estos jefes de clanes ya eran entonces servidores de las estrellas; pero usaban un culto malísimo, pues sacrificaban viejos y mutilados, y también descuartizaban niños. Lo más cruel era que ponían a los niños con trajecitos blancos en la caldera y los cocían vivos. Pero finalmente mejoró todo esto y Dios les predijo con mucha anticipación a estos ciegos paganos el nacimiento del Salvador.

Por aquel entonces tres hijas de estos reyes tribales, que eran expertas en astrología, recibieron simultáneamente espíritu profético y tuvieron al mis mo tiempo la visión de que se alzaría una estrella de Jacob, y que una doncella concebiría, sin hombre, al Salvador.

Estas doncellas llevaban largos mantos y fueron por todo el país predicando que mejoraran de vida y anunciando que llegaría un tiempo en el que el mensajero del Salvador vendría a ellos y les traería el legítimo culto a Dios. También predijeron muchas otras cosas, relativas incluso a nuestros tiempos y otros aún más lejanos.

En consecuencia, los padres de estas tres doncellas construyeron enseguida un templo a la futura madre de Dios al Sur del mar donde se juntaban sus tres reinos, y la ofrecieron sacrificios, que en parte fueron de la forma cruel que antes he dicho.

Pero la predicción de las tres doncellas contenía algo concreto acerca de una constelación y sus distintas modificaciones, y desde entonces empezaron a observarla desde una colina cercana al templo de la futura madre de Dios. Se fijaban en todo y según sus observaciones cambiaban su templo, sus adornos y el culto. El techo de lona del templo a veces lo ponían azul, otras rojo y otras amarillo o de otros colores. Lo que me pareció maravilloso es que por esa época pasaron su día festivo semanal al sabbat; antes era el

jueves, que tampoco se como se llamaba[3].

PRECISIONES CRONOLÓGICAS PARCIALES SOBRE EL NACIMIENTO DE CRISTO

[En esa misma Navidad, la narradora había visto muchas cosas para determinar con mayor aproximación el nacimiento de Cristo, pero su enfermedad y los estorbos de las visitas del día siguiente, que era la fiesta de la santa de su nombre, Santa Catalina, la hicieron olvidar muchas de estas cosas.

Sin embargo, poco después, por la tarde, repitió en éxtasis los siguientes residuos de aquellas visiones. Hay que tener en cuenta que Ana Catalina veía siempre todas estas precisiones temporales en números romanos escritos con letras, que a menudo lee con dificultades. Sin embargo es necesario aclarar que la mayoría de las veces recitaba varias veces la serie de letras, una detrás de otra, o las indicaba con los dedos. Hoy dijo también los números de este modo:]

Esto puedes leerlo tú. Mira solo lo que está aquí: Cristo nació cuando aún no estaba completo el año 3997 del mundo. Estos cuatro años incompletos hasta fines del año 4000 se olvidaron después completamente, y luego empezaron cuatro años más tarde nuestra cuenta de años actual. La consecuencia es que Cristo nació casi ocho años antes de nuestras cuentas.

Uno de los cónsules de Roma era entonces Léntulo, antepasado del santo sacerdote mártir Moisés, cuya reliquia tengo aquí conmigo y que vivió en la época de San Cipriano; de él procedía también aquel Léntulo de Roma que fue allí amigo de San Pedro. Cristo nació el año 45 del emperador Augusto.

Por lo demás, Herodes reinó 40 años hasta su muerte; fue independiente 7 años, pero ejerció muchas crueldades y atormentó mucho al país; murió aproximadamente el sexto año de la vida de Jesús. Me parece que su muerte se mantuvo en secreto una temporada[4].

Murió cruelmente, y en sus últimos tiempos todavía causó asesinatos y desgracias. Lo vi arrastrarse por una gran sala acolchada con almohadones con un venablo con el que quería pinchar a quienes se le acercaban.

Jesús nació aproximadamente en el 34.° año de su reinado.

Herodes mandó construir el Templo dos años antes que ingresara en él la Santísima Virgen, justo 17 años antes del nacimiento de Cristo. No fue construirlo de nuevo, sino únicamente embellecerlo y modificarlo aquí y allá.

La huida fue cuando Jesús tenía nueve meses, y el asesinato de los niños inocentes ocurrió en su segundo año de vida.

[La narradora mencionó además muchas relaciones, comitivas y viajes de la vida de Herodes que demostraban la claridad con la que veía todo, pero era imposible recoger y ordenar aquella masa de datos, balbuceados en parte.]

El nacimiento de Cristo ocurrió un año que los judíos contaban trece meses; una corrección parecida a nuestro año bisiesto. Me parece también que he olvidado por qué los judíos tenían dos veces al año meses de 21 y 22 días, y sobre ello oí algo de días festivos, pero el conjunto solo lo recuerdo muy confusamente.

También vi que modificaron varias veces su calendario. Fue a la salida de un cautiverio, cuando también estaban reconstruyendo el Templo. He visto al hombre que cambió el calendario y he sabido su nombre.

[En este momento reflexionó y dijo con jocosa impaciencia en su forma de hablar

bajoalemana:]

—*Jck waet nit meh, wu de keerl het*. [Ya no sé cómo se llama ese tío].

Creo que Cristo nació en el mes de Casleu, justo un mes antes de cuando lo celebra la Iglesia, lo que se debe a que en algún cambio de calendario se omitieron por completo algunas épocas y días; lo he visto muy bien pero no puedo repetirlo ordenadamente.

LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES

[Los tres mayorales de los pastores van de su colina a adorar al niño Jesús recién nacido y le presentan sus regalos.]

[Domingo 25 de noviembre por la mañana:]

Al amanecer después del nacimiento de Cristo, los tres mayorales de los pastores fueron de su colina a la Cueva del Pesebre. Los regalos que previamente habían recogido consistían en animalitos que tenían cierto parecido con los corzos, pero si eran cabritillos tenían un aspecto muy distinto a los de aquí pues tenían el cuello largo, los ojos claros y muy bonitos y eran muy finos y veloces. Los pastores los llevaban a su lado o tras de sí, atados con cordeles largos y finos. Además, los pastores llevaban manojos de aves colgando del hombro, y grandes aves vivas debajo del brazo.

Cuando llamaron tímidamente a la Cueva del Pesebre, San José salió a recibirlos cordialmente. Ellos le dijeron lo que les había anunciado esa noche el ángel, y que venían a adorar al Niño de la Promesa y a regalarle sus pobres dones. José aceptó sus regalos con humilde gratitud e hizo que llevaran los animales a la cueva cuya entrada estaba junto a la puerta Sur de la Cueva del Pesebre, adonde los acompañó.

Luego llevó a los tres mayorales a ver a la Santísima Virgen, que estaba junto al pesebre sentada en el suelo encima de una manta con el Niño Jesús en el regazo. Los pastores, con sus cayados en la mano, se hincaron de rodillas humildemente delante de Jesús. Lloraban de alegría y permanecieron mucho rato con gran dulzura y sin palabras. Luego cantaron el himno de alabanza que los ángeles habían cantado esa noche y un salmo que he olvidado. Cuando quisieron despedirse, la Santísima Virgen les puso a uno tras otro el Niño Jesús en brazos. Se lo devolvieron con lágrimas y abandonaron la cueva.

ACTIVIDAD CARITATIVA DE LA MÍSTICA

[Hace la quinta voz de un canto de los pastores. Dones y cantos de los pastores.]

[Domingo, 25 de noviembre al anochecer:]

[La narradora tuvo todo el día de hoy grandes padecimientos corporales y espirituales, y al anochecer, apenas dormida, fue arrobada enseguida a la Tierra Prometida. Como este año contemplaba el primer año de predicación de Cristo, y concretamente el ayuno de cuarenta días, dijo puerilmente maravillada:]

—¡Qué emocionante es esto!, por un lado veo aquí a Jesús con treinta años, tentado y ayunando en la cueva del desierto, y por otro lado lo veo recién nacido en la Cueva del Pesebre, adorado por los pastores de la torre.

[Tras estas palabras se levantó del lecho con sorprendente rapidez, fue apresuradamente a la puerta abierta de su cuarto, y gritó ebria de alegría a los amigos que se encontraban en el gabinete contiguo:]

—¡Venid deprisa, deprisa, a adorar al niño, que está conmigo!

[Enseguida volvió deprisa al lecho y empezó cantar con voz clara e indeciblemente conmovedora el Magníficat, el Gloria y algunos himnos desconocidos, sencillos, profundos

y en parte rimados. De uno de ellos hizo la quinta voz. Estaba inmensamente alegre y emocionada, y al día siguiente contó:]

Ayer por la tarde llegaron con regalos a la Cueva del Pesebre varios pastores y pastoras y también algunos niños de la Torre de los Pastores que está a cuatro horas de la Cueva del Pesebre. Traían pájaros, huevos, miel, telas de varios colores, madejitas que parecían de seda natural, y mazos de una planta en forma de caña que tiene hojas grandes y las espigas llenas de granos gruesos.

Después que le dieron los regalos a San José, se acercaron humildemente al pesebre junto al que estaba sentada la Santísima Virgen; la saludaron y luego, arrodillados en torno al pesebre, cantaron salmos muy tiernos, el Gloria y algunos versos cortos. Cantan a varias voces y yo cantaba con ellos; canté la quinta voz de uno de los cantos; todavía recuerdo aproximadamente las palabras:

—¡Oh, niñito, qué rosado eres, que vienes como un heraldo!

Cuando los pastores se despidieron, se inclinaron sobre el pesebre, como si besaran al Niño Jesús.

[Los tres mayorales ayudan a San José. Las esenias prestan servicios a la Santísima Virgen.]

[Lunes, 26 de noviembre:]

Hoy he visto que los tres mayorales vinieron uno tras otro a la cueva a echar una mano a San José para lo que necesitara para instalarse más cómodamente en la Cueva del Pesebre, en las cuevas contiguas y en los alrededores. Varias mujeres piadosas prestaban servicios a la Santísima Virgen; eran esenias que vivían no lejos de la Cueva del Pesebre. Si uno va hacia Oriente contorneando la colina para ir a la hondonada del valle, en la quebrada del cerro hay una serie de pequeñas celdas en la roca que están un poco altas, unas junto a otras. Las esenias tenían huertecillos cerca de sus viviendas y enseñaban a los niños de su secta; las había llamado San José, que ya las conocía desde su juventud, pues cuando se escondía de sus hermanos en la Cueva del Pesebre iba muchas veces a visitarlas junto a la pared de roca. Las esenias venían una tras otra a traerle a la Santísima Virgen pequeños recados y hatillos de leña, y cocinaban y lavaban para la Sagrada Familia.

[El burro se conmueve ante el Niño Jesús. La criada de Ana viene desde Nazaret a ver a María.]

[Martes, 27 de noviembre:]

Hoy vi un cuadro conmovedor en la Cueva del Pesebre pues José y María estaban de pie ante el pesebre, muy recogidos mirando al Niño Jesús, cuando de repente el burro se puso de rodillas y apretó completamente la cabeza contra el suelo. María y José lloraban.

Por la tarde llegó un envío de la madre Santa Ana; llegaron de Nazaret un criado de edad avanzada y la criada de Ana, una viuda emparentada con ella, que traían toda clase de cositas que María necesitaba y que se emocionaron extraordinariamente al ver al niñito. El viejo criado lloró de alegría y enseguida se puso en camino para llevarle noticias a Ana. La criada se quedó con la Santísima Virgen.

[La Santísima Virgen se esconde de los informadores de Herodes. Estado actual de Belén. Una violencia de Herodes.]

[Miércoles, 28 de noviembre:]

Hoy vi que la Santísima Virgen con el Niño Jesús y la criada abandonaron durante unas horas la Cueva del Pesebre[5].

Saliendo por la puerta y doblando a la derecha debajo del porche, se escondieron a los pocos pasos en la cueva lateral donde al nacer Cristo brotó una fuente que José encauzó.

En esa cueva permanecieron cuatro horas, y más adelante, dos días. Al amanecer, José ya les había preparado allí algunas comodidades.

Se metieron allí por un aviso interior, pues hoy vinieron a la Cueva del Pesebre unos hombres de Belén, creo que informadores de Herodes, pues a causa de las conversaciones de los pastores se había extendido el rumor de que aquí había ocurrido un milagro con un niño.

Estos hombres encontraron a San José cuando iba al encuentro de los pastores delante de la Cueva del Pesebre. Intercambiaron con él unas palabras pero en cuanto vieron su pobreza y sencillez lo dejaron con una elegante sonrisa de desprecio. La Santísima Virgen se quedó aproximadamente cuatro horas con el Niño Jesús en la cueva lateral y luego volvió al pesebre.

La Cueva del Pesebre está verdaderamente muy cómoda y tranquila; aquí no viene nadie de Belén y solo pasan por aquí los pastores. En Belén nadie se preocupa de lo que pasa en las afueras, pues allí, con tanto forastero, hay mucha gente y muchas aglomeraciones. En Belén se compra y se sacrifica mucho ganado, porque muchos de los presentes pagan sus tributos con ganado. También hay muchos paganos que sirven de criados.

[Esta tarde la narradora dijo de repente en sueños:]

Herodes ha mandado asesinar a un hombre piadoso que tenía un cargo preeminente en el Templo. Lo mandó llamar muy amistosamente a que viniera a verle a Jericó, y lo hizo asesinar por el camino. Se había enfrentado a las pretensiones de Herodes sobre el Templo. Naturalmente, acusaron del crimen a Herodes, pero él consiguió aun más poder en el Templo.

[Ana Catalina afirmó además que Herodes había colocado en altos cargos del Templo a dos hijos ilegítimos suyos que eran saduceos, a través de los cuales se enteraba de todo lo que pasaba en el Templo.]

[El propietario del último albergue de Belén visita a la Sagrada Familia. Se expanden los rumores de la aparición del ángel a los pastores.]

[Jueves, 29 de noviembre:]

Esta mañana temprano el amistoso patrón del último albergue donde la Sagrada Familia pasó la noche del 22 al 23 de noviembre ha enviado un criado con regalos a la Cueva del Pesebre, y luego durante el día él mismo vino a honrarlo.

La aparición del ángel a los pastores a la hora en que nació Jesús ha hecho que todas las buenas gentes del valle hablen del maravilloso Niño de la Promesa; y ahora esta buena gente viene aquí a adorar al niño que alojaron sin saberlo.

[Mucha buena gente que va al sabbat visita al Niño Jesús, y también la señora del albergue del 20 de noviembre.]

[Un pariente de Jesús visita a la Sagrada Familia. José le empeña la borriquilla. La Sagrada Familia celebra el sabbat en la Cueva del Pesebre. Preparativos para la comida de la circuncisión. Cosas acerca de una especie de caña.]

[Viernes, 30 de noviembre:]

Hoy vinieron pastores y otras buenas gentes a la Cueva del Pesebre y veneraron al niño muy emocionados. Venían en trajes de fiesta porque iban a Belén a celebrar el sabbat.

Vi también entre ellos a la buena mujer del rudo pastor que dio albergue a la Sagrada Familia el 20 de noviembre. Desde su vivienda hubiera podido ir directamente al sabbat a Jerusalén, pero ha dado el rodeo por Belén para venerar al santo niño y sus amables padres. La buena mujer se sentía completamente feliz de haberles demostrado su

amor.

Hoy después de mediodía vi que los parientes de San José, en cuya vivienda la Sagrada Familia pasó la noche del 22 de noviembre, vinieron a la Cueva del Pesebre a saludar al niño; era padre de aquel Jonadab que en la crucifixión llevó un paño a Jesús para que cubriera su desnudez. Oyó hablar al posadero de su pueblo del viaje de José, y del milagro del nacimiento del niño y, puesto que venía a Belén al sabbat, se llegó aquí para agasajarlo. Saludó a María y al Niño Jesús. José estuvo muy amistoso con él, pero no aceptó nada suyo, sino que solamente le empeñó la borriquilla que iba suelta, a condición de poder rescatarla si le devolvía el dinero. José necesitaba dinero para costear los gastos de los regalos y de la comida de la fiesta de la circuncisión.

Cuando yo meditaba lo de empeñar la borriquilla para pagar la comida de la circuncisión, y que el domingo 2 de septiembre, que sería la circuncisión del Niño, se leería el Evangelio del Domingo de Ramos que cuenta la entrada de Jesús en Jerusalén montado en un borrico, vi el siguiente cuadro pero ya no sé dónde lo vi ni tampoco se explicar ya su significado.

Debajo de una palmera vi dos ángeles en pie que sostenían unas tablas: En una estaban representados toda clase de instrumentos de martirio y en el centro, una columna que tenía encima un mortero con dos asas. En la otra había letras que creo que eran cifras, años y cuentas de tiempos de la Iglesia.

Encima de la palmera, una doncella estaba arrodillada como si hubiera crecido del tallo; la ropa le flotaba en torno y sobre su cabeza sin velo llevaba anudado el manto flotante como para formar una capucha; la doncella tenía en sus manos bajo su pecho un recipiente de la forma del cáliz de la Última Cena, del que salía flotando un refulgente niño pequeño.

A continuación vi a Dios Padre entre nubes en la forma en que se me aparece habitualmente, quien se acercó a la palmera, arrancó de ella una pesada rama en forma de cruz y se la tendió al niño. Enseguida vi al niño como sujeto a esta cruz de palma y que la doncella le entregaba la rama al Padre con el ni ño crucificado en ella, mientras con la otra mano sostenía el cáliz vacío, que ahora me parecía su propio corazón corporal. Cuando quise leer las palabras de la tabla que estaba bajo la palmera, me despertaron por necesidad. No sé si este cuadro lo vi en la Cueva del Pesebre o en otro lugar[6].

Cuando José terminó el negocio y toda esta gente se fue a la sinagoga de Belén, preparó en la Cueva del Pesebre la lámpara de sabbat de siete mechas, las encendió y puso debajo una mesita con un mantel rojo y blanco en la que estaban los rollos de oración.

Celebró el sabbat bajo la lámpara recitando oraciones con la Santísima Virgen y la criada; dos pastores estaban un poco más atrás, en la entrada de la cueva. Las esenias también habían venido, y después prepararon la cena.

Hoy, antes del sabbat, las esenias y la criada ya habían preparado algunos platos. Pusieron a asar en las brasas un asador con las aves, una vez desplumadas y destripadas, e iban rebozándolas una tras otra debajo del asado en una especie de harina que se hace machacando los granos de las espigas que crecían en una planta de corteza gruesa.

Esta planta solo crece silvestre en la solana de algunos lugares húmedos y pantanosos de este país, pero en muchos otros lugares la cultivan. Cerca de Belén y de Hebrón hay mucha silvestre, pero por Nazaret no la he visto.

A José se la habían traído los pastores de la Torre. Con los granos cocinaban un puré espeso, blanco y brillante, y con esta harina también hicieron tortas. Me fijé que debajo del hogar había agujeros calientes y limpios donde asaban los pasteles y los pájaros.

De las abundantes provisiones que los pastores regalaron a José, la Sagrada Familia utilizó muy pocas y la mayoría fue para regalarlas, agasajar a otros y dar a los pobres.

Mañana por la tarde se distribuirán bien en la comida de la fiesta de la circuncisión.

PREPARACIÓN DE LA FIESTA DE LA CIRCUNCISIÓN DE JESÚS

[José va a buscar a los sacerdotes de Belén. Instrumentos para este sagrado acto. Instalaciones en la Cueva del Pesebre. Comida al concluir el sabbat.]

[Domingo, 1.° de diciembre:]

Hoy después de mediodía llegaron a la Cueva del Pesebre algunos que venían del sabbat, y por la tarde vi que las esenias y la criada de María preparaban comida bajo una choza de enramadas delante de la entrada de la cueva. Varios días atrás José había empezado a levantar esta cabañuela con los pastores y también había despejado la celda que se había preparado para él a la entrada de la cueva; cubrió el suelo de mantas y, dentro de su pobreza, lo adornó todo para la fiesta.

Lo arregló todo antes que empezara el sabbat, ya que al amanecer de mañana sería el octavo día después del nacimiento de Cristo, y según el mandamiento de [la Ley de] Dios, había que circuncidarlo.

Al anochecer José fue a Belén y volvió con tres sacerdotes, un hombre de edad y una mujer que parecía ser una especie de enfermera o cuidadora para estos actos religiosos, que traía consigo el asiento de costumbre y una gruesa placa de piedra octogonal con todo lo necesario. Depositaron estos objetos en las esteras extendidas en el suelo a la entrada de la cueva, en el lugar donde iba a ser la ceremonia, no lejos de la bóveda del pesebre, entre el fogón y lo que José había despejado.

El asiento que traía era un cajón que al sacarlo formaba una especie de diván con el respaldo a un lado. Estaba forrada de rojo y era más adecuado para tumbarse que para sentarse a nuestra manera.

La piedra octogonal tendría dos pies de diámetro y en su centro un hoyo octogonal con tapa metálica. Tenía en compartimentos separados un cuchillo de piedra y tres cajitas. Pusieron esta piedra al lado de la silla, sobre un taburete de tres patas que hasta ahora siempre había estado tapado con una colcha en el lugar donde nació Nuestro Señor en la Cueva del Pesebre.

Tras estos arreglos los sacerdotes saludaron a la Santísima Virgen y al Niño Jesús. Hablaron cordialmente con ella y también tomaron conmovidos a Jesús en brazos.

Luego se celebró la comida en la choza de ramas de delante de la puerta, y como siempre ocurre en estas ocasiones, un montón de pobres que habían seguido a los sacerdotes, rodearon la mesa y recibieron a lo largo de la comida los dones de José y de los sacerdotes, con lo que pronto estuvo todo repartido.

Vi ponerse el sol; su disco era más grande que aquí entre nosotros y cuando ya estaba completamente hundido, vi que entraba sol por la puerta abierta de la Cueva del Pesebre.

LA CIRCUNCISIÓN DE CRISTO. EL NOMBRE DE JESÚS

[Domingo, 2 de diciembre:]

[Ana Catalina no mencionó si los sacerdotes se fueron a la ciudad después de la comida de ayer y luego volvieron por la mañana, y también olvidó precisar si durmieron en la Cueva del Pesebre o en las cercanías. Solamente dijo:]

Había lámparas encendidas en la cueva y vi que por la noche todavía rezaron y cantaron mucho. La circuncisión se hizo al romper el día, ocho días después del nacimiento del Señor. La Santísima Virgen estaba atribulada y desasosegada. Ella misma había preparado los pañitos para recoger la sangre y vendar al niño, y los tenía guardados en los pliegues de la pechera de su vestido.

Entre oraciones y ceremonias los sacerdotes cubrieron la piedra octogonal con un tapete rojo y encima otro blanco, y cuando un sacerdote se puso en la silla, más reclinado que sentado, la Santísima Virgen, que estaba velada y tenía al Niño Jesús en brazos en la parte de atrás de la cueva, se lo pasó a la criada, así como los pañitos y las vendas. San José lo recibió de la criada y lo pasó a la cuidadora que había venido con los sacerdotes, y ésta puso al Niño Jesús, tapado con un velo, sobre el mantel de la piedra octogonal.

Aún rezaron un poco más y luego la cuidadora destapó al niño y lo puso en el regazo del sacerdote que estaba reclinado. San José se inclinó por encima de los hombros de los sacerdotes para sostenerle el tronco al niño. Dos sacerdotes se arrodillaron a derecha e izquierda sujetando cada uno un pie del niño, y el que realizaba la ceremonia se arrodilló delante de él. Habían quitado la tapa de la piedra octogonal y tenían a mano las tres cajitas de ungüento y el agua vulneraria.

El mango y la hoja del cuchillo eran de piedra; el mango era liso y castaño y tenía una ranura donde iba encajada la hoja, que era del color amarillento de la seda bruta y no me pareció muy afilada.

Hicieron el corte con la punta ganchuda del cuchillo que, abierto, tendría de largo por lo menos un palmo. El sacerdote hirió también al niño con la afilada uña de su dedo, chupó la herida y la roció con agua vulneraria y un calmante de las cajitas.

Puso lo que había cortado entre dos plaquitas redondas y brillantes de color castaño rojizo, que estaban un poco ahondadas en el centro. Era como la cajita muy plana de una materia preciosa que entregaron a la Santísima Virgen. Entonces dieron el niño a la cuidadora, que lo vendó y fajó de nuevo en sus pañales. El niño había estado fajado en blanco y rojo hasta los bracitos, pero ahora le envolvieron también los bracitos; y el velo que le tapaba la cabecita se lo pusieron en torno a la cabeza como una vaina. Así tapado lo volvieron a poner en la piedra octogonal revestida y aún rezaron más sobre él.

Aunque yo sabía que el ángel había dicho a San José que el niño debía llamarse Jesús, recuerdo sin embargo que en el primer momento el sacerdote no aprobó este nombre y por eso rezaba. Entonces vi que un ángel reluciente se apareció ante el sacerdote y le puso delante el nombre de Jesús en un letrero como el de la cruz. No sé si éste u otro sacerdote vieron al ángel como yo, pero se estremeció mucho y escribió este nombre en un pergamino por inspiración divina.

El Niño Jesús lloraba muy alto después de la ceremonia sagrada y entonces vi que San José lo quitó de allí y se lo puso en brazos a la Santísima Virgen, que estaba de pie en la parte de atrás de la cueva con las dos mujeres. Ella lo recibió entre lágrimas, se retiró al rincón del pesebre, se bajó el velo y tranquilizó al lloroso Niño Jesús dándole el pecho. José también la dio los pañitos manchados de sangre con que la cuidadora había protegido los vasos que sangraban. Todavía rezaron y cantaron, las lámparas seguían encendidas y entonces amaneció.

Después de un rato, la Santísima Virgen salió con el niño y lo depositó en la piedra octogonal. Los sacerdotes tendieron hacia ella sus manos en cruz por encima del niño, tras lo cual la Santísima Virgen se retiró llevándoselo.

Antes de irse con sus utensilios, los sacerdotes todavía tomaron un bocado en la

enramada con José y un par de pastores que estaban en la entrada de la cueva. He sabido que todos los que estuvieron en este acto sagrado eran buena gente, y que más tarde los sacerdotes fueron iluminados y llegaron a la Salvación. Durante toda la mañana estuvieron repartiendo generosamente a los pobres que llegaban a la puerta.

Durante la ceremonia el asno estuvo atado en el fondo de la cueva.

MENDIGOS IMPERTINENTES EN LA CUEVA

Hoy pasó delante de la cueva una cuantiosa chusma de sucios mendigos de color castaño que venían del Valle de los Pastores; parecía que iban a Jerusalén a una fiesta. Pidieron con mucha violencia, y como las dádivas de José no les bastaban, maldijeron e insultaron ferozmente junto a la cueva. No sé quiénes serían, pero me eran muy antipáticos.

Durante el día de hoy volvió otra vez la cuidadora a ver a la Santísima Virgen que volvió a vendar al Niño Jesús. La noche siguiente vi muchas veces que el niño lloraba mucho inquieto de dolor. María y José lo tenían en brazos alternativamente y para consolarlo lo paseaban alrededor de la gruta.

ISABEL VIENE AL PESEBRE

[Lunes 3 de diciembre:]

Al anochecer de hoy ha llegado Isabel a la Cueva del Pesebre. Venía desde Juta montada en un burro que llevaba un viejo criado. José la recibió afectuosamente, y la alegría de Isabel y de María cuando se abrazaron fue inmensamente grande. Entre lágrimas, Isabel apretó al Niño Jesús contra su corazón.

EL SOPORTE DE LA CUNA DEL NIÑO JESÚS

A Isabel la prepararon un lecho junto al lugar donde había nacido el Niño Jesús. Delante de este sitio está ahora a veces un armazón alto, como un caballete de aserrar, en el que descansa el cajoncito en el que muchas veces ponen al niño mientras ellas están de pie alrededor rezando y acariciándole. Este armazón tiene que haber sido una cosa muy corriente para niños, pues en casa de Ana, la madre de María, ya había visto yo descansar a la Niña María en un armazón parecido. Isabel y María conversan con dulce intimidad.

CONFIDENCIAS ENTRE LA SANTÍSIMA VIRGEN E ISABEL

[La Santísima Virgen la comunica sus dolores y gozos. Se esconden a causa de nuevas visitas.]

[Martes, 4 de diciembre:]

Anoche y todo el día de hoy vi a María e Isabel sentadas juntas en dulces conversaciones. Yo sentía también que estaba con ellas y escuché todas sus conversaciones con íntima alegría. La Santísima Virgen la contó todo lo que la había pasado hasta ahora; mientras contaba la búsqueda de alojamiento en Belén, Isabel lloraba de todo corazón.

También la contó muchas cosas referentes al nacimiento del Niño Jesús, y todavía me acuerdo de algo. Dijo que en el momento de la Anunciación, su espíritu estuvo ausente diez minutos con la sensación de que su corazón se desdoblaba, mientras se llenaba de dicha indecible. En el momento del nacimiento se llenó de un ansia infinita y se quedó arrobada de rodillas, sintiendo que los ángeles la llevaban. Entonces sintió como si su corazón se desgarrara y se le separara la mitad.

Así estuvo diez minutos inconsciente y luego la quedó una sensación de gran vacío

interior y un ansia grande de la felicidad infinita que antes siempre había encontrado dentro de sí y que ahora estaba fuera de ella. Entonces divisó delante un resplandor, como si en él creciera la figura de su hijo ante sus ojos. Lo vio moverse y lo oyó llorar; volvió en sí, lo levantó de la colcha y se lo puso al pecho, pues al principio, como estaba como en sueños, no se atrevía a tocar al niño rodeado de tanta luz. También la dijo que no se dio cuenta cuándo se separó el niño de ella. Isabel le dijo:

—Tú has dado a luz con mayores gracias que las demás mujeres; el nacimiento de Juan también estuvo lleno de dulzura, pero fue muy distinto que el tuyo.

Esto es lo que recuerdo de sus conversaciones.

Hoy todavía había gente de toda clase que visitaba a la Santísima Virgen y al Niño Jesús; y también vi todavía varias veces aquella chusma maleducada que pasó por delante de la puerta; pedían apostrofando, maldiciendo e insultando y José ya no les dio más limosnas.

Por la tarde María se volvió a esconder con Isabel y el Niño Jesús en la cueva lateral junto al pesebre; pienso que se quedaron allí toda la noche. Esto ocurría porque desde Belén venía al pesebre a curiosear toda clase gente importante y María no quería dejarse ver por ellos.

PESEBRE

Hoy vi que la Santísima Virgen salió de la Cueva del Pesebre con el Niño Jesús y entró en otra cueva situada a la derecha. La entrada era muy estrecha; catorce escalones inclinados bajaban hasta un pequeño zaguán y luego a una bóveda más espaciosa que la Cueva del Pesebre. El espacio semicircular al lado de la entrada lo había separado José con una colcha colgante, con lo que separó un espacio rectangular. La luz no entraba desde arriba sino a través de unos agujeros laterales que perforaban profundamente la roca.

Los últimos días un anciano sacó de esta cueva mucha paja, leña y haces de cañas como los que José usaba para la lumbre; el que prestó este servicio era pastor. La cueva era más luminosa y espaciosa que la del Pesebre. El burro no estaba aquí. Vi al Niño Jesús tumbado en una hondonada ahuecada. En los últimos días he visto a María mostrar varias veces a algunos visitantes aislados su niño cubierto con un velo, y completamente desnudo salvo la faja en torno al cuerpo; otras veces lo he vuelto a ver completamente fajado. La cuidadora que lo vendó le visitaba muchas veces, y María compartía generosamente con ella los regalos de los visitantes, que la cuidadora redistribuía en Belén a los necesitados.

12
LA CARAVANA DE LOS REYES MAGOS

VIAJE DE LOS REYES MAGOS A BELÉN

[Comunicado en 1821]

[Nota previa: En 1819 y 1820, Ana Catalina ya había comunicado una serie de visiones del viaje de los Reyes Magos a Belén y como entonces las veía al compás de la liturgia de cada día, los trece días entre Navidad y Reyes resultaban pocos para la duración del viaje, de modo que solo narraba una selección de las etapas que hacían los Reyes. Pero en 1821, el día histórico del nacimiento de Cristo cayó justo un mes antes, el 25 de noviembre, y ese mismo día vio salir a los Reyes Magos para Judea, así que el tiempo del viaje resultó ser aproximadamente un mes, pues Ana Catalina decía para precisar la duración del viaje:]

—En el convento siempre veía llegar los Reyes a Belén cuando estaba preparando el nacimiento y por tanto, hacia el 25 de diciembre.

[De este modo es mucho más verosímil que Herodes no encontrara al niño en Belén después de marcharse los Reyes, pues daba tiempo mientras tanto a que saliera la Sagrada Familia.]

LOS REYES VEN LAS ESTRELLAS Y EMPRENDEN VIAJE

[25 de noviembre de 1821:]

Ya conté el día de Navidad que en Nochebuena vi anunciar el nacimiento de Cristo a los Reyes Magos. Vi al atezado Mensor y el castaño Sair mirando a las estrellas en el país del primero; todos sus aparatos estaban preparados para el viaje. Miraban con largos tubos desde lo alto de una torre en forma de tronco de pirámide a la estrella de Jacob, que tenía cola. La estrella se abrió ante sus ojos y dentro apareció una gran doncella brillante, y en medio vi flotar un niño reluciente de cuyo costado derecho crecía una rama en la que florecía una torrecita con varias puertas, que finalmente se transformó en una ciudad. Ya no sé más de este cuadro.

Ambos emprendieron viaje inmediatamente después de verlo. El tercero, Zeokeno, vivía unas jornadas más a Oriente y a esa misma hora vio la misma figura en las estrellas. Salió de viaje con muchas prisas a reunirse enseguida con sus dos amigos, como así fue.

[La contemplativa va con los Reyes Magos. Ana Catalina visita Belén. Más viajes a Oriente. Comarcas, viviendas, personas que tejen algodón, sus vestidos. Ídolos. Comarca de la que salieron Mensor y Sair. Reagrupan los rebaños que dejan. Zeokeno, el tercer rey, sigue veloz tras ellos.]

Me desperté con grandes ansias de estar en la Cueva del Pesebre con la Madre de Dios y de tener un ratito al Niño en mis brazos y apretarlo contra mi corazón. Entré dentro de la cueva. Era de noche; José dormía apoyado en el brazo derecho detrás de su biombo, a la derecha de la puerta y María estaba despierta, sentada en su sitio habitual junto al pesebre y tenía al Niño Jesús al pecho debajo del velo. De día y despierta, cuando estaba sentada, enrollaba como un cojín parte de la manta que le servía de lecho y se la ponía detrás de la espalda para que le sirviera de respaldo; pero ahora tenía un poco más baja la

cabecera de su lecho. Me puse de rodillas y pedí con gran fervor tener un ratito al Niño.

¡Ay!, ella lo sabía, lo sabe todo y lo acepta todo ¡es tan amorosa y tan cariñosamente compasiva, si uno reza con fe!, pero estaba rezando tan tranquila, tan recogida, piadosa, y maternal que no me dio el niño; creo que porque le estaba dando de mamar. Yo tampoco lo hubiera hecho.

Pero mis ansias seguían creciendo y se unían a la impetuosa corriente de almas que anhelaban al Niño Jesús. Este cálido anhelo de salvación no era en ninguna parte tan puro, tan infantil, fiel e inocente como el de los queridos Reyes Magos del País de la Mañana, cuyos antepasados lo habían esperado con ansia a lo largo de los siglos, creyendo, esperando y amando. Entonces mi anhelo me llevó hacia ellos, y cuanto completé mi oración me salí del pesebre muy devotamente, despacito y sin hacer ruido para no molestar, y entonces fui llevada en un largo viaje a la caravana de los Reyes Magos. Por el camino he visto muchas clases de cosas, países y gentes, viviendas, vestidos, usos y costumbres y también muchas clases de idolatría que practicaban, pero he olvidado la mayor parte. Contaré lo mejor que pueda lo que todavía me queda en la memoria.

Fui conducida en dirección a Oriente a una comarca en la que nunca había estado y que en su mayor parte era infértil y de arena. En algunas colinas vivían grupos de gente en cabañas de ramas, familias sueltas de cinco a ocho personas. El techo de ramas apoyaba en la colina donde las viviendas estaban excavadas. Al entrar, vi que el espacio estaba dividido hasta la pared del fondo a ambos lados de la puerta; las habitaciones delanteras y las del fondo eran más grandes, y las del medio más pequeñas.

En esta comarca casi no crecían más que matas pequeñas, y aquí y allá algún arbolito que daba unos capullos de los que esta gente sacaba lana blanca. Vi también algunos árboles grandes entre los que habían erigido sus ídolos.

Esta gente era aún muy salvaje, pues me pareció que comían sobre todo carne, y en concreto, pájaros crudos. También vivían del robo. Tenían casi el color del cobre y el pelo amarillo de los zorros; eran pequeños, rechonchos, casi gordos, pero muy listos, ágiles y activos. No vi que tuvieran rebaños ni animales domésticos.

Tampoco los vi totalmente vestidos: debajo de la cintura, los hombres se tapaban el bajo vientre delante y detrás con cortos taparrabos arrugados, y la mitad del pecho hasta la cintura se la tapaban con un escapulario estrecho de bandas entrecruzadas que se cerraba en torno al cuello por encima de los hombros. Me pareció que esta estrecha prenda que les cubría el pecho era elástica y se podía estirar y hacer mayor. Aparte de las correas que se entrecruzaban al cuello, llevaban la espalda desnuda hasta la cintura. En la cabeza llevaban casquetes atados con una cinta que por encima, delante de la frente, tenía como una rosa o un lazo.

Las mujeres llevaban falda corta y plisada hasta media cadera; se tapaban el pecho y el bajo vientre como con la pechera de una chaquetilla, cuyas puntas recogían con el cinturón. Esta prenda se cerraba en torno al cuello con una tira ancha como una estola, bordada en los hombros pero lisa en el pecho. Cubrían su cabeza con una gorra que tenía por arriba un botón en forma de copa aplastada; la gorra tenía punta en la frente, y se pegaba a las orejas y las mejillas. Detrás de las orejas y de la nuca, la gorra tenía franjas sueltas y separadas, por las que salía el moño. La pechera de las mujeres era multicolor, con muchos adornos verdes y amarillos, cosidos o pespunteados. Por delante, más arriba de la cintura, estaba adornada con botones, y en los hombros estaba bordada. La costura era basta, como la de las casullas antiguas. Las mujeres llevaban los antebrazos llenos de ajorcas.

Esta gente hacía una especie de mantas con una lana blanca que sacan de los capullos de un arbolito. Dos de ellas se ataban en torno al cuerpo un manojo de esta lana y luego cada una empezaba a andar para atrás mientras sacaba del cuerpo de la otra un cordón muy largo del grueso de un dedo. Después, con esos cordones tejían piezas anchas de tela, y cuando tenían muchas, iban en grupo a venderlas a una ciudad, llevando a la cabeza grandes rollos de mantas de éstas.

En este paraje vi también sus ídolos dispersos debajo de árboles grandes; tenían cabezas de buey con cuernos, boca ancha y agujeros redondos en el cuerpo, y más abajo una abertura ancha en la que encendían fuego para quemar las ofrendas que ponían en los agujeros más pequeños. En torno a cada uno de estos ídolos había distintas figuritas de animales en columnitas de piedra: pájaros, dragones y una figura con tres cabezas de perro y cola de serpiente arrollada.

Al principio de mi viaje tuve la sensación de que a mi derecha había mucha agua y que me apartaba de ella cada vez más. Después que salí de la comarca de esta gente, mi camino subió cada vez más y tuve que pasar muchas veces una loma de arena blanca, en la que con frecuencia había alrededor piedrecitas negras de todas clases quebradas en forma de conchas y cacharros rotos. Más allá, bajando por un valle, llegué a una comarca que estaba cubierta de numerosos arboles plantados casi en hileras muy tupidas. Había allí árboles con troncos de escamas y hojas monstruosamente grandes, y también árboles en forma de pirámide con flores grandes y bonitas; estos últimos tenían las hojas verdeamarillas y también ramas con brotes. Allí vi también arboles con hojas en forma de corazón, completamente lisas.

Después llegué a una comarca que consistía en grandes pastizales que no se veían porque estaban ocultos entre las alturas y en los que hormigueaba ganado de muchas clases. En torno a las alturas crecían viñas cuidadas en terrazas, plantadas en filas y protegidas por pequeños setos trenzados. Los dueños de estos rebaños vivían en tiendas de techo plano cuyas entradas estaban cerradas con puertas ligeras de zarzo.

Las tiendas estaban hechas con ese tejido blanco lanoso que hacían los salvajes con los que había estado antes, pero estaban cubiertas por arriba también con unas placas escamosas de color pardo, de las que colgaban flecos por los bordes. Estas placas tenían como pelo, como si estuvieran hechas con musgo o pieles de animales. En el centro estaba una tienda grande rodeada de muchas otras más pequeñas que formaban un amplio círculo.

Los rebaños, separados por especies, vagaban por los amplios pastizales separados aquí y allá por extensos matorrales como de monte bajo. Allí distinguí rebaños de muy distintas especies: corderos con largas trenzas de lana rizada y largas colas lanudas; animales muy vivaces con cuernos como cabras, unos tan grandes como terneras y otros del tamaño de los caballitos que actualmente corren en libertad en nuestros páramos. Vi también manadas de camellos y de animales parecidos, pero con dos jorobas.

En un sitio vi en un cercado algunos elefantes, blancos o a manchas; eran totalmente mansos y solo para uso doméstico.

Durante esta visión me interrumpieron tres veces para ir a otras partes a contemplar otras cosas, pero luego siempre volvía a otra hora del día a este cuadro de vida pastoril. Me parece que estos rebaños y pastos pertenecían a uno de los reyes que ya había emprendido viaje; creo que eran de Mensor y su familia. Los apacentaban pastores subordinados que llevaban chaquetas hasta las rodillas, aproximadamente de la misma forma que los trajes de nuestros aldeanos, solo que más ceñidos al cuerpo.

Creo que ahora que el jefe ha salido de viaje para mucho tiempo, unos inspectores

están revisando y contando los rebaños. Los pastores subordinados tuvieron que dar cuentas, pues vi que de vez en cuando llegaba gente importante con largos mantos que lo examinaba todo. Iban a la gran tienda central, y los rebaños iban pasando por ésta y por las tiendas pequeñas, donde los contaban y examinaban. Los que tomaban las cuentas tenían en la mano unas superficies de no sé qué en las que apuntaban algo. Pensé entonces:

—¡Ojalá nuestros obispos fueran tan aplicados en investigar los rebaños de los pastores que tienen a sus órdenes!

Cuando, después de la última interrupción, volví a la comarca de los pastos, ya era de noche y en la comarca reinaba un profundo silencio. La mayoría de los pastores estaban durmiendo en las tiendas pequeñas y solo unos pocos rondaban en silencio para vigilar los rebaños que dormitaban tumbados tranquilamente, más o menos reunidos, pero separados según su especie en grandes cercados de distintas formas.

Para mí era sobre todo piadoso y profundamente emotivo mirar el inmenso cielo azul oscuro extendido sobre estos grandes pastizales llenos de rebaños que dormitaban pacíficamente al servicio de los hombres, y ver la centelleante pradera de estrellas innumerables surgidas a la llamada de su Creador, cuya voz de pastor seguían prontamente como fieles rebaños, más obedientes que los corderitos de la Tierra a sus pastores mortales.

Y cuando veía aquí o allá que los pastores de guardia en sus rondas miraban más a los rebaños de estrellas del cielo que a los rebaños confiados a su tutela, meditaba complacida:

—¡Con cuánta razón miran a lo alto con asombro y gratitud lo que sus antepasados miraron y esperaron con anhelo y oraciones! Pues lo mismo que el buen pastor busca la oveja extraviada y no descansa hasta que la encuentra y la trae a casa, así hace también ahora el Padre celestial, verdadero pastor de todos estos innumerables rebaños de estrellas en el espacio inmenso.

Cuando arrojó al hombre a la Tierra y lo maldijo con el castigo, volvió a buscar al hombre caído a su morada en la Tierra como a la ovejita perdida. Sí, envió aquí abajo a hacerse hombre a su hijo unigénito, para que volviera a traer a casa las ovejitas perdidas, cargara los pecados sobre sí como cordero de Dios y, muriendo, satisficiera por ellos a la justicia divina.

Y ahora había ocurrido el anuncio del Salvador prometido y guiados por una estrella, sus reyes habían partido la noche anterior a rendir vasallaje al Salvador recién nacido. Por eso los vigilantes de los rebaños rezaban y miraban asombrados hacia arriba, a las cañadas celestiales, pues de allí ha venido el Pastor de los pastores que se ha anunciado en primer lugar a los pastores.

Mientras contemplaba los amplios campos de los rebaños, oí que el veloz repiqueteo de los cascos de una hueste de hombres a camello interrumpía el silencio de la noche. La caravana pasó rápidamente junto a los rebaños durmientes y fue a la tienda principal del campamento de los pastores. Aquí y allá, despertados por el ruido, los soñolientos camellos se levantaban del sueño y alargaban los cuellos hacia la caravana, y se oían los balidos de los corderos que se despertaban.

Algunos de los que llegaban saltaron de sus monturas y despertaron a los pastores que dormían en las tiendas. Los pastores de guardia que estaban más cerca se aproximaron a la caravana y pronto estuvo todo lleno de vida y congregado en torno a la caravana. Por todas partes hablaban, miraban y señalaban a las estrellas. Hablaban de una constelación o de una aparición en el cielo que había pasado ya, pues yo no la veía.

Ésta era la caravana de Zeokeno, el tercero de los Reyes, el más alejado. Había visto

en su patria la misma figura en las estrellas y había salido inmediatamente de viaje hacia aquí. Preguntó qué delantera podrían llevarle Mensor y Sair y si todavía se podía ver bien la estrella cuya dirección había que seguir. En cuanto recibió las respuestas que necesitaba, la caravana reanudó rápidamente su camino sin demora.

Esta era la comarca donde los Reyes Magos, que vivían separados, solían reunirse habitualmente para observar a los astros; y también estaba cerca la torre piramidal con largos tubos para observar las estrellas. Zeokeno vivía el más alejado de los tres, por cierto que en la comarca donde Abraham vivió al principio, en torno a la cual vivían todos.

[Intervalo durante la visión precedente. Un vistazo a Agar e Ismael en el desierto; Agar le marca con una señal.]

En el intervalo entre las visiones de estos tres momentos del día en que vi lo que pasaba en los extensos campos de los pastores del alto, se me mostraron algunas cosas de la comarca en la que vivió Abraham pero las he olvidado en su mayor parte. Una vez vi, muy lejos y a un lado, la altura donde Abraham quería sacrificar a Isaac.

Otra vez me mostraron muy claramente lo que le pasó a Agar e Ismael en el desierto, aunque ocurrieran lejos de aquí. Ya no sé bien la secuencia.

La primera comarca donde vivió Abraham estaba más alta, y los países de los tres Reyes Magos están alrededor y más abajo. Ahora voy a contar el cuadro de Agar e Ismael.

AGAR E ISMAEL EN EL DESIERTO

Al lado de la montaña de Abraham, pero más al fondo del valle, vi que Agar vagaba con su niño por el monte bajo; iba como si hubiera perdido la razón. El chico tenía ya algunos años y llevaba un vestidito largo; ella iba envuelta en un manto que también le cubría la cabeza. Llevaba por debajo una falda corta y el cuerpo del vestido estaba ajustado, firmemente sujeto y los brazos estrechamente envueltos.

Agar puso a su chico debajo de un árbol en una colina y le hizo un signo en la frente, otro en medio del brazo derecho, otro en el pecho y otro en el brazo izquierdo. Cuando se apartó no vi el signo que había hecho en la frente, pero los otros, que estaban dibujados en la ropa, eran visibles y parecían escritos en color pardo rojizo.

Este signo tenía forma de cruz pero no era exactamente una cruz normal; parecía una cruz de Malta, como si uno rodeara con un círculo cuatro triángulos con las puntas en cruz. En los cuatro triángulos escribió letras o signos como ganchos, cuyo significado no pude retener exactamente; vi que escribió dos o tres letras en el centro del círculo. Dibujaba muy deprisa con el color rojo que parecía llevar en la mano, si es que no era sangre.

Mientras lo hacía, mantuvo unidos los dedos índice y pulgar. Luego se inclinó, miró al cielo y ya no la vi más en torno a su hijo; se alejó como un tiro de escopeta y se sentó bajo un árbol. Entonces oyó una voz del cielo, se puso de pie y siguió andando. Volvió a oír la voz y vio una fuente entre el follaje. Llenó el odre de agua, volvió con su hijo, le dio de beber, lo llevó a la fuente y allí le puso otro vestido encima del que había estado pintando.

Esto es lo que recuerdo de esta aparición. Creo que en otros tiempos he visto dos veces a Agar en el desierto; una vez antes del nacimiento de su hijo y después otra como ahora, con Ismael ya mocito.

[Zeokeno da alcance a la caravana de Mensor y Sair en una ciudad desierta llena de columnas. Sus pobres habitantes siguen a la caravana. Más tarde, los discípulos Saturnino y Jonadab enseñaron aquí el Evangelio. Comarca en la que vivían los Reyes Magos, sus nombres y duración del viaje, y cómo después de la muerte de Jesús el apóstol Tomás

bautizó a los dos Reyes que todavía estaban vivos.]

[Noche del 27 al 28 de noviembre de 1821. Nota previa: El año 1821, cuando Ana Catalina comunicó estas contemplaciones de la caravana de los Reyes Magos, ya había narrado toda la predicación itinerante de Jesús en la Tierra, y también había contemplado, entre otras cosas, que después de la resurrección de Lázaro (que ella vio ocurrir el 7 de septiembre del tercer año de predicación) Jesús se retiró a la otra orilla del Jordán y en su ausencia de 16 semanas visitó a los Reyes Magos.

Al regreso de su caravana a Belén, los Reyes Magos se reunieron, y ellos y los miembros de sus caravanas se quedaron a residir más cerca de la Tierra Prometida. Solo quedaban vivos Mensor y Zeokeno, pues Jesús encontró al castaño rey Sair en la tumba. Para entender mejor lo que sigue parece necesario contar al lector estos acontecimientos ocurridos 31 años después, pero que Ana Catalina había contado antes:]

La noche del 27 al 28 de noviembre, cuando ya empezaba a clarear, la veloz caravana de Zeokeno dio alcance a la de Mensor y Sair en una ciudad desértica en la que había grandes filas de altas columnas aisladas. En las puertas de la ciudad, que eran bonitas torres cuadradas en ruinas, había muchas columnas, y en muchos otros lugares había grandes y bonitas columnas con estatuas que no eran rígidas como en Egipto, sino que tenían bonitas posturas vivas.

Esta comarca era arenosa y con muchas montañas de piedra. En las ruinas de esta ciudad desértica se había instalado lo que parecía una banda de salteadores salvajes. Solo tenían lanzas y llevaban puestas pieles de animales. Los salteadores eran de color castaño, bajos y vigorosos, pero sumamente listos. Para mí es como si ya hubiera estado alguna vez en este lugar, quizá en aquel viaje que soñé que hacía a la Montaña de los Profetas y al Ganges.

Cuando las tres caravanas se reunieron aquí, abandonaron la ciudad al romper el día y prosiguieron rápidamente su camino, y muchos de estos pobres canallas que vivían aquí se incluyeron en la caravana a causa de la generosidad de los Reyes, que siguieron media jornada más y se tomaron un día de descanso. Después de la muerte de Jesús, el apóstol Juan y los dos discípulos Saturnino, y Jonadab el hermanastro de Pedro fueron enviados a esta ciudad desértica a anunciar el Evangelio[1].

COLOR DE CARA Y NOMBRES DE LOS REYES MAGOS

Con esta ocasión vi juntos a los Reyes Magos. El último que llegó aquí era el más alejado, Zeokeno, que tenía un hermoso color amarillento; lo reconocí porque era el que estaba enfermo en su tienda 32 años después, cuando Jesús visitó a los Reyes Magos allí donde se instalaron, más cerca de la Tierra Prometida.

Cada uno de los Reyes Magos trae consigo cuatro parientes o amigos de su familia, así que en conjunto iban en la caravana unos quince notables a los cuales siguen multitud de criados y camelleros. Entre los mozos del séquito, que estaban casi desnudos hasta la cintura y que pueden correr y saltar con extraordinaria agilidad, reconocí a aquel discípulo Eleasar que más tarde fue mártir y del que tengo una reliquia en mi poder.

[Por la tarde, el confesor preguntó el nombre de los Reyes Magos a Ana Catalina, que respondió:]

—A Mensor, el atezado, Santo Tomás le dio el nombre de Leandro cuando lo bautizó después de la muerte de Cristo. Santo Tomás bautizó también a Zeokeno, el viejo amarillento que estaba enfermo cuando Jesús estuvo en el campamento de Mensor. El de

color castaño que ya había muerto cuando la visita de Jesús, se llamaba Seir o Sair.

[Su confesor la preguntó:]

—¿Cómo bautizaron a éste?—pero ella no se dejó engañar y contestó sonriendo:

—Ya estaba muerto y tuvo el bautismo de deseo.

[El confesor dijo entonces:

—Pero yo no he oído esos nombres en los días de mi vida, ¿cómo es que llegaron a llamarlos Gaspar, Melchor, Baltasar?]

—Sí, los han llamado así porque rima con su ser, pues estos nombres significan: El primero, « va con amor»; el segundo, « vagabundea en torno», « va con halagos», « se aproxima tan suavemente»; y el tercero, « enseguida ase con su voluntad», « se aferra con su voluntad a la voluntad de Dios».

[Ana Catalina dijo todo esto muy cordialmente y expresando con la mímica de sus manos sobre la colcha el significado de estos nombres. Quede a la investigación de los lingüistas aclarar hasta qué punto puedan entenderse estos nombres.]

LA CARAVANA DE LOS TRES REYES DESCANSA JUNTO A UNA FUENTE

[Orden de la caravana. Pienso y agua a los animales. Preparación de la comida. Vasijas. La estrella que los guía. Longitud del viaje. De su patria. Prosiguen su camino.]

[28 de noviembre:]

Creo que encontré por primera vez [sic] la caravana de los tres Reyes Magos en una comarca algo más fértil justo media jornada después de la ciudad del desierto donde estaban las columnas y las figuras de piedra. Aquí y allá se veían diseminadas viviendas de pastores con muros de piedras negras y blancas. En la llanura, la caravana se acercó a una fuente en cuya proximidad se encontraban varios cobertizos amplios abiertas por un lado. Tres de ellos estaban en el centro y otros cuantos más alrededor; parecía un sitio de descanso habitual para caravanas parecidas.

El conjunto de la caravana se componía de tres huestes; en cada una de ellas había cinco notables entre los que estaba el jeque o rey, que se ocupaba de todo y mandaba y distribuía como padre de familia. Cada uno de estos tres grupos se componía de hombres de distinto color de cara. La tribu de Mensor era de un agradable color atezado; la de Sair era de color castaño, y la de Zeokeno de brillante color amarillento. Negro brillante no vi a nadie, salvo algunos esclavos que todos tenían.

Los animales iban cargados hasta arriba y los notables se sentaban entre los bultos cubiertos de alfombras; llevaban varas en la mano. Les seguían otros animales, casi tan grandes como caballos, en los que iban montados entre fardos los criados y los esclavos.

Cuando llegaron, se apearon, descargaron completamente a los animales y los abrevaron en la fuente, que estaba cercada con una valla pequeña, sobre la que había un muro con tres entradas abiertas. Dentro de este espacio, el pilón de la fuente estaba algo más bajo, y tenía un poste con tres grifos de agua cerrados con tapones. El pilón estaba tapado con una tapa; uno de los hombres de la ciudad desértica que los habían acompañado lo destapó a cambio de un donativo. Tenían odres de cuero con cuatro compartimentos que podían aplastarse completamente; los llenaron de agua y en ellos podían beber a la vez cuatro camellos. Eran tan cuidadosos con el agua que no dejaron perder ni una sola gota. Luego instalaron los animales en un cercado al aire libre que estaba cerca de la fuente, y pusieron separación entre los sitios de cada uno.

Los animales tenían delante unas artesas de piedra en las que les pusieron el pienso

que traían consigo; granos grandes como bellotas que quizá fueran judías. Entre lo que descargaron había también grandes jaulas cuadradas, estrechas y altas, que colgaban a los flancos de sus monturas por debajo de los anchos paquetes; tenían dentro grandes aves, sentadas, de una en una o en parejas, según fueran, del tamaño aproximado de gallinas o palomas, que utilizaban para comer durante el viaje.

Se sentaron en espacios separados. Empacados en cofres de cuero, llevaban panecillos apretados unos sobre otros del tamaño parecido a los pizarrines de los escolares. Llevaban consigo recipientes muy valiosos de metal amarillo adornados con piedras preciosas, casi de la forma de nuestros vasos litúrgicos, cálices, navetas y conchas, donde bebían y con los que servían la comida. Los bordes de estos vasos estaban adornados en su mayoría con gemas rojas.

Las tribus se distinguían entre sí un poco por el vestido. Zeokeno el amarillento y su familia, así como Mensor el atezado, llevaban una gorra alta bordada en colores, con una gruesa cinta blanca arrollada a la cabeza. El caftán les llegaba a la pantorrilla, y era muy sencillo, con algunos botones y adornos en el pecho. Iban envueltos en mantos ligeros, anchos y muy largos, que colgaban por detrás.

Sair, el de color castaño, y su familia, llevaban boinas con un pequeño pompón blanco y gorras redondas con bordados de colores y monedas de otro color. Llevaban mantos cortos, algo más largos por detrás que por delante, y debajo caftanes abotonados hasta las rodillas, adornados en el pecho, botón a botón, con cordones, lentejuelas y muchos botones brillantes. A un lado del pecho llevaban un escudito brillante como una estrella.

Todos llevaban los pies desnudos, rodeados por los cordones entrelazados con los que sujetaban las sandalias. Los notables llevaban colgados al cinto sables cortos o grandes cuchillos, así como cajitas y bolsas. Entre los Reyes Magos y sus allegados había hombres de cincuenta, cuarenta, treinta y veinte años, unos con barba larga y otros que solo la llevaban corta. Los criados y camelleros iban vestidos muy sencillamente, y algunos, solo con una pieza de tela o una manta vieja.

Cuando las bestias estuvieron satisfechas y encerradas, ellos también bebieron, y entonces encendieron lumbre entre los cobertizos donde se habían instalado. La madera para el fuego consistía en astillas de dos pies y medio de largas que la pobre gente de esta comarca había traído en hatos muy bien arreglados, como si los tuvieran preparados de antemano para los viajeros. Los Reyes prepararon una hoguera triangular, pusieron astillas en torno a la cumbre y dejaron a un lado una abertura para dejar pasar el aire; estaba muy bien hecha. No sé exactamente cómo hicieron fuego, pero vi que uno hizo girar un ratito una madera dentro de otra, como en una caja, y que enseguida salió ardiendo; encendieron lumbre así y vi que mataron y asaron algunas aves.

Los tres Reyes Magos y los más ancianos, cada uno en su tribu hacían de cabeza de familia, trinchaban y distribuían la comida. Ponían las aves ya troceadas y panecillos en conchas o platitos con patitas, y se los daban a los demás; también llenaron las jarras y dieron de beber a todos.

Los criados inferiores, entre los que había negros, estaban al lado, encima de una colcha puesta en el suelo; esperaban con mucha paciencia y también recibieron su ración. Creo que son esclavos.

¡Qué conmovedora es la buena voluntad y la sencillez infantil de estos queridos Reyes! Daban a los que iban con ellos de todo lo que tenían, les sostenían los vasos de oro en la boca y los hacían beber como a los niños.

SOBRE LA SITUACIÓN DE LA PATRIA Y LA DURACIÓN DEL VIAJE DE LOS REYES MAGOS

Hoy aprendí mucho sobre los Reyes Magos y también el nombre de sus países y ciudades, pero en mi situación tan molesta y desvalida casi lo he vuelto a olvidar todo. Diré lo que se:

Mensor, el atezado, era caldeo y su ciudad, que se llama algo así como Acayaya, está rodeada por un río como una isla[2].

Mensor estaba siempre en el campo con sus rebaños. Seir, el de color castaño, ya estaba con él en Navidad, listo para viajar en caravana. Me acuerdo bien que el nombre de su país sonaba como Parzermo [quizá Parziene o Parzomaspe, mal pronunciado]. Un poco más arriba de este país hay un lago. Solo él y su tribu eran muy morenos y de labios rojos; todos los demás a su alrededor eran blancos; su país solo era un lugar, pero tan grande como Münster.

Zeokeno, el blanco, era de Media, un país que aún está más arriba y más lejos, encajado como una pieza entre dos mares. Vivía en su ciudad cuyo nombre he olvidado, hecha con tiendas de campaña puestas sobre fundamentos de piedra. Siempre pienso que Zeokeno, que era el más rico y el más apartado de los tres, hubiera tenido camino directo a Belén, y ha tenido que dar un rodeo para viajar con los otros pues creo que casi ha tenido que pasar junto a Babilonia para llegar hasta ellos.

Del campamento donde vivía Mensor el atezado, al de Seir, el de color castaño, había tres jornadas de viaje de doce horas cada una, y Zeokeno estaba a cinco de tales jornadas. Mensor y Seir ya estaban juntos en el campamento del primero cuando vieron la visión del nacimiento de Jesús en las estrellas, y al día siguiente salieron de viaje con sus caravanas.

Zeokeno, el blanco, vio esta misma visión en su casa y se apresuró con gran diligencia a encontrarse con los otros dos en la ciudad destruida. He sabido la longitud de su viaje a Belén, pero la he vuelto a olvidar en parte; lo que recuerdo aproximadamente es que su camino era de 700 y pico horas, y en el pico entra el 6. Habían calculado 60 jornadas de viaje a doce horas cada una, pero el viaje solo duró 33 días a causa de la gran velocidad de sus monturas y porque a menudo viajaban día y noche.

La estrella que los guiaba era exactamente como una bola redonda; tenía como una boca por la que derramaba luz a torrentes [esta expresión debe guardar relación conque Ana Catalina ve a menudo brotar luz de la boca del Señor y de los santos].

Para mí era siempre como si una aparición llevara de la mano flotando esta bola con un hilo de luz. De día la veía delante de ellos como un cuerpo luminoso más claro que el día. Cuando contemplaba su camino desde lejos, me parecía asombrosa la velocidad de la caravana, pero estos animales tienen un paso tan igual y tan ligero que la caravana avanza tan rápida y ordenadamente como el vuelo de una bandada de aves.

La situación de los países de los tres Reyes Magos forma un triángulo entre sí. Mensor el atezado, y Sair el castaño vivían casi juntos, pero Zeokeno, el más blanco, vivía más lejos.

Creo que ya han pasado por Caldea, donde en una ocasión vi el jardín cerrado dentro de un templo. La lejana ciudad de Zeokeno solo es de piedra en su parte más baja, sobre el suelo, pero de ahí para arriba el resto es de tienda de campaña. Tiene también agua alrededor. Me parece tan grande como Münster.

Cuando la caravana terminó su descanso a eso del anochecer, la gente que se les había añadido les ayudó a cargar los animales, y se llevó a rastras todo lo que dejaron. Empezaba a anochecer cuando partieron. Se veía la estrella, que hoy tenía un color rojizo,

como la luna en tiempo ventoso, y una larga cola de luz pálida.

Durante un rato fueron andando al lado de sus animales a pie y con la cabeza descubierta; estaban rezando. El camino aquí era tal que no se podía ir muy deprisa; después, cuando se hizo llano, subieron a los animales, que tenían un paso muy rápido. A veces iban despacio y entonces cantaban todos, insólitamente conmovedores en la noche.

JORNADA NOCTURNA DE LOS REYES

[Descanso corto. Llegan a la comarca de los tejedores de algodón. Se lo anuncian al rey de Causur, a 36 horas de la ciudad destruida. Cuentan la razón de su viaje y él promete colaborar al regreso. Varias cosas de los antepasados de los tres Reyes y de su esperanza de la estrella de Jacob. Balaam. Las sibilas. La escala de Jacob. Ídolos. Sacrificios humanos. Observadores de las estrellas santos y no tan santos.]

[29 de noviembre a 2 de diciembre:]

La noche del jueves al viernes, 29 al 30 de noviembre, estuve de nuevo con la caravana de los Reyes; nunca podría decir bastante lo que me edifican el orden, la alegría y el piadoso entusiasmo con que hacen todo.

Toda la noche seguimos detrás de la estrella, que aquí toca la tierra con su larga cola. Estos buenos hombres la miran siempre con paz y alegría y hablan entre ellos desde sus monturas. A veces se alternan cantando frases cortas. Su forma de cantar es muy lenta y conmovedora, ora muy alta, ora grave. Suena muy conmovedora en la noche serena, y siento en mí todo lo que cantan. ¡Y qué orden más bonito tiene la caravana! Siempre va delante un gran camello con arcas a ambos lados de la joroba. Sobre ella extienden grandes alfombras, y encima se sienta el jeque con un venablo y un saco al costado. Luego siguen animales más pequeños, parecidos a caballos o burros grandes, que llevan encima entre paquetes a los hombres de este jeque. A continuación sigue otro notable a camello y así sucesivamente.

Estas bestias pisan muy silenciosamente con pasos grandes y apoyan el pie como si no quisieran romper nada. Su cuerpo va muy tranquilo, como muerto, como si solo lo le llevaran los pies, y en consecuencia llevan la cabeza muy quieta al final de su largo cuello. Esta gente también lo hace todo así, como si no pensara en ello. Todo pasa tan suave y dulcemente como en un sueño tranquilo.

Entonces tuve otra vez una meditación muy bonita: Esta buena gente todavía no conoce al Señor y sin embargo van a él tan amistosos, ordenados y elegantes, y en cambio nosotros, a quienes ha salvado y nos ha cubierto con montones de gracias, qué desordenadas, confusas e irreverentes hacemos nuestras procesiones.

Pienso que la región por la que vamos esta noche bien pudiera ser la comarca entre Atom, residencia de Azarías y el castillo de aquellos idólatras donde vi a Jesús en su viaje de Arabia a Egipto al final de su tercer año de predicación.

El viernes 30 de noviembre la caravana se detuvo de noche junto a una fuente. Un hombre de una de las cabañas cercanas les abrió la fuente. Abrevaron a los animales y se refrescaron con un corto descanso, pero sin descargar los bultos.

El sábado 1.° de diciembre, la caravana de los Reyes, que ayer iba cuesta arriba, marchaba ahora por una altiplanicie. Tenían montañas a su derecha y cuando se acercaron a ellas, allí donde el camino vuelve a bajar, me pareció que en esta comarca las viviendas están muchas veces junto al camino, y que entre ellas hay árboles y fuentes. Me pareció que era la comarca de aquella gente que vi hilar y tejer algodón el año pasado y también

recientemente. Tendían los hilos entre los árboles y con ellos tejían mantas anchas.

Adoraban estatuas de bueyes y dieron voluntariamente alimentos a la numerosa turba que seguía la caravana de los Reyes, pero me sorprendió que no volvieran a usar los platos en que comieron los menesterosos.

El domingo 2 de diciembre vi a los Reyes Magos cerca de una ciudad cuyo nombre creo recordar que suena como Causur. La ciudad está formada por tiendas plantadas sobre fundamentos de piedra y en ella residen los reyes a quienes pertenece esta ciudad, cuyo castillo, también hecho de tiendas, está a poca distancia.

Desde que los Reyes se reunieron en la ciudad en ruinas hasta aquí han hecho 53 ó 63 horas de camino. Le contaron al rey de Causur todo lo que habían visto en las estrellas; se quedó muy asombrado y miró por un tubo la estrella que les guiaba, en la que vio un niño pequeño con una cruz.

Entonces les rogó que le informaran de todo a su regreso, porque también quería levantar altares al niño y hacerle ofrendas. Tengo curiosidad por saber si mantendrá su promesa cuando vuelvan los Reyes. Les oí hablar con él y contarle cómo se había ido instituyendo la observación de las estrellas, de lo que todavía recuerdo lo siguiente:

DE LOS ANTEPASADOS DE LOS REYES MAGOS Y SU OBSERVACIÓN DE LAS ESTRELLAS, ETC. LA ESCALA DE JACOB Y EJEMPLOS SOBRE ELLA

Los antepasados remotos de los Reyes proceden de Job, que entonces vivía en el Cáucaso y que tenía además otros pedazos de tierra más alejados; unos 1.500 años antes del nacimiento de Cristo, eran solamente un linaje. El profeta Balaam era de su comarca, y uno de sus discípulos difundió allí mismo su profecía de que se alzaría una estrella de Jacob, y enseñó sobre ella. Esta enseñanza tuvo allí mucha acogida y construyeron una torre alta en una montaña, en la que vivían alternativamente muchos sabios y astrónomos. He visto la torre, que era como una montaña, ancha abajo y con punta arriba, y vi también los agujeros que tenía por dentro en la parte habitada.

Todo lo que distinguían en las estrellas lo anotaban y se lo enseñaban de palabra unos a otros. La observación se interrumpió varias veces por diversos acontecimientos y más adelante cayeron en la cruel idolatría de sacrificar niños para que llegara pronto el Niño de la Promesa.

Unos 500 años antes de ahora, es decir, antes del nacimiento de Cristo, volvió a interrumpirse la observación de las estrellas. Por aquel entonces la estirpe se componía de las tres tribus de tres hermanos que vivían separados con sus descendientes. Los tres hermanos tenían tres hijas a las que Dios dio espíritu profético, y que inmediatamente se pusieron a recorrer el país envueltas en largos mantos, profetizando y enseñando acerca de la estrella y del niño de Jacob. Entonces las tres tribus renovaron vigorosamente la observación de las estrellas y sus ansias de que viniera el niño. De estos tres hermanos de hace 500 años proceden en línea directa los Tres Reyes a través de 15 generaciones, pero al mezclarse con otras estirpes tienen ahora distinto color de piel.

Desde hace 500 años hasta hoy, siempre se han venido reuniendo algunos predecesores de estos Reyes en un edificio común para observar las estrellas, y según los distintos indicios que recibían, modificaban su culto y su templo.

Desgraciadamente mantuvieron todavía mucho tiempo los sacrificios humanos y de niños. Todas las cosas notables y los tiempos relativas a la aproximación del Mesías les fueron indicados con visiones maravillosas en el aspecto de las constelaciones. Yo misma

he visto muchas durante su narración, pero no soy capaz de repetirlas claramente. Desde la concepción de María, es decir, hace 15 años, estos cuadros indicaban cada vez con mayor precisión que el niño se acercaba y últimamente habían visto muchas cosas que indicaban la Pasión de Cristo.

Pudieron calcular muy bien la llegada de la estrella de Jacob que había profetizado Balaam [*Nm* 24, 17] porque habían visto la escala de Jacob y pudieron calcular exactamente la cercanía de la salvación como en un calendario por el número de escalones y la sucesión de imágenes que aparecían en ellos. Al final, la escala llevaba a la estrella, o era la última imagen que tenía encima. Veían la escala de Jacob como un tronco en torno al cual estaban en espiga tres series de brotes que mostraban una serie de cuadros cuya perfección veían en la estrella; por eso sabían exactamente cada vez qué cuadro sería el siguiente y, según los intervalos, lo que tardaría.

En la época de la concepción de María habían visto la doncella con el cetro y la balanza en equilibrio en la que había trigo y uvas. Algo más abajo vieron a la Virgen con el niño. Vieron a Belén como un bonito castillo, una casa donde se concentraba y se repartía mucha bendición, y allí dentro a la Virgen con el niño rodeado de gran resplandor y muchos Reyes que se inclinaban ante él y le hacían ofrendas. Vieron también la Jerusalén celestial, y entre aquella casa y ésta, una vía oscura llena de espinas, de lucha y de sangre.

Todo esto lo tenían por cosas reales [y no simbólicas]. Pensaban que el rey habría nacido en gran pompa y que todos los pueblos se inclinaban ante él; por eso ellos acudían también con sus regalos. Creían que la Jerusalén celestial sería el reino del niño en la Tierra y que ellos llegarían allí. Suponían que el camino oscuro sería su viaje hasta allí, o que una guerra amenazaba al rey. No sabían que significaba el vía crucis.

Debajo de la escala vieron, y yo también, una torre artificial del estilo de la que veo en la Montaña de los Profetas. Vieron también que una vez, durante una tormenta, la doncella huyó por un pórtico a la torre, que tenía muchas entradas, pero ya no sé qué significaba esto. [Quizá era la huida a Egipto]. En esta escala de Jacob había una larga serie de imágenes y entre otras, muchas prefiguraciones de la Santísima Virgen como las que vienen en la letanía lauretana: la fuente sellada y el huerto cerrado. También vieron en esta escala las imágenes de unos Reyes que se pasaban el cetro y otros que se ramificaban.

A medida que se iban cumpliendo, los cuadros entraban uno tras otro en la estrella. Las últimas tres noches vieron estos cuadros continuamente y entonces el principal de ellos envió mensajes a los otros y cuando vieron el cuadro de los reyes que hacían ofrendas al niño recién nacido se pusieron en camino con sus ricos dones, pues no querían ser los últimos.

Todos los clanes de servidores de las estrellas habían visto la estrella, pero solo éstos la siguieron; la estrella que llevaban delante no era un cometa, sino un resplandor brillante que llevaba un ángel. De día, ellos seguían al ángel.

Por todo ello iban tan esperanzados, y se asombraron tanto después al no encontrar nada. ¡Qué desconcertados se quedaron con la acogida de Herodes y conque nadie supiera estas cosas! Pero cuando llegaron a Belén y en vez del soberbio castillo que habían visto en la estrella, vieron una cueva desierta, les sobrecogió una gran duda. Sin embargo, siguieron fieles a sus creencias, y al ver a Jesús se dieron cuenta que cumplía todo lo que habían visto en las estrellas.

Sus observación de las estrellas estaba relacionadas con ayunos, oraciones y toda clase de purificaciones y abstinencias. Las visiones no las conseguían observando una sola estrella, sino el conjunto de posiciones de determinados astros. Por otra parte, el culto a las

estrellas ejercía mala influencia sobre la gente que tenía alguna relación con el mal; en sus visiones, esta gente caía en convulsiones violentas, y por su culpa llegaron los penosos sacrificios de niños; pero otros, como los Reyes Magos, veían las imágenes clara y tranquilamente, con íntima dulzura, y se volvían cada vez mejores y más piadosos.

[Refuerzo de la caravana de los Reyes en Causur. Marchan campo a través. Descansan en una fuente. La contemplativa acompaña su canto con su voz.]

[Del lunes 3 de diciembre al miércoles 5 de diciembre de 1821:]

Cuando los Reyes dejaron Causur vi que se les incorporó una importante caravana de viajeros importantes que llevaban el mismo camino. Los días 3 y 4 de diciembre la caravana avanzó campo a través. El día 5 descansaron junto a una fuente pero sin descargar los animales; dieron pienso, abrevaron a los animales y luego se prepararon comida para ellos.

[Personal: Estos últimos días, la bienaventurada Emmerick a menudo canta por las tardes durante el sueño versos cortos de una forma extraña y sumamente conmovedora. Al preguntarla el motivo de estas rimas contestó:]

—Canto con mis queridos Reyes, que cantan tan dulcemente coplas cortas, como por ejemplo:

«Queremos marchar por las montañas
y arrodillarnos ante el nuevo rey».

Los Reyes se alternan en inventar y cantar versos; empieza uno y todos los demás repiten el verso que ha cantado; luego otro de los suyos canta otro verso y así prosiguen su cabalgada cantando dulcísima y entrañablemente.

En el núcleo de la estrella, o más bien, en la bola de luz que va delante de ellos indicando dónde ir, vi la aparición de un niño con una cruz. La bola de luz en la que habían visto en las estrellas la aparición de la Virgen cuando el nacimiento de Jesús, se salió de repente del cuadro y se puso a moverse silenciosamente.

[Ana Catalina contempla alternativamente los acontecimientos de la Cueva del Pesebre de Belén y la caravana de los Reyes.]

[Isabel vuelve a Juta. Acerca de la criada de María. Comienza la Fiesta de la Consagración del Templo, 25 de Casleu. El nacimiento de Cristo fue el 12 de Casleu. Celebran el sabbat en la Cueva del Pesebre.]

[Miércoles 5 de diciembre al sábado 8 de diciembre de 1821.]

[Miércoles 5 de diciembre:]

María ha tenido una visión acerca de la aproximación de los Reyes Magos, cuando éstos mientras descansaban en Causur. Vio también que querían erigir un altar al Niño. Se lo contó a José y a Isabel y les dijo que hicieran el favor de despejar la Cueva del Pesebre y prepararlo todo para recibir a los Reyes en el momento oportuno.

Los curiosos de los que María se escondió ayer en la otra cueva seguían por aquí, y más en los últimos días. Hoy Isabel se vuelve de viaje a Juta; ha venido a buscarla un criado.

[Jueves, 6 a 8 de diciembre:]

Estos días han estado más tranquilos; las más de las veces la Sagrada Familia ha estado sola en la cueva y solo estaba con ellos la criada de María, una persona vigorosa de unos treinta años, muy humilde y seria. Viuda sin hijos, era pariente de Ana, y ésta la había dado refugio.

Su difunto marido había sido muy duro con ella porque iba demasiado con los esenios, pues era muy piadosa y esperaba la salvación de Israel. Esto le encolerizaba, lo

mismo que muchos hombres malos de ahora se encolerizan cuando sus mujeres van demasiado a la iglesia. El marido, que la había abandonado, ya ha muerto.

La chusma impertinente que mendigaba con tantos insultos y blasfemias ya no volvió los últimos días; eran mendigos que iban a Jerusalén a la Fiesta de la Consagración del Templo de los Macabeos, fiesta que empieza propiamente el 25 del mes de Casleu, pero como el año que nació Jesús cayó en el viernes 7 de diciembre, día en que empezaba el sabbat, la trasladaron a la tarde del sábado 8 de diciembre, 26 de Casleu. La fiesta duraba ocho días[3].

José celebró el sabbat bajo la lámpara en la Cueva del Pesebre, con María y la criada. La Fiesta de la Consagración del Templo empezó el sábado al anochecer. José puso faroles en tres lugares de la cueva y encendió siete candelillas en cada uno. Ahora hay tranquilidad pues muchas visitas se han ido de viaje a la fiesta. Hasta ahora, la cuidadora que vendó al niño viene diariamente a ver a María. De vez en cuando, Ana manda mensajeros con regalos y para recibir noticias.

Las mujeres judías no amamantan mucho tiempo a sus niños sin darles además otro alimento, y también Jesús recibió desde los primeros días una papilla de molla de caña, que es ligera, dulce y nutritiva.

Por el día el asno está casi siempre fuera en el prado y solo está en la cueva por la noche.

BELÉN. JOSÉ CELEBRA LA FIESTA DE LA CONSAGRACIÓN DEL TEMPLO

[Un criado trae regalos de la madre Ana: tela para un ceñidor, fruta y flores. La caravana de los Reyes Magos en las montañas donde las piedras tienen forma de concha. Comarca donde se asentarán en el futuro.]

[Domingo 9 de diciembre:]

Ayer, sábado 9, la cuidadora ya no vino a la cueva. José fija en la pared las candelillas al anochecer y por la mañana. Desde que empezó la fiesta en Jerusalén, aquí hay mucha tranquilidad.

[Lunes 10 de diciembre:]

Hoy llegó un criado de Ana que trajo a la Santísima Virgen, además de más enseres, labores femeninas para un ceñidor y una maravillosa cestilla llena de frutas que tenía por encima capullos de rosas frescas pinchadas en las frutas. La cestilla era estrecha y alta y las rosas no eran del color de las nuestras, sino más pálidas, casi color carne, así como también amarillas y blancas, grandes y llenas; las había también con capullos. María pareció muy contenta con ellas y puso la canastilla a su lado.

CARAVANA DE LOS REYES

Estos últimos días he visto muchas veces la caravana de los Reyes. El camino era montañoso; pasaban por esa montaña donde muchas veces hay piedras en foma de concha, como si fueran cacharros rotos. Me gustaría tener alguna pues ¡son de una lisura tan bonita! También hay mucha arena blanca y montes donde las piedras son blancas y transparentes como huevos de pájaros.

Ahora los estoy viendo en la comarca donde después se fueron a vivir, y donde Jesús los visitó el tercer año de su predicación. No estaban en la ciudad de tiendas porque todavía no existía.

BELÉN. JOSÉ QUISIERA INSTALARSE EN BELÉN

[Se acerca la visita de Ana. Distribuye sus rebaños. Se acerca otra fiesta. Un sacerdote con José.]

[Martes 11 al jueves 13 de diciembre:]

Para mí que a José le gustaría que, después de la purificación de María, ella quisiera vivir con él en Belén. Me parece que ha ido a mirar una vivienda. Hace tres días estuvo en la Cueva del Pesebre bastante gente importante de Belén que ahora tendría mucho gusto en recibirlos en su casa; María se escondió en la cueva lateral y José declinó el ofrecimiento.

Ana pronto visitará a la Santísima Virgen. Ha estado muy ocupada en los últimos tiempos, pues ha vuelto a repartir sus rebaños con los pobres y el Templo. La Sagrada Familia siempre reparte todo. Ahora siguen celebrando mañana y tarde la Fiesta de la Consagración del Templo. El día 13 tiene que haber otra fiesta.

En Jerusalén lo están cambiando todo para la fiesta y en muchas casas han cerrado las ventanas y han puesto cortinajes.

En la cueva vi a José con un sacerdote que tenía un rollo; ambos rezaban a la vez junto a la mesita adornada en rojo y blanco; era como si quisiera ver si José guardaba la fiesta, o como si le anunciara la nueva fiesta[4].

Estos últimos días la cueva ha estado tranquila y sin visitas.

BELÉN. AFLUENCIA AL PESEBRE

[Concluye la Fiesta de la Consagración del Templo. Ana envía comestibles. José ordena las cosas para las visitas de Ana y de los Reyes. Caravana de los Reyes. Llegan a una ciudad de la Tierra Prometida y pasan el Arnón.]

[Viernes 14 a miércoles 18 de diciembre:]

Con el sabbat también concluyó la Fiesta de la Consagración del Templo y José ya no puso más candelillas. El domingo día 16 y el lunes 17 volvieron a la cueva otra vez algunos indigentes de la comarca y también se dejaron sentir a la puerta los pedigüeños desvergonzados: era que la gente estaba volviendo de la fiesta.

El día 17 vinieron dos personas con comestibles y cacharros de parte de Ana. Pero María es aún mucho más rápida que yo para repartir, y enseguida lo regaló todo. Vi también que José empezó a ordenar y limpiar muchas cosas de la Cueva del Pesebre, la cueva contigua y la tumba de Maraha, y que también ha metido provisiones dentro. Esperaban la visita de Ana y, según las visiones de María, esperaban pronto la llegada de los Reyes Magos.

CARAVANA DE LOS REYES

[Lunes, 17 de diciembre:]

A última hora de la tarde de hoy vi que la caravana de los Reyes llegó a una ciudad pequeña y diseminada. Muchas casas estaban valladas con setos altos y cerrados; me pareció que éste era el primer pueblo judío. Los Reyes estaban aquí justo en línea recta a Belén, pero se desviaron a la derecha, posiblemente porque no hay carretera por otro sitio. Cuando llegaron a este lugar se pusieron muy contentos y empezaron a cantar muy bien y muy alto, pues aquí la estrella brillaba extraordinariamente clara y era como un claro de luna a cuya luz se podían ver claramente las sombras. Sin embargo, parecía como si los habitantes no la vieran o no le dieran especial importancia.

Por lo demás, la gente era buena y sumamente servicial. Algunos viajeros se

apearon y los habitantes les ayudaron a abrevar los animales. Me acordé de los tiempos de Abraham, cuando todos los humanos eran tan buenos y serviciales. Muchos habitantes guiaron la caravana por la ciudad llevando ramas y fueron un trecho con ellos. No siempre vi lucir la estrella delante de ellos, pues a veces estaba muy oscura; era como si brillara más donde vivía buena gente. Cuando los viajeros la veían brillar con mucha claridad en alguna parte se emocionaban mucho y creían que quizá estaría allí el Mesías.

CARAVANA DE LOS REYES

[Martes 18 de diciembre:]

Hoy por la mañana pasaron sin detenerse en torno a una ciudad oscura y neblinosa, y de allí al cabo de un rato atravesaron un río que vierte en el Mar Muerto [¿el Arnón?]; en estos dos últimos lugares se quedó mucha de la turba que se les había añadido. En uno de ellos tuve la impresión de que alguien había huido allí en el curso de una contienda que hubo antes del gobierno de Salomón. Hoy por la mañana pasaron el río y entonces llegaron a una buena carretera.

CARAVANA DE LOS REYES

[Llegada a Manacea. Promesa de la estrella a sus antepasados, también en Egipto. Longitud del viaje. Malas intenciones de los habitantes de aquí. Se quedan dos días.]

[Miércoles 19 a viernes 21 de diciembre:]

[Miércoles 19:]

Hoy al anochecer vi que la caravana de los Reyes tenía unas doscientas personas, pues su generosidad les había atraído mucha turba. Desde este lado del río que acababa de pasar, la caravana se acercó por oriente a una ciudad por cuyo borde occidental pasó Jesús sin entrar en ella el 31 de julio de su segundo año de predicación. El nombre de la ciudad suena como Manacea, Metanea, Medana o Madián[5].

Aquí vivían mezclados judíos y paganos; era mala gente y no querían dejar pasar la caravana aunque la carretera atraviesa el pueblo. Llevaron la caravana a un recinto murado justo al lado oriental de la ciudad, en el que había establos y cobertizos. Allí alzaron los Reyes sus tiendas, abrevaron, dieron pienso a sus animales e hicieron su comida.

El jueves 20 y viernes 21 vi que los Reyes descansaron aquí, pero estaban muy acongojados porque al igual que en la ciudad anterior, nadie quería saber nada del rey recién nacido, pese a que los oí contar muy cordialmente a los habitantes muchas cosas sobre las causas de su viaje, la longitud del trayecto y todas sus circunstancias, de lo cual recuerdo lo siguiente:

Tenían el anuncio del Rey recién nacido desde mucho tiempo atrás; creo que tuvo que haber sido no mucho después de Job pero antes que Abraham fuera a Egipto, pues una hueste de 3.000 medos del país de Job (pero que también vivían en otras comarcas) hicieron una incursión en Egipto hasta la comarca de Heliópolis. Ya no sé exactamente por qué penetraron tan profundamente, pero era una expedición guerrera y creo que venían a ayudar a alguien. Sin embargo no les fue bien porque iban contra algo santo; ya no sé si es que iban contra hombres santos o contra un misterio religioso relativo al cumplimiento de la Promesa.

Entonces, en la comarca de Heliópolis, varios de los jefes medos tuvieron simultáneamente una revelación: se les apareció un ángel que les impidió seguir adelante y les anunció que sus descendientes venerarían a un Salvador que nacería de una virgen.

Ya no sé cómo ocurrió pero no avanzaron más sino que volvieran a casa a observar las estrellas. Los medos hicieron una alegre fiesta en Egipto, construyeron arcos de triunfo y altares, los adornaron con flores y se volvieron a casa.

Eran servidores de las estrellas, gente de Media extraordinariamente alta, casi una especie de gigantes, de porte muy noble y bonito color de piel castaño amarillento. Iban con sus rebaños de un lugar a otro y con su gran poder dominaban lo que querían.

Ya he olvidado el nombre del que tenían por profeta principal; tenían muchas profecías y veían toda clase de signos en los animales. Muchas veces se les ponían de repente en el camino de sus caravanas un animal que estiraba la pata y que antes se dejaban matar que quitarse del camino. Para los medos esto era un signo y se apartaban del camino.

Los Reyes Magos contaban que fueron estos medos quienes a su regreso de Egipto trajeron por primera vez la profecía y entonces empezaron a observar los astros. Cuando decayó, la renovó un alumno de Bileam [sic] y mil años después la volvieron a renovar las tres profetisas hijas de los tres jeques. Quinientos años después, es decir, ahora [en la época del nacimiento de Cristo] la estrella había venido y ellos la seguían para adorar al rey recién nacido.

Todo esto lo contaban los Reyes a sus curiosos oyentes con la mayor ingenuidad y honradez, y se quedaron muy turbados de que éstos no parecieran creer lo que sus antepasados habían esperado con tanta paciencia desde hacía dos mil años.

Este anochecer la estrella estaba cubierta de niebla, pero cuando se hizo de noche volvió a aparecer tan clara y grande entre las nubes que se retiraban, como si estuviera muy cerca de la tierra, que salieron corriendo de su campamento a despertar a los habitantes de los contornos para enseñársela. La gente miraba fijamente al cielo, maravillada y un poco conmovida pero muchos se enfadaron con los Reyes y la mayoría solo buscaba la forma de aprovecharse como fuera de su generosidad.

Les oí contar la distancia a la que estaban ahora del punto donde se habían reunido; contaban por jornadas a pie, calculadas a 12 horas, pero como iban montados en sus cabalgaduras, que eran dromedarios, que corren más rápidos que los caballos, contaban cada día a 36 horas, incluyendo la noche y las horas de descanso. Así, el rey más alejado pudo hacer en solo dos días 5 veces 12 horas hasta el punto de reunión, y los menos alejados hicieron 3 veces 12 horas en un día y una noche.

Desde el punto de reunión hasta aquí habían hecho 672 horas y para ello necesitaron, descansos incluidos, 25 días con sus noches desde el día del nacimiento de Jesús hasta ahora.

[Jueves 20 y viernes 21 de diciembre:]

La caravana de los Reyes descansó aquí estos dos días y estuve escuchando sus conversaciones. La tarde del viernes 21, los Reyes se despidieron y se dispusieron a partir, justo en el momento en que los judíos que vivían aquí empezaban el sabbat y pasaban a Poniente por un puente que atraviesa un arroyo, en dirección a la sinagoga de un pueblecito judío.

Cuando la estrella que guiaba a los Reyes era visible, los habitantes a veces la miraban y manifestaban gran admiración, pero no por ello se volvían más devotos. Estos seres impertinentes y desvergonzados molestaban a los Reyes Magos con sus exigencias como enjambres de avispas, y los Reyes les repartían siempre con infinita paciencia triangulitos amarillos como láminas de oro y también pepitas más oscuras. Tenían que ser muy ricos.

Guiados por los habitantes, los Reyes salieron enseguida de los muros de esa

ciudad, en la que vi ídolos encima del templo. Pasaron el puente sobre el arroyo, atravesaron el pueblo judío y luego prosiguieron a buen paso hacia el Jordán por una buena carretera. Desde aquí a Jerusalén tenían todavía más de 24 horas.

BELÉN. ANA DE VIAJE

[José paga el segundo impuesto. Llegada de Ana. Alegría. Su criada. Regalos de Ana. Generosidad de la Sagrada Familia. Después del sabbat, Ana se va con una hermana suya más joven que vive en Benjamín.]

[Miércoles 19 de diciembre a sábado 22:]

Al atardecer del día 19 Ana viajó a Belén con su segundo marido y María Helí, una criada, un criado y dos asnos, y pasaron la noche no lejos de Betania. Con los arreglos que ha hecho en la Cueva del Pesebre y en la cueva de al lado, José está preparado para acogerlos y para recibir a los Reyes, cuya llegada María vio en visión por primera vez cuando aquellos todavía estaban en Causur. José y María se trasladaron con el Niño Jesús a la otra cueva. La Cueva del Pesebre quedó ahora completamente despejada; solo habían dejado en ella el asno y habían sacado hasta el fogón y el soporte para hacer la comida.

Que yo recuerde, José ya ha pagado el segundo impuesto hace algún tiempo. Ya estaban otra vez con María muchos curiosos de Belén que venían a ver al Niño, quien se dejaba tomar tranquilamente por algunos, pero se apartaba llorando de otros.

Vi a la Santísima Virgen tranquila en su nueva morada, que ahora estaba instalada muy cómoda; su lecho estaba junto a la pared. El Niño Jesús está acostado a su lado en un canasto alargado, tejido con cortezas anchas, que tiene capota por encima de la cabeza y que descansa en un soporte en forma de horquilla. El lecho de María y el moisés de Jesús estaban separados del resto de la habitación por un biombo de maderas entrecruzadas.

De día, si no quería estar sola, se sentaba delante del biombo con el niño al lado. El lugar de reposo de José estaba también separado en un lado apartado de la cueva. En una tabla que salía de la pared había una olla con una lámpara encendida dentro, situada a tal altura que la luz alumbraba por las dos aberturas a los costados. Vi que José le trajo a la Virgen una escudilla con algo para comer, una jarrita y agua.

[Jueves 20 de diciembre:]

Hoy al anochecer empezó un día de ayuno. Todas las comidas del día siguiente ya estaban preparadas, el fuego estaba tapado, y las aberturas también estaban tapadas con cortinas; todos los cacharros estaban recogidos a un lado. Los días 8 y 16 del mes de Thebet son días de ayuno judíos. Ana ha llegado a la Cueva del Pesebre con su segundo marido, la hija mayor de María [de Helí] y una criada.

Estos últimos días yo había visto a Ana de viaje; esta visita va a dormir en la Cueva del Pesebre y por eso la Sagrada Familia se ha trasladado a la cueva de al lado, aunque ha dejado allí el asno. Hoy he visto que María ha puesto a su madre el niñito en brazos y ésta se ha emocionado profundamente. Ana ha traído colchas, paños y viandas.

La criada de Ana iba vestida muy rara: llevaba las trenzas dentro de una redecilla que le cuelga hasta la cintura y la falda corta solo la llega a las rodillas. El corpiño, en punta, está ceñido y ajustado en torno a las caderas y por arriba firmemente en torno al pecho, de modo que se podría esconder algo allí detrás. Lleva colgando una cesta.

El viejo era muy tímido y humilde. Ana dormía donde había dormido Isabel, y María la contó con gran recogimiento lo mismo que a aquella. Ana lloraba con la Santísima Virgen y las dos se interrumpían para acariciar al Niño Jesús.

[Viernes 21 de diciembre:]

Hoy he vuelto a ver a la Santísima Virgen en la Cueva del Pesebre y a Jesusito acostado otra vez en el pesebre. Cuando José y María están solos con él, los veo adorarlo muchas veces; y ahora también vi así a la madre Ana y la Santísima Virgen, de pie junto a la cuna, piadosamente inclinadas, mirando a Jesusito con mucha devoción y muy recogidas.

Ahora ya no sé exactamente si los acompañantes de Santa Ana dormían en las otras cuevas o se habían vuelto a marchar; creo que se habían ido[6].

Hoy he visto que Ana había traído cosas para la madre y el niño, colchas y fajas. A María ya le han dado mucho desde que está aquí, pero su entorno sigue estando pobre porque enseguida vuelve a dar todo lo que no sea imprescindible. Oí que contó a Ana que pronto vendrían los Reyes de Oriente y traerían grandes regalos que podrían despertar admiración. Creo que cuando vengan los Reyes Magos, Ana se irá a casa de su hermana, a tres horas de aquí, y volverá después.

[Sábado 22 de diciembre:]

Al concluir el sabbat al anochecer de hoy vi que Ana y sus acompañantes se alejaron bastante de la Santísima Virgen, y fueron a tres horas de aquí a la tribu de Benjamín, a ver a una hermana suya más pequeña que allí está casada. No sé el nombre de la aldea, que solo consiste en unas casas y un campo, pero está a media hora del último albergue de la Sagrada Familia en su viaje a Belén, donde vivían los parientes de José. Allí pasaron la noche del 22 al 23 de noviembre.

CARAVANA DE LOS REYES. PASAN EL JORDÁN

[Llegada a Jerusalén. Acogida en la ciudad. Avisan a Herodes, que está de fiesta. Herodes se aconseja con los doctores de la Ley.]

[Sábado 22 de diciembre:]

A partir de Mazanea, esa noche la caravana de los Reyes fue más deprisa por una carretera bien pavimentada. Ya no pasaron por ninguna ciudad y dejaron de lado todas las aldeas en las que Jesús curó, enseñó y bendijo niños a fines de julio de su tercer año de predicación. Una de éstas era Bezabara, donde llegaron a primera hora de la mañana al sitio donde se pasa el Jordán. Como era sabbat, hoy encontraron muy poca gente por el camino.

PASO DEL JORDÁN

Hoy a primera hora, a eso de las 7, he visto pasar el Jordán la caravana de los Reyes. Normalmente el río se pasa en una balsa de troncos, pero para las caravanas grandes montan una especie de puente, cosa que suelen hacer por dinero los barqueros que viven en la orilla. Pero como hoy no pueden trabajar porque es sabbat, los viajeros se ocuparon ellos mismos de pasar en el pontón, y solo algunos criados paganos de los barqueros de la orilla, echaron una mano y también recibieron su paga. Por aquí el Jordán no estaba muy ancho, y además, estaba lleno de bancos de arena. Pusieron tablas encima de la balsa de troncos con que se pasa habitualmente, y subieron los camellos en ella. Cada vez que pasaba parte de la caravana a la otra orilla, el pontón regresaba a cargar más, y al cabo de un rato todos llegaron felizmente al otro lado.

[Por la tarde, a eso de las cinco y media, dijo Ana Catalina:]

Han dejado Jericó a la derecha; iban derechos a Belén pero han torcido más a la derecha hacia Jerusalén. Con ellos van más de cien personas. Ahora veo allí en la lejanía un pueblo que me resulta conocido, ése que está al lado de un arroyo que viene de Jerusalén

que corre de Poniente a Oriente. Seguro que tienen que pasar por este pueblecito. Llevan un rato con el riachuelo a la izquierda. Por este camino veo Jerusalén a ratos, pero de vez en cuando desaparece, según suba o baje el camino.

[Más tarde dijo:]

Han dejado el pueblecito, no lo han atravesado, doblan a la derecha hacia Jerusalén.

EL CAMINO DE LOS REYES A JERUSALÉN

Al anochecer de hoy, sábado 22 de diciembre, cerca del final del sabbat vi llegar a Jerusalén la caravana de los Reyes Magos. La ciudad está en alto y sus torres se recortan contra el cielo. La estrella que los guiaba ha desaparecido casi del todo y solo brilla un poco detrás de la ciudad. A medida que se acercaban a Jerusalén, los viajeros estaban cada vez más desanimados, pues la estrella que llevaban delante no estaba nada clara y en Judea solo la habían visto muy rara vez. Creían que iban a encontrar en todas partes mucha alegría y solemnidades por la Salvación recién nacida por cuya causa venían desde tan lejos, pero como nadie sabía una palabra en ninguna parte, estaban turbados e inseguros y creían que tal vez se habrían equivocado por completo.

La caravana de más de 200 personas tenía más de un cuarto de hora de largo; en Causur ya se les había agregado una caravana de gente importante, y más adelante otras más. Los Reyes Magos iban sentados en dromedarios, camellos con dos jorobas, entre las cuales había toda clase de paquetes; otros tres dromedarios estaban cargados con paquetes y los camelleros iban sentados encima. Cada rey llevaba consigo cuatro de su linaje; reconocí entre otros al hombre de Cuppes y a Azarías de Atom, que entonces eran jóvenes; a Azarías lo vi más tarde hecho un padre de familia cuando el viaje de Jesús a Arabia. Aparte de estos dromedarios, la mayoría del resto de la caravana montaba unas caballerías amarillentas, de cabeza fina, muy rápidas, que no sé si eran asnos o caballos, pero que tenían aspecto muy diferente de nuestros caballos. Los animales de los notables estaban muy bien engualdrapados y enjaezados, y les colgaban toda clase de cadenitas doradas y estrellitas.

Unos del séquito fueron hasta la puerta y regresaron con inspectores y soldados. La llegada de una caravana tan grande por esta carretera era muy insólita en esta época del año, pues no era día de fiesta y tampoco llevaban ningún negocio. Los Reyes contaban por qué venían a quienes les preguntaban: hablaron de las estrellas y del niño recién nacido. Aquí nadie sabía del asunto y ellos se quedaron muy abatidos y ahora sí que creyeron que se habían equivocado, pues no encontraban a nadie que pareciera saber de la Salvación del mundo. Toda la gente les miraba muy asombrada y nadie podía entender qué querían.

Pero cuando los guardianes de la puerta vieron que daban amablemente importantes limosnas a los pertinaces mendigos, y oyeron que buscaban alojamiento, que estaban dispuestos a pagarlo espléndidamente y que también deseaban ver al rey Herodes, algunos volvieron a la ciudad y hubo un variado trajín de idas y venidas, mensajes, informes y aclaraciones en ambos sentidos.

Entretanto, los Reyes conversaban con la gente de toda clase que se había congregado a su alrededor. Algunos sabían un rumor acerca de un niño que debía haber nacido en Belén, pero éste no podía ser porque sus padres era gente pobre y común. Otros se reían de ellos y, por lo que captaron de las medias palabras de la gente, los Reyes se dieron cuenta que Herodes tampoco sabía una palabra del niño recién nacido y que en general la gente no apreciaba. Entonces se abatieron aún más, pues les preocupaba cómo exponer el asunto a Herodes. Pero en su congoja estaban tranquilos, rezaban para que se les

aumentaran los ánimos y se decían uno a otro:

—Quien nos ha sacado tan deprisa y nos ha guiado con la estrella, también nos llevará felizmente a casa.

13
LA ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS

LA CARAVANA DE LOS REYES EN JERUSALÉN

Cuando por fin volvieron los inspectores, guiaron a la caravana de los Reyes Magos todavía un buen trecho por los contornos de la ciudad, a la que entraron por una puerta cercana al Monte Calvario. Los guiaron a ellos y a sus animales hasta un corral circular rodeado de establos y viviendas que tenía guardias en sus entradas, no lejos del Mercado del Pescado. Llevaron los animales a los establos, y ellos se metieron en unos cobertizos cerca de la fuente del centro del patio, donde abrevaron a los animales.

Este corral redondo apoya por un lado en el monte, delante tiene árboles y está despejado por sus otros dos lados. Entonces llegaron más funcionarios de dos en dos y con antorchas para inspeccionar lo que llevaban en sus fardos; creo que eran aduaneros.

ZEOKENO EN EL PALACIO DE HERODES. FIESTA. HERODES LLAMA A LOS DOCTORES

El palacio de Herodes está en alto, no lejos de este edificio, y vi que el camino estaba iluminado con antorchas y braseros en lo alto de postes. Herodes mandó que bajara un servidor para hacer venir secretamente al castillo a Zeokeno, el rey de más edad; eran más de las 10 de la noche. Un cortesano de Herodes lo recibió en una sala de la planta baja y le preguntó el motivo de su venida. Zeokeno le informó con toda ingenuidad, rogándole que preguntara a Herodes dónde estaba el rey de Judea recién nacido cuya estrella habían visto y seguido para venir a adorarle.

Cuando el cortesano le informó de esto, Herodes se quedó muy turbado pero disimuló y mandó que dijeran a Zeokeno que mandaría investigarlo, que ahora fueran a descansar, y que por la mañana temprano ya hablaría con todos para decirles lo que hubiera averiguado.

Cuando Zeokeno volvió con sus compañeros no pudo llevarles ningún consuelo especial. Tampoco encontraron sitio donde descansar, así que mandaron cargar algunas cosas que habían descargado. Esta noche no los vi dormir, sino que algunos anduvieron por la ciudad con guías, mirando al cielo como si buscaran su estrella. Jerusalén estaba tranquilo, pero en la guardia de palacio había muchas carreras e interrogatorios. A los Reyes les crecía la sospecha de que Herodes lo sabía todo pero no quería decírselo.

Cuando Zeokeno estuvo en el palacio, Herodes tenía una fiesta: las salas estaban iluminadas, había toda clase de hombres de mundo así como unas frescas muy arregladas. Las preguntas de Zeokeno por un rey recién nacido turbaron mucho a Herodes, quien enseguida mandó llamar a todos los sumos sacerdotes y doctores de la Escritura. Poco antes de medianoche los vi llegar a verle con rollos de las Escrituras; vestían trajes sacerdotales, la placa del pecho y el cinturón con letras. Vi por lo menos veinte alrededor de Herodes. Les preguntó dónde debía nacer Cristo y vi que le presentaron los rollos y, señalando con el dedo, contestaron:

—En Belén de Judá, pues el profeta Miqueas escribe: « Tú, Belén, del país de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá pues de ti saldrá el señor que debe regir mi pueblo Israel».

A continuación Herodes paseó con algunos de ellos por la azotea del palacio, esforzándose inútilmente en buscar la estrella que había dicho Zeokeno. Estaba especialmente inquieto, pero los sabios sacerdotes procuraron persuadirle por todos los medios que no había que tomar en serio las palabras de estos Reyes, pues eran un pueblo aventurero que siempre estaba lleno de fantasías con sus estrellas. Si realmente hubiera algo, lo hubieran sabido antes Herodes y ellos en el Templo y en la Ciudad Santa.

LOS REYES MAGOS ANTE HERODES

[De la constelación que vieron. Estado de ánimo de Herodes. Un asesinato. Levantamiento contra Herodes. Rumores acerca del nacimiento de Jesús. Caravana de los Reyes hacia Belén. Descanso en el camino. Llegan a la casa de los impuestos. Campamento junto a la tumba de Maraha. Adoración del Niño Jesús y ofrenda. Culto a las estrellas junto al terebinto.]

[Domingo, 23 de diciembre:]

Hoy por la mañana muy temprano Herodes mandó traer discretamente a los Reyes a su palacio. Los recibieron bajo un arco y los llevaron a una sala preparada para la bienvenida con ramas verdes, plantas en tiestos y algunos refrescos, donde estuvieron un rato hasta que llegó Herodes. Se inclinaron ante él y enseguida le preguntaron por el rey de los judíos recién nacido. Herodes escondió su inquietud lo mejor que pudo e incluso fingió gran alegría; venían con él algunos doctores.

Interrogó a los Reyes sobre lo que habían visto y Mensor le contó el último cuadro que habían visto en las estrellas antes de salir de viaje: una doncella con un niño delante, de cuyo costado derecho brotaba un ramo de luz sobre el cual aparecía una torre con varias puertas. La torre creció hasta convertirse en una gran ciudad y acto seguido apareció el niño sobre la ciudad como rey con corona, espada y cetro. Entonces, los Reyes se habían visto a sí mismos y a los demás reyes del mundo entero inclinarse y adorar al niño, pues tenía un reino que sobrepasaba a todos los demás, y otras cosas parecidas.

Herodes les dijo que, efectivamente, en Belén Efratá existía una predicción relativa a ello; que fueran allí enseguida con la mayor discreción y cuando hubieran encontrado y adorado al niño, volvieran a informarle para que también él fuera a adorarlo.

Los Reyes, que no habían probado nada de la comida que les habían puesto, se marcharon. Era muy temprano, pues las antorchas todavía ardían delante de palacio. Herodes estuvo con ellos en secreto a causa de las habladurías de la ciudad. Entretanto despuntó el día y los Reyes se dispusieron a partir. Los compañeros de viaje que habían venido con ellos a Jerusalén ya se habían diseminado ayer por la ciudad.

[Estado de ánimo de Herodes en este momento. Un asesinato. Peleas en el Templo. Rumores del nacimiento de Cristo. Causa de su proceder.]

Herodes estaba estos días lleno de cólera y desánimo. Por la época del nacimiento de Cristo había estado en su castillo junto a Jericó y había cometido un feo asesinato. Había metido gente de su partido en los puestos más altos del Templo que le informaba de todo lo que pasaba allí y denunciaba a los que se oponían a sus designios. Uno de éstos era un alto cargo del Templo, un hombre muy bueno y justo. Herodes lo hizo invitar muy amistosamente a Jericó, pero mandó que en el desierto le asaltaran y asesinaran como si lo hubieran hecho los ladrones.

Unos días después, Herodes fue al Templo a celebrar la Fiesta de la Consagración del Templo el 25 Casleu, y allí se metió en asuntos muy desagradables. Quería honrar a los

judíos a su manera y darles una alegría; había mandado hacer una figura de cordero (o más bien de cabrito, pues tenía cuernos) y quería que para la fiesta la pusieran en la puerta que va del atrio de las mujeres al de los sacrificios. Lo había pensado bastante y quiso hacerlo totalmente por su cuenta. Los sacerdotes se opusieron y los amenazó con multas; entonces ellos aclararon que pagarían la multa, pero que a tenor de la Ley, nunca aceptarían la imagen.

Herodes, enfadado por ello, quiso que pusieran la imagen en secreto, pero cuando la llevaban, un alto cargo lleno de celo la agarró y la tiró al suelo. La estatua se partió por la mitad, se formó un tumulto y Herodes mandó encarcelar a aquel hombre. Estos asuntos lo habían encolerizado tanto que se arrepentía de haber venido a la fiesta, pero sus cortesanos procuraban distraerle por todos los medios.

En este estado de ánimo estaba cuando llegaron los rumores del nacimiento de Cristo. En el país de los judíos, había desde mucho tiempo atrás personas piadosas aisladas que alentaban muy vivamente la esperanza de que la venida del Mesías se estaba acercando. Los pastores propagaron ampliamente los acontecimientos ocurridos en el nacimiento de Jesús, pero la gente importante los consideró fábulas y habladurías.

Herodes también había oído hablar de ello y por eso mandó investigar en Belén con el mayor secreto. Sus espías estuvieron en la Cueva del Pesebre tres días después del nacimiento de Cristo, pero como hablaron con el pobre San José, informaron como solían hacer los cortesanos: « la cosa no vale la pena; allí solo había una familia pobre en una mísera cueva, y no valía la pena hablar de ello». Desde el principio fueron demasiado elegantes para hablar con San José y, más aún, tenían orden de no llamar la atención.

Pero entonces a Herodes se le vino encima de repente la gran caravana de los Reyes Magos que le puso en gran temor y turbación, pues éstos venían de muy lejos y eran más que habladurías. Como le preguntaron con tanta precisión por el rey recién nacido, Herodes simuló deseos de venerarle también y los Reyes se alegraron de ello.

La ceguera cortesana de los escribas no lograba tranquilizarle; y fue su interés en mantener este acontecimiento tan secreto como fuera posible lo que determinó su conducta. En ese momento no contradijo las manifestaciones de los Reyes, ni tampoco echó mano enseguida a Jesús para que este pueblo, siempre difícil, no encontrara que las expresiones de los Reyes eran verdaderas y no las hicieran aparecer preñadas de consecuencias para el propio Herodes. Por eso pensaba enterarse exactamente por sí mismo del asunto a través de los Reyes, para luego tomar sus medidas.

Pero cuando los Reyes, advertidos por Dios, no volvieron a visitarle, mandó publicar que su huida era consecuencia de su engaño o de su decepción. Mandó difundir que estaban avergonzados y temían regresar, como unos que se habían dejado engañar muy groseramente a sí mismos y a otros pues ¿qué otra causa podrían tener para mantener su fuga en secreto, cuando los había recibido tan cordialmente?

Así que más adelante dejó dormir todas las habladurías y solo anunció en Belén que no dejasen entrar a aquella familia para no dar lugar a rumores e imaginaciones torcidas. Como la Sagrada Familia se volvió a Nazaret 15 días después, pronto callaron las habladurías sobre este montón de acontecimientos que nunca se aclararon. Los devotos que tenían esperanzas también se callaron.

Herodes pensaba quitar de en medio a Jesús cuando todo se hubiera tranquilizado de nuevo, pero se enteró que la familia y el niño habían abandonado Nazaret. Mandó seguir la pista al niño durante mucho tiempo, y cuando se desvanecieron sus esperanzas de encontrarlo, su angustia fue haciéndose cada vez mayor y concibió la medida desesperada

de la matanza de niños, pero con tal cautela, que ya antes dispuso todos los movimientos de tropas necesarios para reprimir cualquier levantamiento. Creo que los niños fueron asesinados en siete localidades.

LOS REYES MAGOS VAN DE JERUSALÉN A BELÉN. DESCANSAN EN UNA FUENTE

La caravana de los Reyes Magos salió por una puerta que estaba a Mediodía; una pequeña muchedumbre los siguió hasta un arroyo que hay delante de la ciudad y luego se volvió. Cuando estuvieron junto al arroyo hicieron un pequeño alto para mirar a su estrella, y al verla prorrumpieron en gritos de júbilo y prosiguieron con dulces cánticos. Pero la estrella no les llevó a Belén por el camino más corto, sino que dio un rodeo en dirección más a Poniente.

Pasaron al lado de un pueblecito que me resulta bien conocido, y vi que se pararon detrás de él a rezar en un lugar ameno que hay a Mediodía junto a una aldeílla. Entonces brotó una fuente delante de ellos y se llenaron de alegría; se apearon, cavaron una pila para la fuente y la rodearon de césped, piedras y arena limpia. Entonces acamparon allí unas horas, abrevaron a sus animales, les dieron pienso, y ellos también se repusieron y comieron, pues en Jerusalén no habían tenido sosiego con tantas molestias y preocupaciones. Más adelante he visto que Nuestro Señor se paró en esta misma fuente a predicar varias veces con los discípulos.

La estrella, que relumbraba en la noche como una bola de fuego, ahora parecía como la luna de día y no era exactamente redonda sino como dentada; a menudo la ocultaban las nubes.

Por el camino que va directo de Belén a Jerusalén pululaban viajeros con burros y fardos, probablemente gente que volvía de Belén del censo o que iba a Jerusalén al Templo o al mercado. Por el camino que tomaron los Reyes todo estaba tranquilo, y Dios seguramente los llevó por allí para que llegaran a Belén por la tarde sin llamar mucho la atención. Sin embargo, vi que volvieron a detenerse cuando el sol ya estaba bastante bajo. Marchaban en el mismo orden en que habían venido: Mensor, el atezado, que era el más joven, iba delante y le seguían el castaño Seir, y Zeokeno, el más blanco y anciano.

[Llegada de los Reyes Magos a la casa de los impuestos de Belén. Acampan junto a la Tumba de Maraha. La estrella les indica la Cueva del Pesebre. Adoración del niño y ofrenda. Culto nocturno a las estrellas junto al terebinto.]

Hoy, domingo 23 de diciembre al oscurecer vi llegar la caravana de los Reyes Magos al mismo edificio fuera de Belén donde se inscribieron José y María. Era la antigua casa solariega de David, de la que todavía existe algún muro; esta casa había sido también del padre de José. Era una casa grande con otras más pequeñas alrededor; tenía delante un patio cerrado y delante de él una plaza plantada con árboles y una fuente. En esta plaza vi soldados romanos, ya que la Tesorería estaba en este edificio.

Cuando la caravana llegó allí, se formó a su alrededor una considerable aglomeración de curiosos. Había desaparecido la estrella y los Reyes estaban un poco inquietos. Se les acercaron unos hombres que les preguntaron. Ellos se apearon y entonces salieron de la casa los jefes y se les acercaron con ramas a ofrecerles un pequeño refresco de frutillas, panecillos y bebida, la bienvenida habitual para los extranjeros de su rango.

Mientras tanto vi que abrevaban sus animales en la fuente, bajo los árboles. Pensé:

—Éstos son más corteses con ellos que con el pobre José porque éstos reparten muchas pepitas de oro.

Les dijeron que el Valle de los Pastores era un buen sitio para acampar, pero tardaron algún tiempo en decidirse. No oí que preguntaran por el rey de los judíos recién nacido. Sabían que éste era el lugar de la profecía, pero tras la conversación con Herodes temían llamar la atención.

Pero cuando vieron brillar un resplandor en el cielo a un lado de Belén, como cuando sale la luna, subieron de nuevo en sus monturas y marcharon por la zanja que discurre entre muros caídos y que rodea Belén a Mediodía hasta su parte oriental, y se acercaron al paraje de la Cueva del Pesebre por el lado del campo donde el ángel se apareció a los pastores.

Entonces, cuando la caravana llegó a la Tumba de Maraha que está en el valle que hay detrás de la Cueva del Pesebre, los Reyes se apearon de sus animales. Su gente desempacó todo y plantaron una tienda de campaña grande que llevaban consigo y con la ayuda de algunos pastores que les indicaban los sitios tomaron disposiciones para levantar el campamento.

Ya estaba parte del campamento instalado cuando la estrella se apareció a los Reyes clara y brillante encima de la colina del pesebre, y la vieron dejar caer verticalmente sobre la loma un chorro de luz torrencial que parecía engrosar al acercarse y que creció hasta convertirse en una masa de luz que me pareció tan grande como una sábana de lino.

Al principio la miraban muy asombrados. Ya estaba oscuro y no veían ninguna casa sino solo el contorno de la colina como si fuera una muralla; pero de repente les invadió una gran alegría, pues vieron en el resplandor la figura refulgente de un niño tal como la habían visto antes en la estrella. Entonces todos se descubrieron la cabeza y expresaron su veneración. Los Reyes dieron unos pasos hasta la colina y encontraron la puerta de la cueva. Mensor abrió la puerta y vio la gruta llena de luz celestial, y al fondo la Virgen con el niño, sentada justo tal como ellos la habían visto en sus visiones.

Mensor volvió inmediatamente a decírselo a sus compañeros de viaje mientras José salía de la gruta hacia ellos acompañado de un viejo pastor. Los Reyes le dijeron sencillamente que venían a adorar y traer regalos al rey de los judíos recién nacido, cuya estrella habían visto. Jose les dio amistosamente la bienvenida y el viejo pastor los acompañó hasta la caravana y los estuvo ayudando a instalarse. Despejaron para ellos algunos cobertizos de pastores que había por allí.

Los Reyes se equiparon para las ceremonias solemnes que se avecinaban. Se pusieron encima unos grandes mantos blancos de cola larga con brillo amarillento como de seda natural; eran sumamente finos y ligeros y flotaban en torno a ellos; siempre los llevaban en las festividades religiosas. Los tres llevaban a la cintura cinturones de los que colgaban bolsas y cadenitas con cajitas doradas que eran como azucarillos con botones encima; por éso los mantos parecían tan anchos. A cada uno de los Reyes le seguían los cuatro acompañantes de su familia, además de unos servidores de Mensor que llevaban una plancha como una bandeja para exponer cosas, un tapiz con borlas y algunas bandas de tela ligera.

Después siguieron a San José muy ordenadamente a ponerse bajo el porche de delante de la cueva, recubrieron la plancha con el tapiz de borlas y cada uno de los Reyes puso encima algunas de las cajitas y recipientes dora dos que se quitaron de la cintura, que eran los regalos que hacían en común. Mensor y todos los demás se quitaron las sandalias de los pies. José abrió la puerta de la cueva.

Dos jóvenes del séquito de Mensor iban delante extendiendo delante de sus pies una banda de tela por el suelo de la cueva; después retrocedieron. Les seguían muy de cerca

otros dos con la bandeja de los regalos. Mensor la tomó al llegar delante de la Virgen, hincó una rodilla y la puso respetuosamente a sus pies encima de un bastidor. Entonces se volvieron los que la habían traído.

Detrás de Mensor estaban en pie los cuatro acompañantes de su familia, humildemente inclinados. Seir y Zeokeno estaban más atrás con los suyos, en la entrada y el porche delante de la puerta. Cuando entraron, todos estaban como ebrios de piedad y emoción y como traspasados por la luz que llenaba aquel espacio, que no era sino la Luz del Mundo.

María estaba más tendida que sentada, con un brazo apoyado en una alfombra, a la izquierda del Niño Jesús que estaba acostado en una artesa recubierta con un tapiz, puesta sobre un bastidor en el lugar del nacimiento enfrente de la entrada. Pero en el momento de entrar, la Santísima Virgen se incorporó para sentarse erguida, se bajó el velo, tomó al niño Jesús en su regazo y lo puso ante sí dentro de su amplio velo.

Cuando Mensor se arrodilló y depositó los regalos con conmovedoras palabras de homenaje, inclinó humildemente su cabeza descubierta y cruzó sus manos sobre su pecho. María desnudó la parte superior del cuerpo del Niño, que estaba envuelto en pañales rojos y blancos y al que se le veía brillar tiernamente detrás de su velo; le sujetaba la cabecita con una mano y lo abrazaba con la otra; el niño tenía sus manitas cruzadas sobre el pecho como si rezara. Relucía amablemente y a veces también hacía de modo encantador como si agarrara algo en torno a sí.

—¡Oh, qué espiritualmente rezaban estos queridos hombres del País de la Mañana!

Cuando los veía, me decía a mí misma:

—¡Oh, cómo son! ¡Qué corazones tan claros y serenos, tan llenos de inocencia y bondad! ¡Son como corazones de niños piadosos! En ellos no hay nada apasionado y sin embargo están llenos de fuego y amor.

Estoy muerta, soy un espíritu; de lo contrario no podría verlo, pues esto no es ahora y sin embargo es ahora. Pero esto no pasa en el tiempo; en Dios no hay tiempo, en Dios todo es presente. Estoy muerta, soy un espíritu.

Cuando pensaba estas cosas raras, oí que me decían:

—¿De qué te preocupas? Mira y alaba al Señor, que es eterno y todo está en Él.

Y entonces vi que Mensor sacó de una bolsa que colgaba de su ceñidor, un puñado de bastoncitos relumbrantes, gruesos y pesados, como de un dedo de largo, con punta por arriba y granitos dorados en el medio, y lo puso humildemente como su regalo junto al Niño Jesús en el regazo de la Santísima Virgen.

María aceptó el oro, lo agradeció amablemente y lo cubrió con una esquina de su manto. Mensor dio estos crecidos tallitos de oro, porque estaba lleno de amor y fidelidad y buscaba la sagrada verdad con devoción esforzada e inquebrantable.

Cuando Mensor se retiró con sus cuatro acompañantes Sair el castaño se acercó con los suyos. Hincó ambas rodillas con gran humildad y ofreció su regalo con emocionadas palabras mientras ponía en la plancha que estaba delante de Jesús una naveta incensario llena de granos de resina verdosos. Daba incienso porque seguía amorosamente la voluntad de Dios y se acomodaba reverentemente a ella. Estuvo arrodillado mucho tiempo con gran recogimiento antes de retirarse.

Después se acercó Zeokeno, que era el más blanco y el más anciano. Era muy viejo y pesado y no intentó arrodillarse, pero estuvo de pie profundamente inclinado y depositó sobre la plancha un vaso de oro con fina hierba verde, un arbolito vertical delgadito y verde, que parecía crecer todavía sobre la raíz, con ramitas rizadas en las que había finas

florecitas blancas. Era mirra. Zeokeno ofrendó mirra que significa autosacrificio y vencimiento de las pasiones, pues este buen hombre había combatido extraordinarias tentaciones de idolatría, poligamia y violencia. Él y sus acompañantes permanecieron mucho tiempo ante Jesús, muy emocionados, tanto que me daba pena que los otros servidores tuvieran que esperar tanto delante del pesebre para ver al niño.

Las palabras de los Reyes y de todo su séquito eran extraordinariamente emotivas e infantiles; mientras se dejaban caer y presentaban los regalos decían poco más o menos:

—Hemos visto su estrella y que este niño es el Rey de todos los Reyes, y venimos a adorarle y rendirle tributo con regalos.

Estaban como completamente arrobados y con una oración infantil y ebria de amor encomendaron al Niño Jesús los suyos, su país y su gente, su hacienda y sus bienes y todo lo que para ellos tenía valor en la Tierra. Que el rey recién nacido quisiera aceptar sus corazones, sus almas y todos sus pensamientos y obras. Que los iluminara y les enviara todas las virtudes; y a la Tierra, felicidad, paz y amor. Al decirlo resplandecían de humildad y de amor y les rodaban lágrimas de alegría por la barba y las mejillas. Eran completamente felices, creían estar dentro de la estrella que desde milenios habían mirado sus antepasados suspirando con tan fiel anhelo. Tenían toda la alegría de la promesa cumplida después de muchos siglos.

La madre de Dios lo aceptó todo con mucha humildad, dando las gracias. Al principio no dijo nada, pero un sencillo movimiento bajo su velo expresó su alegría devota y emocionada. En su manto brillaba el cuerpecito desnudo de su niño, que ella había envuelto con su velo. Al final, la Santísima Virgen dijo algunas palabras humildes y amistosas de agradecimiento a cada uno mientras retiraba un poco su velo.

—¡Otra vez he aprendido algo!—me dije —. ¡Cómo acepta y agradece cada presente, tan amable y dulcemente! Ella que nada necesita pues tiene a Jesús, acepta con humildad cada regalo de amor. Pues aquí puedo aprender bien como se tienen que recibir los dones del amor. En el futuro yo también aceptaré todo regalo amable con agradecimiento y total humildad. ¡Ay, qué buenos son María y José; casi no retienen nada para sí y todo lo reparten otra vez a los pobres!

Cuando los Reyes abandonaron la cueva con sus acompañantes y fueron a su tienda, entraron por fin los servidores que habían plantado la tienda y descargado a los animales y ordenado todo, que habían estado esperando pacientemente y con mucha humildad delante de la puerta. Serían más de treinta, y con ellos estaba también una turba de mozos que solo estaban vestidos con taparrabos y envueltos en mantos pequeños. Los servidores entraron de cinco en cinco, guiados por uno de los jefes a los que pertenecían. Se arrodillaban alrededor del niño y le adoraban en silencio.

Al final entraron también todos los chicos juntos, se arrodillaron alrededor y rezaron a Jesús con alegría e inocencia infantiles. Los servidores no estuvieron mucho tiempo en la Cueva del Pesebre, pues los Reyes volvieron a entrar con toda solemnidad. Se habían cambiado de manto y venían envueltos en otros mantos ligeros y flotantes que flotaban ampliamente en torno a ellos. Llevaban incensarios en sus manos, con los que incensaron con gran respeto al niño, a la Virgen Santísima, San José, y a toda la Cueva del Pesebre. Luego se retiraron inclinándose profundamente; era el rito de adoración de aquel pueblo.

Con todas estas cosas, María y José sentían una alegría tan dulce como nunca les había visto y muchas veces corrían por sus mejillas lágrimas de alegría. El reconocimiento y la veneración solemne del Niño Jesús, al que ha bían tenido que albergar tan pobremente, y cuya altísima dignidad reposaba callada en la humildad de sus corazones, los reconfortaba

infinitamente.

A pesar de todas las cegueras humanas, vieron que, por la previsión de Dios todopoderoso, el Niño de la Promesa recibía la debida adoración de los poderosos y la sacra majestuosidad que ellos no podían darle, pero que estaba preparada desde hacía siglos y ahora llegaba desde muy lejos. ¡Ay, adoraban a Jesús con los Reyes, y sus honras los hacían dichosos!

El campamento estaba instalado en el valle que va desde detrás de la Cueva del Pesebre hasta la Tumba de Maraha. Los animales estaban entre cuerdas, en filas junto a unos postes. Junto a la tienda grande que estaba cerca de la colina de la cueva, había también un espacio cubierto con esteras donde guardaron parte del equipaje, pero la mayor parte la llevaron a la Tumba de Maraha, que estaba allí mismo debajo.

Cuando salieron el pesebre habían salido las estrellas. Se pusieron en corro junto al terebinto que está sobre la Tumba de Maraha y allí tuvieron su culto a las estrellas con cánticos solemnes. Es indecible lo conmovedores que sonaban sus cantos en el valle silencioso. Sus antepasados habían mirado, rezado y cantado a las estrellas tantos siglos, y hoy se habían cumplido todos sus anhelos. Cantaban ebrios de gratitud y alegría.

JOSÉ AGASAJA A LOS REYES MAGOS

[Cómo ve la Sagrada Familia los regalos. Espías judíos en la Cueva del pesebre. Herodes prosigue investigando con los doctores.]

Mientras tanto, José y un par de pastores ancianos habían preparado una comida ligera en la tienda grande de los Reyes. Llevaron botellas con bálsamo y bandejitas con panes, frutas, panales de miel y cucharitas con hierbas, y lo colocaron todo bien ordenado en una mesita baja encima de una alfombra; todo esto lo había traído José por la mañana para obsequiar a los Reyes, cuya venida le había anunciado anticipadamente la Santísima Virgen.

Cuando los Reyes y sus parientes volvieron a la tienda después de sus cantos vespertinos, José los acogió amistosamente y les rogó, en su calidad de anfitrión, que aceptaran esta pequeña cena. Estuvo tumbado en medio de ellos en torno a la mesa baja y así comieron. José no era nada tonto, pero estaba tan contento que lloraba lágrimas de alegría.

Al verlo pensé en mi bendito padre, un pobre labrador que tuvo que sentarse a la mesa entre mucha gente importante cuando entré en el convento. Por su humildad y sencillez, a él le daba mucho miedo, pero después se sintió tan contento que lloraba lágrimas de alegría, y sin quererlo, fue el más importante de la fiesta.

Después de esta pequeña cena, San José se despidió. Algunos jefes de la caravana fueron a descansar a un albergue de Belén y los demás al campamento que habían preparado en círculos en torno a la tienda grande.

Cuando José volvió al pesebre, puso todos los regalos en un rincón de la pared a la derecha del pesebre y lo tapó con un biombo para que no se viera lo que estaba guardado allí. La doncella de Ana que se había quedado al servicio de la Santísima Virgen estuvo durante todo el acto en la pequeña cueva lateral cuya puerta estaba a la entrada de la Cueva del Pesebre. Solo salió de allí cuando todos abandonaron la cueva. Era una chica muy seria y modesta.

No vi que la Sagrada Familia ni esta chica contemplasen con placer mundano los regalos de los Reyes. Lo aceptaron todo con humilde gratitud y todo lo volvieron a repartir

con ternura.

Cuando llegaron los Reyes al anochecer de hoy, vi en Belén algo de tumulto junto a la Tesorería y luego algunas carreras por la ciudad. Los que seguían a la caravana hasta el Valle de los Pastores enseguida estuvieron de vuelta.

Más tarde, mientras los Reyes rezaban y adoraban en la cueva, tan dichosos, recogidos, y traspasados de piadosa alegría, vi en el paraje circundante algunos judíos que espiaban y murmuraban, y que iban y venían de Belén con informes de todo.

No tuve más remedio que llorar amargamente por esos infelices. Me hacía tanto daño esta mala gente, que entonces como ahora, cuando lo sagrado se acerca a los humanos, espían y murmuran pérfidamente por todas partes y luego difunden mentiras. ¡Cuánto tengo que llorar por esos míseros hombres que tienen la salvación tan cerca y la apartan de sí! En cambio, estos buenos Reyes han venido de tan lejos por fidelidad y fe en la Promesa y han encontrado la salvación. ¡Ay, que compasión me dan esos hombres ciegos y empedernidos!

En Jerusalén he visto todo el día de hoy a Herodes y varios doctores de la Escritura que leían en rollos y hablaban sobre lo que dijeron los Reyes. Después, todo se quedó tranquilo como si se quisiera desechar todo el asunto.

LOS REYES PARTEN DE VIAJE

[Los Reyes visitan una vez más a la Sagrada Familia. Su generosidad con los pastores. Cantos vespertinos junto a la tumba de Maraha. Herodes les tiende un lazo. Un ángel les advierte. Se despiden y se van.]

[Lunes 24 de diciembre:]

He visto que hoy muy temprano los Reyes y algunos de su séquito visitaron uno tras otro a la Sagrada Familia. Todo el día los vi ocupados en su campamento con sus animales y con toda clase de repartos. Estaban llenos de dicha y alegría y repartían muchos dones, que es lo que siempre pasaba entonces con ocasión de acontecimientos alegres. Los pastores, que habían prestado todos los servicios al séquito de los Reyes, recibieron muchísimos regalos. También los vi hacer regalos a muchos pobres; los vi poner mantos en los hombros de pobres viejecitas que se acercaban despacito completamente inclinadas.

Algunos de los servidores del séquito de los Reyes Magos, a los que les había gustado muchísimo el Valle de los Pastores, querían quedarse aquí y emparentar con los pastores. Presentaron su ruego a los Reyes, que les dieron licencia y ricos regalos: mantas, cacharros, pepitas de oro y hasta los asnos en que habían venido.

Cuando vi que los Reyes repartían mucho pan, pensé al principio ¿de dónde sacan tantos panes? Pero luego me acordé que varias veces he visto en su campamento que de cuando en cuando sacaban unos moldes de hierro que llevaban consigo y preparaban panecillos planos con su provisión de harina; eran bizcochos que luego guardaban apretados en las ligeras bolsas de cuero que llevaban colgando de los animales.

Hoy ha venido también mucha gente de Belén a ver a los Reyes. Se empujaban por toda clase de regalos, algunos husmeaban en sus equipajes y les sacaban tributos con toda clase de codiciosos pretextos.

Tanto aquí como en Jerusalén, los Reyes padecieron toda clase de molestias a causa del tamaño de su caravana y de la curiosidad que despertaban y, lo mismo que habían llegado como en una comitiva triunfal porque creían que se iban a encontrar a todos festejando jubilosamente al nuevo rey recién nacido, ahora se sentían movidos por la

experiencia a salir en grupitos sin llamar la atención para así poder emprender más deprisa el viaje de vuelta. Por eso despidieron hoy a muchos de su séquito, de los que algunos quedaron diseminados por el Valle de los Pastores, y otros se adelantaron a salir para los diversos puntos de reunión.

Por la tarde me quedé admirada de ver cuanto había disminuido ya el número de gente de la caravana. Los Reyes pensaban viajar mañana a Jerusalén para decir a Herodes cómo habían encontrado al niño, pero querían ir discretamente y habían mandado muchos por delante para que el viaje fuera más ligero. Así podrían volver a montar en sus dromedarios enseguida.

Por la noche fueron al pesebre a despedirse. Primero entró Mensor a solas; María le puso el niño Jesús en brazos; Mensor lloraba y estaba radiante de alegría. Después de él entraron los otros dos Reyes y se despidieron conlágrimas. Trajeron aun más regalos, muchas piezas de telas distintas, unas de seda cruda e incolora, otras rojas y otras de tejido floreado, y muchas colchas muy finas. También dejaron sus amplios y delicados mantos que eran de color amarillo pálido y como de lana fina, tan ligeros que los agitaba cualquier soplo de brisa.

Trajeron también muchas tazas apiladas unas encima de otras, varias cajitas llenas de pepitas de oro y, en una cesta, tiestos con plantitas verdes de finas florecillas blancas. En el centro de cada tiesto estaban plantadas tres plantitas, y podía ponerse otro tiesto encima apoyado en el borde. En la cesta iban los tiestos unos encima de otros. Las plantas eran de mirra. También le dieron a José jaulas largas y estrechas con aves; eran las que habían traído colgadas en los dromedarios para sacrificarlas para comer.

Todos lloraron muchísimo al dejar a Jesús y María. Al despedirse, la Santísima Virgen, que estaba de pie con el Niño Jesús en brazos envuelto en su manto, dio unos pasos con los Reyes hacia la puerta de la cueva; allí se paró, y para dejar un recuerdo a aquellos hombres buenos se quitó el gran velo de delicada tela amarilla que envolvía a ella y a Jesús y se lo entregó a Mensor. Ellos recibieron este don con profunda reverencia y sus corazones saltaron de alegría y veneración cuando vieron a la Santísima Virgen de pie ante ellos, sin velo y con el niño en brazos. ¡Qué dulces lágrimas lloraban al salir de la cueva! Desde entonces el velo fue para ellos su posesión más sagrada.

La forma en que la Santísima Virgen recibía los regalos era sin alegrarse por las cosas y, sin embargo, agradeciendo verdaderamente al dador con extraordinaria emoción y muchísima humildad. En esta maravillosa visita no tengo la impresión de haber visto nada de egoísmo en la Santísima Virgen, excepto que ella, al principio, por amor al Niño Jesús y compasión por San José, se abandonó ingenuamente a la alegre esperanza de que en adelante tendrían protección en Belén y no serían tan despreciados como lo habían sido a su llegada, pues le habían dado mucha pena las vergüenzas y tribulaciones que había pasado José.

Cuando se despidieron los Reyes la lámpara estaba encendida en la cueva, pues ya estaba oscuro. A continuación los Reyes se trasladaron con los suyos al gran terebinto viejo que está encima de la Tumba de Maraha, para tener allí su culto a Dios igual que ayer por la tarde. Encendieron una lámpara bajo el árbol y en cuanto se dejaron ver las estrellas, rezaron y cantaron dulcemente. Las voces de los chicos sonaban extraordinariamente tiernas en el coro.

Luego fueron a la tienda, donde José les había preparado otra vez una pequeña cena, tras lo cual, unos volvieron a su albergue en Belén y los demás se metieron a descansar en sus tiendas.

PARTIDA DE LOS REYES

A eso de medianoche vi de repente un cuadro: Los Reyes estaban durmiendo en alfombras extendidas junto a los bordes de su tienda cuando vi que un joven luminoso se apareció entre ellos. Tenían la lámpara encendida y se levantaron adormilados, pero la aparición era un ángel que los despertó y les dijo que emprendieran camino inmediatamente y deprisa; pero que no fueran por Jerusalén, sino por el desierto, bordeando el Mar Muerto. Saltaron del lecho rápidamente; unos fueron corriendo a llamar al séquito, y otro fue a la cueva y despertó a San José, que se apresuró a ir a Belén para llamar a los que se encontraban en el albergue, pero al poco rato se los encontró que ya venían por el camino porque habían tenido la misma aparición.

Desmontaron la tienda con maravillosa presteza y levantaron y enfardaron el resto del campamento. Mientras los Reyes tenían otra conmovedora despedida con José delante del Pesebre, su séquito se apresuraba ya en caravanas separadas para ir más rápidamente hacia el sur por el desierto de Engadí que está a lo largo del Mar Muerto.

Los Reyes suplicaron a la Sagrada Familia que huyera con ellos, porque estaban seguros de que estaba en peligro, y luego rogaron a María que se escondiera con el niño, para que no se metieran con ella por su culpa. Lloraban como niños, abrazaron a José y hablaron muy conmovedoramente. Luego subieron a sus dromedarios, que ahora iban poco cargados, y se apresuraron a internarse en el desierto.

Fuera, en el campo, vi con ellos el ángel que les mostraba la dirección del camino. De repente fue como si hubieran desaparecido; iban por caminos separados, cada uno a cosa de un cuarto de hora al costado del otro, primero una hora a oriente y a continuación hacia el sur por el interior del desierto. Al regresar fueron por la comarca por la que Jesús volvió de Egipto el tercer año de su predicación.

MEDIDAS DE LAS AUTORIDADES DE BELÉN CONTRA LOS REYES

[José, llamado a declarar, hace regalos. Mandato de la policía. Prohibido ir a la Cueva del Pesebre. Zacarías de Juta visita a la Sagrada Familia.]

[Martes, 25 de diciembre:]

El ángel había avisado oportunamente a los Reyes, pues las autoridades de Belén, no sé si por orden secreta de Herodes, aunque creo que por propio celo en el servicio, se disponían hoy a apresar a los Reyes que dormían en el albergue de Belén y a encerrarlos debajo de la sinagoga, que tenía hondas mazmorras, para acusarlos de alborotadores ante Herodes.

Pero hoy por la mañana, cuando se supo que se habían ido de Belén, los Reyes ya estaban en Engadí, y el valle donde habían estado acampados estaba perfectamente tranquilo y solitario como antes, excepto algunos postes de tienda y las huellas de la hierba pisada.

Todo este tiempo, la aparición de la caravana había llamado mucho la atención en Belén. Mucha gente se arrepentía de no haber dado albergue a José, otros hablaban mal de los Reyes diciendo que eran unos aventureros exaltados y milagreros, y otros ponían su llegada en relación con las habladurías sobre la aparición a los pastores. Por eso los presidentes del lugar, no sé si por aviso de Herodes, creyeron necesario tomar precauciones.

Entonces, en una plaza despejada en el centro de Belén donde está la fuente rodeada de árboles, vi una casa grande junto al sitio donde se sube por escaleras a la sinagoga.

Convocaron a todos los habitantes a la plaza delante de esta casa, y desde lo alto de las escaleras pregonaron esta orden o advertencia: Debían suspender todas esas opiniones erróneas y rumores supersticiosos, y en adelante cesarían todas las idas y venidas a la vivienda de los forasteros que había dado pretexto a tales conversaciones.

Después que se dispersó el pueblo congregado, vi que dos hombres fueron a llamar a San José a esta misma casa, donde unos judíos ancianos le tomaron declaración. Lo vi volver al pesebre y regresar otra vez a la casa del juzgado y cuando volvió por segunda vez llevaba consigo algo del oro de los regalos de los Reyes; se lo dio y le dejaron irse tranquilo. Todo el interrogatorio me pareció una estafa, al menos en parte.

También vi que las autoridades barrearon con un árbol caído el camino que iba por una colina o muralla al paraje del pesebre, no el de la puerta [de la ciudad], sino el que sale de la plaza donde María estuvo esperando debajo del árbol grande a su llegada a Belén. Pusieron nada menos que una garita de centinela junto al árbol, y tendieron en el camino cuerdas que terminaban en una campanilla en la garita, para detener a quien quisiera pasar por ese camino.

Por la noche habló con José un pelotón de 16 soldados de Herodes; probablemente los habían enviado a causa de los Reyes, a quienes se había culpado del alboroto, pero como encontraron todo silencioso y tranquilo, y en la cueva la familia pobre a la que tenían orden de no hacer ningún caso, se volvieron tranquilos e informaron de lo que habían encontrado. José lo había escondido todo, los regalos de los Reyes y lo demás que habían dejado, parte en la Cueva de la Tumba de Maraha y parte en algunas cuevas escondidas de la colina del pesebre que conocía desde su juventud, pues con frecuencia se había escondido allí de sus hermanos.

Estas oquedades separadas databan del patriarca Jacob, que había plantado sus tiendas aquí en la colina del Pesebre, cuando solo había un par de chozas en el sitio donde ahora estaba Belén.

Hoy por la tarde vi que Zacarías vino de Hebrón por primera vez a ver a la Sagrada Familia. María estaba todavía en la cueva. Zacarías lloró de alegría, tuvo al niño Jesús en brazos y dijo en parte, o algo cambiado, el mismo himno de alabanza que había pronunciado cuando la circuncisión de Juan.

ANA REGRESA CON LOS SUYOS

[Eliud, segundo marido de Ana. Cuidados al niño Jesús. Ana estaba con Mara, sobrina de Isabel y madre del novio de Caná. Ana envía a su casa a Eliud con parte de los regalos. Funcionarios de Herodes buscan un hijo de rey que acaba de nacer. José esconde a la Santísima Virgen con el niño en la Tumba de Maraha.]

[Miércoles, 26 de diciembre:]

Hoy Zacarías se volvió a su casa, pero Ana y sus hijas mayores, su segundo marido y la doncella regresaron con la Sagrada Familia. La hija mayor de Ana es más alta y parece casi mayor que su madre. El segundo marido de Ana es mayor y más alto que lo fue Joaquín; se llama Eliud y tiene un cargo en el Templo en la inspección de animales para el sacrificio.

Ana tuvo con él una hija que también se llamó María, que cuando el nacimiento de Cristo debía tener 6 u 8 años. Eliud murió pronto, y Ana, por voluntad de Dios tuvo que casarse por tercera vez, de cuyo matrimonio nació un hijo al que también llamaban hermano de Cristo.

La doncella que Ana trajo de Nazaret hace ocho días todavía está con la Santísima Virgen, y cuando todavía vivía en la Cueva del Pesebre estaba en la cuevecita lateral, pero ahora que María vivía en la cueva al lado de la del pesebre, la doncella dormía debajo de un tejadillo que José la había preparado delante de la cueva. Ana y sus acompañantes durmieron en la Cueva del Pesebre.

La Sagrada Familia tiene ahora mucha alegría. ¡Ana es tan dichosa! María le pone muchas veces el niñito Jesús en brazos y le deja que lo cuide; no he visto que lo hiciera con nadie más. Me conmovió mucho ver que el pelo del Niñito, que era amarillo y rizado, terminaba en finos rayos de luz resplandecientes. Creo que ellas le rizaban el pelo, pues creo que le frotaban la cabecita al lavarlo cuando le ponían un albornoz pequeño. Siempre veo en la Sagrada Familia un emocionante respeto piadoso al Niño Jesús, pero todo es muy sencillo y humano, como lo es entre los elegidos, los seres humanos santos. El niño tenía un amor y una forma de volverse a su madre como no he visto nunca en niños tan pequeños.

María le contó todo a su madre sobre la visita de los Reyes Magos, y Ana se quedó emocionadísima de que el Señor Dios los hubiera llamado desde tan lejos a conocer al Niño de la Promesa. Contempló con gran humildad, emoción y palabras de adoración, los regalos de los Reyes que allí estaban escondidos en un arca de mimbre oculta en una oquedad de la pared, y ayudó a regalar muchas cosas y a empaquetar y ordenar lo demás.

Ahora este paraje está tranquilo; las autoridades han barreado los caminos que llegan aquí sin pasar por la puerta de la ciudad. José ya no va a buscar a Belén lo que necesita, sino que se lo traen los pastores. La pariente en cuya casa ha estado Ana en la tribu de Benjamín es Mara, hija de Roda, hermana de Isabel[1].

Mara es pobre y tuvo varios hijos que más adelante fueron discípulos. Uno de ellos se llamaba Natanael y andando el tiempo fue el novio de la boda de Caná. Esta Mara estuvo también en el tránsito de la Virgen en Éfeso[2].

Hoy Ana envió ya de vuelta a casa a su marido Eliud con un asno cargado y con la doncella emparentada con ella, que también iba muy cargada con un paquete a la espalda y otro al pecho. Eran parte de los regalos de los Reyes, telas de toda clase y vasos dorados que más adelante utilizaron los cristianos en sus primeros cultos.

Ahora se lo llevan todo a escondidas, pues por aquí siempre hay algo de espionaje. Parece que estas cosas solo las llevarán a un sitio del camino de Nazaret, donde las recogerá un criado, pues otros años he vuelto a ver a Eliud en Belén cuando Ana emprenda el viaje, que será pronto.

En la cueva de al lado ahora solo está Ana con María, que tejen o bordan juntas una gran colcha. La Cueva del Pesebre ya está despejada por dentro. El asno de José está escondido detrás de unos tabiques de cañizo.

Hoy han estado otra vez en varias casas de Belén funcionarios de Herodes para investigar los niños recién nacidos.

LA SAGRADA FAMILIA SE ESCONDE EN LA CUEVA DE LA TUMBA DE MARAHA

Hoy en Belén había soldados que andaban buscando por las casas un hijo de rey recién nacido. Estuvieron especialmente pesados haciendo preguntas a una judía de buena familia que hace poco ha dado a luz a un niño. A la Cueva del Pesebre no vinieron nunca porque ya antes solo habían encontrado allí una familia pobre que supusieron que no podía ser de la que se trataba.

Dos hombres mayores (pienso que de los primeros pastores que vinieron a adorar),

vinieron a ver a José para advertirle de las pesquisas. Por eso la Sagrada Familia, Ana y el Niño Jesús huyeron a la Cueva de la Tumba de Maraha; en la Cueva del Pesebre no quedó nada que pudiera traicionar que allí se había vivido; por dentro parecía abandonada.

Los vi alejarse de noche por el valle con una luz medio tapada. Ana llevaba en brazos al Niño Jesús, María y José iban a sus lados, y los pastores los guiaban llevando las colchas y otros enseres para el descanso de las santas mujeres y el Niño Jesús.

En esto tuve una visión que no sé si la Sagrada Familia vería también. En torno al Niño Jesús, delante del pecho de Santa Ana, vi una gloria con siete figuras angélicas entrelazadas y superpuestas una encima de otra. En esta gloria aparecieron todavía muchas más figuras angélicas, y al lado de Ana, José y María aún vi más figuras de luz como si los llevaran entre sus brazos. Cuando entraron en el zaguán de la cueva, cerraron la puerta y entraron hasta el fondo de la Cueva de la Tumba de Maraha, donde se instalaron para descansar.

LA SAGRADA FAMILIA EN LA TUMBA DE MARAHA

[A causa del peligro, José separa al Niño Jesús de María durante unas horas. La angustiada madre exprime la leche de su pecho. Origen de un milagro que se cita hasta en nuestros tiempos. Fiesta de las nupcias de José y María.]

[Jueves, 27 de diciembre:][3]

La Santísima Virgen contó a su madre Ana todo lo relativo a los Reyes Magos y ambas contemplaron todo lo que los Reyes dejaron aquí en la Cueva de la Tumba de Maraha.

Llegaron dos pastores a avisar a la Santísima Virgen que venían agentes de la autoridad haciendo averiguaciones sobre su niño. María estaba muy preocupada, y enseguida vi entrar a San José que tomó al Niño Jesús en brazos, lo envolvió en un manto y se lo llevó, ya no me acuerdo adónde.

Entonces vi que la Santísima Virgen pasó más de medio día sola en la cueva, sin el Niño Jesús, esperando con mucha inquietud y angustia maternal. Cuando se acercó la hora de alimentar al niño en su pecho, hizo lo que suelen hacer las buenas madres después de pasar miedo o sobresaltos parecidos: antes de dar de mamar el niño, exprimió de su pecho la leche contaminada por el miedo en una pequeña oquedad del blanco banco de piedra de la cueva.

Se lo dijo a uno de los pastores, un hombre serio y piadoso que vino a buscarla (probablemente para llevarla donde el niño), y este pastor, plena y profundamente convencido de la santidad de la madre del Salvador, sacó después cuidadosamente con una especie de cuchara la leche virginal que estaba como en ebullición en la blanca oquedad de piedra, y se la llevó con creyente sencillez a su mujer, que daba de mamar a una criatura y no la conseguía callar.

La buena mujer gustó el sagrado alimento con respetuosa confianza, e inmediatamente su fe fue bendecida de tal modo que pudo alimentar abundantemente a su criatura. Desde este acontecimiento, la piedra blanca de esta cueva recibió la misma fuerza curativa, y yo he visto que hasta en nuestros tiempos se sirven de ella incluso los infieles mahometanos para remedio de ésta y otras dolencias corporales[4].

MEMORIAL DE LA FIESTA DE LOS ESPONSALES DE MARÍA

José no se quedó escondido en la Cueva de la Tumba de Maraha; sino que con dos

pastores hizo todo género de arreglos en la Cueva del Pesebre. Los pastores trajeron varias coronas de ramas y flores, al principio no sabía para qué, pero luego vi que eran los preparativos para una fiesta entrañable en la que estuvieron el segundo marido de Ana, Eliud, y la criada, que habían traído dos asnos y que probablemente solo habían salido un trecho del camino a encontrarse con los criados de Ana que venían de Nazaret con los animales; los criados se volvieron a Nazaret con los bultos, y ellos se trajeron los animales a Belén. Cuando los vi venir, durante un rato pensé que sería gente del albergue de Jerusalén donde más adelante vi alojarse a la Sagrada Familia.

José aprovechó la ausencia de la Santísima Virgen de la Cueva de la Tumba de Maraha, para adornar con los pastores la Cueva del Pesebre para festejar el aniversario de sus esponsales.

Ordenaron todo, y él fue a buscar a la Santísima Virgen con el Niño Jesús y su madre Ana y los llevó a la Cueva del Pesebre, que estaba engalanada, donde ya estaban reunidos Eliud y la criada y los tres pastores ancianos. ¡Qué emocionante fue la alegría de todos cuando la Santísima Virgen entró en la cueva llevando al niño! Del techo y las paredes de la cueva colgaban multitud de coronas de flores y en el centro estaba preparada la mesa para comer.

Algunas mantas bonitas de los Reyes Magos estaban por el suelo, sobre el que se había levantado una pirámide de ramas y flores hasta una abertura en el techo, en cuya punta extrema estaba sentada una paloma en una rama, creo que también artificial. Toda la cueva la vi llena de luz y de brillo. Habían puesto al Niño Jesús en su moisés, sentado en una sillita en posición vertical. María y José estaban a sus lados adornados con coronas y bebieron de una jarra. Además de los parientes estaban presentes los pastores. Se cantaron salmos y tuvieron una comida pequeña, pero alegre. En la cueva se aparecieron coros de ángeles y toda clase de influencias celestiales. Todos estaban muy emocionados y enternecidos.

Después de esta fiesta, la Santísima Virgen junto con el Niño Jesús y su madre Ana volvieron a la Cueva de la Tumba de Maraha.

PREPARATIVOS PARA LA PARTIDA DE LA SAGRADA FAMILIA

[María lleva dos veces al Niño por la noche a la Cueva del Pesebre y reza en ella. La madre Ana parte después del sabbat. Observaciones personales. Reconocimiento de las reliquias de tela que fueron propiedad de los Reyes Magos.]

[Viernes, 28 de octubre a domingo 30:]

En los últimos días, y hoy también, he visto que San José hacía muchas cosas para sacar pronto de Belén a la Sagrada Familia. Cada día hacía menos compra. Todos los tabiques ligeros de zarzo, biombos y demás cosas que había puesto en la cueva para hacerla más cómoda se los dio a los pastores, que se los llevaron a sus casas.

Hoy por la tarde, volvió a la Cueva del Pesebre mucha gente que iba al sabbat a Belén, pero como se la encontraron abandonada siguieron su camino. Después del sabbat, Ana viajará otra vez a Nazaret, pero hoy todavía está ordenando y empaquetándolo todo. Santa Ana llevará consigo en dos burros muchos regalos de los Reyes Magos, sobre todo alfombras, mantas y telas. Hoy por la tarde tuvieron el sabbat en la Cueva de Maraha.

[Sábado 29 de diciembre:]

La Sagrada Familia prosiguió la fiesta del sabbat; había tranquilidad en el paraje. Al concluir lo prepararon todo para la salida para Nazaret de Ana, Eliud y su séquito.

Ya he visto antes, y hoy también por segunda vez, que después de oscurecer la Santísima Virgen llevó al niño Jesús de la Cueva de la Tumba de Maraha a la del Pesebre, lo puso sobre una alfombra en el sitio donde nació, y se arrodilló a rezar a su lado. Mientras rezaba, vi toda la cueva llena de luz celestial como a la hora del nacimiento del Señor. Creo que mi querida Madre de Dios también tiene que haber visto.

[Domingo 30 de diciembre:]

A primera hora de la mañana vi salir para Nazaret a la madre Ana con su marido y el séquito, después de despedirse tiernamente de la Sagrada Familia y de los tres pastores mayores. La doncella de Ana también se fue con ellos y de nuevo me sorprendió su extraña gorra, que parecía un « nido de cuco», que es como los niños de pueblo llaman en mi tierra a las gorras puntiagudas que tejen con juncos para jugar.

Quiero explicar ahora aquí que durante una temporada he creído que la gente de Ana que vino a Belén con los dos burros eran del albergue de Jerusalén, porque pernoctaron en él y los vi tener trato con ellos. Cargaron en sus animales todo lo que quedaba de los regalos de los Reyes, y mientras cargaban me quedé maravillada de que se llevaran también un paquetito que me pertenecía. Yo sentía que el paquetito estaba allí, y no podía comprender cómo la madre Ana se atrevía a llevarse algo de mi propiedad[5].

[Personal: Ana Catalina sabe que tiene en su poder y cerca de sí varias reliquias de las telas que los Reyes Magos regalaron a la Sagrada Familia. Poco después de extrañarse de que Ana se llevara de Belén algo que era suyo, se produjo la siguiente conversación entre el Escritor y ella, que se encontraba en un elevado estado de contemplación:]

Ana se ha llevado consigo al marcharse muchos de los regalos, sobre todo las telas de los Reyes, algunas de las cuales se utilizaron de diversos modos en la Iglesia primitiva de las que han quedado restos hasta nuestros días. Entre mis reliquias tengo un pedacito del tapete de la mesita donde los Reyes ponían los regalos y también un pedacito de su manto.

[Sobre la expresión « mis reliquias», el Escritor añade: En todos los tiempos, muchos bienaventurados de la Iglesia Católica tuvieron el don de sentirse excitados benéficamente con los huesos de los santos y todo lo que estuviera bendecido y consagrado, pero probablemente nadie tuvo nunca este don en tan gran medida y tan continuamente presente como Ana Catalina, que era capaz de distinguir de cualquier otra sustancia natural parecida, no solo el Santísimo Sacramento, sino todo lo que hubiera estado santificado y bendecido por la Iglesia con sacramentos y actos sacramentales, y especialmente los huesos de los santos y todo lo que la Iglesia entiende en el concepto de reliquias. Los distinguía sobre todo por su luz y, dentro de ella, también por el color de la luz. También podía decir de quién eran los huesos o las telas, y a menudo sabía también su historia hasta los menores detalles, de lo cual teníamos en su entorno experiencias diarias con testimonios tan abrumadores, que uno de sus amigos la había dado, no sin razón, el nombre de « sacrómetro». El Escritor se propone contar gran número de estas experiencias en la biografía detallada de Ana Catalina. Ignoramos por qué, los superiores espirituales de Ana Catalina, hasta donde puede saberse, nunca tomaron nota exhaustiva y fortificada con todas las evidencias de un fenómeno tan provechoso para la vida espiritual, pero estamos firmemente convencidos que, de todas las gracias que tuvo, éste era el don más digno de atención y de ser observado.

Como prueba de su capacidad de reconocer reliquias y otras cosas sagradas, sus amigos, y en particular el Escritor, pusieron cerca de Ana Catalina gran cantidad de objetos parecidos, pues a causa de la destrucción actual de tantas iglesias y monasterios, y de la languidez y en ocasiones también, desgraciadamente, la muerte total del sentido fiel y

profundo de lo sagrado, es tremendo saber que objetos que nuestros antepasados fieles a la tradición estimaron santos o venerables, y sobre los que quizá en otros tiempos edificaron grandes iglesias, son ahora de propiedad privada y se malbaratan hasta en las traperías. Procurábamos darle a Ana Catalina muchos de estos huesos santos, que ella misma explicaba. Por bondad del reverendo Regens Overberg, que era su director espiritual extraordinario, recibió también dos importantes relicarios con reliquias de los primeros tiempos, hallados en una vieja iglesia destruida.

Como algunas de estas reliquias estaban en un armarito junto al lecho de la enferma, mientras que otras estaban en la morada del Escritor, éste preguntó:]

—¿Esta reliquia de tela está aquí cerca?

—No; está aquí en la casa.

—¿Conmigo?

—No, en casa de ese hombre, el Peregrino (así llamaba usualmente Ana Catalina al Escritor). Está en una casita pequeña; el pedacito del manto es pálido. ¡Es increíble, y sin embargo es verdad y lo tengo ante mis ojos! Un allegado del Peregrino seguro que no lo cree; ése querría destruir todo lo que escribe el Peregrino, pero su cuñado A. que me visita, ése tiene el corazón como el castaño Rey Seir. ¡Es tan dulce, tan dócil y tan fiel! Un verdadero corazón cristiano. ¡Ay!, si este hombre estuviera dentro de la Iglesia tendría el Cielo en la Tierra!

[Cuando el Escritor la trajo la que podía llamarse « casita de las reliquias», que guardaba en su cuarto, Ana Catalina la abrió enseguida e identificó que habían sido de los Reyes unos pequeños restos de seda de color rojo oscuro y de lana amarilla que se encontraban allí, pero sin dar una explicación más concreta. A continuación dijo:]

Yo misma debo tener también un pedacito de tela de los Reyes. Tenían varios mantos, uno fuerte y grueso para la intemperie, otro amarillo y otro rojo de lana fina y ligera. Los mantos ondeaban al viento al moverse. Pero en las festividades llevaban sus mantos de seda cruda que brillaba, bordados en oro en sus bordes y con una cola larga que les llevaban otros. Creo que uno de estos mantos tiene que estar cerca porque ya antes, y también esta noche pasada, estuve otra vez con cuadros que todavía recuerdo acerca de la cría y el tejido de la seda donde los Reyes.

En una comarca de oriente, entre el país de Zeokeno y el de Sair, tienen árboles llenos de gusanos con un pequeño alcorque con agua alrededor de cada árbol para que los gusanos no puedan escapar. A veces echaban hojas de bajo de los árboles, y de los árboles colgaban cajitas de las que sacaban unas cosas redondas de más de un dedo de largo. Primero pensé que eran unos pájaros raros, pero enseguida vi que eran los capullos de los gusanos, que se habían envuelto en ellos. La gente los desenrollaba y sacaba de ellos un hilo fino como de una tela de araña; se ponían cierta cantidad de capullos delante del pecho y los desenrollaban para hilar hilo fino y arrollaban algo en la mano. Tenían telares entre los árboles; parecían muy blancos y muy sencillos; la pieza de tela era tan ancha como mi sábana.

[Describió entonces un telar muy sencillo, aunque sin mucha precisión por falta de tiempo para decirlo todo. Al cabo de unos días dijo:]

Mi médico me pregunta muchas veces por un pedacito de tela de seda muy curioso. En los últimos tiempos vi también uno de ésos a mi lado que ahora no sé dónde habrá ido a parar. Pero ahora me he acordado de él y he caído en la cuenta que en aquella ocasión tuve el cuadro de las tejedoras de seda; era en un país más a Oriente que los Reyes Magos, un país donde también estuvo Santo Tomás. Me he equivocado al narrarlo, porque esto no

tiene que ver con las telas de los Reyes Magos; el Peregrino tiene que tacharlo.

Me lo dieron cuando me hicieron unas pruebas incomprensibles, sin preocuparse en qué estaba ocupada interiormente y por eso ahora pueden venir equívocos, cosa que me aflige.

He visto otra vez las reliquias de tela y ahora se donde están. Hace varios años, antes de su último parto, le di a mi cuñada que vive en Flamske un paquetito que estaba cosido como un botón. Me había pedido algo sagrado para tener fortaleza y entonces le di la casita, a la que yo veía relucir, y que una vez vi que estuvo en contacto con la Madre de Dios. Ahora ya no me acuerdo si entonces contemplé bien todo el contenido, pero consoló mucho a la buena mujer.

Hoy por la noche la he visto otra vez; lo tiene todavía y está cosido muy fuertemente. Es un cachito de tapete de color rojo oscuro que tiene dentro dos pedacitos de tejido fino como gasa del color de la seda cruda, y algo como cretona verde, y también un pedacito de madera y un par de esquirlas de piedra blanca. He mandado decir a mi cuñada que me lo traiga otra vez.

[Al cabo de unos días vino su cuñada a visitarla y trajo el paquetito. El Escritor lo abrió cuidadosamente en su casa; era del tamaño de una nuez grande. Separó unos de otros los restos de tela, que allí se encontraban apretujados, los estiró y los apretó bien lisos en un libro. El contenido del paquetito consistía en un pedazo de dos pulgadas cuadradas [unos 12 centímetros cuadrados] de tejido grueso de algodón color pardo rojizo oscuro, muy gastado, que en algunas lugares parecía rojo-violeta oscuro, así como tiras de dos dedos de largo y ancho de un tejido ligero y suelto como la muselina, color seda cruda, además de un trocito de madera y un par de esquirlas de piedrecita. Por la tarde, el Escritor mantuvo los pedazos de tela, envueltos en papel, ante los ojos de Ana Catalina, que no podía saber qué era, y que lo primero que dijo fue:]

—¿Qué debo hacer con este sobrecito?

[Pero enseguida, en el mismo instante en que tomó el sobrecito en su mano, dijo:]

Tienes que guardarlo muy bien y no perder ni un hilito. El tejido grueso que ahora parece marrón, en otros tiempos era rojo fuerte, una colcha poco más o menos tan grande como mi cuarto. Los servidores de los Reyes la extendieron en la Cueva del Pesebre y María se sentó encima con el Niño Jesús cuando los Reyes los incensaron. Después, la Santísima Virgen la tuvo siempre en la Cueva y también encima del burro cuando fueron al Templo a hacer la ofrenda.

El tejido ligero como de gasa es parte de un manto corto que consistía en tres franjas separadas, sujetas a un cuello, que flotaban y volaban por los hombros y la espalda; los Reyes los llevaban en las ceremonias como si fueran una estola. En los bordes tenían flecos y borlas. Los pedacitos de madera y las piedrecitas los han traído de la Tierra Prometida en época reciente.

[Estos días, en el curso de la serie de visiones sobre la predicación itinerante de Jesús, el 27 de enero del último trimestre de la vida de Jesús Ana Catalina vio que el Señor estaba con 17 discípulos en un albergue cerca de Bezorón, camino de Betania:]

Estaba enseñándoles su oficio. Celebraron el sabbat con él; y la lámpara estuvo encendida todo el día. Entre los discípulos hay uno nuevo que los acompaña desde Sicar; lo vi muy claramente porque uno de sus huesos tiene que estar entre mis reliquias; una escamita blanca y delgadita; su nombre suena como Silán o Filán; dentro tiene estas letras.

[Finalmente logró decir « Silvanus», y al cabo de un rato dijo:]

He visto otra vez los pedacitos de tela que tengo de los Reyes Magos. Tiene que

estar también allí una casita en la que hay, entre otras cosas, un poco de un manto del rey Mensor, un pedacito de colcha de seda roja que ponían en tiempos antiguos encima del Santo Sepulcro, y un pedacito de estola roja y blanca de un santo. Dentro veo también astillitas del discípulo Silvano.

[Después de una pausa en la que su espíritu se apartó de allí, Ana Catalina dijo:]

Ahora veo dónde está el paquetito, hace año y medio se lo di aquí a una mujer para que se lo colgara; lo lleva todavía. Quiero que le digan que por favor me lo devuelva. Se lo di a una mujer para que se lo pusiera para consolarla durante mi detención. ¡Tomó tanto interés por mí! Entonces no sabía exactamente su contenido; solo vi que relucía, que era sagrado y que había estado en contacto con la Madre de Dios.

Pero ahora que veo tan exactamente todo lo de los Reyes Magos, distingo bien todo lo que está cerca de mí que haya tenido relación con ellos, y por tanto también esas reliquias de tela. Pero he vuelto a olvidar dónde se encuentran muchas cosas.

[Unos días después, cuando la devolvieron la casita, Ana Catalina, que estaba enferma, se la dio al Escritor para que la abriera. En la habitación que hace de gabinete del dormitorio de Ana Catalina, el Escritor abrió el viejo paquetito, fuertemente cosido desde mucho tiempo atrás, y encontró dentro los siguientes objetos firmemente envueltos unos con otros:

1. Una cinta estrecha (como un dobladillo arrollado) de tejido de lana animal finísima, color natural, que al intentar extenderla se reveló quebradiza y delgadísima.

2. Dos pedacitos de tejido de algodón rizado, bastante fuerte, color azul Mahón, como de un dedo de largo por otro de ancho.

3. Una pulgada cuadrada de seda carmesí con dibujos.

4. Un cuarto de pulgada cuadrada de seda blanca y amarilla de uso litúrgico.

5. Una muestra pequeña de seda verde y marrón.

6. En el centro de todo, un papel estrujado con una piedrecita blanca del tamaño de un guisante.

El Escritor separó todos estos objetos en papeles sueltos excepto el número 6, que dejó en su antiguo papel. Cuando se acercó a ella, Ana Catalina, que no parecía estar en visión, estaba despierta, tosía y se quejaba de violentos dolores, pero dijo enseguida:]

—¿Qué tienes en estos sobres que están brillando, qué tesoros tenemos que valen más que un reino?

[Entonces tomó en su mano los distintos sobrecitos cerrados, cuyo contenido no podía saber, los palpó uno tras otro, guardó silencio unos instantes como en contemplación interior, y al devolverlos uno a uno dijo lo siguiente sobre su contenido sin equivocarse ni en uno solo, pues el Escritor los comprobaba enseguida abriendo cada sobrecito, que eran todos de la misma forma.

1. Esto es de un caftán de Mensor; es lana finísima. Este caftán solo tenía sisas, pero no mangas. De los hombros cuelga hasta medio brazo una franja de tela como si fuera media manga abierta. [Describió además exactamente la forma, tela y color de la reliquia].

2. Esto es un pedacito de manto que dejaron los Reyes. [También describió el estado de la reliquia.]

3. Este es un pedacito de una colcha gruesa de seda roja que en otros tiempos estuvo extendida en el suelo del Santo Sepulcro cuando los cristianos aún no poseían Jerusalén. Cuando los turcos conquistaron Jerusalén todavía estaba como nueva, y como los caballeros se lo repartían todo, se la repartieron y cada uno obtuvo un pedacito de recuerdo.

4. Esto es de una estola de un sacerdote santísimo; era de Alejo, un capuchino que

rezaba siempre junto al Santo Sepulcro. Los turcos le maltrataban mucho, metían los caballos en la iglesia y le pusieron una vieja turca delante del Santo Sepulcro donde rezaba, pero él no se dejó molestar. Finalmente le emparedaron allí y la mujer tenía que darle pan y agua por un agujero. Esto es lo que todavía se de lo mucho que he visto hace poco, cuando vi el paquetito y su contenido sin saber exactamente donde se encontraba.

5. Esto no es nada sagrado, pero sin embargo es muy venerable; está tomado de los bancos y asientos donde se sentaban los príncipes y caballeros en círculos en la iglesia del Santo Sepulcro. También se lo repartieron.

6. Aquí dentro hay una piedrecita de la capilla del Santo Sepulcro y aquí está también la astillita del discípulo Silvano de Sicar.

[Cuando el Escritor dijo que allí dentro no había ninguna astillita, ella le replicó:]

—Ve y búscala dentro.

[El Escritor fue enseguida por luz a la habitación contigua, abrió cuidadosamente el papel estrujado y encontró en un pliegue una astillita de hueso blanca y fina, de forma irregular y del grueso de media moneda de plata. Era exactamente tal como Ana Catalina la había descrito, y ella la reconoció enseguida. Todo esto pasó por la tarde en su cuarto, que estaba a oscuras, pues la luz estaba en la habitación de al lado.]

14
LA PURIFICACIÓN DE MARÍA Y LA OFRENDA DEL NIÑO

PURIFICACIÓN DE MARÍA

Se acercaba el cumplimiento de los días en que, según la Ley, la Santísima Virgen debía presentar su primogénito en el Templo y rescatarlo. Todo estaba listo para que la Sagrada Familia fuera primero al Templo y a continuación volviera a su casa de Nazaret.

La tarde del domingo 30 de diciembre dieron a los pastores todo lo que habían dejado los criados de la madre Ana. Las Cuevas del Pesebre, la cueva lateral y la Cueva de la Tumba de Maraha estaban ahora completamente despejadas y barridas; José las había vuelto a dejar perfectamente limpias.

La noche del domingo al lunes 31 de diciembre vi que José y María volvieron a visitar la Cueva del Pesebre con el niñito para despedirse del lugar. Primero extendieron la alfombra de los Reyes en el lugar del nacimiento de Jesús y luego pusieron al niño encima y rezaron junto a él. Finalmente, pusieron al niño donde fue la circuncisión y también rezaron allí de rodillas.

Al romper el alba del lunes 31 de diciembre vi a la Santísima Virgen sentada en el asno, al que el viejo pastor había preparado delante de la cueva para salir de viaje. José tuvo el niño hasta que María estuvo cómodamente sentada, y luego se lo puso en el regazo.

Sentada en la silla del asno, la Santísima Virgen tenía los pies metidos en el estribo, algo levantados y vueltos a la parte trasera del animal. Contemplaba dichosa al niño que llevaba envuelto en su amplio velo en el regazo. En el burro solamente llevaban un par de mantas y hatillos, y María iba sentada entre ellos.

Los pastores se despidieron muy emocionados y los condujeron al camino, que no era el que trajeron al venir, sino que rodeaba el costado oriental de Belén, entre la loma del Pesebre y la Cueva de la Tumba de Maraha. No los vio nadie.

[30 de enero:]

El día de hoy los he visto hacer muy despacio el corto trecho que hay de Belén a Jerusalén, pues han tenido que parar muchas veces. A mediodía los he visto descansar en los bancos que rodean una fuente cubierta con un tejadillo. Un par de mujeres se acercaron a la Santísima Virgen y la trajeron panecillos y jarritas de bálsamo.

Las ofrendas de la Santísima Virgen al Templo iban en una cesta colgada del burro. La cesta tenía tres compartimentos, dos de los cuales estaban forrados por dentro con algo y contenían fruta; el tercero era una jaula abierta en la que se veían dos pichones.

A eso del atardecer los vi junto a un gran albergue en las afueras de Jerusalén, a cosa de un cuarto de hora de la ciudad. Entraron en una casita cuyos patrones eran un matrimonio anciano sin hijos que los recibió con inmenso cariño.

Ahora sé por qué confundí ayer a los criados de Ana con la gente del albergue de Jerusalén; y es que en su viaje de vuelta los vi entrar aquí y hablar con esta buena gente para encargar alojamiento para la Santísima Virgen. Eran esenios emparentados con Juana Cusa; el hombre hacía de jardinero, podaba los setos y estaba encargado de algo del camino.

[1.° de febrero:]

Hoy he visto todo el día a la Sagrada Familia delante de Jerusalén, en casa de los ancianos posaderos. La Santísima Virgen pasaba la mayor parte del tiempo sola en un cuarto, con el niño tumbado sobre un tapiz en una repisa de la pared. La Santísima Virgen está siempre en oración y parece estar preparándose para la ofrenda. Con este motivo tuve algunos avisos interiores de cómo debe prepararse uno para recibir el Santísimo Sacramento.

En el cuarto aparecieron muchos ángeles a adorar al Niño Jesús; no sé si la Santísima Virgen los vio también, pero creo que sí, pues la vi muy recogida. Las buenas gentes del albergue hacían todo por amor a la Santísima Virgen; tienen que haber tenido algún presentimiento de la santidad del niñito Jesús.

Al anochecer, a eso de las siete de la tarde tuve una visión del viejo Simeón, un hombre delgado y muy viejo con la barba corta. Era un sacerdote ordinario con mujer y tres hijos mayores, de los cuales el más joven tendría ya 20 años.

Vi también que Simeón, que vive pegado al Templo, entró por un pasadizo estrecho y oscuro del muro del Templo a una celdilla abovedada en el interior del grueso muro, que estaba vacía pero tenía una abertura por la que se ve abajo el interior del Templo. El viejo Simeón se arrodilló allí y se quedó arrobado.

Entonces se le apareció un ángel que le avisó que mañana temprano estuviese atento al primer niñito que ofrecieran, porque ése sería el Mesías que había anhelado tanto tiempo, y que él, Simeón, moriría poco después de verlo. Lo vi todo muy bonito; el espacio estaba completamente iluminado y el santo anciano resplandecía de alegría.

A continuación volvió a su casa y le contó muy contento a su mujer lo que le habían anunciado. Cuando su mujer se fue a descansar, Simeón se puso a rezar otra vez. Nunca he visto que los israelitas piadosos de entonces ni sus sacerdotes, se movieran al orar tan exageradamente como los judíos actuales. Pero sí que los he visto flagelarse.

También vi que la profetisa Hanna, cuando rezaba en su celda del Templo, tuvo una visión relativa a la presentación del Niño Jesús en el Templo.

[2 de febrero:]

Hoy por la mañana, cuando todavía estaba oscuro, vi que la Sagrada Familia acompañada de los posaderos salió del albergue con la cesta de las ofrendas y el asno cargado para viaje, y se encaminaron al Templo de Jerusalén, donde entraron en un patio sin muros.

Mientras José y el del albergue instalaban el asno en un cobertizo, la Santísima Virgen y el niño fueron recibidos amistosamente por una anciana que los condujo bastante más al interior del Templo por un pasillo cubierto. Llevaban una luz pues todavía estaba oscuro.

Justo en este pasillo salió al encuentro de la Santísima Virgen el anciano sacerdote Simeón, lleno de esperanza. Habló con ella unas pocas palabras jubilosas, y luego tomó al Niño Jesús y lo apretó contra su pecho, tras lo cual se apresuró a volver a otra parte del interior del Templo. El anuncio que le hizo ayer el ángel le había puesto tan ansioso de ver al Niño de la Promesa por el que había suspirado tanto tiempo, que había salido a esperar allí la llegada de las mujeres. Simeón llevaba puesto un traje largo como los sacerdotes que no están de servicio. Lo he visto muchas veces en el Templo y siempre como un sacerdote que no era del rango superior. Solo sobresalía por su gran piedad, sencillez e ilustración.

Su guía llevó a la Santísima Virgen al interior del atrio del Templo donde se hacían las ofrendas, y aquí la recibieron Hanna y Noemí, sus antiguas profesoras que vivían en esta parte del Templo. Simeón salió otra vez del Templo al encuentro de la Santísima

Virgen, que llevaba al niño en brazos, para llevarla al lugar donde solía hacerse el rescate de los primogénitos. José le entregó a Hanna la cesta de las ofrendas, y ésta a la Santísima Virgen que la seguía junto a Noemí. Las palomas estaban en la parte de abajo de la cesta, y encima estaba el recipiente de las frutas. José salió por otra puerta al sitio donde estaban los hombres.

En el Templo ya sabían que vendrían mujeres a hacer ofrendas, pues lo tenían todo preparado. El espacio donde se celebró la ceremonia era tan grande como la iglesia parroquial de aquí, de Dülmen. En las paredes todo alrededor ardían muchas lámparas que siempre formaban una pirámide. Las llamitas salían del extremo de un tubo curvado que terminaba en un aro dorado que brillaba casi tanto como la llamita. Del aro colgaba un apagador unido con un resorte; levantándolo en alto, apagaba la luz sin dar mal olor y se podía quitar de nuevo para encender.

Delante de una especie de altar, de cuyas cuatro esquinas salían como cuernos, varios sacerdotes habían sacado un cofre rectangular y alargado, cuyas puertas, abiertas y sacadas todavía más, formaban el soporte de una mesa bastante espaciosa sobre la que pusieron una gran bandeja que acto seguido recubrieron con un tapete rojo y encima de él otro blanco que colgaba hasta el suelo todo alrededor.

En las cuatro esquinas de esta mesa pusieron lámparas encendidas que tenían varios brazos, y en el centro de la mesa dos platitos ovales con dos cestitas en torno a un moisés alargado. Todas estas cosas las sacaron de los compartimentos del cofre, así como vestiduras sacerdotales, que pusieron encima del otro altar fijo. La mesa de ofrendas que habían instalado estaba rodeada por una verja. A ambos lados de este espacio del Templo había asientos, unos más altos que otros, en los que rezaban los sacerdotes.

Entonces se acercó Simeón con la Santísima Virgen, que llevaba en brazos al Niño Jesús dormido y metido en una envuelta azul celeste. Pasaron la verja y Simeón la llevó a la mesa de ofrendas, donde María metió al niñito en el moisés. En ese instante vi que una luz indecible llenó el Templo. En ella estaba Dios, y vi sobre el niño el cielo abierto hasta el trono de la Santísima Trinidad. Entonces Simeón volvió a llevar a la Santísima Virgen al recinto enrejado donde estaban las mujeres. María vestía un traje fino azul celeste, un velo blanco, y estaba completamente envuelta en un largo manto amarillento.

A continuación, Simeón se acercó al altar fijo donde habían puesto las vestiduras sacerdotales, y él y los otros tres sacerdotes se revistieron mutuamente para la ceremonia. Llevaban al brazo una especie de escudo pequeño y se cubrían la cabeza con una gorra partida. Uno de ellos se puso detrás de la mesa de ofrendas, otro delante, y los otros dos, junto a los lados estrechos de la mesa, y rezaron sobre el niño.

Entonces Hanna se acercó a María, la entregó la cesta de las ofrendas que contenía dos cestitas con uvas y frutas una encima de otra y la llevó hasta la verja, delante de la mesa de ofrendas, donde se pararon ambas.

Simeón, que estaba delante de la mesa, abrió la verja y llevó a María delante de la mesa, donde depositó su ofrenda. Pusieron las frutas en una de las bandejitas, y las monedas en la otra; los pichones se quedaron en la cesta[1].

La Santísima Virgen ofrendó el Niño Jesús solo 39 días después de su nacimiento. A causa de una fiesta tuvo que esperar en la posada de aquella buena gente delante de la Puerta de Belén. Además de las palomas de costumbre, ofrendó también cinco plaquitas triangulares de oro de los regalos de los Reyes, y regaló al Templo varias piezas de telas finas para bordar.

Antes de dejar Belén, José vendió a su primo la borriquilla que le había empeñado

el 30 de diciembre. Siempre pienso que la burra en la que Jesús entró en Jerusalén el Domingo de Ramos procedía de este animal.

Simeón y María esperaron quietos de pie ante el altar de las ofrendas, y el sacerdote que estaba detrás del altar sacó con sus manos al Niño Jesús del moisés, lo alzó hacia distintas partes del Templo y rezó largo rato. Acto seguido dio el niño a Simeón, que lo devolvió a los brazos de María y rezó sobre él y sobre María oraciones de un rollo que estaba junto a él en un atril.

Luego Simeón condujo otra vez a la Santísima Virgen delante de la balaustrada, desde la que Hanna la llevó al lugar de la mujeres detrás de las verjas, donde entretanto se habían reunido una veintena de mujeres con sus niños primogénitos. José y los demás hombres estaban bastante lejos, en el lugar de los hombres.

Entonces, los sacerdotes empezaron arriba el oficio divino con incienso y rezos en el altar permanente, y los que estaban en los asientos lo hacían con algunos movimientos, pero no tan violentos como los judíos actuales.

Cuando la ceremonia llegó a su fin, Simeón fue al lugar donde María esperaba de pie, recibió en sus brazos al Niño Jesús que ella le dio, y completamente arrobado de alegría, habló en voz alta sobre el niño mucho tiempo. Alabó a Dios que había cumplido la Promesa, y dijo entre otras cosas:

—¡Señor!, Ahora deja que tu siervo parta en paz según tu palabra, pues mis ojos han visto tu salvación que Tú has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para ilustración de los héroes y gloria de tu pueblo de Israel.

Después de la ofrenda, José se acercó más, y escuchó lleno de respeto junto a María las inspiradas palabras de Simeón, que los bendijo a ambos y dijo a María:

—Mira, éste está puesto en Israel para caída y resurrección de muchos y será signo de contradicción. Pero una espada traspasará tu propia alma, para que se manifiesten los corazones de muchos.

Cuando las palabras de Simeón llegaron a su fin, Hanna también quedó inspirada y habló en voz alta mucho tiempo sobre el Niño Jesús y alabó a su madre por bienaventurada.

Vi que los presentes escuchaban todo esto con emoción pero sin turbarse lo más mínimo; incluso los sacerdotes parecían oír algo. Era como si esta oración inspirada y en voz alta no fuera totalmente inusual sino una cosa que pasaba con mucha frecuencia y así tuviera que ser. Sin embargo, vi muy emocionados los corazones de todos los presentes; todos expresaban gran respeto al niño y a la madre, ¡María lucía como una rosa celestial!

Aparentemente, la Sagrada Familia había presentado la ofrenda de los más pobres, pero San José dio a Hanna y al anciano Simeón muchas piececitas triangulares amarillas, para que las aplicasen sobre todo a las doncellas pobres que se educaban en el Templo y no podían procurarse los costes.

Acto seguido vi que Hanna y Noemí sacaron a la Santísima Virgen y el niño al patio donde la habían recogido y allí se despidieron unas de otras. José ya estaba aquí con el matrimonio de la posada, y como había traído el asno, María montó en él con el niño y así salieron del Templo enseguida y emprendieron viaje a Nazaret a través de Jerusalén.

No he visto la ofrenda de los demás primogénitos que estaban hoy presentes, sin embargo he sentido que todos recibieron una gracia especial y que muchos de ellos murieron con los Niños Inocentes.

La ofrenda debió terminar a eso de las nueve porque alrededor de esa hora es cuando vi salir a la Sagrada Familia. Este día viajaron a Bezorón, donde pernoctaron en la misma casa donde la Santísima Virgen tuvo su último alojamiento cuando la llevaron al

Templo hace trece años. El habitante de esta casa me parece que es maestro de escuela. Aquí los esperaban los que Ana había enviado para recogerlos. Esta vez viajaron mucho más directos a Nazaret que cuando fueron a Belén, porque en aquella ocasión evitaron todos los pueblos y solo entraron en casas aisladas.

José había dejado empeñada en sus parientes la borriquilla que le indicó el camino durante el viaje a Belén, pues seguía pensando en volver a Belén y hacerse una casa de madera en el Valle de los Pastores. Lo había hablado con los pastores y les había dicho que llevaría a María con su madre solo una temporada para que pudiera reponerse bien de aquellos incómodos alojamientos, y por eso había dejado allí muchas cosas con los pastores.

José tenía una clase rara de dinero que me parece había recibido de los Reyes Magos. Su traje tenía por dentro una especie de bolsa en que llevaba cierta cantidad de hojitas amarillas, brillantes y muy delgadas, arrolladas unas encima de otras, con la forma de una cédula de cumplimiento pascual con las esquinas redondeadas y algo inscrito en ellas. Los denarios de plata de Judas eran más gruesos y tenían forma de lengua; los denarios enteros estaban redondeados por ambos extremos, y los medios denarios, solo por uno.

OJEADA AL VIAJE DE RETORNO DE LOS REYES MAGOS

Estos días vi que los Reyes Magos se habían reunido todos al lado de allá de un río. Hicieron un día de descanso y celebraron una fiesta. El lugar consistía en una caserón y varias casitas más pequeñas. Viajaban entre el camino del que se habían apartado y la dirección por la que Jesús volvió a su patria de Egipto después del tercer año de predicación.

Al principio los Reyes viajaban muy deprisa, pero después que salieron de este lugar de descanso fueron ya mucho más despacio. Yo veía siempre como si un joven resplandeciente fuera delante de la caravana que a veces también les hablaba. Dejaron Ur a la derecha.

LA MUERTE DE SIMEÓN

[3 de enero:]

Simeón tenía mujer y tres hijos, de los cuales el mayor tenía ahora más de cuarenta años y el más joven unos veinte. Los tres servían en el Templo, y en años posteriores fueron siempre amigos secretos de Jesús y de sus allegados. Fueron discípulos del Señor, unos antes de la muerte de Jesús y otros después de su Resurrección. En la última Pascua, uno de ellos preparó el cordero pascual para Jesús y los apóstoles. Sin embargo, no estoy segura si todos estos no eran tal vez nietos de Simeón. Los hijos de Simeón hicieron mucho por los amigos del Señor después de la Ascensión, en la época de las primeras persecuciones.

Simeón estaba emparentado con Serafia, la que recibió el nombre de Verónica, a través de Zacarías, padre de ésta.

Ayer, cuando Simeón volvió a casa tras profetizar en la ofrenda de Jesús, cayó enfermo inmediatamente, pero a pesar de ello habló con mucha alegría con su mujer y sus hijos; les habló, con gran seriedad y conmovedora alegría, de la Salvación que había venido a Israel, y de todo lo que el ángel le había anunciado. Luego le vi morir tranquilamente. La familia tuvo un sereno duelo. En ese momento estaban en torno a él muchos viejos

sacerdotes y judíos que rezaban.

Llevaron a continuación su cuerpo a otra sala, lo pusieron sobre una tabla agujereada y allí encima lo lavaron con esponjas, por debajo de una colcha que sostenían encima para que sus ojos nunca lo vieran desnudo. El agua pasaba a través de la tabla a una palangana de cobre que había debajo. Luego le pusieron encima grandes hojas verdes, lo rodearon de ramitos de hierbas finas, lo cubrieron con un gran lienzo y lo envolvieron con vendas largas igual que se faja a un bebé. Su cuerpo se quedó entonces tan quieto y tieso que casi creí que lo habían envuelto con la tabla.

Lo enterraron al anochecer. Seis hombres con luces lo llevaban sobre una tabla que tenía en cierto modo la forma de un cadáver, pero que tenía por sus cuatro lados un pequeño reborde vertical, ligeramente arqueado de modo que en las cuatro esquinas era más bajo, y en el centro más alto que en los costados. El cadáver amortajado yacía encima de esta tabla sin otra cubierta. Tanto los que lo llevaban como el séquito iban más deprisa que en nuestros entierros. La cueva sepulcral estaba en una colina, no muy lejos del paraje del Templo; por fuera formaba una pequeña colina con una puerta inclinada pero por dentro estaba revestido de albañilería de una forma especial, con ese tipo de labor, solo que más ruda, que he visto hacer a San Benito en su primer monasterio[2].

Las paredes estaban adornadas con toda clase de dibujos de estrellas y flores hechos con piedras de colores, como en la celda de la Santísima Virgen en el Templo. En la cuevecita en cuyo centro depositaron el cadáver solo había sitio para pasar alrededor del cadáver. En el entierro siguieron además otras costumbres, pues solían poner a los muertos toda clase de cosas: monedas, piedrecitas y creo que también comida; ya no lo sé exactamente.

LLEGADA DE LA SAGRADA FAMILIA A CASA DE ANA

La Sagrada Familia llegó al anochecer a la casa donde vive Ana, a cosa de media hora de Nazaret en dirección al Valle de Zabulón, y allí celebraron una pequeña fiesta de familia del estilo de la despedida de María para ir al Templo. La lámpara ardía sobre la mesa. Joaquín no vivía ya, y el amo de casa era el segundo marido de Ana. La hija mayor de Ana, María de Helí, había venido de visita.

Descargaron el asno pues querían quedarse aquí una temporada. Todos estaban contentísimos con el Niño Jesús, pero era una alegría íntima y tranquila; a toda esta gente nunca la he visto mucha pasión. También estaban presentes algunos sacerdotes ancianos. Tuvieron una pequeña comida, pero como siempre, las mujeres comieron separadas de los hombres.

[Unos días después:]

Vi que la Sagrada Familia todavía estaba en casa de Ana. Allí hay varias mujeres: la hija mayor de Ana, María de Helí, junto con su hija María Cleofás; una mujer de la aldea de Isabel, y la criada que estuvo con María en Belén. Después de la muerte de su marido, que no había sido bueno, esta criada ya no quiso volverse a casar y se fue con Isabel a Juta y allí la conoció María cuando fue a visitar a Isabel antes del nacimiento de Juan. Desde allí esta viuda se ha venido con Ana.

Hoy he visto que José empacaba muchas cosas en casa de Ana, las cargaba y echaba a andar con la criada hacia Nazaret, seguido de dos o tres burros.

ORACIÓN

De lo que vi hoy en casa de Santa Ana me acuerdo de todo pero no en detalle, pero tengo que haberme sentido intensamente allí, pues hice unas oraciones que quizá ahora ya no entienda del todo. Antes de llegar a casa de Ana, estuve en espíritu con una matrimonio joven que alimentaba a su anciana madre, ahora están enfermos los dos y si no se ponen buenos otra vez, su madre decaerá totalmente. Conozco a esta pobre familia pero hace mucho que no he oído de ellos. En estos casos de necesidad desesperada llamo a la Santa Madre [Ana] y como hoy estaba en un cuadro en su casa, vi que aunque ya están cayendo las hojas de los árboles del jardín, todavía tenían muchas peras, ciruelas y otras frutas. De camino pude recogerlas y se las llevé al matrimonio enfermo, que se curó con ellas.

Después tuve que dar a muchas pobres ánimas de aquí, conocidas y desconocidas, para que se refrescaran con ellas. Estas frutas probablemente significaban gracias por intercesión de Santa Ana. Temo que para mí estas frutas vuelvan a significarme muchos dolores y padecimientos, pues en estos cuadros en que recojo frutas en el jardín de un santo siempre he comprobado que luego tengo que pagarlas. No sé exactamente por qué recogí estos frutos del jardín de Santa Ana; tal vez porque estas almas y estos seres humanos sean ahijados de Santa Ana y tenga que ganar para ellos los frutos de gracia de su jardín, o tal vez porque Santa Ana es la santa protectora de las circunstancias desesperadas, como siempre he reconocido después de esto.

SOBRE EL TIEMPO EN LA TIERRA PROMETIDA

[A la pregunta de cómo veía el tiempo en Palestina en esta época del año, replicó:]

Siempre me olvido de decirlo porque lo noto de modo tan natural que siempre pienso que tiene que saberlo todo el mundo. Veo muchas nieblas y lluvias y de vez en cuando un poco de nieve que, sin embargo, se funde enseguida.

Muchas veces veo árboles sin hojas de los que todavía cuelgan frutas. Veo varias cosechas al año; ellos ya están cosechando cuando nosotros todavía estamos en primavera. Ahora en invierno veo que la gente va envuelta por el camino y llevan el manto por encima de la cabeza.

[A las 6:]

Hoy después de mediodía vi a la Santísima Virgen acompañada de su madre que llevaba al niñito Jesús, de la casa de Ana a la de José en Nazaret. El camino es muy agradable, una media hora entre colinas y huertos. Desde su vivienda, Ana envía los víveres a María y José en Nazaret. ¡Qué conmovedora es la Sagrada Familia! María es como una madre, y al mismo tiempo la criada más subordinada del santo niño y la sirvienta de San José. José es para ella el más fiel amigo y el servidor más humilde. ¡Es tan emocionante cuando la Santísima Virgen le da la vuelta o cambia al niñito Jesús como a un niño desvalido! Cuando luego veo que Jesús es el Dios misericordioso que ha creado el Universo y que por amor se deja volver y cambiar ¡qué horrible resulta el ánimo duro y terco de las personas frías, disimuladas e hipócritas!

PURIFICACIÓN DE MARÍA. CANDELARIA. CUADRO DE LA FIESTA DE LA IGLESIA

La fiesta de la Candelaria se me mostró con una gran representación difícil de explicar y que no soy capaz de volver a narrar por completo, pero lo que todavía se de ella lo he visto pasar en este cuadro.

Vi una fiesta en esa iglesia transparente que flota sobre la Tierra, que es como en general me presentan la Iglesia Católica cuando debo contemplar la Iglesia en cuanto

Iglesia y no ésta o aquélla iglesia local; y la vi llena de coros de ángeles que rodeaban a la Santísima Trinidad. Entonces vi a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad en cuanto hombre, hecho Niño Jesús, que debía ser ofrecido y rescatado en el Templo, pero lo vi a la vez presente en la Santísima Trinidad. Así me había pasado hace poco, que yo creía que el Niño Jesús estaba sentado conmigo y me consolaba, y a la vez lo veía en la Santísima Trinidad.

Lo que vi propiamente fue la aparición de la Palabra hecha hombre, el mismo Niño Jesús junto a mí, unido como por una vía de luz al cuadro de la Santísima Trinidad, y no puedo decir que no estaba allí sino junto a mí, pero tampoco puedo decir que no estuviera a mi lado, porque estaba allí. Pero con todo, en el instante en que sentí vivamente al Niño Jesús junto a mí, vi la metáfora bajo la cual me mostraban la Santísima Trinidad de forma distinta a como luego me la presentaron en el cuadro de costumbre de la Divinidad.

Vi aparecer un altar en medio de la iglesia. No era un altar como en nuestras iglesias de ahora, sino un altar en general, y encima de él un arbolito con anchas hojas colgantes de la misma especie que el árbol del pecado original del Paraíso.

A continuación vi como si delante del altar saliera de la Tierra la Santísima Virgen con el Niño Jesús en brazos, y ante ella, el árbol del altar se inclinó, cayó y se marchitó.

Y entonces vi que se acercó a María un ángel grande con traje sacerdotal que solo tenía un anillo en torno a la cabeza. Ella le dio el niño, él lo puso en el altar, y en ese mismo instante vi que el niño ofrecido pasaba al cuadro de la Santísima Trinidad, que ahora vi ahora en su forma habitual.

El ángel le dio a la Madre de Dios una bola pequeña y clara encima de la cual estaba una figura como de un niño envuelto en pañales; y con este don, María flotaba sobre el altar y entonces vi que de todas partes vinieron a ella muchos pobres con luces, y ella daba todas las luces al niño que estaba encima de la bola, en la que entraron inmediatamente todas las luces. Y entonces las vi convertirse en una gran luz que todo lo iluminaba, vi una gloria sobre María y el Niño.

María había tendido su amplio manto sobre la Tierra. Y entonces el cuadro entró en una festividad.

Creo que lo de marchitarse el Árbol del Conocimiento con la aparición de María, y el traslado a la Santísima Trinidad del niño ofrendado sobre el altar sería un símbolo de la reunificación con Dios de los seres humanos. Por eso vi también que todas las lucecillas dispersas se entregaban a la Madre de Dios y que ésta se las pasaba al Niño Jesús, que es la luz que ilumina a todos los hombres y que rehace con las luces dispersas una sola luz que ilumina el mundo, simbolizado tanto por la bola como por el globo imperial. Las luces ofrecidas designaban la consagración de la luz en la fiesta de hoy.

15
LA HUIDA A EGIPTO. PREPARATIVOS PARA LA MATANZA DE LOS INOCENTES

LA HUIDA A EGIPTO

[Introducción: El sábado 10 de febrero de 1821 la enferma estuvo contrariada por preocupaciones temporales a causa de una vivienda, pero en cuanto se durmió, se despertó enseguida completamente consolada y dijo que un fiel amigo suyo, un viejo y piadoso sacerdote muerto hace poco, había estado con ella y la había consolado:]

—¡Qué sabio es ese hombre! Ahora puede hablar y me ha dicho: « No te preocupes por ninguna vivienda para ti; preocúpate de que tu interior, donde recibes al Señor Jesús cuando se aloja en ti, esté puro y adornado. Cuando José llegó a Belén, no buscó vivienda para sí sino para Jesús, y barrió la cueva hasta dejarla limpia y bonita».

[Ana Catalina comunicó también otras contemplaciones parecidas y también muy profundas que la había dicho aquel amigo suyo, muy propias de un hombre que conocía bien su carácter. También mencionó que había dicho:]

—Cuando el ángel ordenó a San José que huyera a Egipto con Jesús y María, José no se preocupó de ninguna vivienda, sino que emigró obedientemente.

[Como el año anterior por esta misma época Ana Catalina había visto algo de la huida a Egipto, el Escritor supuso que este era otra vez el caso y la preguntó: « ¿Entonces, es que José ha huido hoy a Egipto?», a lo que ella replicó con voz clara y precisa:]

—No, el día que huyó José cayó en 29 de febrero.

EDAD DEL NIÑO JESÚS CUANDO LA HUIDA A EGIPTO

[Desgraciadamente no hubo oportunidad de sacárselo con precisión porque durante estas comunicaciones estuvo muy enferma, pero una vez dijo:]

El niño puede que tenga más de un año; en un descanso del viaje lo he visto jugar alrededor de un balsamero; a veces sus padres también le hacían andar un ratito.

[En otra ocasión Ana Catalina creyó entender que Jesús tenía nueve meses. El lector puede estimar la edad de Jesús por otras circunstancias del relato, y en especial por su relación con la edad del pequeño Juan, lo que hace más probable admitir nueve meses para la edad de Jesús.]

NAZARET. CASA DONDE VIVE LA SAGRADA FAMILIA. MARÍA TEJE CAMISITAS PARA EL NIÑO. JOSÉ HACE ZARZOS

[Sábado, 25 de febrero:]

Vi que la Santísima Virgen hacía túnicas pequeñas de punto o con ganchillo. Tenía a su derecha un ovillo de lana sujeto junto a la cadera y en las manos, según creo, dos palitos de hueso con un ganchito en su extremo; uno de medio codo de largo y el otro más corto. Más allá del gancho, los palillos tenían una prolongación donde iban anudándose los hilos y se iba formando la malla, dejando lo que ya estaba tejido colgando entre los dos palillos. La Santísima Virgen trabajaba así de pie o sentada junto al Niño Jesús acostado en una cesta.

Arriba en las habitaciones, San José trenzaba biombos, cañizos y grandes

superficies de zarzo con tiras de corteza verdes, amarillas y castañas. Tenía un almacén de mamparos de este tipo amontonados unos sobre otros en un cobertizo junto a la casa. En los zarzos tejía estrellas, corazones y símbolos de toda clase. Pensé con muchísima compasión que José ni siquiera podía imaginar que pronto tendría que huir a Egipto.

La madre Ana venía de visita casi todos los días desde su casa, que estaba casi a una hora.

[Domingo, 25 de febrero:]

Di un vistazo a Jerusalén y vi que Herodes mandó llamar a muchos hombres, como cuando reclutan soldados entre nosotros. Los hombres iban a un gran patio y recibían ropa y armas. En un brazo llevaban como una media luna [¿una rodela?], y tenían venablos y sables cortos parecidos a machetes. Llevaban yelmos y muchos también cordones en las piernas. Esto tiene que tener relación con la matanza de niños. Herodes tenía el ánimo muy inquieto.

JERUSALÉN. PREPARATIVOS DE HERODES PARA LA MATANZA DE NIÑOS

[Lunes 26 de febrero:]

Veo a Herodes cada vez más inquieto; está exactamente igual que cuando los Reyes Magos le preguntaron por el rey recién nacido. Vi que se aconsejó con distintos ancianos doctores de la Escritura, que llevaban rollos de pergamino sujetos a varas y los leían.

Vi también que los soldados que anteayer se pusieron por primera vez el uniforme los han enviado a distintos lugares de los contornos de Jerusalén, de donde más adelante las madres tuvieron que llevar sus niños a Jerusalén sin saber que los matarían, para que el rumor de la crueldad no levantara ningún motín.

JERUSALÉN

[Herodes pone soldados en diversos lugares de la comarca.]

[Martes, 27 de febrero:]

Hoy vi que los soldados de Herodes que ayer salieron de Jerusalén habían llegado a tres lugares: Hebrón, Belén, y un tercer lugar cuyo nombre he olvidado pero que está entre estos dos y el Mar Muerto.

Los habitantes se sobresaltaron porque no sabían absolutamente nada de por qué venían los soldados a su pueblo. Pero Herodes era astuto y mandó no hacerse notar y buscar sigilosamente a Jesús. Los soldados se quedaron largo tiempo en estos lugares, y como Herodes no pudo averiguar nada del niño recién nacido de Belén, mandó asesinar a todos los menores de dos años.

PERSONAL. ACTIVIDAD EN ORACIÓN EN LA ÉPOCA DEL ASESINATO DE LOS NIÑOS INOCENTES

[Martes, 27 de febrero:]

[En el crepúsculo vespertino de hoy, la enferma se durmió y al cabo de unos minutos dijo con gran alegría y sin ningún estímulo exterior:]

—Mil gracias sean dadas a Dios. He llegado bien, ¡qué bien que ya estoy aquí! El pobre niño se ha salvado; recé para que ella tuviera que besarlo y bendecirlo, así ya no podía tirarlo al pantano.

[Ante esta repentina exclamación, el Escritor la preguntó:—¿Quién?—y ella prosiguió:]

—No muy lejos de aquí, una jovencita a la que habían seducido quería ahogar a su recién nacido. Estos días he implorado apremiantemente a Dios que no ningún pobre niño inocente muriera sin bautismo y bendición; y rezaba así porque se acerca la época del año del martirio de los Niños Inocentes. Yo le conjuraba a mi querido Dios por la sangre de estos niños que fueron sus primeros testigos de sangre. Hay que aprovechar el tiempo, y cada año, cuando florecen estas rositas en el jardín de la Iglesia celestial, hay que recogerlas para la Tierra. Dios me ha oído siempre y he podido ayudar a la madre y a su niño. Quizá vea a ese niño en alguna ocasión.

[Esto es lo que exclamó inmediatamente después de su visión, o por mejor decir, después que estuvo actuando en espíritu. A la mañana siguiente contó:]

—Mi guía me llevó rápidamente a M.; vi a la muchacha seducida, pienso que en las afueras de M.; el paraje me parece que está a la izquierda del camino de T. a K. Su niño había venido al mundo detrás de un arbusto y ella se acercó con él a un pantano profundo donde flota una sustancia muy verde; llevaba al niño en el delantal y quería tirarlo al agua. Cerca de ella vi una figura grande y oscura que despedía de sí una luz repugnante; pienso que era el enemigo malo. Yo recé insistentemente de todo corazón, y vi que la figura oscura se debilitaba; entonces ella tomó su niño y lo besó una vez más. En cuanto lo hizo, ya no fue capaz de ahogarlo, se derrumbó y lloró amargamente sin consuelo. La consolé y la di el pensamiento de ir a su confesor a implorarle ayuda. Ella no me vio, pero su ángel de la guarda se lo dijo. Creo que es de clase media y que no tiene aquí a sus padres.

NAZARET. ANA Y SU CRIADA TRAEN VÍVERES A LA SAGRADA FAMILIA

[Martes, 27 de febrero:]

Hoy vi que la madre Santa Ana fue a Nazaret con aquella pariente suya que dejó en Belén con la Santísima Virgen después del nacimiento de Cristo. La criada llevaba un hatillo al costado, una cesta en la cabeza y otra en la mano; eran cestas redondas, una de las cuales dejaba ver aves dentro. Llevaban víveres a María, pues ésta no llevaba su casa sino que Ana se ocupaba de todo.

NAZARET. UN VISTAZO A LA VIDA HOGAREÑA DE LAS SANTAS MUJERES. ORACIÓN EN COMÚN

[Miércoles 27 de febrero:]

Hoy al anochecer vi a la madre Santa Ana y a sus hijas mayores con la Santísima Virgen. María Helí tenía con ella a su nieto, el hijo mayor de su hija María Cleofás, un chiquillo robusto de cuatro o cinco años. José había ido a casa de Ana.

Cuando las veía sentadas juntas, hablando en confianza, jugando con el Niño Jesús, apretándolo contra el pecho y teniendo a sus niños en brazos, pensaba una vez más que las mujeres son siempre iguales, pues todo era exactamente igual que en nuestros días.

María Helí vivía en un pueblecito a unas tres horas a oriente de Nazaret. Su casa era casi tan buena como la de Ana; tenía un patio vallado con una bomba de agua dentro; si uno pisaba algo abajo, salía por arriba un surtidor de agua que caía sobre una taza de piedra. Su marido se llamaba Cleofás, y su hija mayor, María Cleofás, estaba casada con Alfeo y vivía en el otro extremo del pueblo.

Las vi rezar al anochecer; estaban de pie frente a una mesita adosada a la pared revestida de rojo y blanco; la mesa tenía encima un rollo que la Santísima Virgen enrolló y sujetó en la pared; el rollo tenía bordada una figura con colores pálidos, parecida a un

muerto envuelto en un largo manto blanco, como un muñeco de trapo. Tenía el manto echado por la cabeza y la figura tenía algo en brazos; en torno a los brazos, el manto estaba más abultado. Ya había visto yo esta figura en la fiesta en casa de Ana, cuando llevaron al Templo a la Santísima Virgen. Entonces me recordó a Melquisedec y era como si tuviera un cáliz en el brazo; en otra ocasión pensé que representaba a Moisés.

Mientras rezaban tenían cerca una lámpara encendida; María estaba de pie delante de Ana, y su hermana junto a ella. Cruzaban las manos sobre el pecho, las juntaban y las separaban. María leía un rollo que tenía delante que enrollaba de vez en cuando. Rezaban con un tono y un ritmo que me recordaban al convento.

NAZARET. EL ÁNGEL DESPIERTA A JOSÉ PARA QUE HUYA

[Aprestos para salir de viaje. Despedida de las santas mujeres. Comienzo de la huida a Egipto.]

[Desde la noche del jueves 1 de marzo a la mañana del viernes 2 de marzo:]

Se han ido; los he visto salir de viaje. Ayer jueves, José volvió temprano de casa de Ana; Ana y su hija mayor todavía estaban aquí en Nazaret.

Apenas se habían ido todos a dormir, cuando el ángel avisó a José. María y el Niño Jesús tenían su cuarto a la derecha del hogar; Ana a la izquierda; y la hija mayor, entre la de su madre y la de José. Las habitaciones eran solo celdas contiguas hechas con mamparos de zarzo y por arriba estaban cubiertas parcialmente también con cañizos. El lecho de María estaba separado de la habitación además por una cortina o biombo. El Niño Jesús estaba acostado en una alfombra a sus pies, y si María se incorporaba, podía cogerlo en brazos.

Vi a José acostado en su cuarto; dormía de costado con la cabeza apoyada en un brazo. Un joven luminoso se acercó a su lecho y le habló. José se incorporó, pero como estaba medio dormido volvió a tumbarse. Entonces el joven le tomó de la mano y tiró de él; José se dio cuenta entonces y se puso de pie. El ángel desapareció.

Entonces José fue a la lámpara que estaba encendida en medio de la casa, delante del fogón y encendió la suya. Llamó al cuarto de la Santísima Virgen y preguntó si podía pasar. Lo vi entrar y hablar con María, que sin embargo no descorrió la cortina de delante de su lecho; luego lo vi ir al establo por el burro y a continuación a la habitación donde guardaban todos los enseres a prepararlo todo para el viaje.

Cuando José dejó sola a la Santísima Virgen, ésta enseguida se levantó y se vistió de viaje y a continuación fue a ver a su madre Ana para anunciarla el mandato de Dios. Entonces, Ana se levantó, y también salieron del lecho María Helí y su niño, pero al Niño Jesús lo dejaron descansar. Para aquella gente piadosa, la voluntad de Dios estaba por encima de todo, y por tristes que tuvieran sus corazones, enseguida se prepararon para el viaje en vez de abandonarse a las tristezas de la despedida. Ana y María ayudaron a preparar todo lo necesario, pero María aprestó muchas menos cosas de las que llevó a Belén. Solo prepararon un hatillo abultado y algunas colchas, que José sacó afuera para cargarlo todo. Todo se hizo con calma y muy rápido, como cuando una se despierta para salir en secreto.

Entonces María recogió a su niño con tanta prisa que ni siquiera la vi cambiarle los pañales. ¡Ay!, ahora era la despedida y no puedo decir cuán conmovedora era la tristeza de Ana y de la hermana mayor. Todas estrecharon al Niño Jesús contra su corazón entre lágrimas, y hasta el pequeño pudo abrazarlo. Ana abrazó varias veces a la Santísima Virgen, llorando tan amargamente como si no fuera a volver a verla. María Helí se tiró al

suelo a llorar.

Aún no era medianoche cuando salieron de casa. Ana y la hermana acompañaron a la Santísima Virgen a pie un corto trecho de camino a las afueras de Nazaret. José venía detrás con el burro. Iban en dirección a casa de Ana, solo que algo más a la izquierda. María llevaba metido al Niño Jesús delante de sí, envuelto como un muñeco y sujeto con una faja que la pasaba por los hombros y estaba atada en la nuca. María llevaba un manto largo que la envolvía a ella y al niño, y un gran velo rectangular que por detrás solo cubría la cabeza, pero que colgaba mucho por ambos lados.

Habían hecho un corto trecho de camino cuando José se acercó con el burro, en el que había un odre con agua y una cesta con varios compartimentos con panecillos, jarritas y aves vivas. El fardo y algunas colchas iban cargadas alrededor de la silla, que estaba puesta de través y tenía estribo. Todos se abrazaron una vez más entre lágrimas y Ana bendijo a la Santísima Virgen, que se sentó en el burro que traía José, y prosiguieron viaje.

[Ana Catalina lloró de todo corazón mientras contaba la tristeza de Ana y de María Helí, y dijo que cuando lo vio por la noche también estuvo llorando muchísimo.]

NAZARET. LAS SANTAS MUJERES ORDENAN LA CASA DE JOSÉ Y SALEN DE ALLÍ. LA SAGRADA FAMILIA LLEGA A NAZARA PARA EL SABBAT

[Viernes, 2 de marzo:]

Esta mañana temprano he visto que María de Helí fue con su niño a casa de Ana y envió a Nazaret al jefe de familia con un criado, después de lo cual se fue a su pueblo. Ana lo ordenó todo en casa de José y empaquetó muchas cosas. Por la mañana vinieron dos hombres de casa de Ana: uno solamente iba envuelto con una piel de cordero y llevaba grandes abarcas sujetas con correas por las piernas; el otro llevaba traje largo y me pareció que era el actual marido de Ana. En casa de José ayudaron a arreglarlo todo, empacaron todos los enseres portátiles y se los llevaron a casa de Ana.

La Sagrada Familia pasó de noche por varios lugares y al amanecer se metió a descansar bajo un cobertizo. A eso del anochecer vi que la Sagrada Familia, que ya no podía más, entró en Nazara en una casa de gente marginada y algo despreciada. No eran auténticos judíos; su religión tenía algo de pagano y hacían sus oraciones en el templo del Monte Garizim en Samaria, adonde tenían que ir por algunas millas de difícil camino de montaña. Estaban oprimidos por varias cargas pesadas, y tenían la servidumbre de trabajar como esclavos en el Templo de Jerusalén y en otros trabajos públicos. Acogieron muy amistosamente a la Sagrada Familia, que se quedó allí todo el día siguiente. A su regreso de Egipto, la Sagrada Familia volvió a visitarlos, y también después, cuando Jesús a los doce años estuvo en el Templo y de allí fue a Nazaret[1].

Más adelante toda esta familia se hizo bautizar por Juan y entró en la comunidad de Jesús. Este lugar de aquí no está lejos de una ciudad maravillosa puesta en un alto, cuyo nombre ya no puedo decir con toda seguridad, pues he visto y he oído nombrar muchos ciudades en estos contornos, entre ellos Legio y Massaloz, entre los cuales según creo está Nazara. Casi estoy convencida que la ciudad cuya situación tanto me maravilla se llama Legio; pero también tiene otro nombre.

HAIN MOREH. EL TEREBINTO DE ABRAHAM. LA SAGRADA FAMILIA SE ESCONDE A DESCANSAR AQUÍ TODO UN DÍA

[Domingo, 4 de marzo:]

Ayer al anochecer del sábado, a la clausura del sabbat, la Sagrada Familia se alejó de Nazara por la noche y la vi hacer alto y esconderse todo el domingo y la noche siguiente hasta el lunes en el gran terebinto añoso donde estuvieron en Adviento en su viaje a Belén, cuando la Santísima Virgen pasó tanto frío.

Era el terebinto de Abraham, cerca de Hain [el bosque de] Moreh, no lejos de Siquem, Zenat, Silo y Aruma. Por aquí sabían la persecución de Herodes y esto era seguro para la Sagrada Familia.

Jacob enterró junto a este árbol los ídolos de Labán; Josué reunió al pueblo junto a este terebinto, bajo el cual había erigido la cabañuela en la que estuvo el Arca de la Alianza, y mandó al pueblo que renunciara a sus ídolos; y aquí los siquemitas aclamaron por rey a Abimelec, hijo de Gedeón.

LA SAGRADA FAMILIA DESCANSA EN UNA FUENTE JUNTO A UN BALSAMERO

[Domingo, 4 de marzo:]

Por la mañana temprano vi a la Sagrada Familia descansar y tomar un refrigerio en una fuentecilla junto a un balsamero en una comarca fértil. El Niño Jesús estaba acostado con los pies desnudos en el regazo de la Santísima Virgen. Los balsameros, cuyas bayas son rojas, tenían aquí y allá cortes en las ramas que goteaban líquido en unos tiestos pequeños allí colgados. Me asombré de que no los hubieran robado. José llenó de jugo las jarritas que traía consigo, y comieron panecillos y bayas que José recogió en los arbustos de los alrededores.

El asno bebió y comió pasto por allí. A lo lejos se veía Jerusalén asentada en un alto; era un cuadro extraordinariamente conmovedor.

JUTA. ISABEL HUYE AL DESIERTO CON EL PEQUEÑO JUAN. ZACARÍAS VIAJA A NAZARET

[Martes, 6 de marzo:]

Zacarías e Isabel han recibido un mensaje del peligro que amenaza. Creo que la Sagrada Familia les ha enviado un mensajero de confianza. Entonces vi que Isabel llevó al pequeño Juan a un lugar muy recóndito del desierto a un par de horas de Hebrón.

Zacarías solo los acompañó un trecho del camino, hasta un sitio donde pusieron un viejo madero para pasar un torrente. Allí se separó de ellos y se fue para Nazaret por el camino por el que había venido María cuando la Visitación. Hoy lo vi de viaje a las seis de la mañana; probablemente quiere que Ana le informe de cerca. Varios amigos de la Sagrada Familia están allí, muy atribulados por causa de su partida.

El pequeño Juan solo llevaba puesta una pielecita de cordero, y aunque apenas tenía año y medio, corría y saltaba con toda seguridad. Ya entonces llevaba en la mano una varita blanca con la que jugaba como hacen los niños. Este « desierto » de aquí no debe entenderse como una gran extensión de arena vacía sino más bien un sitio salvaje con muchas rocas, cuevas y barrancos, donde crecen toda clase de arbustos y hay frutas y bayas.

Isabel llevó al pequeño Juan a la cueva donde después Magdalena estuvo una temporada tras la muerte de Jesús. Ya no recuerdo cuánto tiempo estuvo esta vez aquí escondida Isabel con el niño Juan muy pequeño, pero probablemente solo se quedó lo necesario hasta que se tranquilizó un poco su preocupación por la persecución de Herodes. Isabel y su chiquillo regresaron a Juta, que está a unas dos horas; después vi huir al desierto al pequeño Juan en la época en que Herodes convocó a las madres con hijos menores de dos años, pero eso ocurrió casi un año después.

[Hasta aquí la narradora nos había contado diariamente los cuadros de la huida, pero después se produjo una interrupción debida a la enfermedad y otras molestias, y cuando varios días después recobró el hilo de su narración, dijo:]

—Ahora ya no puedo decir exactamente los días, pero voy a contar los cuadros aislados de la huida a Egipto aproximadamente en el orden en que recuerdo haberlos visto.

EFRAÍM EN EL BOSQUE DE MAMBRÉ

[La Sagrada Familia hace en una cueva la sexta parada de su huida. Consuelo y refrigerio. Aquí estuvieron Samuel y David, así como Jesús en su predicación itinerante. Tradición de este lugar todavía hoy.]

Después que la Sagrada Familia pasó algunas alturas del Monte de los Olivos, los vi algo más allá de Belén, hacia Hebrón, a una milla del Bosque de Mambré. Entraron en una cueva espaciosa situada en un barranco salvaje de un monte encima del cual está un lugar cuyo nombre suena como Efraím. Creo que esta era la sexta parada de su viaje.

Aquí vi a la Sagrada Familia muy agotada y desconsolada; María estaba muy afligida y lloraba. Les faltaba de todo, pues huían campo a través evitando las ciudades y los albergues públicos. Aquí descansaron un día entero y hubo varios milagros para aliviarlos: En la cueva brotó una fuente por la oración de la Santísima Virgen; y una cabra salvaje se vino con ellos y se dejó ordeñar. También se les apareció un ángel que los consoló.

En otros tiempos, en esta cueva rezó un profeta muchas veces; creo que Samuel se detuvo a veces aquí. Por aquí alrededor guardaba David el rebaño de su padre, aquí rezaba y aquí, por ejemplo, fue donde recibió de un ángel la intuición de que saldría airoso del combate contra Goliat[2].

[El 18 de octubre dijo:]

Esta Cueva de la Huida de la Sagrada Familia se llamó más tarde « Lugar de Estancia de María », que los peregrinos visitaban sin saber exactamente la Historia; y después solo vivió aquí pobre gente.

[Ana Catalina describió exactamente la situación del lugar, y mucho tiempo después, el Escritor encontró para su asombro en el *Viaje a Jerusalén* del franciscano Antón González (Amberes, 1679, I Parte, p. 556) que estuvo a una milla corta de Hebrón en dirección a Belén, a la izquierda del camino en una « aldea de María », donde ésta se refugió en su huida. La aldea está en una altura y en ella todavía estaba en pie y entera una iglesia con tres arcos y tres puertas. En la pared estaban representados María con el niño en el burro, y José que los llevaba. Debajo de la montaña donde están la aldea y la iglesia, hay una hermosa fuente llamada « Fuente de María ». Todo esto coincide con el lugar descrito por Ana Catalina. Arvieux en el 2.° tomo de sus *Memorias* (Leipzig, 1783) dice: « Entre Hebrón y Belén llegamos a la aldea de la Santísima Virgen, que habría descansado aquí en su huida ».]

Al salir de esta cueva estuvieron andando siete horas en dirección Sur, siempre con el Mar Muerto a la izquierda. Dos horas más allá de Hebrón entraron en el desierto donde entonces se encontraba el pequeño Juan, a un tiro de flecha de su cueva.

La Sagrada Familia, solitaria, fatigada y agotada, atravesó un desierto de arena. El odre del agua y las jarritas de bálsamo estaban vacías; la Santísima Virgen estaba muy atribulada, tenía sed y Jesús también; entonces se apartaron a un lado del camino donde había una hondonada con arbustos y un poco de hierba rala. La Santísima Virgen se bajó

del burro y se sentó un poco. Tenía a su niño delante, estaba acongojada y rezaba.

Mientras la Santísima Virgen imploraba el agua como Agar en el desierto, mis ojos se volvieron a mirar un acontecimiento extraordinario y conmovedor. La cueva donde Isabel había ocultado a su chiquillo Juan estaba en una agreste elevación rocosa muy cerca de aquí, y vi como si el pequeño Juan esperara algo y estuviera ansiosamente preocupado mientras correteaba por los arbustos y las rocas sin alejarse de la cueva; en esta visión no vi a Isabel.

La vista de aquel chiquillo que andaba y corría por lo más agreste me hizo una impresión muy especial, conmovedora y llena de significado. De la misma manera que Juan ya brincó hacia su Señor cuando aún estaba bajo el corazón de su madre, ahora le movía también la cercanía de su sediento Salvador.

El chico llevaba colgada de los hombros una piel de cordero ceñida a medio cuerpo, y en la mano una varita en la que ondeaba un gallardete de corteza. Juan sentía que Jesús pasaba por allí y tenía sed, y se echó de rodillas y clamó a Dios con los brazos abiertos. Luego, movido por el Espíritu, saltó y corrió a un alto de la roca, pinchó con su varita en el suelo y allí brotó un manantial abundante. Juan siguió el curso del agua corriendo a toda prisa hasta el borde donde el agua se despeñaba; allí se quedó de pie y vio pasar a lo lejos a la Sagrada Familia[3].

La Santísima Virgen levantó en alto al Niño Jesús y le señaló hacia allí con las palabras:

—Mira allí, es Juan que está en el desierto.

Y entonces vi que Juan brincaba alegremente junto al agua que caía, hizo señas oscilando de un lado a otro el gallardete de corteza de su varita, y luego se apresuró a volver al desierto.

Al cabo de un rato, el agua del manantial se acercó al camino de los viajeros, que la pasaron por encima y fueron a un lugar cómodo con arbustos y hierba rala para hacer un descanso y tomar un refrigerio. La Santísima Virgen se apeó del burro con el niño y se sentó en la hierba. Todos estaban emocionados de alegría. José preparó un hoyo a cierta distancia, se llenó de agua, y cuando le pareció que el agua estaba completamente clara, bebieron todos, María lavó a su niño y ellos se refrescaron las manos, los pies y la cara. Luego José llevó al agua al asno, que bebió en abundancia, y rellenó el odre.

Todos estaban felizmente agradecidos. La hierba rala se empapó y se enderezó, vino un rayo de sol y todos quedaron repuestos, dichosos y serenos. Aquí descansaron dos o tres horas.

ANIM

[Último albergue de su huida en territorio de Herodes. Entran en casa de Rubén, un camellero, al que Jesús fue a visitar después de su Bautismo.]

El último refugio de la Sagrada Familia en territorio de Herodes no quedaba lejos de una ciudad que está en la frontera del desierto, a un par de horas del Mar Muerto, y se llama algo así como Anam, Anem o Anim [Ana Catalina vaciló entre estos sonidos]. Entraron en una casa aislada que era un albergue para los que viajaban por el desierto. En una altura había varias chozas y cobertizos, y alrededor crecían algunos frutales silvestres. Los habitantes me parecieron camelleros. Había muchos camellos en unos pastizales cercados.

Era gente un poco salvaje que también hacía robos, pero recibieron bien a la Sagrada Familia y se mostraron hospitalarios. En la ciudad cercana también vivía mucha

gente de vida desordenada que se había asentado allí después de una guerra. En el albergue estaba, entre otros, un hombre de veinte años que se llamaba Rubén[4].

VIAJE NOCTURNO

[La Sagrada Familia asustada por culebras y lagartos voladores. Personal. Un amigo muerto se aparece a la narradora.]

[Jueves, 8 de marzo:]

La Sagrada Familia marchaba en la noche estrellada por un desierto de arena cubierto de matas y para mí era como si yo misma fuera por el desierto, que estaba lleno de peligros a causa de muchas serpientes que con mucha frecuencia yacían arrolladas en círculos en hoyitos del suelo debajo de las ramas. Todas se acercaban al camino haciendo grandes cuchicheos, y estiraban la cabeza hacia la Sagrada Familia que, sin embargo, estaba rodeada de luz y pasó de largo sin problemas.

También vi otra clase de alimaña dañina con un cuerpo alargado y negruzco, patitas cortas y una especie de alas sin plumas que parecían grandes aletas. Se tiraban como volando por encima del suelo. La forma de su cabeza se parecía un poco a la de un pez. [Quizás un lagarto volador.]

Después vi que la Sagrada Familia llegó detrás de los arbustos a una grieta profunda del terreno como el borde de un desfiladero; querían instalarse allí.

PERSONAL

Yo estaba asustada por la Sagrada Familia; el lugar era tan pavoroso que yo quería preparar a toda prisa una barrera de ramas trenzadas para cerrar el lado que el seto dejaba abierto, pero entonces se metió una fiera rabiosa como un oso y me entró un miedo terrible. Entonces se me apareció de repente un viejo amigo sacerdote que había muerto hacía poco, pero que ahora tenía un aspecto más joven y hermoso, agarró a la fiera por el pescuezo y la echó fuera. Le pregunté cómo es que había venido, ya que seguramente estaría mejor en su lugar, y replicó:

—Solo quería ayudarte, no me quedaré aquí mucho tiempo.

Me dijo que todavía le vería una vez más[5].

MARA

[Lugar poco hospitalario, desierto de arena. Las fieras salvajes muestran el camino a la Sagrada Familia. Montaña (Seir). Comarca áspera.]

La Sagrada Familia siguió por el camino militar todavía una milla más a Oriente. El nombre del último lugar al que llegaron entre Judea y el desierto suena casi como Mara, y con tal motivo pensé en el lugar natal de Ana, pero no era éste. La gente de por aquí era salvaje y licenciosa y no dio ninguna ayuda a la Sagrada Familia.

Desde allí entraron en un gran desierto de arena sin ningún camino ni orientación y no sabían cómo hacer. Al cabo de un trecho de camino vieron delante de sí una montaña maligna y oscura. La Sagrada Familia estaba muy afligida y se desplomaron de rodillas a rezar a Dios para suplicarle ayuda.

Entonces se congregaron a su alrededor grandes animales salvajes, que al principio parecían peligrosos, pero que no eran malos en absoluto, sino que los miraban tan amistosamente como me miraba el viejo perro de mi confesor si alguna vez llegaba a verme. Me di cuenta que a estos animales los habían enviado para mostrarles el camino;

miraban hacia la montaña, se alejaban corriendo hacia ella y volvían, igual que un perro que quiere guiarle a uno adonde ir. Vi que la Sagrada Familia finalmente siguió a estos animales, pasó una montaña [¿Seir?] y entraron en una comarca lúgubre y salvaje.

ALBERGUE DE LADRONES

[Acogidos amistosamente. Curación del hijo leproso del ladrón con el agua del baño de Jesús. Este niño era el futuro buen ladrón.]

Iban por el camino junto a un bosque y ya estaba oscuro. Delante del bosque y separada del camino había una mala choza, y no lejos de ella, una luz en un árbol que podía verse de lejos para atraer a los viajeros hacia aquí.

El camino era muy malo y estaba cortado una y otra vez por zanjas; también había muchas zanjas alrededor de la choza. Por las partes transitables del camino habían tendido por doquier hilos escondidos, que cuando los viandantes tropezaban con ellos, daban algún tipo de señal en la campanilla de la choza. Entonces salían los ladrones que habitaban en ella y los asaltaban. La choza no estaba siempre allí, sino que era portátil y, según fueran las cosas, sus habitantes se la llevaban a otro lugar.

Cuando la Sagrada Familia se acercó a la luz, los rodearon el jefe de los ladrones y unos cinco compañeros, pero vi que con la mirada del Niño Jesús un rayo penetró como una flecha en el corazón del jefe, que ordenó a sus compañeros no hacerles ningún daño. La Santísima Virgen también vio entrar este rayo en el corazón del ladrón, como más tarde contó a Ana a su regreso[6].

Entonces los ladrones acompañaron a la Sagrada Familia por los lugares más peligrosos del camino hasta su choza. Era de noche. En la choza estaban la mujer del ladrón y un par de niños. El hombre dijo a su mujer la maravillosa conmoción que le sobrevino cuando le miró el niño. Ella recibió a la Sagrada Familia con timidez pero sin hostilidad. Los santos viajeros se sentaron en un rincón en el suelo y empezaron a comer algo de las provisiones que llevaban consigo.

Al principio, aquella gente estaba tonta y tímida, lo que no parecía ser su estilo, pero poco a poco se les fueron acercando. De vez en cuando iban y venían también los demás hombres, que entretanto habían puesto bajo techo al asno de José. Tomaron confianza, se pusieron a su alrededor y hablaban con ellos.

La mujer trajo a María frutas y panecillos con miel, así como jarras con bebidas. En un rincón de la cueva ardía lumbre en un hoyo. La mujer preparó también un sitio aparte para la Santísima Virgen, y a petición suya la trajo una artesa con agua para bañar al Niño Jesús. También la lavó la ropa y la secó al fuego. María bañó al niño debajo de un lienzo.

Pero el hombre estaba tan conmovido que dijo a su mujer:

—Este niño hebreo no es un niño normal, es un niño santo; pídele a su madre que nos deje bañar a nuestro hijito leproso en el agua de su baño; que quizás le vendrá bien.

Cuando la mujer se acercó a pedírselo a María, antes que hablara, la Santísima Virgen la dijo que bañara a su hijo leproso en el agua del baño de Jesús.

Entonces la mujer trajo en brazos a su hijito de unos tres años; estaba comido de lepra y la cara casi no se le conocía, pues era toda una costra. El agua donde habían bañado a Jesús parecía más clara que antes, y cuando metieron al niño leproso en el agua se le cayeron las costras de la lepra, cayeron al fondo y el niño se quedó limpio.

La mujer estaba fuera de sí de contenta, quería abrazar a María y al niño, pero María lo impidió con la mano y tampoco la dejó tocar al Niño Jesús. María dijo a la mujer que

excavasen un pozo profundo hasta encontrar roca y derramara allí esta agua pura y entonces el pozo tendría el mismo poder curativo. Luego María todavía habló largamente con ella, y pienso que la mujer prometió escapar a esta vida a la primera ocasión.

Esta gente se puso extraordinariamente alegre con la curación de su niño y esa misma noche fueron a traer a varios de sus compañeros para enseñarles el niño curado y contarles lo que había pasado. Los recién llegados rodearon a la Sagrada Familia, y entre ellos algunos chicos que los miraban con asombro.

Fue asombroso que estos ladrones fueran tan respetuosos con la Sagrada Familia, porque esa misma noche, mientras albergaban a huéspedes tan santos, los vi apresar a varios viajeros atraídos a la emboscada por la luz, a los que llevaron a una cueva en lo profundo del bosque. Esta cueva, cuya entrada está muy escondida y sobre la cual crecía toda clase de maleza de modo que no se veía, parecía ser su auténtico almacén y en vi en ella varios niños robados de siete a nueve años y una vieja que lo administraba y custodiaba todo. Vi meter allí trajes, alfombras, carne, cabritillas, corderos, animales grandes y muchos otros robos. Había mucho espacio y allí había de todo en abundancia.

María no durmió mucho esta noche; la mayor parte del tiempo estuvo sentada en su lecho. Se pusieron de viaje por la mañana temprano con los alimentos que les habían dado. Esta gente los guió un trecho, pasando junto a un montón de zanjas hasta llegar al buen camino.

Cuando estos ladrones se despidieron muy emocionados de la Sagrada Familia, el hombre les dijo con hondo sentimiento:

—Pensad en nosotros allá donde vayáis.

Al decir estas palabras vi de repente una imagen de la crucifixión y vi que el buen ladrón decía a Jesús:

—Piensa en mí cuando llegues a tu reino.

y me di cuenta que era el niño curado de lepra. Por entonces, la mujer del ladrón se había apartado mucho tiempo antes de este modo de vida y se había instalado en un sitio donde la Sagrada Familia se detuvo a descansar más adelante: brotó un manantial y se formó un huerto de balsameros, donde se instalaron varias familias buenas.

DESIERTO

[Lagartos voladores y serpientes. Las rosas de Jericó indican el camino. Comarca de Gose o Gase.]

Después que se despidieron los ladrones, la Sagrada Familia atravesó otra vez un desierto, y cuando perdieron totalmente el camino, vi que de nuevo se les acercaron reptiles de varias clases, entre ellos serpientes y lagartos reptantes con alas de murciélago, solo que no eran hostiles y solo parecían querer mostrar el camino.

Más tarde, cuando volvieron a perder la senda y la dirección, vi que los guió un milagro entrañable: de repente brotaron por doquier a ambos lados del camino rosas de Jericó con sus ramas rizadas, las florecitas en el medio, y las raíces rectas.

Siguieron contentos por este camino, viéndolo crecer plantas de éstas hasta donde alcanzaba la vista, y así fueron siempre todo a lo largo del desierto.

Vi también a la Santísima Virgen se le reveló que en épocas posteriores la gente del país vendría aquí a buscar estas flores para venderlas a los viajantes extranjeros a cambio de pan. También vi después que esto mismo le sucedió también a unos extranjeros. El nombre de esta comarca suena como Gase o Gose. [Quizá *Jos* 10, 41-11, 16-15, 51]

16
LA SAGRADA FAMILIA EN EGIPTO. LA MATANZA DE LOS INOCENTES

LAPE O LEPE, PRIMERA CIUDAD EGIPCIA

[Pasan un canal. Habitantes malintencionados. Pasan de largo. Longitud del viaje.]

A continuación los vi llegar a un lugar que se llama algo así como Lepe o Lape, en la que hay agua y han hecho zanjas y canales y hay altos diques[1].

Pasaron el agua en una balsa de troncos que tenía encima una especie de patín grande donde metieron al asno. María se sentó con su niñito en una viga. Guiaban la balsa dos hombres castaños, deformes y medio desnudos, de narices aplastadas y labios salientes.

No llegaron a la población, sino solo a unas casas apartadas; pero como la gente era tan ruda e inmisericorde, pasaron de largo sin trabar conversación. Pienso que ésta era la primera ciudad pagana [¿egipcia?].

La Sagrada Familia ha viajado diez días por tierra judía y otros diez por el desierto.

A continuación vi ya a la Sagrada Familia en heredades egipcias. Aquí y allá había algunos prados verdes donde andaba ganado. Vi también árboles que tenían ídolos sujetos de la forma de muñecos de trapo fajados con vendas anchas en las que había figuras o letras. También veo por doquier gente más bien gruesa y rechoncha, vestida de la misma forma que los que hilaban algodón que vi una vez en la frontera del país de los Reyes Magos; vi que iban apresurados a venerar a sus ídolos.

La Sagrada Familia entró en un cobertizo de ganado pero el ganado les hizo sitio y salió fuera. Carecían de víveres y no tenían pan ni agua; nadie les dio nada. María apenas lograba alimentar a su niño; estaban apurando toda la miseria humana. Finalmente llegaron algunos pastores a abrevar su ganado en un pozo cerrado y les dieron un poco de agua ante las apremiantes súplicas de San José.

Más tarde los vi que marchar por un bosque, muy desvalidos y desmayados, y que a la salida del bosque había una palmera delgada y fina que tenía en lo más alto sus frutos reunidos como en un racimo. María fue al árbol con el niño en brazos, rezó y levantó al niño y entonces el árbol inclinó su copa hacia ellos y recogieron todos los dátiles. El árbol se quedó en esta posición como si se hubiera arrodillado.

A la Sagrada Familia la seguía una turba del pueblo que estaba un poco más lejos y María repartió muchos dátiles a los chicos desnudos que corrían a su lado. A un cuarto de hora de aquel primer árbol los vi llegar a un sicomoro grande y extraordinariamente grueso; estaba hueco y se escondieron en él. Los que los seguían los perdieron de vista y pasaron de largo. La Sagrada Familia pasó allí la noche.

EN EL DESIERTO DE ARENA

[Brota un manantial por la oración de María. Origen del huerto de balsameros. Más tarde se instala allí un poblado.]

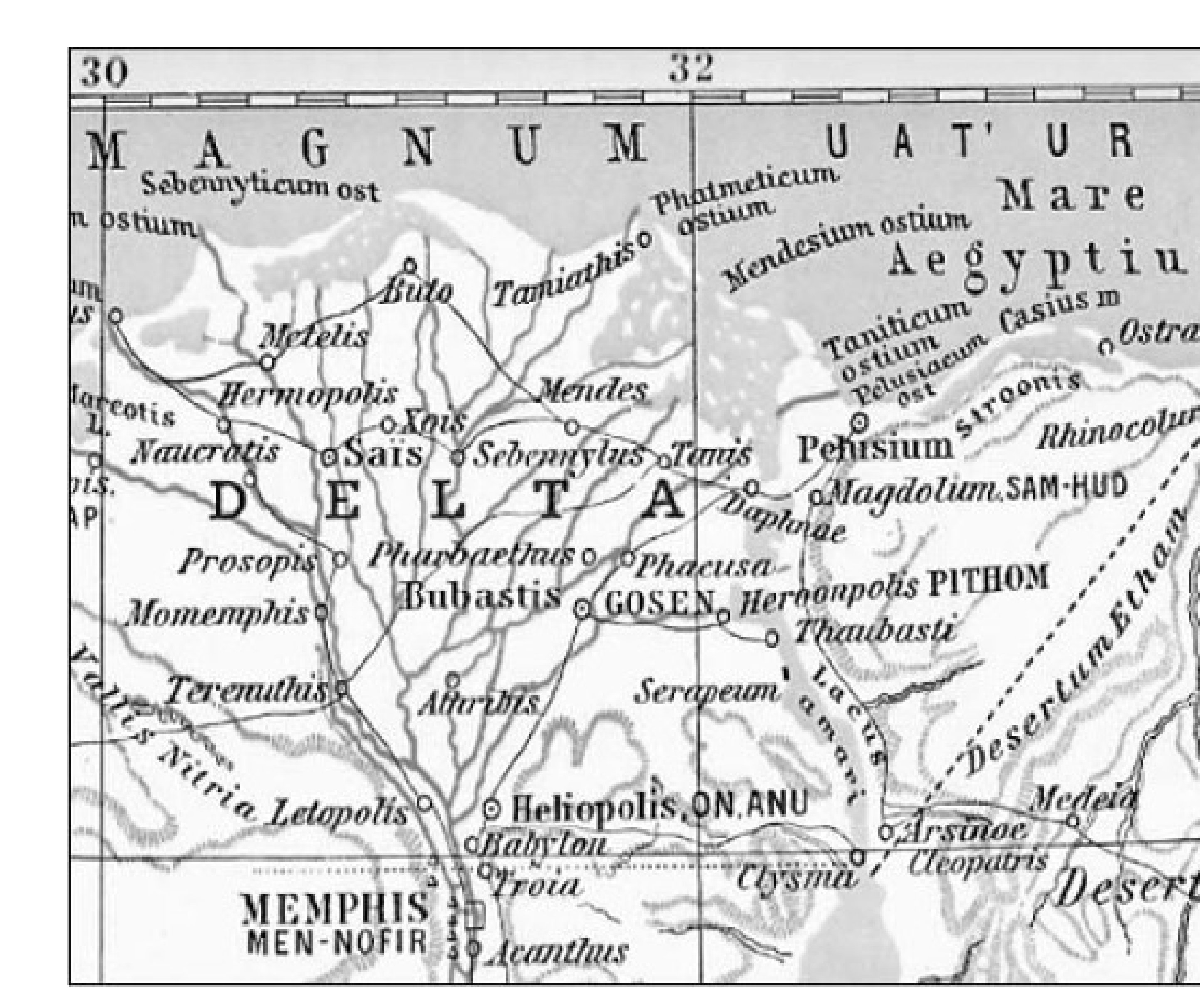
Al día siguiente prosiguieron su camino por un monótono desierto de arena. Se sentaron en una duna, casi completamente desmayados y completamente sin agua. La Santísima Virgen imploró a Dios y a su lado brotó un manantial abundante que empapó el suelo todo a su alrededor. José cortó una duna pequeña, hizo un pilón y excavó un canalillo

para dar salida al agua. Entonces se refrescaron; María lavó al niño, José abrevó al asno y llenó el odre.

Vi que también se acercaron a refrescarse en el agua unas fieras horribles como lagartos grandísimos, y también tortugas. No hicieron daño a la Sagrada Familia, sino que la miraban muy bondadosamente. El agua que manaba, después de bañar un espacio bastante grande, volvía a perderse en el paraje donde había brotado.

Este sitio se volvió maravillosamente fértil, pronto se puso todo verde y allí crecieron deliciosos balsameros; cuando la Sagrada Familia regresó de Egipto, ya pudo refrescarse con su bálsamo. El lugar se hizo famoso más tarde como « Huerto de Balsameros » y en él se asentó gente de toda clase; creo que también vino aquí la madre del hijo que se curó de la lepra. He visto cuadros posteriores de este lugar. Un hermoso seto de balsameros rodeaba el huerto, y en el centro había varios frutales grandes.

En una época posterior excavaron un pozo más grande y profundo, del que sacaban mucha agua con una noria tirada por bueyes. Esta agua la mezclaron con la del manantial de María para poder regar todo el huerto, pues sin mezclar, el agua del nuevo pozo era insalubre. Se me mostró que los bueyes que movían la noria dejaban de trabajar de sábado a mediodía a lunes por la mañana temprano.



La Sagrada Familia se movió en Egipto entre Pelusium (al NE, en la costa) y Menfis (al SO), siempre en la orilla derecha del Nilo, donde estaban una parte de Menfis, así como Troya, Babylon (Babilonia, El Cairo), Heliópolis y Matarea (que no figura en el mapa). Matarea es hoy un barrio del Cairo al que se suele confundir con Heliópolis. Todas las pirámides están en la orilla izquierda. (Enciclopedia Espasa).

HELIÓPOLIS U ON

[Se desploma un ídolo en las afueras de la ciudad. Alboroto. Entran en la ciudad.]

Después que se refrescaron aquí, tiraron hacia Heliópolis, que también se llama On, una ciudad grande y maravillosamente construida, pero también con muchas ruinas. En tiempos de los hijos de Jacob vivía en ella el sacerdote egipcio Putifar en cuya casa moraba Asenet, la hija de Dina y del siquemita que se casó con el patriarca José. Aquí vivía

también Dionisio el Areopagita en la época de la muerte de Cristo. La ciudad estaba muy devastada y despoblada por la guerra, y mucha gente había vuelto a construir en el interior de los edificios destruidos.

Ellos siguieron por un puente alto y largo que cruza un río ancho [el Nilo], que me parece que aquí tiene varios brazos. Llegaron a una plaza bordeada de una especie de paseo delante de la puerta de la ciudad en la que, encima de un fuste de columna más delgada por arriba que por abajo, había un gran ídolo con cabeza de buey que llevaba en brazos algo de la forma de un niño fajado. El ídolo estaba rodeado de un círculo de piedras como si fueran mesas o bancos, adonde venían a depositar sus ofrendas las masas de gente que salían de la ciudad e irrumpían en el cuadro. No lejos de este ídolo había un árbol grande y la Sagrada Familia se sentó a descansar debajo de él.

Apenas llevaban un rato descansando bajo el árbol cuando se produjo un terremoto que sacudió al ídolo y lo tiró al suelo. Se formó alboroto y griterío en el pueblo, y muchos trabajadores del canal vinieron corriendo de las inmediaciones; pero un buen hombre, que creo que era picador del canal y que había acompañado hasta aquí por el camino a la Sagrada Familia, se los llevó corriendo a la ciudad. Ya estaban en la salida de la Plaza del Ídolo cuando el pueblo asustado reparó en ellos. Les atribuyeron la caída del ídolo y los rodearon coléricos con amenazas y denuestos, pero no por mucho tiempo, porque tembló la tierra, el gran árbol se desplomó, sus raíces salieron del suelo y el suelo bruscamente rajado que abarcaba el sitio del ídolo se llenó de un charco sucio y oscuro donde el ídolo se hundió hasta los cuernos. Algunos de los peores de aquellos se hundieron también en el hoyo de agua negra.

La Sagrada Familia entró tranquilamente en la ciudad y se alojó en el interior de un grueso muro en el que había mucho espacio vacío contiguo a un gran templo pagano.

HELIÓPOLIS, ON

[La localidad. Vivienda de la Sagrada Familia. Trabajos de San José y de la Santísima Virgen. Traje de los habitantes. El lecho del Niño Jesús. El país de Gosén. Judíos perversos.]

[Ana Catalina comunicó los siguientes fragmentos de sus visiones de la vida posterior de la Sagrada Familia en Heliópolis u On:]

Más adelante, una vez que llegué a Egipto por encima del mar, encontré que la Sagrada Familia todavía vivía en la gran ciudad devastada. La ciudad es muy extensa y está construida en torno a un gran río de muchos brazos; su silueta se ve desde muy lejos. Aquí hay sitios completamente construidos por muros bajo los cuales corre el río. Las personas van en balsas por los brazos del río, para lo cual se instalan en el agua.

Vi muy extrañada ruinas de edificios, grandes trozos de gruesos muros, torres a medias y también templos casi enteros; columnas como torres a las que se podía subir dando vueltas por fuera; altas columnas que por arriba eran delgadas y terminaban en punta, cubiertas completamente de figuras extrañas; y muchas figuras grandes como de perros tumbados con cabeza humana.

La Sagrada Familia vivía en el vestíbulo de una gran construcción de piedra, sostenida por uno de sus lados por columnas cuadradas y redondas, cortas y pesadas. Mucha gente se había apañado una vivienda dentro de las columnas o delante de ellas. Por encima de esta construcción iba un camino por el que se podía ir a pie o en vehículo. Enfrente había un gran templo con dos patios.

Delante de este espacio, que por un lado estaba cerrado por un muro y que por los demás estaba abierto y con una fila de columnas gruesas y nada altas, José levantó un saledizo de madera, dividido en varios cuartos con tabiques de corteza en los que vivían. Aquí los vi a todos juntos y los burros también, pero separados por esos tabiques de corteza que siempre solía hacer José. Por primera vez me di cuenta que, escondido detrás de un mamparo de éstos, tenían también un pequeño altarcito en la pared donde rezaban: una mesita cubierta con un tapete rojo y otro blanco transparente, sobre la que colgaba una lámpara.

Más adelante, cuando San José estuvo completamente instalado lo vi trabajar en casa y muchas veces también fuera. Hacía bastones largos con pomos redondos, pequeños taburetes de tres patas, bajos, redondos y con un asa detrás para poder llevarlos, y una especie de cestas. Fabricaba muchos tabiques ligeros de cortezas entrecruzadas; la gente las untaba con algo para darlas más consistencia, y con ellas alzaban cabañas y separaciones de todo género apoyadas en aquellos muros monstruosamente gruesos, o incluso dentro de ellos.

San José también hacía con tablas largas, delgadas y ligeras unas torrecillas livianas de seis u ocho caras terminadas en punta con un botón. Tenían una abertura, de modo que un hombre podía sentarse dentro como en una garita, y por fuera tenían algunos escalones alrededor para subirse a ellas. A veces he visto torrecillas de estas en los templos paganos y también en las azoteas. Se sentaban dentro; quizá fueran garitas para poder vigilar a la sombra.

La Santísima Virgen hacía alfombras y también la vi hacer otra labor: tenía junto a sí una vara que tenía sujeto en la punta un ovillo; ya no sé si hilaba o hacía punto. Muchas veces venían a visitarla a ella o al Niño Jesús, que estaba en el suelo junto a ella, acostado en una especie de moisés; y a veces veía la barquilla puesta en un soporte parecido a un aserradero de troncos. Entonces yo veía al niñito tumbado muy contento, que a veces dejaba caer los brazos colgando por fuera por los dos lados. Una vez vi que se había incorporado y estaba sentado. María estaba sentada a su lado y hacía punto con una cestita al lado. Tres mujeres estaban con ella.

En esta ciudad destruida, los hombres vestían exactamente como aquella gente a la que vi hilar algodón cuando fui al encuentro de los Reyes Magos, solo que éstos llevaban en torno al bajo vientre un mandil completo, como si llevaran falditas cortas. Había pocos judíos por aquí y los veía rondar con precaución, como si no tuvieran derecho a vivir aquí.

Al Norte de Heliópolis, entre esta ciudad y el Nilo, que allí se divide en muchos brazos, hay un país pequeño llamado Gosén, en el que había un lugar donde vivían entre canales muchos judíos cuya religión se había embrutecido mucho. Varios de estos judíos trabaron conocimiento con la Sagrada Familia, y María hizo toda clase de labores femeninas para ellos a cambio de pan y víveres. Los judíos tenían en el país de Gosén un templo que comparaban con el de Salomón, pero era muy distinto.

HELIÓPOLIS, ON

[José erige aquí un oratorio común para los judíos. El Niño Jesús va por primera vez al oratorio. Jesús con sus compañeros de juegos y con San José. La caída de los ídolos se atribuye a la Sagrada Familia.]

Vi a la Sagrada Familia en Heliópolis. Todavía vivían en el templo pagano en una bóveda dentro de aquel grueso muro. No lejos de allí José había construido un oratorio

donde se reunían los judíos que vivían aquí pues antes no tenían oratorio común. El oratorio tenía encima una cúpula ligera que se podía abrir para estar al aire libre. Los rollos estaban en el centro encima de un altar o mesita de ofrendas cubierta de rojo y blanco.

El sacerdote o profesor era un hombre muy viejo. Aquí, hombres y mujeres no estaban tan separados como en la Tierra Prometida; aquí los hombres estaban a un lado y las mujeres a otro.

Eché una mirada a la primera vez que la Santísima Virgen estuvo con el Niño Jesús en la sala de oración; ella se sentó en el suelo apoyada en un brazo, con el niño sentado delante de sí, vestido con una túnica azul celeste y le juntó las manitas sobre el pecho. José estaba de pie detrás de ella, como siempre hacía aquí, aunque los demás hombres y mujeres, de pie o sentados, estaban separados a ambos lados de la sala.

Se me mostró también que cuando Jesusito ya fue algo mayor recibía visitas de otros niños; ya podía hablar graciosamente y corretear, estaba mucho con José y también iba con él cuando salía a trabajar fuera. Llevaba puesta una túnica como una camisita hecha de punto y de una sola pieza.

Entonces se cayeron algunos ídolos del templo cerca del cual vivían, y como al venir a la ciudad también se cayó el ídolo de la puerta, algunos interpretaron que era el enojo de los dioses contra ellos, por lo que tuvieron que padecer algunas persecuciones.

HELIÓPOLIS, ON

[En el segundo año de vida de Jesús, un ángel anuncia a la Sagrada Familia la matanza de niños de Herodes. Descripción de este acontecimiento en Jerusalén.]

Hacia la mitad del segundo año de vida de Jesús se apareció un ángel a la Santísima Virgen en Heliópolis para hacerla saber la matanza de niños mandada por Herodes. Ella y José se afligieron mucho, y el Niño Jesús lloró todo el día.

Pero yo vi lo siguiente:

Como los Reyes Magos no volvieron a verle, la preocupación de Herodes se adormeció un tanto, ocupado con todos los negocios de su familia. Pero su inquietud volvió a despertarse cuando le llegaron rumores de las predicciones de Simeón y Hanna en el Templo durante la ofrenda de Jesús. Por esta época la Sagrada Familia llevaba ya algún tiempo en Nazaret.

Con distintos pretextos mandó soldados a distintos lugares en torno a Jerusalén: Gilgal, Belén y hasta Hebrón, y ordenó que se averiguara el número de niños. Mientras Herodes estuvo en Roma, los soldados llevaban más de nueve meses en esos lugares. Los niños fueron asesinados a su regreso[2].

Cuando ocurrió la matanza, Juan ya tenía dos años y llevaba secretamente una temporada en casa de sus padres. Entonces, antes que Herodes mandara publicar la orden de que las madres llevaran a las autoridades sus niños de hasta dos años de edad, Isabel, advertida por la aparición de un ángel, volvió a huir al desierto con el pequeño Juan. Por esa época Jesús tenía ya casi año y medio y ya sabía correr. Los inocentes fueron asesinados en siete lugares distintos.

A sus madres las prometieron premios a su fecundidad, y ellas llevaron sus niños vestidos de fiesta a las casas del gobierno de estos lugares. Los hombres fueron rechazados, separaron a las madres de los niños, y cuando éstos estuvieron solos, fueron acuchillados por los soldados en patios cerrados. Hicieron montones con ellos y luego los enterraron someramente en hoyos.

[Esta visión del asesinato de los Niños Inocentes la comunicó Ana Catalina el 8 de marzo de 1821, y por tanto en la época del año en la que se produjo la huida a Egipto, así que puede aceptarse que este acontecimiento tuvo lugar un año después. Ana Catalina dijo:]

Hoy por la tarde vi ir a Jerusalén las madres con sus niños, desde los más pequeños hasta los de dos años. Venían de Hebrón, Belén y de otro lugar, donde Herodes había enviado soldados y más adelante había hecho publicar, a través de las autoridades locales, la orden de ir a Jerusalén. Iban a la ciudad formando varios grupos; muchas traían dos niños y venían montadas en burro. Las llevaron a todas a un gran edificio y allí despidieron a los hombres que las acompañaban. Todas entraron tan contentas pues creían que iban a recibir un premio a su fecundidad.

El edificio estaba algo apartado, no lejos de donde estuvo después la residencia de Pilatos. Desde fuera no era fácil escuchar lo que pasaba dentro porque estaba circundado de murallas. Tiene que haber sido un tribunal, pues vi en el patio pilares y bloques de piedra con cadenas, así como algunos árboles que se ataban juntos para sujetar al reo con grilletes y después los volvían a soltar. Los árboles se separaban, y descuartizaban al reo. Era un edificio sólido y oscuro y el patio era casi tan grande como el cementerio que está junto a la iglesia parroquial de Dülmen.

Un portal que atravesaba dos muros daba a este patio, que estaba rodeado de edificios por tres lados. Los edificios de derecha e izquierda eran de una sola planta pero el del medio tenía dos y parecía una vieja sinagoga abandonada. Los tres edificios tenían puertas al patio.

Llevaron a las madres por el patio a los dos edificios laterales y las encerraron allí. Al principio me pareció que estaban en una especie de hospital o de albergue. Cuando se vieron privadas de libertad, se asustaron y empezaron a llorar y a lamentarse y en esta aflicción pasaron toda la noche.

[Al día siguiente, 9 de marzo, contó:]

Esta tarde he visto el horrible cuadro de la matanza de los niños inocentes en el tribunal. En la casa grande de dos plantas que cierra el fondo del patio, el de abajo era un gran vestíbulo vacío, como una cárcel o sala de guardia del tribunal, y en el de arriba había una sala cuyas ventanas daban al patio; en éste vi toda clase de señores reunidos como en un juicio, que tenían delante rollos encima de una mesa. Creo que Herodes también estaba presente, pues había uno con un manto rojo forrado de una piel blanca en la que había colitas negras; llevaba corona, los otros le rodeaban y él miraba al exterior por las ventanas de la sala.

Llamaron una a una a las madres con sus niños, para que pasaran de los edificios laterales al gran vestíbulo de abajo del gran edificio del fondo. Al entrar, los soldados les quitaban los niños y los sacaban al patio por la puerta, donde unos veinte se afanaban en matarlos con espadas y venablos, cortándoles el cuello o pinchándoles en el corazón. Unos eran niños de pañales, cuyas madres aún les daban el pecho, y otros eran chiquillos con largas túnicas de punto. No los desnudaban primero, sino que les daban un tajo en el cuello o en el corazón, los agarraban por el brazo o un pie y los tiraban a un montón. Era una visión espantosa.

En el gran vestíbulo, los soldados empujaban a las madres unas contra otras y cuando ellas se dieron cuenta del destino de sus niños se alzó un terrible griterío, se mesaban los cabellos y se abrazaban mutuamente. Al final estaban tan apretadas que apenas podían moverse. Creo que la matanza duró hasta la noche.

Los niños fueron enterrados en una fosa en este mismo patio. Se me mostró su

número que ya no recuerdo exactamente; creo que eran 700 y un número más, en el que había un 7 o un 17. Me explicaron la cifra con una expresión que me acuerdo que sonaba como « ducen », pienso que había que contar varias veces « CC ». [¿Quizá era « Ducentos »?]

Esta visión me dejó sumamente horrorizada, no sabía dónde estaba pasando, creía que era aquí. Cuando me desperté volví en mí muy poco a poco. La noche siguiente devolvieron a sus pueblos a las madres atadas en grupos separados. El lugar de la matanza de los inocentes en Jerusalén fue después el patio del tribunal, y no estaba lejos del tribunal de Pilatos, aunque para esta época ya había cambiado un poco. Cuando la muerte de Cristo, la fosa de los niños asesinados se hundió, aparecieron sus almas y salieron de allí.

EL NIÑO JUAN ESCAPA OTRA VEZ AL DESIERTO

Cuando le avisó un ángel, Isabel volvió a huir al desierto antes de la matanza de los niños y se me mostró lo que sigue:

Estuvo mucho tiempo buscando hasta que encontró una cueva que le pareció bastante escondida y allí se quedó aproximadamente 40 días con su chiquillo. Cuando Isabel volvió a su casa, un esenio de la comunidad del Monte Horeb en el desierto fue hasta donde estaba el niño, le trajo comida y le ayudó en todo lo necesario.

Este esenio, cuyo nombre he olvidado varias veces, era pariente de Hanna la del Templo. Al principio venía a ver a Juan cada ocho días, y después cada catorce hasta que ya no necesitó su ayuda; lo cual no tardó mucho pues muy pronto Juan estaba en el desierto como en casa y más a gusto que con la gente. Era un designio divino que Juan creciera inocente en el desierto, sin contacto con los seres humanos y sus pecados. Juan, como Jesús, nunca fue a la escuela; el Espíritu Santo le enseñaba en el desierto. Muchas veces vi con él una luz o figuras luminosas como de ángeles.

Este desierto no estaba yermo y vacío sino que entre las rocas crecían muchas plantas y matas, que muchas veces tenían bayas, fresas o madroños que Juan recogía y se comía al pasar. Tenía extraordinaria familiaridad con los animales, especialmente con los pájaros que se le venían volando y se posaban en sus hombros. Hablaba con ellos y parecían entenderle todo; eran como sus mensajeros. Seguía el curso de los arroyuelos y también tenía familiaridad con los peces, que se le acercaban cuando los llamaba y le acompañaban su camino remontando el curso del agua.

Vi que ahora se alejó mucho de su casa, quizá a causa del peligro que le amenazaba. Tenía tanta familiaridad con los animales que éstos le servían y le avisaban; le llevaban a sus nidos y madrigueras, y si se acercaba alguien, huía con ellos a sus escondrijos.

Juan se alimentaba de fruta, bayas, hierbas y raíces. No necesitaba buscar mucho: o bien sabía el lugar o los animales se lo mostraban. Siempre llevaba su piel y su bastoncito, y de cuando en cuando se internaba cada vez más profundamente en el desierto, o de repente se acercaba más a su lugar natal. Un par de veces se reunió con sus padres, que siempre estaban suspirando por él. Probablemente supieran unos de otros por revelación, pues cuando Isabel y Zacarías querían verle, él les salía al encuentro desde muy lejos.

TRASLADO A MATAREA

[Se derrumban los ídolos a su llegada. Troya, a oriente de Menfis. Mirada al niño Moisés. Van al Norte hacia Matarea, contorneando Babilonia, que entonces se llamaba de otra manera, cerca de Heliópolis. Características locales. Los judíos de tierra de Gosén. Su

abyección, su templo, su impúdica idolatría.]

Después de una estancia de poco más o menos año y medio, cuando Jesús tenía unos dos años, la Sagrada Familia abandonó Heliópolis por falta de trabajo y a causa de algunas persecuciones.

Mientras atravesaban una pequeña ciudad no lejos de Heliópolis, pararon a descansar en el atrio de un templo pagano abierto y la imagen del ídolo se cayó y se rompió. Tenía cabeza de buey y tres cuernos, así como varios agujeros en el cuerpo para meter las ofrendas y quemarlas. Se formó en consecuencia un alboroto entre los sacerdotes idólatras que amenazaron y detuvieron a la Sagrada Familia. Pero un sacerdote propuso a los demás que, en su opinión, más les valdría encomendarse al Dios de esta gente, y les recordó las plagas que sobrevinieron a los antepasados por perseguir a este pueblo, quee la noche anterior a su partida habían muerto los primogénitos de cada casa y muchas cosas más. Al oír el consejo, soltaron a la Sagrada Familia sin molestarla.

La Sagrada Familia siguió entonces a Troya, un lugar a oriente del Nilo frente a Menfis, grande pero lleno de excrementos. Pensaron en quedarse pero aquí no los quisieron y de hecho, no les dieron un trago de agua y unos dátiles que pidieron. Menfis está a poniente del Nilo, que aquí es muy ancho y tiene islas pero parte de la ciudad está también a este lado del Nilo, y en tiempos del Faraón había un gran palacio con una torre alta donde la hija del Faraón muchas veces contemplaba el panorama. Vi también el lugar donde encontraron a Moisés entre cañas altas. Menfis era como tres ciudades a éste y el otro lado del Nilo, como si también le perteneciera Babilonia, una ciudad aguas abajo y a oriente del río.

En general, en tiempos del Faraón, la comarca del Nilo entre Heliópolis, Babilonia, y Menfis estaba tan unida y tan llena de altos diques de piedra, edificios y canales, que todas parecían una sola ciudad interdependiente. Pero ahora, en tiempos de la Sagrada Familia, todo esto estaba separado e interrumpido por grandes destrucciones. Así que desde Troya tiraron al norte, aguas abajo, hacia Babilonia, ciudad llena de excrementos, desordenada y mal construida. La bordearon pasando entre el Nilo y la ciudad, pero para hacerlo tuvieron que desandar un trecho de la dirección que habían traído. Fueron por un dique aguas abajo del Nilo por el que también fue Jesús cuando viajó por Arabia y Egipto después de la resurrección de Lázaro, antes de volver a reunirse con los discípulos en el pozo de Jacob en Sichar.

Marcharon durante unas dos horas Nilo abajo; todo el camino estaba ocupado aquí y allá por ruinas de edificaciones. También tuvieron que pasar un canal o brazo pequeño del río, y llegaron a un lugar cuyo nombre de entonces he olvidado, pero que ahora se llama Matarea. Este lugar, que estaba cerca de Heliópolis, se extiende sobre una lengua de tierra de modo que el agua la toca por dos lados. Estaba muy despoblado y diseminado, y la mayoría de sus viviendas estaban hechas con madera de palmera datilera, barro seco, y cubierta de caña, así que José tendría aquí mucho trabajo. Hizo casas más resistentes con ramas entrelazadas y las puso encima galerías por las que podían andar.

Aquí vivía la Sagrada Familia en una bóveda oscura en un paraje solitario del campo, no lejos de la puerta por donde entraron. De nuevo José hizo un porche ligero delante de la bóveda y aquí también a su llegada cayó el ídolo de un templete y más adelante cayeron todos los ídolos de alrededor. También aquí un sacerdote tranquilizó al pueblo con el recuerdo de las plagas de Egipto.

Más adelante se congregó en torno a ellos una pequeña comunidad de judíos y paganos convertidos, y los sacerdotes les dejaron el templete cuyo ídolo se había caído a su

entrada, que José transformó en sinagoga. José se convirtió en una especie de padre de la comunidad e introdujo el canto ordenado de los salmos, pues su culto estaba muy deformado.

Aquí solamente vivían algunos judíos muy pobres que vivían metidos en zanjas y agujeros. En cambio, en el lugar judío entre On y el Nilo vivían muchos judíos que tenían un templo bien arreglado, pero estaban sumidos en una idolatría terrible: tenían un becerro de oro, una figura con cabeza de buey y alrededor bajo doseles figuritas de animales de pie como turones o hurones que eran los animales que protegían contra los cocodrilos[3].

Estos judíos tenían una copia del Arca de la Alianza en la que había cosas abominables, y en un pasillo subterráneo realizaban un culto horrible en el que se entregaban a la fornicación con todo género de impudicias, pues pensaban que así nacería el Mesías. Eran muy testarudos y no querían mejorar.

Más tarde muchos abandonaron este lugar para venirse aquí, que estaba todo lo más a dos horas. Tuvieron que dar un rodeo por On porque no podían venir por derecho a causa de los numerosos canales y diques.

María había trabajado para ellos toda clase de labores femeninas de punto, trenzado, ganchillo y otras, pero no quería trabajar en cosas superfluas y de lujo, sino en cosas necesarias y vestiduras litúrgicas. Las mujeres que la traían trabajo por vanidad o porque pretendían seguir la moda, María las devolvía el trabajo aunque necesitara aquellos ingresos. Estas mujeres la insultaron con toda insolencia.

MATAREA

[Pobreza del lugar. Dormitorio de María y Jesús. Oratorio de la Sagrada Familia. Descripción de una especie de relicario en el oratorio.]

En Matarea tuvieron muchas dificultades al principio; aquí faltaba leña y agua potable. Los habitantes cocinaban con cañas o hierba seca y la mayoría de las veces, la Sagrada Familia tomaba alimentos fríos.

José tenía algún trabajo y mejoraba las cabañas, pero la gente le trataba casi como a un esclavo y le daban lo que querían; con su trabajo, unas veces traía algo a casa y otras nada. Éstos eran muy desmañados para hacer sus cabañas; les faltaba madera, y si a veces veía un tronco en alguna parte, me daba cuenta que no tenían herramientas. La mayoría tenían cuchillos de piedra o hueso que eran como para cortar turba [es decir: sin filo]. José se había traído sus herramientas más imprescindibles y enseguida la Sagrada Familia estuvo instalada con cierta comodidad. José dividió el espacio con tabiques ligeros de zarzo, preparó un fogón muy arreglado y fabricó taburetes y mesitas bajas; la gente de por aquí comía todo en el suelo.

Aquí vivieron varios años, y he visto toda clase de cuadros de Jesús a distintas edades. Vi dónde dormía: en la pared de la bóveda donde dormía María, José labró una cavidad donde puso el lecho de Jesús. María dormía a su lado, y muchas veces la he visto rezar de rodillas a Dios por las noches ante el lecho de Jesús. José dormía en otro cuarto.

José instaló también un oratorio en un pasillo apartado de la vivienda, donde José y María tenían sus sitios. Jesús también tenía su propio rinconcito donde rezaba de pie, sentado o de rodillas.

La Santísima Virgen rezaba delante de una especie de altarcito, una mesita pequeña, cubierta de rojo y de blanco, que sacaba de un nicho en el muro que estaba habitualmente cerrado. En la oquedad del muro había una especie de relicario. Vi matitas en tiestos

pequeños en forma de cáliz y el extremo florido de la vara de José, con que fue elegido en suerte en el Templo para esposo de María; estaba metida en una cajita de unos cuatro centímetros de grueso. Vi otro relicario además de éste, pero ya no estoy muy segura qué era: en un tarrito transparente vi cinco palitos blancos del diámetro de la paja gruesa. Estaban atados por la mitad como en cruz, y por arriba parecían más anchos y rizados, al estilo de una pequeña gavilla[4].

ISABEL LLEVA POR TERCERA VEZ EL NIÑO JUAN AL DESIERTO

Mientras la Sagrada Familia estuvo en Egipto, el pequeño Juan todavía estuvo alguna vez en secreto con sus padres en Juta, pues vi que Isabel le acompañó otra vez al desierto cuando tendría cuatro o cinco años. Cuando salió de casa, Zacarías no estaba presente; creo que había salido de viaje antes para no presenciar la despedida, pues quería muchísimo a Juan. Le había dado su bendición, ya que bendecía a Isabel y a Juan todas las veces antes de salir de viaje.

El pequeño Juan llevaba una piel [de cordero] colgada del hombro izquierdo que le cruzaba el pecho y la espalda y se cerraba bajo la axila derecha. Más tarde, le vi llevar esta piel en el desierto, que le era muy cómoda, unas veces sobre los hombros, otras cruzada por el pecho y otras puesta a la cintura. Salvo esta piel, el niño iba desnudo. Tenía el pelo más bien castaño y más oscuro que el de Jesús; seguía llevando en la mano la varita blanca que sacó de casa, con la que siempre le veía en el desierto.

Iba deprisa por el campo de la mano de su madre Isabel, una mujer ya de edad que iba envuelta totalmente, alta, ágil y de cara fina y pequeña. Muchas veces corría delante de su madre; era completamente infantil y despreocupado, pero no distraído.

Al principio fueron mucho tiempo hacia el norte teniendo siempre un arroyo a su mano derecha; luego los vi pasar un riachuelo que no tenía puente; subieron a unos maderos que estaban en el agua e Isabel, que era muy decidida, remó con una rama. Cuando pasaron el riachuelo torcieron más a Oriente y se metieron por un barranco rocoso que por arriba estaba yermo y pedregoso pero que en el fondo estaba cubierto de arbustos con muchas fresas y otras frutas que el niño picaba de vez en cuando.

Al cabo de andar un trecho por este barranco, Isabel se despidió de su niño. Lo bendijo, lo apretó contra su corazón, le besó en la frente y en ambas mejillas y emprendió el camino de vuelta. Por el camino se volvió varias veces y la vi llorando por su Juan. Pero éste estaba despreocupado y siguió internándose por el barranco con paso firme.

Como yo estaba muy enferma durante esta contemplación, Dios me concedió la gracia de sentirme como si fuera una niña que estuviera presente en todo lo que pasaba y enseguida creí estar de camino con Juan como una niña de su misma edad y me asusté de que se alejara demasiado de su madre y luego no encontrara el camino a casa, pero una voz me tranquilizó enseguida:

—No te preocupes; mi niño sabe muy bien lo que hace.

A continuación creí que me adentraba en el desierto con él como si fuera mi único amigo íntimo de la infancia, y vi muchas cosas que le pasaron en el desierto.

Sí, en este encuentro, Juan mismo me contó muchas cosas de su vida en el desierto. Por ejemplo, cómo mortificaba sus sentidos y hacía todo género de abstinencias y se volvía cada vez más clarividente y cómo todo lo que le rodeaba lo instruía de una forma indescriptible. Nada de eso me asombraba, pues ya de niña, cuando guardaba nuestras vacas completamente sola, vivía con Juan en el desierto con mucha intimidad, y muchas

veces, cuando tenía anhelo de estar con él, le llamaba en el bosquecillo:

—¡Juanito!, ven a mi encuentro con tu varita y tu piel en los hombros![5]

Y entonces muchas veces se venía conmigo Juanito con su varita y su piel en los hombros, jugábamos como niños y me contaba y me enseñaba toda clase de cosas buenas.

Tampoco me extrañaba que en el desierto los animales y las plantas le enseñaran tantas cosas, pues yo también, cuando de niña estaba en el bosque, o con el rebaño en los campos del páramo, o cuando recogía espigas, arrancaba la hierba y recogía plantas, contemplaba cada hojita y cada flor como si fuera un libro; y cada pájaro o cada animalito que pasaba corriendo y todo lo que me rodeaba me enseñaban cosas. Con cada color y cada forma, con las nervaduras de cada hoja, me venían toda clase de pensamientos profundos que si los repetía a la gente unas veces me escuchaban con asombro, pero la mayoría de las veces se reían de mí, con lo que al final me acostumbré a callármelo todo. Antes pensaba, y todavía lo pienso ahora a veces, que esto le pasa a cada ser humano y que en ninguna parte se aprende mejor porque es el abecedario que Dios mismo escribió.

En mi contemplación, cuando seguí al niño Juan en el desierto, vi su conducta como antes. Lo veía jugar con flores y animales y en especial los pájaros tenían mucha confianza en él y se le posaban en la cabeza cuando se ponía a rezar de rodillas o andando. Muchas veces vi que ponía su vara atravesada en una rama y entonces venían volando a su llamada muchos pájaros variopintos que se posaban en fila en la vara. Los contemplaba y hablaba con ellos familiarmente, como si les diera clase. También le vi ir a las madrigueras de otras fieras, a las que daba de comer y contemplaba atentamente.

[Herodes manda apresar y matar a Zacarías. Isabel se va al desierto con Juan y muere en él. Juan se interna más en el desierto.]

Cuando Juan estaba en el desierto y tenía aproximadamente seis años de vida, Zacarías fue una vez al Templo con rebaños para el sacrificio, e Isabel aprovechó su ausencia para ir a ver a su hijo en el desierto. Zacarías nunca había estado con Juan en el desierto por si Herodes le preguntaba dónde estaba su hijo, poder contestarle la verdad: que no sabía donde estaba. Pero para satisfacer sus muchas ganas de ver a Juan, éste volvió del desierto varias veces con todo secreto y por la noche a casa de sus padres y se quedaba una temporadita en ella. Probablemente le llevara su ángel de la guarda para que Juan pudiera estar allí sin peligro. Siempre lo vi dirigido y protegido por altas potestades y muchas veces le vi con figuras luminosas como ángeles.

Juan estaba destinado por el Espíritu de Dios a criarse y educarse en el desierto, apartado del mundo y de los alimentos humanos normales. La Providencia dispuso que, obligado por circunstancias ajenas, lo llevaran al desierto adonde ya le llevaba su irresistible impulso natural, pues desde su niñez más temprana siempre lo he visto solitario y reflexivo.

Lo mismo que llevaron al Niño Jesús a Egipto por aviso divino, así también escondieron en el desierto a Juan, su predecesor. La gente también pensaba en él, pues desde sus primeros días hubo en el país muchas conversaciones sobre Juan, se conocían los prodigios de su nacimiento y se le había visto muchas veces rodeado de luz; por eso Herodes lo buscaba con ahínco.

Herodes ya había mandado varias veces interrogar a Zacarías sobre dónde estaba Juan, pero nunca le había puesto la mano encima. Sin embargo esta vez, cuando Zacarías iba al Templo, soldados de Herodes que le acechaban le sorprendieron y maltrataron gravemente en el desfiladero delante de la Puerta de Belén, un sitio desde el cual todavía no se ve Jerusalén. Lo arrastraron a una prisión que hay en esa ladera del Monte Sión por la

que después vi muchas veces pasar a los discípulos de Jesús que iban camino del Templo. Lo torturaron mucho en la prisión e incluso lo sometieron al potro para arrancarle la confesión de dónde estaba su hijo, y como no lo consiguieron, lo acuchillaron por orden de Herodes.

Más adelante, sus amigos enterraron su cuerpo, no lejos del Templo. Pero este Zacarías no era el Zacarías que fue asesinado entre Templo y altar, el que vi salir del muro del Templo junto al oratorio del anciano Simeón al desprenderse su tumba del muro cuando resucitaron los muertos a la muerte de Cristo. En aquella ocasión se derrumbaron en el Templo varias tumbas secretas.

El motivo de que asesinaran a Zacarías entre Templo y altar fue unos que peleaban por el linaje del Mesías y por ciertos derechos, puestos y lugares de determinadas familias en el Templo; por ejemplo, no todas las familias podían llevar a educar sus hijos al Templo. En esto me acordé que una vez vi que Hanna cuidaba de un chico en el Templo, creo que era hijo de un rey cuyo nombre se me ha olvidado. Zacarías fue el único asesinado en estas luchas; su padre se llamaba Baraquías[6].

Isabel regresó del desierto a Juta en la época en que esperaba que regresara su marido. Juan la acompañó un trecho del camino, luego ella le bendijo en la frente y lo besó y Juan se apresuró a regresar despreocupadamente al desierto. Isabel se encontró en casa la terrible noticia del asesinato de Zacarías y se sumió en un duelo y una pena tan grande que no podía encontrar descanso en Juta y se apresuró a irse para siempre con Juan al desierto, y allí murió no mucho después, antes que la Sagrada Familia volviera de Egipto. El esenio del Monte Horeb que ayudaba siempre al pequeño Juan la enterró en el desierto.

Entonces Juan se internó aún más en el desierto. Abandonó el barranco rocoso, fue a una comarca más abierta y le vi llegar por lo salvaje a una laguna que tenía una playa llana de arena blanca. Le vi internarse mucho andando en el agua, y que todos los peces venían nadando hacia él sin temor; Juan tenía mucha familiaridad con ellos. Vivió mucho tiempo en este paraje, y se tejió con ramas una choza para dormir en el boscaje; la choza era bajita y no mayor que para tumbarse dentro a dormir.

Aquí, más adelante le vi muy a menudo con figuras luminosas o ángeles, con quienes iba humilde y piadoso, pero totalmente infantil, confiado y sin asustarse. Parecían enseñarle y llamaban su atención sobre cosas de todo género. Entonces vi que sujetó un palito atravesado en su vara para que formara una cruz, y puso en ella una tira ancha de corteza de haya o de árbol como un gallardete con el que jugaba yendo y viniendo para que flotase.

En la casa paterna de Juan en Juta, cerca de Hebrón, vivía ahora la hija de una hermana de Isabel; la casa estaba completamente amueblada. Ya más crecido, Juan aún volvió en secreto una vez a su casa, pero regresó enseguida y se internó aún más en el desierto, hasta que apareció en medio de los hombres, lo cual se me comunicó más adelante.

MATAREA

[La Santísima Virgen descubre un manantial junto a su vivienda. José arregla el manantial enterrado. Una antigua piedra de sacrificios junto a la fuente. El niño Jesús saca agua para otros niños. Preocupación de la Santísima Virgen cuando Jesús fue por agua por primera vez. El Niño Jesús sirve a sus padres. De camino al lugar judío, un ángel anuncia a Jesús la muerte de Herodes. Su pesadumbre por la abyección de aquellos judíos.]

También en Matarea, donde los habitantes se valían del agua turbia del Nilo, María encontró en oración otro manantial. Al principio padecían gran necesidad y tuvieron que vivir de fruta y agua mala. Hacía mucho tiempo que no tenían agua buena, y José quería ir a buscarla al desierto con un odre y el asno, a la fuente de los balsameros, cuando en esto un ángel se apareció en oración a la Santísima Virgen y la avisó que detrás de su vivienda había un manantial.

María anduvo por encima del muro donde estaba su vivienda, y luego bajó a un espacio despejado entre muros caídos, donde se alzaba un grueso árbol añoso; llevaba en la mano un bastón con una paleta en el extremo, cosa que allí solían llevar cuando iban de viaje. Pinchó con ella la tierra cerca del árbol y brotó un hermoso chorro de agua clara.

Muy contenta se apresuró a llamar a José, quien al excavar descubrió que la parte más honda de la fuente ya había estado revestida de obra antigua, solo que estaba seca y llena de tierra. José la restauró y la revistió muy bien con piedras.

Junto a la fuente, por el lado por donde llegó María, había una gran piedra casi como un altar y pienso que había sido altar alguna vez aunque ahora he olvidado en qué ocasión. En lo sucesivo, cuando la Santísima Virgen lavaba, muchas veces ponía a secar al sol en ella los pañales y los trajes de Jesús.

Esta fuente permaneció desconocida y solo en uso por la Sagrada Familia hasta que Jesús creció tanto que ya hacía todos los recados y también iba a buscar agua para su madre. Una vez llevó a otros niños a beber al pozo, y les sacó el agua para beber con una hoja cóncava doblada. Como los niños se lo contaron a sus padres, también vinieron a la fuente que, no obstante quedó reservada principalmente para uso de los judíos.

Vi también la primera vez que Jesús fue por agua para su madre. María estaba rezando de rodillas en la bóveda y Jesús se fue de puntillas con un odre por agua a la fuente; era la primera vez. Cuando lo vio regresar, María se conmovió indeciblemente y le rogó de rodillas que no volviera a hacerlo para que no se cayera al pozo. Jesús la dijo que tendría cuidado, pero que quería traerla agua siempre que la necesitara.

El pequeño Jesús hacía todo género de pequeños servicios a sus padres con toda atención y cuidado. Vi por ejemplo que cuando José trabajaba no lejos de casa y se había dejado alguna herramienta, el niño iba enseguida a traerla. Atendía a todo. Creo que la alegría que tenían con él tuvo que superarles todas sus penas. También vi que a veces Jesús iba al lugar judío, que estaba a una buena milla de Matarea, a buscar el pan con que pagaban el trabajo de su madre.

En este país había muchos animales horribles, pero no le hacían nada; eran muy amistosos con él. Lo he visto jugar con serpientes.

Cuando fue por primera vez al lugar judío, ya no estoy segura si tenía cinco o siete años, llevó por primera vez la túnica marrón con flores amarillas por abajo que le tejió la Santísima Virgen. Vi que se arrodilló a rezar por el camino y se le aparecieron dos ángeles que le anunciaron la muerte de Herodes el Grande. Jesús no se lo dijo a sus padres, no sé por qué razón, si por humildad, porque el ángel se lo prohibiera, o porque sabía que todavía no debían abandonar Egipto.

Una vez lo vi ir también al lugar judío con otros niños judíos, pero cuando volvió a casa lloró amargamente por la abyección de los judíos del lugar.

LA FUENTE DE MATAREA

[Job vivió aquí antes de Abraham y descubrió la fuente. De la patria de Job y sus

migraciones. Trae una novia al rey de Egipto y vive cinco años en este lugar. La religión de Job, su imagen de Dios. Su repugnancia por las supersticiones de los egipcios. Algo sobre el destino de Job y su libro.]

La fuente de Matarea no es que se formara aquí por primera vez a causa de la Santísima Virgen, sino que solamente volvió a manar de nuevo. Estaba llena de tierra, pero por dentro estaba todavía completamente revestida. Mucho tiempo antes que Abraham, Job estuvo en Egipto y vivió en esta al dea y este sitio. Él fue quien encontró la fuente y hacía ofrendas sobre la piedra grande que ahora estaba aquí tirada.

Job era el menor de trece hermanos. Su padre era un gran jefe de tribu en la época que se construía la Torre de Babel; de un hermano suyo procedió la estirpe de Abraham. Los linajes de estos dos hermanos se casaban muchas veces entre sí.

La primera mujer de Job era de esta estirpe de Faleg. Y cuando Job ya había sufrido muchos infortunios y se había mudado de lugar tres veces, aún se casó con tres mujeres más del linaje de Faleg, por cuya razón Job era trasabuelo de la madre de Abraham.

El padre de Job se llamaba Joctán, hijo de Heber, y vivía al norte del Mar Caspio en el paraje de una montaña que hace mucho calor en uno de sus lados y por el otro es fría y está llena de hielo. En aquel país había elefantes.

En el sitio donde Job se mudó por primera vez y donde empezó su propia familia, los elefantes no hubieran podido andar bien porque era muy pantanoso. Es un país que está al norte de una montaña que está entre dos mares, de los cuales, antes del Diluvio, el mar occidental era también una alta montaña en la que vivían ángeles malignos que tomaban posesión de los humanos[7].

Había allí una mísera región pantanosa, donde creo que ahora vive un pueblo de ojos pequeños, nariz aplastada y pómulos altos. Allí le sobrevino a Job su primer infortunio, y a continuación se fue al Sur a través del Cáucaso a empezar de nuevo.

Desde esta comarca, Job hizo una gran expedición en caravana a Egipto, donde entonces reinaban extranjeros que eran de la patria de Job, reyes de pueblos pastores. Uno de los reyes era de la misma comarca que Job y otro del más lejano de los países de los Reyes Magos. Solo dominaban una parte de Egipto y más adelante un rey egipcio los expulsó. Una vez se congregó en una ciudad una inmensa muchedumbre de este pueblo pastor, pues habían inmigrado allí.

El rey pastor que procedía de la comarca de Job quería para su hijo una mujer del Cáucaso, de su mismo pueblo, y Job llevó a Egipto con una gran caravana a la novia del rey, que era pariente suya. La caravana traía treinta camellos y muchísimos criados con grandes regalos. Job era entonces un hombre todavía joven, alto, pelirrojo y de agradable color castaño amarillento.

En Egipto la gente era de un sucio color castaño. Por entonces Egipto no estaba muy habitado y solo había grandes muchedumbres en algunos sitios; y tampoco había construcciones muy grandes, que solo empezaron en la época que llegaron los hijos de Israel.

El rey honró mucho a Job y no lo quería dejar marchar. Le quería muchísimo y quisiera que se viniera con todo su clan. Le asignó para residir la ciudad donde después vivió la Sagrada Familia, que entonces era muy distinta. Job vivió en Egipto cinco años en el mismo sitio que la Sagrada Familia; fue Dios quien le mostró aquel manantial, y en su servicio divino sacrificaba sobre aquella gran piedra.

Job era pagano, pero un hombre justo que reconocía al verdadero Dios, al que adoraba como Creador al contemplar la Naturaleza, las constelaciones y los cambios de luz.

Hablaba con Dios muy a gusto de sus maravillosas criaturas. No adoraba ninguna imagen de animal horrible como hacían otras tribus de entonces, pero había imaginado para sí una imagen del verdadero Dios; una pequeña imagen humana con rayos en torno a la cabeza que pienso que también estaba alada. Tenía las manos unidas bajo el pecho, y en ellas llevaba una bola en la que estaba representada una barquilla en las olas que quizá representara el Diluvio. En su servicio divino quemaba semillas ante esta imagencita. Más adelante se introdujeron en Egipto imágenes como ésta, sentadas en una cátedra y con un dosel encima.

Job encontró en esta ciudad una idolatría horrible que procedía todavía de las supersticiones mágicas que se hacían cuando la construcción de la Torre de Babel; tenían un ídolo con una cabeza de buey ancha y en punta por arriba, como dirigida a lo alto, con el morro abierto y los cuernos muy curvados para atrás. Estaba hueca, encendían fuego en su interior y le ponían niños vivos en sus brazos ardientes. Vi que sacaban algo de los agujeros de su cuerpo.

La gente de aquí era de color parduzco y la tierra estaba llena de fieras espantosas. Volaban de acá para allá grandes bandadas de grandes animales negros con fauces de fuego; allí donde volaran salía de ellos como fuego. Lo envenenaban todo y marchitaban los árboles donde se posaban. Vi también animales como topos, con las patas traseras largas y las delanteras cortas, que podían saltar de una azotea a otra. En las cuevas y entre las rocas acechaban animales espantosos que se enroscaban a la gente y la asfixiaban. En el Nilo vi una fiera gorda y maciza con feos dientes y patas gordas y negras; era del tamaño de un caballo, pero también tenía algo porcino.

Todavía vi muchos más animales horribles, pero la gente de aquí era aún más abominable, y Job, al que con sus oraciones vi librar de fieras dañinas la comarca donde vivía, sentía tal repugnancia por esta gente atea que en sus quejas a sus acompañantes a menudo expresaba que prefería vivir con las fieras horribles que con esta gente desvergonzada.

Muchas veces le veía mirar con nostalgia a Oriente, su patria, que está algo más al sur que el país, más alejado aún, de los Reyes Magos. Job vio prefiguraciones proféticas de la llegada de los hijos de Israel aquí a este país, y una visión general de la salvación de la Humanidad, así como de las pruebas que él tendría que afrontar. No se dejó convencer para quedarse, y al cabo de cinco años volvió a salir de Egipto con sus acompañantes.

Entre las pruebas que sufrió tuvo intervalos: la primera vez nueve años de tranquilidad, la segunda siete y la tercera doce.

Las palabras del libro de Job: « Y cuando el mensajero de la desgracia todavía estaba hablando » quieren decir: « Esta desgracia estaba todavía en boca de la gente cuando le sobrevino la siguiente » . Job pasó sus penas en tres lugares diferentes. La última desgracia y la restauración de todo su bienestar le ocurrieron en la comarca llana que hay justo a oriente de Jericó, en la que había incienso, mirra y también una mina de oro; hacían forja y muchas cosas más.

En otra ocasión aún vi muchas más cosas del carácter de Job que contaré más adelante; ahora solo quiero decir que la historia de Job y sus conversaciones con Dios las copiaron de sus labios dos fieles criados que eran como sus administradores y que se llamaban Hai y Ois o Uis[8].

Esta historia, considerada santa por sus descendientes, llegó de generación en generación a Abraham y sus hijos, que fueron educados en consecuencia. La historia llegó a Egipto con los hijos de Israel y Moisés la resumió para consuelo de los israelitas durante la

opresión egipcia y la marcha por el desierto, pues era mucho más larga y no hubieran entendido mucho de ella. Salomón la volvió a reelaborar y de ese modo se convirtió en un libro edificante, repleto de la sabiduría de Job, de Moisés y de Salomón. Por eso es difícil conocer la verdadera historia de Job, porque acomodaron los nombres de pueblos y lugares a los del país de Canaán, y así suele creerse que Job era edomita porque la última comarca en que vivió la habitaron mucho después de su muerte los edomitas descendientes de Esaú. Cuando nació Abraham, Job aún podía estar vivo.

LA FUENTE DE MATAREA

[Abraham vivió mucho tiempo junto a ella. También estuvo Lot. Abraham recuperó aquí su registro genealógico, que le habían robado. Por qué quería el faraón a la mujer de Abraham. Carácter de los egipcios. Abraham recibe su registro genealógico y abandona el país. Algo más de la fuente de Matarea hasta la época cristiana.]

Durante su estancia en Egipto, Abraham también tuvo sus tiendas aquí junto a la fuente en la que le he visto enseñar al pueblo[9].

Abraham vivió en este país varios años con Sara y con algunos hijos e hijas cuyas madres se habían quedado en Caldea; su hermano Lot también estaba aquí con su familia, aunque ya no sé qué lugar le asignaron. Abraham fue a Egipto por orden de Dios: la primera vez, a causa de una hambruna en el país de Canaán, y la segunda para recuperar un tesoro de familia que se había llevado la hija de una hermana de la madre de Sara, una mujer de la familia de Job, de la raza del pueblo pastor que en tiempos dominó una parte de Egipto que había venido aquí como criada de servir y luego se había casado con un egipcio; su descendencia formó una tribu cuyo nombre he olvidado. Agar, la madre de Ismael, era descendiente suya y por tanto también de Sara[10].

Aquella mujer había robado aquel tesoro familiar igual que Raquel robó los dioses de Labán, y lo había vendido en Egipto por una gran suma de dinero. De este modo, a través de ella, el tesoro llegó a poder del rey y los sacerdotes. El tesoro era el registro genealógico de los hijos de Noé y en especial, de los hijos de Sem hasta la época de Abraham, y consistía en una serie de piezas de oro triangulares enganchadas entre sí para formar una cadena. El conjunto era como un platillo de balanza con sus cadenillas.

Las cadenillas estaban formadas por las piececitas triangulares encadenadas; algunas de ellas tenían líneas colaterales. En las piececitas estaban incisos los nombres de los miembros del linaje. Todas las cadenillas venían a parar al centro de la tapa y descansaban juntas en el platillo de la balanza; cuando se bajaba la tapa con las cadenas, el platillo de la balanza quedaba cerrado como una cajita.

Las monedas sueltas eran gruesas y amarillas, y los engarces, delgados y blancos como plata. Todo brillaba. Muchas piezas amarillas tenían otras colgando. He oído también cuántos siclos (que era cierta suma de dinero) importaba el total pero lo he vuelto a olvidar. Los sacerdotes egipcios habían hecho toda clase de cálculos con este árbol genealógico, pero sus cuentas, larguísimas, estaban completamente equivocadas.

Por medio de sus astrólogos y pitonisas supieron por que Abraham había llegado a este país, y que además, él y su mujer eran del linaje más excelso y que sería padre de una familia elegida. En sus adivinaciones siempre investigaban los linajes más nobles para procurar contraer matrimonios con ellos; de este modo Satanás llevaba los linajes puros a la violencia y la impudicia y los envilecía.

Abraham, que temía que los egipcios quisieran matarle a causa de la belleza de su

mujer Sara, la presentó como su hermana, lo que tampoco era mentira pues era hermanastra suya, hija de su padre Téraj con otra mujer (*Gn* 20, 12).

El rey hizo llevar a Sara a su palacio y la quería tomar por esposa. Ambos, Abraham y Sara, se afligieron mucho e imploraron la ayuda de Dios, y Dios castigó con una enfermedad al rey, a todas sus mujeres y a la mayoría de las mujeres de la ciudad. Espantado por ello, el rey se informó, oyó que Sara era esposa de Abraham y se la devolvió rogándole que se fuera de Egipto tan pronto como pudiera, porque ya se había dado cuenta que Dios los protegía.

Los egipcios eran un pueblo maravilloso: por un lado eran muy orgullosos y se consideraban los más grandes y más sabios, pero por otro eran también extraordinariamente pusilánimes y rastreros, y cedían en cuanto temían que hubiera un poder superior al suyo. Esto les pasaba porque no estaban bien seguros de sus conocimientos, ya que la mayor parte de lo que sabían eran adivinaciones de doble sentido que podían anunciar buena cantidad de consecuencias enmarañadas y contradictorias. Como los egipcios creían que todo era milagroso, cada vez que algo se apartaba de sus predicciones se asustaban enseguida.

Abraham, al pedir trigo, se había dirigido muy humildemente al rey llamándole « padre de los pueblos », con lo que se ganó su buena voluntad y el rey le hizo muchos regalos. Ahora que le habían devuelto a Sara y le rogaban que abandonara el país, Abraham dijo al rey que no podía irse sin el árbol genealógico que le pertenecía, y le contó con todo detalle la forma en que este árbol había venido hasta aquí. Entonces el rey mandó venir a los sacerdotes, que dieron gustosos a Abraham lo que le pertenecía, pero antes le pidieron que les dejase copiarlo todo, como así se hizo. Luego Abraham regresó con su séquito al país de Canaán.

De la fuente de Matarea todavía he visto muchas cosas hasta de nuestros tiempos, de las que recuerdo lo siguiente:

Ya en tiempos de la Sagrada Familia, los leprosos la utilizaron como fuente milagrosa. Mucho tiempo después, cuando ya habían construido una pequeña iglesia cristiana en el lugar de la vivienda de María, arriba, justo al lado del altar, se bajaba a la cueva donde la Sagrada Familia estuvo tanto tiempo hasta que José instaló bien la vivienda. En esta época, la fuente estaba rodeada de gente que vivía allí y que utilizaba el agua para curarse de distintas clases de lepra. También vi que había quienes se bañaban allí para quitarse secreciones malignas. Esto era cuando los mahometanos estaban aquí. Vi que también los turcos mantenían siempre una luz en la « iglesia de la Vivienda de María », pues temían alguna desgracia si descuidaban encenderla.

En tiempos más recientes he visto la fuente solitaria y a bastante distancia de cualquier vivienda; la ciudad ya no está allí, y por los alrededores crecen distintos frutales silvestres.

CULTO DEGENERADO DE LOS JUDÍOS EGIPCIOS

[El templo y el arca de la alianza del lugar judío. Un ángel ordena a José que abandone Egipto. Despedida y regalos de los habitantes. Mira, a la que María había pedido un hijo, hace regalos a Jesús. Partida; los amigos les acompañan hasta la fuente del huerto de Balsameros. Ropa de los viajeros. Rameses. Atraviesan un canal. Permanecen tres meses en Gaza. Jesús tiene siete años y nueve meses. Ana todavía está viva.]

Finalmente, vi también cómo salió de Egipto la Sagrada Familia. Ciertamente

Herodes ya había muerto antes, pero aún no podían volver porque había peligro. A San José, la estancia en Egipto se le hacía cada día más pesada. La gente tenía una idolatría horrible; incluso sacrificaban niños con malformaciones, y a quien sacrificaba un niño sano aún lo creían más piadoso.

También el lugar judío estaba metido en estos horrores. Tenían un templo que decían que era como el de Salomón, una vanidad risible pues era muy distinto. Tenían un Arca de la Alianza que habían copiado y dentro habían puesto figuras impúdicas, y realizaban cosas horribles. Ya no cantaban los salmos.

En la escuela de Matarea, José lo había organizado todo correctamente. El sacerdote idólatra que había hablado a favor de la Sagrada Familia cuando se cayeron los ídolos en la pequeña ciudad junto a Heliópolis, se trasladó aquí con otras personas y se insertaron en la comunidad judía.

Vi a San José afanado en su trabajo de carpintero, muy dolido al final de la jornada porque no le daban su jornal y no podía llevar nada a casa, donde hacía mucha falta.

En este apuro se arrodilló en un rincón al aire libre, se quejó a Dios de su necesidad y le imploró ayuda. A la noche siguiente un ángel vino a él en sueños y le dijo que los que buscaban al niño estaban muertos, que debía levantarse y prepararse para salir de Egipto a casa por la carretera militar usual. No debía preocuparse pues el ángel estaría con él.

San José dio a conocer la orden de Dios a la Santísima Virgen y al Niño Jesús, y se prepararon rápidamente para el viaje de vuelta con total obediencia, igual que habían hecho cuando les avisaron que huyeran a Egipto.

A la mañana siguiente, cuando se supo su decisión, vino mucha gente apenada a despedirse con toda clase de regalos en pequeños envases de corcho. Esta gente estaba sinceramente apenada; algunos eran judíos, pero muchos más eran paganos convertidos. Los judíos en todo este país habían caído en tales supersticiones que casi no se los podía reconocer como tales. También hubo quienes se alegraron de que se fuera la Sagrada Familia, pues los tenían por hechiceros que todo lo conseguían por medio de los espíritus malignos más poderosos.

Entre la buena gente que les traía regalos vi también madres con chiquillos que habían sido compañeros de juegos de Jesús, y en particular una mujer principal de esta ciudad con un hijito de pocos años al que solía llamar « hijo de María », pues durante mucho tiempo esta mujer había anhelado tener hijos y Dios la bendijo con este chiquillo por la oración de la Santísima Virgen. La mujer se llamaba Mira, y el niño, Deodato[11].

Esta señora regaló dinero a Jesús: piececitas triangulares amarillas, blancas y castañas. Al recibirlo, Jesús miró a su madre.

Cuando José terminó de empacar y cargar en el burro los enseres más necesarios, emprendieron viaje acompañados de todos estos amigos. Todavía llevaban la misma cabalgadura en que María viajó a Belén. Durante la huida a Egipto habían tenido también una borriquilla, pero José la tuvo que vender por necesidad.

Pasaron entre On y el lugar judío, y en On doblaron un poco al Sur en dirección a la fuente que había brotado por la oración de María antes de que llegaran por primera vez a On o Heliópolis. Aquí todo se había puesto verde y la fuente regaba todo alrededor un huerto rodeado por un seto cuadrado de balsameros.

El sitio tenía una entrada que era más o menos tan grande como el picadero del duque [se refería al duque de Croy en Dülmen] y dentro habían crecido en el medio frutales jóvenes, palmeras datileras, sicomoros y cosas parecidas.

Los balsameros eran ya tan grandes como vides de regular tamaño. José había hecho

pequeños recipientes de corteza de árbol que por algunos sitios estaban pegajosos, pero que eran muy lisos y graciosos. Allí donde descansaban durante el viaje, José muchas veces hacía recipientes de éstos para distintos usos. Arrancaba las hojas en forma de trébol de los pámpanos rojizos de los balsameros, y colgaba en ellos sus recipientes de corteza para recoger las gotas de bálsamo que fluían, a fin de tomarlas luego durante el viaje.

Sus acompañantes se despidieron aquí muy emocionados, pero ellos se quedaron varias horas. La Santísima Virgen lavó y secó algunas cosas, se refrescaron en el agua y llenaron el odre para el viaje, que después emprendieron por el camino militar, que era lo normal. He visto muchos cuadros de este viaje de vuelta, pero siempre sin peligro.

Para protegerse del sol, Jesús, que ya era un muchacho, así como María y José, llevaban en la cabeza un disco de corteza delgada de árbol, sujeto con un pañuelo bajo la barbilla. Jesús llevaba puesta su túnica parda y unas alpargatas de cáñamo que le había hecho José, atadas hasta medio pie. María solo llevaba sandalias.

Muchas veces los he visto preocupados porque andar por la arena caliente era muy penoso para el chiquillo, y los veo pararse a menudo a sacudir la arena de las sandalias. A menudo tenían que sentarlo en el burro para que descansara. Atravesaron algunas ciudades y pasaron de largo por otras; se me han olvidado los nombres pero aún me acuerdo de Rameses. Pasaron un curso de agua que va del Mar Rojo al Nilo y que [muchos años después] también atravesó el Señor en su viaje.

En realidad José no quería volver a Nazaret sino quedarse en Belén, la ciudad de sus padres. Sin embargo todavía no estaba decidido porque en la Tierra Prometida oyó que ahora gobernaba en Judea Arquelao, que también era muy cruel.

Cuando la Sagrada Familia llegó a Gaza se quedaron allí tres meses. En esta ciudad vivían muchos paganos. Pero entonces a José se le apareció otra vez un ángel en sueños que le ordenó volver a Nazaret, lo que también esta vez hizo enseguida. Ana estaba todavía viva, y ella y algunos parientes supieron la estancia de la Sagrada Familia [en Gaza]. Volvieron de Egipto en septiembre. Jesús tenía ocho años menos tres semanas.

17
LA SAGRADA FAMILIA EN NAZARET

{En la casa de Nazaret había tres divisiones. La mayor y más arreglada era para María, adonde acudían José y Jesús para rezar en común; rezaban en voz alta, de pie y con las manos cruzadas sobre el pecho. A menudo los he visto rezar a la luz de una lámpara de varias mechas. En la pared había un candelero donde brillaba una luz. Fuera de esto, cada uno estaba en su propio compartimento. José trabajaba en su taller: lo vi hacer listones, tallar palos, cepillar maderas o transportar vigas. Jesús le ayudaba en estos trabajos. María estaba de ordinario ocupada en coser y hacer punto sentada sobre las piernas cruzadas y teniendo a su alcance una cestita de costura. Cada uno dormía en un lugar aparte. Los lechos consistían en mantas que se arrollaban por la mañana.

He visto a Jesús hacer toda clase de trabajos para sus padres, en casa y en la calle, ayudando, con gracia y benevolencia, a todo el que se encontrase necesitado. Cuando no ayudaba a José se entregaba a la oración y la meditación. Era un modelo para todos los niños de Nazaret que lo querían bien y se guardaban mucho de disgustarle. Los padres solían decir a sus criaturas cuando se portaban mal:

—¿Qué dirá el hijo de José cuando sepa como te portas?… ¿Es que quieres darle un disgusto?

A veces llevaban a sus hijos delante de Jesús pidiéndole que les dijera que no hicieran esto o aquello. A veces rezaba con ellos pidiendo a Dios fuerzas para que se corrigieran, los convencía de que mejorasen y de que pidiesen perdón a sus padres reconociendo sus faltas.

A una hora más o menos de Nazaret, hacia Séforis, había una aldea llamada Ofna donde en tiempos de Cristo vivían los padres de Santiago y Juan. Estos niños se encontraban con Jesús con frecuencia hasta que sus padres se trasladaron a Betsaida y ellos se dedicaron a la pesca. En Nazaret vivía una familia esenia emparentada con Joaquín que tenía cuatro hijos: Cleofás, Jacobo, Judas y Jafet, unos mayores y otros más pequeños que Jesús, que también eran compañeros suyos. Sus padres solían juntarse con la Sagrada Familia cuando iban a las fiestas del Templo de Jerusalén. Los cuatro hermanos fueron más tarde discípulos de Juan el Bautista y después de su muerte pasaron a ser discípulos de Cristo. Cuando Andrés y Saturnino atravesaron el Jordán permanecieron todo el día con Jesús. Más adelante estuvieron en calidad de discípulos suyos en las bodas de Caná. Cleofás es el mismo que en compañía de San Lucas se les apareció Jesús en Emaús; estaba casado y vivía en Emaús. Su mujer se unió más adelante a las santas mujeres de la comunidad cristiana.}

—EL NIÑO JESÚS EN EL TEMPLO

{Cuando Jesús tenía ocho años fue por primera vez con sus padres a Jerusalén y desde entonces iba año tras año a las festividades del Templo. Desde su primera aparición en el Templo, Jesús despertó curiosidad entre sus amigos y entre los escribas y fariseos del Templo. Los parientes y amigos de Jerusalén hablaban de aquel niño tan prudente y piadoso, hijo de José, y lo llamaban admirable, tal como aquí hablamos, en las romerías anuales o en los encuentros de personas conocidas de éste o aquél niño piadoso y modesto

de alguna familia de labradores. Así pues, cuando Jesús se quedó en el Templo tenía amigos y conocidos en Jerusalén, y por eso no se extrañaron sus padres de no verlo al salir de Jerusalén, porque ya desde la primera vez que fue al Templo hasta ésta que era la quinta, solía juntarse con los niños de otras familias que viajaban camino de Nazaret.

Esta vez Jesús, al llegar al Huerto de los Olivos, se separó de sus acompañantes, que pensaron que lo hacía para juntarse con sus padres que venían detrás. Jesús se dirigió a la parte de la ciudad que mira hacia Belén y fue a aquella posada donde se hospedó la Sagrada Familia cuando fue al Templo a la Presentación. Sus padres creían que estaría con los que iban a Nazaret, y éstos pensaban que se apartaba de ellos para reunirse con sus padres. Pero cuando llegaron a Gofna y advirtieron que Jesús no estaba con los viajeros, el susto de María y de José fue muy grande. Inmediatamente volvieron a Jerusalén preguntando por el camino a los parientes y amigos por el niño; pero no lo encontraron por ningún lado pues no se había quedado donde solían hacerlo ordinariamente al ir al Templo.}

{Jesús pasó la noche en la posada cercana a la Puerta de Belén donde lo conocían a él y a sus padres. Se juntó con otros muchachitos y fue a dos escuelas que había en la ciudad; el primer día a una escuela y el segundo a otra. El tercer día estuvo por la mañana en una escuela del Templo y por la tarde en el Templo propiamente dicho donde finalmente lo encontraron sus padres. Estas escuelas eran de diversas clases y no solamente para aprender la Ley y la religión. Se enseñaban diversas ciencias, y la última de ellas, situada junto al Templo, era de donde salían los levitas y sacerdotes.

Con sus preguntas y respuestas asombró tanto el niño a los maestros y rabinos de estas escuelas, y los estrechó tanto, que éstos se propusieron a su vez humillar al niño con los rabinos más sabios en las diferentes ramas del saber humano. Con este fin se confabularon los sacerdotes y los escribas, que al principio estaban complacidos de la preparación del Niño Jesús, pero luego quedaron mortificados y querían vengarse.

Esto ocurrió en el aula pública situada en el vestíbulo del Templo, delante del Santo de los Santos, en el ámbito circular desde donde más tarde Jesús enseñó al pueblo. Vi sentado al Niño Jesús en una silla que era muy grande para él, y alrededor una multitud de judíos y ancianos con vestiduras sacerdotales que escuchaban atentos y parecían tan furiosos que por momentos pensé que lo maltratarían. En la parte alta de la cátedra había unas cabezas pardas como de perros que lucían y relumbraban en sus puntos más altos; tales figuras y cabezas se veían en las mesas largas de cocina que había en la parte lateral de este recinto del Templo y que estaban llenas de ofrendas. Todo este espacio era tan grande y amplio y estaba tan lleno de gente que uno no creía estar en un Templo.

Como Jesús había aducido en las otras escuelas en sus respuestas y explicaciones toda clase de ejemplos de la Naturaleza, las artes y las ciencias, aquí se habían reunido maestros de todas estas disciplinas. Cuando comenzaron a preguntarle y a disputar en particular con Jesús sobre estas materias, Él les dijo que eso no era propio de este lugar del Templo; pero que también en eso quería satisfacerlos por ser así la voluntad de su padre. Como ellos no comprendían que hablaba del Padre Celestial, pensaron que José le había dicho que hiciera alarde de toda su ciencia delante de los sacerdotes. Jesús comenzó a responder y a enseñar sobre medicina describiendo el cuerpo humano y diciendo cosas que no sabían ni los más entendidos en la materia.

Habló asimismo de astronomía, arquitectura, agricultura, geometría y matemáticas; luego pasó a la jurisprudencia. De este modo, todo lo que iba diciendo lo aplicaba tan bellamente a la Ley, las promesas, las profecías, el Templo y los misterios del culto y del sacrificio, que algunos estaban sumamente admirados, mientras que otros estaban

avergonzados y disgustados. Así fueron las cosas hasta que todos quedaron corridos y muy molestos, especialmente al oír cosas que jamás habían oído ni entendido, o que interpretaban de manera muy diferente.

Llevaba varias horas enseñando cuando José y María entraron en el Templo y preguntaron por su hijo a los levitas que los conocían, que les dijeron que estaba en el atrio con los escribas y sacerdotes. No siendo éste un lugar accesible para ellos, enviaron a un levita a buscar a Jesús, quien envió a decirles que primero tenía que terminar su trabajo. Que Jesús no viniera afligió mucho a María; pues era la primera vez que Jesús daba a entender que tenía otros mandatos distintos de los de sus padres de la Tierra.

Continuó enseñando al menos una hora más, y cuando todos se vieron derrotados, confusos y corridos en sus preguntas capciosas, dejó el aula y se acercó al vestíbulo de Israel y de las mujeres. José, tímidamente, callaba lleno de admiración pero María se acercó a Jesús y le dijo:

—Hijo ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo te hemos buscado con tanto dolor.— Y Jesús dijo:

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar en las cosas de mi Padre?

Ellos no lo entendieron y regresaron con él inmediatamente. Los que habían oído estas palabras estaban asombrados y se quedaron mirándolo. Yo estaba llena de temor y me parecía que querían capturarlo porque estaban llenos de encono contra el niño. Me asombró que dejasen partir tranquilamente a la Sagrada Familia, a la que la muchedumbre apiñada en aquel lugar abrió ancho camino.

La doctrina de Jesús excitó vivamente la atención de los escribas; algunos anotaron sus dichos como algo notable. Se hicieron toda clase de comentarios y murmuraciones sobre el particular, pero todo lo que había ocurrido en el Templo se lo guardaron para sí, tergiversando las cosas y calificando al niño de intruso y atrevido al que habían corregido. Sin duda tenía mucho talento, pero esas cosas había que pensarlas mejor.

Vi que la Sagrada Familia volvió a salir de Jerusalén y se reunió con dos mujeres y unos niños que yo no conocía, pero que parecían ser de Nazaret. Fueron por diversos lugares por varios caminos alrededor de Jerusalén, por el Monte de los Olivos, deteniéndose aquí y allá en los hermosos y verdes lugares de recreo y rezando con las manos cruzadas sobre el pecho. Los vi cruzar un puente grande sobre un arroyo. Aquel pequeño grupo, al caminar y rezar, me recordaba vivamente una peregrinación.}

—FIESTA EN CASA DE ANA

{Cuando Jesús estuvo de vuelta en Nazaret vi una gran fiesta en casa de Ana a la que asistieron todos los jóvenes y niñas de los parientes y amigos. No sé si sería una fiesta por el hallazgo del Niño Jesús, una solemnidad acostumbrada al regreso de Pascua, o la conmemoración del duodécimo aniversario de los hijos, que solía celebrarse. Jesús estaba allí como el principal festejado. Las mesas estaban bajo hermosas pérgolas de las que colgaban guirnaldas de hojas de parra y espigas. Los niños llevaban uvas y panecillos; estaban presentes treinta y tres niños, todos ellos futuros discípulos de Jesús, lo que guardaba relación con los años de vida de Jesús.

Durante la fiesta Jesús enseñó y contó a los niños una parábola maravillosa y poco comprendida de unas bodas donde el vino se convertiría en sangre y el pan en carne, y que ésta permanecería hasta el fin del mundo entre los convidados para su consuelo, fortaleza y vínculo de unión. A un joven llamado Natanael, pariente suyo, le dijo:

—Estaré en tus bodas.

A partir del duodécimo año de vida, Jesús fue siempre como el maestro de sus compañeros de infancia. A menudo estaba con ellos contándoles algo y paseando al aire libre. Después empezó a ayudar a José en su oficio. El Salvador era de figura delicada, rostro largo, ovalado y brillante; su color era sano pero pálido; el cabello, muy liso y rubio encendido, le caía en crenchas por su alta y serena frente hasta los hombros. Vestía una larga túnica entre gris y parduzca que le llegaba hasta los pies; las mangas se abrían algún tanto cerca de las manos.}

LA MUERTE DE SAN JOSÉ

{Jesús rondaba los treinta años cuando José se fue debilitando cada vez más. Muchas veces vi que Jesús y María estaban con él y que María se sentaba muchas veces en el suelo delante de su lecho o en un taburete de tres patas, redondo y bajo, que a veces utilizaba de mesa. Los vi comer pocas veces. A San José le llevaban a comer al lecho un plato con tres rebanadas cuadradas y blancas, como de dos dedos de largo, o frutas pequeñas en una taza. Le daban de beber en una especie de ánfora.

Cuando José murió, María estaba sentada a la cabecera de su lecho y lo tenía en brazos, mientras que Jesús estaba junto a su pecho. Vi el aposento lleno de ángeles y de resplandor. Le cruzaron las manos sobre el pecho, lo envolvieron en lienzos blancos, lo metieron en un cajón estrecho y lo depositaron en una hermosa caverna sepulcral que le había regalado un buen hombre. Además de José y de María, pocas personas acompañaron su ataúd, que yo veía en cambio entre ángeles y resplandores.

San José tuvo que morir antes que el Señor porque no hubiera podido sufrir la crucifixión; estaba demasiado débil y era demasiado amoroso. Ya fueron para él grandes padecimientos las persecuciones que tuvo que soportar el Señor entre sus veinte y sus treinta años por toda suerte de maquinaciones por parte de los judíos que no lo podían sufrir. Decían que el hijo del carpintero quería saberlo todo mejor y estaban llenos de envidia porque muchas veces impugnaba la doctrina de los fariseos y siempre tenía consigo muchos jóvenes que le seguían. María sufrió infinitamente con estas persecuciones. A mí siempre me parecieron más grandes estas penas que los martirios efectivos. Es indescriptible el amor con que Jesús soportó en su juventud las persecuciones y añagazas de los judíos. Como iba con sus seguidores a la fiesta de Jerusalén y solía pasear con ellos, los fariseos de Nazaret le llamaban vagabundo. Muchos de estos seguidores luego no perseveraron y lo abandonaron.

Después de la muerte de José, Jesús y María se trasladaron a un pueblecito de pocas casas entre Cafarnaúm y Betsaida, donde un hombre de Cafarnaúm llamado Leví, que amaba a la Sagrada Familia, dio a Jesús una casita para vivir en un lugar apartado rodeada de un estanque de agua. En ella vivían también unos servidores de Leví para atender los quehaceres domésticos, y la comida la traían de casa de Leví. A este mismo pueblecito se retiró también el padre del apóstol San Pedro cuando dejó a éste su negocio de pesca en Betsaida. Jesús tenía entonces algunos adeptos en Nazaret, pero lo abandonaban con facilidad. Jesús ya iba con ellos al lago y a Jerusalén a las fiestas del Templo. La familia de Lázaro, de Betania, ya era conocida de la Sagrada Familia. Leví le había entregado esta casa para que Jesús pudiera refugiarse allí con sus discípulos sin ser molestado.

Había entonces en torno al lago de Cafarnaúm una comarca muy fértil, con hermosos valles, y he visto que recogían allí varias cosechas al año. El aspecto era muy

hermoso por el verdor, las flores y las frutas; por eso muchos judíos nobles tenían allí sus casas de recreo, castillos y jardines; también Herodes tenía una residencia. Los judíos de la época del Señor no eran como los de otros tiempos, pues estaban muy pervertidos por el comercio con paganos. A las mujeres no se las veía normalmente en público ni en el campo, a no ser a las muy pobres que recogían espigas de trigo. En cambio se las veía en la peregrinaciones a Jerusalén y en otros lugares de oración. El comercio y la agricultura las llevaban sobre todo esclavos y sirvientes. He visto todas las ciudades de Galilea, y donde ahora veo apenas dos o tres pueblecitos, había entonces un centenar repleto de gente en movimiento.

María Cleofás, que hasta ahora vivía en casa de Ana, cerca de Nazaret, con su tercer marido, el padre de Simeón de Jerusalén, se trasladó con su hijo Simeón a la casa de Nazaret cuando la dejaron Jesús y María, mientras que los criados y parientes se quedaron en la de Ana. En esta época, cuando Jesús se dirigió de Cafarnaúm a Hebrón pasando por Nazaret, María le acompaño hasta Nazaret, donde se quedó esperando su vuelta. María solía acompañar a su hijo con mucho cariño en estos cortos viajes. Acudieron allí José Barsabas, hijo de María Cleofás, que lo tuvo de su segundo marido Sabas, y otros tres hijos de su primer marido Alfeo: Simón, Santiago el Menor y Tadeo, que ejercían sus oficios fuera de casa. Todos fueron a consolarse viendo a María, a consolarla de la muerte de José, y también a volver a ver de nuevo a Jesús, a quien no habían vuelto a ver desde su infancia. Habían oído comentar las palabras de Simeón en el Templo y la profecía de Ana cuando la presentación de Jesús en el templo, pero apenas se las creían y por eso se unieron a Juan el Bautista, que ya había hecho su aparición en esos lugares.}

18
LA SANTÍSIMA VIRGEN EN ÉFESO[1]

1. EDAD DE MARÍA. MARÍA VA A ÉFESO CON JUAN. COLONIA CRISTIANA EN ÉFESO. UBICACIÓN. SITUACIÓN DE LA CASA DE MARÍA

[La mañana del 13 de agosto de 1822, Ana Catalina dijo:]

Esta noche he tenido una gran visión acerca de la muerte de la Santísima Virgen, pero ya he vuelto a olvidar casi todo[2].

Después de la Ascensión del Señor, María vivió tres años en Sión, tres en Betania y nueve en Éfeso, adonde Juan la llevó en cuanto los judíos pusieron a Lázaro y sus hermanas en el mar[3].

María no vivía en Éfeso mismo, sino en una comarca a unas tres horas y media de Éfeso donde ya estaban instaladas algunas de sus íntimas. La morada de María estaba en una montaña que está a la izquierda según se viene de Jerusalén. La montaña cae hacia Éfeso con fuerte pendiente. Viniendo del Sureste, Éfeso se ve en una montaña que parece estar inmediatamente delante, pero si se quiere seguir adelante hay que rodearla completamente. Delante de Éfeso hay alamedas con frutas amarillas caídas por el suelo. Un poco al Sur salen sendas estrechas que llevan a un monte de vegetación salvaje, y en lo alto de ese monte hay una llanura ondulada, también con vegetación y de media hora de extensión, en la que se habían instalado los cristianos. Es un paraje muy solitario que tiene muchas colinas fértiles y graciosas, y limpias cuevas de roca entre pequeños llanos arenosos; un paraje salvaje, pero no un desierto, con muchos árboles de sombra ancha, tronco liso y forma de pirámide diseminados por allí.

Cuando Juan trajo aquí a la Santísima Virgen ya había mandado construir su casa de antemano y ya vivían en este paraje familias cristianas y algunas santas mujeres; algunas moraban en cuevas de tierra o de roca, que ampliaban para vivir con zarzos ligeros de madera, y otras en frágiles cabañas de lona. Se habían trasladado aquí a causa de una violenta persecución, y como estaban refugiadas en las cuevas y lugares tal como los ofrecía la Naturaleza, sus viviendas eran como de ermitaños y en su mayor parte estaban separadas un cuarto de hora unas de otras. En su conjunto, la colonia parecía una aldea de campesinos diseminada.

Únicamente era de piedra la casa de María, y detrás de ella hay un trecho corto de camino que sube a la cima rocosa del monte, desde la cual, se ven por encima de las colinas y los árboles Éfeso, el mar y muchas islas. Este lugar de aquí está más cerca del mar que Éfeso, que debe estar a unas horas del mar. Esta comarca es solitaria y por aquí no viene nadie.

Cerca de aquí hay un castillo donde vive un rey destronado con el que Juan charlaba a menudo y al que también convirtió; el lugar se convirtió más tarde llegó a ser obispado. Entre el lugar donde vivía la Santísima Virgen y Éfeso corre un arroyo maravillosamente serpenteante.

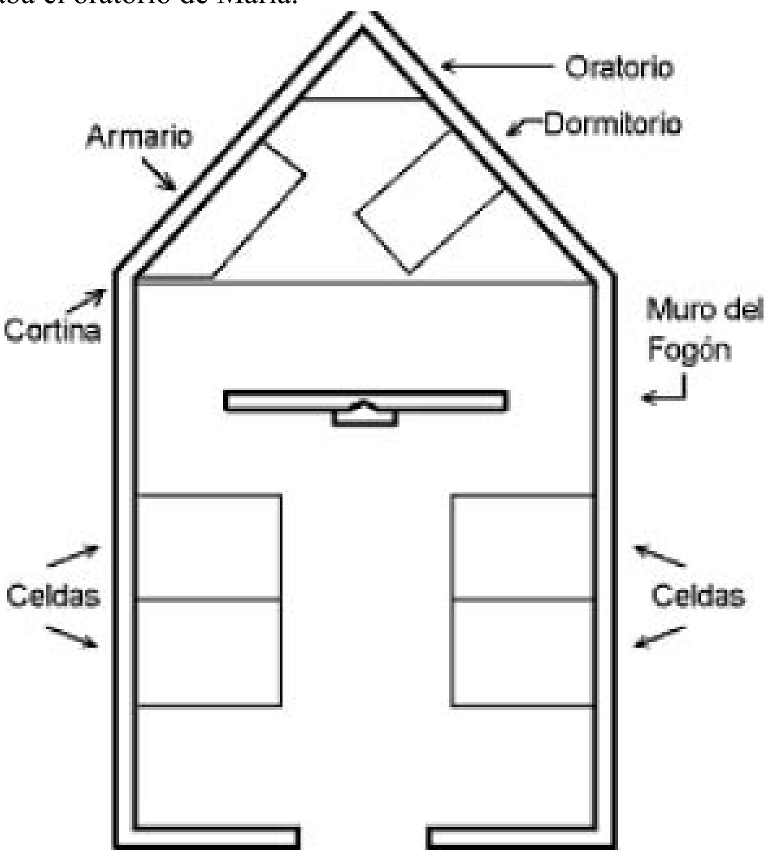
2. LA CASA DE MARÍA EN ÉFESO. DISTRIBUCIÓN. EL FUEGO DEL HOGAR. DORMITORIO. EL RINCÓN DE LA CAMA. ARMARIO DE ROPA

La casa de María era rectangular, de piedra, y en su parte trasera, redonda o en ángulo; las ventanas estaban puestas altas y el techo era plano. La casa estaba dividida en dos partes por el hogar para la lumbre, que estaba coloca do en el centro. El fuego ardía frente a la puerta en un hoyo del suelo, pegado a un muro que se alzaba hasta la cubierta de la casa formando gradas por ambos lados. Por el centro de este muro subía desde el suelo del hogar hasta la cubierta de la casa una hendidura en forma de media chimenea por la que ascendía el humo que luego salía por una abertura del tejado. Por encima de ella vi que sobresalía de la casa un tubo de cobre inclinado.

Esta parte delantera de la casa estaba separada de la de atrás por zarzos ligeros y móviles a ambos lados del hogar. En esta parte delantera, cuyas paredes eran bastante rústicas y estaban también un poco ennegrecidas de humo, vi a ambos lados pequeñas celdas formadas con biombos de zarzo. Cuando la parte delantera de la casa se utilizaba como salón, los biombos, a los que faltaba mucho para llegar al techo, se apilaban y se ponían a un lado. En estas celdas dormían la doncella de María y otras mujeres que la visitaban.

A izquierda y derecha del hogar había unas puertas ligeras para pasar a la parte trasera de la casa, más oscura, que terminaba en ángulo o semicírculo y que estaba muy cómoda y limpiamente adornada.

Todas las paredes estaban revestidas de zarzos y el techo formaba una bóveda que arrancaba de ambos lados. Las vigas que estaban por encima estaban unidas con artesonado y cañizo y adornadas con orlas de hojas de varias clases, y daban una impresión sencilla pero decorosa. El ángulo o semicírculo extremo de este espacio trasero estaba cerrado con una cortina y formaba el oratorio de María.



Planta de la casita de la Santísima Virgen en Éfeso según la narración de la beata Ana Catalina. (Croquis de Rafael Renedo).

En el centro del muro había un nicho con un recipiente que, girándolo como un sagrario, se podía abrir y cerrar al tirar de una cinta. Dentro tenía una cruz del tamaño de un brazo, con sus brazos encajados e inclinados en forma de Y griega mayúscula, tal como siempre he visto la cruz de Cristo. No tenía detalles ni adornos especiales, sino que apenas estaba tallada, como las cruces que traen todavía hoy de Tierra Santa. Creo que Juan y María la habían preparado por sí mismos.

La cruz estaba formada por diversas maderas y se me dijo que el tronco blanquecino era de ciprés; un brazo marrón, de cedro, y el otro amarillento, de palmera. El suplemento para el cartel del INRI era de madera de olivo lisa y amarilla.

La cruz estaba hincada en una elevación de tierra o piedra como la cruz de Cristo en la roca del Calvario. A sus pies había una tarjeta de pergamino con algo escrito; creo que eran palabras de Cristo. La figura del Señor estaba ligeramente arañada sobre la cruz, sencillamente y sin adornos; sus líneas estaban untadas de color oscuro para poder distinguir la figura.

Me dijeron también las meditaciones de María sobre las distintas maderas de la Cruz; pero desgraciadamente he olvidado estas hermosas indicaciones. En este momento tampoco se si la cruz de Cristo consistía también de las mismas clases distintas de madera, o simplemente, si es que María la preparó así a consecuencia de su meditación. La cruz tenía delante dos tarritos llenos de flores naturales.

También vi un pañito junto a la cruz, y tuve la percepción de que era el mismo con que la Santísima Virgen limpió la sangre de las heridas del cuerpo de su Hijo tras el descendimiento, pues al mirarlo me mostraron aquellos actos de su santo amor de Madre. Al mismo tiempo sentí que ese pañito era con el que los sacerdotes limpian el cáliz cuando han bebido la sangre del Salvador que han ofrecido, y me pareció que María hizo algo parecido al limpiar las heridas del Señor, pues al hacerlo, sostenía el pañito de la misma forma que los sacerdotes. Esto es lo que percibí al mirar este pañito que estaba junto a la cruz.

A la derecha de este oratorio, apoyada en un nicho del muro, estaba la celda dormitorio de la Santísima Virgen y frente a ella, a la izquierda del oratorio, una cámara donde se guardaban ropa y enseres. De una celda a la otra estaba tendida una cortina que cerraba el oratorio situado entrambas. Para trabajar o leer, María solía sentarse en medio, delante de esta cortina.

El dormitorio de la Santísima Virgen se apoyaba por detrás en el muro, del que colgaba un tapiz entrelazado; los dos tabiques laterales eran ligeros, de corteza o de albura, trenzados según un modelo que alternaba los colores naturales de las maderas. El tabique tenía en su centro dos puertas ligeras que se abrían hacia dentro, y por delante tenía colgado un tapiz. La cubierta de esta celda era también de cañizo, que desde las cuatro esquinas venía a reunirse arriba para formar una especie de bóveda, de cuyo centro colgaba una lámpara de varios brazos.

El lecho de María tenía un costado junto al muro y era un cajón vacío de pie y medio de alto, que tenía el largo y ancho de una cama estrecha. La colcha tendida por encima estaba sujeta en las esquinas con cuatro botones. Tapices adornados con flecos y borlas revestían los costados del cajón hasta el suelo. La cabecera del lecho era un cojín

redondo, y la colcha, una manta taraceada de color marrón.

La casita estaba cerca de un bosque, entre árboles de tronco liso y forma de pirámide. Aquí se estaba completamente tranquilo y solitario; las viviendas de las otras familias estaban a alguna distancia, como diseminadas. En conjunto la colonia cristiana era como una aldea de campesinos[4].

3. ÉFESO. COMPAÑERAS DE CASA DE MARÍA. JUAN LE DA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO. EL VÍA CRUCIS DE MARÍA

La Santísima Virgen vivía allí con una joven, su criada, que recolectaba lo poco que necesitaban para alimentarse. Vivían con total tranquilidad y honda paz. En la casa no había ningún hombre, pero a veces la visitaba algún apóstol o discípulo que iba de viaje.

Con muchísima frecuencia veía yo entrar y salir un hombre al que siempre he tenido por Juan, pero que ni en Jerusalén ni aquí estaba continuamente con ella. Viajaba de vez en cuando y llevaba distinto traje que en época de Jesús, muy largo, con pliegues y de tela fina blanco grisácea. Era muy delgado y ágil, tenía la cara larga, estrecha y fina, y en su cabeza descubierta tenía largos cabellos rubios partidos en raya y detrás de las orejas. Respecto a los demás apóstoles, su tierna apariencia daba una impresión virginal, casi femenina.

En los últimos tiempos de su estancia aquí vi que María se volvía cada vez más serena y recogida, y que ya casi no tomaba alimento. Era como si solo pareciera estar todavía aquí, pero como si ya estuviera en espíritu en el Más Allá. Tenía el carácter de quien está ausente. Las últimas semanas antes de su fin vi que la criada la llevaba por la casa, débil y envejecida.

Una vez vi entrar en la casa a Juan, que también parecía mucho mayor. Estaba delgado y enjuto, y al entrar remangó al cinturón su largo traje blanco con pliegues. Se quitó este cinturón y se puso otro que sacó de debajo de sus ropas y que estaba escrito con letras. Se puso la estola y una especie de manípulo en el brazo.

La Santísima Virgen salió de su dormitorio y entró completamente envuelta en un velo blanco, apoyada en el brazo de su criada. Su cara estaba como transparente y blanca como la nieve. Parecía flotar de anhelo. Desde la Ascensión de Jesús, todo su ser expresaba un ansia creciente y cada vez más desbordante.

Juan y ella pasaron al oratorio; ella tiró de una cinta o correa, el tabernáculo giró dentro de la pared y mostró la cruz que tenía dentro. Ambos rezaron un rato de rodillas, y después Juan se levantó y se sacó del pecho una cajita de metal, la abrió por un costado, tomó un envoltorio de fino color de lana y de éste un pañito plegado de materia blanca, del que sacó el Santísimo Sacramento en forma de un pedacito blanco y rectangular. Luego dijo algunas palabras con solemne gravedad y dio el Sacramento a la Santísima Virgen. La acercó un cáliz.

—EL VÍA CRUCIS DE MARÍA

Detrás de la casa, alejándose un poco por el camino hacia el monte, la Santísima Virgen se había preparado una especie de vía crucis. Cuando todavía vivía en Jerusalén después de la muerte del Señor, María nunca dejó de hacer allí su vía crucis con lágrimas y compartiendo la Pasión. Había medido en pasos las distancias entre los lugares del camino donde Jesús había padecido, y su amor no podía vivir sin la permanente contemplación del vía crucis.

Poco después de llegar aquí la vi andar diariamente montaña arriba un trecho de

camino detrás de su casa, contemplando la Pasión. Al principio iba sola midiendo en pasos, cuyo número tantas veces había contado, la distancia entre los lugares donde al Salvador le había ocurrido algo, y en cada uno de estos lugares ponía una piedra o marcaba un árbol si lo había. El camino se internaba por un bosque donde marcó el Calvario en una colina, y puso el sepulcro de Cristo en una cuevecita de otra colina.

Cuando ya tuvo medidas las doce estaciones de su vía crucis, ella y su doncella iban en serena contemplación, se sentaban en el suelo en cada una de las estaciones y renovaban en el corazón el misterio de su significado y alababan al Señor por su amor entre lágrimas de compasión.

Luego arreglaron aún mejor las estaciones y vi a la Santísima Virgen inscribir con un buril en cada piedra el significado del lugar, el número de pasos y cosas parecidas. También las vi limpiar también la cueva del Santo Sepulcro, que acomodaron para rezar.

Por entonces no vi ninguna imagen ni que marcaran estos lugares con cruces firmemente hincadas; eran solo losas sencillas con inscripciones; pero de tanto pasar y arreglarlas vi que estos arreglos hicieron el vía crucis cada vez más hermoso y transitable. Después de la muerte de la Santísima Virgen vi este vía crucis transitado por cristianos que se prosternaban y besaban el suelo.

4. VIAJES DE MARÍA DE ÉFESO A JERUSALÉN. VISITA LOS LUGARES DE LA PASIÓN, SE DESMAYA Y ENFERMA MORTALMENTE. LE PREPARAN SEPULTURA EN EL MONTE DE LOS OLIVOS. SE CURA Y VUELVE A ÉFESO. CÓMO SE FORMÓ EL RUMOR DE LA MUERTE Y SEPULTURA DE MARÍA EN JERUSALÉN

Después del tercer año de estancia aquí, María tenía grandes ansias de ir a Jerusalén, y Juan y Pedro la llevaron allí. Me parece que se habían reunido allí varios apóstoles. Vi a Tomás. Creo que era un concilio y que María los asistía con sus consejos.

[Ana Catalina dijo una vez que la Santísima Virgen había ido dos veces a Jerusalén, y es posible que trabucara el primer y segundo viaje en relación con el concilio.]

A su llegada, por la tarde ya oscurecido, vi que antes de entrar en la ciudad, visitó el Monte de los Olivos, el Calvario, el Santo Sepulcro y todos los santos lugares de los alrededores de Jerusalén. La Madre de Dios estaba tan triste y conmovida por la pena que apenas podía tenerse de pie, y Pedro y Juan la tenían que llevar sosteniéndola bajo los brazos.

Ella todavía vino otra vez aquí [a Jerusalén] desde Éfeso, año y medio antes de su muerte, y entonces la vi visitar los santos lugares con los apóstoles, embozada y otra vez por la noche. Estaba indeciblemente triste y suspiraba continuamente « Oh, hijo mío, hijo mío » .

Cuando llegó a la puerta trasera del palacio donde se encontró con Jesús desplomado bajo el peso de la cruz, María cayó al suelo sin sentido, conmovida por el doloroso recuerdo. Sus acompañantes creyeron que se moría.

La llevaron al Cenáculo en Sión, en uno de cuyos edificios delanteros estaba viviendo, y allí estuvo unos días, tan débil y enferma y con tantos desmayos que muchas veces se esperó su muerte, y por eso se pensó en prepa rarla sepultura. Ella misma eligió una cueva del Monte de los Olivos y los apóstoles encargaron a un cantero cristiano que la preparase allí un hermoso sepulcro[5].

Mientras tanto, se había dicho varias veces que había muerto, y por otros lugares se extendió también el rumor de que había muerto y la habían sepultado en Jerusalén. Pero

cuando el sepulcro estuvo terminado, María ya estaba curada y lo bastante fuerte para viajar de vuelta a su casa de Éfeso, donde ella murió realmente al cabo de año y medio. En todas las épocas se ha venerado la tumba preparada para ella en el Monte de los Olivos, sobre la cual se construyó más adelante una iglesia, y Juan Damasceno (así lo oí llamar en espíritu, pero ¿quién era ése?) escribió más adelante que se decía que había muerto y estaba enterrada en Jerusalén.

Dios ha hecho que las noticias acerca de su muerte, su tumba y su Asunción al Cielo sean muy inciertas y solo objeto de tradición, para no dar cancha en la Cristiandad a la mentalidad de entonces, que todavía era muy pagana, pues fácilmente la hubieran adorado como a una diosa.

5. EN ÉFESO. DISTINTAS MUJERES PARIENTES Y AMIGAS DE LA SAGRADA FAMILIA VIVEN TAMBIÉN AQUÍ EN LA COLONIA CRISTIANA. UNA HIJA DE LA HERMANA DE LA PROFETISA HANNA DEL TEMPLO MARA, UNA SOBRINA DE ISABEL, HIJA DE RODA. EL NOVIO DE CANÁ ERA HIJO DE ESTA MARA

Entre las santas mujeres que vivían también en la colonia cristiana y estaban la mayor parte del tiempo con la Santísima Virgen, se encontraba la hija de una hermana de la profetisa Hanna del Templo que una vez vi viajar a Nazaret con Serafia (Verónica) antes del bautismo de Jesús. Esta mujer estaba emparentada con la Sagrada Familia a través de Hanna, pues Hanna estaba emparentada con Ana y aún más con Isabel, la hija de la hermana de Ana.

Otra de las mujeres que vivían aquí en torno a María, a la que también vi viajar a Nazaret antes del bautismo de Jesús, era una sobrina de Isabel que se llamaba Mara. Su parentesco con la Sagrada Familia era el siguiente: La madre de Ana, Ismeria, tenía una hermana llamada Eremencia y ambas vivían en Mara, una comarca de pastores entre el Monte Horeb y el Mar Rojo. Como el superior de los esenios del Monte Horeb la advirtió que entre sus descendientes habría amigos del Mesías, se casó con Afrás, que era del linaje de sacerdotes que habían llevado el Arca.

Emerencia tuvo tres hijas: Isabel, la madre del Bautista; Enué, que de viuda estuvo en casa de Ana en el nacimiento de la Santísima Virgen; y Roda de la cual es hija esta Mara de aquí. Roda fue a casarse lejos de la comarca familiar, y vivió al principio en la comarca de Siquem y luego en Nazaret y Casaloz junto al Tabor[6].

Además de su hija Mara, Roda tenía dos hijas más, una de las cuales fue madre de discípulos. Por otra parte, uno de los dos hijos de Roda fue el primer marido de aquella Maroni, que, después de su muerte quedó viuda sin hijos y se casó con Eliud, sobrino de Ana y fue a vivir a Naim. Maroni tuvo un hijo de Eliud, al que el Señor despertó de la muerte en Naim cuando ella ya había vuelto a enviudar; era el discípulo de Naim, bautizado con el nombre de Marcial.

Mara, la hija de Roda que estuvo presente en la muerte de María, se había casado en las cercanías de Belén. Cuando el nacimiento de Cristo, Mara estuvo con María una vez que la madre Ana se fue de Belén. Mara no era pudiente, pues Roda también había dejado a sus hijos solo un tercio de la herencia y había dado los otros dos tercios al Templo y a los pobres. Natanael, el novio de Caná, era según creo hijo de esta Mara y recibió en el bautismo el nombre de Amador. Mara tuvo todavía más hijos y todos fueron discípulos.

[Antes de morir, la Santísima Virgen visita por última vez el vía crucis que había erigido. Su aspecto. Describe exactamente sus vestidos estimulada por una reliquia de

éstos. Algunos apóstoles están preparados en su casa.]

[La mañana del 7 de agosto de 1821 contó que:]

Ayer y hoy por la noche he tenido mucho quehacer con la Madre de Dios en Éfeso. He hecho su vía crucis con ella y otras cinco santas mujeres entre las que estaban la sobrina de la profetisa Hanna y la viuda Mara, sobrina de Isabel.

La Santísima Virgen iba delante de todas. La vi ya anciana y débil, completamente blanca y como transparente; verla era indescriptiblemente conmovedor. Para mí que hacía el vía crucis por última vez y me pareció que mientras lo hacía, ya estaban preparados en su casa Juan, Pedro y Tadeo. A la Santísima Virgen la vi muy avejentada, pero en su aparición no había expresión de su edad más que en un ansia ferviente que brotaba de ella como una gloria.

Estaba indescriptiblemente seria. Nunca la he visto reír, sino sonreír conmovedoramente. Cuanta más edad tenía, tanto más blanco y transparente aparecía su rostro. Estaba delgada, pero no la vi ni una arruga, ni señal de que algo se marchitara en ella. Estaba como en espíritu.

—EL VESTIDO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

El que yo viera en este cuadro a la Santísima Virgen tan clara y completamente bien, podría deberse a que había tocado una pequeña reliquia del vestido que María llevaba en esta ocasión. Tengo esa reliquia y procuraré describir el traje tan claramente como me sea posible.

El traje era para llevar encima del vestido, y solamente le cubría por completo la espalda, por donde colgaba en pliegues hasta los pies. Una parte se echaba arriba junto al cuello por el hombro y el pecho hasta el otro hombro, donde se sujetaba con un botón, formando así un pañuelo de cuello.

Por medio del cinturón que lo ceñía a la cintura, abrazaba el cuerpo desde debajo de los brazos hasta los pies a ambos lados de la ropa interior parduzca, a cuyos lados formaba una bolsa del cinturón abajo, enseñando el forro.

Esta bolsa estaba rayada, a lo largo y de través, con rayas rojas y amarillas. La tirita que tengo es del lado derecho de este pliegue, pero no del forro.

Este era el traje de ceremonia que se usaba según antiguas costumbres judías. La madre Ana también lo llevaba. El traje no solamente cubría la espalda de su túnica parduzca sino que de toda la pechera y el delantero, así como de los añadidos, solo dejaba ver un poco las arrugas de la manga en torno a la mano y el codo.

María llevaba el pelo recogido en una toca amarillenta que se curvaba un poco en la frente y que se recogía en pliegues en la nuca. Encima de la toca llevaba un velo negro de tela fina que le colgaba hasta media espalda. Una vez la vi con este traje en las bodas de Caná.

El tercer año de la vida pública de Jesús, cuando el Señor estuvo enseñando y curando más allá del Jordán, cerca de Bezabara, que también se llama Betania, vi a la Santísima Virgen con este traje también en Jerusalén, donde ella vivía en una bonita casa cercana a las casas de Nicodemo, al que también le pertenecía, según creo. Cuando la crucifixión del Señor también la vi vestida con él, por debajo del manto de luto o de oración que la envolvía completamente. Probablemente también llevaba aquí en el vía crucis de Éfeso el traje de ceremonia, en recuerdo de haberlo llevado entonces cuando la Pasión de Jesús.

6. CASA DE MARÍA CERCA DE ÉFESO. LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SU LECHO DE MUERTE. SE DESPIDEN LAS MUJERES. SEIS APÓSTOLES REZAN EN LA PARTE DELANTERA DE LA CASA

[La mañana del 9 de agosto de 1821 contó:]

Entré en la casa de María, a unas tres horas de Éfeso y la vi acostada en un lecho bajo y muy estrecho, en una celda dormitorio totalmente revestida de blanco, situada en el espacio que había detrás y a la derecha del hogar. Su cabeza descansaba en un cojín redondo; estaba pálida, muy débil y como transida de anhelo. Su cabeza y toda su figura estaban envueltas en un largo lienzo, cubierto por una manta de lana marrón.

Vi entrar y salir de su celda dormitorio, como si se despidieran de ella, unas cinco mujeres una detrás de otra. Las que salían del dosel hacían con las manos distintos ademanes conmovedores de oración o tristeza. Reparé de nuevo entre ellas a la sobrina de Hanna y a Mara, la sobrina de Isabel que vi en el vía crucis.

En ese momento ya vi reunidos seis apóstoles, en concreto Pedro, Andrés, Juan, Tadeo, Bartolomé y Matías, así como Nicanor, uno de los siete diáconos que siempre era muy ayudador y servicial. Los apóstoles estaban de pie y rezaban juntos a la derecha, en la parte delantera de la casa, donde se habían preparado un sitio para orar.

[Han llegado dos apóstoles más. Matías, hermanastro de Santiago el Menor. Servicio divino de los apóstoles en la parte delantera de la casa. El altar. Una cajita en forma de cruz como relicario. ¿Tenían aquí reliquias?. Situación durante el servicio divino.]

[El 10 de agosto de 1821 contó:]

La época del año de la fiesta religiosa de la Dormición de la Santísima Virgen está perfectamente bien; solo que no todos los años cae en la misma fecha. Hoy vi que todavía entraron dos apóstoles con las ropas remangadas como si vinieran de viaje, eran Santiago el Menor y Mateo, su hermanastro, pues cuando el viudo Alfeo se casó con María, la hija de Cleofás, aportó a Mateo, hijo de su anterior matrimonio.

Vi que ayer a la caída de la tarde y hoy por la mañana, los apóstoles reunidos celebraron el servicio divino en la parte delantera de la casa, y para ello apartaron a un lado o colocaron de otra forma los biombos móviles de zarzo que formaban los dormitorios. El altar consistía en una mesa cubierta de un mantel blanco encima de otro rojo. En cada celebración sagrada adosaban la mesita a la pared a la derecha del hogar, que seguía usándose, y después la volvían a retirar.

Delante del altar había un atril revestido del que colgaba un rollo de Escrituras. Por encima del altar ardían lámparas y ellos mismos habían puesto encima del altar, tumbado o de pie, un recipiente en forma de cruz hecho de la centelleante sustancia de la madreperla. Tenía apenas un palmo de largo y ancho y contenía cinco cajitas cerradas con tapaderas de plata; la del medio contenía al Santísimo Sacramento y las otras crisma, óleos, sal, hilas o quizá algodón, y otras cosas santas. Estaban tan encajadas y bien tapadas que no se podía salir nada.

En sus viajes, los apóstoles solían llevar esta cruz colgando del cuello debajo de la ropa. Entonces eran más que el Sumo Sacerdote cuando llevaba sobre el pecho el Sacramento de la Vieja Alianza.

No me acuerdo exactamente si los huesos santos se encontraban en una de estas cajitas o dónde, pero se que en todos los sacrificios de la Nueva Alianza siempre tenían cerca huesos de profetas, y más adelante de mártires, del mismo modo que los patriarcas en

sus sacrificios siempre ponían sobre el altar huesos de Adán o de otros patriarcas en los que había descansado la Promesa. En la Última Cena, Cristo les enseñó a hacerlo así. Pedro estaba delante del altar con ornamentos sacerdotales y los otros detrás de él en forma de coro. Las mujeres que vivían en la parte trasera de la casa estaban de pie con ellos.

[Llega Simeón. Quince apóstoles y discípulos. Servicio divino. Pedro da el Santísimo Sacramento a la Virgen. Cosas personales. Santa Susana le acompaña en visión. Estado de Jerusalén en esa época. Curaciones por el poder sacerdotal.]

[El 11 de agosto de 1821 contó que:]

Hoy vi llegar el noveno apóstol, Simón. Todavía faltaban Santiago el Mayor, Felipe y Tomás. También vi arrimados varios discípulos más entre los que recuerdo a Juan, Marcos y aquel hijo o nieto del viejo Simeón que estaba empleado en el Templo en la inspección de animales de sacrificio y que sacrificó para Jesús el cordero pascual. Ahora estaban congregados por lo menos diez hombres.

Volvieron a celebrar el servicio divino en el altar, y a algunos de los recién llegados los vi con las ropas muy remangadas, así que pensé que después querrían salir de viaje enseguida. Delante del lecho de la Santísima Virgen había un taburetito pequeño, bajo y triangular, como el de la Cueva de Belén en que los Reyes pusieron los regalos; tenía encima una tacita con una cucharilla marrón y transparente. En la habitación donde vivía la Santísima Virgen hoy solamente vi una mujer.

Vi que Pedro la volvió a dar el Santísimo Sacramento después del servicio divino; se lo llevó en aquel recipiente en forma de cruz. Los apóstoles formaron dos filas desde el altar hasta su lecho y se inclinaron profundamente cuan do Pedro pasó entre ellos con el Santísimo Sacramento. Los biombos que rodeaban el lecho de la Santísima Virgen estaban abiertos por todas partes.

Después de ver esto en Éfeso, me entró el deseo de ver qué aspecto tenía Jerusalén en esta época, pero me asustaba el largo viaje que hay desde Éfeso hasta allí. En esto entró Santa Susana mártir cuya fiesta era hoy y cuyas reliquias tengo conmigo, la cual estuvo conmigo toda la noche y me animó, pues quería acompañarme.

Entonces salimos juntas por encima de mares y tierras y pronto estuvimos en Jerusalén; ella era muy distinta de mí, era muy ligera y cuando quería agarrarla no podía. Si yo entraba en un cuadro en un lugar concreto, como por ejemplo aquí, en Jerusalén, ella desaparecía, pero me acompañaba y me consolaba en cada traslado de un cuadro a otro.

7. JERUSALÉN EN ÉPOCA DE LA DORMICIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Fui al Monte de los Olivos y lo vi todo arrasado y cambiado de cómo estuvo. Sin embargo, todavía pude reconocer todos los lugares. La casa del Huerto de Getsemaní donde esperaron los apóstoles, estaba arrasada y allí solo quedaban algunos muros y zanjas para hacer intransitable el acceso. A continuación me llegué al sepulcro del Señor: estaba sepultado y tapiado y encima de él, en lo alto de la roca, habían empezado un edificio como un templete. Solo estaban en pie las paredes vacías.

Cuando miré el paraje a mi alrededor atribulada por esta devastación, se me apareció mi novio celestial a consolarme en la figura en que en otros tiempos se apareció aquí a Magdalena.

El Monte Calvario también lo encontré asolado y edificado. La prominencia de la cima donde estuvo la cruz estaba rebajada y además tenía alrededor zanjas y vallas para que no se pudiera llegar a ella. Sin embargo subí allí y recé, y entonces volvió a acercárseme el

Señor con consuelo y refrigerio. Cuando se me acercaba el Señor no veía a mi lado a Santa Susana.

A continuación llegué a un cuadro de las heridas de Cristo y volví a ver de nuevo muchas curaciones en la comarca de Jerusalén. En este momento estaba pensando en la gracia de curar en nombre de Jesús, que ha sido otorgada especialmente a los sacerdotes, y cuando pensaba en concreto cómo el ejercicio de esta gracia resurge especialmente en nuestros días en el Príncipe Hohenlohe, vi a este sacerdote en acción.

Vi enfermos de muchas clases curados por su oración, y también personas que cubrían sus viejas úlceras con sucios harapos, que ahora no sé si eran úlceras de verdad o solo símbolos de viejos pecados en la conciencia.

Entonces llegué incluso a otros sacerdotes de mis cercanías, que tenían también poder de sanación en ese mismo grado, pero que no lo dejaban salir por respeto humano, distracción, confusión y falta de perseverancia en la intención.

Entre ellos vi a uno especialmente importante que ayudaba a media docena de personas, cuyos corazones vi roídos por odiosas fieras que bien podrían significar pecados, pero, por despreocupación este sacerdote dejaba de ayudar a otros que yacían enfermos corporalmente aquí y allá, a los que seguramente podría ayudar.

8. CASA DE MARÍA EN ÉFESO. SERVICIO DIVINO DE LOS APÓSTOLES. MÓARÍA TIENE CONSIGO UNA CRUZ. RECIBE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO. QUÉ EDAD TENÍA. LA NARRADORA HACE CANTANDO EL VÍA CRUCIS DE MARÍA. DESCRIPCIÓN DEL VÍA CRUCIS DE MARÍA

[El 12 de agosto de 1821 comunicó:]

Ahora están congregados todo lo más doce hombres en la morada de María. Hoy vi celebrar el servicio divino en el oratorio del rincón y celebraron misa allí. El cuartito de María estaba abierto por todo sus lados. Una mujer estaba arrodillada junto al lecho de María y la incorporaba de vez en cuando; y eso mismo veo también otras veces al día. Le da una cucharadita de zumo de la taza. María tiene encima de su lecho una cruz de casi medio brazo de largo en forma de Y griega mayúscula, tal como veo la Santa Cruz. El tronco es algo más grueso que los brazos. Esta hecha como de distintas maderas y el cuerpo de Cristo es blanco.

La Santísima Virgen recibió el Santísimo Sacramento.

Después de la Ascensión de Cristo, la Santísima Virgen vivió 14 años y dos meses.

[Hoy por la tarde, mientras dormía, la narradora cantó unos cantos de la Madre de Dios, de modo suave, apacible e insólitamente conmovedor. Cuando el Escritor la despertó con la pregunta¿qué estaba cantando?, ella respondió aún adormilada:]

—He ido con la procesión con la Señora aquí, ahora se ha ido.

[Al día siguiente dijo sobre este canto:]

—Por la tarde seguí a dos amigas de María que hacían el vía crucis detrás de la casa. Van alternativamente todos los días a ese vía crucis por la mañana y por la tarde, y yo procuro hacerlo detrás de ellas con cuidado y muy despacito. Ayer me extasié y empecé a cantar y entonces todo desapareció.

El vía crucis de María tiene doce estaciones. Ella misma midió a pasos todas y Juan ha hecho que pongan lápidas. Al principio solo eran piedras bastas que designaban las estaciones, pero con el tiempo todo se ha ido arreglando cada vez más, y ahora eran piedras blancas, bajas y lisas con varias esquinas, creo que casi eran ocho y tenía un hoyo en una

pequeña superficie. Por arriba tenía como un tejadillo.

Cada una de estas lápidas descansaba sobre una losa de la misma piedra cuyo espesor no podía verse a causa del césped espeso y de las hermosas flores que las orlaban. Lápidas y losas estaban todas marcadas con letras hebraicas.

Todas estas estaciones estaban en hondonadas cercadas, como en cuencos artificiales pequeños y redondos. En estos hoyos, una senda lo bastante ancha para una o dos personas llevaba en torno a las piedras para que se pudieran leer las inscripciones. Las placitas que tenían alrededor, con hierba y hermosas flores, eran unas más grandes y otros más pequeñas. Estas piedras no siempre estaban destapadas sino que a veces tenían sujeta a un lado una estera para taparla cuando no se rezaba, que se sujetaba al otro lado con dos estacas.

Las doce lápidas de las estaciones eran todas iguales y todas estaban marcadas con inscripciones hebraicas, pero los lugares donde estaban eran distintos. La estación del Monte de los Olivos estaba junto a una altura, en una vaguada en la que podían arrodillarse varias personas. La estación de Monte Calvario era la única que no estaba en una hondonada sino sobre una colina, y por esta colina se iba a la estación del Santo Sepulcro, cuya lápida estaba en una hondonada al otro lado de la colina, y aún más abajo el sepulcro propiamente dicho en una cueva de roca al pie de la colina donde sepultaron a la Santísima Virgen. Creo que este sepulcro tiene que existir todavía bajo tierra y que alguna vez todavía saldrá a la luz del día.

Vi que cuando los apóstoles, las santas mujeres y los demás cristianos, se acercaban a estas estaciones para rezar, se arrodillaban o se prosternaban con el rostro en el suelo y sacaban de debajo de sus ropas una cruz en Y como de un pie de larga que ponían de pie sobre el hoyito de la lápida, valiéndose de una pieza móvil que tenía en la parte de atrás.

[Santiago el Mayor llega con tres discípulos. Trajes y conducta de los apóstoles que llegan. Saludan a la Santísima Virgen.]

[El 13 de agosto de 1821 contó:]

Hoy vi el servicio divino como de costumbre. De día vi a la Santísima Virgen incorporarse varias veces y refrescarse con la cucharita.

[Por la tarde, hacia las 7, dijo en sueños:]

Ahora ha llegado de España pasando por Roma Santiago el Mayor con tres discípulos, Timón, Eremensear y otro más. Más tarde vino de Egipto Felipe con un acompañante. Generalmente los apóstoles y los discípulos llegaban muy cansados y llevando en la mano largos bastones ganchudos con botones de distintas clases en la empuñadura que designaban su rango.

Llevaban parte de sus largos mantos de lana blanca echados sobre la cabeza para cubrirse, como capuchas. Debajo llevaban túnicas sacerdotales de lana largas y blancas que podían abrirse de arriba abajo, pero las llevaban cerradas con correítas ranuradas como lazos, y pequeños rodetes como botones. Siempre los veo así pero se me olvida decirlo.

Para andar remangaban estas prendas y las metían en el cinturón. Algunos llevaban una bolsa de costado colgando del cinturón. Los que entraban abrazaron afectuosamente a los presentes, y vi que muchos lloraban de pena y de alegría pues volvían a verse pero en ocasión muy triste. Entonces dejaron el bastón y se quitaron el manto, la bolsa y el cinturón y entonces la túnica blanca les cayó hasta los pies. Se pusieron un ceñidor ancho que traían consigo y que estaba marcado con letras. Les lavaron los pies y se acercaron al lecho de María, a la que saludaron respetuosamente. Ella solo pudo hablar con ellos unas palabras. No vi que tomaran más que unos panecillos y los vi beber de las botellitas que traían

colgando.

19
EL TRÁNSITO DE LA VIRGEN[1]

9. CÓMO FUERON LLAMADOS LOS APÓSTOLES PARA QUE ACUDIERAN A LA MUERTE DE MARÍA

[Cómo fueron llamados los apóstoles a la muerte de María. Del estado de las misiones donde fueron llamados. De sus obras y viajes. Los apóstoles fueron para Éfeso allí donde les encontró la llamada. Muchas cosas sobre la figura de algunos apóstoles y discípulos. Eficacia de las reliquias en estas contemplaciones.]

Algún tiempo antes de la muerte de la Santísima Virgen, cuando ella supo interiormente que se acercaba el momento de reunificarse con su Dios, su Hijo y su Salvador, rezó para que se la cumpliera lo que Jesús la prometió en casa de Lázaro en Betania el día de su Ascensión al cielo. Se me mostró en espíritu que en aquella ocasión la Virgen le suplicó no vivir mucho tiempo en este valle de lágrimas después de su Ascensión, Él dijo en líneas generales los trabajos espirituales que todavía ejecutaría en la tierra hasta su fin, y la reveló que por su oración, los apóstoles y varios discípulos estarían presentes en su muerte, lo que les diría ella y cómo la bendecirían.

Vi también que en esa misma ocasión Jesús dijo a la inconsolable Magdalena que se escondiese en el desierto, y a su hermana Marta que formase una comunidad de mujeres, que Él siempre estaría con ellas.

Cuando la Santísima Virgen rezó para que vinieran los apóstoles a estar con ella, vi que les anunciaron su llamada en muy diversos parajes del mundo, y todavía me acuerdo de lo siguiente:

Los apóstoles ya habían erigido pequeñas iglesias en varias localidades donde enseñaban, aunque algunas de ellas todavía no tenían las paredes de piedra, sino sencillamente tejidas con ramas y revestidas de barro. Todas las que he visto tenían en su parte trasera la misma forma semicircular o triangular que la casa de María en Éfeso y dentro estaban los altares donde los apóstoles ofrecían el santo sacrificio de la Misa.

Unas apariciones llamaron a todos, incluso a los más alejados, a que se vinieran con la Virgen. Por lo demás, los viajes de los apóstoles, indescriptiblemente largos, no ocurrían sin cooperación de milagros del Señor. Creo que a menudo, quizá sin saberlo ellos mismos, viajaban de manera sobrenatural, pues muchas veces los vi atravesar muchedumbres sin que nadie pareciera verlos.

He visto los milagros de los apóstoles en distintos pueblos paganos y salvajes de forma completamente distinta a los que conocemos de las Sagradas Escrituras; hacían milagros por todas partes según las necesidades de la gente. Todos ellos llevaban en sus viajes huesos de los profetas o de los mártires muertos en las primeras persecuciones, y los tenían cerca en sus oraciones y misas.

Cuando a los apóstoles les llegó la llamada del Señor para que fueran a Éfeso, Pedro, y según creo, también Matías, se encontraban en la comarca de Antioquía y Andrés, que venía de Jerusalén donde había sufrido persecución, tampoco estaba lejos de él. He visto caminar de noche por distintos lugares a Pedro y Andrés y sin embargo no dormían muy lejos uno de otro. No estaban en una ciudad, sino que descansaban en unos albergues

públicos que hay en los caminos allí en los países cálidos. Pedro estaba recostado junto a una pared y vi que se le acercaba un joven refulgente que le despertó tomándole de la mano y le dijo que debía levantarse y apresurarse a ir con la Virgen, y que encontraría a Andrés por el camino. Pedro, que ya estaba torpe a causa de la edad y la fatiga, se incorporó apoyando las manos en las rodillas mientras escuchaba al ángel. Apenas desapareció la aparición, se levantó, arregló su manto, se remangó la ropa en el cinturón, empuñó el báculo y se puso en camino. Pronto encontró a Andrés, a quien había llamado la misma aparición. En el camino se encontraron más adelante con Tadeo, a quien también se lo habían dicho así. De este modo llegaron a casa de María, donde encontraron a Juan.

Santiago el Mayor, estrecho, de faz pálida y cabellos negros, llegó de España a Jerusalén con varios discípulos y pasó algún tiempo en Sarona, cerca de Joppe, adonde le llegó la llamada para Éfeso. Después de la muerte de María volvió a Jerusalén con otros seis o siete y murió mártir. Su acusador se convirtió; Santiago le bautizó y murió decapitado con él.

Judas Tadeo y Simón estaban en Persia cuando les llegó la llamada.

Tomás era de estatura rechoncha y tenía el pelo castaño rojizo; era el que estaba más lejos y llegó después de la muerte de María. Le he visto cuando le avisó el ángel. Estaba muy lejos, no en una ciudad, sino que rezaba en una choza de caña cuando el ángel le ordenó partir para Éfeso. Lo he visto muy lejos; viajaba en una barquichuela sobre las aguas solo con un criado muy simple, y luego por tierra sin tocar (según creo) en ninguna ciudad. Con él venía también un discípulo.

Tomás estaba en la India, pero antes de esta llamada se había resuelto a viajar más al norte, hacia Tartaria, y no podía decidirse a dejar de hacerlo. Tomás siempre quería hacer demasiado y muchas veces llegaba demasiado tarde. Así que fue mucho más al norte, casi más allá de China, donde ahora es Rusia. Entonces lo llamaron otra vez y se apresuró a ir a Éfeso.

El criado que llevaba consigo era un tártaro que había bautizado. Más tarde este hombre llegó a algo más pero lo he olvidado. Después de la muerte de María, Tomás no volvió a Tartaria; lo mataron en la India de un lanzazo. En aquel país erigió una piedra en la que rezaba y se arrodillaba y sobre la cual dejo impresas las huellas de sus rodillas. Dijo que cuando el mar llegase hasta esa piedra, otro anunciaría allí a Jesucristo.

Juan había estado poco antes en Jericó y viajaba con frecuencia a la Tierra Prometida aunque residía habitualmente en Éfeso y su comarca; en ella estaba cuando también le llegó la llamada.

Bartolomé estaba en Asia, al este del Mar Rojo. Era diestro, bien parecido y de piel blanca, tenía la frente alta, los ojos grandes, el pelo negro y rizado y una barbita partida, negra y rizada. Acababa de convertir a un rey y su familia; lo vi todo y quiero contar cosas de su época. Cuando volvió allí lo asesinó el hermano del rey.

He olvidado dónde llamaron a Santiago el Menor; era muy guapo y tenía gran parecido con nuestro Señor, por lo que sus hermanos le llamaban « el hermano del Señor » .

Hoy he vuelto a ver que Mateo era hijo del primer matrimonio de Alfeo, quien lo aportó al matrimonio cuando se casó en segundas nupcias con María, la hija de Cleofás.

He olvidado lo relativo a Andrés.

A Pablo no le avisaron; solo fueron avisados los que habían conocido a la Sagrada Familia o eran parientes suyos.

10. EFICACIA DE LAS RELIQUIAS DEL APÓSTOL EN LA CONTEMPLACIÓN

[Eficacia de las reliquias en estas contemplaciones.]

Entre las numerosas reliquias que poseo, tuve a mi lado en estas contemplaciones las de Andrés, Bartolomé, Santiago el Mayor, Santiago el Menor, Tadeo, Simón, Cananeo, Tomás y varios discípulos y santas mujeres. Todos se me acercaron para que los viera mejor y más claramente y luego se metieron en el cuadro en el mismo orden en que entraron a ver a María.

Tomás se me acercó también, pero no entró en el cuadro de la muerte de María, pues estaba lejos y llegó demasiado tarde; era el que faltaba de los doce. Lo vi de camino pero muy lejos de Éfeso.

También entraron en el cuadro cinco discípulos de los que recuerdo especialmente bien a Simeón Justo y Bernabé, cuyos huesos están conmigo. De los otros tres, uno era Eremensear, hijo de uno de los pastores de Belén, que acompañó a Jesús en el largo viaje que hizo después de resucitar a Lázaro. Los otros dos eran de Jerusalén.

Vi que también entraron a ver a María la hermana mayor de la Santísima Virgen, María Helí, y su hermanastra más joven, hija del segundo matrimonio de Ana. María Helí (la mujer de Cleofás, madre de María Cleofás y abuela de los apóstoles Santiago el Menor, Tadeo y Simón) tenía ya mucha edad pues era veinte años mayor que la Santísima Virgen. Todas estas santas mujeres vivían en las cercanías, pues tiempo atrás habían huido de Jerusalén a esta comarca a causa de la persecución. Algunas vivían en las cuevas de roca que habían arreglado con zarzos para vivienda.

11. CASA DE MARÍA EN ÉFESO

[Muerte de la Santísima Virgen. Determinación del año de la muerte. María en su lecho de muerte bendice a los apóstoles y a sus compañeras de casa. Encarga a Juan que reparta sus vestidos. Los apóstoles se preparan para el servicio divino. Llega Santiago el Mayor con tres discípulos y luego Felipe, que también recibe la bendición de María. Pedro completa el sacrificio de la Misa y da el Santísimo Sacramento a los apóstoles. La Santísima Virgen recibe el Santísimo Sacramento y la Extremaunción. Orden de los apóstoles en estas santas ceremonias. Muerte de la Santísima Virgen. Visión de la entrada de su alma en el Cielo. Los apóstoles se arrodillan rezando junto a su lecho.]

[El 14 de agosto de 1821 después de mediodía, la narradora dijo al Escritor:]

—Ahora quiero contar la muerte de la Santísima Virgen. ¡Si no me molestaran! Diga usted a mis sobrinas que no deben interrumpirme, que hagan el favor de esperar un poco en el gabinete.

[El Escritor lo hizo así y cuando regresó, le dijo:]

—Ahora, ¡cuéntame! —Pero ella dijo para sí, mirando absorta a lo lejos:]

—¿Dónde estoy? ¿es por la mañana o por la tarde?

—El Escritor le dijo:

—Tú querías contar la muerte de la Santísima Virgen.

—Aquí hay gente y están los apóstoles. Pregúntales tú mismo, tú estás mejor educado que yo y puedes preguntarles mejor. Están haciendo el vía crucis y preparando el sepulcro de la Santísima Virgen y otras cosas más.

—EL AÑO DEL TRÁNSITO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

[Entonces Ana Catalina vio y narró todo lo que hicieron después de la muerte de la Santísima Virgen y después de una pausa prosiguió mientras representaba con los dedos las

siguientes cifras:]

—Mira qué número, un palo, I, y luego una V juntos, ¿esto es cuatro, no? Luego de nuevo una V y tres palos III ¿esto no es ocho? Esto no está escrito correctamente con números de letras, pero yo los veo así como si fueran cifras, porque no entiendo los números grandes que están en letras. Debe decir que el año de la muerte de la Santísima Virgen fue el 48 después del nacimiento de Cristo.

Veo también una X y tres palos III y luego dos lunas llenas OO como las ponen en los calendarios, lo que significa que la Santísima Virgen murió trece años y dos meses después de la Ascensión de Cristo. Éste de ahora no es el mes de su muerte; creo que hace ya dos meses que también vi este cuadro. ¡Ay, su muerte estuvo llena de tristeza y de alegría!

—LOS ÚLTIMOS MOMENTOS

[Con este mismo estado de íntimo recogimiento, Ana Catalina narró a continuación lo siguiente:]

Ayer a mediodía vi ya mucha preocupación y tristeza en casa de la Santísima Virgen. Su doncella estaba atribulada al máximo, se tiraba por los rincones de la casa o se ponía de rodillas delante de la casa a rezar llorando con los brazos en cruz.

La Santísima Virgen descansaba en su celda, tranquila y como moribunda. Estaba totalmente envuelta, incluso por encima de los brazos, con un saco de dormir blanco como los que describí que usaban para acostarse en casa de Isabel, cuando la Visitación.

Tenía el velo recogido sobre su frente en dobleces transversales, y para hablar con hombres lo dejaba caer sobre su rostro; cuando no estaba sola se tapaba hasta las manos.

En los últimos tiempos no vi que tomara nada sino de vez en cuando una cucharita de zumo que su doncella exprimía en el taburete junto a su lecho de una fruta parecida a las uvas, compuesta de bayas amarillas. Por la tarde, cuando la Santísima Virgen supo que se acercaba su fin, quiso bendecir y despedirse de todos los presentes: apóstoles, discípulos y mujeres, según la voluntad de Jesús.

Su celda dormitorio estaba abierta por todas partes y ella estaba sentada incorporada en su lecho, blanca, resplandeciente y como transida de luz. La Santísima Virgen oraba y bendecía a cada uno con las manos cruzadas mientras le tocaba la frente. Luego habló a todos y, en resumen, hizo lo que Jesús la había mandado en Betania.

Cuando Pedro se acercó a verla, vi que llevaba en la mano un rollo de Escrituras. María le dijo a Juan lo que se debía hacer con su cuerpo y cómo debía repartir sus vestidos entre su criada y una pobre doncella de la comarca que a veces venía a servirla. A continuación la Santísima Virgen señaló el tabique de madera enfrente de su lecho y vi que su doncella fue allí, abrió el mamparo y lo volvió a cerrar. Entonces vi todos los trajes de la Virgen, como contaré más tarde.

—LA DESPEDIDA Y LA MISA

Después de los apóstoles se acercaron al lecho de la Virgen los discípulos presentes, que recibieron la misma bendición que aquéllos. A continuación, los hombres pasaron otra vez a la parte delantera de la casa y se prepararon para el servicio divino, mientras las mujeres presentes se acercaban al lecho de la Santísima Virgen, se arrodillaban y recibían su bendición; vi que abrazó a una que se inclinó hacia ella.

Mientras tanto habían preparado el altar y los apóstoles se revistieron para el

servicio divino con sus largas vestiduras blancas y el ancho cinturón con letras. Cinco de ellos, que habían estado preparando la Misa tal como la vi por primera vez después de la Ascensión en la nueva iglesia de la piscina de Betesda, se pusieron los preciosos ornamentos sacerdotales. El manto sacerdotal de Pedro, que celebraba el santo sacrificio, era muy largo por detrás, aunque no arrastraba; por debajo debía tener por dentro algo como un aro, pues vi que el manto se separaba, amplio y redondo.

Todavía estaban ocupados vistiéndose cuando llegó Santiago el Mayor con tres compañeros de viaje. Había salido de España con Timón el diácono, pero al pasar por Roma se habían encontrado con Eremeansar y otro más en el lado de acá de aquella ciudad.

Los presentes, que estaban a punto de acercarse al altar, le dieron la bienvenida con solemne gravedad y le dijeron con pocas palabras que pasara a ver a la Santísima Virgen. Les lavaron los pies y ellos se arreglaron la ropa y todavía en traje de viaje pasaron a verla. Recibieron su bendición lo mismo que los demás, primero Santiago solo y luego sus tres acompañantes juntos. Después Santiago fue también a celebrar el servicio divino.

Ya estaba éste algo avanzado cuando llegó de Egipto Felipe con un acompañante. Pasó inmediatamente a ver a la Madre del Señor, recibió su bendición y prorrumpió en llanto.

Entretanto, Pedro había terminado el santo sacrificio. Había consagrado y recibido el cuerpo del Señor y se lo había dado a los apóstoles y discípulos presentes. La Santísima Virgen no podía ver el altar, pero durante el santo sacrificio estuvo sentada, incorporada en la cama con profundo y constante recogimiento.

—VIÁTICO Y EXTREMAUNCIÓN

Después que Pedro comulgó, dio el Santísimo Sacramento a todos los apóstoles y luego le llevó a la Santísima Virgen la comunión y la extremaunción. Todos los apóstoles le acompañaron solemnemente. Tadeo iba delante con el incensario humeante, Pedro llevaba el Santísimo Sacramento junto al pecho en el recipiente en forma de cruz del que he hablado antes y Juan le seguía con un platito en el que estaban el cáliz con la santa sangre y algunas cajitas. El cáliz era pequeño, blanco, grueso y como fundido. Su tallo era tan corto que solo se podía agarrar con dos dedos, tenía tapadera y por lo demás era de la forma del cáliz de la Última Cena.

En el rincón del oratorio que estaba junto al lecho de la Santísima Virgen, los apóstoles habían preparado un altarcito delante de la cruz. La doncella había traído una mesa que ellos revistieron de rojo y blanco en la que ardían luces, creo que cirios y lámparas. La Santísima Virgen descansaba sobre su espalda, tranquila y pálida. Miraba arriba constantemente, no hablaba con nadie y estaba como en arrobo permanente. Centelleaba de anhelo y yo podía sentir aquella ansia que la sacaba de sí. ¡Ay, mi corazón también quería subir a Dios junto al suyo!

Pedro se acercó y la dio la extremaunción más o menos de la misma forma que se hace en nuestros días. Con el óleo santo de la cajita que sostenía Juan, la ungió en la cara, manos, pies y en el costado, donde su ropa tenía una abertura para que no quedara al descubierto lo más mínimo. Mientras tanto, los apóstoles estuvieron rezando como en el coro, y después Pedro la dio el Santísimo Sacramento.

Para recibirlo, se incorporó sin apoyarse y luego volvió a tenderse. Los apóstoles rezaron un rato y entonces Juan la dio el cáliz. Al recibir el Santísimo Sacramento entró en María un resplandor, volvió a caer como extasiada y ya no habló más. Entonces los

apóstoles regresaron con los santos vasos en el mismo orden solemne al altar de la parte delantera de la casa, donde prosiguieron el servicio divino y dieron la comunión a San Felipe, mientras un par de mujeres se quedaban a solas con la Santísima Virgen.

Más tarde volví a ver a los apóstoles y discípulos rezando de pie en torno al lecho de la Santísima Virgen. El rostro de María estaba florido y sonriente como en su juventud, sus ojos miraban al cielo con santa alegría.

—EL ALMA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN SE SEPARA DEL CUERPO

Entonces vi un cuadro maravillosamente conmovedor. Desapareció el tejado de la celda de María, la lámpara colgaba libremente en el aire, y pude mirar dentro de la Jerusalén celestial como a través del cielo abierto.

Bajaron dos superficies de gloria como nubes de luz, en las que aparecían muchas caras de ángeles y entre las que fluía una vía de luz hasta María. Vipor encima de María una montaña resplandeciente que entró en la Jerusalén celestial, hacia la cual María extendió sus brazos con infinito anhelo, y vi que su cuerpo se levantaba con todos sus envoltorios tan alto por encima del lecho que se podía mirar a través por debajo. Vi salir su alma de su cuerpo como una pequeña forma de luz infinitamente pura que ascendía flotando con los brazos alzados por la vía de luz que subía al cielo como una montaña de luz.

Los coros de ángeles de las dos nubes se juntaron detrás de su alma y se cerraron separándola de su santo cuerpo, que en ese momento de la separación volvió a caer en el lecho con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mi mirada siguió su alma y la vi entrar por la vía luminosa en la Jerusalén celestial hasta el trono de la Santísima Trinidad. Muchas almas se precipitaron hacia ella con respetuosa alegría, entre las cuales vi a muchos patriarcas y a Joaquín, Ana, José, Isabel, Zacarías y Juan el Bautista. Pero ella se elevó a través de todos hasta el trono de Dios y de su Hijo quien, irradiando aún más luz por sus heridas que por toda su aparición, la recibió con amor divino y la hizo entrega de una cosa que parecía un cetro, al tiempo que le mostraba abajo en la Tierra todo a su alrededor, como si la entregara un poder.

De este modo, mientras veía el alma de María entrar en la gloria celestial, me olvidé de todo lo que pasaba en torno a ella en el cuadro de la Tierra. Algunos apóstoles, por ejemplo, Pedro y Juan, tienen que haberla visto también, pues tenían alzados sus rostros. Los otros estuvieron la mayor parte del tiempo arrodillados y completamente postrados en el suelo. Todo estaba lleno de luz y de resplandor como en la Ascensión del Señor.

Vi que un gran número de almas salvadas del Purgatorio seguían al alma de María cuando entró en el cielo, cosa que me alegró mucho; y también hoy, que es el aniversario, veo entrar en el Cielo muchas pobres almas, entre ellas algunas que he conocido. Tuve la consoladora comunicación que cada año, el día de su muerte, muchas almas devotas de María participaban de esta gracia.

Cuando volví a mirar abajo a la Tierra vi que el cuerpo de la Santísima Virgen brillaba al descansar en el lecho con el rostro como una flor, los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho. Los apóstoles, discípulos y mujeres estaban de rodillas a su alrededor y rezaban. Mientras veía todo esto, había en toda la Naturaleza un sonido encantador y un movimiento de la misma clase que hubo en el nacimiento de Cristo. Supe que la hora de su muerte fue la de nona, en la que también murió Jesús.

—LA ORACIÓN ANTE EL SANTO CUERPO

Entonces las mujeres pusieron una colcha sobre el santo cuerpo, y los apóstoles y discípulos pasaron a la parte delantera de la casa. Despejaron todo de enseres, los pusieron a un lado y lo taparon todo, hasta el fuego del hogar. Las mujeres se pusieron el velo, se cubrieron completamente y se sentaron en el suelo, juntas en las celdas de la parte delantera de la casa, donde mantuvieron un lamento fúnebre alternativamente sentadas o de rodillas.

Los hombres se envolvieron la cabeza con esa bufanda que suelen llevar al cuello y celebraron un funeral. Dos de ellos rezaban continuamente por turno arrodillados a los pies y a la cabecera del santo cuerpo. Mateo y Andrés fueron hasta la cueva que representaba la tumba de Cristo, última estación del vía crucis de la Virgen, con herramientas para trabajar aún más la sepultura, pues aquí debía descansar el cuerpo de la Santísima Virgen. Esta cueva no era tan espaciosa como la tumba del Señor y apenas alta para que un hombre pudiera estar de pie. El suelo bajaba a la entrada, y luego uno estaba ante el túmulo sepulcral como ante un pequeño altar, sobre el cual se alzaba la pared de roca formando la bóveda. Los dos apóstoles trabajaron todavía en ella y prepararon la puerta que pondrían delante del túmulo para cerrarlo. En el túmulo estaba ahuecado en la forma aproximada de un cuerpo envuelto, y algo realzado en la cabeza. Al igual que delante de la tumba de Jesús, delante de esta cueva había un jardincito pequeño cercado con estacas. No lejos de allí estaba la estación del Monte Calvario en una colina; en ella no se alzaba ninguna cruz; solo estaba grabada en la piedra; desde aquí habría una buena media hora de camino a la vivienda de María.

—LAS MUJERES PREPARAN EL CUERPO

He visto que los apóstoles que velaban en oración el cuerpo de María se relevaron cuatro veces. Hoy vi que cierto número de mujeres, entre las que recuerdo una hija de Verónica y la madre de Juan Marcos, fueron a preparar el cuerpo para la sepultura. Trajeron lienzos y plantas aromáticas para embalsamarla a la manera judía. Todas ellas llevaban también tarros pequeños con una hierba todavía fresca. La casa estaba cerrada y ellas se afanaban en lo suyo con luces, mientras los apóstoles rezaban como en el coro en la parte delantera. Las mujeres pasaron el cuerpo de la Santísima Virgen con todos sus envoltorios del lecho mortuorio a una cesta alargada tan llena de colchas o tapices tejidos rudamente que el cuerpo quedó por encima de la cesta.

Enseguida, dos mujeres extendieron un lienzo ancho sobre el cuerpo y otras dos la quitaron por debajo de él su envoltorio y su toca, de modo que solo quedó vestida con el camisón blanco de lana. Cortaron los hermosos rizos de María para recuerdo. A continuación vi que estas dos mujeres lavaban el santo cuerpo con algo rizoso que tenían en las manos, probablemente esponjas, y desgarraron el largo camisón que cubría el cuerpo.

Procedían con gran reverencia y respeto, y lavaron el cuerpo sin mirarlo, con las manos por debajo de la colcha que mantenían extendida por encima, pues la colcha separaba sus ojos del cuerpo de la Santísima Virgen. Cada lugar que había tocado la esponja fue inmediatamente cubierto, mantuvieron envuelto el centro del cuerpo y no hubo lugar a la menor desnudez. Una quinta mujer exprimía las esponjas en una palangana y las volvía a empapar otra vez; por tres veces vi vaciar la palangana en un hoyo junto a la casa y traer agua fresca.

Vistieron el santo cuerpo de la Santísima Virgen con una envoltura nueva y abierta, la levantaron respetuosamente valiéndose de lienzos puestos por debajo, y la pusieron

respetuosamente encima de una tabla en la cual ya estaban puestos por su orden los lienzos y las vendas para poder usarlos cómodamente. Entonces envolvieron el cuerpo firmemente con lienzos y vendas desde los tobillos al pecho, pero dejaron la cabeza, el pecho, las manos y los pies todavía libres de vendas.

—UNGEN EL CUERPO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Mientras tanto los apóstoles habían seguido la solemne ceremonia de Pedro, que les había dado el Santísimo Sacramento, tras lo cual vi que Pedro y Juan, todavía revestidos con los grandes mantos episcopales, salieron de la parte delantera de la casa para ir donde estaba el cuerpo de la Santísima Virgen.

Juan llevaba el recipiente con el ungüento y Pedro metió en él los dedos de la mano derecha y ungió en medio de oraciones la frente, el centro del pecho, las manos y los pies de la Santísima Virgen. No era la Extremaunción, que ella había recibido todavía viva. Con el ungüento la hizo rayas en las manos y la marcó cruces en los pies, la frente y el pecho. Creo que era una muestra de respeto a su santo cuerpo, como también ocurrió en el entierro del Señor.

—LA MORTAJA

Cuando los apóstoles salieron, las mujeres siguieron preparando el cadáver. Al santo cuerpo le pusieron ramitos de mirra debajo de los brazos, en las axilas y en la boca del estómago y rellenaron también con ellos el espacio entre los hombros y alrededor de la barbilla y las mejillas. También envolvieron sus pies todo a lo largo con ramitos aromáticos de éstos.

La cruzaron los brazos sobre el pecho, encajaron el sagrado cuerpo en la gran mortaja y la envolvieron con las vendas sujetas bajo los brazos como a una gran muñeca de trapo. La pusieron encima del rostro un sudario transparente y entre los ramitos de hierbas, se la veía descansar blanca y luminosa.

Luego pusieron el sagrado cuerpo en el féretro, que estaba al lado como si fuera una camita; era un tablero con el borde bajo, con una cubierta ligera y abovedada como una cesta alargada, y en ese momento la pusieron en el pecho una corona de flores blancas, rojas y celestes en señal de virginidad.

—EL ÚLTIMO ADIÓS Y EL TRASLADO

Entonces entraron los apóstoles, discípulos y demás presentes para ver todavía una vez más el querido santo rostro antes que lo taparan. Se arrodillaron con muchas lágrimas en torno a la Santísima Virgen y para despedirse le tocaban las manos que estaban envueltas sobre el pecho, tras lo cual salían de allí.

Ahora las santas mujeres se despidieron también por última vez, y después envolvieron el santo rostro y pusieron la cubierta al féretro, que ataron con cintas grises en el centro y en ambos extremos. A continuación los vi poner el féretro en unas andas que Pedro y Juan sacaron a hombros de la casa. Tienen que haberse relevado, pues más adelante vi que la llevaban seis apóstoles: delante Santiago el Mayor y el Menor, en el medio Bartolomé y Andrés, y detrás Tadeo y Mateo. Los palos de las andas se metían en un cuero o una estera, pues el féretro colgaba entre ellos como en una balanza.

Algunos apóstoles y discípulos iban delante del féretro y otros seguían detrás con las mujeres. Ya estaba oscureciendo y por eso llevaban alrededor del féretro cuatro

antorchas puestas en palos. La comitiva recorrió así el vía crucis de María hasta la ultima estación y pasó por encima de la colina hasta la lápida de esta estación, a la derecha de la entrada del sepulcro. Aquí bajaron el santo cuerpo de las andas y la metieron entre cuatro en la cueva sepulcral para depositarla en el lecho excavado en la roca. Todos los presentes entraron uno a uno, la rodearon de flores y especias, se arrodillaron y ofrecieron sus lágrimas y oraciones.

Eran muchos, y el amor y el dolor los hacían demorarse; por eso cuando los apóstoles cerraron el sepulcro era ya de noche. Hicieron una zanja delante de la estrecha entrada de la cueva e hincaron una enramada de distintos arbustos verdes, unos con flores y otros con bayas, que habían arrancado con raíces de otra parte. No se podía ver nada de la entrada, y menos aún cuando condujeron el agua de una fuente cercana a pasar por delante de estos matorrales. Nadie podría entrar en la cueva a menos que forzara los arbustos para meterse por los lados.

—LAS LUMINARIAS

Regresaron cada uno a su aire; unos se quedaban diseminados por el vía crucis a rezar y otros velaban en oración junto al sepulcro.

Los que volvían a la casa vieron de lejos una maravillosa luminaria sobre el sepulcro de María, que los conmovió aunque sin saber propiamente que podría ser. Yo la vi también y me acuerdo de muchos otros detalles:

Era como si bajara del cielo hasta el sepulcro una vía de luz en la que venía una figura fina como si fuera el alma de la Santísima Virgen, acompañada de la figura de Nuestro Señor. El resplandeciente cuerpo de María, reunido ya con su alma resplandeciente se levantó del sepulcro resplandeciente y se elevó al Cielo con la aparición del Señor. Todo esto está claramente en mi recuerdo, y sin embargo no es más que una intuición:

Era de noche y veía a los apóstoles y santas mujeres cantar y rezar en el jardincito delante del sepulcro cuando bajó del cielo a la roca una ancha vía de luz por la que vi bajar una gloria de tres círculos de ángeles y espíritus que rodeaban la aparición de nuestro Señor y el alma resplandeciente de María.

La aparición de Jesucristo, cuyas llagas irradiaban claridad, se acercó flotando ante ella. Alrededor del alma de María, en el círculo más interior de la gloria solo vi pequeñas figuras infantiles; en el segundo círculo aparecían niños como de seis años; y en el círculo exterior, rostros como de muchachos crecidos; solamente distinguía claramente los rostros, del resto solo veía como centelleantes figuras de luz. Cuando esta aparición, haciéndose cada vez más clara, se derramó por completo encima de la roca, vi abierta una vía resplandeciente desde ella hasta la Jerusalén celestial.

Entonces vi que el alma de la Santísima Virgen, que seguía a la aparición de Jesús, descendía con él flotando hasta el sepulcro a través de la roca y, reunida inmediatamente después con su cuerpo glorioso, la Santísima Virgen surgió del sepulcro mucho más clara y luminosa y ascendió con el Señor y todas sus glorias a la Jerusalén celestial, adonde se sumió otra vez todo aquel resplandor cubriendo el tranquilo cielo estrellado de la comarca.

No sé si los apóstoles y mujeres que rezaban delante del sepulcro lo habrán visto también, pero vi que miraban hacia arriba rezando asombrados, o que se arrojaban conmovidos a prosternarse con el rostro en tierra. Vi también que algunos de los que volvían con las andas a casa, rezando y cantando por el vía crucis y parándose en las distintas estaciones, se volvieron a mirar a la luz sobre la roca del sepulcro con gran

devoción y muy emocionados.

Así que yo no he visto que la Santísima Virgen muriera normalmente, ni que viajara al cielo, sino que primero su alma y después su cuerpo fueron arrebatados de la Tierra.

—LLEGA EL APÓSTOL TOMÁS

Vueltos a casa, los apóstoles y discípulos tomaron algunos alimentos y se fueron a descansar; durmieron fuera de la casa en unos cobertizos contiguos. La doncella de María, que se había quedado en casa para hacer un poco de orden, así como otras mujeres que se habían quedado allí para ayudarla, durmieron en el espacio detrás del hogar, que la doncella había despejado de todo durante el entierro, y que ahora parecía una capillita, donde los apóstoles siguieron rezando y ofreciendo [el santo sacrificio].

Al anochecer de hoy he visto que los apóstoles seguían en su sitio haciendo duelo y oración; las mujeres ya se habían ido a descansar. Entonces vi llegar al apóstol Tomás con dos acompañantes, remangados como de viaje. Se arrimó a la reja del patio y llamó para que les abrieran. Venía también con él un discípulo llamado Jonatán, emparentado con la Sagrada Familia[2].

Con Tomás estaba también un sencillo criado tártaro, hombre también muy infantil, pero que era sacerdote. Tres años después de la muerte de María todavía le vi aquí en Éfeso. Más tarde vi que lo apedrearon en esta comarca, dejándolo medio muerto. Luego lo llevaron a la ciudad, donde murió, a consecuencia de lo cual llegaron sus huesos a Roma, pero allí tampoco sabían su nombre.

Su otro acompañante era un hombre muy sencillo del país de donde vino el más alejado de los Reyes Magos, país que yo llamo siempre Parzermo porque no puedo retener exactamente su nombre. Tomás se lo había traído de allí, y era como un criado infantilmente dócil que le llevaba el manto.

Un discípulo abrió la puerta y entonces Tomás y Jonatán entraron adonde estaban los apóstoles. Tomás ordenó a su criado que se quedara sentado delante de la puerta; el buen hombre de color castaño hacía todo lo que se le ordenaba, e inmediatamente se sentó tranquilo en el suelo. ¡Oh, cómo se afligieron cuando escucharon que habían llegado demasiado tarde! Tomás lloró como un niño cuando se enteró de la muerte de María. Los discípulos le lavaron los pies y los reconfortaron un poco.

Mientras tanto las mujeres se habían despertado y levantado, y cuando se retiraron, los hombres llevaron a Tomás [al lugar de la casa] donde había muerto la Santísima Virgen. Se arrojaron al suelo y lo bañaron de lágrimas. Tomás también se arrodilló a rezar mucho rato ante el altarcito de María. Su tristeza era indeciblemente conmovedora, y cuando pienso en ella todavía me pongo a llorar.

Cuando los apóstoles terminaron sus rezos, que no habían interrumpido [con la llegada de Tomás], acudieron todos a dar la bienvenida a los recién llegados. Agarraron a Tomás y Jonatán por debajo de los brazos, los levantaron, los abrazaron y los llevaron a la parte delantera de la casa donde les dieron un refrigerio de panecillos y miel, y una jarrita y vasos para beber. Rezaron juntos todavía más y todos se abrazaron mutuamente.

—ESTADO DEL SEPULCRO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Entonces Tomás y Jonatán quisieron ver la tumba de la Santísima Virgen y los apóstoles encendieron las luces puestas en los palos y fueron con ellos por el vía crucis al sepulcro de María. No hablaban mucho pero se detenían un poco en las estaciones

pensando en la Pasión del Señor y en el compasivo amor con que su Madre había colocado estas lápidas y las había regado tantas veces con sus lágrimas.

Cuando llegaron a la roca del sepulcro, todos se pusieron de rodillas alrededor, pero enseguida Tomás y Jonatán se precipitaron a la entrada de la cueva, seguidos por Juan. Dos discípulos tumbaron hacia atrás los arbustos delante de la entrada, y ellos entraron y se arrodillaron con respetuoso recogimiento ante el túmulo sepulcral de la Santísima Virgen.

Entonces Juan se acercó a la ligera canasta del féretro, que sobresalía un poco del túmulo sepulcral, desató las tres cintas grises que cerraban la cubierta y puso ésta a un lado. Entonces iluminaron el féretro y vieron con profunda sorpresa que delante de sí tenían vacíos los paños mortuorios de la Santísima Virgen, aunque conservaban toda la forma de haberla envuelto. Los paños estaban abiertos y separados en el rostro y el pecho, las vendas que envolvían los brazos yacían ligeramente sueltas pero mantenían la forma de envoltura tal como se las habían puesto, pero el cuerpo glorioso de María ya no estaba en la Tierra. Alzaron los brazos, mirando asombrados al cielo, como si fuera ahora cuando hubiera desaparecido el sagrado cuerpo de la Virgen, y Juan gritó a los de fuera de la cueva:

—¡Venid y asombraros, que ya no está aquí!

Entonces todos fueron entrando de dos en dos en la angosta caverna y vieron ante sí con estupor que solo conservaba los paños mortuorios vacíos. Salieron, se arrodillaron en el suelo, miraban al cielo elevando los brazos, lloraban, rezaban, alababan al Señor y a su querida madre gloriosa, como niños buenos a su amada y fiel madre, con toda clase de dulces palabras amorosas que el Espíritu les ponía en los labios.

Entonces se acordaron y pensaron en aquella nube luminosa que habían visto de lejos mientras volvían a la casa justo después del entierro, cómo se había hundido en la colina del sepulcro y luego de nuevo se había alzado flotando. Juan sacó del féretro los paños mortuorios de la Santísima Virgen con gran respeto, los plegó y arrolló juntos ordenadamente, y se los llevó. Volvió a poner la cubierta al féretro y lo ató de nuevo con las cintas.

Después abandonaron la cueva del sepulcro, cuya entrada volvieron a cerrar con arbustos. Anduvieron el vía crucis de vuelta hasta la casa, rezando y cantando salmos, y al llegar fueron todos al espacio donde había morado María. Juan dejó respetuosamente los paños mortuorios en la mesita de delante del rincón donde oraba la Santísima Virgen, y Tomás y los otros rezaron más en el lugar donde ella murió.

Pedro se retiró a solas, como si tuviera una contemplación espiritual; quizá se estaba preparando, pues a continuación vi que erigieron el altar delante del lecho de muerte de María, donde estaba la cruz, y Pedro celebró en él un solemne servicio divino, mientras los demás estaban en filas de pie detrás de él, rezando y cantando alternadamente. Las santas mujeres estaban de pie más atrás, junto a las puertas y en la parte de detrás del hogar.

El sencillo criado de Tomás que le había seguido desde aquel lejano país donde habían estado últimamente tenía un aspecto muy extraño: ojos pequeños, frente y nariz aplastadas y pómulos altos. Era de color más castaño que los de por aquí [es decir, que los de Éfeso]. Estaba bautizado, pero en lo demás era como un niño obediente y sin experiencia. Hacía todo lo que se le ordenaba, se quedó de pie donde le pusieron, miraba donde se le ordenaba y sonreía a todos. Se quedó sentado allí donde Tomás le dijo que se sentara y cuando vio llorar a Tomás, también lloró amargamente. Este hombre se quedó siempre con Tomás; podía llevar grandes cargas: cuando Tomás construyó una capilla le vi arrastrar piedras muy pesadas. Después de la muerte de la Santísima Virgen vi que a menudo a los apóstoles y discípulos, reunidos de pie en círculo, se contaban mutuamente

dónde habían estado y lo que les había pasado. Lo he oído todo, y ya me acordaré de nuevo de ello si es voluntad de Dios.

—LA DESPEDIDA

[20 de agosto de 1829 y 1821:]

Ahora, después de muchas devociones, ya se ha despedido la mayoría de los discípulos presentes, que han regresado a sus oficios. En la casa están todavía los apóstoles, Jonatán (el que vino con Tomás) y el criado de Tomás, pero ahora partirán todos también en cuanto dejen listo lo que están haciendo, pues todos están trabajando en limpiar de piedras y hierbajos el vía crucis de María y en adornarlo con las plantas, arbustos y flores adecuados.

Todo lo hacen en medio de cantos y oraciones; es absolutamente imposible decir lo conmovedor que es; todo es como un rito solemne de amor entristecido, muy activo y sin embargo muy tierno y entrañable.

Adornaban como buenos hijos las huellas de la Madre de Dios y madre suya; las huellas con las que había medido para nosotros con compasiva devoción la senda del martirio de su hijo divino hasta su muerte salvadora.

Cerraron completamente la entrada del sepulcro de María, sujetaron firmemente con tierra los arbustos que habían plantado y reforzaron la zanja que habían hecho delante. Limpiaron y adornaron el jardincito delante de la tumba y excavaron un camino desde la parte de atrás de la colina del sepulcro hasta la pared trasera del túmulo sepulcral, donde horadaron a escoplo un orificio en la roca para que se pudiera mirar el sepulcro donde descansó el cuerpo de la Santísima Virgen, aquella que el Salvador agonizante entregó en la cruz a todos ellos y a su Iglesia en la persona de Juan.

¡Oh, eran buenos hijos, dóciles al cuarto mandamiento, y ellos y sus amores vivirán largo tiempo sobre la Tierra! Levantaron también una especie de tienda capilla sobre la cueva del sepulcro; hicieron una tienda con tapices, la rodearon y cubrieron con ramas entretejidas e hicieron dentro un altarcito. Pusieron una base de piedra, y levantaron encima una piedra sobre la cual pusieron un gran losa. Por detrás de este altarcito colgaron en la pared un pequeño tapiz en el que se veía el rostro de la Santísima Virgen bordado o cosido muy modesta y simplemente, y por cierto a rayas de colores rojas, azules y marrones.

Cuando estuvieron listos, celebraron allí el servicio divino, que todos rezaron de rodillas y con las manos levantadas. La parte de la casa donde había morado María, ellos mismos la pusieron exactamente como una iglesia. La doncella de María y algunas otras mujeres se quedaron a vivir allí y, para el consuelo espiritual de los fieles que vivían por los alrededores, también se quedaron dos discípulos, uno de los cuales era de los pastores del otro lado del Jordán.

Enseguida se despidieron también los apóstoles. Tras una conmovedora despedida, Bartolomé, Simón, Judas, Tadeo, Felipe, y Mateo salieron los primeros otra vez hacia los lugares de su oficio.

Los demás, excepto Juan que todavía permaneció aquí una temporada, primero se fueron juntos hacia Palestina donde también se separaron; había allí muchos discípulos y con ellos fueron también varias mujeres de Éfeso a Jerusalén. María Marcos hizo allí mucho por la comunidad, creó una hermandad para más de 20 mujeres, que en cierto sentido vivían de modo conventual, y de las cuales cinco vivían con ella completamente en la casa. Los discípulos se reunían siempre en su casa. La comunidad cristiana todavía

seguía teniendo la iglesia del estanque de Betesda.

[El 22 de agosto dijo:]

En la casa solo está Juan, pues todos los demás ya han salido de viaje. En cumplimiento de la voluntad de la Santísima Virgen le he visto distribuir él mismo los vestidos de María a su doncella y a otra chica que venía a veces a servirla. Entre los vestidos había algunos que estaban hechos con telas de los Reyes Magos. Vi dos largos vestidos blancos, varios chales y algunos velos largos, así como colchas y alfombras y tapices.

También vi con toda claridad aquella sobreveste listada que llevaba en Caná y en el vía crucis, de la que guardo una tirita pequeña. Algo de ello fue a parar a la Iglesia. Por ejemplo, con su bonito traje de novia celeste pespunteado de oro y salpicado de rosas hicieron un adorno litúrgico para la iglesia de Betesda de Jerusalén y en Roma todavía quedan reliquias de él; las he visto, pero no sé si alguien lo sabe. María solo lo llevó durante la boda y después no se lo puso nunca más.

Todo este vivir, actuar y peregrinar se hacía discreta y tranquilamente, sin esa angustia que tenemos hoy. La persecución todavía no había desarrollado una red de espionaje, y no turbaba la paz.

ÍNDICE DE PERSONAS, OFICIOS Y GRUPOS

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS Y LUGARES

[1] Nota de Brentano: Con el nombre de «Peregrino», Ana Catalina se refería al Escritor que en sus contemplaciones veía en figura de peregrino que, según peregrine con fidelidad o negligencia, va encontrando en el viaje a su patria bendiciones, protección, apoyo y socorro o, por el contrario, retrasos, extravíos, adversidades, peligros e incluso prisión. Por eso le llamaba «Peregrino» en sus contemplaciones, y las buenas obras y oraciones que ella ofrecía por este Peregrino se le manifestaban, según las circunstancias, como las correspondientes obras buenas que podrían beneficiar a peregrinos, presos y esclavos. Ana Catalina tenía sin embargo una peculiaridad en su fuero interno: nunca ofrecía sus oraciones por una sola persona, ni siquiera por sí misma, sino siempre para consolar necesidades de las que era modelo aquella por la que ofrecía su oración, y por tanto estoy convencido de que sus oraciones en este caso sirvieron de verdad a presos y peregrinos reales. Y puesto que esta forma de rezar llega al alma de todo corazón cristiano piadoso y humanitario, el benévolo lector no encontrará impertinente mi propuesta de que tome en serio esta manera de rezar.

[2] Nota de Brentano: Esto, que el Escritor copió de oído en agosto de 1821, lo estaba preparando para la imprenta en julio de 1840, y con tal motivo rogó a un teólogo conocedor de idiomas que le aclarara la palabra *askarah*, y éste le informó que askarah quiere decir «recuerdo» o *«commemoratio»*, y es el nombre de la parte del sacrificio incruento que el sacerdote quemaba sobre el altar para honra de Dios y para recordarle sus promesas de misericordia. Las ofrendas incruentas, o de manjares, consistían habitualmente en harina de trigo de la más fina, mezclada con aceite y salpicada de incienso, de la que el sacerdote quemaba como *askarah* todo el incienso y un puñado de harina con aceite o lo que hubieran horneado con ella (*Lv* 2, 2.9.16). En los panes de la exposición, el incienso era por sí solo la *askarah (Lv* 24, 10). En las ofrendas penitenciales, en las que el aceite y el incienso no formaban parte de la ofrenda de harina, solo se quemaba como *askarah* un puñado de harina (*Lv* 5, 12). Lo mismo se hacía en las ofrendas de las mujeres acusadas de adulterio, en las que, por lo demás, solamente se ofrecía harina de centeno (*Nm* 5, 12, 26). En este último lugar (*Nm* 5, 15) la Vulgata omite totalmente traducir la palabra *askarah*; en otros lugares la traduce a veces como «*memoriale*» o «*in memoriam*», o *«in monumentum*». La narradora no explicó con detalle por qué los esenios tomaron su primer nombre de *askarah*, pero si consideramos que no llevaban ofrendas sangrientas al Templo, sino solo ofrendas incruentas, y que sin embargo se presentaban a sí mismos como ofrendas vivas de abnegación y mortificación, no parece disparatada la idea de que a quienes vivían tan descarnadamente los llamaran askarah, la parte de la ofrenda no sangrienta perteneciente a Dios que era la *Minchá* u ofrenda de harina, o tal vez, aunque no lo sepamos con seguridad, porque ellos mismos ofreciesen este tipo de ofrenda de manjares o porque en su forma de ser se comportaran como el *askarah* en relación con los demás israelitas.

[3] Nota de Brentano: El invierno de 1820, la hijita del hermano de la venerable Emmerick que había venido a vivir con ella de Flamske, en Coesfeld, se puso enferma. Durante mucho tiempo se le presentaban diariamente fuertes calambres a determinada hora de la tarde con arcadas fuertes y desagradables que duraban a menudo hasta media noche, añadiendo una nueva molestia al entorno de la silenciosa enferma, tanto más penosa cuanto que conocía la causa y el significado de este sufrimiento, como el de casi todas las enfermedades. Ana Catalina había rezado pidiendo repetidas veces para conocer un remedio, y finalmente describió una flor que conocía, ya que la había visto recoger a San Lucas para emplearla en ataques epilépticos. Gracias a su detallada descripción de la flor y de su hábitat, su médico y médico del distrito de Dülmen, Dr. Wessener, encontró la planta.

Ana Catalina la reconoció y la llamó *«Sternblümchen»* («estrellita»), mientras que el médico la llamó más exactamente *Cerastium arvensi Linnaei*, u *Holosteum caryophyllaceum veterum* (cerastio). Es maravilloso que el viejo libro de plantas medicinales *Tabermontani* también cite el uso de esta planta contra los ataques epilépticos. El día 22 de mayo de 1821, Ana Catalina dijo a mediodía, en sueños:

—Darle a la niña el zumo exprimido de ruda (que ya había empleado antes) y estrellitas mojadas con agua bendita; eso no puede hacerla daño. Ya me han dicho tres veces en mi interior que yo misma debía exprimirla y dársela.

El Escritor, queriendo saber más detalles acerca de este remedio llevó a la casa sin que ella lo supiera unas flores de esta hierba envueltas en papel como si fuera una reliquia, y por la tarde la sujetó con un imperdible a la chaquetilla de la enferma, que se despertó enseguida y dijo:

—Esto no es una reliquia, esto es estrellita.

Tuvo las flores sujetas en la chaquetilla toda la noche, y el 23 de mayo por la mañana contó:

—No tengo ni idea por qué pasé la noche tumbada en el campo entre estrellitas ya crecidas. También he visto todo género de usos medicinales de estas florecillas, y se me ha dicho: «Si la gente supiera lo saludables que son estas flores, no habría tantas a tu alrededor». Vi cuadros de su aplicación ya desde tiempos muy antiguos.

Vi que San Lucas andaba recogiendo flores de éstas. También vi una región como aquella en la que Jesús alimentó a 5.000 hombres, donde había muchos enfermos tumbados en estas flores al aire libre o bajo una ligera cubierta; les habían preparado yacijas con flores poniendo las flores hacia el medio, donde se tumbaban, y los rabos y las hojas hacia fuera. Los enfermos padecían ciática, calambres, hinchazones y tenían debajo de la cabeza cojines redondos rellenos con estas flores.

Vi envolver con estas flores los pies hinchados de esta gente. Los enfermos se las comían o las echaban al agua para beber, pero aquellas flores eran mayores. Se trata de un cuadro de la edad antigua, pues la gente y los médicos llevaban largas túnicas de lana blanca con ceñidor. Vi que siempre bendecían las flores antes de usarlas. También vi una planta de este mismo género, pero más gruesa y con hojas más redondas, suaves y jugosas, y de flores de suave azul pálido de la misma forma, que son muy curativas en las convulsiones de los niños. Crecen en suelos mejores y no son tan corrientes como las otras. Creo también que se llama Eufrasia (*Augentrost*); una vez la encontré cerca de Dernekamp; es más fuerte.

Tras esto dio a la niña, por primera vez, tres florecitas; la segunda debía darla cinco, y dijo:

—Veo la naturaleza de la niña pero no puedo describirla adecuadamente; un interior así es como un traje roto, hay que traer un remiendo distinto para cada sitio.

[4] Nota de Brentano: No debe sorprender la palabra «escapulario», pues así se llama la pieza de vestido sin mangas y abierta por los costados que cubre pecho y espalda, y está unida por encima de los hombros.

[5] Nota de Brentano: Estas fueron las palabras de Ana Catalina el 16 de agosto de 1821, y los nombres están copiados tal como le sonaron al Escritor de labios de Ana Catalina, así como su explicación «La madre excelsa». Pero cuando el Escritor lo leyó a un lingüista, éste dijo que Eromo significaba ciertamente «Madre excelsa».

[6] Nota de Brentano: Sin duda Ana Catalina quería explicar aquí que eran hierbas de la especie que dice Eusebio en su *Historia Ecclesiastica* (VII, 18), que había crecido en

torno a la estatua de Jesucristo erigida por la enferma curada de flujo sanguíneo en Cesarea de Filipo, y que cuando crecían hasta tocar el borde de la túnica de la estatua, recibían fuerza curativa contra todas las enfermedades»; hierba que allí se menciona como especie desconocida. Ana Catalina ya antes había hablado de esta visión y de esta hierba.

[7] Nota de Brentano: Probablemente entendía por «raíz de Jesé» alguna de las conocidas representaciones del árbol genealógico de Jesús según la carne.

[8] Nota de Brentano: Cuando unos veinte años después, en julio de 1840, preparaba esta comunicación para la imprenta, el Escritor supo por un filólogo que el libro cabalístico *Sohar* contiene algo sobre ello.

[9] Nota de Brentano: En la escritura hebrea original, que se ha conservado en el alfabeto samaritano, las monedas macabeas y otros lugares, la letra M presenta cierto parecido a la letra latina N.

[10] Nota de Brentano: Ana Catalina dijo estos nombres, como todos, en bajo alemán y con frecuencia titubeando; se limitaba a decir que sonaban parecidos, de modo que no puede saberse hasta que punto se han transcrito aquí correctamente. La cosa es más sorprendente porque más adelante se ha hallado en otros lugares nombres de las mismas personas que sonaban parecido. Por ejemplo, años después de la muerte de Ana Catalina, el Escritor encontró en el libro publicado en París en 1529, *Encomium trium Mariarum* Bertaudi Petragorici, y en concreto, en el anexo *De cognatione divi Joannis Baptistae cum filiabus et nepotibus beatae Annae*, libro III, folio LII, que San Cirilo, tercer general de la orden del Carmelo que murió en 1224, escribió que el profeta que consultaron los antepasados de Santa Ana vio parecidas visiones de ramas, brotes y flores; y que Estolano se llamaba también Agarim o Garizi, en cuyos nombres se encuentran los sonidos arriba mencionados en Garescha Garesha o Sartsirius. Por lo demás, allí se dice que consultaron a los carmelitas del Monte Carmelo en vez de los esenios del Horeb.

El día del Corpus de 1840, 17 años después de la muerte de Ana Catalina, el Escritor leyó en la *Vida de Santa Ana*, tomo VI, Julio, de las *Actis Sanctorum*, que Juan Eckius dice en su homilía sobre Santa Ana que: «La tradición llama Estolano a Stolanus», y que el *Breviarium Romanum* de 1536, y varios *Breves impresos de Pío V*, llaman a Santa Ana «hija de Gaziri» o de «Garzim».

Un amigo filólogo que tuvo la amabilidad de corregirme esta hoja, dijo: «Sorprende ver que los nombres de Gaziri, Garzi (pues la «m» es un sufijo), Garscha o Garescha [en fonética española respectivamente: Gatsiri, Gartsi, Garsha o Garesha] son tres formas correctas pues aunque provienen de verbos distintos, las tres coinciden en significar «expulsado». Agari (m), en árabe tiene también el sentido de huida o expulsión. La palabra griega Stolanus (Estolano) incluye el concepto de viaje, y por consiguiente un sentido similar aunque más suave que el semítico. Es sabido que desde Alejandro fue muy frecuente que los judíos dieran declinaciones griegas a sus nombres y a menudo los tradujeron completamente. Sarssir quiere decir estornino y por consiguiente, «pájaro migratorio»

[11] Nota de Brentano: De hecho, los escritores que siguen la tradición llaman habitualmente Emerencia a la madre de Santa Ana; pero también llaman Emerencia a la esposa de Estolano a la que Ana Catalina llama Emorum (sic). La tradición dice que Emerencia, la mujer de Estolano, dio a luz a Ismeria, madre de Isabel, y a Ana, madre de la Santísima Virgen.

Ahora bien, según Ana Catalina, Ana no era hija, sino nieta de Estolano. Si esto fuera un error por su parte, podría deberse a que la humilde vidente hubiese mezclado sus

propias visiones con lo oído por tradición sobre Santa Ana desde su juventud. Quizá el nombre de Emerencia no sea más que la latinización del nombre Emorum que ella escuchó. Pero puesto que ella no lo sabe o lo ha olvidado, quizá se hizo a la idea de que Emerencia e Ismeria eran hijas de Estolano ya que la tradición presenta sus nombres junto al de Estolano como parientes próximos de Santa Ana antes de su matrimonio. Sin embargo son realmente muy raros los casos en los que ella confundiera los innumerables nombres que oyó, a no ser en la más extrema enfermedad y desvalimiento.

Sin embargo el Escritor se inclina a suponer aquí la existencia de un error, ya que la tradición dice generalmente que Santa Isabel fue sobrina de Santa Ana, mientras que Ana Catalina dice que Isabel era sobrina de la madre de Ana, y si fuera así, como Ana era hija tardía, Isabel debería ser casi mayor que Santa Ana. Puesto que el Escritor no puede explicar esta discordancia, ruega al benévolo lector que la acepte con paciencia y supla con ella lo que al Escritor le haya faltado en esta cristiana virtud durante su laboriosa recopilación, tantas veces interrumpida, de estas comunicaciones.

[1] Nota de Brentano: Como prueba de la confianza infantil que tenía Ana Catalina sin ceremonia alguna con estas personas tan sagradas para ella, en esta narración usó la siguiente expresión: «un retaco pequeño y ancho pero flaco» *(ein kleiner, breiter und doch magerer Butzen)*.

[2] Nota de Brentano: No es de extrañar si la narradora, aquí, y en general en otros lugares, menciona acontecimientos que históricamente aún no podían haber sucedido. Debe tenerse en cuenta que las visiones de la vida de la Santísima Virgen, que aquí se exponen cronológicamente, se le presentaban anualmente a Ana Catalina con ocasión de la fiesta litúrgica correspondiente. Cuando narraba sus visiones acerca de los padres de la Santísima Virgen en julio y agosto de 1821, época de las fiestas de San Joaquín y Santa Ana, Ana Catalina aludía para explicarse mejor a cosas que ya había visto en años anteriores en la fiesta de la Presentación de María en el Templo en el mes de noviembre.

[3] Nota de Brentano: Esta observación de Ana Catalina se confirma con la siguiente nota: Según la tradición judía, en las ofrendas que se quemaban había varias piezas que no se quemaban en el altar, sino al lado oriental del mismo sobre el llamado «Montón de ceniza»; en concreto, el tendón de la cadera, *nervus femoris*, que se le secó a Jacobo durante su lucha con el ángel (*statim emarcuit, Gn* 32, 25). (Véase también *Gn* 32, 32).

[4] Nota de Brentano: Sin duda era un conglomerado de todos los ingredientes fundidos que según la tradición judía componían la ofrenda cotidiana de perfumes: mirra, casia, nardo, azafrán, sándalo, canela, ¿*costus*?, ¿*stakte*?, actinia, galbano e incienso, todo ello mezclado con sal pura.

[5] Nota de Brentano: Al principio el Escritor no sabía que estos tres nombres no eran más que formas distintas de los nombres de Joaquín, Ana y María. Cuando más adelante se enteró, la pronunciación indicada por Ana Catalina le sirvió de conmovedora comprobación de que había asistido a los hechos muy de cerca.

[6] Nota de Brentano: Ana Catalina dijo: «Cuando le puso el círculo de luz tan cerca de la cara, pensé en una costumbre de las bodas en nuestro pueblo en las que el sacristán da a besar una cabeza pintada en una tablilla, por lo que se han de pagar 14 peniques».

[7] Nota de Brentano: La venerable María de Jesús, superiora de las Franciscanas de Ágreda que en paz descanse {Brentano se refiere a la venerable de Ágreda}, cuenta en sus visiones de la vida de la Santísima Virgen María que a ella le explicaron que la Nueva Jerusalén, o Jerusalén Celestial, era la Virgen misma. (Véase *Mística Ciudad de Dios*, 1.ª Parte, párrafo 248 y Cap. 28; párrafo 253 etc. Ed. Augsburg y Dillingen de Bencard, 1718). Crisóstomo, en su plática sobre la fiesta de la Anunciación, pone en boca de Dios cuando habla con el arcángel Gabriel: «Vete a la ciudad bendita de la que dice el profeta: Maravillas dicen de ti, ¡oh ciudad de Dios!». Georgio, obispo de Nicomedia en el siglo VII, en su sermón de la Presentación de María en el Templo, llama a la Santísima Virgen «Bendita ciudad de Dios», etc. En el Oficio Parvo de la Santísima Virgen, la antífona del salmo 86 dice: «*sicut laetantium omnium nostrum habitatio est in te sancta Dei genitrix*», aunque este verso se refiere en principio a Jerusalén, etc.

[8] Nota de Brentano: Ana Catalina, al comunicar sus numerosas visiones del Antiguo Testamento, habló muchas veces detalladamente del Arca de la Alianza pero nunca dijo que todo el contenido de la primitiva Arca de la Alianza volviera a estar en el Templo reconstruido tras la cautividad de Babilonia, ni en el Templo renovado por Herodes. Mencionó, eso sí, que en el Santísimo del Templo había una Arca renovada que todavía guardaba restos de reliquias de la Arca de la Alianza primitiva, pero también vio muchos restos conservados y venerados por los esenios.

[9] Nota de Brentano: No debe turbar la expresión «presencia sacramental de Dios», ya que la Sagrada Escritura atestigua indudablemente que Dios estaba presente sobre el Arca de la Alianza de una forma misteriosa pero visible. En concreto, entre los dos querubines que estaban encima del Arca o sobre el Trono de los Veredictos, se mostraba (sin que pueda decirse si continuamente o solo en determinados momentos) un resplandor, una gloria de la Divina Majestad cubierta por una nube. «Dile a Aarón, tu hermano, que no entre en cualquier momento en El Santo … para que no muera, porque apareceré en una nube sobre el Trono de los Veredictos» (*Lv* 16, 2). «Dios hablará con Moisés entre los dos querubines» (*Éx* 25, 22). Cuando llevaron el Arca de la Alianza al Templo de Salomón, Dios entró en una nube sobre ella, de modo que los sacerdotes ya no pudieron estar dentro, por lo que Salomón dijo: «El Señor ha dicho que vivirá en la nube» (*2 Cr* 6, 1 y 3, *Re* 8, 10-13). Esta presencia encubierta de Dios sobre el Arca de la Antigua Alianza lleva en hebreo el nombre de «Shejinah»; pero según las visiones de Ana Catalina, tal resplandor solo sería irradiación del contenido misterioso del Arca.

[1] Nota de Brentano: Aquí siguen varias visiones que Ana Catalina comunicó en diversas épocas, al contemplar cada año la octava de la Fiesta de la Concepción de María. Ciertamente no siguen de cerca el hilo de la vida de María, pero arrojan luz privilegiada sobre el misterio de la elección, preparación y veneración de este Vaso de la Gracia. Como Ana Catalina las expresó en medio de penas y molestias de todo tipo, no puede sorprender que aparezcan en forma de fragmentos.

[2] Nota de Brentano: Véase el capítulo de las vísperas del sábado del oficio de la Santísima Virgen, que está tomado de *Ecle* 24: «*ab initio et ante saecula creata sum et usque ad futura saecula non desinam.*»

[3] Nota de Brentano: Compárese con la cita sagrada que la Iglesia ha aplicado mucho tiempo a María: «*Ego ex ore Altissimui providi primogenita ante omnem creaturam, ego fecit in coelis, ut orietur lumen indeficiens. Thronus meus in columna nubis*», etc.

[4] Nota de Brentano: La narradora mencionó aquí múltiples contemplaciones de esta Bendición en el Viejo y el Nuevo Testamento, unas históricas y otras simbólicas, que en parte se recogen aquí en sucesión cronológica. La Bendición era aquella con la cual y de lo cual fue sacada Eva del costado derecho de Abraham; una Bendición que la misericordiosa Providencia de Dios quitó a Adán cuando pensaba en consentir en el pecado, pero que volvió a recibir Abraham después de instituir la circuncisión, cuando el ángel le prometió Isaac, y que después de él se transmitió en solemne ceremonia sacramental a su primogénito Isaac y de éste a Jacob.

Pero a Jacob, en su lucha con el ángel, se le retiró esta Bendición, que pasó en Egipto a José. Finalmente Moisés la volvió a recoger la noche de la huida de Egipto, se la llevó con los huesos de José y a continuación fue para el pueblo Lo Santo del Arca de la Alianza.

El Escritor estaba terminando de copiar estas aclaraciones de Ana Catalina, no sin reservas y dudas, cuando escuchó que a lo largo del Libro del *Sohar*, que se atribute a Simón Bar Yocai (del siglo II después de Cristo pero con partes mucho más antiguas) se pueden encontrar éstas y otras noticias parecidas sobre este misterio, que repiten casi literalmente lo dicho. Un lector experto en caldeo tardío puede convencerse de ello, por ejemplo, si examina los siguientes pasajes: «*Sohar Par. Told'oth*», p. 340; ibídem, p. 345 (Edición Sulzbach, Augsburgo); y «*B'reschit*», p. 135. «*T'rumah*», p. 251 y otras.

[5] Nota de Brentano: En sus contemplaciones de la predicación itinerante de Nuestro Señor, que Ana Catalina contó diariamente en sucesión histórica durante tres años, vio que Jesús, tras la resurrección de Lázaro, que ocurrió el 7 de octubre del tercer año de su predicación, se retiró al otro lado del Jordán para evitar la persecución de los fariseos. Desde allí envió a los apóstoles y discípulos a sus casas y solo se quedó con tres discípulos: Eliud, Silas y Erimen-Sear, descendientes de unos acompañantes de los Reyes Magos que prefirieron quedarse en la Tierra Prometida y enlazaron por matrimonio con las familias de los pastores de Belén. Jesús viajó con ellos al lugar de residencia actual de los Reyes Magos, desde donde regresó a la Tierra Prometida pasando por Egipto.

El 1.° de enero anterior a su muerte, Jesús volvió a pisar Judea y al anochecer del lunes día 8 volvió a reunirse con los apóstoles junto al Pozo de Jacob; estuvo curando y enseñando en Sicar y Efrón cerca de Jericó, Cafarnaúm y Nazaret. Hacia febrero volvió a Betania y su comarca, y enseñó y curó en Bezabara, Efraím y cerca de Jericó. Desde mediados de febrero hasta su Pasión el 30 de marzo estuvo alternativamente en Jerusalén y Betania. Los apóstoles callan sobre todo el tiempo transcurrido entre la resurrección de Lázaro y la Pasión, y solo Juan dice (11, 53-54):

«Desde este día en adelante se reunieron a deliberar cómo matarle, por lo cual Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos sino que fue a una comarca cercana al desierto, a una ciudad que se llama Efraím, donde estuvo con algunos discípulos.» La presencia de Jesús en Efraím la contó Ana Catalina los días 14, 15 y 16 de enero, y luego otra vez entre el 6 y el 12 de febrero, sin dar precisiones exactas sobre los días.

Pero volvamos al asunto de esta nota: Del 1 al 15 de diciembre del tercer año de predicación, Ana Catalina vio y contó diariamente la estancia del Señor y sus tres acompañantes en Arabia, en la ciudad de tiendas de los Reyes Magos adonde éstos se había retirado al volver de Belén. Dos de estos jeques vivían todavía. Ana Catalina describió con detalle sumamente maravilloso su modo de vida, usos religiosos y las fiestas con las que recibieron a Jesús. Entre otras muchas cosas, los días 4 a 6 de diciembre contó que estos servidores de las estrellas llevaron al Señor a su templo, que describió como un pirámide de carpintería chata y cuadrangular, rodeada por fuera de escaleras y peldaños; observaban las estrellas desde fuera de la pirámide y en su interior celebraban el servicio divino. Dentro le mostraron la imagen del Niño Jesús en el pesebre, que habían preparado y habían metido allí inmediatamente después de su vuelta de Belén y que por cierto era de la forma en que lo habían visto en las estrellas antes de su expedición. La vidente lo describió con las siguientes palabras:

«Toda la representación era de oro y estaba rodeada de una plancha de oro en forma de estrella. El niño era de oro y estaba sentado en el pesebre encima de un tapete rojo, que era como el de Belén. Tenía las manitas cruzadas sobre el pecho y estaba fajado de los pies hasta el pecho. Habían traído incluso el heno del pesebre, y detrás de la cabeza del niño se podía ver como una guirnalda blanca; ya no sé de qué. Mostraron a Jesús esta imagen pues no tenían ninguna otra en su templo». Esta es la descripción de la estatua del pesebre antes mencionada en el texto.

[6] Nota de Brentano: Antes de Cristo la Humanidad era en cierto modo como un suelo seco, sediento y en espera de lluvia que clamaba para calmar su sed para dar fruto, no solo de gracias espirituales, sino de justicia personal. Cristo no era meramente fruto y brote de Dios y de la Tierra (*Is* 4, 2; *Jer* 23, 5 y 33, 15; *Zac* 3, 8 y 6, 12) sino que era también rocío y lluvia para hacer brotar frutos parecidos a Él. Pues David había profetizado «Vendrá como lluvia sobre el campo, como gotas que humedecen la tierra. En sus días florecerán los justos y el trigo espesará en el campo sobre las cumbres de las montañas (lo que, según la explicación del traductor caldeo quiere decir 'en la Iglesia'), verdearán en las ciudades como la hierba de la tierra». Por eso dice Isaías (40, 8): «El Cielo os deje caer el rocío desde arriba y lluevan las nubes sobre el justo» (*Sal* 71 ó 72). En su figura permanente, esta lluvia es la comunicación ampliada del Santísimo Sacramento, cuya prefiguración fue el maná. Por eso, el antiguo comentarista hebreo Breshith Rabbá señala en el pasaje donde Isaac promete a Jacob la lluvia del cielo como una bendición (Parasha 65 de la edición de Constantinopla bajo Suleimán), que por ese rocío había que entender el maná. Del mismo modo, había que entender que el trigo y el vino serían una descendencia de discípulos y vírgenes entre los que se habían nutrido de maná (*Gn* 27, 28, compárese con *Zac* 9, 17). Por eso no debe extrañar si en los escritos judíos tardíos el Mesías también aparece como rocío. En el Talmud («*Taanith. dist. Maimathi maskirin*») dice R. Beraquía: «La comunidad de Israel ha rezado a Dios arrogantemente que venga como una lluvia temprana, como una lluvia tardía que fructifica la tierra (*Os* 6, 3) y entonces Dios la dice: «Hija mía, tú exiges una cosa que unas veces se implora y otras no. Pero Yo seré para ti una cosa que siempre se implorará: Yo seré para Israel rocío y florecerá como un lirio» (*Os* 14,

4)».

Más significativa es la relación con el Mesías allí donde el Talmud («*Hierosolim. Tract. b'rachoth*.», capítulo 5) lleva esa idea al salmo del sacerdocio del Salvador explicando en concreto las palabras del salmo 110: «Del regazo de la aurora viene el rocío de tu nacimiento» (Vulgata, salmo 109, 3, «*Ex utero ante luciferum genui te*») según el pasaje de Miqueas 5, 6: «Como rocío del Señor, como gotitas sobre la yerba que no aguardan a ningún hombre y no esperan a ningún hijo de hombre.»

La misteriosa nube de lluvia de Elías, prefiguración de la excelsa mujer elegida para portadora y traedora de la lluvia que refresca la tierra seca, primero desde la cruz, y ahora y hasta el final, desde el Santísimo Sacramento, se alzó justo del Mar de Galilea, y eso se acomoda bien a la circunstancia de que sea desde este mar y sus orillas desde donde haya caído sobre los pobres seres humanos el rico y benefactor rocío de las enseñanzas y curaciones de Cristo.

Sí, incluso entonces, cuando Jesús enseñó en Cafarnaúm (*Jn* 6) que el verdadero rocío celestial, el verdadero maná y el pan de la vida están en el Santísimo Sacramento, inmediatamente antes había andado sobre el mar milagrosamente como una nube y entonces derramó la bendición de la gran promesa en los corazones de sus oyentes. El Escritor cree haber leído en un viejo texto rabínico que el Mesías tendría que surgir del Mar de Galilea, y aunque por el momento no puede indicar exactamente dónde, se reserva indicarlo en el lugar adecuado caso de volver a encontrarlo. En cambio, mientras tanto encontró en un viejo comentario judío sobre los salmos: «Siete mares he creado, dice Dios, pero de todos ninguno tan elegido como el de Genesaret» (*Midrash Thillim*, folio 4.1, Lighfoot, *Centur. Chronogr*», capítulo 70).

[7] Nota de Brentano: El oficio de la Inmaculada Concepción de María y otros libros litúrgicos emplean el versículo «*sicut nebula texi omnem terram*» (*Ecl* 24, 6) en coherencia total con esta visión profética de la Madre de Dios.

[8] Nota de Brentano: Epifanio, en su obra sobre la vida de los profetas, dice de Jeremías: Este profeta dio a los sacerdotes egipcios una señal y les anunció que todos sus ídolos se harían pedazos cuando pisara Egipto una madre virgen con su divino hijo. Y así ocurrió. Por eso rezan todavía hoy a una madre virginal y a su hijo acostado en un pesebre. Cuando el rey Tolomeo les preguntó la causa, contestaron: Este es un secreto que recibimos de nuestros antepasados, a quienes se lo anunció un profeta, y nosotros esperamos su cumplimiento. (*Epiphan*., Tomo 2, p. 240). Sin embargo, este Jeremías no puede ser el alumno de profeta antes mencionado, porque vivió trescientos años después.

[9] Nota de Brentano: Esta significación, que antiguos comentaristas rozaron sin exponerla completamente, es completamente exacta, tal como demuestra la filología bíblica.

[10] Nota de Brentano: Varios intérpretes antiguos (por ejemplo, Hilario Diácono, «*Quaest. vet. et nov*.», I.56 y II.6) y nuevos entienden así este pasaje de Lucas 3, 23: «Lo tenían por hijo de José, pero de hecho procedía de Helí». Que allí no se nombre a María el linaje que recoge San Lucas, se explica por el principio de los genealogistas judíos: «*genus patris vocatus genus, genus matris non vocatus genus*» («*Talmud baba bathra*», p. 110). El padre de María fue por tanto el primer miembro citable de la ascendencia de Cristo según la carne. Cristo, que no tuvo padre en la Tierra, se llama según la carne «hijo de Helí» con mayor derecho que se llama «hijo de Najor» a Labán (*Gn* 29, 5) e «hijo de Ido» a Zacarías (*Esd* 5, 1), que eran nietos de los nombrados.

[11] Nota de Brentano: Con esto, Ana Catalina piensa sin duda en el enlace de las

líneas davídicas por Nathán y Salomón del que se ha hablado ampliamente antes. Tres generaciones antes de Joaquín, la abuela de San José, que se había casado con Matzán, de la línea salomónica, y había tenido dos hijos con él, entre ellos Jacob, el padre de San José, al enviudar volvió a casarse con Leví de la familia davídica de Nathán, con quien tuvo a Matzat, padre de Helí o Joaquín. Por eso Joaquín y José estaban emparentados. Llama la atención que Raimundo Martín en su *Pugio fidei* (p. 745, ed. Carp.) señale asimismo que la abuela de San José después de la muerte de Matzán se casó con un segundo marido del que procedía San Joaquín.

[12] Nota de Brentano: Ana Catalina veía todos los cuadros de las festividades eclesiásticas tal como las celebra la Iglesia Triunfante, aunque la Iglesia Militante ya no las celebre en la Tierra. Veía celebrar las fiestas en la aparición de una iglesia reluciente y transparente, cuya forma las más de las veces decía que era octogonal, en íntima combinación con todos los santos especialmente relacionados con esta sabe. A esta iglesia la veía la mayoría de las veces flotando en el aire. Merece la pena señalar que en las fiestas relativas a consanguíneos de Jesús o a los misterios de su vida, no veía flotar a la iglesia sino que la veía como una flor o un fruto en lo alto de un tallo que brotaba y se alzaba de la Tierra, como si estuviera sobre una columna, y pareciera crecer.

Pero ante todo, lo que resultaba sorprendente al Escritor era que tampoco veía que la aparición de la iglesia flotara en el aire en las fiestas de todos los santos estigmatizados, como por ejemplo, San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena y otros, sino que la veía salir de la tierra encima de un tallo. Una reflexión sobre ello no parece estéril; Ana Catalina, probablemente por humildad, nunca se explayó sobre el asunto.

[13] Nota de Brentano: Ana Catalina coincide en esta observación con los datos de la literatura judía más antigua como por ejemplo, los tratados de la *Mishná «Tamid»*, capítulo 5, y «*Sotah*», capítulo 1.

[14] Nota de Brentano: Es una meditación fructífera que justo en aquel lugar del Templo sobre el cual sometían al Juicio de Dios la absolución de los adulterios con la llamada «agua de los celos» para castigarlos o exculparlos y purificar a los impuros, se impartiera también la gracia de la bendición para la pura concepción de la Madre de Jesucristo, por cuyo enlace con la Iglesia, el matrimonio es tan gran sacramento (*Ef* 5, 32), y Jesucristo mismo se ofreció como sacrificio para expiar el adulterio de la Humanidad contra Dios y convertirse Él mismo en esposo de las almas así compradas.

[15] Nota de Brentano: Ana Catalina llamaba Montaña de los Profetas a un lugar elevado por encima de todas las montañas de la Tierra, al que fue por primera vez en su viaje en visión el 10 de diciembre y adonde después la llevaron más veces.

[16] Nota de Brentano: Cuando el Escritor copiaba la narración detallada de sus conversaciones con Judit, únicamente sabía que había estado en Abisinia por la dirección de su ruta. Pero varios años después de la muerte de Ana Catalina encontró mencionado en los Viajes de Bruce y Salt un asentamiento judío en las altas montañas Samen de Abisinia, cuyo superior siempre se llamaba Gedeón, o si fuera soberana femenina, Judit, el nombre que había expresado la narradora.

[17] Nota de Brentano: En relación con esto, parece curioso que, entre otros escritores de los primeros siglos que aducen las acusaciones paganas contra los cristianos, Minucio Félix mencione entre otras cosas ésta: «Los cristianos ponían delante del que quería iniciarse en su religión un niño completamente rebozado en harina para esconder así el asesinato que le mandaban cometer. Entonces el neófito tenía que acuchillar y traspasar varias veces al niño. A continuación bebían ávidamente la sangre que manaba a chorros,

cortaban al niño en pedacitos y se lo comían completamente, y este crimen compartido era para ellos la mutua garantía de silencio y de que guardarían secreto sobre otros libertinajes vergonzosos con los que concluían sus reuniones». ¿Se formaría esta acusación por el mencionado sacrificio de niños de aquellos servidores de las estrellas, que fueron de los primeros en conocer el cristianismo?

En cualquier caso cabe la sospecha de que ideas parecidas, debidas a la mala interpretación supersticiosa de los anuncios de la Salvación, como ésta de los magos, sean también el fundamento profundo y la causa íntima del asesinato de niños cristianos por judíos. Si esto fuese así, estas oscuras crueldades se añadirían a los muchos motivos que hay para compadecer a la judería en vez de despreciarla, porque en ello hay un ansia torcida por el Salvador. Por cuanto sabemos, este fenómeno tantas veces reiterado nunca se ha recopilado sólidamente ni esclarecido con total imparcialidad. En los tiempos más recientes se han considerado en su mayoría, muy cómodamente y con desprecio, acusaciones fanáticas, tal como se hace con todo enigma histórico de origen muy profundo.

[18] Nota de Brentano: Lo mismo que el sacrificio del Calvario fue realizado por la feroz voluntad de sacerdotes olvidados de Dios y las manos sedientas de sangre de esbirros desenfrenados, cuando se celebra indignamente el Santo Sacrificio del altar, verdaderamente sigue siendo un verdadero sacrificio, y el oficiante indigno por su culpa ocupa simultáneamente el lugar de los sacerdotes judíos que condenaron a Jesús y el de los esbirros. Me mostraron esta misma atrocidad en el trato despiadado a los miembros de Cristo que confiesan su nombre y a quienes Dios ha adoptado por hijos, pues a continuación vi que cuando hoy día en muchos lugares persiguen, oprimen y martirizan a innumerables personas buenas e infelices, se lo hacen a Jesús. Esta es una época espantosa, no hay refugio en ninguna parte, una espesa niebla de pecado cubre el mundo entero y lo más horrible es que veo que la gente se lo toma así, sin interés y con indiferencia.

[19] Nota de Brentano: El 5 de julio de 1835, el Escritor leyó en las *Notas al Martirologio Romano* del Cardenal Baronio, correspondientes al 8 de diciembre, que el códice número 65 de la Biblioteca Sforziana contiene un discurso del emperador León, que subió al trono el año 886, sobre esta fiesta en Constantinopla, cuya celebración procedía de muy antiguo. Según Canisio, *De beatissima Virgine Maria*, Libro I, capítulo 7, y según Galatino, *De archanis catholicae veritatis*, Libro 7, capítulo 5, esta fiesta ya estaba en el Martirologio de San Juan Damasceno. Sabas, el abad que citaba Ana Catalina, murió el año 500.

[20] Nota de Brentano: Es curioso que Ana Catalina no mencione el nombre de Anselmo como nombre del abad que tuvo la visión, ya que, según leyó el Escritor en julio de 1835, Pedro de Natalicio lo menciona como tal en *Cat. Sanct*., Libro I, capítulo 42. Esto parece apoyar la indicación de Baronio en sus *Notas al Martirologio Romano* del 4 de diciembre, cuando dice que el anuncio no se le hizo a Anselmo, sino antes, el año 1070, en circunstancias muy similares, al abad benedictino Elsino o Elpino. Lo mismo aduce J. Cartagena de una carta de San Anselmo a los obispos de Inglaterra en su homilía *De archanis Deiparae*, Tomo I, homilía 18. Este santo obispo de Canterbury fue el primero que introdujo la fiesta en Inglaterra.

[21] Nota de Brentano: El cabildo catedralicio de Lyon la introdujo el año 1235 y San Bernardo escribió contra ello.

[1] Nota de Brentano: Que el alma recién creada de la Santísima Virgen aparezca aquí en las mismas circunstancias en el tiempo que en la Eternidad (como se verá más adelante) solo es la realización de una elección eternamente predestinada y la consumación de la idea concebida por Dios desde el principio de los tiempos, pero no expresa en ningún modo que esta alma se creara antes de crear el tiempo. Para la presencia de María en Dios antes del mundo, aunque solo como contemplación de una elección predeterminada, véanse Bernardino de Siena, Sermón 51 *De Virgin*., artículo 2, Capítulo 4: «*Tu ante omnem creaturam in mente Dei praedestinata fuisti ut Deum ipsum hominem ex tua carne procreares*»; Alberto Magno en *Super missus*, etc., 182: «*Mater hominum, dignitate, quia ipsa primogenita ante omnem creaturam*»; Hugo a San Caro, en el salmo 23, versículos 1 y 3: «*Preparavit Deus eum orbem, id est Beatam virginem quasi exemplar*»; el jesuita Salazar, en el capítulo 8, prov. número 275: «*Demum sic mundum producens Deus Mariam sibi contemplandam ideo proposuit, quia ex omibus pure creatis operibus Dei praestantissimum erat Maria*».

[2] Nota de Brentano: La opinión de que el alma no se une con el cuerpo inmediatamente después de la concepción, sino cierto tiempo después, aunque no sea la más común tiene algunas autoridades a su favor. Véase *Gregorio de Nisa*, edición de Morel, Tomo II, p. 25.

[3] Nota de Brentano: El 7 de diciembre del tercer año de predicación de Jesús, Ana Catalina vio al Señor en un templo de los caldeos, y contó que tenían que una pirámide escalonada en una altura cercana desde la cual observaban cuidadosamente las estrellas; hacían predicciones según veían correr a los animales e interpretaban sueños. Sacrificaban animales, pero tenían horror a la sangre y siempre dejaban que se escurriera al suelo. En sus ritos de su religión usaban agua y fuego santos, jugo sagrado de una planta y panecillos benditos. Su templo ovalado estaba lleno de imágenes metálicas finamente elaboradas. Tenían muchos presentimientos de una Madre de Dios.

Lo principal de su templo era un obelisco triangular que en uno de sus lados tenía la imagen de un animal con muchos brazos y patas, que llevaba en sus manos, entre otras cosas, una bola, una sortija, una matita de hierbas y una gran manzana estriada que sostenía por el rabo. Su rostro era como un sol radiante y tenía muchos pechos; la imagen tenía que ver con criar y sustentar y su nombre sonaba como Miter o Mitras. En otro lado de la columna estaba de pie la imagen de un animal con un cuerno, un unicornio, cuyo nombre sonaba como Asfas o Aspax. Luchaba con su cuerno contra la mala bestia que estaba en el tercer lado de la columna y que tenía una cabeza como de lechuza con el pico curvo, las cuatro patas con garras, dos alas y una cola que terminaba como la del escorpión. Se me ha olvidado su nombre, porque como en general retengo con dificultad los nombres extraños, fácilmente los trastoco y solo puedo decir que sonaban algo parecido.

Por encima de las dos fieras que luchaban, en la esquina de la columna estaba la estatua que debía representar a la Madre de Dios. Su nombre sonaba como Señora Aloa o Aloas. También la llamaban Granero. En su cuerpo crecía la imagen de un ramo de gruesas espigas y tenía la cabeza encogida entre los hombros e inclinada adelante, pues llevaba en el cogote un recipiente en el que había vino (o solo debía haberlo). Tenían una máxima que decía algo así como: «El grano se hará pan y el racimo se hará vino para confortarnos a todos».

Por encima de la imagen había una especie de corona, y en la estatua dos letras que me parecieron O y W, quizá, alfa y omega. Pero lo que más me maravilló de su templo era una mesita de metal que tenía encima un jardincito redondo cubierto con una rejilla de oro,

donde estaba la imagen de una doncella. En medio del jardincito había una fuente con varias tazas selladas una sobre otra, y delante una cepa verde con un hermoso racimo rojo. El racimo entraba en un lagar de color oscuro, cuya figura me recordó vivamente la cruz, aunque era un lagar. Un embudo ancho estaba metido en lo alto de un tronco hueco y de su extremo más estrecho colgaba un saco al que apretaban como palancas dos brazos móviles que llegaban desde ambos lados del tronco hueco para prensar las uvas que tenía dentro. El mosto salía del tronco por unas aberturas practicadas muy abajo. El jardín redondo tenía cinco o seis pies de diámetro y estaba lleno de hierbas finas, flores, arbolitos y frutas, que parecían todas muy naturales, como las uvas, y eran de profundo significado. (Véase *Cant* 4, 12).

[4] Nota de Brentano: Según la Ley de Dios (*Lv* 12) una mujer judía estaba impura los 80 días siguientes al nacimiento de una niña, por lo que no podía tocar nada santo ni aparecer en el Templo, y durante este tiempo no podía salir de casa hasta que llevara al Templo su ofrenda para purificarse. Para una mujer pudiente la ofrenda consistía en un cordero de un año para el holocausto y un pichón o una tórtola para el sacrificio expiatorio, pero una madre sin recursos solo necesitaba llevar dos pichones o dos tórtolas, una para el holocausto y otra para el sacrificio expiatorio.

[1] Nota de Brentano: Según *Nm* 6, 3, los que estén ofrecidos a Dios tienen que abstenerse del vinagre.

[2] Nota de Brentano: La situación de este lugar, la mención de que parte de sus habitantes eran paganos, y que Jesús en su trigésimo año de vida viajara en esta dirección para su bautismo, permite suponer que el lugar fuese Endor. En sus contemplaciones diarias de la predicación itinerante de Jesús, cuando Jesús fue a bautizarse a mediados de septiembre de su primer año de predicación, Ana Catalina lo vio celebrar el sabbat en un pueblo pequeño debajo de Endor y detenerse a enseñar en esta ciudad, situada en lo alto y algo devastada, Endor de los cananeos que desde la derrota de Sísara, de cuyas tropas descendían, se habían instalado aquí.

[3] Nota de Brentano: De este nombre recordó un sonido como Marión (quizás Marom, es decir, «El Altozano»). Como se sabe, había una carretera que iba de Jerusalén a Nicópolis y Lydda (hoy Ludd) que pasaba cerca de Bezorón. La narradora describió con todo género de detalles los montes y valles de su viaje hasta aquí, pero como, más bien que describir, decía lo que veía, y no se puede determinar el punto de vista de la observadora, resulta imposible repetirlo.

[4] Nota de Brentano: El 28 de septiembre (27 del mes de Elul) del primer año de predicación de Nuestro Señor, Ana Catalina contó varias cosas del origen de Susana y de su parentesco con la Sagrada Familia.

[1] Nota de Brentano: Es maravilloso que el Tabernáculo también tuviera, además de un sobretodo más basto, tres revestimientos solemnes, de los cuales el más íntimo y hermoso era azul y rojo, y así también la Santísima Virgen, en quien la Tienda de la Alianza recibía su plenitud, llevara además del traje solemne uno de diario. Sobre el triple revestimiento del Tabernáculo, y además otra cubierta más modesta, véase *Éx* 21, 1-14.

[2] Nota de Brentano: Instalaron la mesa de ofrendas bajo esta puerta porque las mujeres no podían ir más allá. Justo debajo de esta puerta Joaquín fue a encontrar en el pasadizo subterráneo a Ana que venía por el lado opuesto.

[3] Nota de Brentano: En el Libro de Horas de la Madre de Dios que usan los sacerdotes, la Iglesia reza frecuentemente: «*Omnium nostrum habitatio est in te, Sancta Dei Genitrix*», lo que conviene a la imagen de María como Arca de Noé donde sobrevivieron los que se salvaron del Diluvio.

[1] Nota de Brentano: Aquí se interrumpen las comunicaciones sueltas de la estancia de la Santísima Virgen en el Templo para poner algo de lo que contó sobre la juventud de San José.
[2] Nota de Brentano: Ana Catalina solía llamar «chatos» (*Möpschen*) a todos los monigotes o animales que desconocía.
[3] Nota de Brentano: Ana Catalina contó varias veces en la predicación itinerante de Jesús que la ciudad donde San José trabajó por primera vez no era la Libnah (Lobna) de la tribu de Judá que está a pocas horas al oeste de Belén, sino Libonah, en la parte sur del Monte Garizim. Según datos del Libro de los Jueces, 21, 19, este lugar habría que buscarlo al norte de Silo.
[4] Nota de Brentano: Según Eusebio, Thanath o Thaanath (*Jos* 16, 6) está hacia el Jordán, diez millas al oeste de Nablús, mientras que el lugar aquí mencionado, según aseguraba la vidente, tiene que estar al noroeste de Nablús. Así que Ana Catalina sin duda quiso decir Zaanac en lugar de Zaanaz, o quizá fuera esto lo que realmente dijo y el Escritor, que por aquel entonces carecía de medios de consulta y de conocimientos de Palestina, lo entendió mal, lo que pasaba fácilmente, pues cuando estaba enferma o en éxtasis, con mucha frecuencia trastocaba los nombres o los expresaba de modo poco claro y además en el bajoalemán de Münster. Es tanto más seguro que Ana Catalina quisiera decir aquí Zaanac, porque en su comunicación diaria de la predicación itinerante de Jesús, el año 1823, que contempló el tercer año, contó que el Señor predicó los días 25 y 26 en Siva y Zaanac, ciudad cerca de Megido donde visitó la antigua carpintería de José, su padre nutricio.
[5] Nota de Brentano: Probablemente éste le diría, como era usual: «Enciende el incienso». Véase la *Mishná*, Tratado «Tamid 6», párrafo 3, edición de Suhrenius, p. 305.
[6] Nota de Brentano: La literatura judía tardía no quiere saber nada de mujeres o doncellas ocupadas en el servicio del templo, pero tanto la autoridad de la Iglesia que celebra la Fiesta de la Presentación de María el 21 de noviembre, como la Biblia y otras noticias, ofrecen base suficiente para sostener con seguridad que éste fue realmente el caso: Ya con Moisés (*Éx* 38, 8) y después, en tiempo de los Jueces (*1 Sam* 2, 22) encontramos mujeres y doncellas ocupadas en el servicio divino. Al entrar el Arca de la Alianza en Sión (salmo 68) en la comitiva destacan las doncellas que tocaban el tambor. Evodio, alumno de los apóstoles y sucesor de San Pedro en Antioquía, dice que entonces había doncellas ofrecidas al Templo y educadas en él (en su carta que ciertamente aduce por primera vez el 2.° libro de Nicéforo, capítulo 3) hablando en principio de la Santísima Virgen. Lo mismo dicen Gregorio de Nisa, Juan Damasceno y otros. El rabí Asaría informa en su obra *Imre Binah*, capítulo 60, que en el Templo había castas servidoras de Dios que llevaban vida virginal en comunidad; así que también puede aportarse una autoridad judía a la existencia de estas vírgenes del Templo.
[7] Nota de Brentano: En el Viejo Testamento, la virginidad no se consideraba meritoria, por lo menos en general. Entre los innumerables elogios que, según la *Mishná*, usaban los antiguos judíos, no hay sombra de elogio a la castidad. Mientras los judíos seguían esperando la llegada del Salvador, la mayor felicidad y lo más grato a Dios sobre la Tierra era un matrimonio con muchos hijos. El salmo 126 dice: «Los amados de Dios heredan hijos del Señor, su premio son los hijos». Ya desde antiguo Dios había prometido: «Serás bendito entre todos los pueblos, y entre los tuyos no habrá estériles de uno u otro sexo». Todo ello explica que los sacerdotes no dieran satisfacción a los deseos de María, sin tener en cuenta que no faltaba gente de vida virginal, especialmente entre los esenios.

[8] Nota de Brentano: Es maravilloso que entre otros, en el *Protoevangelio de Santiago*, que la Iglesia ha declarado apócrifo, pueda leerse que María viajó a Nazaret en compañía de varias doncellas. En el Templo las habían dado distintos hilos para que los tejieran, y a María le habían tocado en suerte escarlata y púrpura. Cuando salió con la jarra por agua, he aquí que una voz la dijo: «Saludada seas, María…». María miró a derecha e izquierda para saber de dónde venía esta voz y entró asustada en la casa, dejó en el suelo la jarra, tomó la púrpura y se sentó a trabajar en su asiento. Y he aquí que el ángel del Señor se puso de pie ante su rostro y la dijo: «No temas, María…». Como puede verse también aquí se dice que oyó una voz al ir por agua, pero todo pasa en Nazaret ligado a la Anunciación. De forma similar relata este mismo acontecimiento la apócrifa *Historia de Joaquín y Ana, del nacimiento de la bendita y eternamente Virgen María que dio a luz a Dios, y de la niñez del Salvador*, impresa por Thilo a partir de un manuscrito latino de la Biblioteca Nacional de París, con la diferencia de que en éste pasaron tres días entre la voz oída junto al pozo y y la aparición del ángel con el saludo.

[9] Nota de Brentano: La tradición le llama Agabo y en la obra de Rafael que representa los desposorios de María, llamada comúnmente «*Sponsalizie*», está representado en la parte baja, en figura de un joven que quiebra su vara en su rodilla.

[10] Nota de Brentano: Según la idea general, la conservación de los registros genealógicos era cosa privada de cada familia, pero que la jerarquía de los sacerdotes israelitas se ocupara de mantenerlos y continuarlos se desprende de que había disposiciones e instituciones muy influyentes de aquel Estado sacro que se fundaban en la distribución en linajes y familias. Hay noticias antiguas de que por lo menos desde el exilio de Babilonia el Templo conservaba tablas exactas de los linajes. (Véase Lightfoot, *Horae Hebr*. Tomo I, p. 178, edición de Carpzov, así como Otho, *Lex rabbinico-philol*., 1625, p. 240.

[1] Nota de Brentano: Cuando, el 4 de agosto de 1821, el Escritor anotó esto de labios de Ana Catalina, no podía imaginar por qué tenía esta visión el 3 de agosto; pero cuál no sería su sorpresa cuando, años después de la muerte de la narradora, leyó en un escrito latino que el anillo de bodas de la Santísima Virgen que se conserva en Perusa (Perugia) se muestra al pueblo el 3 de agosto (III nonas Augusti), de lo que probablemente ambos no sabían nada. En la p. 59 del mencionado escrito encontró: *«De annulo pronubo Deiparae Virginis qui Perussiae religiosissime asservatur»*, J.B. Lauri Perusini, *Commentarius*, 12. 1626. Coloniae Agrippinae apud J. Kinckium.

[2] Nota de Brentano: «*Santificavit tabernaculum suum altissimus, Deus in medio ejus, non commovebitur*».

[1] Nota de Brentano: El 2 de noviembre (12 de Marchesván) del trigésimo primer año de la vida de Jesús, Ana Catalina lo vio en Dozán, en esta misma casa, curando a Isacar, el cincuentón marido de Salomé, hija de esta familia. El descendiente de David que Ana Catalina llama vagamente Eldad o Eldoa, en quien emparentaban José y el padre de esta Salomé, tal vez fuera el Eliada o Elioda, hijo de David, que se cita en *2 Re*, 5, 16 y *1 Cr*, 3, 8. Aunque naturalmente la diferencia de sonidos pudo deberse a la narradora, no tuvo por qué ser así necesariamente pues los nombres hebreos tienen significado propio. En aquel idioma, el mismo significado puede expresarse con distintos vocablos y las mismas personas pueden llevar a menudo nombres distintos. Y así encontramos un hijo de David que se llama a veces Elishua (Dios ayuda), y otras Elishama (Dios escucha). De la misma forma, Eldea o Eldoa puede significar «Dios viene», lo mismo que Eliada. La misma mención imprecisa de que este descendiente de David haya sido rey tampoco puede extrañarnos, ya que no cabe duda de que hubo hijos o descendientes de David que gobernaron estados vasallos.

[2] Nota de Brentano: Tal vez la flor de nueve campanillas tuviera para la narradora una relación mística con los nueve meses que permaneció el Señor en el seno materno; o quizá Ana Catalina viese en ella un símbolo de alguna clase de los actos de culto o de las novenas a la Visitación de María. Por lo demás, un escriturista amigo del Escritor hizo la siguiente observación: «La flor aquí citada probablemente sea el "Racimito de Chipre" (*Lawsonia spinosa inermis, Lin.*) de la cual dice el Cantar de los Cantares, 1, 14: 'Es mi amado para mí un racimito de flores de *kofer* como el que crece en las viñas de Engadí'. Mariti, en su viaje por Siria y Palestina vio esta mata en el paraje por el que aquí se dice que pasó la Santísima Virgen. Las hojas son más finas y pequeñas que las del mirto, sus flores son rojo claro, y la inflorescencia tiene forma de racimo, lo que corresponde a grandes rasgos con los datos superficiales que da la narradora. Cuando dice que tuvo que hacer algo que ya no recuerda con el contenido de las campanillas, quizá se trate de una contemplación del Cantar de los Cantares, 1, 14. Ahora, aquí el amado estaba todavía bajo el corazón de su madre virginal, y quizá contemplando el ovario de aquella flor, festejaba el desarrollo del Verbo hecho carne, cuya contemplación puede ser tan fructífera. El dulce y aromático «racimo de Chipre» se llama en hebreo «racimo kofer», es decir, «racimo de la reconciliación», y por eso algunos leen las palabras «Mi amado es para mí racimo de Chipre» en el sentido de «Mi amado ha dado para mí el racimo de sangre de la reconciliación». Como los levantinos dan gran valor a estos ramitos de flores olorosas y dulces, y la tienen por regalo sumamente agradable, la vidente celebra con este racimo de flores el paso de la Santísima Virgen y el acercamiento de la madurez del racimo de sangre de la reconciliación en el fruto bendito de su vientre; quizá reflexionara algo sobre el sentido de Cantares, 1, 14. El «racimo kofer» maduraba bajo el corazón de María igual que en los versos 1, 13: «Mi amado es para mí bolsita de mirra que descansa entre mis pechos» y Ana Catalina podría haber contemplado cómo más adelante María tendría al Niño Jesús al pecho, y como más adelante recibió en su regazo al Salvador en el Descendimiento y allí fue embalsamado con mirra, Él, que era la mirra contra la corrupción.

[3] Nota de Brentano: No puede extrañar que se aplique este nombre de una conocida forma de oración cristiana a una noticia del Antiguo Testamento, pues ya había letanías mucho tiempo antes de Cristo. Así por ejemplo, el salmo 135 (136) es una letanía completa; el 117 (118) lo es en parte; y así algunos más.

[4] Nota de Brentano: No se puede explicar con certeza qué quería decir Ana Catalina con las palabras «como si se visitaran dos cruces». Según las piadosas costumbres de su

patria chica, católica de antiguo, cuando dos pueblos van juntos en procesión a la misma devoción suelen llevar sus imágenes de vírgenes o de la santa cruz, lo que se designa con la expresión «se visitan las cruces» o «se visitan las vírgenes». Tal vez lo que quiso decir Ana Catalina al aparecer una cruz entre Isabel y María cuando estaban rezando, era que se visitaban Jesús, el futuro crucificado que descansaba bajo el corazón de su madre, y la cruz de nuestra salvación, que descansaba en el corazón del porvenir.

[5] Nota de Brentano: El mensaje de Isaías que Ana Catalina había olvidado debe ser sin duda su profecía al rey Acaz (*Is* 7, 3, 25): «He aquí que una virgen concebirá…».

[6] Nota de Brentano: El Escritor no sabía que la fiesta de San Goar era el mismo 6 de julio que Ana Catalina contaba ésto, y cuando más tarde lo supo, gracias a un vistazo ocasional al calendario, tuvo nueva confirmación de la relación orgánica de todas sus visiones con las fiestas que contempla la Iglesia, como tan a menudo le había enseñado y sorprendido de la forma más conmovedora. San Goar era un piadoso sacerdote de Aquitania (Gascuña, Guyena) que en el siglo VI, por influencia del Mochenbach en el Rin, cerca del pueblo actual de St. Goar, en el obispado de Tréveris, se puso a vivir como ermitaño y con sus enseñanzas atrajo a la fe cristiana a muchos paganos que en sus viajes gozaban de su hospitalidad. Cuando fue llamado a Tréveris, acusado falsamente de crápula ante el obispo Rusticus, ocurrió el milagro mostrado a Ana Catalina para confirmar el poder de la fe sencilla. Rusticus le acusó de magia, pero quedó tan hondamente avergonzado con el segundo milagro que le exigió como prueba de inocencia, que se echó a los pies del santo dándole satisfacción y reconociendo su culpa. Cuando San Goar estuvo de vuelta en su ermita, Sigoberto, rey de Austrasia, le exigió repetidas veces que ocupara el obispado de Tréveris. San Goar pidió a Dios que le librara de esa carga y fue escuchado a fines del siglo VI.

[7] Nota de Brentano: Estos son nombres de la Letanía Lauretana, en la que también se honra a la Virgen con el nombre de «Arca de la Alianza». Con estos misterios empieza el Nuevo Matrimonio, la Nueva Alianza. Hay virginidad en el sacerdocio y en todos los que siguen al cordero; y el matrimonio es en él un gran sacramento, el mismo de Cristo y su esposa la Iglesia (*Ef* 5, 32).

[8] Nota de Brentano: Los fragmentos que contó de todo esto se recogerán más adelante.

[1] Nota de Brentano: De este lugar queda actualmente rastro en Guimea, que tiene esta situación, y que diversos viajeros han llamado Ginin, Ginim, Gilin, Genin, Yenin, Shenan, Jilin y Chenin. Está junto al río del monte Guilboá, a cuatro millas alemanas al Noroeste de Samaria. Según otros está a media jornada de viaje de Siquem, y según Brochart a siete millas alemanas del Jordán.

[2] Nota de Brentano: La narradora estuvo tan enferma entre el 19 y el 21, que cuando contó este suceso el día 22, no lo pudo situar exactamente, sino solo aproximadamente en este paraje del camino. Por lo demás, ésta no era la higuera maldita del Evangelio.

[3] Nota de Brentano: En relación con esta afirmación, es notable que Plinio diga (libro V, cap 18) que Schytopolis, también llamada Succot, antes se había llamado Nysa porque Baco había enterrado aquí a su nodriza Nysa.

[4] Nota de Brentano: La narradora contaba esto en medio de grandes dolores y cuando el Escritor la dijo:

—Así pues, ¿era un terebinto? —ella replicó súbitamente:

—Tenebrae, no terebinto; bajo las sombras de tus alas, esto es un ala —tenebrae—; bajo tu sombra quiero retozar.

El Escritor no entendió que relación puede haber entre estas palabras, que quizá se refieran a un pasaje de un salmo sobre el árbol. La enferma profirió estas palabras con mucho recogimiento, y parecieron consolarla. Santa Elena construyó aquí una iglesia en la que se dijo misa, me parece que en una capilla dedicada a San Nicolás.

[1] Nota de Brentano: La mención de un rótulo en las manos de los ángeles podía llevar a la sospecha de que la narradora lo recordaba de alguna representación artística, y que lo mezclaba con su visión interior, pero cabe preguntarse quién pintó por primera vez este rótulo en manos de ángeles, y en general, quién ha puesto por primera vez rótulos con frases escritas en la boca o las manos de las figuras representadas. Creemos que esto no es un hallazgo de un pintor, sino un tradición que procede de los tiempos más antiguos, de imágenes pintadas por místicos sobre sus propias visiones, de modo que siempre es posible que también los pastores vieran un rótulo así en las manos de los ángeles.

[2] Nota de Brentano: Probablemente era la misma aparición que vieron los Reyes Magos a la hora del nacimiento de Jesús que se describe más adelante.

[3] Nota de Brentano: En este momento balbuceó algo que sonaba como Tanna o Tannada, pero que no se pudo percibir claramente y se produjo una de sus peculiares interrupciones súbitas mientras hablaba, que eran características de su estado. El 27 de noviembre de 1821, a eso de las 6 de la tarde, balbuceó las palabras anteriores; piénsese que estaba tullida de ambos pies desde hacía muchos años, que no podía andar y que solo podía sentarse en la cama con mucho esfuerzo y por eso solía estar siempre tendida estirada en su lecho. Tenía abiertas las puertas entre su habitación y el gabinete contiguo, donde en ese momento su confesor rezaba el Breviario junto a la lámpara. Ana Catalina dijo lo anterior con tal verdad en la expresión, que era imposible pensar que viera pasar nada ante sus ojos. Pero apenas balbuceó la palabra *0Tannada* cuando, a pesar de estar adormilada, mortalmente cansada y coja, saltó de su lecho como el rayo, entró en el gabinete como si luchara con manos y pies, se movió hacia la ventana dando muestras de pelear vivamente, tras lo cual se volvió a su confesor y le dijo:

—Era uno de ésos, un tío grande, pero le he echado fuera a patadas.

Tras estas palabras, cayó sin sentido al suelo de la habitación. Yacía estirada, atravesada delante de la ventana, pero sumamente seria y decorosa. El sacerdote que rezaba, aunque estaba tan sorprendido como el Escritor por esta sorprendente entrada, la dijo sin perder momento:

—Señorita Emmerick, por obediencia vuelva a su lecho.

Apenas dijo estas palabras, Ana Catalina se levantó instantáneamente, volvió a su cuarto y se metió en la cama. Entonces la preguntó el Escritor:

—¿Qué ha sido esta extraña conducta?

Despertándose cansada, aunque perfectamente consciente, y con el ánimo alegre de quien acaba de lograr una victoria, dijo lo siguiente:

—Sí, ha sido muy curioso. Yo estaba lejos, en el país de los Reyes Magos, en la alta montaña que está entre los dos mares, mirando dentro de la ciudad de tienda de los Reyes como quien mira por la ventana del gallinero, cuando de repente sentí que mi ángel de la guarda me llamaba a casa. Regresé y vi que aquí en Dülmen una pobre vieja que conozco pasaba con la compra por delante de nuestra casita. Estaba muy trastornada y de muy mal humor, murmuraba y juraba de un modo repugnante, y en esto vi que su ángel de la guarda se apartaba de ella y que una gran figura negra, un demonio oscuro se le atravesó en el camino en la oscuridad para que cayera, se rompiera el cuello y así muriera en pecado.

Cuando lo vi, dejé en paz a los Reyes Magos, recé fervientemente a Dios por la pobre mujer y aquí estaba de nuevo en mi cuarto. Entonces vi que el diablo, terriblemente enfadado, asaltaba la ventana y quería irrumpir en la sala; tenía en las garras un haz de ligaduras y de cordones enredados pues quería organizar aquí un gran barullo de peleas, disgustos y rabia de todos unos contra otros. Entonces fui corriendo y le di con el pie una

golpe que salió tambaleándose. Ahora se acordará de esto. Me puse atravesada en su camino delante de la ventana para que no pueda volver.

Es bastante raro que mientras ella miraba y contaba cosas que ocurrieron en el Cáucaso 500 años antes del nacimiento de Cristo, en cuanto se presentó ante sus ojos el peligro del alma de una pobre vieja en su patria, justo delante de su casa, se precipitó a ayudarla activamente. Era un espectáculo estremecedor; se precipitó como un esqueleto andante y se defendió vivamente, cuando desde el 8 de septiembre pasado apenas podía dar dos pasos seguidos con muletas sin caer desmayada.

[4] Nota de Brentano: ¿O fue ésta la muerte del segundo Herodes que Ana Catalina parece confundir a veces con el otro y sobre la que se expresaba de modo parecido?

[5] Nota de Brentano: Esto coincide con su narración del 29 y 30 de diciembre de 1820. Véase el 28 de noviembre de 1821: Pesebre. Hoy vi a María con el Niño Jesús en otra cueva en la que yo no había reparado antes; su puerta estaba a la izquierda de la entrada, pegada a la lumbre de José. Se baja a ella con dificultades a través de una estrecha abertura. Le entra luz desde arriba por unos agujeros. María estaba sentada junto al Niño Jesús, tendido en una manta delante de ella. La Santísima Virgen se había retirado allí para evitar las visitas. Hoy vi mucha gente en la Cueva del Pesebre; José habló con ellos.

[6] Nota de Brentano: Observación: Servirá de modelo para esta visión contemplar la figura que los Reyes vieron en las estrellas a la hora del nacimiento de Jesús, y volver a leer las apariciones que Ana Catalina narró en la Presentación al Templo de la Santísima Virgen.

[1] Nota de Brentano: Ana Catalina vio la caravana de los Reyes en la fiesta de San Saturnino, de quien tenía una reliquia que la puso en relación con este lugar. Más tarde, el Es critor leyó que Saturnino anunció el Evangelio por Asia, hasta Media, en la leyenda de este santo en *Fleurs de la vie des saints*.

[2] Nota de Brentano: El año 1839, 18 años después de que se fuera pronunciada esta palabra « Acayaya », el Escritor encontró en el *Realschulwörterbuch* de Funkes: « Acayacula (Achajacula), castillo en una isla del Éufrates, en Mesopotamia (Ammian, 24, 2), que puede ponerse en relación con lo anterior.

[3] Nota de Brentano: Por consiguiente, el sexto día después de la circuncisión fue 25 de Casleu, la circuncisión se hizo el 19 de Casleu y en consecuencia, el día del nacimiento de Jesús fue el 12 de Casleu.

[4] Nota de Brentano: Esto ocurrió como en un día de fiesta, pero Ana Catalina también pensaba que ahora tendría que ser la Fiesta de la Luna Nueva pero no lo sabía exactamente.

[5] Nota de Brentano: (San) Jerónimo cita una Mezane junto al Arnón, de la que proceden los mezanitas (*1 Cr* 11, 43).

[6] Nota de Brentano: Estas dudas y sus posibles equivocaciones cuando suponía algo dan fe de la veracidad de sus visiones, y presentan su relación con estos cuadros como la de un ser humano con unos acontecimientos independientes de él.

[1] Nota de Brentano: Al contarlo, Ana Catalina trastocó muchas veces esta Mara con una hermana más joven, o una hija de una hermana, de Ana, que se llamaba Enué, y al igual que ella, luego aparecen muchas veces próximos parientes bajo el concepto de « hermanos » .

[2] Nota de Brentano: Este no es el Natanael que Jesús vio debajo de la higuera. Natanael, hijo de Mara, estuvo de niño en la fiesta infantil que dio Ana cuando Jesús cumplió 12 años a la vuelta de su primera predicación en el Templo. En esta fiesta, Jesús, que era un muchacho, contó una parábola sobre una fiesta en la que se cambiaría el agua en vino, y otra en la que el vino se cambiaría en sangre. También le dijo a Natanael, como bromeando, que estaría en su boda. La novia de Caná era de Belén y del mismo linaje que José. Después del milagro de Caná, ella y su marido guardaron continencia. Natanael se hizo discípulo enseguida y recibió en el bautismo el nombre de Amador. Más adelante llegó a obispo y estuvo en Edesa y también con Carpo (Carpus) en la isla de Creta. Después fue a Armenia, donde estuvo preso por las muchas conversiones que hacía y le enviaron al Mar Negro en la miseria. Volvió a quedar libre y fue al país de Mensor, donde hizo a una mujer un milagro que ya se me ha olvidado, con lo que bautizó a tanta gente que le asesinaron en Acayacuj (Acajacuh), una isla del Éufrates.

[3] Nota de Brentano: Observación previa: En distintos años, Ana Catalina contó estos dos acontecimientos que había visto los días que la Santísima Virgen estuvo escondida en la Cueva de la Tumba de Maraha. Estorbada por enfermedad o visitas, en ninguna de estas ocasiones lo comunicó el mismo día, sino posteriormente como algo que había olvidado. El Escritor los pone aquí juntos y deja al buen criterio del lector ordenarlos de otra forma.

[4] Nota de Brentano: Muchas descripciones de Palestina viejas y nuevas cuentan con algunas variantes esta cueva y la tradición de aquel milagro. La tradición más común dice que la Sagrada Familia pasó por Belén en su huida a Egipto, se escondió a descansar en esta cueva y unas gotas de leche que rebosaron del pecho de la Madre de Dios dieron este poder curativo a la piedra de la cueva. Pero Ana Catalina ha dicho por primera vez que ésta fuera la Cueva de la Tumba de la nodriza de Abraham, que después se llamó la Cueva de los Lactantes, y que la gracia de la fuerza curativa de la cueva se debiera a la precaución materna de la Madre del Señor. El erudito franciscano Fr. Quaresmius, prepósito y comisario apostólico en el siglo XVII, dice de esta cueva y de las demás en su *Terrae Sancta elucidatio* (Antverpiae 1632):

« No lejos de la Cueva del Nacimiento y la iglesia de la Santísima Virgen en Belén, a Oriente (según otras estimaciones, a unos 200 pasos) hay un lugar subterráneo en el que están excavados tres cuevas, y en la del medio se celebra a veces la Santa Misa en memoria del milagro que ocurrió aquí. El lugar se llama usualmente « La cueva » , « La gruta de la Santísima Virgen » o también « La iglesia de San Nicolás » . Una bula del Papa Gregorio xi (†1378) menciona esta capilla de San Nicolás en Belén y autoriza a los franciscanos a edificar en ella un establecimiento con torre, campanario y cementerio » (Tomo II, p. 678).

Un viejo manuscrito latino sobre los Santos Lugares dice: « Ítem, la iglesia de San Nicolás en la cueva donde se dice que la Santísima Virgen se escondió con el niño » . Quaresmius, después de contar lo que habitual sobre esta cueva, dice que la tierra de la cueva es por naturaleza roja, pero que reducida a polvo, lavada y secada al sol se pone tan blanca como la nieve, y que mezclada con agua perfecciona su parecido con la leche. La tierra así preparada se llama « Leche de María » , y las mujeres que no pueden dar de mamar, o la toman mezclada con bebidas como gran medio curativo contra otras enfermedades. Incluso las mujeres árabes o turcas toman de la cueva para usos parecidos la

tierra bruta en tal cantidad, que ésta, que en tiempos solo era una oquedad, se ha ensanchado al triple. Las reliquias que entregan en varios lugares de peregrinación como « *Lac Beatae Virginis* », y que son objeto de estupefacción y de burla, no son más que tierra de aquella gruta de Belén de la que habla la vidente. Quaresmius señala el milagro concreto (que Baronio remite a la isla de Malta en el año 158) que desde que San Pablo lanzó allí la víbora con su mano, en esta isla ya no hay serpientes ni animales venenosos, e incluso la tierra misma de Malta se ha convertido en contraveneno, y dice:

Si a esta tierra se le ha prestado tal gracia por causa de San Pablo, ¿por qué no creer que Dios, por amor a la Santísima Virgen que lo llevó en su seno, ha dado a la tierra de esta cueva, bendita por la presencia de Jesús, de su madre y de su santa leche, una virtud parecida e incluso mucha mayor? ».

[5] Nota de Brentano: Esta percepción suya de que la madre Ana se iba de Belén con algo que la pertenecía a ella, la narradora, se aclara con las siguientes experiencias.

[1] Nota de Brentano: En 1823, al narrar el tercer año de predicación de Jesús, cuando Ana Catalina narró la estancia de Jesús en Hebrón unos diez días después de la muerte del Bautista, dijo que el viernes 29 de Thebet o sea, el 17 de enero, Jesús había explicado la lectura de aquel sabbat, que trataba acerca de las tinieblas en Egipto y el rescate del primogénito (*Éx* 10-13, 17). En relación con esto último, Ana Catalina no solo volvió a contar cómo se desarrolló toda la ofrenda de Jesús en el Templo, sino también lo que sigue, que ahora, en este momento, probablemente se le había olvidado.

[2] Nota de Brentano: El 10 de febrero de 1820, al contemplar la vida de San Benito, Ana Catalina vio entre otras cosas que cuando era un muchacho, su maestro le enseñó a hacer toda clase de arabescos y adornos con piedras de colores en la arena del jardín, al estilo de los antiguos pavimentos. Más adelante vio que siendo ya ermitaño, copió una visión del Juicio Final con rudos mosaicos en el techo de su celda o cueva. Vio también que más tarde los discípulos de Benito siguieron y ampliaron este tipo de labor. En una contemplación del desarrollo de la historia de la orden de San Benito, desde el carácter de su fundador hasta los menores detalles, dijo:

—Cuando el espíritu de los benedictinos se volvió menos vivo que su envoltura, vi sus iglesias y monasterios adornados y embellecidos en exceso, y cuando veía sus numerosos adornos y cuadros de los techos de sus iglesias, pensaba yo: esto viene de aquel mosaico de la celda de Benito que estaba embutido en hierbas; y si este tejado se cae alguna vez, muchas cosas se vendrán también abajo.

[1] Nota de Brentano: La primera vez que Ana Catalina contó la huida a Egipto, olvidó mencionar la estancia de la Sagrada Familia en este lugar pero la contó otro año con ocasión del viaje de María al Templo, donde este lugar también era conocido. Cuando el Escritor reunía todo lo relativo a la huida a Egipto, quince años después de la muerte de Ana Catalina, se le ocurrió preguntarse por qué la Sagrada Familia se había quedado allí un día entero y solo entonces cayó en la cuenta que el sabbat había empezado al anochecer del día 2 de marzo de 1821, y que la Sagrada Familia celebró allí el sabbat a escondidas, cosa que Ana Catalina no había mencionado. Esta coincidencia atestigua la solidez de sus visiones, sobre todo lo que narraba con toda firmeza, lo que por supuesto no siempre era el caso.

[2] Nota de Brentano: En su relato a grandes rasgos de la huida a Egipto, Ana Catalina olvidó mencionar este refugio de la Sagrada Familia. Todo lo anterior lo contó en su comunicación cotidiana de la predicación itinerante de Jesucristo, cuando el Señor, después de su bautismo, visitó con algunos discípulos todos los lugares de la comarca de Belén donde su madre había estado con él. El viernes 28 de septiembre de 1821, Ana Catalina contó que después que lo bautizó Juan, Jesús permaneció con sus discípulos en esta cueva del 8 al 9 de octubre, y le oyó hablar de las gracias que tenía este lugar y en general de las fatigas de la huida a Egipto. Jesús bendijo la cueva y señaló que sobre ella se construiría una iglesia.

[3] Nota de Brentano: Ana Catalina oyó contar este conmovedor suceso el martes 26 de Thebet, 14 de enero de su tercer año de predicación del Señor, cuando lo vio en la casa paterna de Juan en Juta en compañía de la Santísima Virgen, Pedro, Juan y tres discípulos de confianza. Jesús habló entonces consoladoramente del asesinato del Bautista, que se produjo el 20 de Thebet, 8 de enero, en Maqueronte con ocasión de la fiesta de cumpleaños de Herodes. Jesús lo contó cuando extendieron ante ellos el tapiz que María e Isabel hicieron en la Visitación, que tenía cosidas varias frases significativas. Jesús habló mucho de Juan y dijo que en su vida solo lo había visto dos veces con los ojos del cuerpo: una vez en la huida a Egipto, y después otra en su bautismo.

[4] Nota de Brentano: Ana Catalina mencionó por primera vez este albergue cuando narró que Jesús, el 8 de octubre después de su bautismo, vino aquí en solitario desde el Valle de los Pastores, curó varios enfermos y convirtió a este Rubén, mientras los discípulos le esperaban en la Cueva de la Huida de Efraím. En los lugares donde la Sagrada Familia se había parado y había comido, Jesús enseñaba y presentaba a los habitantes esta gracia actual como el fruto de su hospitalidad de entonces. En aquella ocasión, Jesús pasó de este lugar a la cueva de Efraím sin entrar en Hebrón. Jerónimo y Eusebio mencionan un lugar llamado Anim o Anem nueve millas al sur de Hebrón en el distrito de Daroma.

[5] Nota de Brentano: Toda esta escena es una parábola activa en sueños. Ana Catalina quería hacer a los viajeros una obra de ayuda al prójimo, y por alguna clase de falta, cólera o ira, no lo consiguió. El oso penetró su barrera de ramas trenzadas, y entonces se la apareció su amigo bienaventurado, al que ella había dado pruebas de grandes bondades temporales y espirituales, y se puso junto a ella, lanzó al oso fuera y con su oración la liberó de la tentación de la cólera.

[6] Nota de Brentano: Esto se cita aquí, pero todo este acontecimiento, al igual que muchos otros de la huida a Egipto, proceden de las conversaciones de Jesús con Eliud, un anciano esenio que acompañó a Jesús en su viaje de Nazaret al bautismo de Juan, y que manifestó que Hanna la profetisa le había dicho en el Templo que se lo había oído a la Santísima Virgen. (Ver el 13 de septiembre del primer año de predicación de Jesús).

[1] Nota de Brentano: Probablemente Ana Catalina pensaba en Pelusium, pues frecuentemente trastocaba las sílabas y decía algo así como Lep en vez de Pel.

[2] Nota de Brentano: Esto lo dijo sumamente enferma; mencionó, aunque muy confusamente, varios negocios y viajes de la familia de Herodes. Solo quedó claro el dato de que Herodes había estado en Roma. Cuando quince años después de esta comunicación el Escritor releyó la historia de Herodes el Grande en el historiador judío Josefo, no encontró ningún viaje a Roma en aquella época, y no sabe por tanto donde está el error. Quizá Ana Catalina dijera que Antipater, hijo de Herodes, había estado en Roma, y a su regreso se produjo la matanza de los inocentes.

[3] Nota de Brentano: Ichneumon.

[4] Nota de Brentano: Ana Catalina cruzó los dedos para hacerse entender y también habló de pan. Quizá tuviera relación con las espigas y cepas que había visto recientemente en el cuadro de Egipto, cuando los ángeles anunciaron el nacimiento de María. ¿O serían huesos?

[5] Brentano copió ésto en bajo alemán: *Hännscken, mit sien Stöcksken und sien Fell up de Schulter sall to mi kommen!*

[6] Nota de Brentano: Cuando Ana Catalina hablaba del asesinato de este Zacarías entre Templo y altar, y de las luchas arriba mencionadas que lo causaron, se debatía en un sueño extático, y por eso aclaró de un modo impreciso que: « He visto también que más adelante encontraron una vez los huesos de Zacarías, pero he olvidado las circunstancias ».

[7] Nota de Brentano: Es maravilloso que Ana Catalina cuente en otro lugar que antes del Diluvio, el Mar Negro fue una alta montaña en la que practicaban sus artes los ángeles malignos. Puesto que en otro lugar dice esto del Mar Negro, probablemente deba entenderse que la montaña tras la cual estuvo la primera residencia de Job sea el Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio.

[8] Nota de Brentano: En 1835, el Escritor oyó que el patriarca de los armenios se llamaba así.

[9] Nota de Brentano: Flavio Josefo (*Antigüedades judías*, cap. 8) y otros, escriben que Abraham enseñó a los egipcios aritmética y astrología.

[10] Nota de Brentano: En otras ocasiones, Ana Catalina dijo de Agar: « Era de la familia de Sara que, como era infértil, se la dio por mujer a Abraham diciendo que quería criar y tener descendencia en ella. Sara se veía a sí misma y todas las mujeres de su tronco como una sola mujer, un solo tronco femenino con muchas flores. Agar era un recipiente, una flor de su tronco, y Sara esperaba de ella un fruto de su tronco. Todo era entonces como un tronco, cuando las flores eran del mismo tronco ».

[11] Nota de Brentano: Cuando Ana Catalina, tras la resurrección de Lázaro, vio viajar a Jesús por Egipto hacia el Pozo de Jacob, dijo que llevaba consigo al discípulo Deodato.

[1] Nota (tal vez) de Brentano: Las siguientes comunicaciones se produjeron en su mayoría en distintos años a mediados de agosto, antes de la fiesta de la Asunción de María, y están reunidas aquí según su secuencia natural.

[2] Nota (tal vez) de Brentano: Cuando en el curso de otra conversación, la preguntaron qué edad llegó a tener la Virgen, Ana Catalina miró de repente a un lado y dijo:

—La Virgen llegó a tener 64 años menos 23 días; acabo de ver junto a mí seis X, luego una I, y luego V. Eso es 64, ¿no?

Hay que tener en cuenta que a la vidente nunca le mostraban nuestras cifras árabes habituales, que eran también para ella las únicas normales, sino que en todas sus visiones relativas a la Iglesia romana veía solamente letras romanas.

[3] Nota (tal vez) de Brentano: En julio de 1822, con ocasión de la vida del apóstol Santiago el Mayor, que en su viaje a España visitó a María en Éfeso, Ana Catalina dijo que se acordaba que Juan había llevado a María a Éfeso al principio del cuarto año después de la Ascensión de Cristo. Pero hoy, 13 de agosto de 1822, dijo que fue « en el sexto año » . Tales diferencias le pasaban a menudo cuando veía un cuatro o un seis romanos (IV ó VI) que trabucaba con frecuencia. Quede por tanto a juicio del lector.

[4] Nota del editor alemán: el abate Goyet de París en 1881 y el padre Jung en 1891 encontraron la casa de Éfeso basándose en la descripción de Ana Catalina Emmerick. El Papa Benedicto XVI visitó la casita de María en Éfeso en su viaje a Turquía el año 2006.

[5] Nota de Brentano: Recordamos haber oído a Ana Catalina en otra ocasión que Andrés también trabajó en este sepulcro.

[6] Nota de Brentano: El 7 de noviembre de 1822, al contar la vida pública de Jesús dijo que creía que Eremencia ya estaba casada cuando fue a Casaloz.

[1] Nota de esta edición española: Como puede observarse, esta parte final de las visiones sobre la Santísima Virgen es distinta del resto y presenta dificultades que invitan a creer que está incompleta, desordenada o malinterpretada. En primer lugar, resulta chocante que el texto hable de « muerte », y no de « Dormición » o « Tránsito » de la Virgen como enseña la Tradición, que afirma que la Santísima Virgen se durmió y despertó en brazos del Padre. También es chocante que el texto sitúe el Tránsito de la Virgen en Éfeso, cuando la Tradición de la Iglesia y otras revelaciones privadas lo ponen en Jerusalén y más concretamente en Getsemaní. Éste desde luego no es un asunto de fe, y como dice la propia Ana Catalina, es muy posible que la Providencia haya querido mantener el misterio. En cambio, resulta verosímil y concorde con la Tradición la forma en que Ana Catalina narraba la separación del alma y el cuerpo de María, la Asunción de su alma al Cielo, y finalmente la Asunción al Cielo de su alma y su cuerpo una vez reunidos. Pero el principal escollo de estos apuntes finales es que afirman la presencia de Santiago el Mayor en el Tránsito de María, siendo así que, tanto la Tradición como otras visiones de Ana Catalina relativas a Santiago que no figuran en esta *Marienleben*, afirman que éste había muerto en Jerusalén mucho antes del Tránsito de la Virgen, no sin antes pasar a despedirse de ella a su vuelta de España. Es evidente que si Santiago murió antes que la Virgen no pudo asistir al Tránsito de la Virgen como aquí se describe. Tal vez lo que en estas visiones describe Ana Catalina fuera solo un amago (pudo haber más de uno), y es posible que al menos parte de las visiones se refieran a acontecimientos diversos en lugares distintos. Ahora bien, haciendo caso omiso de estas incertidumbres, los párrafos que siguen son (como siempre lo son las visiones de Ana Catalina), objeto de meditación edificante, estimulante y conmovedora sobre la personalidad de la Santísima Virgen y los años que vivió en Éfeso con San Juan Evangelista.

[2] Nota de Brentano: Ana Catalina había reconocido a este discípulo por una reliquia que tenía consigo; la reliquia no tenía nombre pero era suya. El día 25 ó 26 de julio de 1821 dijo que, una vez bautizado Jonatán o Jonadab, se llamó Eliecer; era de la tribu de Benjamín y de la comarca de Samaria, estuvo con Pedro y también con Pablo, pero era demasiado lento para éste. Estuvo también con Juan y vino con Tomás a la muerte de María desde tierras muy lejanas.